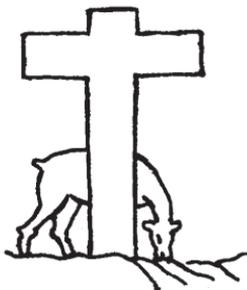


# Vida Sobrenatural

---

---

REVISTA BIMESTRAL  
Año LXXXIV. Volumen CV  
Enero-Diciembre, 2004  
Números 631-636



SICUT CERVUS AD FONTES

SALAMANCA

**VIDA SOBRENATURAL**  
**REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA**

Fundada en 1921 por el Siervo de Dios P. Fray Juan González Arintero, O.P.

Director: *Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.*

Secretario: *Fray José Ramón Enjamio, O.P.*

Administrador: *Fray Luis Rodríguez, O.P.*

Promotor de la causa del P. Arintero: *Manuel Ángel Martínez, O.P.*

Vocal: *Fray Juan Miguel Domínguez, O.P.*

Apartado 17

37080 SALAMANCA

Teléfono 923 21 50 00. Fax 923 26 54 80

*Imprimi potest:* Fray Manuel F. Santos Sánchez, O.P.  
Prior Provincial

**DONATIVOS PARA EL SOSTENIMIENTO  
DE LA REVISTA EN 2004**

España . . . . .	13 €uros
Europa e Iberoamérica . . .	20 \$ USA (Aéreo, 30 \$ USA)
Otros países . . . . .	25 \$ USA (Aéreo, 35 \$ USA)
Número suelto . . . . .	3 €uros

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### “Por encima de todo cuidado guarda tu corazón...”

La expresión “guarda del corazón” viene del libro de los Proverbios, en él podemos leer la siguiente recomendación: “Por encima de todo cuidado guarda tu corazón, porque de él brotan las fuentes de la vida”. En la Escritura, el corazón entendido en sentido metafórico, designa el centro del ser donde cada persona dialoga consigo misma, asume sus responsabilidades, se abre o se cierra a Dios. En el corazón se toman las decisiones más importantes; él es el punto de encuentro con Dios o el punto de contacto con la gracia. El corazón designa con frecuencia la sede del pensamiento y del querer, de la sabiduría, de la vida moral y religiosa. Desde el punto de vista de la actividad espiritual también la memoria y la imaginación pertenecen al corazón. En la vida espiritual el corazón es el que piensa, el que reflexiona, el que hace proyectos, el que toma decisiones y asumen responsabilidades. Su papel es el de la conciencia psicológica y moral, de tal manera que quitarle el corazón a una persona es hacerle perder el control sobre sí misma. El corazón es también la cima espiritual de una persona a la que sólo Dios tiene acceso<sup>1</sup>.

1. Cf. A. LEFÈVRE, “Cor et cordis affectus” (usage biblique), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 2/2, Paris 1953, cc. 2278-2281.

Dios mira y pone a prueba el corazón humano. Al corazón se le atribuyen las cualidades morales, la rectitud, la firmeza, la fidelidad, la sencillez. De él brotan la acción de gracias y el amor que se expresa en el servicio; pero de él también proceden los vicios contrarios: el orgullo, la doblez o retorcimiento, la simulación, la astucia, el endurecimiento moral, etc.

Según el citado texto del libro de los Proverbios, guardar el corazón es prestar atención a las enseñanzas interiores de la sabiduría y dirigir toda nuestra conducta moral siguiendo sus instrucciones. Jesús se hace eco de esta enseñanza cuando nos dice que del corazón humano salen las malas intenciones (cf. Mc 7, 21), o cuando dice que lo que sale de la boca viene del corazón y contamina al hombre (cf. Mt 15, 18-19), o que el hombre bueno, del tesoro del corazón saca lo bueno, y el malo de su mal tesoro saca lo malo, porque de la abundancia del corazón habla la boca (cf. Lc 6, 45).

En la espiritualidad cristiana<sup>2</sup> este tema de la “guarda del corazón” lo encontramos ya en los padres del desierto y en los grandes maestros espirituales del siglo IV. Fundamentalmente esta guarda del corazón consiste en ejercer una vigilancia constante sobre nuestros pensamientos e imaginación, con el fin de rechazar o alejar no solamente los pensamientos malos o peligrosos, sino también los pensamientos vanos, ociosos, inútiles, inoportunos o los que simplemente nos distraen o perturban la paz interior impidiendo que nos dediquemos libremente a la oración. Como decía el Pseudo Macario (s. IV-V), y con él toda la tradición oriental, todo el combate del hombre consiste en luchar contra los pensamientos o en suprimir los malos pensamientos. Esta misma vigilancia y este mismo combate debe realizarse igualmente contra los movimientos desor-

2. Aunque no lo citemos a cada paso, en este punto seguimos muy de cerca el excelente artículo de P ADNÈS, “Garde du coeur”, *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 6, Paris 1967, cc. 100-117.

denados de la afectividad y las malas pasiones (cólera, orgullo, concupiscencia de la carne,...) para detenerlos antes de que acaben exteriorizándose o arrastrando al pecado. Aunque esos pensamientos, imaginaciones y movimientos desordenados no dependen de nuestra voluntad, siempre está en nuestro poder, con la ayuda de la gracia, no acogerlos ni dialogar con ellos ni complacernos en ellos.

La “guarda del corazón” es, por tanto, una de las formas del combate espiritual que tiene como objetivo más inmediato evitar todo pecado, tanto exterior como interior, tanto grave como leve; se trata de evitar también toda imperfección y todo desorden de la conducta espiritual. El objetivo de fondo consiste en alcanzar la pureza de corazón, es decir, la rectitud de intención o la conformidad con la voluntad de Dios. Para Filoteo el Sinaíta<sup>3</sup>, la pureza de corazón es el resumen de las bienaventuranzas, el fruto de la humildad, el principio de la fe, la esperanza y la caridad, y la vía más corta que conduce a la puesta en práctica de todos los mandamientos.

Los maestros de la espiritualidad oriental han analizado con atención los diversos momentos del mecanismo psicológico de la tentación, distinguiendo cinco momentos: en primer lugar, la *sugestión*, que consiste en que se presenta al espíritu la simple imagen o el pensamiento de un objeto; luego viene el *acercamiento*, que consiste en el hecho de conversar con el objeto sugerido; en tercer lugar viene el *consentimiento* del alma al objeto en cuestión; a él le sigue la *cautividad* que arrastra violentamente e involuntariamente al corazón; y después de esto viene la *pasión* propiamente dicha, que se caracteriza por la costumbre y constituye como una segunda naturaleza. El momento decisivo se sitúa entre la sugestión y el consentimiento. Por ello, la

3. Se trata de un monje cuya vida es totalmente desconocida. Se sabe que perteneció al monasterio de la *Theotokos de la Zarza Ardiente* en el Sinaí. Su vida se sitúa entre el siglo noveno y el siglo doce, más probablemente hacia el final de este período.

mejor manera de escapar a este peligro es rechazar inmediatamente la sugestión, aplastando la cabeza de la serpiente desde que asoma, porque una vez que la cabeza sale de su escondrijo ya nada puede hacerla retroceder.

En los *Apotegmas de los Padres del desierto* se compara la ascesis con el follaje de la vida espiritual, mientras la “guarda del corazón” sería como su fruto. Si el follaje es necesario al árbol, más esencial es el fruto.

Desde una perspectiva más contemplativa, algunos autores espirituales ven en la guarda del corazón un medio adecuado para crear las disposiciones necesarias a la oración y a la contemplación, porque nos permite alejar de nuestro espíritu las distracciones y despojarnos inmediatamente de todo pensamiento opaco que impida el acceso a la luminosidad que procede de Dios. La “guarda del corazón” hace posible el recogimiento y el establecimiento del orante en la paz. Según Máximo el Confesor (VI-VII), esta guarda del corazón constituye la preparación inmediata y necesaria para entregarnos a la contemplación.

Los autores espirituales expresan este ejercicio espiritual diciendo que hay que colocar un centinela o un guardia a la puerta del corazón para discernir con atención si los pensamientos que vienen de fuera y tratan de penetrar en nuestro interior proceden de Dios o del adversario. Hay que vigilar a la puerta del corazón para detener a tiempo los malos pensamientos. Varios apotegmas exhortan a ser el portero del propio corazón para que nada extraño se deslice en él. En esta tarea juega un gran papel la práctica del discernimiento de espíritus, porque nos ayuda a reconocer y desenmascarar los pensamientos enemigos.

Al discernimiento de espíritus hay que añadir el recuerdo habitual de Jesús, recuerdo mantenido por la oración que consiste en la invocación o repetición ininterrumpida de su nombre o de alguna corta jaculatoria (práctica propia de la escuela sinaítica). Es importante tener en cuenta que este combate contra toda imaginación o pen-

samiento peligroso es principalmente un asunto de la gracia, pues sin Jesús no podemos hacer nada; por eso su presencia en el fondo de nuestro corazón, alimentada por la oración, nos capacitará para llevar a cabo este combate sin desfallecer.

Doroteo de Gaza (s. VI) habla de la “guarda de la conciencia”: Según él hay tres maneras de guardar la conciencia: 1) con respecto a *Dios*, poniendo atención para no despreciar sus mandamientos; 2) con respecto al *prójimo*, no haciendo nada que de antemano sabemos que puede afligirle o herirle; 3) con respecto a las *cosas materiales*, evitando hacer mal uso de ellas.

A esta necesidad de guardar el corazón o de prestar atención a uno mismo o de observarse, está unida la *sobriedad*, que es otro de los temas esenciales de la espiritualidad oriental. La sobriedad entendida en sentido estricto consiste en vigilar nuestros pensamientos desde que aparece la primera sugestión; en este sentido coincide con la guarda del corazón. Pero si se entiende en sentido amplio, es decir, como sinónimo de la práctica de las virtudes, de los mandamientos y de la ascesis en general, entonces la guarda del corazón es sólo uno de sus aspectos.

La “guarda del corazón” ha sido calificada como el ejercicio espiritual por excelencia. Ha jugado un papel muy importante en la espiritual cristiana, sobre todo oriental. Aunque la expresión ha envejecido un poco y corre el riesgo de inducir a error debido al significado casi exclusivamente afectivo que tiene la palabra “corazón” en nuestra cultura, sin embargo su contenido sigue siendo válido para todos los tiempos.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

# Jesús, alegría en el corazón

*Jesús es miel en los labios,  
melodía en los oídos,  
júbilo en el corazón*

(SAN BERNARDO).

### UNA INVITACIÓN A LA ALEGRÍA

Desde que la Iglesia fue ungida con el *óleo de la alegría* el día de Pentecostés, su misión también puede ser descrita como un servicio a la humanidad, con el fin de que ésta no deje de esperar la verdadera alegría. La Iglesia está llamada a conocer, anunciar y proponer la verdadera alegría a favor de todos los que la anhelan.

Todos necesitamos, como el beber, la alegría. El niño llora por ella, el joven la busca, por ella trabaja el adulto y el anciano con suspiros no deja de llamarla. Pero por una extraña paradoja no vemos nunca saciada esa sed. Nuestra alegría es frágil y quebradiza: cuando creemos poseerla, la descubrimos, en nuestras manos y ante nuestros propios ojos, hecha añicos.

Quizá hoy podemos percibir esto con mayor claridad. Escribía el Papa Pablo VI: *La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar alegría (Gaudete in Domino I)*. Vamos sembrando nuestra vida de comodidad, lujo, placer, seguridad, bienestar y no brota la alegría esperada. Al contrario, desconcertados, vemos como en nuestro campo brotan plantas tales como el tedio, el agobio, el hastío, el desasosiego y la tristeza.

## PISTAS PARA DAR CON LA VERDADERA ALEGRÍA

El Papa Pablo VI, que hacía este diagnóstico, también decía que conseguir la verdadera alegría no es algo quimérico, pues contamos con algunos senderos seguros, aunque de diverso orden y naturaleza, para alcanzar aquella alegría que todos necesitamos y por ello la deseamos.

Uno de los caminos consiste en gustar con sencillez las múltiples alegrías humanas que Dios va poniendo en nuestra vida cotidiana: el gozo austero por un trabajo bien hecho, la satisfacción por el deber cumplido, conversar y pasar un rato con los amigos, una buena lectura o escuchar música, el relax que produce un paseo por el campo, bañarse en el mar, guardar silencio mirando las estrellas, el amor humano honesto y santificado... El listado puede ser lógicamente alargado. Acerca de estas alegrías humanas escribía el Papa Pablo VI: *El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales (Gaudete in Domino I).*

Otro de los senderos para alcanzar aquella alegría, que notamos nos falta, consiste en ser solidarios con los que careciendo de lo más mínimo e indispensable, no pueden ni pensar en la alegría. Notaremos brotar la verdadera alegría en nuestro corazón cuando nos paremos a atender a aquellos que no tienen razones para alegrarse. Cada vez que ayudo a que nazca alegría en el corazón del otro, la estaré sembrando en el mío. Ante los problemas de los demás los nuestros se redimensionan, adquiriendo su justa medida y proporción. Si nos ocupáramos más de los problemas de los otros, empezarían a solucionarse los nuestros, muchos de ellos fruto de nuestro egoísmo. Escribía Pablo VI: *Tal acción solidaria ya es obra de Dios; y corresponde al mandato de Cristo. Ella procura la paz, restituye la esperanza, fortalece la comunión, dispone a la alegría para quien da y para quien recibe, porque hay más gozo en dar que en recibir... No puede olvi-*

*darse el deber primordial de amor al prójimo sin el cual sería poco oportuno hablar de alegría (Gaudete in Domino, I).*

La tercera de las pistas para dar con la alegría verdadera y siempre ansiada, consiste en acercarse a Dios, apartándose del pecado. Y es que la verdadera alegría, aquella que permanece y nadie nos puede robar, hunde sus raíces en el orden espiritual. Dios es su causa, origen y fuente. Ser de Dios, tenerle como verdad de la propia vida, vivir pendientes de Él y de su voluntad, rechazar con decisión lo que Él aborrece y a nosotros nos daña, sentirse amado y querido por Él, eso es llenar de alegría el propio corazón. Afirma al respecto el Papa Pablo VI: *El hombre puede verdaderamente entrar en la alegría, acercándose a Dios y apartándose del pecado. Sin duda alguna "la carne y la sangre" son incapaces de conseguirlo. Pero la Revelación puede abrir esta perspectiva y la gracia puede obrar esta conversión. Nuestra intención es precisamente invitaros a las fuentes de la alegría cristiana (Gaudete in Domino, I).*

## HABLEMOS DEL AMOR DE DIOS

La verdadera alegría no puede depender de nosotros mismos ni de nuestras posibilidades. Si dependiera de lo que tenemos, sabemos, podemos o valemos, nuestra alegría sería un ave con las alas recortadas y su vuelo tendría poco alcance; pues, ¿quién nos asegura que el tener, el saber, el poder, el valer nos durarán siempre? Nuestra propia experiencia nos confirme de lo contrario. Hay que hacer descansar la alegría en algo que no dependa de nosotros y que nadie nos lo pueda robar. Jesús, el Hijo de Dios, es la causa de nuestra alegría, pues en su Corazón cabemos todos y en él siempre encontraremos hogar. Y ese Jesús es el regalo que nos ha hecho el amor mismo del Padre por medio del Espíritu: *Tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que*

*tenga vida eterna* (Jn 3, 16). Entendemos así que el nacimiento de Jesús sea anunciado como alegría para todos: *Os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor, en la ciudad de David.* (Lc 2, 11).

Hace ya más de dos mil años que el Verbo de Dios se hizo carne y nació de Santa María, la Virgen. En nuestro campamento humano Dios mismo ha plantado su tienda. Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María es la verdadera *Tienda del Encuentro*. Dios se hace presente y a la par cercano a nosotros y todo lo nuestro. Ha quedado ahora abierto para nosotros el acceso a Dios y la posibilidad de tener con Él un encuentro de gracia. Se abaja Dios y los hombres nos vemos promocionados, pues no ha hecho el Verbo el recorrido desde el Padre hasta nosotros para que todo siguiera igual. En ese Hijo que se nos ha dado, podemos ahora ser de la familia misma de Dios: *hijos suyos*.

#### ALÉGRATE PORQUE DIOS TE ABRE SUS PUERTAS

Se nos invita a la alegría porque Dios, que nos abrió en el Hijo sus puertas, no las ha vuelto a cerrar. Escribía el Abad Francisco, fundador de la Trapa misionera de Mariannhill en Sudáfrica: *Se salvarán y entrarán en el cielo solamente aquellos, que descubriendo la puerta lateral del Sagrado Corazón de Jesús, entren por ella. No hay otra puerta ni otra entrada que la herida del Costado de Jesús. No hay otro corazón en el que podamos ser salvados si no es el Corazón de Jesús... Fíjate en el cielo y alégrate. Alégrate porque estarás delante de Dios y le verás.*

Dios tiene ahora las puertas siempre abiertas y de par en par y todos somos invitados a entrar por ellas con el corazón limpio (Cf. Sal 118, 20). Pero si Dios abre sus puertas al hombre y a todo lo humano, es con la esperanza de que el hombre se abra a Dios y le permita entrar en todas

sus cosas. La alegría de tener a Dios consigo posibilita la renovación de la propia vida y opera de por sí una incidencia bienhechora en el mundo.

#### CONVERSIÓN, CRECIMIENTO Y MISIÓN

La venida en la carne del Hijo de Dios perseguía una finalidad salvadora: *Y le pondrás por nombre Jesús, porque salvará al pueblo de sus pecados* (Mt 1, 21). De ahí que la *primera exigencia* para acceder a la verdadera alegría sea la *conversión*, que implica en primer lugar *examinar* el rumbo de la propia vida: *¿De qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o arruina?* (Lc 9, 25). Debería seguir el *arrepentimiento* sincero, que nace de reconocer que en la propia vida hay pecado. Cuando se da tal arrepentimiento, el hombre gana y Dios se alegra: *Y más alegría se produce entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte...* (Lc 15, 10). La conversión alcanza su meta cuando se produce un *cambio* en la propia vida, que implique llevar una existencia según el Evangelio: *Me levantaré e iré a mi Padre* (Lc 15, 18).

La *segunda exigencia* para vivir en la alegría cristiana es el *crecimiento* en la fe y vida según el Evangelio. No se puede amar aquello que no se conoce; de ahí la necesidad de conocer más y mejor a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; a María y a la Iglesia. Este *conocimiento* que posibilita el crecimiento implica *leer* más la Sagrada Escritura, *profundizar* en la doctrina de la fe estudiando el Catecismo de la Iglesia Católica, *participar* activamente en la Liturgia y *llevar* una vida sacramental y de oración pujantes.

La *tercera exigencia* para permanecer en la verdadera alegría conlleva participar activamente en la *misión*. El convertido al Evangelio se torna en evangelizador. Y lo hace llevando una *vida* personal, familiar, social, laboral, coherente con su fe. Se evangeliza también al *practicar* activamente

la caridad cristiana, en especial con los más pobres y necesitados. Asimismo uno se convierte en evangelizador al *ofrecer* al Señor el dolor y las contrariedades que puedan hacerse presentes en su vida. Y también se ofrece testimonio de la propia fe, *anunciándola* con la palabra, aportando las razones en que se apoya nuestra esperanza.

## LAS VARILLAS DEL ABANICO

Comparemos la alegría cristiana con un *abanico* un tanto peculiar. Lo más importante en un abanico es el *tornillo* o *pasador* que une las varillas, sobre las que luego se desplegará la tela. Lo dicho hasta ahora se podría resumir afirmando: *Jesús, nuestra alegría*. Ésta podría ser la mejor definición-resumen del *tornillo* o *pasador* de este especial abanico, que es la alegría cristiana.

Hay que hablar ahora de las *varillas* del abanico. Este peculiar abanico tiene *doce varillas*, que no pueden ser otras que las principales facetas del misterio de Jesús. Las vamos a ir enumerando y diciendo una pequeña palabra sobre cada una de ellas.

### 1. *Nace para todos*

Aquel al que esperábamos ha llegado. Nació para los de cerca y los de lejos: para todos. Este Niño es el regalo de Dios a la humanidad. Por ello su estrella brilla en cualquier rincón de la tierra y cada corazón humano se siente atraído por ella. Los limpios de corazón la ven y se llenan de gozo. Vamos a unirnos a la gran caravana de los que buscan a Dios, para adorarle y ofrecerle lo que guardan nuestros cofres.

## 2. *Hijo de María*

Y la madre de este niño se llama María. De ella recibió todo lo que de hombre tiene. La sangre de María corre ahora por las venas de Dios. Como buena madre, le alimentó y educó. Los corazones de ambos siempre han latido a la par. Y la madre creía en el Hijo y colaboró con su misión. Grande es María por ser madre y educadora; aún más grande por ser discípula. En esto último todos la podemos imitar.

## 3. *Un hogar y una familia*

Con María, su madre, y con José, el esposo de ésta, Jesús formó parte de aquella familia que vivía en un hogar de la aldea de Nazaret. En el seno de esta adorable familia Jesús aprendió a ser hombre, mientras iba creciendo en edad, sabiduría y gracia. No dejemos de peregrinar hacia aquel hogar y de contemplar aquella familia. Haciendo así, aprenderemos a valorar, potenciar y defender la familia.

## 4. *Judío de raza*

Una madre, una familia y un pueblo: cuando Dios se encarna lo hace con todas las consecuencias: Sus abuelos, judíos; judías también sus raíces y tradiciones, su cultura y religión. Amante de su pueblo, Jesús tuvo la libertad interior para juzgar en él todo aquello que no fuera auténtico y genuino. Los que vivimos en tiendas amamos todo lo nuestro, pero sabemos que no podemos dar un carácter absoluto a nada de acá. La Patria está allá.

## 5. *Hombre como nosotros*

Cuando el Verbo se hizo hombre, saltando de la eternidad al tiempo, asumió toda la precariedad de nuestra carne

humana: sed, cansancio, hambre, sueño, miedo, desánimo... Se hizo hombre de la misma pasta de la que estamos hechos nosotros. Y aunque nuestros ojos le vean como un deshecho de hombre, la mirada interior no nos engaña: ahí tenemos al hombre. Por ello la precariedad de la condición humana no resta nada a su alta dignidad.

#### 6. *Cordero inocente*

Hombre como nosotros; en todo igual a nosotros, excepto en el pecado. Así fue presentado Jesús en público. Oculto en la fila de los pecadores, Él es cordero inocente y sin mancha, que viene a quitar el pecado del mundo. No es menos hombre por no haber conocido el pecado; ni deja por ello de compadecerse de los que somos pecadores. Recordemos que el pecado nada aporta de valor a nuestra condición humana; al contrario: nos degrada.

#### 7. *Dios crucificado*

Parece imposible creer que Dios murió crucificado; pero así fue y aconteció. Nadie le arrancó la vida a la fuerza: Él la entregó porque quiso. Y en aquella muerte Él puso todo su amor por nosotros. Quien al nacer fue llamado 'Dios con nosotros', al morir puede ser confesado como 'Dios para nosotros'. La cruz ha florecido porque en ella alguien ha muerto amando. Nuestras cruces se tornan valiosas, si ponemos mucho amor al llevarlas.

#### 8. *No por todos aceptado*

El que pasó por el mundo haciendo el bien a todos, no fue por todos aceptado. Siendo Él amigo de todos, misteriosamente algunos se hicieron sus enemigos. Jesús es bandera discutida, ante quien ningún corazón queda indiferente. Dios se ofrece como futuro al hombre y éste puede

rechazar la oferta. Es el misterio de la libertad humana usada contra Dios. Cuando así ocurre, ¡cuánto pierde el hombre y cuánto llora Dios!

### 9. *Su Madre como herencia*

A punto de salir de este mundo y de volver al Padre, Jesús nos deja como legado valioso y precioso a su misma Madre. A Ella le pide que nos acepte como a verdaderos hijos y a nosotros nos ruega que la llevemos a nuestra casa, como si de un gran tesoro se tratara. En la fe de la Iglesia y en nuestra vida de creyentes María no es un añadido superficial, porque ¿quién considera a su madre como un simple adorno?

### 10. *Se nos da en comida*

Habiendo vuelto al Padre y mientras esperamos activos su venida, sigue Jesús con nosotros, porque se ha quedado entre nosotros. Él está a la par presente y cercano, tras el velo del pan blanco y del vino rojo. Sigue Jesús al alcance de nuestra mano, como comida para alimentar nuestra existencia. ¡Qué ingenioso es el amor! Ahora Él es 'Dios en nosotros': de verdad y sin figuraciones. ¡Qué nos aproveche!

### 11. *Vida de nuestra vida*

El que murió de verdad, verdaderamente ha resucitado y vive para siempre. Él es el viviente. Su vida es la vida de la nuestra. Ha sembrado en nosotros semillas de inmortalidad y, habiendo entrado Él en el país de la vida, dejó tras de sí la puerta abierta para que todos tengamos vida en plenitud. El cielo ha comenzado en el bautismo. Vivimos ya las primicias, mientras anhelamos la plenitud.

## 12. *Él es todo Corazón*

Dios, que es todo corazón, quiso también tener un corazón de carne, para poder amarnos aún más. Océano inmenso, serena majestad es el Corazón de Cristo, Corazón de Dios. Y en él nos ha hecho sitio y hogar. Y ahora, como si de un mendigo se tratara, llama a la puerta de todo lo nuestro, para que le hagamos sitio y le demos posada en nuestro propio corazón. Corazón llamando a corazón.

### Y LA TELA DEL ABANICO

El *abanico* de la alegría cristiana tiene un *tornillo* o *pasador* que une a las *varillas* del mismo. *Cristo, nuestra alegría* es la clave que da consistencia última a la verdadera alegría. Las *facetas del misterio de Cristo* enumeradas serían las *varillas*. Todo esto se nos da como gracia y don. A nosotros nos corresponde extender la *tela* del abanico, que admite variedad de texturas, colores y diseños. Pero eso ya es tarea nuestra. La agradable brisa producida por este peculiar abanico, cuando es puesto en movimiento, alegrará la vida de los demás y la nuestra propia.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM.  
*Salamanca*

# Los símbolos del más allá en el Nuevo Testamento<sup>1</sup>

## 1. JESÚS CREADOR DE SÍMBOLOS

Jesús se veía mortal, indefenso, sin dinero; veía que tenía que enseñar a sus discípulos, que tenía que recorrer a pie los pueblos de Israel. No evitaba tener curiosos que no se convertían, que eran oligocreyentes, es decir, que tenían poca fe. Tenía enemigos peligrosos; hablaba desde su propia experiencia, con tacto exquisito. Cuando Jesús dijo la frase: “el Hijo del hombre se va” (Mc 14, 21), sabía mucho del corazón humano; conociéndose a sí mismo, estaba atento a todo lo que ocurría a su alrededor. Tenía sensibilidad suficiente sobre su caso para ver con sutileza y al trasluz lo que le iba a pasar; para esto no hacía falta conocer de antemano las postrimerías, bastaba con ser poroso a sus enemigos.

Jesús trató de vencer todo eso que los judíos consideraban grandes defectos con el fulgor de su palabra, razonando sobre el conocimiento de Dios con impactos innovadores y venturosos. Nunca llegó a decaer ni a atollarse en la desesperación, aunque tiene frases duras: “Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?” (Lc 18, 8b).

1. Publicamos aquí un artículo inédito del P. José Luis Espinel, O.P., que él mismo entregó a la redacción de la revista *Vida Sobrenatural* meses antes de morir cuando ya estaba muy afectado por su enfermedad. No lo publicamos en su integridad porque algunos párrafos no están completamente perfilados. Salvo algunas correcciones, principalmente de estilo, el resto del texto pertenece a su autor.

Ya había dicho, contradiciendo al profeta Ezequiel, que el Reino de Dios no es como un cedro del Líbano, la criatura viva más grande de la tierra; el Reino es para Jesús como una criatura insignificante. Lo comparó como Ezequiel con un vegetal que, a semejanza del cedro del Líbano, da sombra a las aves y protección a los pueblos (Ez 17,1-7). Ezequiel decía que Yahvé iba a hacer un Reino en Israel como el cedro del Líbano (Ez 17, 22-23); en cambio, para Jesús el Reino de Dios no tiene la corpulencia de un cedro del Líbano; prefiere compararlo con el grano de mostaza (Mt 13, 31), que en la cultura judía pasaba por ser “la más pequeña de todas las semillas” (Mt 13, 32) que se siembran. De hecho, a las afueras de la ciudad de Jerusalén, se da una mostaza muy pequeña que da sombra a las aves que se cobijan en sus ramas.

Jesús, tú has creído enérgicamente en las imágenes creadoras, destiladas, cercenadas, como un barrunto del más allá; imágenes que son como un taladro del cielo, un rastreo de sus ámbitos. No te encierras, no te acantonas en tu trascendencia, eres humilde. Tus parábolas no chirrían, no son imprecisas, son un tragaluz; tú vislumbras el trasmundo. Tus imágenes tienen refulgencia. Trabajas con tesón en tus buceos. En verdad tus parábolas son una antología mínima, perdida, revelación olvidada, filamento breve, aunque son átomos enérgicos. Hay 50 parábolas entre las desparabolizadas y algunas parábolas de los evangelios apócrifos de Santiago y de Tomás. Jesús, no abdicas de tus metáforas. Tu Iglesia te perdió tus versos, olvidó tus parábolas, porque te tenía a ti, con tu pasión dolorosa y el poder de tu resurrección.

No te desentendes de hablar de las cosas ínfimas, abyectas, como el mosquito, la menta, el anís y el comino (Mt 23,23-24), el tesoro escondido (Mt 13, 44), la mota en el ojo de tu hermano (Lc 6,41), el grano de trigo que si muere da *mucho fruto* (Jn 12, 24). Dices que un poco de levadura transforma el mundo (Mt 13, 33), o que no se per-

derá un cabello de nuestra cabeza (Lc 21,18) ni la tilde en la letra (Mt 5, 18); hablas del agujero de la aguja (Mc 10,25), de la mostaza (Mt 13, 31-32). Esa manera de hablar es una confesión de que eres débil. Estabas convencido de que tenías que sufrir mucho.

Reservas para el hombre pobre de la parábola, un nombre: Lázaro; él a su muerte fue llevado por ángeles al seno de Abrahán; en cambio, el rico que le veía pedir limosna a su puerta es anónimo, ni siquiera nos dices su nombre; cuando murió, fue enterrado sin más (Lc 16, 19-22); *epulo* significa comilón en latín, de aquí viene *epulón* que no es un nombre sino un adjetivo.

En tu cruz eres un contrahecho, estás lacerado. Se cumplió la Escritura que dice: “Fue contado entre los malhechores” (Lc 22, 37). Tú viste dispersarse a tu rebaño mientras sangrabas (cf. Mc 14, 27b.50). Te mostraste agradecido con la mujer que te ungió e interpretaste su gesto diciendo: “Derramando este unguento sobre mi cuerpo, me ha ungiendo para mi sepultura” (Mt 26, 12). En la cultura de Israel la unción era necesaria para el cuerpo de cualquier persona. El evangelista san Juan (Jn 19, 37; Ap 1, 7) te refiere a ti las palabras que el profeta Zacarías decía de Dios: “Mirarán al que traspasaron”.

Jesús, te se sabías “profeta despreciado en su patria” (Jn 19, 37; Ap 1, 7), “pastor herido” (cf. Mc 14, 27a), “piedra rechazada” (cf. Rm 9,33), “esposo arrebatado después de la boda” (cf. Mc 2, 20), “Hijo del hombre que tiene que padecer” (Mt 17, 12a), “profeta que tiene que morir en Jerusalén” (cf. Lc 13, 33a), “Pastor a quien le cierran la puerta” (cf. Jn 10, 3a), “Hijo del hombre que ha venido a no ser servido sino a servir” (Mc 10, 45). “No serviré” es la frase del orgullo. Negarse a servir es un paso atrás, lo contrario de lo que tiene que ocurrir, una revocación.

Te sabías pobre cuando dijiste que “el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Mt 8, 20); esto es un cambio de agujas inesperado, un lúgubre revés. Hablando

de Juan el Bautista decías: “De la misma manera el Hijo del hombre tiene que padecer de parte de ellos” (Mt 17,12); “el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de los hombres” (Mt 17, 22); “el Hijo que no sabe el día ni la hora” (Mc 13, 32); “el Hijo será matado y arrojado fuera de la viña” (Mc 12, 8). Tú eres alegre, pero fuiste entristecido por los hombres hasta el punto de decir: “mi alma está triste hasta la muerte”. Sin embargo te mantienes calmoso, sin tedio, sin hastío “porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo perdido” (Mt 18, 11).

Te sabías insultado, “amo apodado Belcebú” (Mt 10, 25). Así no caben signos posibles porque todo se puede atribuir siempre a Belcebú; así se conturba todo. Te llamaron comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores (cf. Mt 11, 19). Sin embargo dijiste que “quien hablara contra el Hijo del hombre será perdonado” (Mt 12, 32a). Con esas palabras no te muestras pretencioso.

Te comparaste con el relámpago restallante, centelleante, destellante, que viene inesperadamente, pero ilumina toda la bóveda del cielo. “Como relámpago que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre” (cf. Mt 24, 27; Lc 17, 24).

Ahora vienen los grandes interrogantes que tú mismo planteas: “¿Con qué asemejaremos el Reino de Dios o de dónde tomaremos parábola?” (Mc 4, 30). Al joven rico que se acercó a ti llamándote Maestro bueno le preguntaste: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios” (Mc 10, 18); preguntaste también: “¿A quién compararé yo esta generación?” (Mt 11, 16a). ¿A quién vas a compararla? Sigue con tus comparaciones; tus parábolas son confidencias de Dios. El lenguaje figurado es lo que más se aproxima al misterio, pero la distancia de la trascendencia es enorme, sólo se vislumbra. ¿Quién te libraré de esta generación?: “¡Oh generación incrédula y perversa!, ¿hasta cuándo tendré que estar con vosotros? ¿Hasta cuándo tendré que soportaros?” (Mt 17, 17). Sin embargo, presentaste a Dios

celebrando un fiesta ante los ángeles por cada pecador que haga penitencia (cf. Lc 15, 10). Una pregunta, Jesús: ¿quiénes son los muertos enterradores?, porque dicen Mt 8, 22b y Lc 9, 60a: “Deja a los muertos sepultar a sus muertos”. ¿A Pedro, al que después te negó, le lavas los pies? (cf. Jn 13, 6b). Los gallos volaron a las veletas, únicamente se quedó el de Pedro. En el huerto de los olivos le preguntas a la gente empatrullada que viene en tu busca: “¿Como a salteador habéis salido con espadas?” (Mt 26, 55).

¿Es verdad que tienes los ojos incendiados, urentes? (cf. Ap 1, 14b). Esto lo dijiste de tus propios discípulos. Te comparaste con Noé, que advertía el diluvio, y la gente comía, bebía y se casaba (cf. Mt 24, 37-39), pero no creía las advertencias de Noé, no hacía caso. El Hijo del hombre vendrá cuando menos se piense (cf. Mt 24, 44).

Sin embargo, tienes tus excedentes de misericordia. Tengo siempre presente que el poeta César Vallejo, cuando estaba en la clínica *Villa Arago* en París, el 29 de marzo de 1938 (murió el 15 de abril, el viernes santo de 1938) escribió: “Cualquiera que sea la causa ante Dios, más allá de la muerte tengo un defensor: Dios”<sup>2</sup>. Esto se parece a lo de Pablo cuando dice en Rom 8,31b: “Si Dios está a favor nuestro, ¿quién estará contra nosotros?” Estas palabras resumen toda la teología católica.

¡Brindemos por la luz que nos espera! Tú, Cristo, eres confidente de Dios, del Abbá atávico, Dios subyugante. Jesús embarcado, incrusta tu Espíritu ciclónico, vendaval. Dame blindaje, yo soy tu componente. Dios contigo, inmediato, Dios me viene antecediendo. Me preocupa la borrosidad de la fe; estás mi Dios como eclipsado. Tengo presagios de ti, tú me recivilizas, me haces un hombre honesto. Dios diluvio, pero eres un Dios que escampas, aunque estás algo entumecido, Dios adentrado. Posas mi Dios al sentido (cf. 1 Jn 1,1-3). Somos “con-corporales” con Jesús, perte-

2. C. VALLEJO, *Poemas Humanos (1923-1938)*, Lima 1987, p. 5.

necemos a un mismo cuerpo (Ef 3,6). Jesús, hazme tu radioastrómono, que pueda escalar hacia ti.

## 2. LOS SÍMBOLOS DEL “MÁS ALLÁ” EN EL NUEVO TESTAMENTO

Entendemos aquí por símbolos del *más allá* aquellas expresiones que nos revelan la trascendencia mediante expresiones poéticas o mediante un lenguaje sugerente. Al aludir al *más allá* se señala la escatología última, la ultimidad. Pero no siempre será posible, ni convendrá, seleccionar símbolos del más allá sin mezcla de escatología realizada, ya que la escatología realizada, o más bien incoada, se culmina en el más allá. El simbolismo es una realidad polivalente. Aquí hemos delimitado el campo de los símbolos de que vamos a tratar a su acepción genérica, que veremos perfilarse poco a poco.

### 2.1. *El símbolo como expresión del misterio*

La fe cristiana ha sido dicha simbólicamente. El lenguaje de la fe tiene que habérselas con la trascendencia, con el misterio, con lo invisible, lo eterno, con una dimensión diferente a la nuestra. La fe nos ha llegado en lenguaje simbólico, sobre todo la fe que habla del más allá. Los símbolos del más allá cristiano son lenguaje de revelación, conocimiento dado, gratuito, viene de arriba, inspirado, pero a la vez tiene que ser elaborado a partir de las posibilidades del idioma. Ir a estos símbolos es volver al lenguaje en que la fe nació y fue revelada. Algunos de estos símbolos venían desde el Antiguo Testamento, como los símbolos cielo, vida, gloria, etc. En este caso, el Nuevo Testamento los reorienta, pues el símbolo es muy sensible a las mínimas variaciones introducidas en su sentido. Aunque el lenguaje de los símbolos del más allá no tenga especial dificultad en el Nuevo Testamento, se requiere,

para su interpretación cabal, el medio de la fe. De lo contrario, aunque parece que se comprenden las palabras, no se vive el símbolo, no se ha vencido la dificultad del llamado “círculo hermenéutico”: hay que creer para comprender y comprender para creer. Un símbolo cristiano sin fe pierde su relevancia, su experiencia ya no es vivida porque no atañe. Pero si se llega a la fe, sucede como decía san Pablo: “Cuando se vuelvan al Señor, será corrido el velo” (2 Co 3, 16). La fe en sus expresiones originarias tiene una fuerza expresiva intacta, no oscurecida, como a veces sucede cuando está explicada en los tratados sistemáticos. Jesús encarnado fue Palabra y Símbolo. Su mera presencia era lenguaje impresionante para los creyentes, en él vieron el amor de Dios. Su humanidad fue un lenguaje del todo insinuante, podemos decir que fue un símbolo: “Imagen de Dios” (2 Co 3, 4); “Imagen de Dios invisible” (Col 1, 15). Cuando Jesús hubo de optar por un lenguaje para revelar su experiencia no pudo escoger otro que el simbólico, el poético porque tiene multiplicadas las posibilidades de expresión, y lleva tras de sí una vida y una concentración que no tiene el lenguaje ordinario.

## 2.2. *Cualidades del símbolo*

- a. El símbolo no se puede traducir a otro tipo de expresión

La expresión simbólica: “vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc 10, 20b) está cargada de pulsiones, de vibraciones emocionales, tiene un temple, una fuerza que habla avivada desde el misterio. Por otra parte, no sólo es sentimiento lo que hay en ella, también hay conocimiento, penetración de la trascendencia, descubrimiento de su talante, de su actitud. Los nombres en la cultura bíblica son las personas, lo que está escrito en los cielos son los discípulos de Jesús, ellos mismos. La forma pasiva: “están escri-

tos”, sin indicación del sujeto agente, está descubriendo la gran presencia autora de tal inscripción. Se trata del llamado pasivo divino. No se nombra el sujeto agente porque no es otro que el Dios innombrable. Dios es el amanuense de esta escritura. Él tiene tatuados en sí mismo los nombres, las personas de los discípulos.

Los discípulos están tatuados sobre Dios mismo ya que “los cielos” son un símbolo sustitutivo de Dios. “Vuestros nombres están escritos en los cielos” es una revelación acerca de lo esencial. Aquí se ilumina la realidad, la cercana, que son los discípulos, y la lejana, que es la divinidad. Ahora conocemos que los discípulos viven grabados en un Dios que está afectado por ellos. No es extraño que Jesús cifrara aquí toda la causa de la alegría de los discípulos en la vida, pareciéndole irrisorio el motivo que ellos mostraron para su gozo: la expulsión de un demonio (Lc 10,17-20).

Difícilmente una frase no simbólica podría poseer todo este contenido, esta revelación tan vigorosa y sugerente. No es de extrañar que se llame al simbolismo “ciencia exacta” porque ha tocado los puntos neurálgicos de la existencia y se ha ceñido a lo verdaderamente esencial.

#### b. El símbolo es sentimiento y ontología

El ejemplo anterior nos ha cerciorado de ello. Se ha hablado del amor de Dios, de su actitud hacia los discípulos, se ha penetrado en su interior y se los ha visto guardados, grabados. No se ha pronunciado el nombre de Dios, pero su silencio calculado ha sido elocuente, nos ha contado su inefabilidad. Evocar a Dios nombrando “los cielos” no es lenguaje precientífico, es habla selecta, cuidadosa; es metáfora abierta. La forma pasiva habla de la acción de Dios, del don suyo, de su vitalidad afectiva. La ontología sugerida en esta breve frase de Lc 10, 20b no está despararramada sino concentrada. Ahora bien, se llega a ella a través de la forma verbal, de la expresión simbólica, sintoni-

zando, no cavilando. No pasará tan fácilmente a un concepto toda la riqueza expresiva, toda la intensidad cualificada, incluso entitativa, de la aludida frase de Jesús.

c. El símbolo es reverente con el misterio

Si el concepto trata de deslindar la idea, de acechar los géneros, las esencias y las diferencias como quien delimita y especifica, el símbolo habla palabras esponjosas, elásticas, que nunca oprimirán ni pretenderán estrechar al misterio. El Apocalipsis mencionará muchas veces el trono de Dios, o más bien simplemente el trono. Por supuesto no es un trono vacío. Pero tampoco intenta describir al que lo ocupa, porque quien lo llena es la gran realidad impensable. Trono indica centro de mando, ejercicio de poder. Decir: "El que estaba sentado en el trono..." (Ap 7,15) es sugerir la acción divina. Aquí se deja a Dios ser Dios. En el concilio de Éfeso había un sitial vacío, estaba reservado a Jesús. En él se colocaron los evangelios (san Cirilo de Alejandría). Los símbolos son lenguaje a la vez humilde y respetuoso. Cuando se vertió la Biblia al arameo los traductores evitaron los antropomorfismos, cambiando mil frases sólo en el Pentateuco. Será la mano, o el lugar (el templo), o el Ángel de Yahvé, o la gloria de su *Shekinah* (presencia), o el Ángel de Dios desde los cielos, quien actúe o hable en esos casos con los humanos.

d. Fundamento del simbolismo

El lenguaje simbólico tiene un sentido, no es irreal, puede describir y sugerir los objetos. Esta posibilidad es común para lo simbólico, la analogía de proporcionalidad (o teológica), y para la metáfora: estos lenguajes son eficaces en razón de la correspondencia que vincula a todos los seres a todos los órdenes de la realidad, aunque sean tan distantes como lo natural y la trascendencia, el mundo físico y la ulti-

midad. Los grandes símbolos movilizan muchas metáforas y se diversifican en formas cambiantes. Quizá el principal de los símbolos del Nuevo Testamento, al menos en los evangelios, sea el del Reino, o Reino de Dios, o Reino de los cielos. El Reino de Dios es Dios mismo reinando, actuando, entregándose. Reino no es tanto el lugar donde Dios reina o las personas sobre las que ejerce su reinado cuanto el reinado mismo, el ejercicio de reinar. Tiene, pues, sentido dinámico. En el Antiguo Testamento no se habla de Reino de Dios, se dice que “reinará tu Dios” (Is 52, 7b). A veces es intercambiable con el símbolo vida, como en Mc 10, 17b. 24b.

El Reino de Dios, o de los cielos, viene en forma de médico, en forma de perdón, de redención, de esperanza, de filiación y de herencia. El Reino de Dios viene como Iglesia, como vinculación al cuerpo de Cristo, como inmanencia de Dios. En la revelación cristiana el símbolo Reino de Dios es englobante, abarcante. Por ser tan polivalente está diversificado en muchas direcciones. A su alrededor giran todas las parábolas, expliciten o no su vinculación con él. Todas las parábolas de Jesús son parábolas del Reino. También los milagros son los signos del Reino. El Reino se da en la escatología incoada y en la futura, por eso se puede decir: “el Reino está dentro de vosotros” (Lc 17, 21) y “no beberé del fruto de la vid hasta que lo beba nuevo en el Reino de Dios” (Mc 14, 25).

Las parábolas de Jesús pueden dividirse en dos grandes grupos: 1) las que presentan las cualidades del Reino (la cercanía, la bondad, etc.); y 2) las que hablan de nuestra respuesta al Reino. Además de las parábolas podríamos ver una importante referencia al Reino en los dichos y las acciones simbólicas de Jesús.

### 2.3. *El símbolo “resurrección”*

La resurrección de Jesús es un fenómeno novedoso y escatológico que excede todo idioma. Porque no es una

vuelta a esta vida sino el paso a su ultimidad gloriosa, el término resurrección es sugerente, pero está incapacitado para contener conceptualmente el hecho y sus consecuencias. El término “resurrección” es pues un término simbólico que aparece en diferentes frases con distintas connotaciones, incluso con nombres distintos, y se refiere a Jesús y, como consecuencia, también a la humanidad. Hay numerosos textos del Nuevo Testamento que se refieren a ella de diversos modos, aunque no nos vamos a detener ahora en ellos.

#### 2.4. *Los símbolos: “vida”, “vivir”, “el Dios de la vida”*

“Vida” es el símbolo supremo, es la condición para toda existencia humana. La vida escatológica es “abundante” (Jn 10, 10). La vida del más allá es vida eterna. Así la describe ya el Antiguo Testamento en Dn 12, 2. Con el símbolo “vida” se sugiere la existencia, la plenitud, la salud, el esplendor de los seres.

Dios en el Antiguo Testamento es el Dios vivo (Jos 3, 10). Hay complacencia en llamarle así. Se distingue, entonces, de los ídolos, de las falsas divinidades y se sugiere la permanencia, la eternidad, la personalidad. El *más allá* se confunde con la vida eterna en su plenitud insospechada. El fundamento del *más allá* es el amor y la omnipotencia del Dios vivo: “Tenemos puesta la esperanza en el Dios vivo” (1 Tm 4, 10).

#### 2.5. *Los símbolos: “cielo”, “cielos” y “celestes” como revelación de la trascendencia*

“Cielo” tiene dos sentidos en el Nuevo Testamento: uno menos frecuente que se refiere al firmamento (así se dice en 2 P 3, 7: “...los cielos y la tierra actuales están reservados por la misma palabra para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los impíos”), y otro escatológico, mucho más frecuente, que simboliza a Dios. Como hemos visto, el cielo

no es en el Nuevo Testamento una idea precientífica, como si presentara a Dios en lo alto del universo. Cielo es una palabra que sustituye reverentemente a Dios. El más allá se desvela a través de la palabra cielo.

## 2.6. *El juicio*

Uno de los grandes símbolos es el juicio final. Mateo la emplea mucho. El juicio indica que Dios es absolutamente soberano y que el hombre es libre y responsable de sus actos ¿Qué busca esta impresionante reorientación ética y judicial del material del kerygma sinóptico? ¿Se traiciona la gracia? ¿Hay aquí legalismo? Se trata de una función retórica puesta al final de cada discurso. De este modo se afirma la autoridad de Jesús, pero también se nos quiere advertir del peligro que corren tanto los discípulos como el pueblo si no acogen la gracia. El creyente puede reducir a nada la gracia. Mateo se dirige al Israel incrédulo de los años ochenta. El juicio es una llamada a la vigilancia.

## 2.7. *La gehenna, el fuego, el Hades como riesgo en el más allá*

El Nuevo Testamento es claro en este punto. El Reino se puede perder. Las consecuencias están descritas también simbólicamente. Si no se puede tomar al pie de la letra, por ejemplo, “el estanque de fuego y azufre”, sí hay que tomarlo muy en serio como metáfora de la perdición. La ira de Dios es su no indiferencia ante una conducta irresponsable, ante una injusticia. La gehenna, valle a la afueras de Jerusalén, donde siempre ardía algún muladar y se pudría algún animal muerto, con gusanos, es símbolo de otro “fuego que no acaba” y del “gusano que no muere”. La expresión simbólica aquí es vigorosa, ayuda a revelar un dato del más allá.

## 2.8. *Los símbolos: “herencia”, “heredero” y “heredar” como sugerencia de la oferta gratuita en el más allá*

Herencia y heredar son dos términos muy aptos para describir nuestra relación con la salvación eterna. Ésta es inmerecida, se recibe como don, como patrimonio familiar habiendo sido hechos hijos de Dios. El heredero de todo es Jesús, que ha querido ser el primogénito de muchos hermanos, que ha merecido para nosotros la herencia. Herencia, heredar y heredero aparece unas 45 veces en el N. T. Puede decirse que, con toda claridad, solamente una vez se trata de herencia terrena (cf. Lc 12,13), cuando un personaje le propone a Jesús un asunto familiar. Pero la revelación cristiana ha seleccionado este término para mostrar nuestra relación con Dios: somos herederos de Dios.

## 2.9. *El símbolo “gloria”*

Para entrar en el sentido del símbolo “gloria” nos puede guiar sobre todo Jn 1, 14: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”. Aquí la gloria es cantada como categoría, como grandeza moral, como gracia y verdad, como fidelidad y misericordia de Dios. Hemos visto su gloria aquí, tras su encarnación, pero Dios la posee en su trascendencia, él es así. También hay que añadir al símbolo gloria la idea de plenitud, de divinidad, de presencia. Jesús es glorificado cuando salva, cuando da el Espíritu Santo. En Juan no hay oropeles ni descripciones de blancuras o reflejos: la gloria de Dios y de Jesús es su más pura grandeza, su omnipotencia inocente y omnipresente. La gloria como elemento simbólico del más allá, nos desvela esa intimidad bondadosa y poderosa de Dios. Entrar en la gloria es pasar a ese mundo divino espléndido.

JOSÉ LUIS ESPINEL, O.P. †

## Algunas reflexiones filosóficas sobre el amor <sup>1</sup>

Si decimos que el amor es una *actividad*, nos vemos frente a una dificultad que reside en el significado ambiguo de la palabra *actividad*. En el sentido moderno del término, *actividad* denota una acción que, mediante un gasto de energía, produce un cambio en la situación existente. Así, un hombre es activo si atiende un negocio, estudia medicina, construye una casa, o se dedica a los deportes. Todas estas actividades tienen en común el estar dirigidas hacia una meta exterior. Lo que no se tiene en cuenta es la motivación de la actividad. Consideremos, por ejemplo, el caso de un hombre al que una profunda sensación de inseguridad y soledad impulsa a trabajar incesantemente, o el de otro movido por la ambición, o por el ansia de riquezas. En todos estos casos, la persona es esclava de una pasión, y en realidad, su actividad es una pasividad, puesto que está impulsado, es el que sufre la acción, no el que la realiza. Por otra parte se considera pasivo un hombre que está sentado, inmóvil y contemplativo, sin otra finalidad o propósito que experimentarse a sí mismo o a Dios, porque no hace nada.

1. Nos complace presentar algunas reflexiones filosóficas sobre el concepto del amor. Es posiblemente la palabra que más usamos en nuestra vida de cada día y también es una de las palabras más ambiguas y que se entienden de tan diferentes maneras, si somos nosotros los agentes activos o pasivos. Muchos mal entendidos y problemas reales se dan en la vida de cada día al confundir este concepto. Considero que pueden ayudar a muchos lectores de *Vida Sobrenatural*.

En realidad esa actividad de concentrada meditación es la actividad más elevada, una actividad del alma y sólo es posible bajo la condición de libertad y dominio interior.

En realidad esa actividad de concentrada meditación es la actividad más elevada, una actividad del alma y sólo es posible bajo la condición de libertad y dominio interior.

El amor es una actividad, no un afecto pasivo; es un estar continuado, no un súbito arranque. En el sentido más genuino, puede describirse el carácter activo del amor afirmando que amar es fundamentalmente dar, no recibir.

Pero ¿qué es dar? Por simple que parezca la respuesta, está llena de ambigüedades y complejidades. El malentendido más común consiste en suponer que dar significa renunciar a algo, privarse de algo, sacrificarse.

La persona cuyo carácter no se ha desarrollado más allá de la etapa correspondiente a la orientación receptiva, experimenta de esta manera el acto de dar. El carácter mercantil está dispuesto a dar, pero sólo a cambio de recibir; para él dar sin recibir significa una estafa.

La gente cuya orientación no es productiva, vive el dar como un empobrecimiento, por lo que se niega generalmente a hacerlo. Y algunos hacen del dar una virtud, en el sentido de un sacrificio. Sienten que puesto que es doloroso, se debe dar, y creen que la virtud de dar está en el acto mismo de aceptación del sacrificio.

Para el carácter productivo, que es el cristiano, dar posee un significado completamente diferente: constituye la más alta expresión de potencia. En el acto mismo de dar experimento mi fuerza, mi riqueza, mi poder. Tal experiencia de vitalidad y potencia exaltadas me llena de dicha. Me experimento a mí mismo como desbordante, pródigo, vivo, y por tanto dichoso.

En la esfera de las cosas materiales, dar significa ser rico. No es rico el que tiene mucho, sino el que da mucho. San Agustín decía: *No es más rico el que más tiene sino el que menos necesita si con ello se contenta.*

El avaro que se preocupa angustiosamente por la posible pérdida de algo es, desde el punto de vista psicológico, un hombre indigente, empobrecido, por mucho que posea. Quien es capaz de dar de sí es rico. Siéntese a sí mismo como alguien que puede entregar a los demás algo de sí. Sólo un individuo privado de todo lo que está más allá de las necesidades elementales para la subsistencia sería incapaz de gozar con el acto de dar cosas materiales. La experiencia diaria demuestra empero, que lo que cada persona considera como necesidades mínimas depende tanto de su carácter como de sus posesiones reales. Es bien sabido que los pobres están más inclinados a dar que los ricos. No obstante, la pobreza que sobrepasa un cierto límite puede impedir dar, y es, en consecuencia degradante, no sólo a causa del sufrimiento directo que ocasiona, sino porque priva a los pobres de la alegría de dar.

Sin embargo, la esfera más importante del dar no es la de las cosas materiales, sino el dominio de lo específicamente humano. ¿Qué le da una persona a otra? Da de sí misma, de lo más precioso que tiene, de su propia vida. Ello no significa necesariamente que sacrifica su vida por la otra, sino que da lo que está vivo en ella –da de su alegría, de su interés, de su comprensión, de su conocimiento, de su humor, de su tristeza–, de todas las expresiones y manifestaciones de lo que está vivo en ella. Al dar así de su vida, al dar así su vida, enriquece a la otra persona, realza el sentido de la vida de la otra al exaltar el suyo propio. No da con el fin de recibir; dar es de por sí una dicha exquisita. Pero, al dar, no puede dejar de llevar a la vida algo en la otra persona, y eso que nace a la vida se refleja a su vez en ella: cuando damos verdaderamente, no podemos dejar de recibir lo que se le da en cambio.

*Dar implica hacer de la otra persona un dador, ambos comparten la alegría de lo que han creado.* Algo nace en el acto de dar, y las dos personas involucradas se sienten agradecidas a la vida que nace para ambas. En lo que toca espe-

cíficamente al amor, eso significa: el amor es un poder que produce amor; la impotencia es la incapacidad de producir amor.

Alguien ha expresado bellamente este pensamiento: “Supongamos –dice– al hombre como hombre, y su relación con el mundo en su aspecto humano, y podremos intercambiar amor sólo con amor, confianza por confianza, etc. Si se quiere disfrutar del arte, se debe poseer una formación artística; si se desea tener influencia sobre otra gente, se debe ser capaz de ejercer una influencia estimulante y alentadora sobre la gente. Cada una de nuestras relaciones con el hombre y con la naturaleza debe ser una expresión definida de nuestra vida real, individual, correspondiente al objeto de nuestra voluntad. Si amamos sin producir amor, es decir, si nuestro amor como tal no produce amor, si por medio de una expresión de vida como personas que amamos, no nos convertimos en personas amadas, entonces nuestro amor es impotente, es una desgracia”.

Pero no sólo en lo que atañe al amor *dar* significa recibir. El maestro aprende de sus alumnos, el auditorio estimula al actor, el paciente cura a su psicoanalista, pero sólo y cuando no se traten como objetos, como cosas, sino que estén relacionados entre sí en forma genuina, productiva, en una palabra, como personas.

Apenas si es necesario destacar el hecho de que la capacidad de amar como acto de dar depende del desarrollo caracteriológico de la persona. Presupone el logro de una orientación predominantemente productiva, en la que la persona ha superado la dependencia, la omnipotencia narcisista, el deseo de explotar a los demás, o de acumular, y ha adquirido fe en sus propios poderes humanos y divinos y coraje para confiar en su capacidad para alcanzar el logro de sus fines. En la misma medida en que carece de tales cualidades, tiene miedo de darse y, por tanto, de amar.

## ELEMENTOS ESENCIALES DEL AMOR

1.-*El amor implica cuidado y preocupación.* Esto es especialmente evidente en el amor de una madre por su hijo. Ninguna declaración de amor por su parte nos parecería sincera si viéramos que descuida al niño, si deja de alimentarlo, bañarlo, de proporcionarle bienestar físico. Lo mismo ocurre con el amor a los animales y las flores. Si una mujer nos dijera que ama las flores, y viéramos que se olvida de regarlas, no creeríamos en su amor a las flores. El amor es la preocupación activa por la vida y el crecimiento de lo que amamos. Cuando falta tal preocupación activa no hay amor.

En el libro de Jonás se describe de forma sumamente bella este elemento del amor. Dios le ha dicho a Jonás que vaya a Nínive para advertir a sus habitantes que están castigados si no abandonan sus prácticas perversas. Jonás huye de su misión porque teme que la gente de Nínive se arrepienta y Dios los perdone. Es un hombre con un poderoso sentido del orden y de la ley, pero sin amor. Sin embargo, al tratar de escapar, se encuentra en el vientre de una ballena, que simboliza el estado de aislamiento y reclusión que ha provocado en él su falta de amor y de solidaridad. Dios lo salva, y Jonás va a Nínive. Predica ante los habitantes tal como Dios le ha mandado, y ocurre aquello que él tanto temía. Los hombres de Nínive se arrepienten de sus pecados, abandonan sus malos hábitos, y Dios los perdona y decide no destruir la ciudad. Jonás se siente hondamente enojado y apesadumbrado; él quería *justicia*, no misericordia. Por fin encuentra cierto consuelo en la sombra de un árbol que Dios ha hecho crecer para protegerlo del sol. Pero cuando Dios hace que el árbol se seque, Jonás se deprime y se queja airadamente a Dios. Este responde: *Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer, que en el espacio de una noche nació y en el espacio de una noche pereció. ¿Y no tendré yo piedad de*

*Nínive, aquella gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas que no conocen su mano derecha ni su mano izquierda y muchos animales?*

La respuesta de Dios a Jonás se debe entender simbólicamente. Dios le explica a Jonás que la esencia del amor es *trabajar* por algo y *hacer crecer*, que el amor y el trabajo son inseparables. Se ama aquello por lo que se trabaja, y se trabaja por lo que se ama.

2.-*El amor implica responsabilidad.* El cuidado y la preocupación implican otro aspecto del amor: el de la *responsabilidad*. Hoy en día suele usarse esta palabra para denotar un deber, algo impuesto desde el exterior. La responsabilidad en su verdadero sentido, es un acto enteramente voluntario, constituye mi respuesta a las necesidades, expresadas o no, de otro ser humano. Ser responsable significa estar listo y dispuesto a responder. Jonás no se sentía responsable ante los habitantes de Nínive. Él, como Caín, podía preguntar: *¿Soy yo el guardián de mi hermano?* La persona que ama, responde que la vida de su hermano no es sólo asunto de su hermano, sino propio. Siéntese tan responsable por sus semejantes como por sí mismo. Tal responsabilidad en el caso de la madre y su hijo, atañe principalmente al cuidado de las necesidades físicas. En el amor entre adultos, también se da una preocupación ante las necesidades físicas de la otra persona a la que se ama.

3.-*El amor exige respeto.* La responsabilidad podría degenerar fácilmente en dominación y posesividad, si no fuera por un tercer componente del amor, el *respeto*. Respeto no significa temor y sumisa reverencia; denota, de acuerdo con la raíz de la palabra (*respícere* = mirar), la capacidad de ver a una persona tal cual es, tener conciencia de su individualidad única. Respetar significa preocuparse porque la otra persona crezca y se desarrolle tal como es. De este modo, el respeto implica la ausencia de explotación. Quiero

que la persona amada crezca y se desarrolle por sí misma, en la forma que le es propia, y no para servirme de ella. Si amo a la otra persona, me siento uno con ella, pero con ella tal cual es, no como yo necesito que sea, como un objeto para mi uso. Es obvio que el respeto sólo es posible si yo he alcanzado independencia; si puedo caminar sin muletas, sin tener que dominar ni explotar a nadie. El respeto sólo existe sobre la base de la libertad: *l'amour est l'enfant de la liberté*, dice una vieja canción francesa: *el amor es hijo de la libertad nunca de la dominación*.

4.-*El amor necesita el conocimiento*. Respetar a una persona sin conocerla, no es posible; el cuidado y la responsabilidad serían ciegos si no los guiara el conocimiento. El conocimiento sería vacío si no lo motivara la preocupación. Hay muchos niveles de conocimiento; el que constituye un aspecto del amor no se detiene en la periferia, sino que penetra hasta el meollo. Sólo es posible cuando puedo trascender la preocupación por mí mismo y ver a la otra persona en sus propios términos. Puedo saber, por ejemplo, que una persona está encolerizada, aunque no lo demuestre abiertamente; pero puedo llegar a conocerla más profundamente aún; sé entonces que está angustiada e inquieta; que se siente sola, que se siente culpable. Sé entonces que su cólera no es más que la manifestación de algo más profundo, y la veo angustiada e inquieta, es decir, como una persona que sufre y no como una persona enojada.

Pero el conocimiento tiene otra relación, más fundamental, con el problema del amor. La necesidad básica de fundirse con otra persona para trascender de este modo la prisión de la propia separatividad se vincula, de modo íntimo, con otra necesidad específicamente humana, la de conocer el secreto del ser humano. Si bien la vida en sus aspectos meramente biológicos es un milagro y un secreto, el hombre, en sus aspectos humanos, es un impenetrable secreto para sí mismo y para sus semejantes. Nos conoce-

mos y, a pesar de todos los esfuerzos que podemos realizar, no nos conocemos. Conocemos a nuestros semejantes y, sin embargo, no los conocemos, porque no somos una cosa, y tampoco lo son nuestros semejantes. Cuanto más avanzamos hacia las profundidades de nuestro ser, o el ser de los otros, más nos alude la meta del conocimiento. Y sin embargo, no podemos dejar de sentir el deseo de penetrar en el secreto del alma, en el núcleo más profundo que es él.

Hay una manera, una manera desesperada de conocer el secreto: es el poder absoluto sobre otra persona; el poder que le hace hacer lo que queremos, sentir lo que queremos, pensar lo que queremos; que la transforma en una cosa, en nuestra cosa, en nuestra posesión. El grado más intenso de ese intento de conocer consiste en los extremos del *sadismo*, el deseo y la habilidad de hacer sufrir a un ser humano, de torturarlo, de obligarlo a traicionar su secreto en su sufrimiento. En ese anhelo de penetrar en el secreto del hombre, y por tanto, en el nuestro, reside una motivación esencial de la profundidad y la intensidad de la crueldad y de la destructividad.

Otro camino para conocer *el secreto* es el amor. El amor es la compenetración activa con la otra persona. En el acto de fusión, te conozco, me conozco a mí mismo, conozco a todos y no conozco nada. Conozco de la única manera en que el conocimiento de lo que está vivo es posible al hombre. El *sadismo* está motivado por el deseo de conocer el secreto, y sin embargo nos deja más ignorantes que antes porque nos falta el amor. He conseguido destrozar completamente al otro ser, y, sin embargo nos deja más ignorantes que antes porque nos falta el amor. He conseguido destrozar completamente al otro ser, y, sin embargo, no he hecho más que separarlo en pedazos sin conocer nada. El amor nos abre a la otra persona y nos hace compenetrarnos con ella. Nos hace entregarnos, olvidándonos totalmente de nosotros, encontrándonos en este modo y conociéndonos. En el acto de amar, de entregarme, me encuentro

a mí mismo, me descubro, descubro al hombre, descubro la presencia de Dios.

Cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento son mutuamente interdependientes. Constituyen un síndrome de actitudes que se encuentran en la persona madura; esto es, en la persona que desarrolla productivamente sus propios poderes, que solamente desea poseer los que ha ganado con su trabajo, que ha renunciado a sus sueños narcisistas de onnisapiencia y omnipotencia, que ha adquirido la humildad basada en esa fuerza interior que sólo el genuino sentido y la presencia de Dios puede proporcionar. Todo lo demás no es amor genuino y verdadero.

JUAN JOSÉ GALLEGO SALVADORES, OP.  
Valencia



## El camino de la salvación es camino de niños

El primer capítulo del *Tratado de San Miguel de los Santos*<sup>1</sup>, empieza revelándonos las cualidades propias del estado de tranquilidad del alma, entre las cuales resultan la “inocencia y sencillez”: “Estos de quienes vamos hablando, vuelven a la primera inocencia y sencillez. Por consiguien-te, si acaso pareciere a alguno que ha llegado a este estado y no se hallare con la sencillez e inocencia primera que es la de los niños, sepa que está muy lejos de llegar a él” (§ I, 6, p. 13).

Y la consecución de estas virtudes, como por una vuel-ta a los orígenes, es la condición fundamental, necesaria e imprescindible del alma, también como prueba y objetivo preliminar sin el cual cualquier camino es vano, porque para el santo, solamente la condición primera, la de los niños, es un estado singular y propio, que se pone en la misma línea señalada por el Evangelio: “Fácilmente pode-mos echar de ver esto en lo que Cristo dijo a sus Apóstoles, que, para entrar en el reino de los cielos, era necesario vol-verse niños, es a saber, a su inocencia y sencillez” (*Ibid.*).

Se trata, justamente, de una condición para entrar en el reino de los cielos, una condición fijada por Jesucristo, como

1. San Miguel de los Santos fue un trinitario calzado, nacido en Vic (Provincia de Barcelona) en 1591. Concentró su atención en la radical transformación de ser humano en Cristo. Sigue siendo un verdadero maestro espiritual. Las citas se sacan del *Breve Tratado de la Tranquilidad del Alma*, por San Miguel de los Santos, Postulación General de la Orden de la Santísima Trinidad, Madrid 1991).

una manera de ser y de estar, no, por supuesto, para volver a una cierta edad y comportamiento, sino para imitar esa inocencia, esa incapacidad e imposibilidad esencial de no hacer el mal, de no producir a nadie nada que le haga daño, que estorbe de ninguna manera. No hacer nada malo a nadie, no haber hecho nunca nada malo a nadie, es decir, ponerse limpios y escuetos sin peso de maldad delante de nadie, como si fuéramos el primer hombre antes de la culpa...

Y en esto estriba la “sencillez”, que es calidad del alma, una vez más en el sentido de la claridad interior –lo cual no excluye la complejidad de la persona–, pero prevaleciendo la pureza de espíritu sobre cualquier interés y sobre cualquier gusto personal o placer egoísta. Y esto significa aquí la condición del niño, cuyo reino es el reino de los cielos, que para San Miguel expresa el estado del niño, como de un bienaventurado, para quien se realiza la “resurrección del alma antes de la del cuerpo, esto es un remedo y traslado de la pureza y de la vida de los bienaventurados” (§ I, 7, p. 13). Y es allí, justamente, donde la pureza se asocia a la inocencia, mejor dicho, donde ocurre el traslado de la imitación de la bienaventuranza del paraíso: es como si dijéramos que la inocencia, de estado sin culpa, pasase a estado sin mancha sublimándose como condición humana primera, anterior al pecado original.

Los que llegan al estado de tranquilidad consiguen, pues, la posibilidad de acercarse a la suerte de los bienaventurados del cielo y a los niños gracias a su persistir en el estado de inocencia y de sencillez primordial como estado propio y natural: “Tienen los de este estado grande semejanza con los del cielo y con los niños, por estar en su primera sencillez e inocencia” (§ V, 19, p. 19).

¿Pero cuál es el núcleo esencial de todo esto?, es decir ¿cómo se explica este coincidir de bienaventurados, niños y las almas que quieren volver a la inocencia y sencillez?, porque, como los elegidos, ellos no tienen otra voluntad sino la de Dios.

No es, por lo tanto, cuestión de edad, obviamente, ni de sexo ni de carácter; sino que es simplemente una actitud para vivir en la inocencia, la clave para abrir la puerta del cielo: “Es propio de los de este estado volverse a la inocencia y a la sencillez de los niños; lo que no es compatible con la prudencia de la carne” (§ VII, título). Y aquí entra un tema más grave y complicado, que es un tema de la vida como normalmente entendida, en sus propios movimientos y, justamente, *prudencias*, es decir, un vivir de la práctica, de la política del existir, que es siempre un compromiso serio, un saber actuar en la vida como si fuera un negocio, el mayor de los negocios, el que más necesita capacidad, finura de mente, inteligencia del espíritu, habilidad del saberse conducir en medio de los escollos, de todas las perturbaciones que proporciona el vivir mismo.

Es la sutileza mental de quien conoce al mundo y a los hombres y se sabe gobernar, buscando los gozos existenciales y los placeres, que siempre pretenden ganar, que aspiran a la supremacía del gusto individual sobre todos los demás. Y es exactamente ésta una forma de “prudencia”, que no es propia de los niños, más espontáneos, más directos, porque no quieren vencer a los demás ni salir con ganancia. Y esta prudencia es prudencia de la carne, digamos, una sabiduría de lo horizontal, limitada como horizonte y como producto de su propia habilidad, ese sentido del mundo y de la práctica verdadera, la práctica que no se contenta con lo que puede tener, sino que busca siempre más allá... Mientras los niños no saben, no quieren nada, sin especular... Los niños son celestes por su naturaleza y condición (edad y sin edad), manera de no querer nada sino su propio juego gratuito, sin pagar ni comerciar, casi como un derecho singular pero natural, por la pobreza de espíritu que sólo quiere lo que le pertenece; y quienes entienden, mas sólo quieren lo que Dios quiere, se sitúan en la perspectiva de la voluntad del Señor.

Miguel sabe muy bien que, si se quiere llegar al estado de tranquilidad interior, se debe obligadamente renunciar a esa “prudencia de la carne”, es decir, principalmente, a los instintos no controlados dentro de nosotros, que tienden al pecado. Y el santo viene a afirmar que, sin retorno a la infancia espiritual, es imposible conseguir ese estado de paz y de libertad del alma; antes bien, esa quietud se consigue abandonándonos como niños en las manos del Padre, que sin que alguien le pida nada se ocupa de antemano de sus hijos y les ayuda: “de aquí se colige cuán bien hicimos en decir que los que aquí llegaban, volvían a la primera inocencia y sencillez” (§ VII, 28, p. 22).

En este pequeño fragmento lo que nos llama la atención es una especie de paradoja, que hemos visto desarrollarse a lo largo del pequeño tratado, es decir, cuando se enuncia la rareza de una condición, que prevé que una persona mayor se haga niño, que vaya hacia atrás, para “volver” a un estado primero; lo cual no es tan sólo un hacerse pequeño cuando uno ha crecido y crecido, sino más bien “volver”... a lo de sus primeros días; y ¿para qué y por qué, entonces, ese haber crecido, ese haberse hecho mayor?; ¿no hubiese podido quedarse uno como cuando vino al mundo?

Se entiende bien, sin embargo, cuál es el tema de San Miguel que aquí expone muchas veces: si el punto de llegada ha de ser como el de salida, significa que tenemos que pensarlo bien.

Todo nuestro andar deber ser, entonces, no un camino hacia atrás, porque los talentos deben fructificar; no podemos quedarnos como al principio, antes bien tenemos que marchar hacia adelante; pero el camino ha de ser diferente. Tenemos que ir para adelante, pero siempre con la mirada puesta en el punto de partida y proseguir, proseguir, siempre como si fuéramos niños, con la misma clara conciencia, la misma mirada pura, la misma inocencia y sencillez. El niño es inocente, porque no ha hecho nada malo

a nadie: y ¿nosotros que estamos en el camino?, ¿nosotros que hemos andado mucho y hemos errado mucho más, nos hemos reflejado en los demás como en un espejo al revés, no hemos amado, no hemos a menudo perdonado, no hemos entendido?... ¿cómo podemos seguir adelante si hemos recorrido un camino tan largo y sembrado de errores?, ¿de males?, ¿de pecados?; éste no es un problema... pero sí que puede serlo... Y ¿cuál sería una solución? nos la da el mismo san Miguel haciéndose eco de Jesucristo; y sería dichoso de veras poder entender el fácil misterio de una sólo aparente contradicción. Nuestra marcha hacia adelante tiene su sentido propio –en la economía de la salvación– solamente si tiene en cuenta el lindo estado de nuestra alma en sus principios, cuando no podíamos haber hecho nada, cuando todavía estábamos en una condición de pureza total aunque no lo supiésemos... Y así tenemos que saber que debemos proseguir nuestro camino no con la mirada hacia atrás, sino hacia el nosotros de atrás, limpios y sencillos...

Pero hay que servirse y seguir las palabras de san Miguel que vamos a citar y comentar a continuación, quien, como siempre en estos textos, primeramente se dirige a “los que aquí llegan”, porque en primer lugar hay que llegar... Pero los niños han llegado ya, son los que sin ninguna duda ya se pueden considerar como en ese estado. Para todos los demás hay que llegar, pero san Miguel –quien por su cuenta ya ha llegado– nos enseña y guía exactamente, si seguimos sus huellas, que son las propias de los niños... Y ¿quiénes son esos niños benditos?

La condición de niño, además de lo que acabamos de decir, precisa una condición muy particular, fácil en apariencia, pero muy, muy difícil para todos los que no admiten que han de volver atrás, para quienes consideren a los niños como algo demasiado pequeño para tomarlos como modelos... Aquí estriba el error de muchos, que se quieren

mayores en apariencia... Bueno, lo primero que hace falta es tener voluntad, es decir, ejercitarla, practicarla de veras, no como simple ornamento, como cualquier otra cualidad entre las muchas o pocas que pertenecen al ser humano. ¡Y la voluntad es mucho o lo es todo! Ella es simplemente la cualidad principal, como impulso activo, fuerte, decidido; es la “determinación”, que decían san Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús, con la cual se obra, se actúa en el sentido pleno de nuestra humanidad; es la garantía de que queremos, de veras, ser personas en el mejor sentido de la palabra. Pero hace falta aquí algo más, mucho más... El niño, según san Miguel, es quien quiere según la voluntad de Dios: única voluntad es lo que Dios quiere. Así hacen los niños que no quieren sino lo que quieren los suyos: “En verdad, así como los que aquí llegan, no quieren sino lo que su Padre (que es Dios) quiere, así podemos decir de los niños, que no quieren sino lo que sus padres quieren que quieran” (§ VII, 28, pp. 22-23). Hay que insertarse enseguida en lo eterno: y lo eterno de los niños es el Padre.

Pero san Miguel añade una explicación muy significativa, para que no se crea que la voluntad es simplemente la voluntad, la que todos más o menos tenemos, por la cual queremos lo que nosotros queremos, y nosotros solos... En realidad, el santo entiende hablar de la *voluntad*, en el sentido del principio vital, sobre el cual se realiza todo hombre como hombre, en el sentido institucional de la palabra, *homo, vir creatus*... La condición humana, y no simplemente del individuo en su particularidad, defectos, vicios, y virtudes, capacidades, movimientos, sentimientos, instintos, sentidos, etc.: “y así como se dice de los que llegan a este estado, que no tienen sentidos, potencias, pasiones ni sentimientos” (*Ibid.*). He aquí de qué se trataba, especialmente, hablando de las “potencias”, por las cuales se entiende la voluntad, primeramente, el intelecto y la memoria, que, con los sentidos, pasiones y sentimientos, constituyen

el sistema-hombre. Pero lo que más le importa al santo, como en todo su tratado, es la similitud con los niños. Como si tuviera san Miguel un interés especial –y lo tiene– en llamarnos a esa imitación *natural*, es decir, que no sea una imitación exterior; ¡imposible!, de los niños en su seriedad y en su, eso sí, manera natural de comportarse, que ningún hombre pudiera imitar. Es ésta una, digamos, *vocacional* manera del espíritu y de su pobreza interior, un camino, un modo de ser y de estar que se acerca a la gracia natural de los niños, en su particular conformidad con Dios, espontánea, directa, sin cálculos ni corduras... El alma ha de renunciar a usar de las potencias: “también de los niños se puede decir lo mismo, pues tampoco usan de todas estas cosas; y si acaso usan de ellas, se reputa como si no usaran” (*Ibid.*). Establece así san Miguel una categoría especial, una manera propia de actuar y, también de pensar, de vivir en la totalidad de ese modo esencial, una verdadera distinción que aisle a quienes viven así, señalando una diferencia sustancial y activa: “y así como es diferente el modo de proceder de los de este estado al de los demás, así lo es el modo de proceder de los niños al de los hombres, porque los de otros estados usan de prudencia humana”.

Y volvemos así, otra vez a la palabra clave y a la dirección particular del actuar humano (“como en el estado de hombre”): la “prudencia de la carne”, “la cual es uno de los grandes impedimentos que uno puede tener para llegar a este estado, por ser la prudencia humana muy ajena a la sencillez e inocencia, la cual sencillez e inocencia es una de las condiciones, sin la cual nadie puede llegar a este estado, ni aun tener perfecta mortificación”.

Hemos citado todo el fragmento, porque encierra en sí todo lo que hace falta para pensar bien y obrar en el mismo sentido. La “prudencia” es esa capacidad típicamente humana de actuar con sabiduría, una virtud natural que

dirige a todo ser en su camino vital de cada día, dentro del tiempo, pensando solamente en el tiempo, considerando solamente a los que nos rodean, que dependan o no de nosotros; y, a menudo, somos nosotros los que dependemos... Es la habilidad terrena de conducir sus propias cosas según el interés, el provecho, el fruto singular de cada día, para nuestra respetabilidad, para nuestro éxito en el mundo, para nuestra victoria aparente sobre todos los que tienen algo que hacer con nosotros... Ésta es la prudencia de la carne... la prudencia, la ciencia y la sabiduría del mundo, el saber común, político, económico, del prestigio social... Por esa razón, san Miguel repite y repite la fórmula, que no lo es, por la dificultad que impone, por la estrecha vía que enseña..., pero decimos “fórmula” en el sentido de que se debe imponer como si fuese un doble aviso, una ley casi, porque es una ley moral, un aviso para llegar a una condición espléndidamente enseñada por san Miguel: hay que ser sencillos, hay que ser inocentes; la sencillez y la inocencia siendo lo que nos confunde con los niños, lo que nos da la garantía mayor de nuestra salvación. Observamos también que el santo habla tranquilamente de “prudencia humana”, porque es la más propia del hombre, la más común, obvia, característica, etc., que todos tienen, pero que, aquí, se ha de considerar de otra forma, no en el sentido de propiedad común sino como mayor calidad de la condición humana, naturalmente, con respecto a Dios. Y a sus leyes de caridad y de amor.

Y, finalmente, llegamos también a la expresión plena que nos da el modelo de nuestro arribo propio –según la lección de san Miguel– a la real y única finalidad que nos merece la pena conseguir, es decir, la “perfecta mortificación”.

El tema es, por supuesto, muy delicado pero hay que conocerlo bien, porque es, tal vez, la mayor finalidad, la única si queremos salvarnos. Y es la perfección, nuestra plena realización del diálogo con Dios, la “cumbre”, como

dicen los místicos, del monte que es Dios... Completar nuestra condición humana es hacerse como Dios quiere, en su voluntad y en su amor. Y la manera mejor de llegar a tanto es, exactamente, la muerte a sí mismos, la muerte a los instintos, al mundo exterior, a los sentidos, a nuestro propio interés y parecer, para perfeccionarnos con Dios, en Dios y por Dios. Y es esa la llamada *muerte mística*. Véase, por ejemplo, en san Pablo de la Cruz <sup>2</sup> [nota sul librino], la muerte en Cristo, según su sublime sacrificio de la cruz, en la paz y obediencia y compartido amor para con todos los hombres. En esto estriba la perfecta mortificación la *nada* sanjuanista.

La cual es indudablemente un camino dificultoso y lleno de peligros (el primero es el de volver hacia atrás): “De donde se colige que a quien tiene prudencia humana no sólo le falta mucho para llegar a este estado, sino que también le falta mucho para llegar a la perfecta mortificación” (§ VII, 29, p. 23).

El discurso del santo es tajante: si hay prudencia humana de la carne no hay perfecta mortificación ni inocencia ni sencillez... Y añade san Miguel otra palabra clave y decisiva, que nos enseña cómo podemos llegar a la perfecta mortificación: “porque para llegar a ésta ha de estar desterrada la advertencia; donde hay ésta, habrá prudencia humana, porque no puede estar ésta sin advertencia, ni advertencia sin prudencia humana” (*Ibid.*). Y sale aquí la palabra “advertencia”, que san Miguel explica más adelante, siempre aplicando la figura del “niño”, que es la fundamental o la que resume todas las enseñanzas: ¿qué es lo que advierten o no advierten los niños?: “si acaso [los que lleguen al estado de la inocencia y sencillez] advierten o pueden advertir algo, es lo que los niños advierten cuando la madre los tiene en los brazos y los deja. Así algo podrían

2. Cfr. N. GORI, *Il fuoco della totalità in San Paolo della Croce*, Studio sulla “morte mistica”, Quaderni di Famiglia Domenicana 2000.

advertir los que han llegado a este estado, como por ejemplo, si Dios que los rige y gobierna en sus pensamientos, palabras y obras, los deja, cosa que pocas veces acontece a los que han llegado a este estado, por estar Dios más cerca de ellos, que las madres lo están de sus hijos cuando los tienen en sus brazos; pudiendo decir de éstos con el Apóstol: “Viven ellos, mas no ellos, sino que Dios vive en ellos” (§ VIII, 32, pp. 24-25).

Aquí, justamente, está el punto: hay que tener por delante la figura de una madre con su hijo (y la madre es Dios y el hijo es el hombre); esta relación es humanamente la más estrecha y llena de protección: la madre tiene al hijo en sus brazos, el hijo está al seguro... no le puede pasar nada. Y el niño lo que advierte es exactamente esto, cuando la madre le deja solo, sin el refugio y la estabilidad de sus brazos. Y, para san Miguel, el hombre debe actuar como el niño cuando advierte (o no advierte). Y el advertir es el momento de la soledad, del abandono –naturalmente, un abandono provisional, que no nos deja solos, porque la madre sigue mirando al niño y, en cualquier momento que le vea en dificultad, se precipita inmediatamente... Y si el niño no tiene conciencia de todo esto, y, por ejemplo, se pone a llorar, no le pasa nada, porque la madre corre... Todo esto el hombre, en su relación con Dios, y relación profunda, auténtica, probada, etc., lo sabe y no puede no saberlo si conoce al Dios que es amor y misericordia, el pacto de amor materno y paterno de amparo y de protección y de fidelidad que Dios hace con el hombre siempre, aunque el hombre pueda incluso traicionar<sup>3</sup>.

Y, prosigue san Miguel diciendo que el hombre no debe tener esa advertencia –se entiende, en uno mismo– sino siempre en Dios. No en la prudencia de la carne, no en la advertencia en sí mismo, no haciéndolo todo como si estuviese solo... sino en la advertencia de que Dios existe y te

3. Cfr. la encíclica de Juan Pablo II, *Dives in misericordia*.

ama y te ayuda, te protege, te perdona, te salva. “Por eso dice San Pablo que la prudencia de la carne es muerte y que la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, diciendo: *Prudentia carnis mors est y: Sapientia carnis inimica est Deo*, que para estar en la perfecta mortificación se requiere que esté desterrada la advertencia” (§, VII, 29, p. 23). La vida, por supuesto, es la amistad de Dios, que nos lleva a lo eterno de su amor y de su gloria.

NICOLA GORI  
*Italia*

## LITURGIA

# El justo doliente y perseguido (Sal 22/21)

Esta bellísima pieza poética es uno de los salmos más vigorosos y dramáticos del Salterio. En su estructura, por sus ideas atrevidas y sus comparaciones provocativas y emocionales, refleja la profundidad de sentimientos de un alma atribulada, que de momento se siente abandonada del mismo Dios, pero siempre con la esperanza de recuperar el favor y la protección del que todo lo puede. Atendiendo a su contenido ideológico se divide en dos partes: a) Alegría de un justo que se siente abandonado de su Dios en quien confiaba, por lo que se queja amargamente de su situación aparentemente desesperada, pues cree que no merece ese castigo. Porque rodeado de enemigos, está a punto de morir. Por ello implora el auxilio de Dios, que parece haber ocultado su rostro ante sus sufrimientos (vv. 2-22). b) Himno de acción de gracias cuando ha conseguido su liberación del peligro extremo en que se hallaba, pues el salmista se proclama agradecido y quiere proclamar su salvación solemnemente en la asamblea de su pueblo (vv. 23-32).

El título del libro adscribe la composición del Salmo al propio David, como aparece en la titulación de muchas composiciones del Salterio. Pero es un artificio literario de la pseudonimia por considerar al rey de Jerusalén como el poeta prototipo de la edad de oro de la historia de Israel. Pero los críticos sorprenden no pocos arameísmos en la composición y muchas locuciones tardías posteriores al profeta Jeremías<sup>1</sup>. En los escritos del Nuevo

1. Cf. E. PODECHARD, *Le Psautier*, Lyon 1949, I, p. 109.

Testamento<sup>2</sup>, pero nunca es atribuido a David por los autores neotestamentarios. Los autores conservadores que sostienen la autenticidad davidica del salmo creen que fue compuesto cuando el profeta rey andaba perseguido por Saúl, rodeado de enemigos<sup>3</sup>, pero nada en el contexto avala esta hipótesis. Otros suponen que refleja la situación de persecución por su hijo Absalón<sup>4</sup>, que es el momento más amargo y trágico de la vida de David.

Desde el punto de vista rítmico, la primera parte (vv. 2-22) se divide en dos secciones, con cuatro estrofas en total. En la primera se destacan los dolores morales y espirituales del alma que se siente abandonada del mismo Dios, mientras que en la segunda se alude, sobre todo, a los dolores físicos y tormentos corporales. Las expresiones de dolor son muy gráficas y radicales, en las que no falta la hipérbole oriental. Hay juegos de paralelismos (antitéticos, sintéticos y sinónimos) debidos probablemente a una estructura coral en función de las exigencias litúrgicas. Y en la segunda parte (de acción de gracias) se pueden también distinguir dos secciones: a) Glorificación de Yahvé en Israel; b) Extensión universal del Reino de Dios. El estilo es vigoroso en toda la composición, lleno de trágica sinceridad en la primera parte, y de transparencia espiritual en la segunda. Algunos críticos<sup>5</sup> suponen que, en realidad, son dos composiciones salmódicas diferentes que se han agrupado por exigencias del servicio litúrgico, pero la contraposición triunfalista de la segunda parte parece responder a las exigencias de auxilio del justo abandonado.

2. Cf. Mc 15, 22-41; Mt 27, 31-56; Lc 23, 21-49; Jn 19, 23-30.

3. Cf. 1 S 23, 25s.

4. Cf. 2 S 15, 1s.

5. Así Duhm, Cheyne, Kautsch-Bertholet, H. Schmidt.

## EL SALMISTA, ABANDONADO DE DIOS (1-6)

1. Al maestro del coro. Sobre “la cierva de la aurora”.  
Salmo de David.
2. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Porqué me has abandonado?  
Lejos estás de mi socorro, de las palabras de mi gemido.
3. ¡Dios mío! Clamo de día, y no me respondes,  
de noche, y tú no me atiendes.
4. Con todo, tú eres el Santo,  
tú que habitas entre las alabanzas de Israel<sup>6</sup>.
5. En ti esperaron nuestros padres,  
confiaron y tú los libraste.
6. A ti clamaron, y fueron liberados,  
en ti confiaron, y no fueron confundidos.

En el título musical parece que se alude a una canción conocida a cuya melodía debía ajustarse el canto del salmo: en hebreo: “la cierva de la aurora”.

El salmista empieza *ex abrupto* lanzando un grito casi de desesperación: “¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”. Es la voz del justo, que en momentos de depresión moral, se siente como separado de su Dios, al que tanto ama y en el que confiaba ciegamente. Pero lejos de ser un grito de desesperación, es un arranque de queja, pues cree que al fin Dios le ayudará, pues siempre había confiado en Él, ya que había sido como su amigo y familiar que siempre había tenido a su lado<sup>7</sup>. Pero al sentirse abandonado de su protector, “las palabras de su gemido” resultan casi sin eco en la lejanía en que se halla Dios, en otro tiempo su auxiliador<sup>8</sup>. Estas palabras angustiadas del salmista doliente fueron pronunciadas por Jesús agonizante en la cruz. Mt y

6. Así, según el texto hebreo TM. La versión griega de los LXX y la latina de la Vulgata: “in sancto habitas”.

7. La versión griega de los LXX y la Vulgata añade: “respicen en me”.

8. La versión griega de los LXX y la de la Vulgata, que depende de ésta, en lugar de “palabras de mi gemido”, traducen: “Verba delictorum meorum” que no aparecen ni en el original hebreo ni en las versiones de Símaco y Teodoción.

Mc reflejan incluso el texto semítico de la frase, si bien el primero lo hace en hebreo, *Eli*, que puede ser una abreviación de *Eloî* (Mt 27, 46), mientras que Mc lo dice en arameo, *Elohî* (Mc 15, 34). Pero en ambos evangelistas el verbo está en arameo (*sabajtani* en vez del hebreo *'azabtani*). Por eso, se supone que Jesús, clavado en la cruz, recitaba este Salmo que se adaptaba a su situación doliente extrema, y reflejaba su soledad psicológica frente al Padre para apurar el cáliz del dolor hasta las heces. Si recitaba este salmo, desaparece el problema teológico del supuesto *abandono* de Jesús por parte del Padre.

“Día y noche” clama el justo doliente a Dios (v. 3), y no recibe respuesta favorable, pero a pesar de ello, lo reconoce como *Santo*, el Santo de Israel, que a pesar de su trascendencia, está cerca de su pueblo para protegerlo, Para los hebreos lo que caracterizaba a Dios era ante todo la *santidad*, en el sentido de incomunicación, separación y trascendencia, por eso no era lícito representarlo bajo formas sensibles. Porque Dios está por encima de todas las cosas, pero en la historia ha establecido lazos de amistad con las almas justas. Y su *santidad* exige correspondencia y fidelidad a las promesas de protección a los que se guían por la Ley de Yahvé, expresión de su voluntad. Por eso, el salmista, abandonado y solitario en su dolor, huérfano de la presencia de su Dios, apela a su carácter de *Santo*, para que se acuerde de sus vinculaciones con los justos. Por otra parte, Yahvé mora en el templo de Jerusalén entre “las alabanzas de Israel” (v. 4), pues es el lugar de su culto oficial, único en toda la tierra. Por lo que las preces allí dirigidas a Él tienen una exigencia especial para ser oídas. En el caso presente, la oración del salmista atribulado debe ser atendida con prontitud. Para reforzar su petición, el salmista recuerda a Dios que los antepasados, sus *padres*, en momentos de aflicción “confiaron y esperaron” en su ayuda, y no fueron defraudados, sino que fueron milagrosamente “liberados”. Lejos de ser “confundidos”, y avergonzados

ante sus enemigos, vieron sus preces y su fe confirmadas por la ayuda del Omnipotente.

#### DESPRECIADO DE LOS HOMBRES (7-11)

7. Pero yo soy un gusano, no un hombre,  
el oprobio de los hombres, y el desecho del pueblo.
8. Búrlanse de mí cuantos me ven,  
abren los labios, y mueven la cabeza.
9. “Se encomendó a Yahvé –dicen– líbrele y sálvele,  
pues él dice que le es grato”.
10. Y en verdad tú eres el que me sacaste del vientre,  
el que me inspirabas confianza desde los pechos de  
mi madre.
11. Desde el útero fui entregado a ti,  
desde el vientre de mi padre tú eres mi Dios.

En contraste con los patriarcas, que no fueron defraudados en sus esperanzas de socorro de parte de Dios, el salmista se presenta como la abyección de todos, pues es despreciado como vil “gusano” y sin defensa, es la irrisión y “el oprobio de los hombres” y “el desecho del pueblo” (v.). Estas expresiones encuentran su paralelo en los “Cánticos del Siervo de Yahvé” del libro de Isaías, donde es presentado como “menestero y abominado de las gentes” (Is 40, 7), “desfigurado su rostro, no parecía ser de hombre” (Is 52, 14), “despreciado, deshecho de los hombres varón de dolores, conecedor de todos los quebrantos..., menospreciado y estimado en nada” (Is 53, 2-3). Así gráficamente el salmista describe los movimientos de burla y desprecio: “mueven las cabezas, abren los labios”, justamente lo que hicieron los enemigos de Cristo a los pies de la cruz (cf. Lc 23, 35). Los gestos son de desprecio y de horror<sup>9</sup>.

9. Cf. Lm 2, 35; Sal 102, 25, Job 16, 4.

Ante esta actitud despectiva, el salmista renueva su confianza en Dios, que providencialmente ha tenido cuidado de él desde el seno materno. Todo el pasado fue para él una prueba de la predilección de Yahvé por él. (cf. Sal 71, 5-6). Desde el nacimiento ha sido entregado al cuidado de Dios (Sal 55, 22; 71, 6). Según la costumbre oriental, el padre recibía sobre las rodillas al recién nacido para reconocerle como suyo. Así, el salmista parece jugar con el recuerdo de esta costumbre, y declara que ha sido entregado a la mano acogedora y providencial de su Dios<sup>10</sup>. De modo enfático el salmista destaca a los que se burlan de él, que, en efecto, Yahvé es su Dios desde “el vientre de su madre”.

#### PERSEGUIDO DE LOS ENEMIGOS (12-19)

12. No estés alejado de mí, que estoy angustiado,  
acércate, pues nadie viene en mi ayuda.
13. Rodéanme toros en gran número,  
cércanme novillos de Basán.
14. Abren sus bocas contra mí,  
cual león rapaz y rugiente.
15. Me derramo como agua,  
todos mi huesos están dislocados.  
Mi corazón es como cera,  
que se derrite dentro de mis entrañas.
16. Seco está como un tejón mi paladar,  
mi lengua está pegada a las fauces,  
y me han echado al polvo de la muerte.
17. Me rodean como perros,  
me cerca una turba de malvados,  
han taladrado mis manos y mis pies,  
y puedo contar todos mis huesos.
18. Ellos me miran y me contemplan.
19. Se han repartido mis vestidos,  
y echan suertes sobre mi túnica.

10. Cf. Gn 30, 3; 50, 23.

De nuevo el salmista se queja de que Yahvé, su protector, que le ha protegido desde el seno materno, se mantenga “alejado” ahora que se halla sin auxilio en medio de sus enemigos. Así, con todo realismo, describe a sus enemigos como “toros y novillos de Basán”, la región del norte de Transjordania, famosa por sus praderíos, bosques y ganados<sup>11</sup>. Los “novillos de Basán” eran los más robustos y agresivos. Por eso se prestan a la comparación con los enemigos del salmista, pues ferozmente le atacan y abren “sus bocas como leones rugientes” (v. 14), ansiosos de caer sobre su presa<sup>12</sup>.

Al lado de las persecuciones están los dolores físicos del salmista. Quizá esté postrado en el lecho del dolor a causa de una enfermedad o encarcelado, pero en todo caso sus palabras reflejan un estado de agotamiento físico total, aunque las frases gráficas que emplea pueden entenderse en sentido metafórico para indicar su estado de postración moral. Oprimido por su estado de ansiedad espiritual, se siente agotado, como en estado delicuescente: “Me derramo como agua” (v. 15) y “se dislocan sus huesos, “mientras” su corazón se derrite como cera “en su interior”. Y sediento, tiene “la lengua pegada al paladar” consumido por la fiebre. Por lo que se considera ya como entregado al “polvo de la muerte”, enterrado con los difuntos. De nuevo alude a la hostilidad y mal trato que le dan sus perseguidores, pues le “rodean como perros” hambrientos, deseosos de saciar sus ansias de comer, porque esos desalmados y forajidos le han maltratado, dejándole con “las manos y los pies traspasados”. Así, convertido en un esqueleto viviente, puede el salmista “contar todos sus huesos” (v. 18)<sup>13</sup>. Satisfechos de haberle maltratado, esa “turba de malvados” se complace

11. Dt 32, 14; Ez 39, 18; Am 4, 1; Nm 32, 18.

12. Cf. Sal 7, 2; Lm 2, 16; 3, 46.

13. En el texto hebreo de TM se lee: “como un león”. Nuestra versión (“han traspasado”) se basa en la griega de los LXX y en la siríaca *pshitta*, cambiando *ka'ari* (como “un león”) en *ka'ru*: “han quebrantado”.

maliciosamente al ver tendida e indefensa a su víctima: “Me miran y contemplan” (v. 18), y para mayor escarnio, ante sus ojos mortecinos “se han repartido mis vestiduras y echan suertes sobre mi túnica” (v. 19). Los evangelistas recogerán estas palabras del salmista, y las aplicarán al caso de la crucifixión de Jesús, en la que literalmente lo ven cumplido<sup>14</sup>.

### SÚPLICA DE SALVACIÓN (20-22)

20. Tú, pues, Yahve, no estés lejos,  
fuerza mía, ¡apresúrate a venir a mi auxilio!
21. Libra mi alma de la espada,  
y mi vida de la garra de los perros<sup>15</sup>.
22. Sálvame de la boca del león,  
y de los cuernos de los toros salvajes a mi pobre  
(vida)<sup>16</sup>.

Rodeado de sus feroces enemigos, y a punto de expirar, el salmista pide de nuevo a Yahvé que no le abandone permaneciendo “lejos”, pues es su “fuerza” y su “auxilio” (v. 20). Y por tanto, es ya la hora de salir por sus intereses. De nuevo el salmista acude a metáforas atrevidas y gráficas, pues “su alma” o persona está a merced de la “espada”, y su “vida” única y amada, se halla entre “las garras de los perros” (v. 21). Ya que se halla en “las fauces del león” y entre “los cuernos” de los “toros salvajes”, que furiosamente le atacan.

14. Cf. Jn 19, 23-24, Mt 27, 35.

15. Lit. “mi única”. Cf. Sal 35, 17.

16. El texto hebreo dice literalmente: “respóndeme”. La Vulgata, siguiendo a la griega de los LXX traducen “humilitatem meam”, leyendo *annavathi* en el lugar de *anthani*. La *Bible de Jerusalem*: “mi pobre alma”.

## ACCIÓN DE GRACIAS POR LA LIBERACIÓN (23-27)

23. “Yo anunciaré tu nombre a mis hermanos,  
y te alabaré en medio de la asamblea.
24. Los que teméis a Yahvé, ¡alabadle!  
Descendencia toda de Jacob, ¡glorificadle!  
¡Temblad delante de Él toda la progenie de Israel!
25. Porque no desdeñó ni despreció la miseria  
del desgraciado, ni apartó de él su rostro,  
antes oyó al que imploraba su socorro.
26. Contigo será mi alabanza en la gran asamblea,  
cumpliré mis votos delante de los que te temen.
27. Comerán los pobres y se saciarán,  
y alabarán a Yahvé los que le buscan.  
¡Viva vuestro corazón siempre!

La perspectiva salmódica cambia radicalmente, porque el salmista ha sido liberado de la situación angustiosa en que se hallaba, y se encuentra ahora presente “en medio de la samblea” (v. 23) solemne del pueblo con ocasión de algún sacrificio público. Por eso, profundamente agradecido a sus beneficios, el justo liberado quiere hacer partícipes de sus sentimientos de agradecimiento a sus “hermanos” correligionarios, los israelitas, que usufructuaron las mismas promesas religiosas. Porque “el nombre de Yahvé”, es decir, sus proezas, deben ser reconocidas públicamente en la asamblea solemne de los fieles. Y el salmista, llevado de su entusiasmo, invita a todos los que “temen a Dios”, es decir, a la “descendencia de Jacob, la progenie de Israel” (v. 24), que son los herederos de las promesas divinas<sup>17</sup>. Porque como tales, deben participar de la alegría del que milagrosamente ha sido liberado de un peligro mortal. Realmente Yahvé no se ha desentendido del “desgraciado”, sino que benévolamente le escuchó, y, lejos de ocultar su rostro, le prestó auxilio salvador<sup>18</sup>.

17. Cf. Is 45, 10; Jr 33, 26, 2 R 17, 20; Is 45, 25; Jr 31, 36, Ne 9, 2.

18. Cf. Sal 10, 11; 12, 1; 79, 33.

De este modo el salmista proclama su “alabanza” en la “asamblea”, y, al mismo tiempo, se dispone a “cumplir los votos” hechos en tiempos de angustia<sup>19</sup>. Y luego, invita a “los pobres” a participar del banquete de acción de gracias que seguía después del sacrificio a base de las partes de las víctimas no quemadas en el altar. Y éstas debían ser comidas el mismo día del sacrificio o en la mañana siguiente<sup>20</sup>. Por lo que en el Deuteronomio se exhorta al oferente a que invite a los pobres y a los levitas a tomar parte en el convite sacrificial<sup>21</sup>, para que “se sacien” (Dt 26, 12) y “alaben” a Yahvé. Y por ello, el oferente se siente feliz entre sus invitados, por lo que les exhorta a regocijarse en el Señor: “¡viva vuestro corazón siempre!” (v. 27). Los Santos Padres han aplicado las palabras de este Salmo de acción de gracias al banquete eucarístico del N.T., pero esto habrá que entenderlo en sentido alegórico, pues nada en el contexto alude al misterio de la Eucaristía.

### CONVERSIÓN DE LAS NACIONES (28-32)

28. Se acordarán y se convertirán a Yahvé  
todos los confines de la tierra,  
y se postrarán delante de Él  
todas las familias de las gentes.
29. Porque de Yahvé es el Reino,  
y Él dominará a las gentes.
30. Comerán y se prosternarán ante Él  
todos los grandes de la tierra.  
Se curvarán los que descienden al polvo.  
Mi alma vivirá para Él<sup>22</sup>.

19. Cf. Sal 60, 13; 119, 14.18.

20. Cf. Dt Lv 7, 16; Nm 15, 3.

21. Cf. Dt 14, 29; 26, 12.

22. Así según la versión griega de los LXX y la Vulgata. El texto hebreo TM: “su alma no vida”, lo que no hace sentido. Pero cambiando el *lo* (“no”) en *lô* (“para él”) nos da la pista que se acerca a la versión de los LXX que hemos aceptado.

31. Mi posteridad le servirá<sup>23</sup>,  
hablará del Señor a las generaciones venideras.
32. Y predicarán su justicia al pueblo que ha de nacer,  
por haberlo realizado Yahvé.

La perspectiva del salmista se alarga, porque no sólo la progenie de Jacob conocerá su liberación, y se gozará en Yahvé, sino “las familias todas de las gentes” (v. 28). No pocos consideran esta sección como adición posterior al salmo primitivo, debida a exigencias litúrgicas. De hecho, *la conversión de los gentiles y el reino universal* a Yahvé es el tema de no pocos salmos postexílicos<sup>24</sup>. Con todo, se puede establecer un *crescendo* en el desarrollo de la composición salmódica, manteniendo su unidad literaria sustancial. Así primero el salmista habla de sus problemas personales, después de la proyección nacional a Israel, finalmente, la perspectiva se extiende hacia todas las naciones y a las generaciones del futuro. Pero hemos de notar que a diferencia de lo que se dice en los poemas del “Siervo de Yahvé” del libro de Isaías (Is 53, 1-12), en el salmo no se establece relación entre los *sufrimientos* del justo perseguido y el reinado de Dios en el mundo, pues éste no es fruto de los dolores de aquél. Porque el contexto más bien insinúa que la milagrosa liberación del justo de sus sufrimientos y de las persecuciones es *ocasión* de que la gloria de Dios se manifiesta, primero a Israel, y después a los gentiles, si es que el último fragmento (vv. 28-32) pertenece a este salmo desde su redacción primera.

Según las antiguas promesas, en la descendencia de Abraham “serían bendecidas todas las familias de las gentes” (Gen 12, 3; 28, 14). Así, pues, el salmista se sitúa en esta amplísima perspectiva, porque todos los pueblos recono-

23. Leemos con los LXX “mi posteridad” en vez de “posteridad” del texto hebreo.

24. Cf. Los Sal 96-100.

cerán la soberanía de Yahvé en todas las naciones. Por lo que también los gentiles tendrán acceso al convite espiritual como los pobres en el templo de Jerusalén: “Comerán y se postrarán todos los grandes de la tierra” (v. 30). Porque “los grandes de la tierra”, al reconocer la soberanía de Yahvé, depondrán su autosuficiencia y orgullo, y no tendrán inconveniente en tomar parte con los humildes en el banquete de acción de gracias organizado por el salmista, que ha recuperado su situación de paz y tranquilidad, y su salud. Los “que descienden al polvo”, es decir, los mortales en general, o quizá mejor, los que asociados por la necesidad, se hallan al pie del sepulcro, como antes el salmista, se sumarán alegres a este convite de acción de gracias con los poderosos de la comunidad y con los israelitas que temen a Yahvé.

Finalmente, el propio salmista se asocia a la glorificación de su Dios con su descendencia. De hecho, en muchos salmos se habla de anunciar la gloria y fidelidad de Yahvé a las generaciones futuras<sup>25</sup>. Porque los israelitas tenían un gran sentido de *solidaridad* comunitaria en cuanto que esperaban en su descendencia asistir a la manifestación de los tiempos mesiánicos. Pues todos vivían ilusionados con la gran manifestación de Yahvé a favor de su pueblo en los últimos tiempos. Porque su vida giraba en torno a las esperanzas mesiánicas. Sobre todo, los piadosos vivían obsesionados con una época de felicidad en la que Yahvé fuera realmente el centro de todos los corazones (cf. Jr 32, 32). Por lo que aquí el salmista se alegra al pensar que su “posteridad servirá a Dios” como su “alma (o persona) vivirá para él”.

25. Cf. Sal 71, 18; 78, 5-6; 102, 19.

## SENTIDO MESIÁNICO DEL SALMO

Los evangelistas citan textos del salmo como literalmente cumplidos en la pasión de Jesús<sup>26</sup>. Y los Santos Padres los aplican comúnmente a Cristo Mesías<sup>27</sup>. En el Concilio Constantinopolitano II se condena la proposición de Teodoro de Mopsuestia, que negaba la aplicación del salmo a la pasión de Jesús. Pero, de hecho, en la tradición judía nunca se da a este salmo un sentido *mesiánico*, pues los judíos no podían concebir un *Mesías doliente*. Pero parece que literal y directamente el salmo se refiere a la experiencia personal y dolorosa del salmista, aunque este *justo doliente* es tipo de los sufrimientos de Cristo en la cruz y sus frases pueden aplicarse en sentido *espiritual* a Cristo en su pasión. Hay muchas frases que se cumplen directamente en los sufrimientos de Cristo: el tormento de la sed, la persecución de los enemigos, la perforación de las manos y los pies, la división por suertes de sus vestiduras. Pero la relación entre la liberación del salmista doliente y el retorno de los gentiles a Dios parece tener alguna vaga proyección mesiánica.

Sin embargo hay determinados versos del salmo que no se pueden aplicar directamente a Cristo agonizante en la cruz, como las duras frases del salmista en las que describe a los enemigos como “perros salvajes” (v. 13). Por otra parte, las expresiones “han taladrado mis manos y mis pies” pueden entenderse en sentido metafórico hiperbólico, aunque los evangelistas ven en ellas el cumplimiento literal en la pasión de Cristo. Finalmente, el salmista en su angustia espera que Dios le libre de su triste situación, mientras que

26. Cf. Mt 27, 25; Jn 19, 24.

27. Cf. S. JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 97. PG 6, 705. TERTULIANO, *Adv. Marcionem* 3, 19. PL 2, 376. S. ATANASIO, *De incarnatione* 35: PG 25, 155. S. JERÓNIMO, *In Psalmos* 21. PL 26, 931-937. S. AGUSTÍN, *Enarrat. In Psalmos* 21. PL 36, 167-182.

28. Cf. *Act. Conc. Constantinop. II coll*, 4, n. 22-23. Mansi IX, 211-213.

Jesús la acepta con plena conciencia de su misión de Redentor.

Algunos críticos prefieren ver en el salmo el reflejo de un sentido *colectivo*, es decir, el salmista reflejaría los sufrimientos de la colectividad israelita en el exilio babilonio. Pero en la composición encontramos demasiados rasgos de tipo personal para darle ese supuesto sentido colectivo.

MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, O.P.  
*Salamanca*

## TESTIGOS

# Sor M.<sup>a</sup> Rosario Lucas de Burgos, fundadora de las Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada

(Almería 1909-Córdoba 1960)

Cualquier persona que entre en la iglesia de la Vera Cruz de Salamanca se encuentra con un templo barroco muy hermoso, todo él decorado con espléndidas imágenes que procesionan en la Semana Santa salmantina. Pero lo que más sorprende del recinto es el retablo del altar mayor coronado con una bellísima imagen de la Inmaculada y en el que podemos contemplar permanentemente expuesto el Santísimo Sacramento. Delante precisamente de ese retablo siempre se puede ver, al menos, a una religiosa toda vestida de blanco, que meditando de rodillas trata de vivir su vocación de amor e inmolación. ¿Quiénes son estas monjas que día y noche oran ante Jesús Sacramentado? La respuesta es clara y sencilla: son las Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada, las hijas de sor M.<sup>a</sup> Rosario del Espíritu Santo.

Pero si queremos conocer la espiritualidad y la historia de estas religiosas debemos acudir a su fundadora, acercarnos a su biografía y adentrarnos en su experiencia religiosa.

## 1. BUSCANDO EL ROSTRO DE DIOS POR LOS CAMINOS DE LA VIDA

### *Infancia y juventud de una fundadora*

En 1909, el 27 de febrero, nace en Almería M.<sup>a</sup> Rosario Lucas Burgos en una familia que muy pronto, por motivos de trabajo, debe trasladarse a Melilla, allí es donde recibe M.<sup>a</sup> Rosario la confirmación, el 22 de mayo de 1918, de manos del obispo don Manuel González, “*el obispo de los Sagrarios abandonados*”.

Unos años antes, cuando M.<sup>a</sup> Rosario contaba cinco años, había fallecido su madre y su padre se había vuelto a casar en segundas nupcias. Esta dolorosa experiencia de perder a su madre la llevó a acercarse profundamente a la Madre del cielo a quién desde este momento sintió como verdadera madre y a quién se consagró.

Comenzó ya muy pronto M.<sup>a</sup> Rosario a conocer el dolor y la cruz y ésta no la abandonará ya a lo largo de su vida.

El 24 de mayo de 1919, M.<sup>a</sup> Rosario recibe la primera comunión en el colegio de las franciscanas donde se estaba formando y siente la profunda experiencia de la soledad de Jesús en el Sagrario y el irresistible deseo de irse a estar con él.

Un poco después, en 1921, se traslada a Málaga para ingresar como interna en el colegio “*el monte*” de las religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos, allí permanecerá seis años ampliando estudios mientras va madurando su deseo de ser religiosa que adora a Dios día y noche. Más adelante, emprende nuevos estudios con el objetivo de convertirse en maestra, aunque no se siente muy atraída hacia la labor docente, ella cree que Dios la llama a otra cosa.

### *Vocación religiosa de M.<sup>a</sup> Rosario*

Siguiendo su vocación, el 1 de marzo de 1928, ingresa como postulante en el noviciado madrileño de las religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos. Meses más tarde, el 25 de septiembre toma el hábito de la congregación y recibe el nombre de María de los Dolores. En 1929, el 26 de septiembre, profesa y comienza a recibir diversos destinos. Del colegio Ntra. Sra. de Loreto de Madrid es trasladada a Barcelona y en los períodos vacacionales va a la casa de solitarias de Saintoge en Burdeos. En esta casa de oración M.<sup>a</sup> Rosario da rienda suelta a su espíritu contemplativo y a su peculiar vocación dentro de su vocación religiosa.

En 1932 hace su profesión perpetua y un año más tarde encontramos a M.<sup>a</sup> Rosario en Madrid y en 1935 es destinada a Tolosa en donde enferma. Este mismo año recibe un permiso para ir a reponerse y sus superiores le permiten ir a Melilla con su familia a cuidarse y restablecer su salud. Encontrándose allí en convalecencia, estalla la guerra civil española, por lo que tendrá que permanecer entre sus familiares más tiempo del deseado.

### *La búsqueda de un nuevo camino: ser esclava*

En este período fuera del convento sigue intensificando su vocación eucarística y comienza, por indicación de su director, a buscar un lugar donde vivir las inquietudes que sentía, pero no encontrándolo decide regresar a su congregación, pero le aconsejan que cree ella algo nuevo. Las palabras que continuamente resuenan en ella son las que le dijo el Vicario parroquial de Melilla: *“Dios no te quiere donde estabas. Debe desear algo nuevo en su Iglesia”*. Antes de comenzar algo nuevo, decide cerrar una etapa muy importante de su vida y opta por secularizarse abandonando definitivamente la congregación de la Sagrada Familia de Burdeos.

Por fin, el 8 de diciembre de 1939, crea una asociación en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de Melilla para acompañar al Santísimo adorándole y con espíritu de reparación. En 1942, una vez más en el día de la Inmaculada, renueva su voto de ser esclava y da un nuevo paso en su proyecto de algo nuevo.

### *Nacimiento y consolidación de una Congregación*

En su lucha por diseñar y organizar una adoración perpetua al Santísimo en clausura, se dirige a Málaga buscando consejo y lo encuentra. El 11 de octubre de 1943 se entrevista con el Obispo de Málaga y el 24 de diciembre del mismo año las primeras 4 esclavas comienzan su peculiar tipo de vida. Oficialmente el nuevo instituto se denominó “*Pía Unión de Hijas de la Iglesia*” y el 10 de abril de 1944 cuenta ya con la primera capilla. En 1945, el 11 de octubre, visten por fin el hábito, y M.<sup>a</sup> Rosario adopta el nombre de M.<sup>a</sup> Rosario del Espíritu Santo.

Trasladado el obispo don Balbino Santos y Olivera, de Málaga al arzobispado de Granada, la congregación se desplazará también a la ciudad de la Alhambra donde la Pía Unión se convertirá en Congregación religiosa de derecho diocesano el 15 de septiembre de 1948. En esta época la primera comunidad cuenta ya con un total de doce miembros. Pronto se produce una prodigiosa expansión y el 11 de octubre de 1949 se abre la casa de Cuenca y el 18 de febrero de 1951 la casa de Cáceres.

El gobierno del Instituto se complica con las nuevas fundaciones y con problemas de diversas procedencias, por eso la madre Rosario acude al provincial de los jesuitas de Andalucía pidiéndole ayuda, éste le sugiere que entre en relación con el P. José Antonio de Aldama y Pruaño. El 20 de julio de 1951 se produjo la primera entrevista entre el P. Aldama y la madre M.<sup>a</sup> Rosario dándose origen a una gran amistad y a un nuevo período de la naciente congregación.

Desde entonces las fundaciones se multiplicaron: Gerona, Salamanca (1952), Orense (1955), Jaén (1956), el Ferrol (1958) y Córdoba (1959). La obra no se detiene y el 31 de julio de 1951 la Madre Rosario se entrevista con el Nuncio de su Santidad en España, el objetivo es hablarle de la situación de la congregación y de su posible desarrollo en una determinada dirección. Siguiendo el consejo del Nuncio, la Madre Rosario se dirige a Roma: La Santa Sede determina que se elaboren unas nuevas constituciones en las que trabajará sin descanso el P. Aldama.

El 29 de mayo de 1952 la Santa Sede concede, mediante el correspondiente Rescripto, que el Instituto pase a llamarse a partir de ahora "*Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada*", como fue deseo de la Madre Fundadora desde el principio.

El 16 de septiembre de 1957, la M. Rosario tiene el gozo de ser recibida por el Papa Pío XII y esta visita le supone una gran experiencia eclesial que siempre recordará con gran gozo y veneración.

La precaria salud de la madre M.<sup>a</sup> Rosario se sigue resintiendo y tras una dolorosa enfermedad vivida cristianamente, fallece en Córdoba el 5 de enero de 1960 a los 50 años de edad, donde reposan sus restos.

## 2. BUSCANDO EL ROSTRO DE DIOS

### POR LOS CAMINOS DE LA ESPIRITUALIDAD

M.<sup>a</sup> Rosario, fue una mujer muy precoz que contó con cualidades humanas y religiosas heroicas. Forjada desde muy temprano por los caminos de la cruz sintió muy pronto la llamada de Dios a vivir con él. Su vida fue modelada por la gracia de Dios y su experiencia religiosa tiene los rasgos siguientes:

### *Adoración eucarística perpetua y reparadora*

Sintió muy pronto una fuerte atracción hacia Jesús presente en la Eucaristía. Su inquietud era adorar, contemplar y reparar a Jesús, a quien ella sentía que se encontraba sólo en el sagrario. Su ideal es cumplir en su propia vida lo que proponía él Sal 122, 1, esto es, su vida, poner “*los ojos fijos en el Señor*”. Y este ideal comenzó muy tempranamente, en el día de su primera comunión:

“La primera vez que entró en mi alma Su divina Majestad Sacramentado, el 24 de mayo de 1919, festividad de nuestra Señora de la Estrada y María Auxiliadora, obsesionó mi espíritu la soledad de Jesús en su Tabernáculo de Amor”.

Y este ideal de tener siempre los ojos fijos en el Señor era sin limitación de tiempo, es decir, perpetuamente. Sor M.<sup>a</sup> Rosario quería ser religiosa para poder adorar día y noche al Señor; y se sentía llamada a convertirse ella misma en custodia que lleve a Jesús a todas partes.

### *Consagración a la Virgen Inmaculada*

Habiendo perdido siendo niña a su madre, M.<sup>a</sup> Rosario se acercó a la Virgen María y se consagró plenamente a ella. Más adelante vivirá con gran entusiasmo la esclavitud mariana y ofrecerá a María Inmaculada, esclava del Señor, como modelo de la Congregación. De ella toda esclava aprende a no pretender ni anhelar otra cosa más que el amor de Dios, amándole sobre todas las cosas y buscando siempre su voluntad. María, la primera creyente y discípula de Jesús nos ayuda a estar disponibles incondicionalmente para responder a la llamada del Señor. El P. Aldama deja a las Esclavas el espíritu mariano de sor M.<sup>a</sup> Rosario en estas palabras:

“... vivía pendiente de reproducir en sí misma las virtudes de María; una espiritualidad de confianza sin límites en su

Madre y Señora; una espiritualidad de veneración y amor filiales, expresados con todos los detalles delicados y variadísimos, que brotaban de su carácter serio, pero ingenuo y finísimo...”.

### *Experiencia contemplativa claustral*

El tipo de vida diseñado por M.<sup>a</sup> del Rosario es contemplativo, siendo la misión principal de las religiosas esclavas la oración, vivida en el retiro, la soledad y el silencio. Esta experiencia de soledad y limitación dentro del claustro, desarrollaron en sor M.<sup>a</sup> Rosario del Espíritu Santo, una caridad maternal que cultivó en su relación con todas sus hijas y que se muestra en el talante comunitario de la Congregación.

Tuvo que luchar y perseverar en su propósito de crear una institución contemplativa. Los primeros momentos de la institución y su aprobación diocesana desvirtuaron esta orientación, pero ella se mantuvo firme y fiel. Ella quería evitar el apostolado activo e instaurar una dirección de apostolado contemplativo, para ello elige una vida de alabanza, reparación y adoración, donde la santidad de los miembros del Instituto es el mejor servicio a la Iglesia.

### *Amor Inmolación, es el lema que compendia la vida del Instituto*

Sor M.<sup>a</sup> Rosario, familiarizada desde niña con el dolor y la cruz, estuvo durante toda su vida sometida a la prueba. El sufrimiento físico y moral no fueron para ella experiencias que le resultaron ajenas. Todas las adversidades que padeció, las vivió como ocasiones que le permitían entregarse más plenamente al plan de Dios.

Todo lo traducía en amor ardiente, y cualquier ocasión le era propicia para entregarse más plenamente a Dios, sien-

do su mayor deseo mover a otros a amar y entregase a Jesús Eucaristía:

“Quiero comenzar en mi vida una era de fuego, que todo lo abraze y encienda. Quiero vivir muriendo de amor a cada instante y que la llama de mi corazón penetre hasta el último confín del universo y llegue a todas las criaturas. Quiero perder el seso a fuerza de amar y que el Instituto sea un volcán que le haga no sentir el hielo del mundo al Corazón de mi Dios”.

El amor es para sor M.<sup>a</sup> Rosario la respuesta necesaria que había que dar a Jesús, porque él nos ha amado hasta el extremo y se ha entregado totalmente por nosotros. Jesús nos amó hasta el fin, se agotó y consumió por amor. Sin embargo, a veces no encuentra la respuesta del amor. Por eso, M.<sup>a</sup> Rosario siente la necesidad de reparar las faltas de entrega inmolándose ella por amor al que en su corazón sólo tiene y es el AMOR.

RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO, O.P.

# Las vías del conocimiento de Dios en santa Teresa de Lisieux

## I. Sus cualidades

A lo largo de cinco números vamos a presentar una selección de textos de *Historia de un Alma*<sup>1</sup>, en los que la misma santa Teresa de Lisieux expone los caminos que utilizó para encontrar a Dios, o, mejor dicho, los caminos que Dios le posibilitó para entrar en comunión con ella.

Comenzamos analizando las características de santa Teresita que pudieron facilitarle esa experiencia tan rica e intensa de Dios. No cabe duda de que hay *factores externos* que le ayudaron a ello, pero los *factores internos* son muy importantes como ahora vamos a ver.

### LA “NOCHE DE FE”

“Durante los días tan gozosos del tiempo pascual, Jesús (...) permitió que mi alma se viese invadida por las densas tinieblas, y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, sólo fuese en adelante motivo de lucha y de tormento... Esta prueba no debía durar sólo unos días, o unas semanas: no se extinguiría hasta la hora marcada por Dios..., y esa hora no ha sonado todavía...” (C, 1897: 1896-1897, p. 257).

1. Las citas las tomamos de TERESA DE LISIEUX, *Historia de un Alma*, Monte Carmelo, Burgos 2000. Además de otros datos, haremos referencia a la fecha de composición del texto en cuestión.

## SU HUMILDAD

“(Jesús) quería hacer resplandecer en mí su misericordia. Porque yo era débil y pequeña, se abajaba hasta mí y me instruía en secreto en las *cosas* de su *amor*. Si los sabios que pasan por la vida estudiando hubiesen venido a preguntarme, se hubiesen quedado asombrados al ver a una niña de catorce años comprender los secretos de la perfección, unos secretos que toda su ciencia no puede descubrirles a ellos porque para poseerlos es necesario ser pobres de espíritu...” -Lc 10,21- (A, 1895: 1886-1887, p. 130).

## SU VOCACIÓN: SER EL AMOR EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA

*Su único deseo es amar a Dios*

“Tú sabes, Dios mío, que yo nunca he deseado otra cosa que amarte (...). Para amarte como tú me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor. Sólo entonces encontraré reposo” (C, 1897: 1896-1897, p. 311).

*Su amor es fiel*

“Pero Dios me ha dado un corazón tan fiel, que cuando ama a alguien limpiamente, lo ama para siempre” (A, 1895: 1883-1886, p. 105).

*El amor da sentido a la realidad*

“Al igual que Salomón, después de examinar todas las obras de sus manos y la fatiga que le costó realizarlas, vio que todo era vanidad y caza de viento, así también yo conocí por EXPERIENCIA que la felicidad sólo se halla en esconderse y en vivir en la ignorancia de las cosas creadas. Comprendí que, sin el amor, todas las obras son nada, incluso las más brillantes, como resucitar a los muertos o convertir a los pueblos...” (A, 1895: 1890-1895, pp. 212-213).

### *La ciencia del amor*

“¡La ciencia del amor! ¡Sí, estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma! No deseo otra ciencia (...). He aquí pues lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor” (B, 1896: 1896, pp. 228-229).

### *La lámpara de la caridad*

“Nadie, dijo Jesús, enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a *todos* los de la casa. Yo pienso que esa lámpara representa la caridad, que debe alumbrar y alegrar, no sólo a los que son más queridos, sino a *todos* los que están en la casa, sin excepción de nadie (...). ¡Y cómo amo este mandamiento –‘que os améis unos a otros como yo os he amado’–, pues me da la certeza de que tu voluntad es *amar tú en mí* a todos los que me mandas amar...!” (C, 1897: 1896-1897, p. 269).

## LA INTELIGENCIA NATURAL DE SANTA TERESITA

### *Se apoya mucho en lo que sabe por experiencia*

“Sí, toda mi fuerza se encuentra en la oración y en el sacrificio; son las armas invencibles que Jesús me ha dado, y logran mover los corazones mucho más que las palabras. Muchas veces lo he comprobado por experiencia” (C, 1897: 1896-1897, p. 292).

### *Tiene inteligencia y memoria*

“Dios me concedió la gracia de despertar mi inteligencia en muy temprana edad y de que los recuerdos de mi infancia se grabasen tan profundamente en mi memoria, que me parece que las cosas que voy a contar ocurrieron ayer” (A, 1895: 1873-1877, p. 30).

*Es realista*

“Aquella dicha no era efímera, no se desvanecía con las ilusiones de los primeros días. ¡Las *ilusiones!* Dios me concedió la gracia de *no llevar* NINGUNA al entrar en el Carmelo. Encontré la vida religiosa *tal* como la había imaginado. Ningún sacrificio me extrañó” (A, 1895: 1888-1890, p. 183).

*Intenta razonar el por qué de los misterios divinos*

“Durante mucho tiempo me he preguntado por qué tenía Dios preferencias, por qué no recibían todas las almas las gracias en igual medida” (A, 1895: 1873-1877, p. 26).

SANTA TERESITA SE SABE POSEEDORA  
DE ENTENDIMIENTO SOBRENATURAL

Con el término “entendimiento sobrenatural” definimos el contenido del conocimiento que santa Teresita adquirió por medio de su experiencia de Dios y que no era capaz ni de meter en estructuras racionales ni de verbalizarlo. Con “*entendimiento* sobrenatural” no nos referimos a una actividad *racional*.

*Ve desde “lo alto”*

“Desde que me puse en brazos de Jesús, soy como el vigía que observa al enemigo desde la torre más alta de una fortaleza. Nada escapa a mis ojos. Muchas veces yo misma me sorprendo de ver tan claro, y me parece muy digno de excusar el profeta Jonás por haber huido en vez de ir a anunciar la ruina de Nínive” (C, 1897: 1896-1897, p. 289).

*El entendimiento sobrenatural está reservado  
para los que aman a Dios*

“Todas las grandes verdades de la religión y los misterios de la eternidad sumergían mi alma en una felicidad que no era de esta tierra... Vislumbraba ya lo que Dios tiene reservado para los que le aman (pero no con los ojos del cuerpo sino con los del corazón). Y viendo que las recompensas eternas no guardaban la menor proporción con los insignificantes sacrificios de la vida, quería *amar, amar apasionadamente* a Jesús y darle mil muestras de amor mientras pudiese...” (A, 1895: 1886-1887, p. 127).

#### SU VOCACIÓN MISIONERA

“Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas remotas... Quisiera ser misionero no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos...” (B, 1896: 1896, p. 235).

#### SU VOCACIÓN MAGISTERIAL

Cabe añadir por último la vocación magisterial, que desarrolló en su relación con las novicias que pusieron a su cargo (C, 1897: 1896-1897, cf. pp. 281-282) y con los dos misioneros con los que se carteaba (C, 1897: 1896-1897, cf. pp. 304-308).

JULIÁN DE COS, O. P.  
*Salamanca*

## Bibliografía

VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ, *La gracia y la vida entera. Dimensiones de la amistad con Dios*, Herder, Barcelona 2003, 342 pp.

Este libro es el resultado de la investigación y de varios años de docencia centrados en la enseñanza de la Escritura y del tratado de la gracia. En él se recapitulan también las inquietudes de las personas encontradas por el autor en su experiencia apostólica. Su reflexión trata de articular el dato bíblico, la historia, la especulación, la espiritualidad y las preocupaciones pastorales. Quiere interpelar al lector ayudándole a releer y volver a interpretar su vida a la luz de la gracia.

En la introducción nos advierte de que, aunque va a exponer los temas fundamentales del tratado de la gracia, el libro no posee la estructura y el estilo de los manuales conocidos. No contiene las introducciones históricas que pueden encontrarse en otras obras ni se comienza con una sección bíblica exhaustiva. La iluminación de la Escritura y los necesarios datos históricos se han incorporado en cada tema. Algunas cuestiones clásicas se desarrollan sólo de modo muy sintético o desde perspectivas nuevas.

Con este enfoque se pretende que el libro no se quede sólo en el ámbito académico, sino que pueda utilizarse también como lectura teológico-espiritual. Además, su estilo dialógico procura recoger los resultados del intercambio ecuménico de los últimos años, así como la vida de la gracia derramada en las otras religiones.

El libro se estructura en once capítulos. Los diez primeros tratan de profundizar en las siguientes dimensiones de la gracia: la estética, la mística, la psicológica, la fraterna y social, la dinámica, la corpórea y cósmica, la moral, la expresiva, la gratuita y la histórica. El último capítulo reflexiona brevemente sobre las relaciones que existen entre el pecado original, la concupiscencia y la gracia. Algunos de estos capítulos concluyen con una propuesta de trabajo personal. Al final del libro podemos encontrar cuatro páginas de bibliografía sobre el tema en cuestión.

Es digno de tener en cuenta el esfuerzo del autor por tratar de presentar un tema tan importante a la vez que difícil, así como su pretensión de romper moldes en relación con el estilo más académico y árido propio de un manual. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos, nos parece que los objetivos no se cumplen del todo y que algunos pasajes resultan de difícil lectura.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

LUIS MALDONADO, *La esencia del cristianismo. Vivir en cristiano hoy* (Magíster 20), San Pablo, Madrid 2003, 257 pp.

A lo largo del siglo XX se publicaron numerosas investigaciones y ensayos con el título: “la esencia del cristianismo” u otros similares. El presente libro, situándose en esa misma línea, pretende recoger las reflexiones del autor ante las aportaciones de los más recientes estudios bíblicos y especulativos sobre Dios, Jesucristo y el hombre, situándolas luego en la tradición de la llamada “teología kerigmática”, que él mismo conoció en Innsbruck cuando realizó allí los estudios teológicos y de doctorado. Se nos ofrece así el fruto de años de trabajo y el resultado de investigaciones muy recientes con el objetivo de ayudar a las nuevas generaciones de cristianos y teólogos a realizar una transmisión de la fe realmente “situada” en el momento histórico actual, favoreciendo de este modo el que esta fe sea cada vez más auténtica, es decir, más “centrada” en el kerigma o núcleo principal de la revelación. Los materiales reunidos en estas páginas nos presentan a la persona de Jesús como el centro o la realidad de encuentro, de comunión plena entre Dios y el hombre, entre la eternidad y el tiempo, entre el Misterio trascendente y la historia.

Los tres extensos capítulos que vertebran el libro exponen la fe cristiana desde el punto de vista de sus contenidos, mostrando que la fe consiste en creer en esas tres realidades centrales: Dios, Jesucristo y el hombre. También se interroga a lo largo de estas páginas sobre la dimensión subjetiva de la fe, es decir, sobre la fe entendida como acto de confianza, entrega y decisión hacia un compromiso y servicio. El primer capítulo trata sobre la fe en Dios. Siguiendo al teólogo Raimundo Panikkar, L. Maldonado nos dice que para acceder a Dios es preciso cierto silencio y una pureza de corazón. Es así como se abre en el ser humano lo que algunos llaman el “tercer ojo”, es decir, ese órgano o facultad que nos abre a la realidad divina. Aquí se entiende por silencio el apaciguamiento de los sentidos y las facultades internas (la imaginación sensible, el entendimiento y la voluntad). Se insiste mucho sobre la impotencia de Dios ante el mal que los seres humanos sufrimos en el mundo. Hablando de “impotencia” se quiere justificar –siguiendo el surco de Bonheoffer– la aparente no intervención de Dios ante dicho sufrimiento; Dios afronta el sufrimiento humano sufriendo con el que sufre. El Dios cristiano es, por tanto, un Dios sufriente. Este primer capítulo concluye hablando del misterio de la Trinidad.

El segundo capítulo, centrado sobre la fe en Jesucristo, comienza ofreciéndonos una visión de conjunto sobre lo que parece más actual y más admitido por todos, y que nos ayuda a una mejor comprensión de la persona de Jesús, así como a presentar de forma más actualizada su mensaje. Luego viene una consideración más analítica deteniéndose en facetas o cuestiones más particulares, aunque

también importantes. Para ello dedica su atención a la enseñanza cristológica de los evangelios sinópticos. No están ausentes aquí las facetas sapiencial, religiosa y mística del Reino y su Mensajero.

El último capítulo, centrado sobre la fe en el ser humano, trata de desentrañar el significado teológico y ético de la concepción bíblica del ser humano entendido como imagen de Dios.

La síntesis final se detiene en el sentido subjetivo de la fe. A partir de la persona de Jesús y de la fe en él tenemos dos realidades: una comunidad y una práctica. Teniendo esto en cuenta, el autor del libro reflexiona sobre las cuatro acciones decisivas que hacen surgir la vida de fe, la alimentan, la desarrollan y van uniendo a los creyentes en una comunidad eclesial: la *martyria* (el testimonio), la *leiturgia* (la liturgia), la *diakonia* (el servicio) y la *koinonia* (la acción comunitaria).

Todo el libro muestra un buen conocimiento de los temas estudiados; nos ofrece además muchas citas interesantes de autores de distintas épocas. No obstante, echamos de menos un mayor orden a la hora de abordar los temas. Por otra parte, la forma de enfocar algunos problemas -como por ejemplo el del sufrimiento de Dios- nos parece discutible porque se silencian los serios argumentos que van en otra dirección.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

TERESA DE JESÚS, *Orar es hablar con Quien nos ama. Experiencias de su oración*. Versión y selección de textos: Pedro Antonio Urbina (Cuadernos Palabra 142), Palabra, Madrid 2003, 305 pp.

Desarrollando la idea de don José López Navarro, quien en 1980 publicó un folleto de la colección “Mundo Cristiano” sobre las dificultades en la oración mental y sobre el modo de vencerlas a partir de textos de santa Teresa de Jesús, el autor de esta antología nos ofrece una cuidadosa selección y presentación de textos de la santa relativos a los consejos y experiencias sobre cómo hacer oración y sobre los distintos modos de oración. Si aquel folleto se había contentado con espigar un poco en el *Libro de la Vida* y otro poco en *Camino de perfección*, aquí podemos encontrar una antología más completa sacada no sólo de esas obras sino también de la *Primera Cuenta de Conciencia*, de la *Meditación del Cantar de los Cantares* y de las *Exclamaciones*; al final del libro reproduce el capítulo 5.º del *Libro de las fundaciones* y el capítulo 1.º de las primeras moradas. En las últimas páginas podemos encontrar una breve cronología de santa Teresa.

El objetivo de esta antología no es otro que el de ayudar a todos -jóvenes y mayores- a cultivar el trato de amistad con Jesús, el Dios hecho hombre.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

---

# Vida Sobrenatural

---

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### La felicidad y la fe cristiana

Hace ya más de diez años que el *Consejo para el diálogo con los no creyentes* publicó un interesante estudio sobre un tema de permanente actualidad, como es el de la felicidad humana y su estrecha relación con la fe cristiana<sup>1</sup>. En estas primeras páginas del presente número quiero recoger algunas de las afirmaciones que se hacen en dicho estudio con el fin de motivar la reflexión sobre una realidad que a todos nos toca tan de cerca y que es inseparable de nuestra fe en Dios.

No cabe duda de que la felicidad es el deseo principal y más inmediato de todo ser humano. Si le preguntamos a cualquier persona: ¿tú qué esperas de la vida?, en el fondo nos respondería, con éstas u otras palabras, que lo que busca es ser feliz. Incluso quien atenta contra su propia vida no busca otra cosa que la felicidad, ya sea tratando de escapar al peso de la existencia o a cualquier situación desesperada.

También el cristianismo conecta con este anhelo profundo; anhelo legítimo porque es Dios quien lo ha metido

1. P. POUPARD (dir.), *Felicidad y fe cristiana. Estudio del Consejo pontificio para el diálogo con los no creyentes*, Barcelona 1992.

en lo más hondo del corazón humano. Si tomamos en serio lo que nos dice la primera página de la Escritura, es decir, que somos “imagen de Dios”, la felicidad, no mirada ya como deseo sino como realidad, debe ser algo capital y constitutivo de Dios. Él nos creó para compartir su dicha, pero antes quiere que la felicidad sea en nosotros deseada libremente.

Aunque todos sin excepción compartimos el mismo anhelo, nos resulta imposible ponernos de acuerdo sobre aquello que lo hace posible. Ya en el siglo IV a. de C. el filósofo Aristóteles señalaba estas divergencias al constatar que unos ponían la felicidad en las riquezas, otros en el placer, otros en el poder y otros en la virtud. Él, que tenía una concepción optimista del ser, pensaba que la felicidad consiste en vivir en armonía con nuestra razón, que –como el ser mismo– siempre tiende al bien. El obispo Jacques Bossuet (s. XVII) decía que la fuente de todo bien consiste en buscar la felicidad allí donde se encuentra; en cambio, la fuente de todo mal está en encontrarla donde no se debe.

Para los cristianos la felicidad es un don de Dios; está en Dios, viene de él y él mismo la causa. San Agustín lo expresa bellamente en la siguiente oración: “El camino de la felicidad, Señor, consiste en experimentar la alegría por ti, de ti, a causa de ti. La vida feliz es la alegría que nace de la verdad. La alegría que nace de ti es la verdad, Dios mío, luz mía. La alegría de la verdad, todo el mundo la quiere” (*Confesiones*).

En el evangelio según san Mateo se nos presenta a Jesús, en el pasaje de las tentaciones del desierto, luchando contra tres formas ilusorias de felicidad que proporcionan una satisfacción inmediata del deseo, pero que acaban deshumanizándonos. La preocupación “exclusiva” por el pan –o por cualquier apetito del cuerpo– o por los reinos de la tierra o por las empresas humanas convierte a la felicidad en algo inalcanzable e incluso en un ídolo. Después de haber rechazado tenazmente estas tres formas ilusorias de felici-

cidad, que adquieren infinidad de disfraces, Jesús proclamó en las bienaventuranzas su verdadero ideal de felicidad. Es significativo el hecho de que Jesús salga del desierto proclamando la felicidad en la forma de las bienaventuranzas. Éstas son autobiográficas; nos transmiten el modo de vivir que Jesús eligió basándose en una profunda confianza en la palabra de Dios.

Acoger el espíritu de las bienaventuranzas supone una opción personal por superar totalmente el egoísmo. Esta opción incluye igualmente una orientación de la vida hacia los pobres y maltratados del mundo, un abandono de toda presunción, un espíritu de dulzura, la compasión hacia los que sufren, la valentía de ayudar a los débiles, el perdón concedido a todos, la sencillez de espíritu, la capacidad para superar las deficiencias y la capacidad de sufrir con alegría en nombre de la justicia.

Las bienaventuranzas no son el único pasaje evangélico que toca el tema de la felicidad, aunque es tan completo que no hace falta añadirle nada más. En ellas Jesús alaba una serie de actitudes personales, poniendo el acento en las disposiciones íntimas del corazón. La felicidad a la que Jesús se refiere en ellas es una felicidad presente y futura al mismo tiempo.

Los valores que encarnan las bienaventuranzas son un desafío a las afirmaciones complacientes sobre la felicidad que dominan el mundo. Las imágenes difundidas por la publicidad promocionan una felicidad directamente contraria a las bienaventuranzas del Evangelio. Esas “contrabienaventuranzas” proclaman felices a los que tienen dinero, porque pueden adquirir todo lo que desean, a los fuertes, porque tendrán la mejor parte, a los que causan buena impresión, porque serán admirados por todos, etc. En cambio, las bienaventuranzas predicadas por Jesús se oponen a toda felicidad superficial y egoísta. No se oponen a nuestros anhelos de felicidad, sino que están en profunda armonía con ellos. Pero nos hacen entrar en un nivel de

felicidad más profundo, invitándonos a ir más allá del sentido común, a alcanzar una libertad más plena y una mayor alegría. Las bienaventuranzas se enraízan en una conversión del corazón al amor.

Cuando vamos más allá del egoísmo, el orgullo o la arrogancia comenzamos a experimentar algo de la alegría de la que hablan las bienaventuranzas. Lo mismo ocurre cuando alguien es solidario con los pobres o trabaja por la reconciliación o se comporta con mansedumbre.

La experiencia de muchas personas confirma que la felicidad huye de quien la persigue directamente. En cambio, sale al encuentro de quienes la buscan indirectamente, es decir, de quienes optan por la vida y por hacer felices a los demás.

Algunas dimensiones de las bienaventuranzas sólo las puede captar el creyente. Es el caso de la promesa de una recompensa futura. Tal recompensa sólo es posible contando con la resurrección. La buena noticia de Jesús está en hacernos descubrir que la muerte no tiene la última palabra sobre las cosas. Jesús no sólo nos promete la felicidad para esta vida presente, sino también una felicidad eterna; lejos de poner límites a nuestros deseos les abre la posibilidad de expansionarse.

Sin embargo, en nuestra cultura actual e incluso en algunos creyentes se constata una crisis del sentido de la felicidad eterna. Hoy ya no se comprende lo que significa la felicidad eterna y tampoco se anhela conscientemente la eternidad; muchas personas se conforman con la vida presente. Para superar esta crisis es necesario hacer una buena catequesis que muestre que el cielo no es tanto un lugar sino un estado en el que nos encontraremos cara a cara con Dios. Es importante también presentar la eternidad como una participación en la gloria de Cristo resucitado, y expresarla en términos de amor.

En su esencia la felicidad consiste en amar y ser amado. La felicidad cristiana no es una cuestión de suerte, sino que se trata de una opción libre por vivir con amor.

Santo Tomás de Aquino distinguía en el amor humano dos formas: una, caracterizada por la *lucha* y el *deseo*; y la otra, por el *reposo* y el *goce*. La primera es *activa y enérgica*, mientras que la segunda es *pasiva y receptiva*. La primera corresponde a nuestra búsqueda a lo largo de la vida presente; en cambio la segunda es propia de la vida eterna. No obstante, ya en la vida presente hay experiencias alegres que nos acercan mejor a la realidad trascendente de la felicidad eterna. Tales experiencias nos permiten comprender la continuidad que existe entre la felicidad presente y la felicidad eterna. Pero, aunque hay continuidad entre ambas, existe también discontinuidad y diversidad. La felicidad eterna va más allá de nuestras posibilidades para expresarla. Sin embargo, de una cosa podemos estar seguros: de que la felicidad eterna es un don de Dios y que representará la realización última de todas nuestras esperanzas y búsquedas.

Entre las señales que indican la existencia de una vida feliz podemos mencionar las siguientes: la aceptación de sí mismo, la gratuidad, el ver el bien en todas las cosas, el confiar a pesar de los obstáculos encontrados en las experiencias pasadas, el vivir de acuerdo con las responsabilidades y opciones realizadas.

Como san Pablo nos deja entender en sus reflexiones, el camino más seguro para llegar a la felicidad consiste en vivir con generosidad y con amor gratuito. El mismo Jesús enseñaba que “hay más felicidad en dar que en recibir” (Hch 20, 35).

Según podemos apreciar al leer atentamente las bienaventuranzas, la felicidad cristiana integra en esta vida el sacrificio y el dolor. La felicidad auténtica exige un amor que se sacrifica a sí mismo y que sacrifica la felicidad más inmediata a la que aspiramos de forma espontánea. Esta felicidad se integra en el misterio pascual, es decir, en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Monseñor Joseph Rodericks, obispo de la India, decía que “sin el mis-

terio de la cruz, toda nuestra reflexión sobre la felicidad corre el riesgo de ser una mera utopía”. El dolor y el empobrecimiento no deben arruinar la felicidad. Para san Juan de la Cruz lo que importa no es tanto lo que sucede, sino cómo reaccionamos ante los acontecimientos.

Hay una breve narración que se encuentra en las *Floreциllas* de san Francisco donde el santo de Asís habla de la alegría perfecta como participación en el destino de Cristo, es decir, cómo solidaridad con sus sufrimientos. Esta narración cuenta cómo cierto día paseando Francisco con fray León iba conversando con él sobre las buenas cualidades que descubría en sus hermanos: la capacidad de curar a un ciego, la de resucitar a un muerto, el don de lenguas y profecía y el conocimiento de todos los secretos de la tierra. Y después de mencionar cada una de esas cualidades, Francisco le decía a fray León: “Escribe que no está en eso la alegría perfecta”. Finalmente, como si hubiera perdido la paciencia, fray León le dijo: “Padre, te pido, de parte de Dios, que me digas en qué está la alegría perfecta”. Francisco le respondió pidiéndole que se imaginase que los dos llegaban al convento mojados, cansados y hambrientos, de modo que el portero no cree que sean dos hermanos de la comunidad, sino que, llamándoles bribones y maleantes, deja que pasen la noche a la intemperie. Y añadió: “Si sabemos soportar con paciencia, sin alterarnos y sin murmurar contra él, todas esas injusticias, esa crueldad y ese rechazo, y si, más bien, pensamos, con humildad y caridad, que el portero nos conoce y que es Dios quien le hace hablar contra nosotros, escribe –¡oh hermano León!– que aquí hay alegría perfecta”. Esta visión de la felicidad está sin duda penetrada e inspirada por el espíritu de las bienaventuranzas.

Esta participación en el misterio pascual supone también una conversión del corazón. Cuando Jesús invita a la conversión está haciendo al mismo tiempo una invitación urgente a la felicidad. Hay quien piensa con acierto que “el cristianismo nunca hubiera superado la frontera

de Palestina si no hubiera sido, esencialmente, una promesa de felicidad, una promesa de alegría ofrecida a la humanidad” (Franc Rodé, teólogo esloveno). Es curioso que para muchas personas contemporáneas el cristianismo represente lo opuesto a la felicidad o a la libertad. No obstante sería erróneo presentar el Evangelio “exclusivamente” como una invitación a la felicidad, cuando en realidad el cristianismo no es en primer lugar una búsqueda de la felicidad sino más bien la conversión al don de la salvación que Dios nos ofrece en Jesucristo y la conversión a un modo de amar. Esta conversión nos conduce a la felicidad, pero de forma indirecta, es decir, como consecuencia de esa conversión. Sólo cuando se acepta todo el mensaje del Evangelio es posible ser feliz ya a partir de esta vida.

La predicación de la felicidad es un elemento de importancia capital en la evangelización. En su anuncio la Iglesia –y todos los que formamos parte de ella– tiene que hacer una sabia crítica de todo aquello que es dañino e ilusorio en las imágenes de felicidad difundidas en nuestros días; pero sobre todo es más urgente renovar la invitación a descubrir la nueva felicidad revelada en Jesucristo.

Jesús no nos ha dejado una fórmula mágica para obtener la felicidad, pero nos reveló el secreto de una felicidad misteriosa, semejante a un tesoro oculto en un campo; quien lo descubre arriesga todo lo que tiene por adquirir ese campo con su tesoro. En el fondo el cristianismo es una felicidad que se irradia en el amor a través del don y del perdón. Como decía el papa Juan Pablo II, la preocupación por los demás y por su felicidad son las imágenes más expresivas del misterio divino. Estas actitudes nos muestran el verdadero camino de la vida y de la felicidad humana.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

# Bienaventuranzas (I)

### INTRODUCCIÓN

Las bienaventuranzas a las que nos referimos son las ocho del evangelio de san Mateo (5, 3-10). En realidad hay otras muchas bienaventuranzas en los Evangelios, en los otros libros del Nuevo Testamento y también en el Antiguo Testamento.

Más aún, podemos decir que las bienaventuranzas o “macarismos” –palabra o expresión griega, derivada de “makários” = a “feliz o dichoso”– se encuentran en todas las literaturas: ¿en qué literatura, antigua o moderna, no se proclama a alguien “feliz” o “dichoso”?

En el griego clásico el adjetivo “makários” (=bienaventurado o dichoso) generalmente se reserva para los dioses, como poseedores de la inmortalidad (también nosotros reservamos el adjetivo “bienaventurado” para los ciudadanos del cielo). Sin embargo en forma de aforismos populares designa o califica también felicidades humanas muy concretas, como la dicha de la esposa que tiene un buen marido, la de los padres de hijos numerosos “bellos y buenos”, la del sabio...; y, en un período más tardío, la del iniciado en “los misterios”. Dicha palabra es la expresión de quien toma conciencia de la armonía esencial que une al hombre a la sociedad y al mundo: al hombre libre de males y dotado de bienes excelentes.

Esta sabiduría popular había penetrado profundamente en el judaísmo del tiempo de Jesús, mezclándose con la del Antiguo Testamento, donde se encuentran más de 50

bienaventuranzas similares, muchas de ellas anteriores al influjo de la cultura griega: “Dichoso el que tiene una mujer buena, inteligente, bella y hacendosa” (Si 26, 1-4. 13-18); “dichoso el que no anda por la senda de los impíos, sino que tiene su voluntad en la Ley del Señor, que medita día y noche” (Sal 1 ); “dichosa la nación cuyo Dios es el Señor –que hizo el cielo y la tierra–, el pueblo que Él se escogió como heredad” (Sal 33, 12); “dichoso el que ha puesto su confianza en el Señor, el que se refugia en Él” (Sal 40, 5; 2,12; 84, 13); “dichoso el que ha encontrado la sabiduría” (Pr 3, 13), cuyo “principio es el temor del Señor” (Pr 1, 13).

Es de notar que en el Antiguo Testamento nunca se dice de Dios que sea “makários” (dichoso); Dios es “santo”: “el Santo” (cf. Is). Por lo demás la dicha del hombre religioso de Israel es bien distinta de la del sabio griego: está hecha de confianza personal en Dios y de acatamiento de sus preceptos. Por ello piensa que es “dichoso quien teme al Señor” (Si 25, 7-11).

También en el Nuevo Testamento encontramos “macarismos” o bienaventuranzas dispersas: “Dichosa Tú que has creído”, dice santa Isabel a la Virgen (Lc 1, 45); más tarde le dirá a Jesús una mujer del público: “Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron” (Lc 11, 27). El hecho de encontrarse también en ocasiones otras bienaventuranzas en labios del mismo Jesús, sobre todo en situaciones muy importantes, da pie a pensar que Él usó también esta forma literaria para predicar el Evangelio. Jesús dice: “dichoso el que no se escandalice de Mí” (Lc 7, 23); “dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11, 28); “dichosos los ojos que ven lo que veis... Muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron; y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron” (Lc 10, 23s.); y también: “dichoso el siervo que esté en vela a la llegada de su señor” (Lc 12, 43), lo cual está en un contexto “escatológico”.

Los “macarismos” o bienaventuranzas suelen aparecer aisladas, tanto en la Biblia como en la literatura profana.

Pocas veces reunidas en un ramillete, como es el caso del comienzo del sermón de la Montaña, que nos ocupa. Sin embargo se puede ver un precedente remoto de esto en las “bendiciones” del Antiguo Testamento, sobre todo en la ratificación de la Ley según el Dt 28, 2ss. En ella, se promulga luego una “lista” antitética de “maldiciones” (cf. Dt 28, 15-46). Una lista también de siete “ayes” o maldiciones tiene san Mateo en 23, 13ss. Es muy posible que en alguna de las recensiones catequéticas de la comunidad primitiva, en paralelismo con las bienaventuranzas, que eran la plenitud de la Nueva Ley, hubiera también sus “maldiciones”, a semejanza del pasaje del Dt. En todo caso un díptico así –de “bienaventuranzas” y “maldiciones”– lo tenemos en el pasaje paralelo de las bienaventuranzas que nos transmite san Lucas (Cf. Lc 6, 20-23).

La estructura general de las “bienaventuranzas” bíblicas es bastante sencilla. En ellas naturalmente es esencial la afirmación (o promesa) de la felicidad; la designación de la persona (“aquel, tú, vosotros”), connotando de paso la cualidad subjetiva de la persona o personas proclamadas “dichosas”; y, finalmente, el premio o motivo objetivo concreto de tal felicidad: el favor o recompensa divinos. Todas las bienaventuranzas bíblicas pueden analizarse a base de este esquema, que viene a ser la clave de su interpretación.

Volviendo a las bienaventuranzas que nos ocupan, vemos que los seres humanos a quienes se refieren las mismas son personas religiosamente felices, “porque de ellos es el Reino de los cielos”. Esta afirmación abre y cierra el introito del Sermón de la Montaña, que son las Bienaventuranzas, definiendo así sus límites a manera de inclusión (cf. vv. 3 y 10). Las demás motivaciones son como facetas distintas de ese diamante único, que es el Reino de Dios. Tales facetas son poseer “la tierra santa”, ver la faz de Dios, cual hijos suyos, ser consolados, ver saciados sus deseos, ser coronados de misericordia y ser recompensados con divina largueza.

La primera palabra de este programa mesiánico, como la del Salterio (Sal 1,1), destaca la característica del “hombre santo” según Jesús. Es “la felicidad”. Con una visión de felicidad supraterránea empiezan las bienaventuranzas; y con una visión de la recompensa celeste, llena de alegría, se cierran: “Bienaventurados seréis cuando os injurien, etc. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos” (v. 11). La “dicha” de que hablan las bienaventuranzas no es la de la experiencia natural sensible: es una dicha “paradójica”; la de la gracia o el Reino trascendente, que a la vez puede implicar o implica cosas naturalmente duras.

Las bienaventuranzas son una formulación magnífica de la Buena Nueva: un evangelio dentro del Evangelio. Son la “quintaesencia” de éste, el retrato del discípulo perfecto de Jesús. Habremos de ver una por una para hacer luego una reflexión teológica de conjunto.

Una última cuestión: ¿Por qué san Lucas sólo tiene cuatro bienaventuranzas y san Mateo, ocho? Posiblemente el primero sólo ha querido recoger las dirigidas por el Señor a “todos”, mientras san Mateo además las dirigidas en privado a los discípulos más íntimos.

### BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU (Mt 5, 3)

El tema “pobres y ricos” parece haber sido en todos los tiempos actual. Pero desde luego en el nuestro tiene grandes resonancias. De ahí el peligro de que podamos proyectar sobre esta bienaventuranza las ideas y sentimientos de nuestro momento histórico. Para obviar esto nos convendrá tener en cuenta el punto de partida de Jesús, que es “la proclamación del Evangelio” con su trasfondo veterotestamentario.

Cuando Jesús se presenta como el heraldo del Reino de Dios recurre precisamente al texto de Is 61, 1ss., que empieza diciendo: Yavé “me ha enviado a evangelizar a los

pobres”; y a esto remitirá también a los discípulos del Bautista, que más tarde vienen a preguntarle si Él es ese Enviado mesiánico esperado (Mt 11, 4s.).

Por consiguiente el sentido fundamental de esta bienaventuranza es “la felicitación a una categoría de personas” por haber recibido esta gracia de asistir a la comunicación del tesoro del Reino (cf. también Mt 13, 16). Sus oyentes son “privilegiados” para ello como “los pequeños” y “los niños”, arquetipo de la humildad (cf. 11, 25-2; 19, 14). Y es que están más abiertos que los ricos a Dios y a su acción.

Jesús ha comenzado por proclamarse “Mesías de los pobres”. La palabra “pobre” comportaba una gran carga en la Biblia. La indigencia económica se ve siempre en el Antiguo Testamento como un estado afflictivo, unido ordinariamente a la infravaloración social y a la opresión (cf. Job 24, 2-14). El término hebreo para designar al “pobre” es “ani” (en plural “aniyyim”), que significa fundamentalmente “humillado, encorvado”. Sinónimo del mismo es “anáw” (pl. “anawím”). Ni el sufrimiento ni la pobreza son de suyo una categoría religiosa, aunque la pobreza pueda deberse a una culpa (Pr 6, 6-11) y la riqueza ser premio de la bondad (Sal 111). La experiencia descubrió ya en Israel que el mejor terreno para la virtud es “la aurea mediocritas”: el tener el pan de cada día (Pr 30, 8s.).

Mas una experiencia también ampliamente constatada fue que de ordinario “los pobres” fueron oprimidos y los ricos sus opresores: hay infinidad de textos bíblicos sobre el particular (cf. Am 2, 6s.; 4, 1; 6, 1-8; Mi 3, 1-4; Is 3, 14s.; 10, 12). De ahí que en la Biblia, sobre todo con el profetismo, se asociara la palabra “rico” con las ideas de “opresor, orgulloso e impío”. La luz que sublimaba la tragedia del “pobre” era “el sentido de Dios”: la confianza en Él, la súplica a Yahvé, en vez de la desesperación o la resignación estoica de los paganos. Tales pobres no tenían nada que decir ni que esperar aquí abajo y, apoyados en su fe, se volvían a Dios como el del Salmo 40 (v. 18): “Yo soy pobre y

desgraciado;/ pero el Señor se cuida de mí./ Tú eres mi auxilio y mi liberación:/ Dios mío, no tardes”.

Además por la asociación instintiva de “sufrimiento y pecado” el pobre tenía también más fácilmente el sentido del pecado, del arrepentimiento humilde y de la resignación.

De todo esto tuvo también Israel una experiencia colectiva con ocasión de sus derrotas, invasiones y deportaciones por obra de gentes poderosas, orgullosas e impías.

De ahí la esperanza, individual y colectiva, del Mesías libertador de los pobres, iluminada por los Profetas.

Tal es el trasfondo histórico cultural de esta bienaventuranza. Su sentido es religioso. Sería totalmente equivocado querer verla como “una fórmula económica, social o clasista”. Los “pobres”, en labios de Jesús y para los oídos de sus oyentes, eran los “aniyyim” o “anawím” de la tradición profético-mesiánica: “los pobres de Yahvé”.

Así es que Jesús felicita a sus discípulos, al pueblo “pobre”, por haber tenido la suerte de recibir el anuncio de la Buena Noticia del Reino: ellos “personifican las “disposiciones presupuestas” del mensaje profético. Les felicita, porque ese Reino de Dios es la posesión de TODO cuanto puede desear el ser humano (cf. 13, 44-46). Por otro lado, desde un punto de vista psicológico el hombre no puede tender simultáneamente a dos centros diversos de gravedad: a Dios y a las riquezas (6, 19-24; 13, 22). Y es que la riqueza generalmente lleva a la pérdida del sentido de Dios: a la impiedad, dureza de corazón para con nuestros semejantes, a la injusticia, a la pérdida también del sentido del pecado. Mientras que la pobreza agudiza el sentido de Dios con la dependencia de Él, la bondad, la humildad y otras virtudes óptimas para las relaciones humanas. Cristo mismo “se hará pobre por nosotros” (2Co 8, 9), no sólo para redimirnos, sino también para darnos ejemplo. Por eso mismo hasta el cristiano rico debe vivir “desprendido de sus bienes”, cuidando de no ahogar la semilla divina con el afán de las riquezas y los placeres (13, 22). Ello no quiere decir

que vayamos a “volatilizar” la pobreza evangélica: el canon arquetípico de la perfección mesiánica entraña “la pobreza efectiva” como estado normal. La palabra de Jesús es “una lección ascética, no una fórmula económica ni social”. Aunque no cabe duda de que en una sociedad ideal, en la que todos practicaran la primera bienaventuranza, el nivel humano social y económico sería para todos mucho mejor de lo que ha sido siempre para la inmensa mayoría.

Así es que “¡bienavenurados los pobres de espíritu!” En el lugar paralelo de san Lucas (6, 20) se lee simplemente “los pobres”, dando la impresión de que san Mateo lo haya explicado con la adicción “de espíritu”, a fin de evitar equívocos: ¡no se trata de cualquier pobre! No pocos comentaristas han pensado que la forma original es la de san Lucas: es más simple. Por otro lado, no se había encontrado la fórmula “pobres de espíritu” en las lenguas semíticas. Sin embargo, se ha hallado ahora en el Rollo de la Guerra, de Qumrán. Esto no es una prueba decisiva en favor de san Mateo; pero sí en pro de su posibilidad. En todo caso la expresión de éste es perfectamente semítica y casi sinónima de “pobres de corazón” (cf. 5, 8; 11, 29).

La interpretación de la misma ha sido muy diversa: unos la han referido de alguna manera al Espíritu Santo; otros a la sola pobreza espiritual y otros hasta a cosas un tanto chocantes, como la falta de virtud o energías, a la ignorancia y hasta a la pobreza humana de los infradotados!

Pero, como hemos notado, ha de interpretarse en función de todo el Evangelio con su trasfondo veterotestamentario: ¡Jesús felicita a quienes no tienen riquezas materiales y están abiertos a Dios en su espíritu!

¿Cuál es la “recompensa o gracia” de esos “pobres”? Son dichosos “porque de ellos es el Reino de los cielos” (cf. v. 10-12; 4, 17). Dios ha elegido para Sí a los pobres (St 2, 5). Y esto, aun en sus sufrimientos y humillación, es un gran consuelo.

San Francisco, uno de éstos, tuvo que sufrir mucho los últimos años de su vida: estaba enfermo de los ojos, del

estómago, del hígado; le parecía que su Orden se hundía; su espíritu se hallaba sumido en una noche espiritual profunda, en la que Dios estaba totalmente escondido; y para colmo los ratones con sus correrías no le dejaban rezar ni descansar. Hasta que exclamó: “¡Señor, ayúdame: que pierdo la paciencia!” Entonces Nuestro Señor le dijo: “¡Francisco, si te dieran un gran tesoro por eso que estás sufriendo, ¿no lo aguantarías? ¿Y si Yo te diera el cielo?” Y el santo se llenó de alegría, componiendo luego, según dicen, el himno al hermano Sol.

#### BIENAVENTURADOS LOS MANSOS (Mt 5, 4)

Esta es ¿la segunda o la tercera bienaventuranza? En el texto original occidental (D) así como en las versiones siríacas, en la Vulgata latina y algunos Padres esta bienaventuranza viene en segundo lugar; mientras que en muchos manuscritos antiguos (el Vaticano o B, etc.), Santos Padres y no pocas traducciones antiguas y modernas está delante de ella la de “los que lloran”.

La verdad es que el término griego “pra\_s” (= manso) a veces es traducción del hebreo “anáv” (=pobre), lo cual ha podido dar ocasión a que algunos Padres pensaran que las bienaventuranzas de san Mateo sólo son siete, pues ésta no sería más que un desdoblamiento de la primera. En ello pueden estar implicados el amor al simbolismo del número 7, índice de perfección, y el deseo de hacer concordar las bienaventuranzas con los siete dones del Espíritu Santo. Esto, sin embargo, no sería razón suficiente para reducir las a 7; tanto más que la octava, como veremos, viene a ser un resumen de todas. Pero dejemos a un lado esta cuestión de crítica literaria. Por ahora no hay razones suficientes para decidir cuál es el orden original más probable.

Jesús nos dice categóricamente: “bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la Tierra” (Mt 5,4). Si mira-

mos al Antiguo Testamento, vemos que este “macarismo” está calcado en el Salmo 37, 11: “Los mansos poseerán la Tierra”. ¿Jesús quiere decir sólo eso?

La “posesión de la Tierra” Prometida es un tema fundamental del Dt (cf. 4, 1ss.). El punto de partida de ese anhelo, que pudiera calificarse de “obsesión colectiva” de Israel, no es otro que la promesa hecha por Dios a Abrahán (Gn 15, 7; 28, 4). Pero Dios educó progresivamente a su Pueblo, que, desengañado con las sucesivas invasiones y deportaciones, fue depurando o espiritualizando esta idea a través de los siglos, hasta culminar en “la esperanza mesiánica”. Tal transformación llegará al culmen en el Trito-Isaías (Is 57, 13 y 60, 21): “poseer o heredar la Tierra” será un privilegio del futuro pueblo de los justos, quienes pondrán su confianza en Yahvé. La posesión de la Tierra no será para “los impíos-orgullosos-opresores”, sino para “los pobres-justos y mansos”, que confían en Dios, según dice el Salmo 37.

Los escritores del Nuevo Testamento concretarán más este anhelo –ya transportado al orden escatológico después del destierro– en el tema bíblico de “la herencia”. De esa “herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros”, nos habla san Pedro (1 P 1, 4), como también Efesios (1, 14.18) y Colosenses (3, 24). Es el Reino del cielo o la Vida eterna, que aparece en bastantes otros lugares (cf. Mt 25, 34; 1 Co 6, 9s.; etc.).

La expresión “heredar la Tierra”, que podía extrañar a los no judíos, es una prueba del “humus” auténticamente judío de este Evangelio. Ya en él es una imagen del Reino de los cielos, que el cristianismo ha mantenido también en el anhelo de la ciudad santa de Jerusalén (la celestial).

Y ¿quiénes poseerán esa “herencia”, la Tierra Prometida del cielo? Los “praeís”: los mansos. Una buena lección para los violentos, que tanto abundan hoy. Cosa curiosa: el término hebreo del Salmo 37, 11, en el que parece basarse, es justamente “anawím” (=los pobres), lo cual viene a confirmar lo que decíamos al principio: que “pra\_s” o manso es

una de las traducciones de “anáv” (=pobre). Posiblemente la diferencia está en que “aní” (=pobre) subraya el aspecto afflictivo de la pobreza, mientras su sinónimo “anáv” (también “pobre”), destacaría el espiritual.

La segunda bienaventuranza, pues, viene a ser un desdoblamiento de la primera –eso justificaría ponerla en segundo lugar, contra los más de los antiguos manuscritos y versiones– y se basaría en el paralelismo sinónimo, caro a la literatura hebrea.

El término griego “pra\_s” (=manso) viene a concretar la fisonomía espiritual del “amigo de Dios” en un rasgo de sabor cristiano: esa fisonomía es la suave y bondadosa mansedumbre del humilde. Es de notar también que los únicos pasajes evangélicos en que vuelve a aparecer dicha palabra son otros dos de san Mateo, ambos referidos a Jesús: a Jesús que entra en Jerusalén como triunfador pacífico y humilde (Mt 21, 5, que cita a Za 9, 9); y a Jesús que nos da esta enseñanza, poniéndose como modelo: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde corazón” (11, 29). Ambas referencias son el mejor comentario a esta bienaventuranza: ¡la vemos realizada en el modelo vivo mismo, que es Jesús!

“La humildad –como dice muy bien un autor– es el primer fruto del sentido de Dios... Florece en la abnegación íntima, en la docilidad y disponibilidad ante el Señor. La humildad vertical –es decir, la nacida de la persona que experimenta su pobreza radical frente a la majestad de Dios: cf. Is 6, 1ss.– es escuela única de sincera humildad fraterna: (es ) suavidad modesta, benigna, compasiva”, paciente, abnegada; caridad en una palabra (I. Gomá Civit). Podrían citarse otros textos al efecto (Ef 4, 1-3; Col 3, 12-17.; St 3, 13s.); pero ante todo el de Mt 12, 18-21, que nos describe la mansedumbre de Jesús en acción. En realidad la mejor exégesis de esta bienaventuranza es la figura misma de Jesús: ¡el conocimiento personal o experimental de Él!

L. LÓPEZ DE LAS HERAS, O.P.  
*Madrid*

# La felicitación de Jesús a los discípulos que han decidido ser pobres de espíritu

“Pobre de espíritu es el que *nada quiere*, ni siquiera cumplir la voluntad de Dios; el que *nada sabe*, ni siquiera sobre la acción de Dios en él; y el que *nada tiene* ni siquiera un espacio en sí mismo donde Dios ha de obrar” (Maestro Eckhart).

## 1. LAS BIENAVENTURANZAS COMO GÉNERO LITERARIO DE FELICITACIÓN

Es una costumbre hebrea llamar feliz o dichosa a la persona que después de una peregrinación llega al Templo de Jerusalén para “*ver a Dios*”. También se llama feliz o dichoso, en esta misma tradición judía, al individuo que ha sido favorecido y premiado por Dios por poseer un determinado modo de ser o por una forma concreta de comportarse. A lo largo de los diversos textos del AT se denominará a una persona con el adjetivo de dichosa cuando ésta teme al Señor, cumple sus mandatos, practica la justicia, y cuida del pobre y del indigente.

En continuidad con esta espiritualidad, el NT llama dichosa a la persona, que teniendo unas cualidades o sopor-tando una situación difícil causada injustamente por otros, es recompensada por Dios. En los textos de los evangelios son llamados felices: los pobres, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los que sufren, los perseguidos, etc.

Literariamente la bienaventuranza no es una bendición que realmente obtiene o crea eficazmente lo que anuncia. El macarismo es en sentido propio una felicitación o congratulación por una situación o por un premio que se recibirá o que ya se ha obtenido. Se trata de un género literario sapiencial que se encuentra tanto en la literatura profana como en los textos religiosos del AT.

En el AT existen abundantes ejemplos de bienaventuranzas aisladas y lo mismo sucede en el NT, pero existe en dos evangelios un conjunto de macarismos que forman unos pasajes muy interesantes. Nos referimos a las dos recensiones distintas de las bienaventuranzas de Jesús, la versión de Mt 5, 3-11 y la de Lc 6, 20-26 que no son idénticas ni en número, ni en interpretación ni en objetivos. Entre ambas versiones hay notables diferencias, pero lo que más nos interesa son los elementos que tienen en común.

## 2. LAS DIFERENCIAS ENTRE LAS BIENAVENTURANZAS DE MATEO Y LUCAS

Estas diferencias son de distinto tipo: de lugar, de número, de teología y de perspectiva. Atendiendo a estos elementos se puede afirmar que según el texto y la tradición, Mateo proclamó sus bienaventuranzas en el monte, mientras que Lucas lo hace en una llanura. El número del primer evangelio es de ocho o nueve bienaventuranzas, mientras que Lucas menciona sólo cuatro. La clave interpretativa de Mateo es la justicia<sup>1</sup>, mientras que Lucas empleará como hilo conductor de lo que nos dice el tema del amor al prójimo. Y, por último, se podría afirmar que la tendencia dominante de Lucas es la de pretender ser realista, mientras que Mateo tiene una preocupación más espiritual.

1. Cf. J. LAMBRECHT, *Pero yo os digo...*, Salamanca 1994, p. 22.

### 3. LAS SIMILITUDES ENTRE LOS DOS TEXTOS DE LAS BIENAVENTURANZAS

Entre las felicitaciones que Jesús pronuncia en Mateo y las que nos relata Lucas hay una gran coincidencia en los destinatarios y en cuanto a su estructura e interpretación.

Tanto un evangelista como el otro hacen que los destinatarios de las bienaventuranzas sean los discípulos de Jesús. En el primer evangelio están presentes los doce y la muchedumbre de seguidores.

Respecto a la estructura de las bienaventuranzas, llamadas también macarismos, hay que destacar que poseen una forma o composición tripartita: la declaración de felicidad, la determinación del grupo de personas que son felicitadas, y la intervención de Dios que provoca la bienaventuranza.

Formalmente, las bienaventuranzas están, desde el punto de vista real, desordenadas, pues lo primero sería el tipo de personas sobre las que Dios interviene, luego seguiría la especificación de la recompensa y, en consecuencia, se produce el estado de felicidad que es reconocido y proclamado.

El hecho de la proclamación de la felicidad es invariable, pero la categoría de personas a la que se refiere un macarismo puede responder a dos criterios (al modo de ser, es decir, a la identidad de un individuo o al modo de estar ante los demás, esto es, a la capacidad de padecer ciertas situaciones o circunstancias).

Como ocurre en el caso anterior con la categoría de personas así acontece con el premio, que no es otra cosa que una concreta intervención de Dios. Se puede también afirmar que la recompensa es también variable, pues en la mayoría de los casos se recompensará en el futuro pero en algunas circunstancias esto sucede en el presente, y además el premio en sí es diferente.

#### 4. LAS BIENAVENTURANZAS DE MATEO

Los macarismos del primer evangelio (Mt 5, 3-10) son ocho o nueve<sup>2</sup> y se expresan en la tercera persona del plural. La última bienaventuranza en Mt 5, 11-12 vuelve a ser retomada y explicada, pero esta vez empleando la segunda persona del plural.

Estas bienaventuranzas, que son las más conocidas y características de este evangelio, no agotan el empleo de este género literario por Mt, pues encontramos otros ejemplos en Mt 11, 6; 13, 16; 16, 17; 24, 46 ss.

##### 4.1. *El lugar y los destinatarios de las bienaventuranzas de Mateo*

Como nos indica Mt 5, 1-2 la escena de las felicitaciones de Jesús se desarrolla en un lugar muy preciso, en una montaña determinada que será también, más adelante en Mt 28, el sitio desde el que Jesús da el último mandato a sus discípulos y asciende al cielo. El lugar elegido es un monte determinado de Galilea (Mt 5, 1; 8, 1; 14, 23; 15, 29; 28, 16) y la tradición lo ha identificado con montes diversos, aunque para el evangelista el monte no es un lugar geográfico sino teológico.

La motivación para subir al monte es la necesidad de Jesús de acercarse al pueblo y este deseo es fruto de su compasión por los suyos. Él no sube al monte para alejarse sino para ser oído y, por tanto, para estar más próximo. Su objetivo es anunciar el reino y pedir la necesaria conversión que conlleva toda proclamación. El monte es en la mentalidad de Isaías (Is 40, 9) el lugar de la proclamación de la Buena Nueva y de la manifestación de Dios.

2. Casi todos los comentaristas de las bienaventuranzas admiten que Mt 5, 10 es una creación del evangelista Mateo y que es una repetición de Mt 5, 11. Por tanto, temáticamente no hay nueve bienaventuranzas sino ocho.

Entre los personajes que intervienen están Jesús, sus discípulos y una gran multitud. Para algunos resulta un problema saber quiénes son los destinatarios de este sermón o discurso del monte.

Si Jesús se dirige a la multitud, las bienaventuranzas y el resto de las palabras del discurso, se suelen interpretar con valor universal, esto es, el mensaje es para todos los hombres. Pero si, por el contrario, se defiende que estas palabras de felicitación y el resto de lo que se dice en Mt 5-7 es sólo para los discípulos, entonces estaríamos ante una enseñanza intraeclesial cuyo valor es sólo para los creyentes y las bienaventuranzas se convertirían en el programa de vida sólo de los cristianos.

Existe una tercera posibilidad que incluye las dos posturas anteriores, con ella se afirma que Jesús habló a todos, aunque los discípulos se le acercaron más y estaban más próximos. De esta manera se reconocería que las bienaventuranzas son para todos, pero que afectan de un modo especial y distinto a los discípulos.

De las tres posturas la más verosímil es la que defiende que los destinatarios son los discípulos aunque se debe dar una explicación distinta. La clave está en el modo de entender el término multitud, habitualmente se percibe en ellos el contenido genérico de humanidad, cuando quizás lo mejor sería entender los que se sienten atraídos por la predicación de Jesús y son ya potencialmente discípulos. La multitud son aquellos que se sienten atraídos por Jesús y han iniciado un seguimiento aunque éste no es todavía pleno.

En el escenario elegido por Mateo para hablarnos de la enseñanza de Jesús y, en concreto, de su felicitación, la persona del Señor aparece calificada con los rasgos de un gran legislador y maestro que como un nuevo Moisés solemnemente se sienta para revelar. En el evangelio de Mt, Jesús se sienta en tres circunstancias mostrando así su autoridad y dignidad: para enseñar (Mt 5, 1; 13, 2; 24, 3), para juzgar

como hijo del hombre (Mt 19, 28; 25, 31, 26, 64) y para curar (Mt 15, 29). El texto de Mateo, se sitúa en el ámbito de la enseñanza, y parece estar imitando al episodio del Sinaí o del Horeb narrado en Ex 19-20 y Dt 5. No obstante, por el desarrollo mismo de la narración concluimos que no puede haber comparación entre Jesús y Moisés. El gran libertador sube al monte para recibir de Dios sus mandamientos, mientras que Jesús asciende a la montaña para poder hablar desde el monte sus propias palabras.

#### 4.2. *Elementos llamativos de las bienaventuranzas de Mateo*

Es preciso tener en cuenta que en Mt 5, 3-10 hay una serie de elementos que debemos subrayar para que la lectura de este fragmento sea provechosa. Nos referimos a los puntos o ideas siguientes:

- El tema central de estos versículos en cuanto a la recompensa ofrecida por Dios, es el reino de Dios, tema que da unidad y coherencia al texto y que además aparece bajo diversas imágenes de honda tradición veterotestamentaria.
- La primera y última de las bienaventuranzas son las más importantes y nos proporcionan la clave de interpretación del resto de las bienaventuranzas. La intervención de Dios en ambos macarismos está construida en presente y se concede el mismo premio. Se alaba con especial relieve el elegir ser pobres y el mantenerse fieles a esa elección a pesar de las situaciones adversas<sup>3</sup>.

3. A. MAGGI, *Las bienaventuranzas. Traducción y comentario de Mt 5, 1-12*, Córdoba 2001, p.32.

## 5. LOS POBRES DE ESPÍRITU SON FELICITADOS POR JESÚS

El macarismo que vamos a presentar adopta en Mateo y en Lucas dos formas distintas. El primer evangelista dice en Mt 5, 3: *Bienaventurados los pobres de Espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos*. Por su parte, en Lc 6, 20 se nos proclama: *Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de los cielos*.

Si nos acercamos a las traducciones de otras Biblias podremos encontrar las siguientes interpretaciones:

- *Dichosos los que eligen ser pobres, porque éstos tienen a Dios por rey.*
- *Dichosos los que eligen compartir todo lo que tienen, porque Dios cuida de ellos.*

### 5.1. La declaración de felicidad

En el griego clásico este término es el que se aplica a los dioses o a las personas que se encuentran en un estado semejante a ellos. Más tarde se convierte en una fórmula de congratulación que se aplicará al hombre que es feliz. En la versión griega de la Biblia Hebrea, llamada el texto de los LXX, se dice de aquellas cosas que hacen al hombre feliz, pero no se usa el término dichoso como atributo de Dios. Sólo en el NT en dos veces se le atribuye a Dios esta cualidad, en 1Tim 1, 11 y en 1Tim 6, 15.

Con la palabra “felices”, se inicia el texto de las bienaventuranzas y supone una llamada de atención que sugiere que lo que se va a proclamar es algo lleno de solemnidad y de importancia. Es como si el que lanza la felicitación se sintiese sorprendido y alegre por encontrarse con un tipo de personas que merecen ser recompensadas por Dios. Jesús al pronunciar los macarismos, reconoce su gozo y su identificación con aquellos a los que felicita y que son por él elevados. Felicitar a alguien supone reconocer en esa per-

sona una dignidad o una cualidad que no puede ser ocultada ni pasar desapercibida. Jesús, lleno de gozo, lleno de dicha y eufórico, siente la imperiosa necesidad de alabar y de hablar bien de aquellos que han optado por vivir un determinado valor que puede ser calificado de evangélico.

## 5.2. *Los pobres*

La pobreza en la Biblia es una desgracia, un escándalo intolerable que se opone al plan de Dios sobre los hombres y que se debe remediar. Pero también se percibe la pobreza en la Escritura como una opción que nos vincula estrechamente a Dios. Nuestro objetivo es determinar de una manera precisa el significado de la expresión "*pobres de espíritu*" y para ello es preciso recorrer las distintas palabras que se emplean para hablar de esta realidad en toda la Biblia.

En el AT existen diversos vocablos hebreos que expresan la realidad de la pobreza, se trata de los términos siguientes:

*ʿanî* que se emplea unas 80 veces y cuyo significado es el de "encorvado, abatido o inferior". Referido a una persona se trataría de un individuo que careciendo de recursos materiales depende de otros.

También nos encontramos con el término *anaw* que se usa en unas 25 ocasiones para expresar los matices siguientes: "*inclinarse, la postura del siervo ante su amo, debilidad y pequeñez*".

Ambos términos que aluden a una situación económica y social, se suelen emplear también para hablar de los individuos que religiosamente son calificados como humildes y mansos.

Existen además junto a estos vocablos, otras palabras hebreas que reflejan el estado de pobreza, nos referimos a:

El término *dal* lo encontramos 48 veces significando el “*ser débil, y el ser o estar delgado*”. Esta palabra nos habla del pobre como de un enfermo o una persona desnutrida y delgada. Posee el matiz también de fealdad. Un término hebreo parecido es *dak*, que se emplea en cuatro ocasiones para referirse al pobre con el matiz de individuo aplastado, marginado y oprimido.

También es frecuente el vocablo *Ebyon*, usado unas 69 veces, para denominar a la persona que necesita y pide ayuda. También adquiere el matiz de individuo que desea, quiere o pide alguna cosa.

El vocablo *miskén*, que aparece 6 veces en el AT, indica la dependencia y sometimiento de alguien. Por último, nos encontramos con la palabra hebrea *ras*, que utilizada en 21 ocasiones, designa al que está desprovisto de recursos, es decir, califica al pobre entendido como indigente o mendigo. Esta palabra serviría, sobre todo, para expresar la pobreza sociológica o económica sin ninguna referencia a aspectos religiosos.

Todos estos vocablos hebreos, en la Biblia griega de los LXX, son traducidos en griego por diversos términos, pero el más empleado es “*ptojós*”, con el cual se expresa tanto la escasez material como la confianza en Dios. En el griego profano, este vocablo expresa la pobreza económica y califica a un individuo que nada posee y que se ve obligado a mendigar o a depender de otras personas. En griego también existe otro término semejante muy usado “*pénes*” que designa a quien nada posee de superfluo y que debe trabajar para ganarse su sustento.

En la bienaventuranza que nos ocupa se emplea el vocablo “*ptojós*”, que implica siempre, como ya hemos señalado, la escasez de medios económicos. Pero la palabra no excluye que se le puedan añadir otros significados o que se le puedan dar diversas interpretaciones, como por ejemplo: los desapegados interiormente de los bienes materiales, los mansos y humildes y los que se sienten ante Dios indignos

espiritualmente. Hay quien prefiere traducir la palabra con el sentido de insignificancia, es decir, el pobre es el insignificante social, económico, racial, cultural, etc.

### 5.3. *Los pobres de espíritu*

En Mt 5, 3 el calificativo de pobre que indica a un hombre injustamente reducido a la miseria y cuya existencia depende de otro, aparece determinado además con la expresión “*de espíritu*”, lo cual añade un significado más concreto.

El espíritu en la Biblia es viento o una energía divina creadora, también significa una fuerza destructiva contraria a la acción de Dios y, por último, es el impulso interior que mueve al hombre a actuar. De entre todos estos sentidos Mateo tiende a hacer una elección, a dar a la expresión un significado nuevo.

Analizando el texto parece que el calificativo elegido por Mateo añade el matiz de energía divina que inspira, fomenta y mueve a que un individuo actúe con un determinado espíritu que procede de dentro. Algunos traductores, luchando por buscar un significado preciso, piensan que debe interpretarse la expresión como: la aceptación voluntaria de una situación de pobreza, como la forma de dar a la pobreza un cierto tono de intensidad. Y, por último, la expresión “pobres de espíritu” se ha contemplado como un estado carencial. La naturaleza de esta carencia sería de distinto tipo: falta de ingenio, de erudición, de fuerza y coraje, ignorancia de la Ley o del Espíritu, etc.

La historia de la interpretación de esta bienaventuranza ha entendido que la frase “*pobres de espíritu*” puede referirse a:

1. Personas que tienen una deficiente actividad interior; esto es, los faltos de inteligencia, voluntad o sentimientos;

2. el abatido o la persona que se comporta de una determinada manera, es decir, el que está faltó o escaso de actividad personal interna, el desanimado o desesperado;
3. personas que no tienen sentimientos, conocimientos o voluntad;
4. individuos que tienen una determinada postura espiritual frente a la pobreza: se resignan ante ella, se siente pobres espiritualmente, es decir, son humildes, son desprendidos y no tienen apegos a la riqueza;
5. *individuos que han decidido ser pobres*. Pero no entendiendo esto sólo como la opción de vivir en privación sino, sobre todo, como la necesidad de compartir la existencia con los necesitados. Hay siempre una renuncia y la adopción de una vida nueva, lo más importante es la segunda, pero es condición necesaria para adquirir-la dejar algo previamente.

Si consideramos que esta última acepción es la más correcta, hay que señalar que sólo pueden hacer esta opción por ser pobres aquellos que tienen puesta su confianza en Dios y están abiertos a Él y a sus maravillas<sup>4</sup>.

En la bienaventuranza de Lucas se habla del pobre de una manera absoluta sin ninguna determinación. Este evangelista entiende que el pobre es aquel que no tiene lo necesario para vivir y, en consecuencia, pasa hambre y está afligido. De este modo con su bienaventuranza integra otros dos aspectos contemplados por el primer evangelista. Para su reflexión sobre el pobre, Lucas tiene muy presente el texto de la profecía de Isaías y especialmente Is 61. Desde esta perspectiva la pobreza es un mal contra el que hay que luchar, siendo el pobre aquel que se enfrenta con esta situación para superarla.

Un detalle es significativo del texto de Lucas, la relación de la bienaventuranza con los discípulos. Jesús dirige su

4. Cf. F. LÓPEZ-MELÚS, *Las bienaventuranzas ley fundamental de la vida cristiana*, Salamanca 1988, p. 242.

mirada hacia los suyos y pronuncia su felicitación. Sus seguidores son los que han recibido una llamada y han hecho una opción por acompañarle, dejándolo todo, siendo por tanto pobres.

#### 5.4. *El rico (plousios)*

Para entender más correctamente lo que entraña ser pobres de espíritu, debemos comprender lo que significa el estado contrario: el ser rico. En la Biblia el término rico sirve para hablar de la persona que se encuentra en un estado de *posesión abundante, retención* de medios, y en una situación de *privilegio y dominio* sobre los que no poseen. En el NT los ricos aparecen junto con la riqueza bajo una cierta luz negativa, y hay gran dificultad para que entren en el reino de los cielos.

Optar por ser rico es una decisión libre y voluntaria que elige la conjunción de tres elementos: posesión de medios abundantes, desear retenerlos y crear situaciones de desigualdad. No basta con poseer sólo uno de estos elementos, por ejemplo, el tener muchos medios económicos no es un mal sino un gran don de Dios, pero esto no basta para ser descrito con negatividad. El rico que es juzgado con dureza se caracteriza por *retener* y *oprimir* con lo que se posee y no por los medios de los que goza. También el ser rico conlleva una decisión o elección pues querer ser rico nace de la ambición: del querer tener y retener.

El ser rico se convierte en un impedimento para seguir a Jesús como reconoce Lc 18, 23 y se recomienda la renuncia a los bienes para ser discípulo de Jesús: Lc 14, 33 y Lc 18, 22. Sólo Zaqueo y José de Arimatea, ricos que aceptan a Jesús y renuncian a la riqueza, son tratados con benevolencia y positividad.

El poseer dinero o el desearlo cayendo en la seducción de la riqueza ahoga y hace estéril el mensaje de Jesús, impidiendo entrar en el reino.

Declarando dichosos a los pobres Jesús pide a los suyos que efectúen una elección. Y elegir ser pobres conlleva:

- preferir carecer de medios, es aceptar que se tiene que depender de otros y, por último, es rechazar el dominar a otros;
- el ser pobre es *carecer y depender* mientras que ser rico es *tener, retener y dominar*.

Se elige ser pobre porque Dios tiene una gran predilección por ellos como así nos especifica Is 41, 17-20, texto donde se nos recuerda que Dios creador ampara y cuida a los que nada tienen, transformando incluso la creación.

## 6. TEXTOS RELACIONADOS CON ESTA BIENAVENTURANZA

En Ap 3, 14-22, donde se encuentra la séptima carta del ángel a la iglesia de Laodicea se hace la afirmación de que son “*ricos de espíritu*”, esto es, los que se han enriquecido y no tienen necesidad de nada (Ap 3, 17a), es decir, los autosuficientes. Se reconoce en Ap 3, 17b que, por el contrario, los pobres de espíritu son los que saben, conocen y reconocen la propia pobreza, que implica dependencia con respecto a otros.

Los salmos de la versión de los LXX también emplean esta palabra “*pobre*” en 7 ocasiones: Sal 24, 16; 39, 18; 68, 30; 69, 6; 85, 1; 87, 16; 108, 22. Y el sentido que se le da es el conocimiento de una situación por parte del que la padece y su consiguiente solicitud de ayuda a Dios.

En los profetas se habla de pobres en Amós ( Am 2, 7; 4, 1; 5, 11; 8, 4.6) y en Isaías (Is 3, 14 ss.; 10, 2; 14, 30; 25, 3; 29, 18-19; 41, 17; 61, 1-2). En este último profeta se anuncia y se reconoce que Dios intervendrá con poder para salvar a los pobres y cambiar su situación. También se habla de que los pobres pedirán ayuda a Dios.

Se ha relacionado muy estrechamente Mt 5, 3 con Mt 5, 5 y se ha llegado a afirmar que la bienaventuranza de los mansos es un duplicado de la de los pobres de espíritu. Para esto se ha querido ver que el significado de “pobres de espíritu” es el de “humilde, fiel a la ley, obediente a Dios”; esto es, un significado idéntico al del vocablo manso.

*Jesús fue pobre de espíritu.* Los evangelios nos presentan a Jesús profundamente relacionado con la pobreza. Él, por su decisión, nació pobre, vivió en pobreza y murió también pobre, como nos dice san Pablo: *“Jesús, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza”* (2 Co 8, 9).

## 7. EL PREMIO DE DIOS: DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

La bienaventuranza afirma que la intervención de Dios produce ya en el presente sus efectos y que no hace falta esperar a un futuro escatológico. Quién ha realizado la opción de ser pobre por seguir a Jesús recibe el reino de Dios que ya está presente entre nosotros. No se dice propiamente que los pobres pertenecen al reino de los cielos, sino que el reino de los cielos les pertenece a ellos. Los pobres de espíritu, que se caracterizan por la escasez de bienes, son declarados propietarios del bien más grande posible.

El gozo del reino para los pobres conlleva la supresión de su pobreza y la superación de toda limitación: los ciegos ven, los cojos andan, los presos son liberados, los muertos resucitan, etc.

Se proclama que el premio recibido es que Dios ejerce su soberanía únicamente sobre las personas que han decidido ser pobres<sup>5</sup>, Él por fin puede gobernar como Señor sobre los que libremente se le han entregado.

5. F. CAMACHO, *La proclama del Reino*, Madrid 1987, p. 123.

Los que han hecho la elección de ser pobres y que tienen al Señor como su único Dios, quedan libres de toda dependencia humillante producida por la naturaleza o por los hombres y se ven libres de todos los inconvenientes nacidos de la renuncia y de la elección de la pobreza.

RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO, O.P.  
*Salamanca*

# Las bienaventuranzas, camino de felicidad

El sermón de Jesús en el monte comienza, según el evangelista Mateo (Mt 5), con la proclamación de las bienaventuranzas, que son un anuncio de felicidad. Vamos a adentrarnos un poco en esta versión de la Buena Noticia, que ofrece a hombres y mujeres de todos los tiempos una senda por la que alcanzar la dicha con la que sueñan.

## BIENAVENTURANZA Y BIENAVENTURANZAS

Para descubrir los diversos matices que encierra este mensaje de Jesús podemos distinguir entre bienaventuranza, en singular, y bienaventuranzas. La primera, equivalente a 'bienaventura' (= bien venidero, futuro feliz), la utilizamos de ordinario para referirnos a la felicidad eterna; los bienaventurados por excelencia son los santos, los que gozan ya de la vida con Dios en la gloria. Es un destino de plenitud, más allá de la muerte. Se trata de algo que nos afecta, pero, en cierto modo, de lejos. Todavía no está presente, no disfrutamos de ello y no sabemos cuándo ni cómo lo alcanzaremos. Para entusiasmarnos con eso necesitaremos algún anticipo, algún signo tangible de esa felicidad que, según creemos, nos aguarda.

Quizá las bienaventuranzas, en plural, nos ayuden a captar algo de ese destino gozoso. Son, en el evangelio, felicitaciones que dirigió Jesús a sus oyentes: "dichosos, dichosos, dichosos..." Cuando nosotros felicitamos a alguien es porque creemos que tiene motivos para ser o sentirse feliz (un cumpleaños, la boda de un hijo, la incorporación a una

familia religiosa), y así se lo expresamos tácitamente: “enhorabuena”, “felicidades” (= “me alegro de que seas feliz por este motivo”, “deseo que seas feliz por este motivo”). Son, de ordinario, motivos humanos laudables y nuestra actitud es benévola, llena de buenas intenciones, aunque no puede garantizar nada.

Cuando Jesús felicita a la gente lo hace siempre con una referencia a Dios y su firmeza es rotunda. “Felices vosotros” significa: “os aseguro que sois felices” (ya que Dios os está amando por ser así, aunque quizá no lo sintáis ni seáis conscientes de ello todavía), o bien: “os prometo que seréis felices” (disfrutaréis ya ahora del amor de Dios, si obráis así). En el primer caso, el amor preferente de Dios se dirige a los pobres reales, a los que padecen tribulación (esa parece la perspectiva de las bienaventuranzas de Lucas 6, 20-23); en el segundo, a los ‘pobres de espíritu’, a los que adoptan actitudes evangélicas (así parece presentarlo la redacción de Mateo 5, 1-12).

#### DIFICULTADES PARA LA FELICIDAD

La felicidad es lo que todos desean: el hombre es un ser de deseos, en permanente tendencia hacia la satisfacción de los mismos. Y todos desean lo que consideran un bien, algo conveniente para ellos. La posesión de ese bien produce placer, gozo, es decir, una *cierta* felicidad. Pero con frecuencia esa felicidad, incluso fugaz, parece estar ausente de la vida humana de cada día. Son varios los motivos que avalan esta ausencia.

En efecto, la realidad no ofrece más que bienes parciales y estos no sacian. No hay ningún bien absoluto que pueda colmar cumplidamente las apetencias humanas. Incluso Dios, al ser percibido de manera imperfecta, deja al alma hambrienta de una plenitud que no es de este mundo. Además, la vida humana está llena de contradic-

ciones y tribulaciones. El sufrimiento es moneda corriente en la experiencia de cualquier persona. Y la muerte es el final inexorable de toda existencia terrena. Y eso contradice frontalmente los anhelos humanos más profundos. El dolor se puede mitigar, la muerte se puede quizá retrasar, pero uno y otra son tenaces, acosan una y otra vez a la pobre criatura a lo largo de su periplo histórico y acaban imponiéndose.

Un obstáculo para la felicidad es también, aunque parezca impensable, el desinterés por ella. Puede ser fruto de varios factores. Uno de ellos es la desconfianza: las decepciones vividas llevan al desencanto y al recelo; no merece la pena esforzarse por conseguir algo que termina tan a menudo en el fracaso. Otras veces es el desánimo: se ha puesto tan alta la cota de la felicidad, que resulta utópica, un ideal inalcanzable por demasiado elevado. O también se impone la desgana: es tal el esfuerzo que exige que ya de antemano nos damos por vencidos, la voluntad no se atreve a ponerse en marcha, o bien abandona apenas iniciado el camino.

La moral tradicional, por su parte, ha mantenido con frecuencia un discurso acerca de la felicidad que ha disuadido de seguir sus dictámenes. Se le achaca que ha predicado un 'más allá' inaccesible; en la misma línea de la utopía a la que aludíamos antes, con la diferencia de que aquí esa utopía se asegura cierta, aunque se retrasa hasta 'la otra vida' ("muy largo me lo fiáis", decía el clásico). Esa moral ha proscrito también, con demasiada frecuencia, el placer, considerándolo pecaminoso o, al menos, peligroso para la integridad y enemigo de la virtud. Por último, ha insistido en la renuncia y la mortificación, poniendo en ellas un énfasis desproporcionado. Con ello ha hecho odioso el empeño por conquistar un nivel de excelencia moral capaz de procurar algún grado satisfactorio de felicidad en el presente.

## APORTACIONES DE LA FE BÍBLICA

Los relatos bíblicos de los orígenes nos vienen a decir que el ser humano ha sido creado para la felicidad. El ‘paraíso’ de que habla el Génesis, más que un estado inicial de la humanidad, es el símbolo de una perspectiva futura. En efecto, la visión evolutiva del mundo, cada vez más generalizada –aunque todavía sea sólo una hipótesis–, contradice la idea de una plenitud inicial venida a menos. Por otra parte, el acontecimiento de Cristo no es compatible con una plenitud anterior a él.

En esa creación Dios ha dotado al hombre de unas capacidades de disfrute –incluida la sensibilidad para el placer– que son, por eso mismo, buenas (Gn 1). Es el hombre quien, por el mal uso de su libertad, ha introducido el dolor y la muerte: no en cuanto a su realidad óptica, sino en cuanto a la actitud para afrontarla. Somos criaturas y, como tales, seres limitados, imperfectos y frágiles. Pero, además, por el pecado se ha roto la armonía con Dios, con nosotros mismos y con el mundo circundante, y esa ruptura altera el modo de asumir los males que nos afectan; ya no somos capaces de integrarlos fácilmente en un horizonte de esperanza.

Incluso se podría pensar que Dios mismo no siempre quiere la felicidad humana. El sacrificio exigido a Abrahán parece desmentir la promesa divina de una descendencia incontable. El drama de Job hace de un hombre justo un juguete del capricho diabólico, ante la mirada impasible de Yahvé. Las múltiples pruebas que padece el pueblo elegido a lo largo de su historia invitan a sospechar de un Dios que se muestra vengativo e implacable.

Sin embargo, tal vez debamos corregir nuestra primera apreciación. Quizá Dios quiere nuestra felicidad con criterios distintos a los nuestros. Sabemos que, en el caso de Abrahán, la incondicionalidad de su fe desemboca en el puntual cumplimiento de la promesa que se le hizo pre-

viamente. Job, por su parte, recupera con creces su salud y sus bienes perdidos, después de reconocer la grandeza de Dios y de sus designios inescrutables. Y el pueblo en general aprende de los castigos que recibe a obedecer a aquel en quien reside su bien, convirtiéndose de sus propósitos desviados a la rectitud que Dios le exige, experimentando con ello la predilección de la que es beneficiario privilegiado.

#### LA PARADOJA CRISTIANA

La felicidad que predica el cristianismo es desconcertante. Las bienaventuranzas evangélicas, sobre todo las primeras, parecen una broma pesada: se proclama dichosos a los pobres, a los mansos, a los que sufren, a los hambrientos... ¡En qué cabeza cabe tamaño despropósito! El mundo ensalza a los ricos, a los prepotentes, a los hedonistas... Son todos estos los que triunfan, los que merecen elogios, los que alcanzan la fama.

El cristianismo es, en síntesis, Cristo mismo. La actitud central del cristiano consiste ante todo en el seguimiento de Cristo. Ahora bien, la vida de Jesús, el Cristo, se resume en la obediencia incondicional a Dios, reconocido como Padre, y en la predicación del reino, una predicación que no sólo se proclama con palabras, sino que irradia del conjunto de la vida. Y esa obediencia culmina en la Pascua, es decir, en la muerte en cruz y en la resurrección gloriosa. El misterio pascual de Cristo es el corazón mismo de la fe cristiana y el compendio de la vida de todo discípulo de ese Maestro.

La felicidad que espera y que predica el cristiano es, pues, una felicidad también pascual. No puede soslayar la muerte, el sufrimiento, la contradicción. Pero tiene que afirmar asimismo la vida, el gozo, la esperanza, la gloria. En concreto, su tarea será plural. Tendrá que predicar una felicidad escatológica, de plenitud definitiva; ya hemos dicho que la bienaventuranza por excelencia es la eterna, la de los

santos, y es para todos. Tal es el destino que Dios ha querido para sus criaturas humanas, hechas a su imagen y semejanza y elevadas al rango de hijos suyos.

Esa predicación, no obstante, deberá mostrar entre tanto su credibilidad proponiendo una felicidad real y tangible, al alcance del hombre que peregrina aún por este mundo. No se puede proponer permanentemente un ideal ambicioso sin que, al mismo tiempo, se muestre que es asequible, al menos en alguna medida. Además, también deberá intimarse el deber de perseguir ese objetivo como imperativo de la propia condición humana. Si el hombre ha sido creado para la felicidad, su meta debe ser esta y no otra, aunque posea el misterioso privilegio de negarse a ella.

Se habrá de advertir, empero, inequívocamente de la parcialidad y provisionalidad de ese ideal, así como del esfuerzo denodado que exige su consecución. No es fácil ser feliz, porque no se trata de lograr una felicidad fácil, inmediata y evanescente. Aun la dicha parcial ha de revestir una hondura digna del sujeto que la va a disfrutar, cuyas apertencias tienen también profundas raíces. Y llegar a esas profundidades es, de ordinario, empresa lenta y ardua. La voluntad humana puede conseguirlo, ya que no se encuentra abandonada a sus solas fuerzas. Cooperar con ella el amor del mismo Dios que le asigna esa meta dichosa. Y cuenta también con la ayuda de otras voluntades, igualmente peregrinas y anhelantes, que le pueden aportar su experiencia y el secreto de sus logros.

Finalmente, la predicación cristiana de la felicidad invita también a acogerla con gratitud y a disfrutarla con gozo, como anticipo de su consumación definitiva. Es necesario saludar de buena gana esa dicha fragmentaria cuando se presenta ("de gentes bien nacidas es el ser agradecidas"); ese talante nos hace disponibles para degustar ulteriormente otros momentos, que no por ser transitorios y quizá precarios son menos gratificantes y prometedores.

Como es natural, aunque todavía no lo hayamos dicho, esa proclamación de felicidad necesita, para hacer sentir su eficacia, un mínimo de fe. Jesús remite con frecuencia, ante una curación o una conversión, a la fe del beneficiario: “tu fe te ha curado”, “tu fe te ha salvado”. “Tu fe es la que te hace feliz”, podría haber dicho también. Si creemos firmemente en su palabra experimentaremos el gozo de ser amados por Dios. Y si esa dicha es una realidad para nosotros ya ahora, a pesar de nuestras lágrimas, ¿cómo no fiarnos incondicionalmente de que se realizará sin falta su promesa de felicidad eterna, allí donde “ya no habrá más luto ni llanto ni dolor”?

EMILIO GARCÍA, O.P.  
*Salamanca*

# Esperanza y muerte en la poesía del P. José María Guervós: invitación a leer un poema

“Nos debemos a la muerte: nosotros y todo lo nuestro... Todo lo mortal perece”<sup>1</sup>. La serenidad del clásico, con la aparente naturalidad de quien comunica el tiempo que hace o la hora del día, apenas disimula el pesimismo y la angustia ante un final sin otros horizontes. Nuestra conciencia espontánea se revela contra semejante forma de pensar. Sabemos que hemos de morir, que la vida humana es limitada, pero “nuestra” muerte, “nuestro” fin, y el de las personas que queremos, no se viven con la neutralidad que supone una constatación estadística o la experiencia diaria de la destrucción de la vida.

## 1. LA OCULTACIÓN DE LA MUERTE EN LA CULTURA ACTUAL

La palabra cristiana sobre el morir y la muerte ofrece, frente a cualquier pesimismo, numerosas variaciones. Pero la predicación cristiana se enfrenta hoy, como Pablo en el aerópago, a formas refinadas de escepticismo. Reducido cada día más el horizonte de trascendencia, parece querer imponerse de nuevo una actitud resignada que, una vez sentada la condición inevitable y *natural* del morir, pretende conjurar la angustia que genera maqui-llando su apariencia y desterrando la muerte del mundo de la palabra. Así comprobamos cómo nos domina el

1. HORACIO, *Epistola ad Pisones*, 64 y 68.

silencio cuando nos sorprende una enfermedad irreversible, o tememos que alguien próximo a nosotros fallezca. Somos incapaces de hablar abiertamente con los demás de algo que, por nuestra parte, hemos desplazado a la trastienda de la conciencia. Una especie de escotoma colectivo<sup>2</sup> enmascara y disimula el verdadero rostro de la muerte y su trato diario, con graves consecuencias para el equilibrio personal y religioso de personas e instituciones.

Por una parte, se disimula la muerte anunciada: se puede ocultar la enfermedad o tranquilizar hipócritamente al enfermo; se abandonan los rituales de tránsito, que ayudan a neutralizar la angustia y dejan un espacio disponible para vivencias más esperanzadas; o, simplemente, sólo sabemos estar ante y con el enfermo, mudos, incapaces de transmitirle un aliento de esperanza, de nombrar ante él a Dios, de rezar y de confesar con él nuestra fe en la bondad de la mano que lo espera para acogerlo. Ni siquiera lo que parece más sencillo se ha salvado: contar y hablar de nuestro fin, a medida que avanza la vida y nos vamos haciendo viejos.

Y esto nos orienta hacia la segunda consecuencia de la situación actual para las personas. Hoy el individuo camina solo frente a su destino mortal. No me refiero a la radical condición que sitúa en el centro de cada persona, y de ella sola, su orientación definitiva ante la vida y ante la muerte. En este sentido resulta claro que cada uno debe vivir la vida y la muerte por su cuenta. Pero la actual deriva individualista y solipsista ha exacerbado, hasta la caricatura, la autonomía personal como si el yo se engendrara a la vida desde sí mismo: incapaz de reconocer sus propios límites, ahuyenta de sí la figura espectral de la

2. En sentido figurado, *escotoma* (literalmente, mancha ciega en el campo visual) indica un área de la realidad que es ignorada por el paciente, que la mantiene fuera de su conciencia. Se me permitirá extender su sentido metafórico para designar una situación colectiva y no ya individual.

muerte ajena para no verse obligado a elaborar personal y socialmente la imagen de su propio fin. El tracto final de la vida está en general marcado por el aislamiento, incluso físico. Se recluye a la persona para morir en un hospital, una unidad del dolor o una residencia, y el moribundo se queda en sus últimos momentos privado de lo que fueron sus apoyos vitales y existenciales, y entre ellos de manera especial los religiosos.

Nuestra sociedad está enferma, sin duda alguna, y una de las terapias que necesita para sanar es aprender de nuevo a morir con dignidad. Ni siquiera las instituciones religiosas han sabido permanecer al abrigo ante los efectos devastadores de esta deriva. Reducido el acompañamiento ritual en los pródromos de la partida, que entre el silencio y el disimulo ya no sabe cómo hacerse presente, muchos de los ritos que antes preparaban a morir y a aceptar la muerte han desaparecido sin ser sustituidos por otros, o se desplazan ahora a la celebración de los funerales. El ritual de despedida puede seguir siendo eficaz, pero no para el moribundo, al que ya nada acompaña. Más bien se ha convertido en conjuro de su angustia para los vivos que sienten o lloran su desaparición.

El lector sabrá perdonar todo este solemne discurso preliminar, si ahora le digo que, en realidad, su único propósito es animarle a que lea con detención un poema: el *Salmo de mi serenidad – Hacia el encuentro*. Es un largo poema inédito del P. José M.<sup>a</sup> Guervós Hoyos, que de manera inexplicable dejé fuera de la selección que realicé para la reciente edición de su obra poética<sup>3</sup>. Al publicarlo ahora, pretendo tranquilizar mi conciencia y salvarlo de un olvido inmerecido. Pero, a la vez y en línea con lo

3. Cf. José M.<sup>a</sup> GUERVÓS HOYOS, O.P., *Obra poética*. Edición e introducción de Bernardo Fueyo Suárez (Salamanca, San Esteban, 2004 –en realidad, se publicó en noviembre de 2003). Sólo la extensión de su obra y la necesidad de realizar una selección explican que haya podido pasarlo por alto.

que acabo de decir, lo ofrezco también como invitación a un ejercicio hoy bastante olvidado, que sin embargo puede contribuir a situar nuestra vida en coordenadas algo más justas (o, en todo caso, más ajustadas al principio de realidad). La invitación no responde a ningún resabio masoquista: se trata de volver a lo que los tratadistas espirituales de antaño recomendaban para aumentar el grado de presencia consciente a sí mismo, e introducían en el mundo del lenguaje como “consideración sobre la propia muerte”.

No sabemos si el P. Guervós habló mucho de su muerte con los demás, ni siquiera con sus hermanos de religión. Tal vez no se excediera en ello, pues mantuvo siempre una actitud reservada, que apenas dejaba traslucir su intensa vida interior. Pero sí lo hizo consigo mismo y con Dios. Y nos ha dejado constancia de este diálogo en numerosos poemas, ya que la poesía era de hecho el confidente sobre el que volcaba su estado de alma, su fe, sus ansias de Dios, sus miedos y su mirar esperanzado (“Y yo me meto en mí; y así procuro / encontrar horizontes dilatados”). Mantuvo, además, la lucidez hasta el último día y, a pesar de sus dificultades de visión que no le permitían más que “garrapatear”, escribió versos hasta dos/tres años antes de su fallecimiento, ocurrido en octubre de 2001.

Con carácter introductorio y antes de transcribir el *Salmo de mi serenidad*, voy a recordar algunos de los momentos y de las figuras de ese diálogo íntimo con Dios y con su alma a propósito de la muerte. Presente desde muy pronto en su obra, su frecuencia se incrementa, como no podía ser de otro modo, a medida que se ve a sí mismo envejecer. Por ello son, sobre todo, sus creaciones de los últimos veinte años las que nos ofrecen variaciones más abundantes sobre el envejecimiento y la perspectiva de la muerte.

## 2. LA MUERTE PROPIA EN LA POESÍA DEL P. GUERVÓS

La primera referencia poética a la “muerte” aparece en el romance, que alcanzó una difusión considerable, *Yo tengo un hábito blanco* (1948), escrito con ocasión de su entrada en los dominicos (recordemos, para quien lo desconozca, que tenía 33 años y era ya un escritor y actor de teatro de fama). Pero aquí –la juventud de la vida lo hace comprensible– se trata de una referencia más retórica que existencial:

*Yo tengo un hábito blanco,  
como una vida que empieza  
y, como un grito de muerte,  
lo cubre una capa negra...*

*Vida y muerte de la mano,  
juntas por la misma senda.  
La muerte, con sus abismos...  
La vida, con sus promesas.*

(*Yo tengo un hábito blanco*, 1948).

Lo curioso es que el último de sus escritos conservado, cincuenta años más tarde, es una réplica de este primer romance en el convento. Pero el tono ha cambiado sustancialmente:

*Yo tengo un hábito blanco  
como una vida que empieza,  
pero la vida se marcha  
y ya la muerte se acerca,  
como el sol deja su cetro  
haciendo a la noche reina.*

(*Medio siglo después*, 1998).

La vejez puede inhibir o liberar a la persona, y lo mismo ocurre con el sentimiento ante la muerte ya cercana, por

mucho que dure la vida. En el monólogo-diálogo que es toda la poesía intimista del P. Guervós, no hay ninguna inhibición frente al fin intuido y temido, o la perspectiva de tener que abandonar este mundo. La reflexión se va haciendo presente con el correr de la vida, a medida que ésta se va sintiendo vencida, como es normal, y es al cruzar la raya de los setenta años cuando su presencia empieza a convertirse en habitual. Un soneto de 1983 supone la introducción definitiva del motivo, que en creaciones posteriores recibirá una atención mucho más matizada y una expresión más compleja y espiritualmente más rica:

*¿Pena? ¿Miedo? ¿Dolor por la “partida”?  
Pues no sé qué decir... No lo he pensado.  
¿Cuándo y en qué lugar seré llamado?  
Esta voz es la gran desconocida.  
Pero el camino corto es el que queda...*

*(Yo quisiera, 1983).*

De hecho, en un largo y complejo poema de ese mismo año, en el que glosa la conocida frase de san Juan de la Cruz (“al caer de la tarde, os examinarán en el amor”)<sup>4</sup>, están presentes la duda, el miedo, la zozobra..., a la vez que la entrega en las manos de Dios, con confianza plena en su promesa:

*Más allá, sólo sombra y espesura,  
sólo misterio y duda, más allá...  
¿Saldrá mi alma de esta noche oscura?  
¿Podrá saber, al fin, a dónde va?  
Yo me pregunto ya sobre estas cosas  
y, sin quererlo hacer, continuamente.  
A veces, las respuestas son hermosas;  
a veces, inquietantes solamente...*

4. Tal es la formulación tradicional, que el P. Guervós repite de memoria. La expresión original de San Juan de la Cruz es: “a la tarde te examinarán en el amor” (*Obras Completas*, Madrid, Edit. de Espiritualidad, 5.<sup>a</sup> edic., 1993, 101).

*Cuento con su perdón –aun pese a todo–  
por su cruz y su amor... y esa es mi suerte:  
por eso, aun sucio y salpicando lodo,  
voy medroso y feliz ¿? hacia la muerte.*

*(Tríptico, 1983).*

“Voy medroso y feliz hacia la muerte”. Los interrogantes (¿?) que puntean este verso dejan bien patente la ambivalencia de sentimientos y la radical inseguridad por la que transitan. La fe ayuda a trascender esta inseguridad, pero no la anula. Un largo romance de 1987 (*La muerte*), escrito porque “mi cuerpo y mi alma necesitaban escribirlo para mí, para des-ahogarme”, le permite dada su amplitud desplegar en sucesivas variaciones todo su mundo interior ante esa realidad, “tan dulce y... tan misteriosa”. Allí se nombra, en primer lugar, en todos sus términos reales la rigurosa primera verdad de la muerte:

*Porque tú, muerte, no hieres;  
tú deshaces, aniquilas...  
Pero tu puñal de noche  
deja la sangre dormida,  
deja los ojos sin luz  
y el camino... ¡se termina!*

Y, “sin temor y sin temblor”, esta primera constatación queda contrabalanceada –nunca desmentida– por la convicción de que el alma redimida hallará refugio en Dios. Hay en este poema un cierto sabor neoplatónico, más visible en algunas estrofas de la parte segunda y tercera, con cuyo espíritu a más de uno le costará identificarse y comulgar. Nada de esto, sin embargo, debe engañar sobre el verdadero sentido del poema, ni desfigurar lo que al final acaba siendo en su intención y en su forma: un profundo acto de fe en el amor de Dios, “dueño y señor de mi vida”, en cuyas manos confiesa entregarse con estos hermosos versos:

*Ven, vendimiador, ya está  
para vendimiar tu viña.  
Ven, segador, cuando quieras,  
la siega ya se termina;  
ya está la espiga agostada,  
ya es la hora de la trilla...  
Ya está colmada mi copa.  
Ahora, Señor, lo que digas.*

Una súbita vuelta a la oscuridad del horizonte le arranca al alma una última confesión de impotencia y de miedo, para acabar esta vez –como reconociendo la propia derrota– pidiendo a Dios que lo mire con benevolencia y que Él mismo se haga cargo de su humana y ambivalente realidad:

*Como hombre, tengo miedo.  
Tus rutas desconocidas  
me empavorecen...  
Acéptame tal como soy,  
mi Dios: amor y ceniza.*

Desde el punto de vista de la confrontación con su fin ya próximo, el testimonio más importante lo constituyen los 33 últimos sonetos (*De mi alma a mi alma*), fechados entre junio de 1993 y octubre de 1996, de los que ya ofrecimos una selección en esta revista<sup>5</sup>. En el conjunto de la obra del P. Guervós forman, sin lugar a duda, una de sus creaciones más perfectas. Escritos, como él mismo indica, “en el ocaso de mi vida”, se acogen a la confesión del salmo 41: “Recuerdo otros tiempos, desahogo mi alma conmigo”. Son, pues, versos que celebran la vida pero que, a la vez, en razón de la salud y de la edad, la miran yéndose, recapitulan, temen y esperan. No hay en ellos ninguna concesión pietista, moralizante o simplemente enmascaradora:

5. “De mi alma a mi alma. Sonetos del P. José María Guervós Hoyos”, en *Vida Sobrenatural* 83 (2003), 294-303.

*Ay, qué inmensa pereza de vivir  
Y ay, qué inmensa pereza de morirme.  
(Mi encrucijada)*

*Quisiera ser velero en alta mar  
con el blanco velamen desplegado  
y soy un viejo lanchón, sucio y varado,  
que olvidó la ilusión de navegar.  
(Mi locura)*

El hombre que se siente viejo, a la vez “medroso y feliz”, va contando en cada soneto sus convicciones y sus dudas, sus ansias de ver y su necesidad de acoger el misterio. Por eso nos encontramos en todos con una confesión esperanzada de fe y de aceptación creyente, y a la vez están transidos del dolor de la vida en decrepitud, de la incertidumbre, del temor ante la opacidad y el desvanecimiento del horizonte inmediato:

*Da tu sol a la noche de mi fe...  
(Mi entrega)*

*Se me marchó la vida, ¡toda entera!  
No me tiembla la mano al escribirlo,  
ni me tiembla la voz para decirlo...  
Aquí estoy ya, Señor, ¡solo a tu espera!  
(Mi espera)*

En este recorrido por la obra poética del P. Guervós, espigando en sus versos sus confesiones más destacadas ante la muerte, nos quedan los últimos romances, escritos en 1996 y 1997, cumplidos ya los 80 años de vida y en medio de graves limitaciones físicas. Son monotemáticos, sin otra preocupación ya que la confrontación directa con el próximo fin:

*Y muero y vivo en la lucha  
de lo que quiero y no quiero;  
en la oscura encrucijada  
del temor y del deseo:  
entre el día de la Fe  
y la noche del Misterio.*

*(El alma y el cuerpo)*

Hay una constatación resignada de que se ha andado ya el tiempo concedido (“ya todo está consumado”), por más que no resulte ahora patente por dónde y cómo se fue la vida, y su final recapitulación nos la muestre, una vez más, soplo de un día o hierba que al atardecer se quema:

*Sin saber por dónde, huyeron  
horas, días, meses, años...  
¿Por dónde..? Que yo no vi  
ni las huellas de sus pasos:  
como el aire que nos besa  
y no le vemos los labios;  
como el sol que nos abrasa  
con el oro de sus rayos  
y sentimos su caricia  
sin la opresión de sus brazos;  
como la brisa, el aroma,  
¡como el vuelo de los pájaros!  
Algo sensible y etéreo,  
tan próximo y tan lejano...*

*(Cara y cruz)*

La expresión mantiene aún la fluidez característica del romance, metro en el que el P. Guervós fue siempre verdadero maestro; no es fácil encontrar en él un fallo de ritmo o sorprender un pie forzado (“Tus ocho sílabas son / como besos inefables / en la punta de mis dedos / y en el río de mi sangre”). Y la confesión se hace aquí más directa:

*Tengo cumplida la vida  
ya –mi Señor– con exceso:  
con la medida colmada  
que tus manos me midieron.  
¡Dame –Señor– la grandeza  
de decir adiós sin miedo!*

*(El alma y el cuerpo)*

Finalmente, en *El muñeco roto* (romancillo nostálgico), uno de sus últimos poemas (1997), escrito ya en medio de enormes dificultades para mover la mano (que ya no escribía, sólo garrapateaba), hay una final entrega de la vida (“días con oscura niebla, / noches con luceros blancos”) desde la conciencia de que las cosas dependen ya totalmente de Dios y en sus manos están:

*Soy un muñeco roto,  
se me saltó la cuerda...  
Larga vida me diste,  
Señor, ¡bendito seas!  
Que te sienta a mi lado  
lo poco que me queda...  
Que el cuerpo inútil siente  
un alma viva, alerta,  
que tu voz que la llame  
–como a Lázaro– espera*

*(El muñeco roto)*

### 3. EL SALMO DE LA SERENIDAD

En la vida de los humanos suele haber momentos dulces, y supongo que lo mismo ocurre, con relación a su actividad creadora, en la vida de los poetas. No siempre es preciso perseguir afanosamente la palabra evasiva, o luchar y esforzarse para dar cauce y contención a sus torrentes interiores desbordados. En ocasiones, la palabra fluye serena,

medida, ajustada: es la palabra que tiene que ser y no otra. Al lector le asalta en tales casos la sensación de estar ante algo singular, una realidad cuajada, un raro momento de serenidad y de plenitud.

El poema *Hacia el encuentro*, fechado a primeros de octubre de 1987, es en sin duda una de las creaciones más perfectas y logradas del P. Guervós. Él mismo lo presenta como *Salmo de mi serenidad* y, en efecto, esa es la sensación que el lector recibe desde los primeros versos. El poema cabalga, sin embargo, sobre un continuo movimiento en cinco tiempos, que da ocasión a introducir otros tantos motivos o temas. Pero es un movimiento siempre contenido, rebalsado por dos recursos formales que caracterizan el poema: la reiteración en cada nuevo paso del lema inicial, lo que le comunica una unidad compacta, sin fisuras; y el uso del metro endecasílabo, que alarga el tiempo del verso, y contribuye así a acentuar la sensación de serenidad no fingida que se desprende de su lectura.

Naturalmente, los recursos formales –los mencionados y todos los demás– no lo son todo, aunque en la creación poética no cabe una separación estricta entre forma y contenido. De hecho, ambos acaban siendo parte de lo mismo. Digamos, pues, que en este poema la palabra alcanza una expresión religiosa honda, sin duda bella, reflejo de un momento inspirado en el cual el creyente que era el P. Guervós acertó a decirse y a decir de manera ejemplar su estado de ánimo ante el final que comenzaba a anunciarse.

Y esta es la razón por la que podemos ahora leer el poema por cuenta nuestra. Se me permitirá que repita aquí lo que escribí recientemente en la introducción a la edición de sus poesías<sup>6</sup>. Asomarse al fondo de la vida o sentirse penetrados de su misterio no es privilegio de los poetas: es la tarea que, como humanos, nos corresponde practicar a a todos con nuestra conciencia reflexiva. Por otra parte,

6. Ver *Obra poética*, 14.

buscar a Dios, sentir su cercanía, temblar por su silencio o rezarle esperanzado es el aire que el alma creyente va respirando a cada paso. El privilegio del poeta es de otro orden. El poeta habita el mundo de la palabra. En lucha con ella o ante ella rendido, se le concede decir de manera nueva el misterio de Dios y de la vida, y su palabra puede adquirir por ello para sus lectores el valor ejemplar de un arquetipo. Por eso, repito, leemos sus poemas. Porque en ellos nosotros podemos intuir como nuestro lo inefable expresado en sus versos, y hasta descifrar a su ritmo algo de la propia experiencia personal, que nunca es para nosotros mismos del todo transparente, ni acertamos a decirla nunca del todo.

Así pues, el valor ejemplar de este *Salmo de mi serenidad* no reside sólo en ofrecer una hermosa meditación sobre el ocaso humano. Es eso, por supuesto, pero su lectura puede ayudarnos al mismo tiempo a ir elaborando otra palabra interior, nuestro propio discurso, personal e inexcusable, ante la experiencia diaria de la muerte y los signos que anuncian el final de nuestra propia existencia.

Me gustaría destacar, para concluir, la profundidad religiosa que aquí se transmite. Sobre la primera confesión de un encuentro transformador con la mano “humana” del Señor, que centra la condición cristiana de tal experiencia, el recuerdo de la vida y del tiempo transcurrido va desvelando, en oleadas sucesivas, la última raíz de la fe: ese encuentro lleva a experimentar la vida entera, no un momento de la misma, no una dimensión particular, como *debida a o recibida de* otro. Sentirse “engendrado” a la vida y a la fe señala el comienzo de una verdadera relación religiosa.

Es entonces cuando podemos nombrar a Dios, y dirigirnos a él en un diálogo y en una oración que nos devuelve a nosotros mismos nuestra realidad humana transformada. Tal es el itinerario seguido en el poema. “Dejar la vida” y aceptar un final, como condición del destino huma-

no, son formas de decir la fe desde la oscuridad del presente y de nuestra conciencia actual, nunca del todo iluminada. Pero el creyente sabe también que, en realidad y al mismo tiempo y a pesar de todo, hacia donde de verdad camina es hacia el encuentro definitivo con la Vida, por la que ha sido una vez engendrado, de la que sigue suspendido y a la que está convocado incluso más allá de su muerte:

*Todo sabe acabar. Todo sabe entregarse  
como si todo fuera camino de la vida...*

*(Meditación ante el otoño, 1953).*

BERNARDO FUEYO SUÁRES, O.P.  
*Salamanca*

#### 4. TRANSCRIPCIÓN DEL POEMA

### HACIA EL ENCUENTRO *(Salmo de mi serenidad)*

FR. JOSÉ M.<sup>a</sup> GUERVÓS HOYOS, O.P.

## I

Cada día, Señor, es un regalo.  
Un don divino de tu mano “humana”.

La que dio luz a tantos ojos ciegos,  
cuando su noche oscura iluminaba.  
La que dio savia nueva a los tullidos  
y acarició la arena de la playa.

La que partía el pan. La que una tarde  
quedó inmóvil, sangrienta y enclavada.

La que volvió a nosotros de la muerte  
para cambiar la angustia en esperanza,  
y a Tomás enraizó su fe dudosa,  
cuando “tocó” la palma taladrada...  
La que siento en mis hombros cada día:  
¡el dulce peso de tu mano “humana”!

## II

Cada día, Señor, ya es un regalo:  
un regalo a mi vida y a mi alma.

En mi tierra se va muriendo el sol  
y en mi espíritu nace la alborada.  
Quiero ya estar un poco “al otro lado”;  
sin cadenas, con fe, sin añoranzas...

Lo que viví fue hermoso.. Hazme sentir  
que será mucho más lo que me aguarda.  
Hay que dejar...¿Dejar? Quiero olvidarme  
de que existe siquiera esa palabra.  
¿Dejar la vida? ¡No! ¡Encontrar la Vida!  
¡cambiar la noche oscura por el alba!

## III

Cada día, Señor, ya es un regalo...

Por el río, hacia el mar, voy en mi barca.  
No tengo remos, ni timón, ni vela:  
tan solo la corriente es la que manda.  
Nadie detiene el río, nadie puede  
parar su ritmo, ni dormir sus aguas.  
Es imposible pretender hacerlo;  
como aire entre las manos, ¡se me escapa!

Lejana ya la fuente, cerca el mar:  
cada vez más ayer, menos mañana.  
Y tranquilo, sabiendo que Tú guías,  
por el río –hacia el mar– voy en tu barca.

#### IV

Cada día, Señor, ya es un regalo:  
una paz expectante y sosegada...

La mar brava de ayer, casi dormida,  
la sangre roja y joven...casi blanca.  
La furia de mis ansias y ambiciones,  
si alguna vez rugió, ¡ya está domada!

¿Estoy en paz...contigo? No lo sé.  
Conmigo, sí. Con fe y con esperanza  
de que el amor inmenso que te tengo  
encontrará el Amor con que me amas.

Qué importa nada si, al final, la muerte  
es la vida de nuevo recobrada.  
Si, al cerrarse, mis ojos ven tu luz  
llenándome de soles la mirada.

Y si el “fin” es “principio”, ¡qué alegría  
saber que aquello empieza si esto acaba!

#### V

Cada día, Señor, Tú me renaces.  
Cada hora, Señor, me la regalas...

¿Cuánto aceite, Señor, queda en mi alcuza?  
¿Cuánta arena en la orilla de mi playa?  
¿Cuánto brillo en mis ojos? ¿Cuánta luz?  
¿Cuánto sol rojo, cuánta luna blanca...?

Pregunto y ... no me importa la respuesta...  
Es por hablar contigo...Las palabras  
se quedan en el aire...Tú las oyes.  
Es por hablar contigo: ¡alma con alma!

Te presiento más cerca, más amigo;  
me estremece una dulce confianza.  
Me siento desterrado del destierro,  
mas dentro de tu amor, ¡y eso me basta!

Cada minuto más, ya es un regalo...  
Tú eres mi luz, mi fin y mi esperanza.  
Y por eso, feliz, hacia el encuentro,  
por el río –hacia el mar– voy en tu barca...

*En mi celda de San Pablo, 2 octubre de 1987*

# LITURGIA

## La oración, el sueño y el trabajo

### INTRODUCCIÓN

Resulta sorprendente tratar sobre la oración, el sueño y el trabajo. En principio no hay ninguna relación mutua entre estos tres temas. Incluso en su actuación normal se tienen por incompatibles. La oración comprende suma conciencia vigilante. El sueño es profundo estado inconsciente. El trabajo exige ocupación absorbente. No se ora formalmente durmiendo ni trabajando. Por ello, el esfuerzo de superar los obstáculos del sueño y del trabajo, para orar debidamente, ha sido, a veces, sobreestimado por la ascética con medios extravagantes. Lo cual tampoco es muy apropiado para orar en espíritu y en verdad. Las extravagancias dificultan también, y hasta impiden, el estado de sosiego concentrado, requerido por la oración. Y, lo que es peor, suscitan perturbaciones que contagian la oración de escrúpulos y de rigorismos farisaicos.

Lo que sí es fundamental en la oración es la actitud concentrada de la persona, a pesar de las “diversiones” de “la loca de la casa”, que tan acertadamente define santa Teresa. La concentración radica en la disposición personal de espíritu, no en el estado de ánimo, siempre expuesto a vaivenes imaginativos y emocionales. La disposición de espíritu es la raíz, que da firmeza a la actitud personal. El estado de ánimo es como la copa agitada por superficiales alteraciones. Concentrarse es integrarse en el fondo del corazón. En esta integración cordial la oración y la acción se sienten compenetradas en un mismo amor.

La oración auténtica no implica un ejercicio violento, sino una actitud seria, ni consiste en el mero cumplimiento

de normas, porque no es una actividad impositiva. Como toda acción vital se realiza con normal naturalidad, es decir, la oración brota del corazón y llega al corazón. Acertadísima la clásica definición teresiana: oración es tratar de amistad con quien sabemos nos ama. La oración nace de la intimidad personal en mutua relación cordial. Y esta natural cordialidad compenetra la oración, el sueño y el trabajo, en cuanto funciones vitales, de tal manera que no se impiden ni se dificultan, sino que se estimulan entre sí eficazmente en sus respectivas actividades. La oración influye benéficamente en el dormir y en el trabajar. Y el bien dormir y trabajar se conjuga con el bien orar.

Creemos que la reflexión sobre este tema, por muy extraño que parezca, puede resultar interesante y hasta conveniente para evitar conflictos escrupulosos y deformantes, y para descubrir sus aspectos positivos. Para comprenderlo mejor podría servirnos de fundamento el siguiente principio: las funciones vitales, en cuanto cooperadoras de la misma vida, se complementan mutuamente con sus distintas variedades. Porque entre sueño y sueño, y entre trabajo y trabajo, entre orar y orar existen marcadas diferencias. Así, existe el sueño natural y artificial..., el trabajo intelectual, técnico y manual, político...; la oración vocal, mental, de mirada silenciosa, mística... Unas sencillas consideraciones pueden ayudarnos a la comprensión del tema.

## 1. EL SUEÑO

Entre las clases de sueño podemos distinguir: a) el sueño *artificial*, que comprende varias formas complicadas: el sueño de tedio, el aburrimiento, la tibieza, el sueño medicado, el sueño provocado por la embriaguez, por la sugestión,...; b) el sueño *natural*, que es el sueño normal, de necesidad vital, de cansancio y de agotamiento... El sueño natural suele prolongar en su estado subconsciente la diná-

mica de la conciencia atenuada, y vivenciar, al despertar, su continuidad psíquicamente ininterrumpida. Diríamos que es un fenómeno psíquico parecido al de las distracciones involuntarias, que no anulan la intención y el deseo de la oración, sino que, pasado el estado atenuado de la conciencia, recuperan instintivamente su ritmo normal. El estado subconsciente no afecta a la dinámica espiritual de la intención de la voluntad y el deseo del corazón. El deseo permanente conserva al vivo la oración perseverante. San Agustín decía: “Tu deseo es tu oración; si tu deseo es continuo, continua también es tu oración”. En esta misma dirección agustiniana se expresa santa Catalina de Siena al explicar las tres clases de oración: “Una es *la continua*, es decir, el santo deseo ininterrumpido”. Éste ora ante la presencia de Dios en todo lo que hace, porque a su honor orienta todas las potencias espirituales y corporales. Por eso se llama continua. De esta parece que hablaba san Pablo cuando dijo: *Orad sin interrupción*.

El sueño es una función vital en toda actividad. Sin dormir, al menos lo mínimo indispensable, la salud y el estado anímico se resienten de cualquier ejercicio y, sobre todo, si es espiritual. El sueño *natural* garantiza habitualmente el sosiego psicosomático necesario para la oración. La deficiencia del sueño repercute con tensión perturbadora en el sujeto orante. Para orar se requiere una preparación adecuada, por mínima que sea. Normalmente no es posible orar sin una previa actitud integradora de la persona orientada a la oración.

Los himnos litúrgicos ponen de relieve la dimensión espiritual de la función humana del sueño. La vigilia y el sueño se complementan en la continuidad de la vida del hombre como el día y la noche. El sueño no detiene ni debilita la vida, sino que la reanima y fortalece. Así lo cantan algunos himnos de la hora litúrgica de Vísperas: “Dios, creador de cielo y tierra; de hermosa luz viste el día; de gracia el sueño de la noche”. “La noche no interrumpe/ la his-

toria del hombre;/ la noche es tiempo/ de salvación”. Pero son los himnos de la hora de Completas los que celebran esta reanimación fortaleciente del misterio providencial de Dios que se manifiesta en el sueño. La literatura litúrgica lo resalta con sobria y condensada belleza: “el sueño corporal,/ sea de tal manera,/ que al espíritu no ofusque”; “Si al sueño se dan los ojos,/ vigilante siempre ante el Señor,/ el corazón permanezca”; “Nuestros corazones, Señor, te sueñen,/ y en el sueño te sientan”.

Sería un error, y peor, una falsificación, interpretar esta conexión espiritual oración-sueño como un artilugio psicopático. Esta conexión sería imposible sin la acción providente del Señor que los salmos resaltan fervorosamente: “el Señor hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha estaré seguro,... y mi carne descansa serena”(Sal 15); “Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti,... En el lecho me acuerdo de ti y velando medito en ti... a la sombra de tus alas canto con júbilo; mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene” (Sal 62). “Señor, Dios mío, de día te pido auxilio; de noche grito en tu presencia; llegue hasta ti mi súplica, inclina tu oído a mi clamor” (Sal 87). Eco de la oración sálmica son los himnos litúrgicos: “Tu amor nos guía y nos responde/ y por nosotros se desvela,/ del enemigo nos defiende/ y, mientras dormimos, nos vela”. “Gracias, porque al fin del día/ podemos agradecerte/... la fe, el amor y la esperanza/ y esta bondad de tu empeño/ de convertir nuestro sueño/ en una humilde alabanza”.

### *1.1. Testimonio de los santos*

Hechos son razones, podemos decir, ante los testimonios verídicos de los santos. Pues tales son sus experiencias. Los santos no imaginan ni inventan, sino que revelan la hondura espiritual de la persona humana, experimen-

tada con sencillez y verdad durante su sueño, conforme a los diversos temperamentos. La experiencia espiritual del sueño en su vida de oración resalta la manera de vivirlo y concebirlo. Los gestos del sueño son muy sintomáticos y, sobre todo, muy significativos. Nadie más experimentada para afirmarlo y expresarlo mejor, con la profunda sencillez de su vivencia transparente, que santa Teresa de Jesús. En una de sus experiencias, erróneamente interpretada por algunos consejeros, ella protesta con sentida lamentación: “En queriéndome divertir, nunca salía de la oración; aún durmiendo me parecía estaba en ella, porque aquí era crecer el amor y las lástimas que yo decía al Señor y el no poderlo sufrir, ni era en mi mano, aunque yo quería y más lo procuraba, de dejar de pensar en El” (*Vida* 29, 7).

En santa Teresa del Niño Jesús se da otra experiencia de contraste y complementaria: “Debería entristecerme por dormirme (¡después de siete años!) en la oración y durante la acción de gracias. Pues bien, no me entristezco... Pienso que los niños agradan a sus padres mientras duermen como cuando están despiertos; pienso que los médicos, para hacer las operaciones, duermen a los enfermos. En una palabra, pienso que “el Señor conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro” (Ms.A-VIII). La santa de Lixieux expresa su experiencia en el estado inconsciente del sueño, bajo la mirada paternal de Dios. El gesto del sueño manifiesta el estado anímico del durmiente. En rostro dormido se transparenta la interioridad subconsciente.

Santo Domingo de Guzmán era un carismático excepcional en la práctica de la oración vigiliar. Sus vigiliias nocturnas eran habituales y largas, por lo que carecía de celda fija para el descanso. Perseveraba orando en las vigiliias hasta el agotamiento físico. Entonces reclinaba su cabeza en cualquier sitio, o sobre el altar, para un ligero descanso, y continuar con su fervor orante.

Esta forma compenetrante de orar y dormir se da de manera excepcional en algunos santos. Pero sin esta excep-

cionalidad carismática, es frecuente también en las personas que se ejercitan en la oración perseverante. Cuántos fieles cristianos, rezando el santo rosario, se duermen vencidos por el cansancio, y, al despertarse ocasionalmente, continúan por instinto con la ininterrumpida devoción. La perfección cristiana no se mide por la categoría carismática, ni jerárquica, sino por la fe, la esperanza y la caridad, vividas en el respectivo estado de vida. Se diría un tanto semejante al sueño de Jesús en la barca del lago. El sueño no anula la fe viva en su actuación.

## 2. EL TRABAJO

“Ora et Labora” es, en general, el lema monástico clásico, concretado particularmente en la vida benedictina. Su formulación es variada: “Laborare est orare”; “quien bien ora, bien trabaja, “quien bien trabaja, bien ora”; “haber rezado bien es haber estudiado bien”. Orar y trabajar se compenentran en la vida humana sin necesidad de carismas especiales. Y se echa tan de menos su necesidad y vacío, que hoy día la oración es sustituida por días de retiro, de silencio, de relax...; que se diría una manera de anestesia psíquica, o de meras suplencias sedantes, que no satisfacen realmente la necesidad vital de la persona en su realización más íntima...

La oración y el trabajo, compenetrados en todo ejercicio humano, fructifican en la vida personal. La persona humana es un cuerpo espiritualizado y un espíritu corporeizado. La realización personal es una tarea de integración de estos dos elementos constituyentes con sus respectivas funciones vitales. Esta tarea integradora es obra de la *ascética religiosa*. Ella conjuga el habitual deseo orante con la disposición del trabajo. La deficiencia de esta integración repercute en una esquizofrenia del compuesto espiritual-corporal. Todo trabajo sin espíritu aliena y deshumaniza. Y

el espíritu sin su relación material degenera en ilusiones disipadas. No se da una vida humana integrada sin la mutua compenetración de sus funciones vitales corporales-espirituales. La doctrina evangélica que dice que “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”, revela la riqueza de toda persona, riqueza que comprende una complejidad de necesidades satisfechas para poder realizarse humanamente. El sueño, el trabajo y la oración se complementan vitalmente en la realización gratificante de la persona. San Isidro Labrador es un ejemplo. La oración del día de su fiesta lo resalta con las siguientes palabras: “concédenos que el trabajo de cada día humanice nuestro mundo y sea al mismo tiempo plegaria de alabanza”.

### 2.1. *Testimonios de Santos*

Santa Catalina de Siena expresa esto diciendo que “lo que se hace, de palabra o por obra, por la salud del prójimo es una verdadera oración...; lo que se hace por caridad al prójimo o por sí mismo, sea lo que sea, todo es oración”.

Santa Teresa de Jesús lo expone admirablemente en el capítulo V de *Las Fundaciones*, capítulo que merece la pena ser releído. La santa doctora integró en su persona los dos géneros de la vida religiosa: la contemplativa y la activa; fue una síntesis personalizada de Marta y María. Para ella Marta y María “andan juntas”. En la estima de santa Marta dice a sus monjas: “Pues pensad que es esta Congregación la casa de santa Marta”. Y así lo resumió a manera de lema: “el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho”. Y con su típica finura analítica explica el disgusto de cuando hay que dejar la oración por la acción: “A mí parecer, por dos razones, la una y más principal por un amor propio que aquí se mezcla, muy delicado, y así no se deja entender que es querernos contentar más a nosotros que a Dios”. De aquí, la reciedumbre exhor-

tativa a su religiosas: “Pues, ¡ea!, hijas mías, no haya desconsuelo, cuando la obediencia (o la caridad) os trajere empleadas en cosas exteriores; entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor ayudándoos en lo interior y exterior”. No puede decirse más expresivamente, ni puede fundamentarse más sólidamente. La oración interior y la acción exterior no son incompatibles porque están unidas entre ellas *por* y *en* el Señor. La incompatibilidad manifiesta que la oración no es tan auténtica como en la sentida devoción, sino que en ella “se mezcla un amor propio muy delicado”. El sano criterio de la oración no es el gusto sensible, sino la fe viva que se traduce en caridad. Simone Weil, la admirable judía conversa, lo confirma en sus recias afirmaciones de la vida de fe: Dios quiere que, unas veces, nos olvidemos de todo, para concentrarnos sólo en él; y, otras veces, que nos olvidemos de él, para centrarnos en lo que tenemos que hacer. Lo importante es estar siempre con Cristo, sea en el Tabor o en el Calvario. En ambos casos siempre estamos unidos con el Señor. Y esa unión es oración.

La reforma teresiana invade profundamente la espiritualidad francesa del siglo XVII. Las personalidades más significativas, como el Cardenal Bérulle, san Francisco de Sales, etc. importaron formalmente a Francia “los palomarcitos” teresianos, representados en las grandes figuras de Ana de Jesús y Ana de san Bartolomé. Imantado por esa espiritualidad teresiana, san Vicente de Paul exhorta a sus religiosas con las siguientes palabras: “Si en el momento de la oración hay que llevar a algún pobre un medicamento o un auxilio cualquiera, id a él con el ánimo bien tranquilo... ofreciéndolo a Dios como una prolongación de la oración... si dejáis la oración para acudir con presteza en ayuda de algún pobre, recordad que aquel servicio lo prestáis al mismo Dios. La caridad es la máxima norma, a la que todo debe tender”.

Vida activa y vida contemplativa no son paralelas sino convergentes e integrantes de la misma vida cristiana, desa-

rollada en su rica variedad carismática. A través de ella, Dios revela su gloria en la Iglesia para salvación de la humanidad. El poeta lo expresó en estilo popular: “Ni el rezo estorba el trabajo, / ni el trabajo estorba el rezo./ Trezando mimbres y juncos,/ se puede labrar a un tiempo,/ para la tierra un cestillo / y un rosario para el cielo”. Todo está condensado plenamente en la inmortal afirmación teresiana: “Entre los pucheros anda el Señor ayudándoos en lo interior y exterior”. La presencia viva del Señor todo lo convierte en oración.

JUAN ANTONIO PASCUAL DIAZ-AGUILAR, O.S.B.  
*Monasterio de la Santa Cruz*

## TESTIGOS

# La Madre María Ana Alberdi, Concepcionista Franciscana

Aunque como ya sabemos es siempre la Iglesia quien tiene la última palabra sobre la santidad de sus miembros, una vez que han pasado de esta vida a la otra, cuando el 27 de noviembre del año 1998 (Año del Espíritu Santo), moría en su convento de Concepcionistas Franciscanas de la Latina (Madrid), la madre María Ana Alberdi, acompañada por sus hijas, que maravillosamente la han atendido siempre, pero especialmente en los últimos meses de su larga y penosa enfermedad, todos los que hemos conocido a la madre Ana, como cariñosamente la llamábamos, teníamos la certeza confiada de que “ha muerto una santa”.

Por esto mismo me he decidido escribir este sencillo artículo para la revista VIDA SOBRENATURAL, para dar a conocer a los lectores en estos albores del tercer milenio los frutos de la santidad del seguimiento a Jesucristo en nuestros días, en testigos del Señor que nosotros hemos conocido y con los que hemos convivido. De esta última idea, la convivencia, cuánto pueden decir sus hermanas de comunidad de la Latina, formadas la mayor parte por ella, y también los otros conventos de los que la madre Ana fue Presidenta Federal durante 18 años. A diferencia de otros santos, “que no son profetas en su tierra”, con la Madre Ana ha pasado todo lo contrario, todos los que la hemos tratado sabíamos que estábamos ante una santa.

Pero antes de seguir en este cometido, tan difícil de dar a conocer algunos rasgos de una persona tan maravillosa, pero tan sencilla, vamos a dar algunos datos de su vida. ¿Quién era la Madre Ana? La Madre Ana vino al mundo el 3 de mayo de 1912, un día muy señalado por celebrarse

entonces la fiesta de la Cruz de Mayo, parece un signo del Señor que la va a llamar para sí y la va a fijar bien con los clavos de los 3 votos que ella vivió con tanta intensidad, a la Cruz Redentora de Cristo, ella como contemplativa se va a inmolar en una vida de 67 años de profesa por la Gloria de Dios y la salvación de las almas. Va a nacer en el mes de mayo, mes de María; la Virgen la llamará para su Orden Concepcionista, ella va a ser una gran cantora de María, imitándola en su vida oculta y retirada, interesándose siempre como María la Virgen para que a nuestro mundo no le falte el “Buen Vino” de la Salvación que es Cristo el Señor.

Va a ser la tierra vasca quien dé esta flor de la Inmaculada, concretamente Azkoitia (Guipúzcoa), tierra de santos (recodemos a san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús). Curiosamente la Madre Ana es gemela de un hermano que será jesuita misionero en el Salvador, donde estuvo muchos años, dejando una huella imborrable de santidad.

En una muy temprana edad quedó la Madre Ana huérfana de padre y madre, por la terrible epidemia de gripe que asoló a España. La pequeña María Concepción Cruz, nombre que le impusieron el día de su Bautismo, fue separada de su hermano para ir a vivir con unos tíos. Ellos se preocuparon de darle una exquisita educación religiosa en un ambiente de amor y rectitud que influyó en toda su vida.

Estudió en el colegio que tenían las religiosas en Bériz y desde allí salió con otra amiga, llamada M.<sup>a</sup> Margarita Arrieta, para ingresar el 1 de octubre de 1931 en el Monasterio de la Latina, donde ella ha dejado una estela de gran santidad; tenía entonces 19 años. Después de la Madre Ana han ingresado en este monasterio otras hermanas también de su tierra.

Su noviciado la va a preparar para las luchas que tenía que pasar. A pesar de que le aconsejan que no profese por la situación difícil que estaba atravesando España en aquellos años de la segunda República, ella da su valiente sí, al Señor, aceptando todo lo que Jesús y María le pidan, todo

para gloria de la Santísima Trinidad de quien era muy devota. De esta manera emite los votos simples en el año 1933 y los solemnes en el 1936.

Inmediatamente tienen que salir del Monasterio y refugiarse en las Hermanitas de los Pobres de la calle Almagro (al ser una congregación de origen Francés las hermanas están protegidas por la bandera Francesa). Estas religiosas acogieron a la comunidad de Concepcionistas de la Latina con mucho amor y cariño, la Madre Ana les estuvo siempre agradecida, y mantuvo una gran amistad con ellas y rezó por sus intenciones.

Terminada la guerra el Patriarca de Madrid aconseja a la comunidad que marchen a su casa por un tiempo. Ella marcha a su tierra vasca, pero no deja la vida espiritual, se une a los ejercicios espirituales que tan oportunamente estaban dirigiendo a una de las comunidades contemplativas de su pueblo.

Al regresar al monasterio de la Latina se encuentran todo destrozado, la comunidad iniciará la tarea de reconstrucción con mucho entusiasmo.

La Madre Ana va a ejercer en este tiempo oficios importantes y claves para la comunidad: sacristana, enfermera, maestra de novicias, consejera. Será el de Maestra de Novicias un cargo clave, la Madre Ana armonizó la bondad con la energía, el sentido del deber con la expansión alegre y festiva, el entusiasmo por todo lo que se relacionara con la Orden Franciscana. Se sentía hija de san Francisco, al que amaba con un gozo inmenso; especialmente estaba atenta al carisma propio de la Concepción Inmaculada de María. Afianzó a sus novicias en las virtudes básicas de la vida religiosa: la humildad, el espíritu de oración, la caridad... sin olvidar la abnegación, el trabajo y las tareas domésticas.

Este cargo de formadora de monjas se ha dejado sentir en su comunidad. Pienso que ha sido la mejor contribución que la madre ha dejado a las monjas presentes y futuras. En los ejemplos de Madre Ana tienen todas las hermanas

Concepcionistas un modelo adonde acudir. Por su exquisita formación, su influjo alcanzó a otras comunidades que la conocían, consultaban e imitaban.

En el año 1953 fue elegida Abadesa, cargo que desempeñó hasta el 13 de enero de 1990 con un lapso de tiempo de tres años. Durante este tiempo elevó ampliamente el nivel espiritual y humano de la comunidad. A la madre nunca se la ha visto alterada por nada, ni por noticias desagradables de la Iglesia o de la humanidad; siempre mantuvo una paz inmensa, incluso en el último período de su larga y penosa enfermedad no se le escapó ni una queja, aunque no le faltaban motivos. Nunca se la oyó una crítica o hablar mal de nadie, siempre justificaba a las personas; cuando se iba a criticar a alguien cambiaba la conversación hacia algo positivo. Ha sido, en definitiva, una mujer que ha dejado una profunda huella.

Con una equilibrada prudencia supo adaptar la Comunidad a las renovaciones conciliares, paso a paso, sin exacerbadas prisas, cambió lo que era cambiante, estuvo atenta a los signos de los tiempos, pero conservando el rico patrimonio de su Orden y de la vida contemplativa. Si leemos el último documento de la Iglesia sobre la vida contemplativa *Verbi Sponsa* (13 de mayo de 1999) vamos a ver en su espíritu lo que la Madre Ana ya vivía y quería para su comunidad. Aquí vemos cómo las almas selectas tienen siempre una iluminación muy especial del Espíritu Santo.

Como ya hemos indicado anteriormente fue Presidenta de la Federación de Monjas Concepcionistas Franciscanas durante 18 años, esto hizo que de sus virtudes se percataran en muchos conventos de su Orden que hoy incluso se encomiendan privadamente a ella para sus necesidades. En este período le tocó vivir la canonización, en 1976, de su Madre Fundadora Santa Beatriz de Silva. Trabajó mucho por la causa.

Nunca hemos visto a la Madre Ana con vanagloria, a pesar de sus muchos cargos, por otro lado, sus hijas siempre

que la necesitaban se encontraban atendidas por ella, estaba a su disposición. Siempre la madre inspiraba la palabra oportuna para vencer una tentación, superar una dificultad...

En el año 1990, después de 35 años al servicio de sus hermanas en cargos importantes que ya hemos recordado, pasó a un segundo plano muy feliz, desempeñando los oficios de Vicaria, enfermera y tornera. Cada vez se la veía más feliz, ésta es una característica que a todos los que la hemos conocido nos ha impresionado mucho. Su profunda vida espiritual en estos años se fue simplificando en una unión más íntima de la mano de María hacia la Trinidad. Era admirable en su adoración al Santísimo. Con qué respeto, con qué unción se pasaba toda la mañana pidiendo por su amada Iglesia, por el bien espiritual de su comunidad en la Orden y por la Federación; qué interés ponía a los problemas de las personas que se acercan al Monasterio para pedir oraciones a la comunidad.

Después de haber transcurrido más de un año de su muerte son muchos los que se encomiendan a su intercesión de una manera privada y han conseguido gracias de la madre. Ella que en su vida destacó por la sencillez está haciendo ahora desde el cielo cosas muy extraordinarias. Las monjas de su comunidad tienen intención de editar una biografía de la Madre Ana<sup>1</sup>.

No quiero terminar sin decir que conocí a la Madre Ana cuando yo tenía 16 años de edad. Entonces estaba discerniendo mi vocación y ella me ayudó; en mi período de seminarista iba durante las vacaciones muchas veces a su iglesia para participar en la eucaristía por la acogida que siempre encontré en la Madre Ana y en su comunidad.

ANDRÉS GARCÍA TORRES  
*Madrid*

1. Quien quiera tener más información sobre la Madre Ana puede dirigirse a la comunidad de Concepcionistas Franciscanas: calle Toledo, 152. C.P. 28005 Madrid. Teléfono 91 365 56 82.

## ESCUELA DE VIDA

# Las vías del conocimiento de Dios de Santa Teresa de Lisieux

## II. El modo de comunicar su experiencia de Dios<sup>1</sup>

### DESDE LA INTIMIDAD Y LA CERCANÍA

Es importante el hecho de que Santa Teresita cuenta su experiencia de Dios en *Historia de un Alma* desde la intimidad y la cercanía que tiene con sus destinatarias, sobre todo con sus hermanas, las madres Inés y María (cf. pp. 29-30). Ello nos ha permitido conocer los entresijos de su espiritualidad.

### ANTE EL ENTENDIMIENTO SOBRENATURAL

*El lenguaje se le queda corto ante el entendimiento sobrenatural*

“Hay cosas que si se exponen al aire pierden su perfume, y hay *sentimientos* del *alma* que no pueden traducirse al lenguaje de la tierra sin que pierdan su sentido íntimo y celestial” (A, 1895: 1883-1886, p. 97).

1. Tomamos las citas de TERESA DE LISIEUX, *Historia de un Alma*, Monte Carmelo, Burgos 2000. Se cita así: manuscrito, año en que lo escribió: época de la que está hablando y páginas.

“Siento que a la palabra humana le resulta imposible expresar ciertas cosas que el corazón del hombre apenas si puede vislumbrar...” (B, 1896: 1896, p. 228).

### *Recibe la ayuda de Jesús*

“¡Qué contrarias a los sentimientos de la naturaleza son las enseñanzas de Jesús! Sin ayuda de su gracia, no sólo no podríamos ponerlas por obra, sino ni siquiera comprenderlas!” (C, 1897: 1896-1897, p. 279).

### *No se considera dueña de su entendimiento sobrenatural*

“Sin embargo, los bienes que vienen directamente de Dios, las intuiciones de la inteligencia y del corazón, los pensamientos profundos, todo eso constituye una riqueza a la que solemos apegarnos como a un bien propio que nadie tiene derecho a tocar...” (C, 1897: 1896-1897, p. 282).

## EMPLEA LENGUAJE SIMBÓLICO

En mi opinión, otra característica muy interesante de santa Teresita, en *Historia de un Alma*, es lo abundante y variado del simbolismo expresado por ella. No cabe duda que gracias a ello pudo expresar mejor su pensamiento. Destacan:

### *El simbolismo floral*

“El (Señor) la hizo (a santa Teresita) nacer en una tierra santa e impregnada toda ella como de un *perfume virginal*. Él hizo que precedieran ocho lirios deslumbrantes de blancura. Él, en su amor, quiso preservar a su florecita del aliento envenenado del mundo; y apenas empezaba a entreabrirse su corola, este divino Salvador la trasplantó a la

montaña del Carmelo, donde los dos lirios que la habían rodeado de cariño y acunado dulcemente en la primavera de su vida expandían ya su suave perfume...” (A, 1895: 1873-1877, p. 29).

Santa Teresita es como la florecilla blanca que su padre arrancó de un muro para dársela a ella, la cual la guardó como reliquia en su libro de la *Imitación* (A, 1895: 1886-1887, cf. p. 134).

### *El simbolismo del navío*

“A veces me sentía *sola*, muy sola. Como en los días de mi vida de internado, cuando me paseaba triste y enferma por el enorme patio, no me cansaba de repetir estas palabras, que hacían siempre renacer la paz y la fuerza en mi corazón: “La vida es tu navío, no tu morada”. Cuando era pequeñita, estas palabras me levantaban la moral. Y todavía hoy, a pesar de los años, que hacen que desaparezcan tantos sentimientos de piedad infantil, la imagen del navío sigue cautivando mi alma y la ayuda a soportar el destierro... ¿No dice la Sabiduría que la vida es como nave que surca las aguas agitadas sin dejar rastro alguno de su travesía...? Cuando pienso en estas cosas, mi alma se abisma en el infinito y me parece estar tocando las riberas eternas...” (A, 1895: 1883-1886, p. 111).

### *El simbolismo del cielo: soleado, nublado*

“¡Ay, qué rápidos pasaron los años soleados de mi niñez!” (A, 1895: 1873-1877, p. 45).

“He observado que en todas las ocasiones importantes de mi vida la naturaleza ha sido como una imagen de mi alma. En los días de lágrimas, el cielo lloraba conmigo; en los días de alegría el cielo enviaba con profusión sus alegres rayos y ni una sola nube oscurecía el cielo azul...” (A, 1895: 1886-1887, p. 136).

*El simbolismo del débil pajarito y del Sol divino*

“El pajarillo quisiera *volar* hacia el Sol brillante que encandila sus ojos; quisiera imitar a sus hermanas las águilas, a las que ve elevarse hacia el foco divino de la Santísima Trinidad... Pero, ¡ay!, lo más que puede hacer es *alzar* sus *alittas*, ¡pero eso de volar no está en su *modesto* poder!” (B, 1896: 1896, p. 241).

Sobresalen también los simbolismos de la “barquilla” (A, 1895: 1886-1887, cf. pp. 136-138), del “juguetito” del Niño Jesús (A, 1895: 1887, cf. pp. 169-170), del ascensor divino (C, 1897: 1896-1897, cf. p. 253), del arca bendita y la palomita (C, 1897: 1896-1897, cf. p. 263) y del pincelito (C, 1897: 1896-1897, cf. p. 285).

JULIÁN DE COS, O. P.  
*Salamanca*

## POEMA

# Dios, nuestra razón de ser y hacer

Eres la voz y el silencio,  
el juez y la libertad,  
pleno poder y consciencia,  
el principio y el final.

El manantial y el torrente,  
todo energía, aliento,  
fuerza, la vida patente,  
la semilla y el sarmiento.

También el viento y la calma,  
el dueño y Gran Señor,  
Tú nos quitas y nos colmas  
nuestra sed del corazón.

Todo luz pura y divina,  
para Ti no hay oscuridad,  
creas sin tener materia  
y estás en cualquier lugar.

El amor puro, justicia,  
misericordia total,  
sabiduría infinita,  
la clemencia y la paz.

Refugio, calor, sosiego,  
protección, nuestro sostén,  
aliento, vivir eterno,  
la razón y sensatez.

Omnipotencia, la gloria  
en la que todo gozar,  
el que sacia nuestras almas  
e inunda felicidad.

Padre mío, Dios amado,  
no me dejes sólo estar,  
sé mi guía y compañero  
en mi torpe caminar.

BASILIO BENITO SÁNCHEZ  
*Salamanca*

## Bibliografía

JOSÉ CARLOS BERMEJO (Ed.), *La muerte enseña a vivir. Vivir sanamente el duelo* (Salud y vida 5), San Pablo, Madrid 2003, 244 pp.

El presente libro trata de salir al paso de la escasa reflexión actual sobre el duelo, la pérdida de un ser querido y el modo de acompañar a quienes viven este sufrimiento. El coordinador de los estudios aquí presentados constata que el duelo constituye uno de esos temas tabú sobre los que no somos educados a vivirlo sanamente si no es por la fuerza de la experiencia próxima, cuando ésta es capaz de transmitirnos alguna clave.

La muerte nos pone irremediabilmente ante el misterio de la vida; nos hace a todos, de alguna manera, filósofos, nos hace pensar en el sentido último de la vida, de las relaciones y del amor. La muerte desencadena un pensamiento sentido intensamente. Enseña a vivir porque reclama valores que fácilmente pueden estar relegados de la vida cotidiana. Así, a la hora de acompañar el duelo de otras personas descubrimos el valor de la presencia silenciosa, del abrazo, de la mano tendida, de la mirada, de la caricia sincera, del poder de lo pequeño, de lo sencillo, de la necesidad de lo simbólico para sobrevivir o para seguir viviendo. En los momentos de dolor no es la *razón* la instancia que más nos ayuda, sino el *signo* que es capaz de expresar cercanía y afecto, comunión y acompañamiento en el sentimiento que se está viviendo.

El duelo es el indicativo del amor, así como el modo de vivirlo es también indicativo de la solidaridad y del reconocimiento de nuestra limitación y disposición al diálogo.

En este libro se recogen siete estudios, escritos desde distintas perspectivas (la experiencia de acompañamiento a enfermos terminales, la antropología, la psicología, la ética, la fe, la teología y la liturgia), que quieren ser una ayuda a quienes viven la estación oscura del dolor por la pérdida de un ser querido o a quienes desean aprender a morir para vivir apasionadamente integrando la dimensión del perder. Los autores de estas páginas son en su mayoría personas competentes en el área de su especialidad y que tienen experiencia en el acompañamiento de personas que viven la muerte o el duelo.

Se trata de un libro que toca al vivo realidades que no podemos eludir como son la muerte, el sufrimiento y el duelo. Tanto las reflexiones que aquí se contienen como las experiencias, incluso autobiográficas, que se cuentan son una provocación a tomar en serio no sólo la muerte y todo lo que la rodea, sino sobre todo nuestra propia vida haciéndola más humana.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JESÚS SASTRE-FERNANDO NIETO, *A vueltas con el sexo. Guía para no perderse*, San Pablo, Madrid 2003, 214 pp.

Con una finalidad divulgadora y orientadora, el presente libro nos sitúa ante una realidad rica, positiva y compleja al mismo tiempo. Cualquier reduccionismo en su comprensión o polarización en alguno de sus componentes la empobrece y repercute directamente en la madurez personal y en el sentimiento humano de felicidad. Teniendo esto en cuenta, los autores se proponen varios objetivos. En primer lugar, se trata de ofrecer un material alternativo a otros folletos y publicaciones de instituciones sociales que, a juicio de los autores, son reduccionistas en sus enfoques y pobres en sus contenidos. En segundo lugar, se quiere exponer de forma breve y coherente la visión de la sexualidad desde la perspectiva del humanismo cristiano. En tercer lugar, se persigue poner en manos de adolescentes y jóvenes un instrumento informativo y formativo de fácil comprensión, que ayude a tener ideas claras y motivaciones profundas sobre el modo de vivir la sexualidad integrada en el conjunto de la persona. Estos objetivos están contenidos en los siguientes interrogantes a los cuales se intenta dar respuesta a lo largo del desarrollo del libro: ¿En qué consiste la visión cristiana de la sexualidad? ¿Qué aportaciones específicas hace lo cristiano a la sexualidad humana? ¿El enfoque cristiano es más enriquecedor que otros enfoques? En fin, se trata de decir en qué consiste la sexualidad humana, qué elementos tiene, cómo se puede vivir de forma humanizadora y qué relación tiene, para los creyentes, con la persona y el evangelio de Jesús de Nazaret.

El tema se enfoca desde distintas perspectiva como la antropológica, la histórica, la ética, la de la salud, la de la fe, etc.; pero sin olvidar su dimensión de “misterio”. Los autores han tenido en cuenta las enseñanzas del magisterio eclesial, sobre todo a la hora de abordar los temas relacionados con la moral. En estas páginas hay referencias constantes al *Catecismo de la Iglesia Católica*. También encontramos aquí reseñas de libros que pueden ser de utilidad para seguir profundizando en un tema concreto, así como una bibliografía orientadora. Algunos pasajes utilizan un lenguaje directo dirigido a los adolescentes y jóvenes. Hay que resaltar la importancia que tiene el punto de partida adoptado por los autores con el fin de orientar la conducta sexual, ese criterio no es otro que el amor humano y el amor de Dios manifestado especialmente a través de Jesucristo.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

ALBERTO J. GONZÁLEZ CHAVES, *Vida del Padre Rubio. El Apóstol de Madrid* (Vidas Breves 40), San Pablo, Madrid 2003, 190 pp.

El autor de este libro nos cuenta, de forma prácticamente lineal y utilizando un lenguaje campechano, la vida de este santo andaluz que desarrolló su actividad ministerial más importante en Madrid. Al hilo

de los acontecimientos nos habla de la historia de la España del momento, refrescándonos la memoria al mismo tiempo que sitúa al personaje biografiado en su contexto para ayudarnos a comprender mejor su actuación. El relato se acompaña de alguna fotografía de la época.

La tarea apostólica del P. José María Rubio la realizó en gran parte desde confesonario, como sacerdote secular primero y como jesuita después. La gente hacía cola para confesarse con él a pesar de su laconismo a la hora de aconsejarles; a veces se conformaba con decir una sola frase, pero esas palabras dejaban satisfecho al penitente. También la predicación fue otra de sus actividades importante; a pesar de que no tenía una oratoria muy cuidada y que con frecuencia repetía las mismas cosas, la gente iba con gusto a escucharle. Él mismo se extrañaba de que fuera tanta gente a escucharle. Lo que arrastraba a la gente no era tanto el contenido de lo que decía como la vida que ponía en sus palabras. Su santidad humilde era lo que causaba fascinación en su auditorio. El P. Rubio fue un gran difusor de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. El autor de este libro nos habla de la devoción del P. Rubio a la Eucaristía utilizando la expresión “obsesión eucarística”. Secundando la iniciativa de don Manuel González, también canonizado, organizó en Madrid todo un ejército de mujeres que se turnaban en la adoración silenciosa ante el sagrario de varias iglesias. La preocupación por los pobres no estuvo ausente de su vida, todo lo contrario, ejerció una gran actividad caritativa. Todo esto no hubiera sido posible sin una intensa vida de oración. El secreto de su vida fue la voluntad de Dios, de tal forma que su espiritualidad puede resumirse en una fórmula sencilla: “Hacer lo que Dios quiere y querer lo que Dios hace”. El autor de este libro nos acerca a esta figura que ejerció una enorme influencia entre sus contemporáneos, haciéndonosla atractiva también para nosotros.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

NOTICIAS CRISTIANAS, *Poesías para orar*, Noticias Cristianas, Barcelona 2002, 94 pp.

El presente libro nos ofrece una breve recopilación de poesías marianas, seleccionadas de entre los poemas más sencillos con el propósito de hacer brotar en el lector una alabanza a Dios por la gran belleza que ha puesto en la Virgen María. Con el fin de fomentar la piedad cristiana -finalidad de la misma editorial-, evitando el lustre y la erudición, se han suprimido algunas estrofas de las composiciones aquí recogidas. Persiguiendo el mismo objetivo, la edición se cierra con romances anónimos y cantos populares a la Virgen. Entre los autores seleccionados están los siguientes: Julio Alarcón, Pedro Calderón de la Barca, Miguel de Cervantes, Juan de la Encina, Fray Luis de León, Lope de Verga, José María Pemán, Justo Pérez de Urbel, Teresa de Lisieux y otros. Algunos de estos poemas se encuentran ya entre los himnos de la actual Liturgia de las Horas.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

ANTOINE CHATELARD, *Carlos de Foucauld. El camino de Tamanrasset*, San Pablo, Madrid 2003, 342 pp.

El origen de este libro -nos informa su autor en la introducción- está en un cursillo celebrado en Lyon, del 26 de julio al 2 de agosto de 1998, para la Fraternidad Carlos de Foucauld. El texto fue grabado, transcrito y repasado, sin abandonar el estilo propio de unas charlas, y difundido en francés con el título *Una mirada nueva sobre Carlos de Foucauld*, agotándose rápidamente. Dado el interés que suscitó, el autor pensó en la presente publicación revisada y más completa.

La novedad que legitima esta nueva publicación sobre Carlos de Foucauld reside, según el propio autor, en una aproximación a su vida y escritos marcada desde el principio por la voluntad de ceñirse a momentos concretos de su vida, situando las circunstancias en los pormenores de los acontecimientos y el respeto a la cronología para encontrar las verdaderas motivaciones. Esta búsqueda condujo al autor, por caminos poco frecuentados, a un bosque en el que se corría el riesgo de perderse, pero en el que se descubren también admirables rincones desconocidos. Esta búsqueda permite descubrir en cada etapa nueva de la vida del P. Foucauld una nueva dimensión de humanidad y de santidad. Las evoluciones y los cambios de orientación que se dieron en su vida tuvieron siempre su origen en un “movimiento interior” o en un “impulso profundo” que suscitó en él un “vivo deseo” convertido en “deber”. Esa misteriosa “Fuerza que le empuja” es lo que explica su itinerario y lo que le da unidad a través de múltiples experiencias. Esa Fuerza no es solamente la fuerza de una voluntad fuera de lo común; por eso no cesa de plantear cuestiones a los que se interesan por esta personalidad tan atrayente que despista a unos y fascina a otros.

Después de la introducción el autor de este libro nos ofrece dos páginas de referencias biográficas que van seguidas de 24 capítulos y unos anexos donde podemos encontrar la presentación de la carta de Carlos de Foucauld (la última que escribió) a Henri Duveyrier, unas notas biográficas sobre algunas personas citadas y varias páginas de bibliografía.

Según nos cuenta el autor de estas páginas, la novedad, la levadura que hizo fermentar su vida fue el descubrimiento de lo que había sido la vida de Jesús durante los treinta años que vivió en Nazaret sin que nadie lo reconociese. Carlos de Foucauld sintió que esa vida escondida era precisamente lo contrario de lo que él mismo había vivido hasta que realizó tal descubrimiento. En ese momento cae en la cuenta de que si quiere cambiar sólo puede hacerlo proponiéndose como modelo la vida de Jesús en Nazaret. Esa intuición fue la fuerza que le impulsó en adelante. A su llegada a Tamanrasset se imagina a Jesús en Nazaret sin hábito religioso, sin clausura, trabajando

ocho horas al día, sin repartir grandes limosnas y dejando siempre un espacio muy amplio para la oración. Quiere predicar, pero no con la palabra sino con el silencio, como san Francisco de Asís. El mismo Foucauld resumió la obra de su vida en sus notas del 18 y 19 de junio de 1916 con las siguientes palabras: “Amar al prójimo, es decir, a todos los hombres, como a nosotros mismos”.

El libro nos hace revivir algunos momentos capitales de la historia de este hombre que, según sus propias palabras, recuperó el sentido de su vida a los 23 años, gracias a su afición a los viajes y al gusto por la aventura. El hecho de recoger muchos textos de sus cartas nos permite captar más de cerca esa Fuerza misteriosa que le impulsaba.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

MIGUEL IRIBERTEGUI ERASO, *El Rosario. I. El misterio de la oración y el método de orar* (Biblioteca Dominicana 43), San Esteban, Salamanca 2003, 184 pp.

No es un libro común sobre el Rosario. Es la visión de un autor muy sensible a la belleza trascendente, uno de cuyos cauces principales es la oración. Esta es concebida como “la participación más profunda de la belleza: por la exclusiva donación de Dios y por la concreción subjetiva, la más acomodada a cada personalidad” (p. 171). En esta perspectiva se sitúa, con su humilde estructura, el Rosario, “que traduce a sentimiento el pedernal del Credo, que convierte en mirada las palabras de los evangelios, que hace manejables los grandes relatos de la revelación, y que lo rezan, desde el éxtasis del corazón y desde el tacto de las manos, los grandes sujetos de la fe, los hijos de Dios” (p. 173). Después de afirmar la necesidad de la oración y de recorrer a grandes pasos la historia del Rosario, se detiene (c. 3) en un extenso y original comentario de los misterios, destacando tres valores en su contemplación: cristológico-antropológico, psicológico-pedagógico y estético. Subraya a continuación la dimensión eclesial del Rosario (c. 4), para describir luego pormenorizadamente (c. 5) las características de la posmodernidad, a las cuales se opone el conjunto de los misterios enunciados, que se presenta como “gran relato” procedente de la revelación de Dios y como favorecedores de un “sujeto fuerte” en quien los recita. El último capítulo trata expresamente de la oración y la belleza. Muchas de las observaciones que se hacen a lo largo de la obra son enormemente sugerentes y algunas de ellas recuerdan a la teología oriental cristiana, aunque se echa de menos una argumentación más elaborada que permita comprender con mayor claridad el porqué de lo que se afirma. No obstante, el libro proporcionará, a quien lo lea con atención, un rico universo de imágenes que fecundará provechosamente esta oración mariana de tanto arraigo popular—*Emilio García, O.P.*

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### Solidaridad en el dolor

El pasado 11 de marzo el mundo entero se conmocionó al conocer la noticia del terrible atentado perpetrado en Madrid en el que murieron más de un centenar de personas, varias permanecen hospitalizadas y otras muchas han quedado afectadas física o psíquicamente. Desde estas páginas queremos expresar nuestra solidaridad con las víctimas y con todas las víctimas del mundo. Estos hechos impactantes nos hacen reflexionar desde nuestra fe sobre un tema tan delicado y difícil de abordar. Se ha dicho que la filosofía nació de la admiración ante la realidad; con el mismo derecho puede decirse que el sufrimiento es lo que más nos mueve a reflexionar. No obstante uno no se siente autorizado para hablar del sufrimiento cuando no está en la piel del que lo padece. Pero aún así, en las situaciones de dolor por las que todos pasamos en un momento u otro de nuestra historia nos debemos una palabra de aliento y consuelo que nos permita aligerar la carga.

Frente al sufrimiento pueden aparecer diferentes reacciones que se siguen y se mezclan: la depresión, la pasividad, el sentimiento de impotencia, la huída, la rebeldía, la lucha, etc. El sufrimiento de los inocentes nos resulta incomprensible y nos lleva a dirigir nuestra atención a Dios

y, con frecuencia, se nos escapa una pregunta: *¿por qué?* Cuando se trata de un sufrimiento injusto sabemos que el responsable o los responsables son los seres humanos y, sin embargo no podemos dejar de preguntarle a Dios porque, en el fondo, eso no nos cuadra con la protección paternal que esperábamos de él. El creyente no se conforma fácilmente con explicar los hechos por sus causas naturales o históricas, sino que trata de implicar a Dios en sus respuestas.

Algo semejante le ocurrió a Marta y María, hermanas de Lázaro: no podían comprender que Jesús no se hubiera presentado en su casa tan pronto como fue avisado de la enfermedad de su hermano, y le reprocharon su ausencia diciéndole: *Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.* Varias personas se han preguntado ¿dónde estaba Jesús en aquella mañana del 11 de marzo? Sin duda Jesús estaba allí en la piel de los heridos y compartiendo el dolor y la angustia de los familiares de los fallecidos; estaba también en la piel de los que generosamente arriesgaron su vida por socorrerlos o en la de aquellos que hicieron todo lo que pudieron por aliviar su sufrimiento; estaba igualmente en el corazón de cuantos, desde la distancia física, se sintieron consternados por estos hechos y experimentaron una profunda solidaridad.

Este dolor nos invita a clavar nuestra mirada en la cruz de Jesús y a meditar de nuevo su pasión. En ella descubrimos el modo que Dios tiene de dirigir la historia y de hacerse solidario con nuestro dolor. Leyendo los evangelios nos encontramos con frecuencia a Jesús combatiendo el sufrimiento con todas sus fuerzas: curando, consolando, perdonando, resucitando,... Jesús invita además a sus discípulos a continuar su combate convirtiéndose en los prójimos de todo el que sufre. Jesús mismo se identifica misteriosamente con todo el que sufre. Cuando Jesús pasó por la experiencia más aguda del sufrimiento experimentó el miedo, gritó a Dios su dolor y su abandono, pero no se

rebeló ni dudó un instante del amor paternal de Dios ni se separó afectivamente de él.

Jesús no nos proporciona una explicación teórica del sufrimiento ni de la muerte de los inocentes; tampoco nos ofrece una respuesta que zanje de golpe todas las dificultades y resuelva todos los enigmas del mal. Por eso los cristianos no debemos apresurarnos a dar respuestas simples a cuestiones tan graves. La pasión de Jesús más que una respuesta a la cuestión del mal es la manifestación de la presencia y del amor indefectiblemente fiel de Dios. Ante el dolor ajeno que no podemos evitar o aliviar sólo nos queda acompañarlo con nuestra presencia y cercanía. Los hombres del Antiguo Testamento, que desde su sufrimiento le hacían preguntas atrevidas a Dios, no esperaban de él respuestas teóricas, sólo esperaban que Dios mostrara su presencia.

Jesús nos ha enseñado que ni la cruz ni las lágrimas ni el sufrimiento ni la violencia ni la injusticia ni la muerte son la palabra última de nuestra vida. Dios tiene en sus labios la palabra definitiva. Dios ha prometido resucitarnos y llevarnos a su Reino, y no dejará de ser fiel a estas promesas. La resurrección de Jesús supone un anticipo del cumplimiento de estas promesas. Sólo en ella podemos fundamentar nuestra fe y nuestra esperanza.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

# Bienaventuranzas (II)

### BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN (Mt 5, 5)

Esta frase también parece una resonancia del texto mesiánico de Is 61, 1ss., con el que Jesús se presentó al pueblo: “*El Señor me ha enviado... a consolar a los afligidos*”. Desde aquí, pues, habrá que ver también esta felicitación de Jesús, que anuncia la Buena Nueva a sus oyentes privilegiados: la de la *liberación y el gozo*.

¿Cuándo la alegría auténtica ha venido sin que la precedieran el dolor y las lágrimas? El camino de la felicidad pasa por el dolor: no hay una vida espiritual pujante sin purificación; para resucitar primero hay que morir. ¡Una paradoja más de las bienaventuranzas y del cristianismo!

Los elementos esenciales de esta bienaventuranza son la *aflicción y el consuelo*. Los destinatarios inmediatos de las palabras del discípulo de Is (Is 61, 1ss.) eran los vueltos del destierro, que lloraban ante las ruinas de Jerusalén. Esos sufrimientos, como los anteriores del destierro, son expiatorios y purificadores (Is 61, 3). Ellos les han llevado a *dolerse* de sus pecados; y así, el dolor, visto a la luz de Dios, puede ser razón de *alegría* (cf. 2 Co 7, 8-11).

La razón última, que beatifica aquí las lágrimas de *los que lloran es el sentido del pecado*, que pesa sobre sí mismo y sobre el mundo.

Pues éstos *serán consolados*. ¿Por quién? En san Mateo con frecuencia encontramos verbos pasivos en 3.<sup>a</sup> persona sin el sujeto expreso de la acción (cf. 5, 5.6.7.9). Es una forma hebraizante para evitar, por reverencia, decir el Nombre de Dios, que es el Sujeto sobreentendido. Así es que quien consolará a los afligidos es Dios mismo (cf. Ap 21, 4).

La *consolación* de los afligidos es un tema repetido en Isaías (cf. 49, 13; 51, 12; 66, 13). Y con la frase *consolad, consolad a mi pueblo* empieza la segunda parte de Isaías (Is 40, 1). La primera razón de ese consuelo es la esperanza de la liberación de la Cautividad; y la última, “la ternura de Dios pra con su Pueblo”: una ternura semejante a la de la madre para con su hijito (Is 49, 15). *Menahém* (= *Consolador*) era uno de los nombres que los rabinos daban al mesías. El anciano Simeón vivía animado por la esperanza de *la consolación* de Israel (Lc 2, 25).

Con Cristo llega esa *consolación* a su plenitud: el *consuelo* que El aporta es la Redención para el gozo de la Vida eterna, pregustado y sentido ya ahora en la paz del espíritu. En el Sermón de la cena, donde Jesús nos habla del Paráclito, vemos que esta idea es una realidad en la vida de la Iglesia (cf. Jn 16, 20-22). El *ahora* de la vida cristiana puede ser triste, mientras los amadores de este mundo se divierten y alegran, como el rico epulón. Pero el *ahora*, al que se refiere san Lucas en 6, 25, se trueca en el *ahora gozoso* de la eternidad para el afligido Lázaro y los que aquí sufrieron como él, mientras se cambia en tormento para el epulón y sus semejantes (cf. Lc 16, 25). El epulón se equivoca pretendiendo construir su paraíso en este mundo: su pecado está en olvidarse de Dios, ahogando en sí *la fe y el amor*.

Con esta Bienaventuranza Jesús nos enseña en teoría lo que nos enseñará también con su vida sacrificada y con su muerte “que la ciencia más útil es el arte de sufrir”.

#### BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA (Mt 5, 6)

El fondo de la Historia de la Salvación, de toda la Biblia, es *el sentido de la Misericordia de Dios*. Podría decirse que su poder y su justicia misma están al servicio de su *Misericordia*. Él es el Señor compasivo, que en prin-

cipio está a favor de *los humillados*; es decir: de los pobres, de los oprimidos, de *los afligidos*. Este tema aparece un poco por todas partes en la Biblia. Y una de las actuaciones concretas de la compasión divina es con respecto a *los hambrientos*: “Colmó el ansia de los sedientos, / y a los hambrientos los colmó de bienes” (Sal 107, 9).

Tal idea aparecerá repetidas veces en la Biblia (cf. Sal 34, 10s.; 37, 19.25 y 1S 2, 5). El pasaje más próximo del Nuevo Testamento lo tenemos en el Magníficat: “a los hambrientos los colmó de bienes/ y a los ricos los despidió vacíos (Lc 1, 5), donde vemos que *los hambrientos* están en paralelo con los *humildes (humillados)*, al igual que *los ricos con los poderosos* del versículo anterior.

La 4.<sup>a</sup> Bienaventuranza viene, pues, a ser “una irisación” de la figura del *pobre* de la Biblia, con su aureola religiosa, como vemos también en el cántico de Ana (1S 2, 4-8).

El *hambre* de los israelitas en el desierto les llevó a descubrir que Dios cuidaba de ellos. La práctica penitencial del ayuno parece tener una función similar: la indignancia, la contingencia del ser humano, tan necesitado, debe llevarnos a descubrir al Ser Necesario, que es Dios (cf. la 3.<sup>a</sup> vía de santo Tomás: I, q. 2, a. 3). La metáfora del *hambre y de la sed* de Dios es normal (cf. Sal 42, 2s.; 63, 2) y tiene un sentido mesiánico en Is 55, 1s.

En la proclamación del beneplácito del omnipotente y misericordioso sobre *los humildes* que canta la Virgen, diciendo que por ello *la felicitarán* todas las generaciones y asociando ese beneplácito de Dios sobre ella al beneplácito divino sobre *los hambrientos* de Israel (Lc 1, 46.55), nadie pensará que hay un desahogo de resentimiento sociológico clasista. El Magníficat “era el cántico perfecto de un alma moldeada en la austeridad de una vida dura, que, teniendo a Dios en el centro de su existencia, ponía su *saciedad*, como su *enaltecimiento*, en sentirse predilecta suya” (I. Gomá Civit). El Magníficat “el retrato psicológico de una encarnación viviente de las Bienaventuranzas”.

Al proclamar Jesús felices a *los hambrientos* se servía de una idea viva, cuyo cuerpo era *la austeridad*, y su alma *la aspiración* a Dios.

¿En qué está la dicha de éstos? ¡En que *serán saciados!* *La saciedad*, base de esa felicidad, es la posesión de Dios y con ello de todo bien. Tal saciedad es también *escatológica*, aunque pregustada ya aquí abajo en la vida interior. Esta idea es la que tenemos también en la parábola del *banquete celestial*, asociada a veces con la del *desposorio de Dios* con su Pueblo: “Dichosos los llamados al banquete de las bodas del Cordero” (Ap 19, 9 y cf. Mt 22, 1ss.; etc.). Los que pasaron por *la tribulación* no tendrán ya *hambre ni sed* (Ap 7, 16; Is. 49, 10): tendrán ya *el agua de la Vida* (Ap 21, 6; 22, 17; etc.). El pobre Lázaro, otrora *hambriento*, participa allá arriba del banquete eterno, mientras el rico epulón, *harto* aquí abajo, se desespera en el infierno por la sed (cf. Lc 16, 19-31).

La metáfora del *hambre y de la sed* es aquí la expresión de un *deseo ardiente* de *la justicia*. Este concepto último tiene un significado muy amplio en la Biblia: puede denotar toda obra buena, la trilogía de la ascética judía (limosna, oración y ayuno); y en el Nuevo Testamento, el Reino de Dios que, sobre todo en san Pablo, connotará toda la vida santa, obra del justo por la gracia de Dios; es decir: *la perfección o santidad de vida*, que se resume en hacer la voluntad del Padre. Pues “*dichosos los que tienen hambre y sed de esa perfección o santidad, porque ellos serán saciados con la felicidad plena del Reino de los cielos* en el más allá; pero también con *su pregustación* aquí abajo.

## BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS (Mt 5, 7)

*La misericordia de Dios* pasa a un primer plano en esta Bienaventuranza. La forma pasiva del “serán acogidos con misericordia” se refiere una vez más, y por la misma razón

que en los dos vv. anteriores, a Dios. Su sentido es éste: *Dios tendrá misericordia de aquellos que ejerzan la misericordia.*

La idea de *misericordia de Dios* para con el hombre es otro de los conceptos que nos da una visión global de la Redención, inseparable de *la caridad* y de *la gracia*. Una de sus mejores y más breves formulaciones la tenemos en el himno de Ef 1, 3-10, que es una descripción del Plan divino de la Salvación. Esta es un *don gratuito*. Los hombres estábamos muertos por nuestros pecados (Ef 2, 1-3); “pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó..., nos vivificó en Cristo” (v. 4). En ello resplandece la riqueza de su gracia (cf. Ef 1, 6s.); *la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Pues habéis sido salvados por la gracia; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios...*” (2, 7s.). Esta obra de la Misericordia divina culmina en *la vida eterna* (cf. 1 Tm 1, 16.18; Judas 21). De ella proviene la vocación a la fe con el perdón de los pecados (Rm 9, 15s.18; etc.), la llamada a la gloria (Rm 9, 23) y el apostolado mismo (1 Co 7, 25; 2 Co 4, 1).

En el *Magnificat* y el *Benedictus*, la obra suprema de la *misericordia del Señor* es la realización de la remisión de los pecados, promesa de la Nueva Alianza, que es santidad, justicia, luz y paz (cf. Lc 1, 50. 54. 72. 78). San Pedro verá la Iglesia, “templo espiritual de Dios, pueblo y raza santa”, como fruto de la *misericordia divina*. En este Pueblo se verifica aquello de Oseas: *llamaré a Lo-Ruhamá (= No-compadecida), Compadecida* (cf. 1 P 2, 4. 9s. y Os 1, 6-9 y 2, 3.25). En las primeras epístolas cristianas se augura a los corresponsales *la misericordia de Dios* como bien supremo, junto con *la gracia, la paz y la caridad* (cf. Ga 6, 16; 1 Tm 1, 2; 2 Tm 1, 2; 2 Jn 3; Jdt 2). San Ignacio mártir definirá a los cristianos como “*eleménoi*” (=los que han conseguido misericordia)<sup>1</sup>.

1. cf. Introd. a sus cartas a los Rom., Filad., Esmirn...

Así pues *la misericordia* prometida en esta Bienaventuranza es tan amplia como *la posesión del Reino de los cielos, la heredad de la Tierra, la saciedad y la consolación* de las anteriores. Su plenitud se dará en el futuro de la gloria; pero tiene ya aquí abajo la correspondiente *pregustación* en la conciencia de haber sido perdonados por Dios y admitidos a su intimidad y a la ciudadanía de su Reino.

Mas no queda aquí todo. La misericordia de Dios, además de ser *don y premio*, es también un *ejemplo* que requiere por parte de los agraciados el deber de *ser misericordiosos para con el prójimo*.

En principio la misericordia es *gracia y caridad* ejercidas para con la miseria. Si la miseria suprema del pecado es el pedestal de *la Misericordia redentora*, según acabamos de decir, la actuación primordial del hombre frente al pecado u ofensa de uno mismo será *el perdonar*. La parábola del siervo sin entrañas es la lección más drástica (cf. Mt 18, 23-35). Nuestro Señor canonizará *el perdón de las ofensas* en el *Padrenuestro* (6, 12. 14s.); y en otro pasaje del Sermón de la Montaña nos dirá que el Padre juzgará al hombre conforme al rigor o indulgencia con que él haya procedido con el hermano (7, 1s.).

Una vez más el mejor comentario es la vida misma de Jesús, que llega a su culmen en la cruz, cuando crucificado y vilipendiado, pide perdón al Padre para sus adversarios: *Padre, perdónales: que no saben lo que hacen...* (Lc 23, 24). Ese ejemplo lo seguirán los santos en sus vidas y los mártires en su propia muerte (cf. ya Esteban en Hech 7, 60).

Por lo demás *la misericordia* tiene un amplio campo en la vida humana. Una condición que debe impulsarnos a practicarla es precisamente el *haberla experimentado*: “No desconocedora de los males, aprende a socorrer a los míseros”, escribe Virgilio en la *Enedia*. La única vez que aparece “*elémon*” (= misericordioso), fuera de la 5.<sup>a</sup> Bienaventuranza, en el Nuevo Testamento, se refiere a Cristo, que se asemejó a sus hermanos, los hombres, “para ser *misericordioso* y

Sumo Sacerdote fiel... Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados” (Hb 2, 17 y cf. 4, 15s.). En el Evangelio vemos que no pocos clamaron a Él, diciendo: Señor “eléseon” (= ten misericordia: cf. el “kyrie eleison” de la misa): los ciegos (Mt 9, 27; etc.; los leprosos (Lc 17, 13), la cananea (Mt 15, 22); el padre del epiléptico (Mt 17, 5)... Dar la salud, librar de la opresión diabólica era una obra de misericordia y de la gracia del Señor: Jesús se compadecía ante el dolor humano (cf. respecto de la viuda de Naín: Lc 7, 13), por los que le seguían y no tenían qué comer (Mc 8, 2), del Pueblo falto de pastores (Mt 9, 36). Su ejemplo compromete al cristiano para que, como el buen samaritano, ejercite esa *misericordia*, que es la condición para heredar la vida eterna (cf. Lc 10, 37). Para entrar en el reino de los cielos hay que practicar *las obras de misericordia: dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, etc.* Ese será el criterio del juicio final (cf. Mt 25, 34-46).

La *misericordia* está por encima de las obligaciones culturales: *misericordia quiero, no sacrificios* (9, 1 cf. Os 6, 6). Ejercer la misericordia con alegría es un carisma de la iglesia apostólica (Rm 12, 8): *la sabiduría que viene de arriba está llena de compasión* (St 3, 17). La misericordia es gracia para con los demás. Negarse a practicarla es exponerse a que Dios le trate a uno en estricta justicia: *juicio sin misericordia para quien no hizo misericordia* ( St 2, 13). Uno de los rasgos con que san Pablo trazó en Rm 1, 24ss. el negro cuadro del paganismo contemporáneo fue el de calificarlo de producir hombres “inmisericordes” (cf. v. 31). Por el contrario, “la compasión fácil a perdonar, abierta a la sintonía con la aflicción ajena, pródiga en socorrer, es artículo esencial de la perfección cristiana” (I. Gomá Civit). Tanto es así que el “*sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*” de san Mateo (5, 48), san Lucas lo traduce “*sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo*”. Es que la perfección consiste en *el amor*; y éste no puede menos de ser *misericordia*, como lo es el del Padre celestial.

## BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN (Mt 5, 8)

*Ver a Dios* es la suprema felicidad del hombre. En este mundo no es posible ver a Dios, que habita una luz inaccesible (1 Tm 6, 16): “a Dios nadie lo ha visto nunca” (Jn 1, 18). Para que lo podamos ver tendrá que hacernos la gracia de manifestarse. Más aún, aunque en el Antiguo Testamento se habla de “teofanías” y se dice que Moisés “hablaba con Dios cara a cara” (Ex 33, 11 y cf. Is 6, 5), el conjunto de los textos viene a decirnos que aquí abajo es imposible ver a Dios (cf. Ex 33,18-23). Así es que las fórmulas “ver a Dios, su faz, su gloria o su poder” denotan a lo sumo la experiencia religiosa de su presencia en el Templo.

El Salmo 24 dice: “¿Quién puede subir al Monte del Señor?/ ¿Quién puede estar en el recinto sacro?/ El hombre de manos inocentes y *puro corazón*./ Esta es la raza de los que buscan a Dios,/ que viene a *tu presencia*, Dios de Jacob” (v. 3s. 6 ). También el salmista del Salmo 63 anhelaba ir al templo para *ver el rostro de Dios* (v. 2s y cf. 42, 3). “Ver a Dios” en sentido propio se espera para más allá de la muerte (cf. Sal 16 y 17).

Según el Nuevo Testamento los ángeles ven ya a Dios en el cielo (Mt 18, 10) y lo verán los hombres, sus siervos (Ap 21, 22s.; 22, 4s.). Ahora sólo se le ve imperfectamente: allí lo veremos “cara a cara” (1 Co 13, 12), “tal cual es” (1 Jn 3, 2). De momento “ver a Cristo”, “su gloria” es ya una *pregustación* de la gloria futura: cf. Jn 1, 14; 2 Co 3, 18; 4, 4.6; 1 P 1, 16; etc.). Es una experiencia con sabor *escatológico*.

Mas esa *visión* mesiánico-escatológica requiere una perfección moral por parte del hombre: *la pureza de corazón*. Todo el que vive en la esperanza de ver a Dios tal cual es “*se purifica a sí mismo, como Él es puro*” (1 Jn 3, 3): “*buscad la santidad, sin la cual nadie verá a Dios*” (Hb 12, 14). Para entrar en la Jerusalén celeste es preciso llevar los vestidos *lavados* en la sangre del Cordero (Ap 7, 14s.; 22, 14; 21, 27). *Pureza* aquí significa la ausencia de todo pecado.

Esta Bienaventuranza destaca más, si la confrontamos con “la pureza ritual”, en la que los fariseos ponían todo su empeño, mientras tapaban con ella no pocos pecados: *purificaban* lo exterior sólo; parecían sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, pero en su interior “llenos de hipocresía e iniquidad”. Así los retrata Nuestro Señor en las siete “malaventuranzas” de Mt 21, 13-28. La *pureza* de que habla Jesús en esta Bienaventuranza no es la ritual: es *la pureza de corazón* (es decir, la interior). Como debía ser ritualmente puro de cuerpo y de manos quien pretendía entrar en el templo a la presencia del Señor, así tiene que ser puro en su interior quien quiera *ver a Dios* tal cual es. *Pureza de corazón*, pues, es la ausencia de todo pecado: es rectitud, justicia, santidad.

Tal pureza puede requerir una fase purificadora previa: “*Purificaos, pecadores, las manos; limpiad los corazones, hombres irresolutos... Llorad, humillaos ante el Señor...*” (St 4, 8s. y cf. 2 Co 7, 1).

En otros textos se destaca la purificación misteriosa (es decir: sacramental o cuasi-sacramental), pues se habla de *ser purificados por la sangre de Cristo* (1 Jn 1, 7.9; Hb 9, 14; etc.), *por su palabra* (Jn 15, 3), *por la fe* (Hech 15, 9), *por el bautismo* (Ef 5, 26; Hb 10, 22).

La hagiografía cristiana, con su experiencia viva y frecuente de Dios, precedida ordinariamente de fuertes *purificaciones interiores* (cf. San Juan de la Cruz), viene a proporcionarnos una buena exégesis de esta Bienaventuranza.

L. LÓPEZ DE LAS HERAS, O.P.  
Madrid

## La infancia espiritual en San Francisco de Sales

San Francisco de Sales no habla expresamente de la “infancia espiritual”, pero a menudo ha concebido *el abandono* en este sentido.

Los elementos de la infancia espiritual parecen ser un gran amor a Dios y una humildad fundamental. Por una parte, la persona humilde ignora que posee esta humildad, pero es consciente de la propia pequeñez e impotencia radical respecto al plano sobrenatural; por otra parte, no se turba por sus numerosas imperfecciones cotidianas. Otras notas de esta infancia son: la sencillez, la ausencia total de pretensiones –pero sin replegarse sobre sí mismo–, el abandono ciego en las manos de la Providencia paternal y, por lo mismo, la seguridad absoluta (esto es esencial), la calma, la paz, la alegría, para terminar en admiración y, en la medida de las propias fuerzas, en imitación. Esta infancia nada tiene que ver con el sentimentalismo.

Podemos encontrar la infancia espiritual así definida en un cierto número de imágenes que ilustran el abandono propiamente dicho. Aquí hemos retenido solamente aquellas en las que aparecen con nitidez las características citadas anteriormente. En su obra *Entretenimientos espirituales* podemos leer lo siguiente:

“Cierto que es mucha verdad que todo nuestro bien consiste en dejarnos guiar y gobernar por el espíritu de Dios, sin reserva, y esto es lo que pretende la santa sencillez, tan recomendada de Cristo nuestro Señor: *Si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18, 3). Un niño mientras es chiquitín está reducido a extrema sim-

plicidad, porque no conoce a nadie fuera de su madre y no tiene más que un amor, que es a su madre; y en este amor nada más que esta aspiración: estarse en el regazo de su madre; no desea otra cosa. El alma que posee la perfecta simplicidad no tiene sino un solo amor, que es a Dios y en este amor un sola aspiración, que es reposar en el regazo del Padre Celestial y allí, como un niño mimado, hacer su morada, descuidarse de sí en los cuidados de tan buen Padre, sin preocuparse por nada, sino por perseverar en esta santa confianza; pero tampoco se afana por buscar otros medios de perfección fuera de los que le están prescritos (...): la dulzura, el amor a la propia abyección, la humildad, (...) son virtudes cuya práctica nos debe ser común, ordinaria”.

En una de sus cartas dice así:

“Decidle que por muchos tropezones que dé, jamás se extrañe ni se despeche contra sí misma, sino que mire a Nuestro Señor, quien desde lo alto del cielo la mira como un padre hace con su hijo que, todavía muy débil apenas anda seguro y le dice: despacio, hijo mío, y si cae le anima diciendo: ha saltado, ya sabe mucho, no llores más; después se acerca y le da la mano. Si esta hija es un niño en humildad, y que ella sepa que no es más que un niño, no se extrañará en absoluto de haber caído, pues no caerá de muy alto”.

Si uno se despecha es por amor propio, no por amor de Dios. Los niños no se sorprenden de no hacer más que tonterías. Dios mismo nos anima: Él no se extraña ni se enfada excesivamente por nuestro infortunio, pues conoce nuestra miseria; no caemos de muy alto. San Francisco insiste aquí en la misericordia totalmente paternal de Dios. Si nuestras imperfecciones nos siguen hasta la muerte, que nos “sirvan, pues, de escalera para subir al cielo” (*Entretenimientos*).

En otra de sus cartas podemos leer lo siguiente:

“Nuestras satisfacciones no son en absoluto amables ante los ojos de Dios, sino que agradan solamente a nuestro amor propio (...). Debemos amar la simplicidad de los niños de un modo muy particular (Cf. Mt 18, 2-3). Estos inocentes pequeñuelos aman a sus madres, que los llevan, con una extraordinaria sencillez: no examinan en modo alguno lo que hacen ni hacen retornos sobre sí mismos, ni sobre sus satisfacciones, sino que las toman sin mirarlas; maman con avidez y no miran en absoluto si la leche es mejor una vez que otra, pues mientras tienen la toman de buena gana, sin más curiosidad. En eso, pues, debemos parecernos a los niños pequeños. También en esa dulce ociosidad, en virtud de la cual no se preocupan en absoluto de andar, sino que prefieren ser llevados; y cuando comienzan a andar, comienzan a caerse y a tropezar con las cosas que encuentran. Bienaventurados son los que no quieren siempre hacer, ver, considerar, discurrir”.

Es preciso resaltar una particularidad en la simplicidad: se debe recibir con toda sencillez, como los pobres. Esta receptividad es muy evangélica y se opone a la presuntuosa satisfacción de los fariseos. El mismo Cristo “es y no quiere ser más que aquel que recibe (...). Nadie ha recibido tanto de la benevolencia del Padre ni ha proclamado tan amorosamente su plena dependencia” (Berronard). Esto no es quietismo; estos humildes no rehúsan hacer o colaborar con la gracia de Dios, aunque sus pobres esfuerzos están expuestos a muchas caídas. No hay, pues, amaneramiento ni infantilismo. En otra de sus cartas san Francisco de Sales dice así: *“Para tener confianza, basta conocer la propia debilidad; ...descansemos por entero en esta Providencia ...permanezcamos entre sus brazos, como un niño en el seno de su madre”*.

La humildad fundamental es fuente de confianza. No es completa pasividad; se habla de “conocer su debilidad” y en

las líneas que preceden a la cita, se dice que “se quiere poner toda la confianza en Dios. En la *Introducción a la vida devota* san Francisco dice: “*Tendedle la mano, como un niño pequeño a su padre, a fin de que Él os conduzca*”. Y en otro texto: “*Prefiero ser débil ante Dios que fuerte, pues, a los débiles los lleva en sus brazos y a los fuertes los lleva de la mano*”.

Al decir de santa Chantal, san Francisco de Sales realizaba este ideal: “su método era mantenerse muy humilde, muy pequeño, muy bajo delante de Dios, con una singular reverencia y confianza, como un hijo amoroso”. Si santa Teresa del Niño Jesús ha dado a conocer en gran medida el camino de la infancia, este espíritu remonta muy lejos. Es la manera de ser hijos entre los pequeños.

Según san Francisco “*la santidad no consiste en tal o cual práctica, sino en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños entre los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiando hasta la audacia en su bondad de Padre*”.

Esta simplicidad requiere que no haya repliegue sobre sí, nada de ambiciones vanas, nada de pretensiones de salir jamás de su pequeñez de verdaderos hijos adoptivos de Dios, de lo que a menudo llamamos *el espíritu del bautismo y de la Vigilia Pascual*.

Los pobres de Yahwé prefiguraban, ya en la antigüedad, al niño que Jesús presenta como modelo. La palabra “pobre” está tomada en un sentido amplio: “es un matiz de la fe, abandonada, confiada y alegre; está próxima a la humildad, se resume en una actitud de espera religiosa” (A. Gelin, *Los pobres de Yahwé*). Es la antítesis del fariseísmo. Este ideal se purifica y se precisa lentamente, a través del Antiguo Testamento, sobre todo en la palabra de Cristo, quien nos da la Carta Magna de esta infancia espiritual: *Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18, 3).

Ya en la primera bienaventuranza recomendaba tener alma de pobre. La imagen del niño va más al fondo y reve-

la que sin este espíritu no se puede entrar en el reino. Lo que Jesús alaba en los niños “es su humildad y su receptividad llena de confianza. El niño pequeño es el pobre por excelencia (...), del mismo modo, es preciso que los discípulos tengan conciencia de su desnudez radical, acepten con alegría y sin despecho su impotencia, esperen y reciban con agradecimiento todo de su padre, consintiendo en dejarse salvar por Él” (M. F. Berrouard, *Infancia espiritual*).

Éste es, efectivamente, el verdadero espíritu del discípulo: nada hay aquí de infantilismo sensiblero. El espíritu de infancia exige una total confianza en Dios y, por ende, un sentimiento de absoluta seguridad que conduce a la imitación. El niño no discute en absoluto las obras de su padre, sino que las admira todas y las quiere imitar.

La humildad total produce una confianza loca en Dios. Únicamente la tan conmovedora imagen del *niño que se siente seguro desde el momento en que está en el regazo de su madre*, sean cuales sean las circunstancias, puede hacernos sentir hasta que punto debemos tener confianza. Si los cristianos no se atreven a dirigirse directamente a Dios, pueden al menos hacerlo utilizando la mediación de la Santísima Virgen, la mejor de las madres. Ella es una educadora admirable: les ayudará a poner en Dios –su Padre– la confianza, a abandonarse a Él y a su amor maternal, y a ser en consecuencia verdaderos discípulos.

MONASTERIO DE LA VISITACIÓN DE VALENCIA

# Jesús felicita a los discípulos que han decidido ser mansos

*La mansedumbre pertenece al don de la fortaleza, pues, al decir de san Ambrosio, a la fortaleza le toca vencer la ira y frenar la indignación (SANTO TOMÁS DE AQUINO).*

## 1. LOS MANSOS, UN GRUPO DE PERSONAS DIFÍCIL DE IDENTIFICAR

Esta bienaventuranza está colocada en el evangelio en sitios diferentes según los manuscritos que utilicemos, para unos es la segunda y para otros la tercera bienaventuranza; lo más habitual es colocarla en tercer lugar.

En Mt 5, 4 se proclama la bienaventuranza para los mansos, y se les promete que poseerán en herencia la tierra. Pero la traducción que se ha realizado del tipo de personas a las que afecta esta felicitación puede tener otros sentidos. En algunas biblias o comentarios al NT podemos encontrar otras traducciones, y se sustituye a los mansos por los sometidos, los desheredados<sup>1</sup> y los marginados, los no violentos, los sufridos, los indigentes, los dulces<sup>2</sup>, los pacientes, etc. Por eso, una de las cuestiones que debemos dilucidar es la de encontrar una palabra que nos exprese con claridad el grupo de personas a las que este macarismo se refiere.

1. A. MAGGI, *Las bienaventuranzas*, Córdoba 2001, p. 88.
2. G. SÁNCHEZ MIELGO, *Biblia y vida religiosa*, Valencia 1981, p. 146.

Como habitualmente cada una de las bienaventuranzas posee un trasfondo del AT, en especial, de los libros proféticos o de los salmos, es preciso que encontremos un texto que nos ayude a saber a quién se quiere felicitar con esta bienaventuranza.

En el caso que nos ocupa encontramos una gran influencia del Salmo 37, 1-11 del texto hebreo, que en el caso de la versión griega de los LXX es el Salmo 36, 1-11. En él se nos habla de un grupo de personas que en griego reciben el calificativo de "*praeis*" y que en hebreo son los "*anawim*".

Este salmo hebreo que puede inspirar al evangelista Mateo es un texto escolar de tipo sapiencial cuya estructura es la de un salmo alfabético. Temáticamente se describe en él un tipo de conducta que no debe ser practicada, y se nos recuerda que no hay que acalorarse, ni envidiar la suerte de los malvados. Por el contrario, se insiste en tener una actitud positiva que se traduzca en: tener confianza, vivir y crecer en paz, en desistir del enojo, en abandonar la cólera, en esperar en Dios, etc.

La pregunta que nos debemos hacer es la de si el macarismo refleja un modo de actuar o una forma de ser de la persona protagonista del salmo. ¿Se trata de una persona que tiene una identidad? ¿Nos encontramos ante un individuo que realiza una actividad determinada?

El Salmo 37 parece hablarnos de una opción de vida, de un comportamiento que se debe adoptar, ya que nos habla de esta característica en un ambiente de confrontación y de enfrentamiento. Es como si el tipo de personas afectadas por este rasgo se encontrasen en una situación de conflicto con aquellos que reciben el calificativo de malvados.

Según el tono del salmo, los mansos son los que evitan comportarse como lo hacen los malvados e impíos. No se trata tanto de motivarse a hacer sino de evitar el mal, de no dejarse llevar por las emociones de aversión o rivalidad en las relaciones con los demás. Se podría decir que el manso

es aquel que es capaz de rechazar y no dejarse llevar por la ira, la envidia y otros sentimientos negativos.

En este salmo, el manso es el que entre otras cosas: obra el bien, confía en Dios, vive y crece en paz, abandonando el enojo y desistiendo de la violencia y de la cólera vive en calma. En conclusión, se podría decir que sólo el que tiene una fuerte, firme y decidida dirección hacia Dios, puede controlarse y hacer posible la mansedumbre. Y con esta actitud de dominio personal de sentimientos, el manso rompe la dinámica de los impíos y no paga con la misma moneda a la maldad. Es el manso aquel que ha aprendido a decir no, para decir después un sí a la vida y a la bondad a pesar de la hostilidad circundante.

## 2. LA MANSEDUMBRE DE JESÚS

Hay un texto que podemos considerarlo como programático de la mansedumbre en el evangelio, se trata de Mt 11, 29 que nos recuerda una autopresentación de Jesús: *“aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”*. Con esta confesión de identidad, Jesús se manifiesta en Mateo bajo dos características: la mansedumbre y la humildad. Están tan próximas la una de la otra que pueden ser, en algunos casos, confundidas o identificadas. No se puede negar que en Jesús encontramos un espíritu manso, pues este hecho es reconocido en diversos pasajes cercanos al mundo paulino: 2 Co 10, 1; Col 3, 12; Ef 4, 2; y por otros textos del evangelio como Mt 23, 2-7. En este pasaje se contraponen el magisterio de Jesús al de otro tipo de maestros que son duros, orgullosos y que imponen pesadas cargas a los demás.

Este espíritu manso de Jesús no es exclusivo de su magisterio sino también de su mesianismo y de toda su predicación. En este sentido encontramos los textos de Mt 12, 18-21; Mt 21, 5 y Mt 23, 37. Dicha mansedumbre de Jesús

tiene su arraigo en el mundo de los salmos y en los cánticos del siervo de Yahweh, pues no gritará, no clamará, no voceará por las calles como nos dice Is 42, 1-4. Y como se dice en Is 53, 4, *“fue oprimido y no abrió la boca, como una oveja ante los trasquiladores, permanecía mudo”*.

Una muestra de la mansedumbre de Jesús es la entrada en Jerusalén narrada por Mt 21, 5, en ella se nos manifiesta como el rey que se opone a toda forma de violencia y al uso de la fuerza. Las armas de Jesús son la verdad y el amor, la fidelidad y la humildad.

El amor a los enemigos es el mejor fruto de la mansedumbre de Jesús, con él destierra la venganza, la ira y el rencor e inaugura unas relaciones nuevas. Jesús sólo cree en la fuerza que deriva de la práctica del bien y del amor gratuito.

La mansedumbre de Jesús se percibe también en su disposición al servicio, Él ha venido a tomar la condición de esclavo y a ponerse al servicio de los demás.

### 3. LOS MANSOS EN EL NT

En la tradición paulina de Ga 5, 22, la mansedumbre es considerada como un fruto del Espíritu Santo junto con otras características, y en el mismo texto se habían enumerado las obras de la carne que atentan contra toda virtud. La enemistad, la discordia, los celos, las discusiones, las divisiones, facciones y envidias, atentan contra todo espíritu manso.

En las comunidades de Pablo, la mansedumbre es un gran don constructor de espíritu fraterno porque evita toda división y disensión mientras mantiene y acrecienta la unidad. En 1P 3, 4, el espíritu manso se manifiesta también por su talante pacífico y en Ef 4, 2 se reconoce su valor como elemento de unidad junto con la humildad y la longanimidad.

San Pablo en 1 Co 4, 31 nos dice: *¿cómo voy a vosotros, con palo o con espíritu de mansedumbre?* Con esta afirmación se reconoce que la corrección debe realizarse con una pedagogía que conlleva un control emocional evidente. Aspectos distintos de la mansedumbre pueden hallarse en otros versículos: 2 Co 10, 1 ss.; 2Tm 2, 23-25; St 1, 19-21.

No podemos confundir la mansedumbre con la humildad.

La humildad se abstiene de toda forma de soberbia, arrogancia y vanidad. Y lucha el humilde por no elevarse por encima de los demás y por no considerar a los otros como inferiores a uno mismo. El que cultiva la humildad considera a los otros siempre superiores a sí mismo.

La mansedumbre no es, como la humildad, una forma de ser sino una forma de hacer que acaba marcando la personalidad. El manso domina sus emociones adversas como la ira y evita todo tipo de manifestaciones que provocan reacciones negativas y divisiones. Y esto lo realiza dejando espacio al otro y respetando su identidad y características. Se podría decir que el manso ha logrado llegar al dominio de sí mismo encaminándose decididamente por el camino del bien, los deseos de hacer cosas grandes.

#### 4. MANSEDUMBRE E IRA

La persona mansa no se irrita ni se enfada, sino que es tranquilo y pacífico. Ha desterrado de su persona y actuación todo malhumor, cólera, ira, celos, rencor, amargura, discordia, luchas, etc. La palabra griega que se opone a la mansedumbre es *"thymos"*, que se traduce habitualmente por *"ira, furor, pasión intensa, rabia, etc."*. Se trata de un humo o vapor que conlleva ponerse en ebullición, darle vueltas a algo hasta que explota y sale fuera. En contraposición el manso es templado y vive de la templanza.

El manso tiene una profunda vida espiritual y tiene la fortaleza suficiente para enfrentarse con un mundo hostil

sin utilizar la violencia y la ira, sino con amabilidad, dulzura y buscando el bien. El manso vence al mal a fuerza de bien, buscando todo aquello que une<sup>3</sup> y rechazando cualquier recurso a la violencia.

El manso no recurre a la cólera, a la ira y a los deseos de dominación, sino a la paciencia y al espíritu de libertad y de no posesión. La mayor manifestación de la fuerza de un ser humano se revela en su mansedumbre.

## 5. EL PREMIO DE LOS MANSOS: HEREDAR LA TIERRA

A los que son humildes Dios les promete la recepción de una donación, esto es, la posesión en propiedad de la tierra<sup>4</sup> y con ello podrán ser independientes y libres, ya no vivirán dominados ni sometidos a los malvados. Es la misma promesa hecha desde antiguo por Dios a Abraham, y supone participar de la herencia y de la promesa de Dios que tienen valor para siempre.

Ser exterminado, perder la vida, seguir viviendo oprimido y sin libertad sería lo contrario a este premio que sólo la gratuidad de Dios puede dar.

El recibir la heredad de la tierra es un gran don, pues con él Dios nos está diciendo que Él nos ha adoptado como miembros de su familia, pues sólo los hijos heredan de los padres su patrimonio. Con esta donación de la tierra se nos está confirmando que los mansos son tenidos por Dios como miembros de su familia y que se les reconoce un comportamiento semejante al que Dios tiene con nosotros. Heredar la tierra desde esta perspectiva es participar en la naturaleza divina llegando a ser hijos de Dios y coherederos con Cristo (Rm 8, 17).

3. Cf. F. M. LÓPEZ-MELÚS, *Las bienaventuranzas ley fundamental de la vida cristiana*, Salamanca 1988, p. 281.

4. Cf. F. CAMACHO, *La proclama del Reino*, Madrid 1986, p. 134.

Heredar la tierra es tomar posesión de la propiedad de Dios, de todo lo que conlleva la paz, la plenitud, la prosperidad y la felicidad. El reino sobre el que Dios ejerce, por ahora, su soberanía es el cielo y de él nos hace partícipe el Señor; pero también es heredar la tierra prometida y ser librado de la situación negativa en la que se vivía.

RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO, O.P.  
*Salamanca*

# Recuperar la mística cristiana

## INTRODUCCIÓN

Según K. Rahner “*el cristiano del futuro será un ‘místico’, es decir, una persona que ha ‘experimentado’ algo, o no será*”. La expresión, avalada por la autoridad de uno de los grandes teólogos de los últimos tiempos, tiene un cierto aire de *ultimátum profético*, que nos debe hacer reflexionar sobre la incondicional y urgente necesidad de la mística en nuestra fe cristiana.

El progreso tecnológico de estos últimos años, que ha generado unos beneficios indudables para la humanidad, ha traído también consigo una serie de limitaciones y peligros, que afectan especialmente al espíritu del ser humano, a su vida interior, a lo más íntimo de su alma... En lenguaje de la fe, diríamos con Rahner, a la mística cristiana.

No vamos a hacer un análisis de la serie de peligros que amenazan la mística o contemplación cristiana, por no ser este el objeto de nuestra reflexión, pero sí podemos señalar que un mundo materialista, competitivo, sensual, egocéntrico..., ha sumergido a una buena parte de nuestra humanidad en el “*imperio de lo efímero*”, en un consumo irresponsable, en una dependencia cuasi absoluta de los sentidos, en un *narcisismo* egocéntrico que sólo busca la felicidad propia, en una alarmante huída del silencio y de la soledad, que hace poco menos que imposible el encuentro con uno mismo y con Dios.

Por supuesto, que la *secularización* o alejamiento del ámbito de lo sagrado en la sociedad que vivimos, ha impactado fuertemente en muchos de nuestros creyentes, que han dejado de frecuentar nuestras iglesias para ter-

minar abandonando un buen número de ellos, la fe de sus mayores.

También se han visto afectados por el materialismo de nuestro mundo secularizado recintos o lugares, donde mujeres y hombres vivían consagrados a Dios, intensificando su oración y dedicación al prójimo. La crisis de vocaciones, que tanto preocupa a los que no hace muchos años vieron llenas sus casas o conventos de fervorosos jóvenes, es uno de los síntomas más señalados de este mundo secularizado, que ha invadido o se ha dejado sentir en aquellos lugares donde se cuidaba con más esmero la vida del espíritu.

Pero en estos momentos de nada vale mirar con añoranza los tiempos pasados y mucho menos querer volver a ellos. Cada tiempo tiene sus retos y cada camino tiene su andadura. La fe cristiana tiene su identidad propia, que ha iluminado y dado sentido a la vida de innumerables mujeres y hombres en culturas y tiempos muy diferentes. A nosotros nos toca vivir la fe y consagración religiosa en esta sociedad, con sus éxitos y sus limitaciones.

Hecha esta limitada y breve introducción, planteamos la pregunta que será objeto de nuestra reflexión: *¿Se puede ser místico cristiano en este difícil y problemático mundo secularizado?*

Nuestra respuesta, que ya adelantamos, no puede ser otra que la siguiente: *No sólo se puede, sino que se debe; más aun es una urgente necesidad recuperar una mística verdadera que sea como "el suplemento de alma" que nuestro mundo necesita.*

Buena parte de nuestras reflexiones serán tomadas de la más significativa de las obras del P. Juan González-Arintero: *La Evolución Mística*. Lo hacemos así porque el mismo P. Arintero fue reconocido durante mucho tiempo como el *restaurador de la mística tradicional* y, sobre todo, porque creemos que la entraña del mensaje místico y contemplativo del P. Arintero, manifestado especialmente en dicha obra, será sumamente válido para la necesaria reno-

vacación de la actual vida religiosa y cristiana. Y sin más nos hacemos una primera pregunta.

## 1. ¿QUÉ ES LA MÍSTICA CRISTIANA?

### a) *“Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen...”* (Gn 1, 26)

En las hermosas y sencillas catequesis del libro del Génesis, donde se plantean las preguntas más profundas y fundamentales de la existencia del ser humano, como *el comienzo y el final de la vida, el origen del amor y del odio, del bien y del mal...*, hay una dramática escenificación del “fracaso” del misterio de su libertad.

Dios, nos dice el Libro Sagrado, hizo a la mujer y al hombre “*a su imagen y semejanza*”, señores y dueños de una creación que colmaba los deseos de su existencia creada. Esta vida feliz del ser humano, solamente tenía una frontera: reconocer la divinidad del Creador que le había infundido el soplo de la vida.

Mujer y hombre quisieron atravesar la frontera de sus límites de criaturas: “*seréis como dioses...*”, les dijo “la serpiente” (Gn 3, 5), y experimentaron y comprobaron el fracaso de su ingratitud. Mujer y hombre “*se dieron cuenta de que estaban desnudos*” (Gn 3, 7), es decir, el ser humano quedó a la intemperie y en el desamparo de sus limitaciones, encerrado en una triste orfandad; sumergido en una noche profunda, sin horizonte, ni luz alguna, en una existencia rodeada de sufrimientos y de muerte.

La historia bíblica, es desde esos primeros momentos una búsqueda del reencuentro del ser humano con el Dios perdido. Dios mismo promueve este impulso a través de los mejores sentimientos de la mujer y el hombre. Esa historia alcanzará su plenitud con la presencia del Hijo de Dios, que acampó su divinidad entre los seres humanos, “*como luz verdadera que ilumina a todo hombre*”, dando a

*todos los que la recibieran les dio “el poder de hacerse hijos de Dios” (Jn 1, 9.12).*

Esta apretada síntesis del drama y la esperanza de la existencia humana, no es tan sólo una especulación teórica-religiosa, sino más bien es la constatación de la realidad más profunda de cualquier ser humano.

Adán y Eva son signo y símbolo de las luces y sombras que anidan en cualquier hombre y mujer que viene a este mundo. En todo ser humano existe la tentación de *ser como Dios*, que puede llevarle a consecuencias catastróficas, desde esclavizar cruelmente a los demás, hasta cerrar su vida en un egoísmo esterilizante.

Pero Adán y Eva son también signo y símbolo del comienzo de un camino en la búsqueda y encuentro con ese Dios que quiere la felicidad del ser humano a través de una relación de auténtico amor filial.

#### *b) Nacer del Espíritu*

En una noche emotiva y entrañable Jesús manifiesta a Nicodemo –un hombre honesto que buscaba encontrar a Dios–, que hay que nacer de nuevo, *“de lo alto”, “del Espíritu”*.

Esa vida nueva, *vida del Espíritu*, preanunciada en el Génesis y que el pueblo de Israel trata de encontrar en una difícil y complicada historia de fidelidades e infidelidades con su Dios, es la que con toda claridad anuncia Jesús al bueno de Nicodemo. Esa *vida del Espíritu* en donde el ser humano experimenta el *“amor que Dios le tiene”*, es lo que llamamos, *vida mística, vida sobrenatural, vida de la gracia*.

Toda la creación experimenta y es signo de la omnipotencia de su autor. Todas las criaturas cantan la belleza de su Creador, el Dios trascendente, *el Dios escondido* (Is 45, 15), que ha dejado poblados los cielos y la tierra de innumerables señales de su presencia...

Pero con el ser humano, creado a su *imagen y semejanza*, quiere tener el Dios Creador una relación especial: *“...Al*

*darnos el ser sobrenatural –escribe el P. Arintero– se queda... cual padre amoroso, cual fiel amigo, cual verdadero esposo del alma y dulce huésped, que en ella mora como en su templo predilecto y en ella tiene sus delicias...”*<sup>1</sup>. En una palabra “*la vida sobrenatural es la participación de la vida íntima de Dios...”*<sup>2</sup>.

Esta participación, de la *vida de Dios* “*no es ningún trastorno de lo natural, sino una sobreordenación; no es una cosa extraña y violenta, sino una realidad íntima, confortadora y armónica, un nuevo modo de vida que todo lo compenetra, lo reintegra, lo ennoblece y lo realza, así como la vida racional ennoblece y realza la sensitiva, y ésta a la simplemente orgánica”*<sup>3</sup>.

Y es así, como por un camino totalmente opuesto al que eligieron la primera mujer y el primer hombre, se llega a los confines de la divinidad. Por decirlo de una manera sencilla, Dios atrae y recupera al ser humano del único modo, que Él quiere y puede hacerlo: *a través del amor y la amistad*.

c) “*¿Cómo puede uno nacer de nuevo siendo ya viejo?*”  
(Jn 3, 4)

Ante estas perspectivas tan hermosas y tan sobrehumanas que se nos ofrecen a cada uno de los seres humanos quizás nos asalten un montón de dudas semejantes a la de Nicodemo: “*¿Cómo puede uno nacer de nuevo siendo ya viejo?*” (Jn 3, 4). *¿Como puede habitar en un ser tan empobrecido física, psíquica y espiritualmente como el mío la divinidad? ¿No es una utopía irreal?*

“*Nacer de nuevo –dice Broglie, citado por el P. Arintero– es recibir una segunda naturaleza; ser creados en Jesucristo,*

1. J. ARINTERO, *La Evolución Mística*, BAC, Madrid 1978, p. 68.
2. ID., p. 55.
3. ID., p. 61.

*cuando ya existimos, es recibir una vida superior, una segunda vida, sobrepuesta a la natural. Pero ¿de quién es hijo el hombre regenerado?, ¿de quién recibe el principio de la nueva existencia?” No de la carne y sangre, ni de voluntad humana, sino de Dios, que quiso “que nos llamásemos hijos suyos y que realmente lo fuéramos”<sup>4</sup>.*

*“(Esta) vida eterna en Jesucristo... es también el don de Dios, el agua viva que apaga toda sed, y que se convierte en las almas en una fuente de vida y energías divinas... nos llena de fragancia, haciéndonos exhalar el buen olor de Jesucristo y ser gratos a Dios; es, en suma, la transformación o renovación interior que en nuestra misma naturaleza se produce con la comunicación, animación o presencia vivificadora del Espíritu santificante”<sup>5</sup>.*

Es un regalo que Dios hace al ser humano. Un regalo que cambia por completo el limitado horizonte de la humanidad, extendiéndose mucho más allá de lo que cualquier mujer u hombre pudiera soñar o imaginar. Por eso se dice con frecuencia, que esa *agua viva*, la única capaz de saciar la sed de felicidad o amor ilimitado de cualquier ser humano, es *vida eterna*.

*“Lo sobrenatural, diremos, pues, con Broglie, es una elevación gratuita de la criatura por encima de su propia naturaleza, en virtud de la cual participa de la vida íntima de Dios,... y es llamada a gozar de la visión intuitiva de Dios y de su felicidad misma”<sup>6</sup>.*

La donación de la vida divina es una oferta lógicamente libre, que el ser humano asumirá con todas las posibilidades y condicionamientos de su libertad: *“...Esta transición cristiana de lo finito a lo infinito... es, una unión libre entre dos extremos, una elevación de la criatura que, sin perder su*

4. ID., p. 309.

5. ID., pp. 66-67.

6. ID., p. 317.

*esencia ni su personalidad, se acerca al Creador y se une con Él tan íntimamente que viene a quedar deificada”<sup>7</sup>.*

## 2. CRECER EN EL ESPÍRITU

a) *“... Ahora somos hijos de Dios, aunque aun no se ha manifestado lo que hemos de ser...”* (Jn 3, 2)

A semejanza de la vida corporal, aunque salvando las grandes distancias que hay entre una y otra, la vida del Espíritu, tiene un proceso de desarrollo, crecimiento, *evolución*, que no cesa hasta que finaliza la vida del ser humano para manifestarse en toda su realidad en la eternidad junto a Cristo resucitado.

*“...Tenemos en nosotros –dice el P. Arintero– como un germen divino, y... somos hijos de Dios no sólo de nombre, sino en realidad”<sup>8</sup>.*

Esa semilla o germen sembrada en la tierra de nuestra hermosa y limitada libertad, debe nacer, florecer y desarrollarse favorecida por el clima de bondad de nuestra existencia.

El proceso de crecimiento y desarrollo de la vida divina depositada en el ser humano, es lo que el P. Arintero ha llamado, recogiendo buena parte de la tradición cristiana, *deificación*: *“Tal es el misterio de nuestra vida sobrenatural que los Padres supieron sintetizar en esta inaudita palabra: ¡DEIFICACIÓN!”<sup>9</sup>*, que no es otra cosa que, *“...ser ya de algún modo semejantes a Dios e ir siéndolo cada vez más, como verdaderos hijos suyos, según van estrechándose los*

7. ID., p. 313.

8. ID., p. 314.

9. ID., p. 51.

*lazos de esta filiación divina. Al recibir del Verbo encarnado la potestad de hacernos hijos de Dios empieza a desarrollarse en nosotros el precioso germen de la vida sobrenatural*"<sup>10</sup>.

El P. Arintero llega a afirmar que este crecimiento o desarrollo de la vida del Espíritu es en realidad el único que realiza plenamente al ser humano: *"El progreso místico es el único y verdadero progreso integral. El único en que la naturaleza logra realmente adquirir la plenitud de sus perfecciones, a la vez que con esplendores divinos se realza... Nuestro único progreso está en participar cada vez más de la plenitud de Aquel en quien estaba desde un principio la vida que es la luz de los hombres; de Aquel que vino a este mundo para ser el único camino que lleva a la perfección del progreso, la única verdad que desengaña y hace libres, y la única vida con que verdaderamente se vive sin andar en tinieblas, sino procediendo como hijos de la luz, que huyen de las sombras de muerte (Rm 13, 12; Ef 5, 8-11).*

*Creciendo en vida divina, en todo se crece, y sin ese crecimiento, como no cabe aquí el estacionarse, todo es retroceso y degeneración..."*<sup>11</sup>.

b) *"Éste es mi mandamiento que os améis los unos a los otros como yo os he amado"* (Jn 15, 12)

La fuerza que desarrolla el crecimiento de esa vida de Dios en nosotros no es ningún enigma o utopía que esté solo al alcance de un grupo de privilegiados, ya que *"...las luces e inspiraciones más necesarias para obrar el bien y evitar el mal a nadie se niegan..."*<sup>12</sup>. Ese bien se consigue, *amando como Dios nos ama*, es decir, con absoluta generosidad y sin sombra de egoísmo alguno. Y ahí sí que necesitamos la ayuda del *"Espíritu de la verdad que nos guiará hasta la verdad completa"* (Jn 16, 13).

10. Id., p. 315.

11. Id., pp. 778-779.

12. Id., p. 227.

*“El ideal cristiano no es ninguna perfección limitada, sino la verdadera DEIFICACIÓN, o sea la más plena asimilación y unión con Dios Padre. Para eso debemos tratar de identificarnos en cierto modo con su misma santidad infinita, dejándonos poseer plenamente de su Espíritu de santificación y configurándonos del todo con su Verbo humanado”*<sup>13</sup>.

Esta presencia del Espíritu en nuestras vidas irá poco a poco instruyéndonos y animándonos en ese *amar a lo divino*: *“Las funciones y operaciones esenciales o características de esta vida son un conocimiento y un amor divinos, como causados por el Espíritu que penetra en los insondables misterios de la Divinidad, cuya caridad derrama en nuestros corazones para que amemos a Dios con el mismo amor con que Jesús nos amó y con que se aman recíprocamente las divinas Personas...”*<sup>14</sup>.

El lugar o el campo del desarrollo de este *amor a lo divino* es aquel, que a través de las circunstancias personales, la vida nos ha situado. Es ahí donde Dios quiere que manifestemos su amor: *“Crecemos en esa vida divina cumpliendo la voluntad del Padre celestial, ejercitando fielmente las virtudes infusas y los dones y carismas del Espíritu Santo y recibiendo los vitales influjos del Salvador por medio de sus sacramentos”*<sup>15</sup>.

c) *“Comprendamos que nuestra vieja condición ha sido crucificada con Cristo”* (Rm 6, 5)

Esta hermosa oferta de ser partícipes de la *vida divina*, nos recuerda la primera felicidad que disfrutó la primera pareja humana en el Paraíso. También aquí se reproduce el drama de la primera mujer y el primer hombre, al tener que asumir ese don del ser humano a través del misterio de su

13. Id., p. 780.

14. Id., p. 315.

15. Id., pp. 317-318.

libertad: Existe la posibilidad de rechazar la vida divina, para vivir encerrado en la idolatría de uno mismo, buscando una felicidad definitiva y absoluta en algo que por sí es efímero y caduco.

*“La gracia no es aún la gloria, es sólo el germen de ella... Ahora es la transformación del hombre viejo en el nuevo, el esfuerzo para formar a Jesús en nosotros, para poner nuestra acción al unísono del principio divino que debe animarla... Tal es el fondo de la moral cristiana...”<sup>16</sup>.*

Este proceso, esta *evolución mística*, del hombre viejo al hombre nuevo, que es un reto para el espíritu humano para ir alcanzando cada vez cotas más altas en el verdadero amor y la libertad más auténtica, supone siempre una renuncia a lo que empequeñece o cierra la vida a los horizontes de la trascendencia. Y esto no se hace, sin sacrificio, ni dolor.

*“...El modo como se desarrolla hasta llegar a su plena expansión y su manifestación gloriosa es en principio algo sombrío, triste y en extremo doloroso, hasta que el alma vaya desnudándose del hombre viejo y revistiéndose del nuevo, creado, según Dios, en santidad y justicia verdaderas...”<sup>17</sup>.*

Es ahí donde la libertad humana, cobra un hermoso y arriesgado protagonismo, pero siempre protegida y amparada por un Dios Padre, que desea lo mejor para el ser humano, al mismo tiempo que respeta el protagonismo y autonomía de su propia historia.

*“...Todo nuestro progreso espiritual consiste en procurar la más perfecta pureza de corazón y la más completa sumisión y docilidad a las mociones e insinuaciones del Espíritu Santo...”*

16. Id., p. 52-53.

17. Id., p. 315.

*...Y cuando reine en nosotros el Espíritu de Nuestro Señor, gozaremos ya de la plena y verdadera libertad, porque ubi Spiritus Domini, ibi libertas (2 Co 3, 17)”<sup>18</sup>.*

Este recorrido va acompañado de luces y sombras (mejor diríamos en lenguaje místico *noches del sentido y del espíritu*), de grandes gozos y de grandes sufrimientos, de ánimos y desánimos..., como el que sube una escarpada montaña, aunque cada paso que se da hacia delante, el espíritu se fortalece y anima al ir alcanzando cumbres de amor y libertad inimaginables.

ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.  
*Peña de Francia*

18. Id., pp. 322-324.

# Historia de un encuentro: Fundación del Monasterio del Sagrado Corazón (I)

El P. Arturo Alonso Lobo, en su biografía del P. Juan González-Arintero, señala los tres grandes amores de dicho Padre: El Amor Misericordioso, la revista *Vida Sobrenatural* y el Monasterio de Cantalapiedra. Y añade: “Es el Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús de monjas Clarisas, una de las obras en que más mano –y más alma– puso el P. Arintero... En la biografía suya no pueden faltar unas páginas, por breves que sean, para resaltar esta obra. Resultaría incompleta –mutilada– una *Vida arinteriana* que no incluyese el capítulo de Cantalapiedra”<sup>1</sup>.

Y, ciertamente, es así, pues cuando Dios, en su providencia, pensó en la fundación de este Monasterio, dispuso de antemano cuáles habían de ser los instrumentos idóneos para ello, escogiendo, junto a don Ambrosio Morales, párroco de Cantalapiedra, a la Madre María Amparo del Sagrado Corazón y al P. Arintero. De las estrechas relaciones de estas dos grandes almas vamos a tratar a continuación.

Los preliminares de su encuentro se remontan al 15 de agosto de 1912, solemnidad de la Asunción de María. Se hallaba entonces María Amparo en su casa de Cantalapiedra, enferma de cuerpo y angustiada en el alma, sumergida en una noche oscura que le hacía temer, incluso, por su propia salvación. Mientras rogaba a la Virgen María, en el secreto de su habitación, la gracia de amar a Dios cuanto le fuera

1. A. ALONSO LOBO, *El Padre Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1969, p. 146.

posible en esta vida, toda vez que no habría de poder amarle durante la eternidad, cayó en éxtasis por espacio de unas seis horas, sintiendo una gran paz interior, un fuego abrasador que inundaba su alma dejándola tan clara que veía resplandecer en ella al mismo Dios Uno y Trino. Fue su desposorio místico. Cuando volvió en sí, desbordada de gozo y anonadada por tal experiencia, rogó al Señor le concediera un ministro suyo que le asegurara de la veracidad de estas cosas. La respuesta divina, sentida en el hondón de su alma, le anunciaba que un santo dominico, de nombre Juan, habría de ser el director de su alma. Fue un primer encuentro, sin encontrarse, sin conocerse, mas una pequeña luz había comenzado a brillar ya en el alma de María Amparo.

Fiel a la voluntad de Dios que le señalaba el Monasterio del Corpus Christi de Salamanca, de Monjas Clarisas, como lugar de su consagración, allí ingresó el 19 de mayo de 1913. El Padre Arintero solía visitar, con relativa frecuencia, éste y otros monasterios de monjas salmantinos. La primera vez que Sor María Amparo lo vio fue al día siguiente de su toma de hábito, el 20 de noviembre de 1913. En su *Autobiografía* dice así: “apenas le ví en el locutorio, comprendí que era el mismo que nuestro Señor me había prometido. Sentí una impresión de devoción y recogimiento al oírle hablar tan bien de la unión con Dios, que mi alma y mi corazón se dilataban de gozo al ver la providencia tan especial que tenía el Señor de mi alma. Yo estaba absorta considerando la gracia de Dios y cómo no había sido sueño todo lo pasado, sino mucha realidad. Me pareció ver cómo la Virgen Santísima, mirándole con singular complacencia, se inclinaba hacia él como si quisiera, al entregarlo a mi alma, infundirle con su aliento toda la ternura de su corazón de Madre. Y más que de Madre fue la caricia que este buen Padre tuvo para mi alma”<sup>2</sup>.

2. *Autobiografía*, Ms. 1, p. 225.

Pero si hay algo realmente hermoso y que refleja con exactitud lo que el Padre Arintero fue para la Madre María Amparo, son los siguientes párrafos de su *Autobiografía*, escrita precisamente, por mandato de dicho Padre, aun cuando él no llegó a gustar de su lectura por haber fallecido ya:

“Entre las grandes gracias que he recibido durante mi vida de la misericordia de Dios, tengo que contar la que me concedió con la santa e iluminada dirección de mi santo P. Arintero. Lo que este amado Padre de mi alma fue para mí en los quince años que tuve la dicha de estar bajo su dirección, solo Dios lo sabe y, por consiguiente, con cuánta gratitud y afecto y seguridad le obedecí.

Desde que tuve la dicha de hablarle, sentí hacia él el más profundo respeto, la más grande confianza y una gratitud que no conocía límites.

Fue siempre para mí como el ángel de Dios que con sus consejos y doctrina me ayudaba a cumplir la divina voluntad. Guiada por este santo Padre sentía tal seguridad en obedecerle que, aun siendo otra la opinión de personas muy respetables, nunca vacilé en hacer lo que el Padre me mandaba, y puedo decir que nunca tuve que arrepentirme de haberle obedecido”<sup>3</sup>.

Lo importante de este encuentro no fue solamente el que Madre María Amparo hallara un santo director para su alma, que supiera confortarla y guiarla adecuadamente, en conformidad con lo que reclamaba su intensa vida espiritual y las gracias extraordinarias que Dios le otorgaba, sino que el P. Arintero estaba predestinado por Dios para ayudar a la joven clarisa en la fundación de un nuevo monasterio en la villa de Cantalapiedra.

En efecto, María Amparo, desde su niñez, había ido recibiendo del Señor distintas luces sobre la fundación de un monasterio en su villa de Cantalapiedra. Esto que, en principio, le resultaba incomprensible, con el paso de los años

3. ID., p. 220-222.

fue clarificándose cada vez más. No obstante, ¿quién podía confirmarle estas revelaciones o despertarla de su sueño? Y aquí entra en juego el santo discernimiento del P. Arintero, a quien, lejos de parecerle un iluso proyecto, reafirmó la voluntad de Dios sobre ello: "...Un día –señala Madre María Amparo– me vi precisada a indicarle algo [al P. Arintero] sobre lo que me parecía ser voluntad de Dios respecto de esta fundación; y, entonces, como si se hubiera deshecho el enigma, vio claro los caminos por donde Dios me conducía, y ya no pensó sino en que me dispusiera para un próximo futuro que él parecía abarcar muy bien... Mi admiración fue muy grande cuando vi que al Padre, lejos de escandalizarse por lo de la fundación, le parecía cosa muy posible que Dios quisiera hacerla; y no solo le pareció posible sino que lo tenía por cosa muy segura. ¡Tantas lágrimas como me había costado de niña cuando sin saber interpretar la voluntad de Dios ni sus luces, me creía obligada a hacer lo que me parecía de todo punto imposible! ¡Y el miedo que yo tenía de indicárselo al Padre creyendo que lo recibiría como una locura!"<sup>4</sup>.

Y en otro lugar ratifica: "Debemos también a este bendito Padre el haberse llevado a cabo esta fundación, pues sin su eficaz cooperación, dada mi manera de ser y el estado de mi espíritu en aquellos años, otro que no hubiera sido el Padre Arintero difícilmente me hubiera sostenido entre tan deshechas tempestades como se desencadenaron contra mí personalmente y contra la obra de la fundación. Pero guiada por este siervo de Dios, me resolví a ser toda de la divina voluntad respecto de lo que Él nos comunicara sobre la fundación de esta Casa. Y tan ciegamente le obedecí en todo, que nunca dudé advertidamente de lo que me mandaba, aun cuando muchas cosas parecían enteramente descabelladas a personas muy competentes y muy dignas"<sup>5</sup>.

4. ID., p. 273. 274.

5. ID., p. 261.

Ya están estas dos almas grandes trabajando por dar gusto a Dios con esta nueva fundación. Pero, como es lógico, no resultaba tan fácil –humanamente hablando– llevarla a cabo. Los trámites supusieron una dura prueba para ambos y fuente de profundas humillaciones, sobre todo para el P. Arintero, encargado de realizar las gestiones con el Sr. Obispo de Salamanca, a la sazón don Julián de Diego y Alcolea.

Como testimonio de su fe y de su santidad, vamos a espigar algunas anécdotas acaecidas a este propósito, testimonios fehacientes de su sencillez, humildad y hasta de buen sentido del humor.

Cuenta la Madre María Amparo: “Cuando manifesté al Padre Arintero el empeño con que el Padre Herrera [jesuita] me había dicho que no se haría la fundación, me dijo: “No dude, hija mía, que se hará. Tengo fama entre los nuestros de tener la cabeza dura, y ahora me he empeñado en dar gusto a Dios haciendo la fundación, y con su ayuda se hará”.

Mucho más que lo que yo sufría, sentía las burlas, los disgustos y las molestias que ocasionaban al Padre. Pero como tenía grandísima caridad, siempre que por necesidad tenía que comunicarme alguna cosa desagradable que le decían de mí o de la fundación, lo hacía sonriendo y atenuando el disgusto de tal forma, que cualquiera diría que era un placer para él verse tenido por chiflado. Era que a él le parecía una crueldad hacer sufrir a los que ya sufrían, y como mis tribulaciones en aquella época fueron bien difíciles, hacía por suavizar el amargo cáliz que él mismo en muchas ocasiones me acercó a los labios para que apurase con fortaleza hasta la última gota. Solo la varonil y suave dirección de aquel bendito Padre pudo evitar muchos y muy graves males y peligros, que se hubieran seguido de las borrascas que sin interrupción se cernían sobre mi alma. Porque todo se levantó contra mí para anonadarme: penas en el alma, disgustos grandísimos exteriores, enfermedades

muy graves y, a veces, un abandono por parte de las religiosas, más difícil de soportar que la misma persecución. Pero aquel Padre mío tenía un don especial de Dios para infundirme fortaleza y confianza en la misericordia de Dios, y para alimentar en mi alma los deseos de perfección que reforzaba y hacía fructificar con una firmeza y suavidad admirables. Siempre le encontré dispuesto para ayudarme con su apoyo y consejo”<sup>6</sup>.

En efecto, todo eran oposiciones: en el Obispado, entre los sacerdotes y religiosos, en su Comunidad del Corpus Christi, entre los vecinos de Cantalapiedra, que deseaban religiosas de enseñanza y no monjas de clausura. Sin miramiento alguno, muchos –y, en particular, lo que resultaba más penoso, sacerdotes y religiosos– les decían abiertamente que la mitad de los conventos de clausura estaban sobrando, ¿para qué fundar uno nuevo? Para ser uno más –afirmaba el Sr. Obispo– ya tenía bastantes. Y, por supuesto que tenía, pues solo en la ciudad había seis de la Orden Franciscana: tres de Clarisas (Corpus Christi, Santa Clara y Franciscas Descalzas) y tres de Terciarias Regulares (Isabeles, Úrsulas y Madre de Dios), amén de otras Órdenes, a los que añadir los diseminados en diversos pueblos de la provincia charra.

Sin embargo, el P. Arintero, mientras afirmaba ante el Sr. Obispo que no iba a ser “un convento más”, animaba a la joven clarisa a no temer y a alegrarse en el Señor, pues “si no sufriéramos muchos trabajos y humillaciones, mal podría levantarse la casa en gran santidad; alégrese, hija mía, por todo lo penoso que Dios nos manda, que no puede haber mejor señal de que Él está contento y de que esto marcha... Hoy me han dicho los Padres:

—Padre Arintero, Vd. se mete a fundador, pero ya verá. Va Vd. a tener que cargarse con las monjas y con el Convento.

6. Cf. *Id.*, p. 271.

—Ustedes no se preocupen, que yo cargaré con lo que sea.

—Ya verá Vd. después qué música –decían los Padres–.

—Para Vds. el acompañamiento, yo como estoy sordo no oigo.

—Esa fundación no durará sino lo que dure la Madre, después se deshace Padre Arintero.

—En eso estoy yo también, cuando se muera la Madre morirán todas y ya no hace falta fundación”<sup>7</sup>.

En otra ocasión es el mismo Sr. Obispo –que como acabamos de ver no estaba bien predispuesto hacia la fundación– el que le intima, fuertemente disgustado:

—Padre Arintero, a ver, con qué elementos vamos a hacer la fundación.

—Con los que tenemos, Sr. Obispo –contestó el Padre–: Sor Amparo, la leguita y la novicia.

—Con Sor Amparo –contestó el Sr. Obispo casi furioso– no tenemos más que *media monja* enferma. Además, es demasiado joven.

—De ese defecto yo respondo –dijo el Padre– que se ha de corregir cada día.

—¡Pero, si es que no sirve para el caso! Tiene que pasar el mayor tiempo en cama. A no ser –añadió el Sr. Obispo– que Vd. la crea una santa Teresa, que en este caso...

—Cuando santa Teresa tenía los años de Sor Amparo andaba más distraída que ella; cuando tenga los años de santa Teresa, no sabemos lo que será, porque la mano de Dios no se ha abreviado. Y en cuanto a sus enfermedades, ya veo que está mal, pero confío que el Señor le dará fuerzas para que enferma y todo pueda llevar a cabo la obra”<sup>8</sup>.

Al fin, el Sr. Obispo decidió pedir a Roma las licencias para la fundación y, pese a los malos augurios que prede-

7. Cf. *Id.*, p. 278.

8. Cf. *Id.*, p. 280.

cían una rotunda negativa, el rescripto de la Santa Sede llegaba a Salamanca a comienzos de enero del año 1920.

Dejamos nuevamente la palabra a la Madre María Amparo, para que sea ella misma quien nos narre la emoción de ese momento: “El Sr. Obispo me había dicho en los últimos días de septiembre (del año 19), que se pedirían las licencias en seguida, pero no debió ser tan pronto, porque no estuvieron hasta la octava de la Epifanía (del año 20). Al P. Arintero le comunicaron la noticia el 17 del mismo mes, e inmediatamente fue al Convento a decírmelo. Llevaba un sobre en la mano y me dijo visiblemente emocionado:

—A ver, hija mía, si sabe lo que traigo aquí.

—No, Padre, no sé.

—Mire a ver si acierta.

—No, Padre, no acierto.

—¡Las licencias, hija mía, las licencias para la fundación! ¡Concedido todo como se pedía!..

Yo no sentí la menor impresión de alegría, parecía que no iba aquello conmigo. ¡Cosa más rara! El Padre sí se mostraba muy contento. “Vamos a rezar el santo Rosario y el Te Deum en acción de gracias, hija mía –me dijo el Padre–, pero avíseme cuando hayamos rezado las diez Avemarías, porque suelo equivocarme y rezo de más o de menos”. Rezamos el Te Deum y después el santo Rosario. Cuando rezamos las diez Avemarías le avisé: “Padre, ya está”. Pero el Padre continuaba rezando, sin oírme tantas veces como le avisé. En un misterio rezamos quince Avemarías, en otro catorce, en otro doce, y así terminamos. Después tratamos de la compra de la casa, para venir el Padre a determinar la obra necesaria para convertirla en convento”<sup>9</sup>.

Sí, porque el P. Arintero no fue solamente el encargado de conseguir el permiso del Sr. Obispo, de avalar la futura fundación y de animar a Sor María Amparo, sino que siguió de cerca la compra de la casa donde habría de

9. Id., p. 309.

comenzar la fundación, distribuyó las habitaciones, recorrió los Conventos de Clarisas y Terciarias Franciscanas de Salamanca pidiendo hábitos, breviarios, misales: todo aquello que, en caridad, pudieran darle para sus “monjas”, pues carecían absolutamente de todo; sólo poseían el gran deseo de cumplir la voluntad de Dios fuere como fuere.

Y así, a pesar de las contrariedades y dificultades que parecían surgir por todas partes, triunfó el designio de Dios, bien forjado por la fidelidad de estas dos almas santas.

El 31 de mayo de 1920 partían para Cantalapiedra la Madre María Amparo del Sagrado Corazón, como abadesa del nuevo Monasterio, Sor María Patrocinio de San Francisco y la novicia Sor María Francisca de Jesús, a las que se unió la primera postulante, Magdalena Martín, admitida por el P. Arintero, quien, al vestir el hábito franciscano, recibiría el nombre de Sor María Concepción del Niño Jesús. Don Ambrosio Morales, párroco de Cantalapiedra, y dicho Padre, acompañaron a la pequeña Comunidad desde Salamanca hasta su nuevo Monasterio. Fe grande la de este pequeño grupo, y la de sus promotores, en las palabras del Sagrado Corazón a María Amparo: “No haces tú la fundación, sino Yo; no es obra de criaturas, sino mía”<sup>10</sup>.

El Monasterio del Sagrado Corazón ya estaba fundado. El P. Arintero siguió cuidando con sumo cariño de la Comunidad, tanto en la atención espiritual de la Madre e hijas, como de las necesidades materiales. Asimismo, no dejó de enviar alguna buena vocación, precisamente las dos que habían de suceder en el cargo de abadesa de la Comunidad a Madre María Amparo: la Madre María Ana de la Inmaculada –que falleció antes de cumplir dos años de gobierno– y la Madre María de Jesús Amor Misericordioso –que desempeñó el cargo con gran provecho del Monasterio y Comunidad durante veintiocho años consecutivos. No es extraño, pues, que en una ocasión una monja dominica le

10. Id., p. 293.

reprochara fraternalmente: “Parece mentira, Padre, que quiera Vd. más a las monjas de Cantalapiedra, que no son de nuestra Orden, que a nosotras. Allí manda Vd. vocaciones y aquí no manda ninguna”. A lo que él contestó: “Siempre se quiere más a las hijas que a las hermanas...”<sup>11</sup>. De esta suerte, medio en risa, medio en broma, quedó zanjado el asunto.

SOR MARÍA ÁNGEL DE LA EUCARISTÍA, OSC  
*Cantalapiedra*

11. A. ALONSO LOBO, *op. cit.*, p. 152.

## LITURGIA

### *Ecclesia de Eucharistía.* Una nueva encíclica de Juan Pablo II

El 17 de abril de 2003, Jueves Santo, el Papa Juan Pablo II publicó su catorce encíclica que lleva el título latino *Ecclesia de Eucharistía*, es decir, *la Iglesia vive de la Eucaristía*. El Papa tenía la costumbre desde el inicio de su pontificado de enviar una carta a todos los obispos y sacerdotes el Jueves Santo, pero el año 2003 con motivo de sus cincuenta años de sacerdocio y veinticinco de ministerio petrino nos ha ofrecido una encíclica cuyos destinatarios son todos los católicos.

Con esta carta encíclica el Papa ha querido implicar a toda la Iglesia en la reflexión sobre la Eucaristía, recordándonos a todos la centralidad de este sacramento y disipando las sombras doctrinales o prácticas que no son aceptables y ocultan el verdadero significado de este misterio cristiano que debe resplandecer con todo su fulgor.

#### 1. UNA ENCÍCLICA DOCTRINAL, CONTEMPLATIVA Y TESTIMONIAL

La encíclica nos recuerda la teología del concilio de Trento y la del Vaticano II; desde este punto de vista su pretensión es *doctrinal*, y trata de evitar las siguientes tendencias teológicas –de las que se habla en el n.º 10– consideradas no adecuadas:

- los que niegan el carácter sacrificial de la Eucaristía reduciéndola a un banquete fraterno;
- los que niegan la necesidad de que la Eucaristía deba ser necesariamente celebrada *in persona Christi* por un

ministro válidamente ordenado, defendiendo que la celebración puede ser presidida también por un laico o un encargado de la asamblea;

- los que niegan la validez de la adoración de la Eucaristía después de que la celebración haya acabado;
- los que proponen la admisión a la comunión a aquellos que no están en plena comunión con la Iglesia católica con el fin de promover el ecumenismo.

Aunque el tono de la encíclica es doctrinal, el Papa ha querido darle también un talante *contemplativo*, es decir, ha tratado de resaltar el hecho del misterio. Esta encíclica es un ejercicio de contemplación mistagógica, esto es, se pretende introducir al lector en la intimidad del misterio eucarístico, haciéndole sentir al que lee que la Eucaristía es un don con el cual Cristo nos nutre, nos santifica, nos hace entrar en comunión íntima con él y nos edifica como miembros vivos de su Iglesia.

El Papa alude además en varias ocasiones a su experiencia personal de fe. Con lo cual la carta no sólo es una encíclica magisterial o doctrinal y contemplativa sino también testimonial. Por eso no nos debe extrañar que Juan Pablo II anime fuertemente y pida a los pastores que en su pastoral, a su vez, estimulen la participación de los fieles al culto eucarístico con su testimonio personal.

## 2. EL CONTEXTO ECLESIAL DE LA ENCÍCLICA

El texto hay que situarlo en el marco de la evangelización del tercer milenio y en la celebración del año del Rosario. Con la publicación de esta encíclica se pretende robustecer el valor de la Eucaristía así como mantener sus valores perennes. Todo se enmarca en el programa del Papa para la Iglesia de este tercer milenio que se nutre del lema: *"contemplar el rostro de Cristo y contemplarlo con María"*. El rostro de Cristo tiene varias presencias y la Eucaristía

es una de esas presencias que alimenta e ilumina a la Iglesia.

La lectura del texto se debe realizar a la luz de la tradición del magisterio anterior. El presente documento es un nuevo hito en la enseñanza de la Iglesia. Se deben tener en cuenta las tres encíclicas existentes sobre la Eucaristía: la de León XIII, *Mirae Caritatis*, del 28 de mayo de 1902; la de Pío XII, *Mediator Dei*, del 20 de noviembre de 1947; y la de Pablo VI, *Mysterium Fidei* del 3 de septiembre de 1965. Tampoco podemos olvidar los documentos conciliares: *Lumen Gentium* y *Sacrosanctum Concilium*; ni la Carta Apostólica de Juan Pablo II, *Dominicae Cena* del 24 de febrero de 1980.

### 3. ESTRUCTURA DE LA ENCÍCLICA

La encíclica consta de una estructura muy precisa de fácil lectura para todos aquellos que quieran acceder directamente al texto. El esquema de la carta es el siguiente:

#### a. *Introducción: nn. 1-10*

Como indica su nombre estos números son introductorios y sirven para que nos situemos en el texto y contexto de la encíclica. Se parte de la afirmación de que la Iglesia vive de la Eucaristía, fuente y cima de toda la vida cristiana y se reconocen algunas sombras actuales que distorsionan su comprensión y celebración.

#### b. *Seis capítulos: nn. 11-58*

Es el cuerpo de la encíclica y, por tanto, la parte más importante. En ella destacan los aspectos sacrificiales de la Eucaristía y de la comunión. Especialmente interesante es la dimensión eclesiológica de este misterio de la fe que es el sacrificio de la Eucaristía.

*Capítulo 1: Misterio de la fe: nn. 11-20*

En esta sección se destaca la naturaleza sacrificial de la Eucaristía. La Misa hace presente el sacrificio de la cruz, la donación total de Cristo a Dios Padre para la salvación de los hombres. En el texto se habla de la *presencia real* que se opera gracias a la consagración, la cual produce lo que el Concilio de Trento denomina con el nombre de *transustanciación*.

La Eucaristía se describe como un misterio que sólo puede ser comprendido desde la fe, porque ella no es otra cosa más que un misterio de fe. Se declara sin titubeos que Cristo está presente después de la consagración en las especies de pan y vino hasta que éstas persistan, y que la eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. Comulgando, Jesús se nos da como alimento mientras recibimos su Espíritu y la vida eterna.

*Capítulo 2: La Eucaristía edifica la Iglesia: nn. 21-25*

Se reconoce que la celebración eucarística está en el centro del proceso de crecimiento de la Iglesia. Si la incorporación a Cristo y a la Iglesia se hace por el Bautismo, se confirma que estos vínculos se renuevan y consolidan por la Eucaristía, especialmente mediante la participación en la comunión.

La Eucaristía es exaltada también como fuente y culmen de la evangelización. Y en este contexto se nos habla del culto a la Eucaristía fuera de la Misa. Este culto deriva del mismo sacrificio eucarístico y tiende a la comunión sacramental y espiritual.

*Capítulo 3: Apostolicidad de la Eucaristía y de la Iglesia: nn. 26-33*

La Eucaristía edifica la Iglesia y ésta hace la Eucaristía, por eso se podría asegurar que la Eucaristía es como la Iglesia: una, santa, católica y apostólica.

La sucesión apostólica es analizada y valorada como un elemento esencial para la Iglesia y para la celebración de la

Eucaristía de la que se encarga el sacerdote ministerial. El presbítero tiene la misión de celebrar el sacrificio eucarístico *in persona Christi*, identificándose sacramentalmente con el Sumo y eterno sacerdote que es el autor y el principal sujeto de su propio sacrificio, en el cual no puede ser sustituido por ninguno. Toda Eucaristía precisa, por tanto, la presidencia de un sacerdote ordenado por los sucesores de los apóstoles.

La carta afirma también claramente que la Eucaristía es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio. Se aconseja al presbítero que la celebre cotidianamente, incluso se llega a afirmar que, al tratarse la Eucaristía de una acción de Cristo y de su Iglesia, ésta incluso se puede celebrar aunque no puedan participar los fieles.

#### *Capítulo 4: Eucaristía y comunión eclesial: nn. 34-46*

La encíclica, al analizar el tema de la Eucaristía y su relación con la comunión eclesial, asegura que sólo en contexto de comunión se hace legítima la celebración eucarística y la verdadera participación en ella. Esta comunión puede ser:

- invisible: si se realiza en Cristo, con el Padre por la acción del Espíritu Santo y también entre los fieles. Esta comunión supone la vida de la gracia y la práctica de la virtud de la fe, de la esperanza y de la caridad.
- visible: la cual implica la comunión con la doctrina de los Apóstoles, con los sacramentos y con la jerarquía.

En virtud de esta comunión invisible hay que celebrar la penitencia si existe conciencia de pecado antes de comulgar. Con esta práctica se reitera lo que dice el Concilio de Trento en caso de pecados graves o mortales.

También se reitera, en virtud de esta comunión, la posibilidad de negar la participación en ella a los que comentan públicamente una falta grave manifiesta. También se reconoce como necesario para una plena vivencia eucarística el estar en comunión con el Papa y el Obispo.

La encíclica recuerda a todos los creyentes que la misa dominical es preceptiva, salvo impedimento grave. Y para evitar inadecuadas ideas y prácticas ecuménicas, no se permite la concelebración eucarística con los fieles de las Iglesias o comunidades eclesiales separadas. Y se afirma que no se puede comulgar en una confesión que no tenga un sacramento válido del Orden.

Además se reconoce que se puede administrar a otros cristianos que no están en plena comunión la Eucaristía, la penitencia y la unción si: desean recibir el sacramento vivamente, lo piden libremente, y si se tiene la fe en esos sacramentos como la tiene la Iglesia católica.

*Capítulo 5: Decoro de la Celebración Eucarística: nn. 47-52*

En este apartado se nos alienta a celebrar dignamente la Eucaristía. En el n.º 48 se asegura que la Iglesia no ha tenido miedo de “*derrochar*” dedicando sus mejores recursos para expresar serenamente su asombro ante el don inconmensurable de la Eucaristía. Se nos insiste en que es preciso celebrar en un *contexto digno, con actitud de devoción* y con *expresiones externas* que evoquen y subrayen la magnitud del acontecimiento que se celebra.

Así mismo se recomienda encarecidamente respetar la normativa eclesial de la liturgia eucarística, y cuidar la música, el templo, su estructura y su arte.

*Capítulo 6: En la escuela de María, Mujer eucarística: nn. 53-58*

En esta sección eminentemente mariológica se reconoce que María tiene una estrecha relación con la Eucaristía y se defiende que ella es una mujer eucarística con toda su vida, la maestra en la contemplación del rostro de Cristo, que nos guía hacia el Santísimo Sacramento.

Se reconoce que el evangelio no nos indica que ella estuviese en la institución del Jueves Santo, pero sí nos dice el

NT que estaba con los discípulos en oración en Hch 1,14, ella no faltaba a las celebraciones de la primera comunidad cristiana. Aunque María nos impulsa a celebrar la Eucaristía con las palabras: *haced lo que él os diga*.

Se afirma de ella que ha practicado su fe eucarística antes de ser ésta instituida, porque ella ofreció su seno para la Encarnación del Hijo de Dios. En la Encarnación, ella anticipa la pasión, muerte y resurrección de Cristo, y en su *fiat* se parece al fiel que dice Amén al recibir la comunión.

María en la visitación fue un verdadero tabernáculo, pues en ella Jesús está presente pero de modo invisible para la humanidad, aunque estaba allí irradiando su gracia.

En una frase de gran hondura se nos dice que el rostro de María contemplando a su Hijo al nacer debe ser nuestra actitud de creyentes ante la Eucaristía. La dimensión sacrificial de la Eucaristía se da en María en la Pasión. Su preparación para el calvario es como una comunión espiritual: deseo, ofrecimiento, participación. En la cruz Cristo nos da a su madre, en la Eucaristía sentimos también cómo Dios nos entrega a María

Se recuerda también cómo María escuchó a los apóstoles decir las palabras eucarísticas y cómo ella tuvo que sentir la vivencia de que aquello era su Hijo.

Por último, se nos insiste en que necesitamos releer el *Magnificat* en sentido eucarístico, como alabanza y acción de gracias. María alaba al Padre *por* Jesús, pero también lo alaba *en* Jesús y *con* Jesús. Se recuerdan las maravillas de Dios, mientras cantamos al cielo nuevo y a la tierra nueva que se anticipan en la Eucaristía.

### c. *Conclusión: nn. 59-62*

Con recuerdos de su propia vida y con honda emoción, el Papa nos da un testimonio de su fe personal en la Eucaristía. Juan Pablo II nos anima a trabajar en la evangelización del tercer milenio sacando para ello nuestra fuer-

za de la Eucaristía, y nos previene para que evitemos toda instrumentalización y reducción de este sacramento.

Se nos insiste en la necesidad de un renovado compromiso ecuménico; aunque éste sea un camino plagado de obstáculos, contamos con la Eucaristía que es un verdadero tesoro, pues en este sacramento se resume todo el misterio de nuestra salvación.

#### 4. A MODO DE EVALUACIÓN DE LA ENCÍCLICA

La pretensión de Juan Pablo II no es ofrecer con esta encíclica un tratado sistemático o definitivo sobre la Eucaristía sino salir al paso de ciertas interpretaciones y prácticas que distorsionan y oscurecen la vivencia de este gran misterio de la fe. Recordándonos las doctrinas más tradicionales de la Iglesia sobre la Eucaristía, su carácter sacrificial, resalta, sobre todo, las dimensiones eclesiales de este sacramento.

Aunque se nos anima encarecidamente a celebrar la Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana, también se nos insiste en que le demos culto a la presencia eucarística de Cristo fuera de la Misa, con la exposición del santísimo sacramento, su adoración y visita. En este proyecto de desarrollo de una espiritualidad eucarística se intenta despertar en nosotros o acrecentar el hambre de Eucaristía, la cual nos proporciona el consuelo, la fuerza y la ayuda que precisamos para la vida de la gracia y la tarea evangelizadora.

El mejor homenaje que podemos hacer a esta catorce encíclica de Juan Pablo II es leerla con espíritu meditativo y con el objetivo de robustecer nuestros vínculos con la Eucaristía de la cual vive toda la Iglesia.

FR. RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO O.P.  
*Salamanca*

## TESTIGOS

# Wenceslao Fernández Moro: “misionero todo terreno”

### INTRODUCCIÓN

El año 1953 llegaba a las Caldas de Besaya un veterano misionero, ya retirado, para dar Ejercicios Espirituales a ciento cincuenta jóvenes dominicos estudiantes de filosofía, y a una docena de profesores al frente de los cuales estaba de Prior el bondadoso P. Cortabarría.

El P. Wenceslao, que así se llamaba el misionero, ganó la atención y simpatía del numeroso y complejo auditorio, a base de una sorprendente sencillez y, sobre todo, ilustrando sus charlas con las mil anécdotas y aventuras vividas en medio de las difíciles y arriesgadas selvas amazónicas peruanas. Fueron unos ejercicios espirituales distendidos, agradables, que dejaron traslucir la paz de aquellos que se ponen con entera generosidad al servicio del evangelio.

### 1. SÍNTESIS BIOGRÁFICA

El P. Wenceslao, o *Wences* como lo llamaban los amigos, era asturiano, nacido en un hogar “*cristianísimo*” el 2 de octubre de 1884 en Santibáñez de Murias. En plena adolescencia sufrió la muerte de su madre y con quince años decidió ingresar en el convento de Corias (Asturias).

Una vez realizados sus estudios de filosofía y teología y ordenado sacerdote, el año 1912 conmovido por las dificultades que encontraban los primeros dominicos enviados desde España a las Misiones del Urubamba y Madre de Dios

del Perú, se ofreció voluntario para incorporarse a tan hermosa tarea evangelizadora.

Su trabajo misionero se desarrolló principalmente en Puerto Maldonado, Koribeni, Parroquia de Lares, Quillabamba, Lago Valencia y Lima. Fuera del Vicariato también atendió la Parroquia de Lambayeque.

En 1951, a causa del deterioro de su salud, regresó a España donde siguió unido al Vicariato mediante una serie de publicaciones sobre las misiones y sobre biografías de misioneros, que quedarán como documentos imprescindibles para cualquier estudio histórico del Vicariato de Puerto Maldonado. Muere en Palencia el 14 de Mayo de 1961.

Detrás de esta apretada síntesis de su vida se esconde un gran misionero al que le tocó desarrollar una serie de actividades variadas y hasta casi contrapuestas, como respuesta a la urgencia de los problemas de los Puestos de Misión.

## 2. BAUTISMO MISIONERO

El entusiasmo juvenil de los misioneros llegados a las selvas peruanas no tardaba en verse puesto a prueba, como así le aconteció al P. Wenceslao camino de su primer destino a Puerto Maldonado, aunque para aliviar su sufrimiento tuviera la suerte de ir acompañado del gran misionero, el P. Pío Aza.

Después de descender a lomos de mulo y en destartalados carruajes, las peligrosas estribaciones de la cordillera andina rodeadas de precipicios, había que continuar el viaje a Puerto Maldonado en canoa. Pero la llegada de los misioneros a *Astillerio* –un pobre y despoblado caserío, que hacía de “pequeño puerto” del río Tambopata–, no solía estar programada o sincronizada, de tal manera que la mayoría de las veces había que esperar, resignadamente y con santa paciencia, a que de nuevo apareciera en el horizonte la ansiada canoa. En el caso presente la espera de la pequeña embarcación duró once días.

Pero si ya de por sí esta espera no era nada agradable, teniendo que soportar el agobio y la pesadez de un clima tropical húmedo y caluroso, las cosas se complicaron aún más, cuando al P. Wenceslao se le agravó una enfermedad gástrica que arrastraba desde el inicio de su viaje. Tuvo que soportar una fiebre de cuarenta grados en su cuerpo, acompañada de una temperatura ambiente de treinta y cinco grados a la sombra.

El valiente y generoso Pío Aza, lloró al pie del camastro del joven misionero pensando que se moría, y hasta buscó un lugar donde darle sepultura.

Afortunadamente el 2 de septiembre pudieron los misioneros llegar a Puerto Maldonado después de cuarenta días de viaje desde que salieron de Lima. El P. Wenceslao recompuso su maltrecho cuerpo en breve tiempo y empezó su tarea misionera.

## 2. MÍSTICA MISIONERA

El nacimiento del Vicariato supuso una entrega fuera de lo común por parte de la primera generación de misioneros, bajo el empuje y liderazgo de Monseñor Zubieta y el P. Pío Aza. Cuando el P. Wenceslao llega a las misiones peruanas, diez años después que el P. Zubieta hubiera fundado el Vicariato de Puerto Maldonado, ya llevaban seis años presentes en el Vicariato los primeros misioneros enviados por la Provincia de España.

El Vicariato, en los comienzos del trabajo misionero del P. Wenceslao, era como un niño que empezaba a caminar, al que había que cuidar con esmero para que fuera creciendo y fortaleciéndose hasta alcanzar la mayoría de edad con los menores riesgos posibles. No fue una tarea fácil, la que tuvieron que realizar los misioneros de las generaciones inmediatas a la de los que habían cimentado las bases de las misiones dominicanas en la amazonía peruana. Pero

la entusiasmada mística misionera de los frailes dominicos de aquellos tiempos les dio fuerzas para enfrentarse a una serie de obstáculos y dificultades, que de otra manera hubieran desanimado a cualquiera. Del P. Wenceslao son las siguientes palabras: *"Para los nuevos operarios, que vinieron el año pasado llegó la hora deseada por ellos para coadyuvar a sus hermanos de la selva. Y, ¡qué contentos reciben la orden de partir! Ni se preocupan del lugar donde los manden, ni discuten ventajas, ni exigen comodidades, ni gran avío de vituallas para el viaje. Diré que van a la buena de Dios, pero no a ciegas"*.

### 3. PREGUNTAS DE LOS NATIVOS

Lo primero que constataron, tanto el P. Wenceslao como todos sus compañeros de los primeros tiempos, es que el misionero era un personaje sorprendente para el nativo, casi tanto como para el misionero lo era el nativo. De hecho, si las dificultades de los misioneros surcando los ríos impetuosos con arriesgados torbellinos, atravesando las escarpadas montañas andinas rodeadas de profundos desfiladeros... habían sido grandes, no menos quebraderos de cabeza habría de causar su encuentro con los selvícolas, con quienes tendrían que salvar una gran sima o distancia de dos culturas o maneras de ser muy diferentes y contrapuestas.

Por otra parte, como la experiencia del nativo con el hombre blanco hasta la llegada del misionero había sido muy dolorosa, las primeras preguntas que el nativo hacía al *novel misionero*, no eran muy acogedoras, según el P. Wenceslao: *"¿A qué vienes? ¿Qué me traes? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?"*

Más adelante, cuando ya el nativo iba conociendo al misionero le irá planteando nuevos interrogantes acerca de la extraña manera de ser de estos nuevos hombres blancos:

“¿Tú no danzas? ¿Tú no te emborrachas? ¿Tú no tienes mujer? ¿Tú no peleas?”

Por supuesto, que a todos estos interrogantes los misioneros ya venían preparados para dar unas respuestas religiosas bien seguras, como las que el mismo Wenceslao apunta, después de distribuir obsequios a los selvícolas. “*Te traigo también –les dirá– un alma nueva, un corazón de oro, y hasta un cuerpo más recto, como Dios creó el primer hombre*”.

Las sublimes y hermosas respuestas que Wenceslao daba a todos estos interrogantes, después de repartir, alimentos, ropas, machetes etc., apenas eran percibidas por los selvícolas.

Pronto se dio cuenta de que la gente mayor el único lenguaje que entendía era el de las dádivas desinteresadas, y el de las palabras que fueran mensajeras de amistad y no de reprensión. No era poco si al menos así iba siendo aceptado en el entorno de sus vidas.

#### 4. LOS CIMIENTOS DE LA EVANGELIZACIÓN

Con diligencia puso manos a la obra para levantar un nuevo pueblo cristiano, empezando por los más pequeños de Puerto Maldonado. El siete de Marzo de 1913 (fiesta por entonces de santo Tomás), el P. Wenceslao inauguraba, con presencia de las autoridades, la primera escuela-internado con capacidad para veinte y dos niños. Él, iba a ser su primer director y profesor, como había sido también su constructor, levantando paredes, fabricando pupitres, una mesa y un banco, ayudado por fray Emilio Iborra y dos peones.

Su apuesta por la educación de la infancia como tarea prioritaria en la evangelización de los selvícolas, tuvo continuación en Koribeni, donde según el P. Ferrero, misionero que años después estaría al frente de la misma misión: “*La escuela de Koribeni, debe quedar también como obra inicial del P. Wenceslao*”.

Una vez los niños en la escuela del P. Wenceslao, la educación de aquellos hijos de la selva no era tarea fácil. Enfrentados desde el primer instante de sus vidas con el desafío de la propia subsistencia en medio de una exótica naturaleza atractiva y peligrosa a la vez, con un clima húmedo y soporífero, los niños que aparecían, indolentes, indisciplinados y volcados por completo al fantástico mundo exterior; habían sufrido también, *“el descuido y desamor de los padres de familia y la hostilidad del medio florestal”*.

Por eso el primer paso que hay que dar –según el P. Wenceslao– con estos niños desamparados, y con un futuro a la intemperie de sus instintos, era: *“tenderles la mano como a propios hijos; tapar su desnudez, enjugar sus lágrimas, prodigarles sonrisas... pues de todo esto se hallan desprovistos”*. De hecho la mayoría de los internados se convirtieron en orfanatos, en donde el P. Wenceslao hacía de todo, desde improvisado sastre, cortando y cosiendo la ropa de sus colegas, hasta cocinar *“los platos más exquisitos para los grandes días de fiesta”*.

Sólo así, con este amor de auténticos padres, los misioneros y los nativos fueron venciendo barreras tan difíciles y complejas como las del idioma, pues mientras que el misionero apenas lograba hacerse entender con su lenguaje abstracto, genérico..., el lenguaje excesivamente concreto de los nativos, *aturdía* a los misioneros.

La cantidad de inconvenientes que había que sortear era de tal magnitud, que el P. Wenceslao aconseja mucha paciencia y constancia, evitando *“soñar con transformaciones repentinas..., transigiendo en lo transigible...”*

Con este buen espíritu, el P. Wenceslao echa mano de todo lo que esté a su alcance para captar la voluntad de aquellas criaturas que se asomaban a una vida nada fácil para ellos. No sin cierto orgullo y satisfacción escribe: *“Lo he dicho en otras ocasiones: la primer pelota de fútbol que se jugó en las dos zonas de nuestras Misiones del Urubamba y*

*Madre de Dios han sido las de nuestros alumnos de la Misión de S. Jacinto y S. José de Koribeni”.*

Tocadiscos, máquina de cine, un verdadero lujo para aquellos tiempos en la selva, son instrumentos traídos a la misión con generosidad y entusiasmo, para atraer la atención y asombro de sus queridos alumnos.

Debió tener bastante aceptación el P. Wenceslao en sus enseñanzas y catequesis, ya que según el P. Ferrero: *“El P. Wenceslao fue siempre muy muchachero”*. En la crónica escrita en la revista de misiones con motivo de su fallecimiento se dice: *“Hemos oído a algunos misioneros que andando por diversos ríos se encontraron con antiguos alumnos del P. Wenceslao, que se hacían lenguas de él y le atribuían todo el éxito de su vida”*.

##### 5. MAESTRO DE OBRAS, PEÓN, CAMINERO, ETC.

Las primeras generaciones de misioneros tuvieron que echar mano del pico, pala, azadón y serrucho, nada más llegar al campo de su apostolado. *“Ningún misionero –escribe el P. Wenceslao– rehúsa el trabajo de las manos, aun el más rudo...; esa ley que redime al hombre”*.

Pero al mismo tiempo que el misionero iba levantando unas elementales viviendas para desarrollar su tarea evangelizadora, quería mostrar nuevas maneras de entender la vida, que favorecieran la salud, el desarrollo humano y espiritual, y también una relación más positiva hacia otros colectivos humanos, que hasta entonces lamentablemente había sido de una auténtica explotación por parte de los visitantes.

De ello es bien consciente el P. Wenceslao: *“El ejemplo dado a los selvícolas con nuestros trabajos de edificios y campos..., logra al cabo del tiempo acostumar a los machiguengas a trabajos metódicos y de mucha constancia”*.

Ejemplo significativo de lo que acabamos de decir fueron la Capilla y la Casa Misión de S. José de Koribeni. La

Capilla que llamó la atención en aquel tiempo -año 1923 en la selva-, por ser toda ella de piedra, tuvo como único albañil al P. Wenceslao y de ayudantes a los chicos de la misión.

La Casa de Koribeni fue ya una gran obra: Un pabellón con dos pisos de veinte metros de largo por seis de ancho que tardó dos años en construirlo. *“Tampoco necesitó -como dice el P. Ferrero- arquitectos que le hiciesen los planos. Él lo fue todo, planificador y realizador. Y allí lo verías nuevamente, calado el sombrero, con la paleta, nivel y plomada...”*

El mismo P. Wenceslao al hacer la crónica de la inauguración, con justificada complacencia y merecido descanso, “no olvida los dieciséis mil adobes que tuvo que hacer en compañía de sus queridos machiguengas”. Éste era el *tercer milagro*, según Fray Emilio Iborra, el hermano que le acompañaba en la misión; el segundo, según el mismo Fray Emilio fue la construcción de la Capilla con cantos rodados del río, y el primero fue el camino de quince kilómetros de Chirumbia a Koribeni.

El motivo que empujó al P. Wenceslao a meterse en tan complicada empresa fue que, recién llegado a Koribeni, tuviera que hacerse cargo también de la misión de Chirumbia que, aunque sólo estaban separadas por 35 kilómetros, el camino era complicado al tener que surcar en canoa las aguas del Urubamba, y después caminar cuatro horas por las peladas crestas de los montículos que conducían a Chirumbia. Cada vez que hacía el viaje el P. Wenceslao tenía que andar convenciendo y suplicando a algunos selvícolas machiguengas para que le acompañaran.

Cansado de tanta complicación, el P. Wenceslao ideó abrir un nuevo camino que simplificará los inconvenientes que tenían que sufrir actualmente los misioneros. Su hermano y compañero Fray Emilio Iborra, tomó los planes del improvisado *“ingeniero de caminos”* un poco a broma, entre otras cosas porque no creía que los selvícolas aguantaran jornadas programadas de trabajo durante tres meses. Pero el P. Wenceslao montó su estrategia para convencer a los

machiguengas..., y los quince kilómetros del nuevo camino se concluyeron en el plazo previsto.

Esta obra tuvo resonancia en la capital de la Provincia de la Convención, Quillabamba. El Alcalde nombró al P. Wenceslao Agente Municipal del Cercado de Chirumbia, considerando que el camino de Koribeni a Chirumbia “*abría una arteria de vida de gran trascendencia para la Convención*”.

#### 6. ESCRITOR: ARTICULISTA, CRONISTA, BIÓGRAFO

Los misioneros de las primeras etapas del Vicariato tenían el mandato de reseñar, aunque fuera en pequeñas crónicas, las vicisitudes y acontecimientos de sus expediciones y de sus Puestos de Misión. La revista *Misiones Dominicanas* recogió hermosas crónicas y reflexiones acerca de toda la problemática misionera.

Sin duda el P. Wenceslao fue uno de los misioneros más asiduos y constantes escritores del Vicariato. Sus escritos podríamos distribuirlos en tres apartados.

##### a) *Artículos en la revista “Misiones Dominicanas”*

Aparte de las crónicas ordinarias de sus trabajos normales en los Puestos de Misión, el P. Wenceslao escribió una buena cantidad de artículos de los más variados temas para la revista de los que entresacamos como muestra algunos de ellos: *Los afluentes del río Urubamba*, *Farmacopea machigenga en 65 capítulos*, *Estudio del clima*, *Actos de Religión y Actos Morales*, *SONDEOS –El alma de un auténtico amazón de hoy–* (reflexiones en trece artículos sobre las costumbres y sicología de los nativos según la mentalidad de la época).

Y hasta nos transmitió su sensibilidad poética en dos artículos que tituló: *Poesía en la interpretación horaria de la*

*fauna y de la flora de la selva, de los que transmitimos dos textos: el Amanecer y la Puesta de Sol.*

*"Hora. 5 a.m.- ¡Do, re, mi; do, re, fa, sol! El dulce flautero, pequeño pájaro, entona su canción, que son arpegios arrancados suavemente a su propia lira. Lo que le falta en riqueza de ropaje y tamaño, con arrogancia lo suple su delicado canto matinal y vespertino. Raro como el ave del Paraíso y los cuervos blancos; dulce placentero como los céfiros primaverales de las orillas del Genesaret en tiempo de Jesucristo. Y al delicado gorjeo del flautero todos los vivientes de la fauna unen su voz. Es un despertar de primavera, es una amanecer de resurrección universal. Y el sol dora los penachos de la fronda que ríe alborozada, y que ebria está de aromas.*

*Hora 5 a 6 p.m.- Fácilmente se adivina en la montaña que son las cinco y minutos de la tarde, marcados por el reloj vegetal. Susurran las ramas la última plegaria, mecidas por el céfiro; hay pena en las flores, lágrimas en las hojas, silencio en las plantas ribereñas. El último parpadeo del disco del sol es como un toque de campana conventual que llama a la floresta a la meditación, al reposo, al sueño reparador. Callemos, duermes ya; no la inquietemos. Pero, ¡ve! ¡qué bondadosa fronda! Como tierna y compasiva madre cobija entre sus ramas millares deavecillas, y en su seno caliente, cariñosamente las mece. También los simios encuentran albergue seguro en las asilas de sus gigantes brazos, y en las hendiduras o cunas de sus tallos se albergan innumerables individuos de la fauna. Y no es el hombre el menos favorecido en el reparto de tantos servicios florestales".*

#### *b) Cronista del Vicariato*

Al P. Wenceslao le debemos la crónica-histórica de los cincuenta primeros años del Vicario de Puerto Maldonado. Recogidos los apasionantes sucesos misioneros en un libro de cerca de ochocientas páginas, bajo el título "*Cincuenta años en la selva Amazónica*", el P. Wenceslao ha sido portavoz de la extraordinaria generosidad de un grupo selecto de

misioneras y misioneros, que desarrollaron su labor evangelizadora enfrentándose a una serie de grandes dificultades y peligros en el más absoluto anonimato de las selvas amazónicas.

Con razón, el P. Osende –fundador de la revista “Misiones Dominicanas”–, en el prólogo que hizo al libro del P. Wenceslao, dijo de esta obra: *“Muchos méritos ha conquistado el Autor de esta obra en sus cuarenta años de vida misionera, y grandes fueron sus servicios a las Misiones del Urubamba y Madre de Dios. Pero, tal vez ninguno le iguale en importancia a la publicación de este trabajo”*.

También publicó un pequeño libro, *“Rincones del Amazonas”*, donde se recogen sus múltiples viajes diseñados en su Diario.

Como un deber de gratitud y con sumo respeto, el P. Wenceslao escribió cuando ya estaba retirado en España, las biografías de Monseñor Zubieta y el P. Pío Aza, con los que tuvo la inmensa suerte de compartir sufrimientos, alegrías y, sobre todo, los grandes ideales sobre la misión amazónica.

La vida de Monseñor la dejó enmarcada el P. Wenceslao en un sencillo título: *EL Padre Zubieta*, que responde fielmente a la dolorosa y bella paternidad de los hechos que allí se relatan con motivo de la fundación del Vicariato Misionero del Perú. *“Vida ejemplarísima en infinidad de matices –dirá el P. Wenceslao en la introducción–; vida heroica de este luchador..., irreductible a la injusticia, intrépido para lo más arduo del camino..., aunque le salga el acerbo de afrentas y amenazas de muerte...”*

En *“El Adalid del Evangelio”*, pone todo su afecto y veneración hacia el P. Pío Aza, que como hemos visto anteriormente en los comienzos de su vida misionera fue su ángel protector. Con razón al comienzo de su libro el P. Wenceslao escribe: *“...Pagaré por lo menos en parte, la deuda contraída con este misionero de feliz recordación...”*. Para añadir más adelante: *“¡Qué tipo de misionero!, ni soñado.*

*Aspecto de asceta; barba larga bien poblada; voz sonora, agradable; su decir, de frase clásica, sin rebusqueos, espontánea, y siempre con coloridos de gracia orleada con una sonrisa atrayente. Me infundió veneración y previno mi alma con mil encantos para un futuro dichoso”.*

También dejó escrito un pequeño folleto, sobre el P. Félix García, el gran Apóstol de Vilcabamba.

## 7. LA FUERZA Y EL AMOR DEL ESPÍRITU

Después de esta apretada síntesis de la multivariada actividad misionera del P. Wenceslao, se podría pensar que los futuros apóstoles de las *selvas amazónicas* llevaban una preparación previa y específica para desarrollar su trabajo en el campo misionero. La inmensa mayoría de los misioneros llegaron al Vicariato de Puerto Maldonado, tan sólo con el bagaje de una gran mística evangélica, que anunciaba a Jesucristo como el salvador y liberador de todos los sufrimientos y limitaciones de los seres humanos, y de una manera especial de aquellos hijos de la selva olvidados, y con frecuencia oprimidos por los visitantes de afuera.

Las actividades materiales, tales como la albañilería, agricultura, ganadería, carpintería, enfermería..., y otras como la de escritor, contaron la mayoría de las veces, sólo con la buena voluntad del misionero y las cualidades innatas con que estaba dotada su persona. La dificultad de estos trabajos se acrecentaba mucho más, al tener que realizarlos en lugares donde apenas existían medios materiales, y las vías de comunicación eran excesivamente lentas y complicadas.

Solo la gran fortaleza espiritual, fruto de la mística misionera, le hizo emprender trabajos que en circunstancias normales hubieran desanimado a cualquiera. El P. Wenceslao, después de unos cuantos años de experiencia misionera, enumeraba una serie de cualidades que contri-

buyen a dar una buena respuesta evangelizadora a los problemas de la misión: *“Valentía y Decisión, Despojo Universal (ningún bien terreno ni ventaja personal), Paciencia Inquebrantable, Constancia sin Límites...”,* y sobre todo *Oración, Mucha Oración*”. Sin duda alguna, aquí estuvo el secreto de su prodigiosa actividad, y cualquiera de los grandes misioneros de entonces hubiera firmado esta propuesta del P. Wenceslao.

Esta fortaleza de *espíritu*, era impulsada por la generosidad de un amor desinteresado, que se manifestó en primer lugar con los hermanos y compañeros de misión. Ya hemos visto la veneración y afecto que siempre tuvo hacia el P. Pío Aza, después del primer viaje al interior de la selva, añadiremos tan sólo un breve comentario a propósito de la crónica que hizo con motivo de su muerte: *“Hilvano estas cuartillas con cariño –escribe el P. Wenceslao– con el impulso que da la gratitud, con el empeño de un amigo que corre a depositar en la tumba del que amaba, una lágrima, una plegaria, una corona; muestras de lo que siente el corazón...”*.

Sintió también, y se vio afectado profundamente por la muerte de otro hermano y compañero de tareas misioneras, el P. Guillermo del Campo.

Este afecto fraternal y de auténtica amistad llegó a extenderse hacia algunas familias machiguengas, que al principio veía tan distantes para poder conectar con sus modos de vida y de expresar sus sentimientos. Y así escribe acerca de un matrimonio machiguenga de Koribeni: *“Domingo y Pilar ya me han precedido a la eternidad; he rezado sobre mis muertos queridos. Me han hecho vivir muchos días de ventura; los he amado. Espero que yo, él y ella nos amaremos en el cielo por toda la eternidad”*.

Hemos traído a nuestra consideración la vida del buen P. Wenceslao, que se entregó con gran generosidad en el servicio misionero. Una actividad como la suya no hubiera sido posible durante los cuarenta años que permaneció en

el Vicariato de Puerto Maldonado, *sin la fuerza y el amor del espíritu evangélico.*

Como confirmación de lo que acabamos de decir nos ha quedado el esquema de su vida diaria consignado por él mismo: *“Madrugar, hacer la meditación, la Santa Misa, el desayuno de lo que hubiera, y sin pérdida de tiempo al trabajo, a las tareas, a las clases, y Santo Rosario todos los días con los neófitos”.* Rendido de cansancio por el trabajo, *“más de una vez amaneció vestido junto a la cama, con el Rosario en las manos... y al despertar hacía esta exclamación... ¡Ánimas Benditas!... ayudadme...”*

ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.  
*Peña de Francia*

## ESCUELA DE VIDA

### Las vías de conocimiento de Dios de Santa Teresa de Lisieux (III)

Su relación con el Dios trinitario, la oración,  
los sacramentos, las devociones,  
los ejercicios espirituales

Sorprende comprobar la *cantidad y variedad* de vías de conocimiento de Santa Teresita. También es importante el hecho de que sea capaz de ser *consciente* de ello y lo *exponga* en *Historia de un Alma*.

Hemos intentado pormenorizar lo más posible sus vías de conocimiento. A la hora de colocar los apartados hemos comenzado por los más, digamos, “espirituales” y después he ido pasando a los más “rationales”. No hemos pretendido hacer una gradación exhaustiva de lo más “espiritual” a lo más “racional”, ya que creo que es imposible, pues no estamos hablando de hacer una clasificación de algo perfectamente medible y delimitable. De hecho ni siquiera hemos querido subdividir este apartado en dos: las vías espirituales y las racionales, pues, por ejemplo: ¿hasta qué punto la contemplación de un paisaje puede ser más –o menos– espiritual que una oración o que la lectura de un libro? Lo que sí hemos dejado para el final (5/5) a propósito esas “experiencias especiales” –los milagros, visiones, etc.– que santa Teresita creyó tener.

## SU RELACIÓN CON EL DIOS TRINITARIO

*El amor de Dios*

“Comprendí (...) que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que el alma más sublime (...). Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza” (A, 1895: 1873-1877, p. 27).

*Jesús*

## “Director de directores”

“He dicho que Jesús había sido ‘mi director espiritual’. Cuando entré en el Carmelo, conocí al que podía haberlo sido (...). Reducida a no recibir de él más que una carta al año, por doce que yo le escribía, pronto mi corazón se volvió hacia el Director de los directores, y él fue quien me instruyó en esa ciencia escondida a los sabios y a los prudentes, que él quiere revelar a los *más pequeños...*” (A, 1895: 1888-1889, p. 186).

## Le ilumina desde su interior

“He observado muchas veces que Jesús no quiere que haga *provisiones*. Me alimenta momento a momento con un alimento totalmente nuevo, que encuentro en mí sin saber de dónde viene... Creo siempre que Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobre corazón, es quien me concede la gracia de actuar en mí y quien me hace descubrir lo que él quiere que haga en cada momento” (A, 1895: 1890-1895, p. 200).

*El Espíritu Santo*

“Si alguna vez se me ocurre pensar y decir algo que les gusta a mis hermanas, me parece completamente natural

que se apropien de ello como de un bien suyo propio. Ese pensamiento pertenece al Espíritu Santo y no a mí, pues san Pablo dice que, sin ese Espíritu de amor, no podemos llamar “Padre” a nuestro Padre que está en el cielo. El es, pues, muy libre de servirse de mí para trasmitirle a un alma un buen pensamiento”. Pero, “los pensamientos más hermosos no son nada sin las obras” (C, 1897: 1896-1897, p. 283).

## LA ORACIÓN

### *En la cama*

En la cama era “donde hacía yo mis meditaciones más profundas y donde, a diferencia de la esposa del Cantar de los Cantares, encontraba yo siempre a mi Amado” (A, 1895: 1883-1886, p. 89).

### *Sin saberlo hacía oración*

“Hasta entonces, nadie me había enseñado la forma de hacer oración, a pesar de que tenía muchas ganas. Pero María pensaba que era ya bastante piadosa, y no me dejaba hacer más que mis oraciones. Un día, una de las profesoras de la Abadía me preguntó que hacía en los días libres cuando estaba sola. Yo le contesté que me metía en un espacio vacío que había detrás de mi cama y que podía cerrar fácilmente con la cortina, y allí “pensaba”. –¿Y en qué piensas?, me dijo. –Pienso en Dios, en la vida..., en la ETERNIDAD, bueno, *pienso*... La religiosa se rió mucho de mí. Más tarde le gustaba recordarme aquel tiempo en que yo *pensaba*, y me preguntaba si todavía seguía *pensando*... Ahora comprendo que, sin saberlo, hacía oración y que ya Dios me instruía en lo secreto” (A, 1895: 1883-1886, p. 94).

*Definición de oración*

“Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada lanzada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra, es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús” (C, 1897: 1896-1897, p. 293).

*La oración se opone a la inquietud*

Respecto a la dialéctica Marta-María: “Parece que –María– no da nada, pero da mucho más que Marta, que anda inquieta y nerviosa con muchas cosas y quisiera que su hermana la imitase. Lo que Jesús censura no son los trabajos de Marta (...). Lo único que Jesús quisiera corregir es la ardiente inquietud de su ardiente anfitriona. Así lo entendieron todos los santos, y más especialmente los que han llenado el universo con la luz de la doctrina evangélica. ¿No fue en la oración donde san Pablo, san Agustín, san Juan de la Cruz, santo Tomás de Aquino, san Francisco, santo Domingo y tantos otros amigos ilustres de Dios bebieron aquella ciencia divina que cautivaba a los más grandes genios?” (C, 1897: 1896-1897, p. 313).

## LOS SACRAMENTOS

*El bautismo*

“Tiene que dejar el santo bautismo en las almas un germen muy profundo de las virtudes teologales, para que aparezcan ya desde la infancia y baste la esperanza de los bienes futuros para hacerles aceptar los sacrificios” (A, 1895: 1886-1887, p. 140).

### *La confesión*

De su primera confesión cuenta: “Al salir del confesionario, me sentía tan contenta y ligera, que nunca había sentido tanta alegría en mi alma. Después volví a confesarme en todas las fiestas importantes, y cada vez que lo hacía era para mí una verdadera fiesta” (A, 1895: 1877-1881, p. 57).

“Pero apenas entré en el confesionario, sentí que se dilataba mi alma. Apenas pronuncié unas pocas palabras, me sentí maravillosamente comprendida, incluso *adivinada*... Mi alma era como un libro abierto, en el que el Padre –el sacerdote– leía mejor incluso que yo misma... Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la *confianza* y del *amor*” (A, 1895: 1890-1895, p. 210).

“Pues bien, yo soy esa hija, objeto del amor previsor de un *padre* que no ha enviado a su Verbo a rescatar a los *justos* sino a los *pecadores*. El quiere que yo le *ame* porque me ha *perdonado*, no mucho, sino *todo*. No ha esperado a que yo le *ame mucho*, como santa María Magdalena, sino que ha querido que YO SEPA hasta qué punto él me ha amado a mí, con un amor de admirable prevención, para que ahora yo le ame a él ¡con *locura*...! He oído decir que no se ha encontrado todavía un alma pura que no haya amado más que un alma arrepentida. ¡Cómo me gustaría desmentir esas palabras...!” (A, 1895: 1883-1886, pp. 106-107).

### *La primera comunión*

“¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma...! Fue un beso de *amor*. Me sentía amada, y decía a mi vez: “Te amo y me entrego a ti para siempre” (A, 1895: 1883-1886, p. 98).

### *La confirmación*

“Por fin llegó el momento feliz. No sentí ningún viento impetuoso al descender el Espíritu Santo, sino más bien

aquella *brisa tenue* cuyo susurro escuchó Elías en el Horeb... Aquel día recibí la fortaleza para *sufrir*, ya que pronto iba a comenzar el martirio de alma...” (A, 1895: 1883-1886, pp. 101-102).

## LAS DEVOCIONES

### *A la Virgen María*

“Antes de coger la pluma, me he arrodillado ante la imagen de María (...), y le he pedido que guíe ella mi mano para que no escriba ni una línea que no sea de su agrado” (A, 1895: 1873-1877, p. 26).

### *A sus parientes difuntos*

“Cuando María entró en el Carmelo, yo era muy escrupulosa. Como ya no podía confiarme en ella, me volví hacia el cielo. Me dirigí a los cuatro angelitos que me habían precedido allá arriba, pues pensé que aquellas almas inocentes, que nunca habían conocido ni las turbaciones ni los miedos, deberían tener compasión de su pobre hermanita que estaba sufriendo en la tierra (...). Fue creciendo mi devoción hacia mis hermanitos y hermanitas, y me gusta conversar a menudo con ellos” (A, 1895: 1883-1886, p. 117).

### *A la Madre Genoveva*

“Cuando aún vivía le dije una vez: –‘Usted, Madre, no irá al purgatorio’. –‘Así lo espero’, me contestó con dulzura. Y seguro que Dios no defraudó una esperanza tan llena de humildad. Prueba de ello son todos los favores que de ella hemos recibido...” (A, 1895: 1890-1895, p. 206).

*A santos, santas y otros*

Santa Inés, Santa Cecilia, Juana de Arco y Santa María Magdalena (B, 1896: 1896, cf. pp. 235-236).

## LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Sobre los ejercicios para la preparación de su Primera Comunión:

“Me resulta imposible expresar el dulce recuerdo que me dejaron estos ejercicios. Verdaderamente, si había sufrido mucho en el internado, la dicha inefable de aquellos pocos días pasados a la espera de Jesús me compensó abundantemente... No creo que se puedan saborear estas alegrías en otra que en las comunidades religiosas” (A, 1895: 1883-1886, p. 95).

JULIÁN DE COS, O.P.  
*Salamanca*

# Alma

Alma en el hombre es la esencia,  
lo vital, trascendental,  
las principales potencias,  
lo que no tiene final.

Todo nuestro entendimiento,  
el talento, voluntad,  
todos nuestros sentimientos,  
contemplar y razonar.

La capacidad de amar,  
sentir, conectar, pensar,  
y lo que sigue brillando  
para no apagarse más.

No dudemos es memoria,  
gozo, sensibilidad,  
lo que es espíritu eterno,  
inmortal e inmaterial.

Es lo que no tiene peso,  
ni es tangible de tocar,  
del cuerpo la fortaleza  
aun no siendo material.

Es toda nuestra consciencia,  
ciencia de todas las ciencias,  
intocable, transparencia,  
que resulta sustancial.

Lo sobrehumano, chispa,  
es también el resplandor,  
lo que alimenta y aviva  
materia y el interior.

Soplo de Dios, su presencia,  
donde en nosotros está,  
y lo que con Él conecta  
en unión fundamental.

Es lo divino, fraterno,  
nacido a la eternidad,  
va a la Gloria en el después,  
si se acoge desde ya.

BASILIO BENITO SÁNCHEZ  
*Salamanca*

## Bibliografía

JOHN BRIGHT, *La Historia de Israel*, DDB, Bilbao 2003, 650 pp.

La Editorial Desclée de Brouwer nos presenta la reedición en castellano de una de las obras de más grande difusión del conocido teólogo e historiador presbiteriano estadounidense John Bright, titulada “la Historia de Israel”, cuya primera edición, dedicada a su maestro Albright, es de 1959.

Para esta ocasión la obra ha sido revisada y aumentada, y el trabajo realizado ha sido muy variado, especialmente ha consistido en introducir abundantes correcciones a los cuatro primeros capítulos, también se ha suprimido una sección y se han modificado diversos párrafos, incluyéndose además en el libro una introducción y un apéndice del especialista del AT, W. P. Brown que completan y enriquecen la presente edición. También se han actualizado la bibliografía y las notas a pie de página.

Esta obra, que después de su publicación pronto se convirtió en un manual, se caracteriza por tratar de conjugar armónicamente los datos de la Biblia, de la arqueología y de la historia del Oriente Próximo. El texto del original de 1959 fue revisado en una segunda edición de 1972 y por tercera vez en 1980, y en todas estas mejoras se percibe un renovado y creciente interés por la teología. Nuestro autor manifiesta a lo largo de todo su texto que ha percibido que la fuerza motriz de la historia de Israel es la fe y desde esta convicción no nos resulta extraño, por ejemplo, que destaque la importancia de la teología de la alianza en la formación y en el desarrollo histórico del pueblo de Israel.

Este libro de J. Bright, que tiene como principales destinatarios a los estudiantes de teología o a los estudiosos de la historia antigua, muestra con claridad que el interés de su autor y de la misma obra es doble. Por un lado, le preocupan los datos de la teología y por otro le interesan complementariamente los que nos ofrece la historia. Para él son inseparables ambas facetas.

Es tal el resultado del trabajo que se puede afirmar que esta obra es un clásico de los manuales de historia de Israel y su publicación es un buen homenaje a su autor que falleció ya en 1995 y que había sido un gran investigador; discípulo del gran arqueólogo Albright y condiscípulo del también conocido G.E Wright.

Al final de la obra resulta muy interesante el apéndice confeccionado por W. P. Brown en el que se nos recuerda el desarrollo de la Historia de Israel desde el año 1981 hasta la publicación de este nuevo texto en el año 2000. La reflexión de este apéndice incide, sobre

todo, en los trabajos que tratan sobre la prehistoria, los orígenes y la monarquía de Israel. Y, en esta sección, se nos presenta la postura de J. Bright ante los principales trabajos publicados y los límites y correcciones que Bright realizó a sus teorías ante los resultados de estas investigaciones.

Por su rigor científico y por su actualización, recomendamos la lectura de este libro que es ya un clásico de los estudios teológicos e históricos.—*Fr. Rafael González Blanco O.P.*

JAVIER ABAD GÓMEZ, *Cuando habla el corazón. La oración, fortaleza del hombre y «debilidad» de Dios* (Cuadernos Palabra 138), Palabra, Madrid 2002, 195 pp.

Los 17 capítulos que tejen el entramado de este libro nos ofrecen diferentes reflexiones sobre la oración utilizando numerosas citas, tanto de los Evangelios como de autores clásicos y más recientes. En primer lugar se pregunta ¿qué es oración? La definición más importante que aquí se recoge es la de “conversación con Dios” o diálogo personal, íntimo, profundo –de corazón a corazón– entre el alma y Dios. Luego se mencionan las disposiciones necesarias para la oración: la fe, la humildad, la confianza y la sencillez, la valentía y la generosidad. Después se enumeran los distintos tipos de oración: la bendición, la adoración, la petición, la acción de gracias, la alabanza. A continuación se presentan las distintas expresiones: la oración vocal, la meditación y la oración contemplativa. Otro capítulo se detiene a explicar cómo hay que prepararse para la oración, proponiendo como pautas el recogimiento de la imaginación y de los sentidos externos y la selección de un tema. Se alude también al Espíritu Santo como alma de la oración cristiana. Se recuerda que el libro de los Salmos sigue siendo insustituible en la oración de la Iglesia. Se habla del Evangelio como el libro más importante que debe nutrir nuestra oración; de la Eucaristía como centro y raíz de la oración; de la liturgia en general como fuente de la oración; de la utilidad de otros libros, tanto del pasado como del presente, como ayuda (sobre todo al principio) para dirigir el pensamiento, mover la voluntad, encender el amor, suscitar los afectos y orientar los propósitos.

También nos habla de cómo se hace la oración. Eso depende de un sinfín de circunstancias. No existen pautas rígidas ni premeditadas; cada persona debe encontrar su estilo para dirigirse al Amado. No obstante, es conveniente aprovechar la experiencia de aquellos hombres y mujeres cuyas horas de oración suman días, meses y años. Entre esas pautas señala las siguientes: ponerse en la presencia de Dios mediante una oración preparatoria; no soltar el diálogo con Jesús; dejar que hable el Señor; tratarlo familiarmente, como un hijo trata a su padre; huir de la retórica; tener espíritu de lucha para des-

errar las distracciones, doblegar los obstáculos, domar la pereza y la fatiga; pedir ayuda; dar gracias.

Entre las dificultades que podemos encontrar en nuestra vida de oración el autor señala las siguientes: la falta de fe, la acedia, la falta de perseverancia, el no sentir nada, las distracciones, el que se nos agote el tema o el ánimo, el cansancio, el fracaso en la oración.

Puesto que la oración no es un juego de palabras, debe producir manifestaciones prácticas, debe mejorar al orante, debe corregir el rumbo de nuestra vida, debe suprimir los obstáculos que frenan nuestra buena relación con Dios, con los demás y con el trabajo. Por eso, como fruto de la oración sacaremos propósitos claros de ánimo y de conducta.

Los últimos capítulos nos hablan de la relación que existe entre el trabajo y la oración, de la oración de los niños, de la Virgen como modelo de perfecta oración. Al final del último capítulo podemos encontrar una breve bibliografía sobre el tema.

Se trata de un libro sencillo, de fácil lectura, donde se tocan muchos temas clásicos relativos a la oración.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

GEORGES CHEVROT, *El evangelio al aire libre* (Cuadernos Palabra 141), Palabra, Madrid 2003, 249 pp.

Con el deseo de ser escuchado por todos, Jesús predicaba a menudo al aire libre, unas veces junto al lago Tiberiades, otras en la pendiente de una colina, y en muchas ocasiones por los caminos o en los campos. A esta particularidad debemos el estilo tan concreto y gráfico del evangelio, que recurre con frecuencia a comparaciones sacadas de la vida corriente y a veces de las escenas que sus oyentes están presenciando en ese momento. Teniendo esto en cuenta, el autor del presente libro trata de seguir al Maestro en su predicación, reflexionando en primer lugar a partir de las consideraciones que le sugirieron los animales.

Las catorce primeras meditaciones tratan los siguientes temas: sobre valor de la vida humana en comparación con los gorriones; sobre la confianza en Dios, a propósito de las aves del cielo, que ni siembran ni almacenan en graneros; sobre la necesidad del desprendimiento, a propósito del camello y de la aguja; sobre la caridad, la justicia, la compasión, la fe, como las mejores formas de honrar a Dios, a propósito del mosquito y del camello; sobre el respeto de la persona humana, a propósito del buey y del asno en el abrevadero; sobre el deber de ayudarse mutuamente, a propósito de la oveja caída en el pozo; sobre la forma de situarnos frente a la violencia, a propósito de los corderos en medio de lobos; sobre la prudencia y la sencillez cristianas, a propósito de las serpientes y palomas; sobre la oportunidad en el apostolado, a propósito de las cosas santas, que no

se deben dar a los perros, y de las perlas, que no se deben dar a los cerdos; sobre la vocación de los cristianos, a propósito de las ovejas del buen Pastor; sobre las llamadas de Jesús al pecador, a propósito de la oveja descarriada; sobre el retorno del pecador a Jesús, a propósito de la gallina que reúne a sus polluelos; y sobre la Navidad y el niño sin hogar, a propósito del Hijo del hombre que no tiene donde reclinar la cabeza, a diferencia de las zorras que tienen guaridas y de las aves del cielo que tienen sus nidos.

Las quince meditaciones restantes, que encontramos en la segunda parte del libro, se inspiran en la contemplación de la naturaleza por parte de Jesús y tratan los siguientes temas: sobre el primer día del año, a propósito del sol y la luna; sobre la juventud del cristiano, a propósito del vino nuevo y del agua viva; sobre la actualidad del cristiano, a propósito de las señales del cielo; sobre la intrepidez del cristiano, a propósito de la tempestad del lago; sobre la eficacia del cristiano, a propósito del trigo que crece solo; sobre las disposiciones del cristiano, a propósito del campo del sembrador; sobre el hecho de que todos los cristianos no son santos, a propósito de la cizaña mezclada con el trigo; sobre el progreso en la vida del cristiano, a propósito del camino y del sendero; sobre la prohibición de mirar atrás, a propósito del labrador que traza su surco; sobre los frutos del cristiano, a propósito de los higos y de las uvas; sobre las obras del cristiano, a propósito de la higuera estéril; sobre la infinita misericordia del Salvador, a propósito de la caña cascada; sobre la unión de Cristo y los cristianos, a propósito de la vid y los sarmientos; y, finalmente sobre el grano de trigo que muere en la tierra, a propósito de la Pascua.

Estas 29 meditaciones, escritas con un estilo elegante y sencillo, nos ayudan a recorrer el evangelio desde una perspectiva original, al mismo tiempo que interpelan nuestra vida cristiana y nos hacen mirar al mundo en el que estamos insertos con los ojos de la fe.—  
*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

BERNARDO ROBLEDO, *El apostolado del Maestro* (Cuadernos Palabra 139), Palabra, Madrid 2002, 185 pp.

Secundando la doctrina de la Carta *Tertio millennio ineunte*, del papa Juan Pablo II, el autor de este libro quiere despertar en todos los lectores, independientemente de su edad, sexo o condición física o social, la responsabilidad que Jesús nos dejó en su testamento del Monte de la Ascensión y de Pentecostés, es decir, la responsabilidad y el deber de vivir la vocación a la santidad y, por consiguiente, al apostolado. El autor expresa su convencimiento de la necesidad que existe hoy de evangelizar la Iglesia, de meter a Cristo en todas las encrucijadas de esta tierra, de sembrar generosamente la paz y la alegría por todas partes.

Como lo propio del cristiano es imitar a Cristo en todo –entendiendo por imitación la identificación total con su Persona–, el primer paso a dar consistirá en conocerle bien a fondo, con toda la intimidad posible. Tal imitación sólo se puede llevar a cabo, en primer lugar, por la acción de la gracia en nosotros; luego por el encuentro sacramental con Cristo –especialmente en la Penitencia y en la Eucaristía–; en tercer lugar, por la oración; y, finalmente, por la lectura asidua y meditada de los Evangelios. En el trato familiar con Cristo podemos aprender a hacer el apostolado como él lo hacía. Éste sólo será eficaz en la medida en que sea el apostolado de Cristo y no el nuestro.

Utilizando un estilo literario cuidado y recreando imaginativamente las escenas evangélicas a las que se refiere en cada caso, el autor nos va conduciendo a través de los diez capítulos que vertebran el libro a profundizar en el conocimiento de Cristo y reconocer las claves fundamentales de su ministerio apostólico.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

MARTÍN GELABERT BALLESTER, *La gracia. Gratis et amore* (Trazos 3), San Esteban, Salamanca 2002, 138 pp.

Esta obra parte de la necesidad de actualizar el discurso sobre la gracia, a fin de redescubrir su vigencia. En la introducción se reflexiona sobre el sentido de la expresión latina del subtítulo: el autor muestra con agudeza su alcance mucho más hondo que el que se le da en el uso común. Sigue un primer capítulo, que recoge con brevedad y claridad la doctrina tradicional con sus bases bíblicas, y las controversias históricas que la fueron configurando. Finalmente, en el capítulo segundo se propone una teología renovada de la gracia, de la que se destacan, en sendas secciones, su realidad fontal (“gracia es el amor gratuito de Dios”), su presencia incisiva en el hombre (“gracia es la persona transformada por el amor de Dios”), su necesidad y su universalidad. Se prescinde de diversos aspectos, más propios de un manual escolar, y se ofrecen una serie de ‘trazos’ (es el título de la colección en que aparece la obra) que esbozan el perfil apasionante de ese misterio de amor que vive el ser humano a partir del don de Dios. Si exceptuamos algunas páginas de la introducción, un tanto enmarañadas, el libro merece múltiples elogios: por la perspicacia para traducir certeramente en lenguaje posconciliar conceptos de rancia estirpe escolástica, por el optimismo que emana a cada paso de sus planteamientos, por la apertura de horizontes que descubre en la oferta divina de gracia; en fin, por saber ponerse al alcance del gran público desde su dedicación profesional a la cátedra. Un regalo que nos merece gratitud, y una predicación que nos invita además a la acción de gracias.—*Emilio García, O.P.*

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### Santo Domingo de Guzmán y la cruz de Cristo

La cruz de Jesús es para los cristianos de todos los tiempos el testimonio más elocuente del amor de Dios hacia la humanidad y el símbolo de su victoria sobre el pecado y la muerte. Constituye el elemento esencial de la espiritualidad cristiana que todos debemos esforzarnos por reproducir en nuestra vida. La cruz inspira todo impulso hacia la santidad. Santo Domingo, siguiendo las huellas del Salvador, se abrazó a la cruz y la amó sólo porque Jesús también la amó e hizo de ella la expresión más alta de su amor al Padre y a la humanidad<sup>1</sup>.

Domingo se impregnó hasta lo más profundo de su ser de estos sentimientos de Jesús e imprimió en el corazón de sus frailes el amor a la cruz y a todo lo que ella representa. Su pobreza voluntaria, su vida austera, su caridad apostólica, sus renunciaciones constantes son la mejor muestra de su amor a la cruz de Jesús. Pero donde se expresa con mayor claridad su unión a Cristo sufriente es en la oración. Quienes convivieron con él de cerca nos cuentan que durante la

1. Cf. G. BEDOUELLE y A. QUILICI, *Les frères prêcheurs autrement dits Dominicains*, Paris 1997, p. 31.

celebración de la eucaristía derramaba tal cantidad de lágrimas, sobre todo al pronunciar las palabras del canon, que una gota no esperaba a la otra. Esta emotividad y dramatismo brotaba del asombro y de la tristeza propia de los santos al recordar la incompreensión del amor infinito de Dios por parte de la humanidad. Domingo sufre con Cristo y en Cristo por quienes viven alejados de Cristo. De ahí nace su deseo de anunciar a todos la Palabra de Dios como prolongación del ministerio de Jesús. En su oración privada y personal Domingo abría su corazón a Cristo sufriente para suplicarle con lágrimas e incluso con rugidos: “Señor, ten piedad de tu pueblo. ¿Qué será de los pobres pecadores?”. Y para intensificar su oración unía a ella el esfuerzo corporal mediante genuflexiones, postraciones, flagelaciones... Todo ello expresa la misma preocupación de Jesús por la salvación de la humanidad<sup>2</sup>.

El opúsculo titulado *Los nueve modos de orar de santo Domingo* testimonia esta pasión por la cruz de Cristo. Las bellas ilustraciones que le acompañan muestran casi siempre a Domingo orando ante la imagen de un crucificado que tiene las heridas abiertas y del que sigue brotando sangre. En su oración Domingo comparte la agonía de Jesús. De ahí que algún pintor se haya atrevido a representar la pasión mística de Domingo como una vivencia espiritual en la que se identifica totalmente con la pasión del Salvador. El sexto modo de oración nos lo presenta orando con los brazos en forma de cruz, forma que no era habitual en él y que reservaba únicamente para cuando, inspirado por Dios, comprendía que algo grandioso y sorprendente iba a ocurrir en virtud de la oración. En el noveno modo podemos leer que yendo de viaje algunas veces se protegía contra la tentación haciendo el signo de la cruz.

2. Cf. D. ABBRESCIA, *La preghiera nella prima generazione dominicana*, en I. COLOSIO (a cura di), *Saggi sulla spiritualità Dominicana*, Firenze, 1961, pp. 57-60.

Este amor a la cruz fue igualmente inmortalizado por los bellos frescos de Fray Angélico donde Domingo aparece orando al pie de la cruz, ya sea arrodillado junto al madero ensangrentado del crucificado, ya sea abriendo sus brazos en forma de cruz al mismo tiempo que observa como la sangre de Cristo riega la tierra sedienta, o cubriendo su rostro después de haber contemplado tanto dolor en Jesús crucificado, o postrándose ante la cruz y tocando casi con su mano la sangre que corre por el madero, o abrazándose con ternura al árbol de la vida.

En el *Diálogo* de santa Catalina de Siena el Padre eterno dice de Domingo que tomó el oficio de su Hijo unigénito esparciendo sus enseñanzas con verdad y luz, para destruir las tinieblas del error; e hizo comer a sus frailes la luz de la ciencia en “la mesa de la cruz”. No quiso que sus hijos atendieran a otra cosa que a permanecer a esta mesa con la luz de la ciencia, buscando únicamente la gloria y la alabanza divina, así como la salvación de las almas<sup>3</sup>. Este deseo caló muy hondo en las primeras generaciones de frailes dominicos, hasta el punto de que se desvivían por identificarse lo más posible con Jesús crucificado. A lo largo de la historia muchos dominicos y dominicas se han destacado por una devoción especial a la pasión y, en concreto, a la cruz de Jesús. En la cruz han sabido encontrar, como san Pablo y Domingo y otros muchos, la verdadera sabiduría.

Fray Gerardo de Frachet en su obra *Vida de los Hermanos*, haciendo historia de los primeros momentos de la Orden de Predicadores, denomina con frecuencia a la imagen del crucificado pintado en los muros de las celdas de los frailes *libro abierto de la vida y libro del arte del amor de Dios*, es decir, el libro del amor con el que Dios nos amó<sup>4</sup>. Esta relación tan estrecha entre el amor y la cruz que establecían

3. Cf. CATALINA DE SIENA, *Obras de santa Catalina de Siena. El Diálogo. Oraciones y Soliloquios*, BAC, Madrid 1980, p. 403.

4. Cf. J.-R. BOUCHET, “Le Christ «Libre de vie». La dévotion au crucifié chez les premiers prêcheurs”, *La Vie Spirituelle* 141 (1987) 131.

los cristianos medievales nos lleva a pensar que Domingo se refería a la cruz de Cristo cuando un estudiante le preguntó en qué libro había estudiado para predicar de forma tan incomparable y hablar de las Sagradas Escrituras tan agradablemente, y le respondió diciendo<sup>5</sup>: “Hijo, estudio, más que en ningún otro, en el libro de la caridad, porque éste lo enseña todo”<sup>6</sup>.

Como nos dicen acertadamente Guy Bedouelle y Alain Quilici, Domingo tuvo sin duda la gracia de Cristo en la cruz, es decir, la gracia de percibir la inmensa angustia de un mundo sin Dios; él conoció el sufrimiento de Jesús quien veía cómo se alejaban de él aquellos a los que justamente había venido a reunir<sup>7</sup>. Esta gracia sigue siendo de una gran actualidad en nuestro mundo en el que muchas personas viven como si Dios no existiera y experimentan el sinsentido de su propia vida. Hoy sigue siendo urgente que Dios suscite esta misma gracia en todos los cristianos y, a su vez, que éstos se dejen interpelar por ella.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

5. Cf. *Ibid.*

6. Cf. G. de FRACHET, *Vidas de los Hermanos*, en L. GALMES y VITO T. GÓMEZ y otros, *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*, BAC, Madrid 1987, p. 428.

7. Cf. G. BEDOUELLE y A. QUILICI, *o.c.*, pp. 31-32.

# Bienaventuranzas (III)

### BIENAVENTURADOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ (MT 5, 9)

Dios es un Dios de paz: “tiene designios de paz y no de aflicción” (Jr 29, 11). En Él está la plenitud de la vida sin antagonismos. Bien diferente es lo que ocurre en la sociedad humana, donde abundan las discordias y las contiendas; y lo que acontece en el mismo interior del hombre, dividido por las tendencias contrarias de la carne y del espíritu (Ga 5, 17-21).

La *paz* es un gran bien: un bien divino, como la justicia y la verdad. Nuestra aspiración a la paz auténtica debe ser un orden presidido por Dios y en el que los hombres estén de acuerdo entre sí y con Él. De no ser así, surgirá la división aun entre los padres e hijos, entre los mismos esposos: *serán enemigos del hombre los de su propia casa* (Mt 10, 36; cf. Mi 7, 6).

*Dichosos los pacificadores*: quienes reconcilian a los contendientes, los que unen a los divididos. Los que sienten estos deseos y trabajan con esa intención. Los que pacifican al hombre mismo, poniéndole en las relaciones debidas con Dios: “*Los malos son como mar agitada... No hay paz para los malvados, dice mi Dios*” (Is 57, 20s.). Si los hombres se hacen un ídolo de sí mismos, tampoco habrá paz entre ellos: “entre los soberbios (siempre) hay contiendas”, dice santo Tomás (I-II, q. 27, a. 3): ¡quieren ser el primero! “*De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros?*” (cf. St 4, 1s. y 3, 14.16).

La *paz* es un gran bien: un bien divino, como la justicia y la verdad. Para los hebreos era “la suma de todos los bienes”. Su saludo era y es “*Shalom*” (=Paz). Desearle a uno

la paz era desearle la felicidad: todos los bienes; no sólo la ausencia de guerra, sino *el bienestar*. Los profetas confiaron a este concepto un aura mesiánica (cf. Is 9, 5-6; 11, 1ss.: Sal 72, 3.7; etc.). El Mesías “será la Paz” (Mi 5, 4); uno de sus nombres será “*Príncipe de la Paz*” (Is 9, 5). Él es “*nuestra paz, que de los dos pueblos –el judío y el gentil– hizo uno solo... destruyendo el odio y la enemistad*” (cf. Ef 2, 14-17). En la comunidad apostólica se hablará de *la paz de Cristo o de Dios* (cf. Col 3, 15; Flp 4, 7) y en el saludo inicial de las cartas se desea a los corresponsales *la paz* junto con *la gracia* (cf. Rm 1, 7 y el comienzo de las demás cartas paulinas, exceptuada Ga, como el de casi todas las otras cartas canónicas).

En Mt la paz viene a ser así mismo un resumen del pensamiento de Jesús: aparece en la *reconciliación* de los hermanos (5, 23-26) y en la *renuncia a los derechos propios* (5, 38-42), así como en *el amor a los enemigos* (5, 43-47). A esta luz hay que ver a *los pacificadores* de esta bienaventuranza.

Los *pacificadores* no son simplemente los *pacíficos*, sino “los artifices de la paz”. “*Eirenepoiós*” (= *pacificador*) sólo aparece aquí en todo el Nuevo Testamento, si bien su verbo correspondiente lo tenemos en Col 1, 20 y la fórmula idéntica de *hacer la paz* la encontramos en Efesios 2, 15 y en Santiago 3, 18, contextos en los que se trata de una actividad *reconciliadora*.

Los *pacificadores*, pues, de esta bienaventuranza son aquellos que ponen paz donde hay guerra; amor, donde hay odio y así son hijos que imitan al Padre celeste: *perfectos (o compasivos)* como Él. Los Apóstoles llevarán consigo esta paz (10, 12s.): son *evangelizadores de la paz* (Rm 10, 15), como lo es el mismo Jesús (Ef 2, 17). Todo cristiano debe difundirla (Ef 6, 15).

¿Y cuál es *el premio* de éstos? ¡Que serán llamados *hijos de Dios!* “Ser llamado” es una forma hebraizante: el nombre equivale a la “realidad” (cf. Lc 1, 35), sobre todo si quien lo pone es el mismo Dios, como, una vez más se sobreen-

tiende aquí en esta pasiva. Es decir, Dios les dará el nombre (=la realidad) de “*hijos suyos*”. La gracia de la *filiación divina*, que se destaca en esta bienaventuranza, es uno de los temas fundamentales del Nuevo Testamento (cf. ya en Mt 5, 45). Un pasaje de san Lucas (20, 36) indica que la dignidad de *hijos de Dios* alcanzará su pleno valor en la vida futura (cf. también Ap 21, 7); aunque ya aquí en la tierra puede ser una realidad inefable. Ese gozo eterno *lo gustan* ya las almas santas y fervorosas por “el sentido de esa filiación”, que les infunde el Espíritu Santo (cf. Ga 4, 6 y Rm 8, 15s). Con ello “alcanza su plenitud estética la septiforme irisación de la *felicidad mesiánica*”, que culmina con la visión del cielo cual *la familia de Dios...* Al fin y al cabo la religión cristiana es la *del Hijo* que nos revela al *Padre celestial*.

DICHOSOS LOS PERSEGUIDOS POR CAUSA DE LA JUSTICIA  
(MT 5, 10-12)

Las bienaventuranzas en su conjunto son, como hemos dicho, “la flor y nata del Evangelio”: en ellas se nos presenta en breve síntesis el ideal cristiano. En frase de san Agustín, son *el modo perfecto de la vida cristiana*. Pues bien, el culmen y resumen de todas ellas es ésta última: *¡la de los perseguidos por causa de Jesús!* En ella la virtud del cristiano y su configuración con Cristo llegan a su apogeo.

Cuando se escribió el actual evangelio de san Mateo los cristianos ya sabían mucho de vejaciones y persecuciones. Desde luego por parte de los judíos, pues fueron perseguidos por causa de Jesús desde el principio, según vemos por el libro de los Hechos y también por la carta a los Hebreos (cf. 10, 32-34). Así es que la primitiva comunidad de Jerusalén tuvo que vivir las bienaventuranzas, también ésta, que es la más difícil.

Jesús había invitado a sus discípulos a llevar la cruz en pos de Él, a beber su cáliz (Mt 16, 24s.; 20, 22; etc.). Él era el Siervo de Yahvé paciente; también tenían que parecersele en esto sus discípulos. En la parábola del sembrador ya preveía Él que algunos, ante *la persecución*, desertarían por falta de raíces: *cuando se presenta una persecución por causa de la palabra* (13, 21).

La persecución de los creyentes no era una novedad: ya el libro de la Sabiduría elogia al *justo perseguido* y habla de su felicidad ultraterrena (Sb 2, 10-3, 9). Buen ejemplo de ello fueron los mártires Macabeos (2M 6-7). Pero Jesús, que recordará aquí a los profetas mismos, va mucho más allá: dice que sus discípulos serán dichosos –experimentarán *la felicidad*– en el presente, ¡justamente cuando sean perseguidos!

Los cristianos serán objeto de persecución así mismo fuera de Palestina. Lo vemos ya por los Apóstoles. San Pedro exhortará a los destinatarios de su primera carta, diciendo: *si sufrís a causa de la justicia, dichosos vosotros* (1P 3, 13). Y a los esclavos cristianos, que pueden tener amos severos, les amonesta: *Sed sumisos con todo respeto... Porque bella cosa es tolerar penas por Dios... Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas* (cf. 1P 2, 18-21). Cristo es el arquetipo de las bienaventuranzas, sobre todo en su Pasión.

Esta bienaventuranza, cuyo texto es el más largo de todas, acaso por su misma dificultad, lleva aneja una explicación: *Dichosos vosotros cuando os injurien y os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas, anteriores a vosotros* (vv. 11-12).

La persecución tiene sus grados: puede ir desde la injuria y la vejación hasta el martirio. Ya San Pedro tenía también a la vista las injurias de que podían ser objeto los

cristianos por su fe: *Dichosos vosotros si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros* (1P 4, 14): *el oprobio de Cristo –es decir, el sufrido por su causa– es mayor riqueza que todos los tesoros de Egipto* (Hb 11, 26). La persecución puede llegar hasta *el martirio*, como había dicho Jesús mismo (cf. Mt 10, 17-22; etc.).

Ante tales perspectivas, nada halagüeñas para la naturaleza humana, el Señor añade: *Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos... de la misma manera persiguieron a los profetas* (5, 12). ¿No bastaba con el primer verbo: *alegraos*? El uso de dos verbos, aunque sinónimos, es una manera de subrayar *la felicidad radiante* de los perseguidos por Cristo (cf. también Ap 19, 7, que habla de las bodas celestes del Cordero). Nuestro Señor invita a alegrarse, no sólo mientras es uno perseguido, sino precisamente *por serlo* (cf. Hch 5, 40s.).

Jesús pone también ante los perseguidos *la recompensa* de ultratumba y el ejemplo de los antiguos profetas, frecuentemente perseguidos (cf. 23, 34; etc.) y a quienes equipara a los discípulos en su misión.

¿Cómo es posible alegrarse de ser perseguido? y ya ante la primera bienaventuranza más de uno de los oyentes de Jesús se mostraría escéptico, de seguro que ante esta última a muchos se les cortaría el aliento.

¿Es posible *sufrir* y *gozar* al mismo tiempo? San Pablo dice que *se alegra de sufrir por la Iglesia* (cf. Col 1, 24), y de los tesalonicenses escribe: *os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, obrando la palabra –el Evangelio predicado– con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones* (1 Ts 1, 6). También los hebreos convertidos *se dejaron despojar de sus bienes con alegría, conscientes de que poseían una riqueza mejor y más duradera* (Hb 10, 34). Eso mismo constatamos en los mártires de los primeros siglos. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo; o, como decían los platónicos, de *espíritu, alma y cuerpo*. El *espíritu* en la divi-

sión dicotómica hebrea y más corriente –de *alma* y *cuerpo*– correspondería a la parte superior del *alma*. Así es que puede uno estar diversamente afectado en esas zonas: sufrir en el cuerpo y gozar por motivos o bienes más altos es la región superior, que es la del espíritu. A bienes similares remite Jesús en esta bienaventuranza. Tampoco las otras pueden darse sin cruz.

Tal es la cumbre de la *perfección cristiana*, la cual no es otra que la del *amor*, llevado a su última expresión en el amor a los enemigos. En el mismo Sermón de la Montaña dirá Jesús: *Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos*, aludiendo inmediatamente a la *recompensa*, para terminar: *¡Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial* (5, 44.48 cf. Lc 6, 35s.).

El *amor a los enemigos*, que es el culmen o el colmo del amor, y que Jesús en la Cruz llevará a la práctica de un modo eminente al pedir perdón para sus enemigos (Lc 23, 34), viene a coincidir con esta bienaventuranza, cuya expresión suprema es esa conducta del mismo Cristo: ¡es el amor que triunfa hasta del odio, del que es objeto el cristiano en la persecución! Y así en ella puede *experimentar* la presencia inefable de Dios y su Reino, al cual le llama el Señor. San Esteban, el protomártir, cuando moría apedreado, *lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo, vio la gloria de Dios y dijo: Veo los cielos abiertos... Señor Jesús, recibe mi espíritu y*, doblando las rodillas, añadió: *Señor, no les tengas en cuenta esta pecado*. Y, dicho esto, expiró (cf. Hch 7, 55-60).

Los teólogos dirán que las bienaventuranzas son obra, no de la virtud humana –aun la más perfecta–, sino de *los dones del Espíritu Santo*; es decir, de un influjo poderoso del Espíritu divino, que no es el de la fe común. Sin embargo sería equivocado pensar que esos dones funcionan sin una cooperación o apertura a Él por nuestra parte. Para llegar a esas alturas el Señor suele purificar antes a las almas,

poniéndolas antes en situaciones de practicar a fondo las virtudes, especialmente la humildad y las teologales, acrisoladas en diversas pruebas, a veces largas. Lo vemos en la vida de los santos mismos que no han sido mártires. Un buen ejemplo de ello es una vez más San Francisco, a quien Dios acrisoló, haciéndole bajar hasta lo más profundo de la humildad, al mismo tiempo que aquilataba más y más su fe, su esperanza y la misma caridad. Cierto día, caminando con un compañero, le dirá: *¿No te parece, Hermano León, que, si al llegar al convento no nos reconocieran y nos echaran de malas maneras, deberíamos alegrarnos?* Y, cuando se encontró con los ladrones en el bosque y le dieron de palos, él, lleno de alegría, decía: *¡Soy prisionero del Gran Rey!*

#### LAS BIENAVENTURANZAS Y LA REFLEXIÓN DE LOS TEÓLOGOS

La base de la Teología es la revelación; ya por este motivo las bienaventuranzas habrían de ser objeto de la reflexión teológica.

Un primer problema era el alcance de las mismas. ¿Eran ya *dichosos* por poseer el Reino los pobres y los perseguidos, mientras los de las otras bienaventuranzas no lo serían hasta el futuro del más allá *–poseerán, serán consolados, verán a Dios–*? ¿O aun los primeros lo eran sólo por la esperanza? El uso del futuro para unas bienaventuranzas y el de presente para otras no es un argumento muy consistente: las bienaventuranzas pertenecen al género gnómico o sentencioso y en dicho género literario tanto el presente como el futuro pueden denotar un hecho constante de *la experiencia*. Decir “el que mata a espada, a espada morirá” es igual que decir: “el que mata a espada, a espada muere”.

La *experiencia cristiana* como clave hermenéutica o interpretativa parece decisiva aquí. No sabemos cómo entenderían las bienaventuranzas los oyentes de Jesús; pero sí

que los cristianos primitivos las entendieron del Reino de los cielos *ya presente en ellos* y comprobaron enseguida las afirmaciones de Jesús al respecto en la alegría que experimentaban sufriendo por Él y por su Reino. Ya los Apóstoles salían contentos del Sanedrín por haber merecido sufrir ultrajes por causa de Jesús (Hch 5, 41); san Pablo se alegraba de los padecimientos que soportaba por los cristianos (Col 1, 24); los tesalonicenses abrazaron el Evangelio *con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones*” (Ts 1, 6; cf. 1P 4, 14), como los hebreos se dejaron despojar de sus bienes con alegría, conscientes de poseer una riqueza mucho mayor (cf. Hb 10, 34). Todos ellos se sentían trasladados de las tinieblas al Reino del Hijo de Dios (Col 1, 13; cf. 1P 1, 6). La *experiencia* de la presencia de Jesús y su Reino en ellos era un hecho: lo vemos especialmente también en las cartas paulinas y en el IV Evangelio. Se constataba en los cristianos fervorosos y lo constataron luego los mártires de las persecuciones de los primeros siglos y los santos posteriores.

Pero ¿por qué no se veía esto en todos los cristianos, ni siquiera en personas que parecían virtuosas? No bastaba *la virtud* humana para tener esa *experiencia*. Las virtudes morales, aún en el cristiano ordinario, se quedan en *el justo medio*; y las teologales mismas están mediatizadas por la limitación de nuestra razón y nuestra voluntad, que son su regla y motor inmediato. Las bienaventuranzas van más allá: ¡son obra potente del soplo del Espíritu, que transciende esas limitaciones! Los *frutos del Espíritu Santo*, de que habla san Pablo en Ga (5, 22) son obra tanto de las virtudes cristianas como de los dones del Espíritu Santo; mas las bienaventuranzas lo son sólo de ese influjo suyo poderoso, que son *sus dones*. De esos dones había hablado ya Isaías, a propósito del Mesías, atribuyéndole en virtud de ellos las cualidades más excelentes de los profetas, de los sabios y gobernantes, de los fuertes guerreros y de los personajes más esclarecidos de su pueblo (cf. Is 11, 1-2). Y ese

Espíritu, que reposaba en Cristo y le consagró para su misión, habita así mismo en el cristiano, que es otro Cristo.

Nuestro organismo sobrenatural es muy rico y complejo: consta de esas *virtudes, de los dones del Espíritu Santo y de las bienaventuranzas* correspondientes, factores todos ellos que perfeccionan nuestras potencias e influyen unos en otros. Hasta entre los dones hay una cierta “sinergia” o influjo mutuo, como lo hay entre las mismas virtudes teológicas.

De ahí que los teólogos trataran de ver la correspondencia entre esos elementos: *virtudes, dones del Espíritu Santo y bienaventuranzas*. Vemos ese intento ya en san Agustín, posteriormente en san Gregorio Magno y luego en los pocos teólogos de la Edad Media y siglos posteriores.

Las opiniones no faltaron. Santo Tomás en el siglo XIII llega a una gran síntesis, que parece la más notable hasta ahora. ¿Cómo ve él la relación entre esos tres elementos? Podemos considerarla desde las mismas bienaventuranzas y desde las virtudes, potenciadas por sus dones correspondientes.

Dejando a un lado la 8ª bienaventuranza, que viene a ser “como una especie de confirmación o declaración de todas las precedentes” (I-II, 69, 3), santo Tomás nos dice que las *tres primeras bienaventuranzas* son una disposición *negativa*, en cuanto que “remueven lo que impide la felicidad auténtica; es decir: la búsqueda de la falsa felicidad, que para muchos consistiría en los bienes creados, como son *las riquezas, los honores y los placeres*. Frente a todo eso están esas tres bienaventuranzas: la de los *pobres de espíritu, la de los mansos y la de los que lloran*. Todos ellos *pregustan ya* la felicidad del Reino de los cielos.

Mas la felicidad eterna y su *pregustación* aquí en la tierra requiere cierta disposición *positiva*, ya sea remota o próxima. En cuanto a la primera está el realizar las buenas obras para con el prójimo, tanto las debidas, según pide la *justicia* (lo cual es papel de la 4ª bienaventuranza), como

las gratuitas (ver la benignidad, afabilidad, bondad...), cosa que compete a la 5ª bienaventuranza, la de los misericordiosos. En cuanto a la preparación próxima, respecto de uno mismo está la 6ª bienaventuranza (o de los limpios de corazón); y, en relación con el prójimo, la de los pacíficos, que es la 7ª.

Visto el problema desde *las virtudes*, que son potenciadas por *los dones*, el pensamiento de santo Tomás es éste:

A *la fe* corresponde por un lado *el don de ciencia*, en cuanto que discierne lo que se debe creer y lo que no se debe creer (por ejemplo, las milagrerías); y por otro, más específicamente, *el don de entendimiento*, que penetra y lee como por dentro las verdades de la fe, haciéndola luminosa, lo cual lleva a *la felicidad de los limpios de corazón* (6ª bienaventuranza).

La *esperanza*, potenciada por *el don de temor*, abre plenamente el corazón a Dios y su Reino, huyendo de ponerlo en las riquezas y bienes terrenos: crea así a *los pobres de espíritu* de la 1ª bienaventuranza. Una buena contribución a esto es la del *don de ciencia*, en su función de descubrir *la vaciedad* de los bienes terrenos, que constatamos en la bienaventuranza de *los que lloran* (la 3ª).

La *caridad*, elevada por el *don de sabiduría*, que le hace al hombre *saborear la bondad divina*, dándole “la tranquilidad del orden” desde Dios, que es la Causa suprema, le confiere la *bienaventuranza de los pacíficos, hijos de Dios* (la 7ª).

En cuanto a las *virtudes morales* podemos decir que:

El *don de consejo* potencia *la prudencia*, confiriendo al hombre un talante de benignidad tranquila, óptimo para juzgar al pobre ser humano circundado de miserias; y así desemboca en la bienaventuranza de *los misericordiosos* (la 5ª).

La *justicia* es elevada a un nivel más alto por el *don de piedad*, que colorea de bondad y afabilidad –es decir: de *amor fraterno*– las relaciones con los demás, hijos de Dios

y hermanos nuestros. Su bienaventuranza propia es *la de los mansos* (la 2ª), quienes desde su sentido filial de Dios ven, no sólo a los demás como *hermanos*, sino hasta a los animales y demás criaturas como obra del Padre. Una bienaventuranza que nos retrata a san Martín de Porres y que sería la propia de los *ecologistas*.

La virtud de *la fortaleza* es perfeccionada por *el don que lleva su mismo nombre*. Bajo su soplo potente el hombre no se arredrará ante las dificultades u obstáculos del bien obrar, que aceptará con paciencia y magnanimidad. Su bienaventuranza es la 4ª: la de *los hambrientos y sedientos de la justicia*.

Finalmente está la virtud de *la templanza*, potenciada por el *don de temor*, cuya bienaventuranza es así mismo la de *los pobres de espíritu*.

Este paralelismo de *virtudes, dones y bienaventuranzas* se basa en lo que parece específico de las virtudes y de los dones así como en lo peculiar de cada una de las bienaventuranzas. Cada una de éstas en el fondo corresponde a la misma realidad, que es el Reino de Dios, cual diversas iri-saciones o aspectos del mismo. Por otro lado no habrá que olvidar la “sinergia” o mutua influencia de cualquiera de estos elementos en los demás.

En conclusión podíamos decir que las bienaventuranzas son *el retrato espléndido y amable de los santos*, quienes, poseyendo de hecho todas, se destacan más en un aspecto que en otro. Ese retrato es al que nos remite la Iglesia en la Solemnidad de Todos los Santos, al escoger para ella como Evangelio del día el pasaje hermoso de las bienaventuranzas (Mt 5, 3-12), que en última instancia es el retrato del mismo Cristo.

L. LÓPEZ DE LAS HERAS, O.P.  
Madrid

## La espiritualidad mariana en la vida del cristiano

El papa Juan Pablo II –en la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*–, al recomendar que los cristianos aprendamos a contemplar a Cristo en la escuela de María (cfr. n. 1), indica que la Santísima Virgen es Maestra de santidad y que, por tanto, tiene un lugar importante en la vida cristiana. Más recientemente, en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, Su Santidad ha subrayado que hemos de imitar a Santa María en su relación íntima con el misterio de la Eucaristía (cf. nn. 53-58). Estas consideraciones son expresión de la “espiritualidad mariana” que el Pontífice había recomendado a los cristianos en la encíclica *Redemptoris Mater*<sup>1</sup> (cf. RM, n. 48). En este contexto parece interesante reflexionar sobre la influencia que la Virgen ha de tener en la vida del cristiano.

Se trata de reconocer la centralidad de María en la historia de la salvación y, como consecuencia, aprender de Ella a manifestar nuestra confianza en Dios a través de una vida de fe seria y honda. Es decir, vivir una espiritualidad mariana supone imitar la vida terrena de la doncella de Nazaret, que, como la primera persona humana salvada, y la primera en creer, se manifiesta como verdadero modelo de santidad para todos los hombres. “Nuestra Madre es modelo de correspondencia a la gracia y, al contemplar su vida, el Señor nos dará luz para que sepamos divinizar nuestra existencia ordinaria (...). Si aprovechamos esos

1. JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Redemptoris Mater sobre la bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina*, 25.III.1987. A partir de ahora citaremos la encíclica como RM.

instantes, imaginando cómo se conduciría Nuestra Madre en las tareas que nosotros hemos de realizar; poco a poco iremos aprendiendo: y acabaremos pareciéndonos a Ella, como los hijos se parecen a su madre”<sup>2</sup>. Esta lucha será una señal de la autenticidad de nuestra vida cristiana –que se manifiesta ahora con una clara dimensión mariana–, al constituir la respuesta humana adecuada al don de la salvación lograda por Cristo con la cooperación de su Madre, que alcanzamos en la Iglesia.

#### MARÍA REVELA EL SENTIDO DE LA VIDA

Las primeras referencias explícitas a la Virgen María en la Biblia se encuentran en el contexto del anuncio del mensaje divino por parte del ángel Gabriel. Esta escena, al revelar su vocación personal y su misión, nos ayuda a descubrir que Dios ha creado a cada persona para algo. En *Santa María* descubrimos que este “algo” es la santidad, la unión con el Dios uno y trino a través de su Hijo Encarnado. La vida de la Madre de Dios pone de manifiesto en una persona humana concreta, aquella verdad cristiana fundamental: “(...) en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él” (Ef 1, 4).

Al igual que María, el hombre alcanzará este fin al realizar su misión personal en la tierra, tal como Dios lo tiene previsto desde toda la eternidad. ¿Y cuál es esa misión? Para María fue la de ser Madre y Esposa, como es el caso de tantas otras mujeres en el mundo entero; para la mayoría de las personas la misión consiste, precisamente, en continuar siendo aquello que se es. Es decir, muchas personas descubren su misión en la vida en su propia situación familiar y social y en el trabajo profesional de cada día. Aquello, con

2. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 1ª ed., Rialp, Madrid 1973, n. 173.

lo que conlleva de dolor y alegría, derechos y deberes, adquiere un nuevo sentido porque se convierte en el “lugar”, el “medio” para alcanzar el fin, la santidad. “Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres”<sup>3</sup>.

Sin embargo, en la lógica de la historia de la salvación, no basta la llamada de Dios para que el hombre alcance su fin; hace falta la libre respuesta de la persona humana al don gratuito de Dios. La Santísima Virgen, por su fe, respondió *fiat* al mensaje del ángel “con todo su ‘yo’ humano, femenino” (RM, n. 13), y con confianza total en Dios. De este modo, se colocó personalmente en el centro de la historia de la salvación; ha entrado libremente en el “juego” de Dios con los hombres en orden a su salvación. De la misma manera, la persona humana que responde con un acto de fe libre a la llamada divina, en el momento de descubrir su vocación personal, imita realmente la fe de María; en cierto sentido podemos afirmar que participa de la fe de “la que ha creído” (Lc 1, 45). Al decir *sí* a Dios, la persona humana se coloca, como nuestra Madre, en su lugar dentro de la historia de la salvación.

María contribuyó al desarrollo de la historia de la salvación al realizar su misión divina en el mundo; paralelamente, al llevar a cabo nuestra misión en el mundo, no nos acercamos a nuestro fin a solas, sino cumpliendo nuestra parte en el desarrollo de la salvación de la humanidad. Evidentemente, con esta luz mariana, la vida humana adquiere un sentido profundísimo porque se descubre que cada acto tiene un significado salvífico –negativo o positivo–,

3. Id., *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 1ª ed., Rialp, Madrid 1968, n. 113.

tanto para el individuo, como para la humanidad entera. “Este *fiat* de María (...) ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino” (RM, n. 13) porque dio lugar a la Encarnación y la Redención del mundo. Así también, de nuestro *fiat* depende la realización del misterio divino en nosotros y en tantas otras personas, a través de la Encarnación de Cristo en las almas, al acogerlo por la fe y, como consecuencia, por la recepción de la gracia redentora.

#### MARÍA ACOMPAÑA A CRISTO EN LA FE

El conjunto de la historia de la salvación se revela como una historia de fe; así como la Antigua Alianza empieza con la fe de Abraham, la Nueva Alianza inicia con el acto de fe de María. En aquel momento, al creer lo más misterioso –que se convertiría en la Madre de Dios sin la intervención de varón–, la Virgen María se lanzó a la peregrinación en la fe que duraría hasta el final de su vida terrena.

Durante los principales episodios de la infancia de Jesús, María destaca como la mujer que cree, se fía de Dios, sin entender del todo sus planes (cf. RM, nn. 14-16). Todas estas experiencias fueron momentos en que María tuvo que creer sin comprender el porqué de los sucesos; sometió su inteligencia humana a la inteligencia divina, abriéndose, a través de la contemplación de estos hechos (cf. Lc 2, 19. 51) a comprenderlos con Dios y como Él; paulatinamente, la Virgen María entendió que, por voluntad divina, la misión de su Hijo había de cumplirse en la incomprensión y en el dolor.

La persona humana que se ha introducido libremente en la historia de la salvación ha de estar dispuesta a creer sin comprender; como María; puede aprender de Ella a no rechazar lo que no se entiende, a procurar contemplar los hechos en la presencia de Dios, con la apertura de la fe; ha de estar dispuesta a aceptar por la fe que la salvación del

hombre pasa por la sumisión del intelecto y la voluntad humana a los planes divinos, con la esperanza puesta en que Cristo es realmente el Salvador.

La vida oculta de Jesucristo durante treinta años en Nazaret supuso para su Madre una nueva profundización en su fe. Ella conoce el misterio divino, sin embargo “está en contacto con la verdad de su Hijo únicamente en la fe y por la fe. Es, por tanto, bienaventurada, porque ‘ha creído’ y cree cada día en medio de todas las pruebas y contradicciones del período de la infancia de Jesús y luego durante los años de su vida oculta en Nazaret, donde ‘vivía sujeto a ellos’ (Lc 2, 51)” (RM, n. 17). Esta situación habrá supuesto para María “una particular fatiga de corazón, unida a una especie de ‘noche de la fe’” (*Ibíd.*). Estas palabras de Juan Pablo II nos ayudan a penetrar en el alma de María quien sabe que vive con el Hijo de Dios hecho hombre, pero que le ve vivir una vida totalmente común y corriente. Todo podría indicar, visto desde fuera, que no hay nada especial en Jesús; ¿cómo descubrir en este niño que corretea por la casa, en este joven que le ayuda a recoger el agua, en este hombre que trabaja en el taller para sostener la familia, al Hijo de Dios, al Mesías tan esperado? La manera en que María vive en intimidad con el misterio de la filiación divina de su Hijo, por medio de la fe, abre todo un panorama de posibilidades para la persona que procura encontrar a Dios en medio de lo más común y corriente de la vida de cada día. Como Nuestra Madre, hemos de creer por la fe –sin ver nada espectacular– que nuestra vida está “oculta con Cristo en Dios” (Col 3, 3).

Por la fe, sabemos que nuestra vida diaria forma parte de la historia de la salvación; a través del esfuerzo de vivirla bien por amor de Dios, estamos participando en la obra divina realizada por Cristo en la tierra, junto con María. San Josemaría, el “santo de lo ordinario”<sup>4</sup> decía en este sentido:

4. JUAN PABLO II, *Discurso en la Audiencia*, 7.X.2002.

“Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino”<sup>5</sup>. María fue descubriendo este sentido divino al permanecer “*en intimidad con el misterio de su Hijo*” (RM, n. 17) y al avanzar en su itinerario de la fe; por tanto, Ella nos puede ayudar a descubrir la misteriosa presencia de su Hijo en todo lo que hacemos. La Santísima Virgen es verdadera maestra de fe en la lucha por encontrar a Dios en todo lo que constituye la vida corriente del cristiano en medio del mundo.

Al inicio de la vida pública del Señor, es la Santísima Virgen quien toma la iniciativa a la hora de fomentar la fe en Cristo de sus primeros discípulos. Con su actuación en Caná, María –consciente de estar unida a su Hijo “en las cosas del Padre”–, intercede ante Él para resolver las necesidades del joven matrimonio. Esta presencia suya revela –además de su maternidad espiritual–, su afán apostólico al procurar acercar a las almas a su Hijo, Verbo Encarnado y Salvador de la humanidad. En esto nos da ejemplo de cómo la persona humana unida a Cristo por la fe y el amor siente la necesidad de compartir este bien con los demás; por ello, se esfuerza en aprovechar las ocasiones para ayudar a las almas a creer en Cristo. María, con la fuerza de su fe y su amor, se mueve para transmitir esta fe y este amor a los discípulos de Jesús. De modo semejante, la persona humana que vive la vida divina por la gracia, con la fuerza de las virtudes infusas, ha de lanzarse para que otros descubran la alegría de ser cristiano.

#### LA FE DE MARÍA EN EL CALVARIO

Quizá la prueba más grande para la fe de María tuvo lugar en el Calvario; en estos momentos su fe se nos manifiesta como verdaderamente heroica. En la sumisión del

5. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 14.

entendimiento y de la voluntad al Padre, se une a su Hijo que en este momento muestra la radicalidad de su deseo de obedecer por amor a la voluntad de Dios. Precisamente entonces el Padre manifiesta la dimensión enorme de su amor por el hombre, al aceptar incluso la muerte de su Hijo Unigénito hecho carne para salvar a la humanidad. María se encuentra en el centro de este desconcertante misterio de dolor y de amor, que Ella acepta con abandono total en Dios. “Es ésta tal vez la más profunda ‘kénosis’ de la fe en la historia de la humanidad” (RM, n. 18). Por la fe, la Santísima Virgen participa en el momento culminante de la Redención, como –por la fe–, ha participado en la Encarnación de su Hijo.

La presencia de María en el Calvario nos enseña que el misterio del dolor y del sufrimiento solamente se puede aceptar con una fe llena de humildad y amor de Dios; así se empieza a penetrar en el misterio. Ella descubrió en la muerte de Cristo en la Cruz el cumplimiento de la profecía de Simeón en torno a su Hijo –“signo de contradicción”–, y su propia participación en aquel misterio, “y a ti misma una espada te atravesará el alma” (cf. Lc 2, 34-35). Se confirma así que en aquellos momentos se está realizando la voluntad de Dios, se está salvando el mundo. Dentro de su dolor, María experimenta la alegría espiritual de la Redención del hombre y de saberse partícipe en esta obra salvífica; sabe que el sufrimiento de su Hijo y el suyo tiene un sentido y tiene la esperanza de que dará fruto abundante. Nos enseña a convertir el sufrimiento en una oportunidad de acompañar a Cristo de cerca, al experimentar en nuestro cuerpo y alma lo que Él quiso sentir para llevarnos a la unión definitiva con el Padre; así, con nuestra Madre, nos llenamos de la alegría espiritual que proviene del amor de Dios y de sabernos corredentores con Cristo en la Cruz. “De la mano de María, tú y yo queremos también consolar a Jesús, aceptando siempre y en todo la Voluntad de su Padre, de nuestro Padre. Sólo así gustaremos de la dulzura de la Cruz de

Cristo, y la abrazaremos con la fuerza del Amor, llevándola en triunfo por todos los caminos de la tierra”<sup>6</sup>.

#### FE DE MARÍA, FE DE LA IGLESIA

Después de la Resurrección del Señor y su Ascensión al Cielo, María, la primera peregrina en la fe, se convierte en punto de referencia para los Apóstoles que esperan al Espíritu Santo rezando con Ella en el Cenáculo (cf. Hch 1, 14). A partir de Pentecostés, cuando la Iglesia empieza su camino de fe, que durará hasta la segunda venida de Cristo, María está presente en la Iglesia como testigo excepcional de Cristo (cf. RM, n. 26). Los primeros cristianos consideraron a esta mujer –la “ven” y “entienden”–, a través de Cristo; Ella es “la Madre de Jesús”, y como tal, lo puede dar a conocer. Es decir, la Iglesia primitiva conoce a Cristo a través del testimonio de su Madre. Por tanto, la fe de la Santísima Virgen María –que ella ha procurado suscitar en los Apóstoles en Caná–, es la fe que se transmite en la Iglesia. El mismo testimonio de los Apóstoles y sus sucesores es una participación en la fe de María, la “primera en creer”. “Precisamente esta fe de María (...), esta heroica fe cuya precede el testimonio apostólico de la Iglesia, y permanece en el corazón de la Iglesia, escondida como un especial patrimonio de la revelación de Dios. Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, en cierto sentido, participan de la fe de María” (RM, n. 27). Es decir, la fe que se transmite en y a través de la Iglesia es fe mariana; es, en cierto sentido, una prolongación de su respuesta humilde, obediente, amorosa a la voluntad del Padre, por la que entró en contacto con Cristo y vivió su vida, colaborando en la obra de la salvación como Madre del Verbo Encarnado.

6. ID., *Via crucis*, 1ª ed., Rialp, Madrid 1981, estación IV.

Es precisamente haciendo que los hombres participen de su fe como María ejerce la maternidad espiritual que recibió de Cristo en la Cruz, y colabora en la generación de los hijos de Dios en la Iglesia. Evidentemente, esta maternidad se extiende a la Iglesia entera en cuanto está constituida por quienes viven la vida cristiana por la fe. “Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz significan que la maternidad de su Madre encuentra una ‘nueva’ continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia, simbolizada y representada por Juan. De este modo, la que como ‘llena de gracia’ ha sido introducida en el misterio de Cristo para ser su Madre, es decir, la Santa Madre de Dios, por medio de la Iglesia permanece en aquel misterio (...). Según el eterno designio de la Providencia la maternidad divina de María debe derramarse sobre la Iglesia, como (...) la prolongación de su maternidad respecto del Hijo de Dios” (RM, n. 24).

Finalmente, al terminar su vida terrena, María es llevada al cielo en cuerpo y alma para participar de modo definitivo de la gloria del Cristo resucitado; se da en Ella desde entonces, la plenitud de la Redención que nosotros esperamos alcanzar al final de los tiempos. Se confirma así el hecho de que, lejos de ser una figura lejana, la Santísima Virgen María es verdaderamente el modelo de vida en Cristo que hemos de imitar para alcanzar nuestro fin. “Mientras la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección (...) los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos (...) la Madre de Jesús (...) glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura”<sup>7</sup>.

7. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, nn. 65 y 68.

## MARÍA Y EL CRISTIANO EN LA IGLESIA

María se hace presente en la Iglesia en cuanto que es la Madre de Cristo, Madre de los cristianos y Madre de la Iglesia. Por otra parte, María está presente en la Iglesia como la mujer “que creyó” en su relación personal con Dios. De ahí que la Iglesia considere que Ella es modelo –tanto para la Iglesia como para los cristianos–, de maternidad y de virginidad. Ella es modelo de maternidad para la Iglesia en cuanto que ésta ha de engendrar y hacer que crezca la vida de Cristo en sus miembros por la predicación y los sacramentos; María es modelo de virginidad en cuanto la Iglesia tiene la misión de custodiar la pureza de la fe y de transmitirla fielmente en la Iglesia. Santa María es modelo de maternidad para cada cristiano en cuanto que todos y cada uno estamos invitados a acercarnos a los hombres a Dios, colaborando para que nazcan a la vida cristiana por la fe y los sacramentos. Por otro lado, María es nuestro modelo de virginidad en cuanto, a lo largo de nuestra vida, hemos de custodiar y crecer continuamente en la fe.

Junto con el esfuerzo por imitar las virtudes de María, el cristiano manifiesta su espiritualidad mariana al responder a esa presencia de María en la Iglesia con una entrega filial a la que se nos entrega como Madre, a través de un trato personal lleno de cariño y de confianza. “Te aconsejo (...) que hagas, si no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María. No basta saber que ella es Madre, considerarla de este modo, hablar así de ella. Es tu Madre y tú eres su hijo; te quiere como si fueras el hijo único suyo en este mundo. Trátala en consecuencia: cuéntale todo lo que te pasa, hónrala, quíerela. Nadie lo hará por ti, tan bien como tú, si tú no lo haces”<sup>8</sup>.

Finalmente, la confianza filial del cristiano ha de llevarle a acudir a María –nuestra gran intercesora ante Dios, por

8. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 1ª ed., Rialp, Madrid 1977, n. 293.

querer divino—, pidiendo por las necesidades personales y las del mundo entero, en cuya salvación Ella participa todavía como Madre desde el Cielo. “María quiere que le invoquemos, que nos acerquemos a ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole que se manifieste como nuestra Madre”<sup>9</sup>. Al acudir a la intercesión de la Santísima Virgen a través de las diversas devociones marianas, manifestamos nuestra veneración por Aquella que ha recibido tantos dones divinos y que ha correspondido con una entrega total, caracterizada por la fe y el amor.

El fin principal de nuestro trato filial con Santa María es el Verbo Encarnado. “Para todo cristiano y todo hombre, María es la primera que ‘ha creído’, y precisamente con esta fe suya de esposa y de madre quiere actuar sobre todos los que se entregan a ella como hijos. Y es sabido que cuanto más estos hijos perseveran en esta actitud y avanzan en la misma, tanto más María les acerca a la ‘inescrutable riqueza de Cristo’ (Ef 3, 8)” (RM, n. 46). La Santísima Virgen María pone a los hombres en contacto directo con su Hijo, Jesucristo, de modo que el trato con Santa María nos ayuda a descubrir la sublimidad de la vocación del hombre, de la llamada a la unión con el Dios uno y trino por la identificación con Cristo. Así como, al llegar la plenitud de los tiempos, por María, Cristo pudo vencer en la lucha entre el pecado y la gracia, ahora también Cristo quiere contar con la colaboración de su Madre, al batallar por la salvación de cada hombre.

## CONCLUSIÓN

La peregrinación en la fe de la Santísima Virgen manifiesta su centralidad en el misterio de Cristo y el misterio de la Iglesia y, por tanto, su lugar irrevocable en la historia de la salvación. A la vez, la vida de Santa María revela que

9. ID., *Es Cristo que pasa*, n. 140.

la vida humana adquiere un sentido nuevo cuando se vive en función de Cristo, por la fe y el amor; entonces, se descubre en toda una ocasión para crecer en unión con Dios y colaborar en la salvación de las almas. Por tanto, María revela que la vida humana tiene valor salvífico y alcanza su plenitud cuando se vive como vida cristiana. Como consecuencia, “(...) la Iglesia ve (...) a la Bienaventurada Madre de Dios (...) profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre según el designio providencial que Dios ha predispuesto eternamente para él; la ve maternalmente presente y partícipe en los múltiples y complejos problemas que acompañan hoy la vida de los individuos, de las familias y de las naciones; la ve socorriendo al pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que ‘no caiga’ o, si cae, ‘se levante’” (RM, n. 52). Es decir, María aparece como la “estrella de la mañana” que ha de iluminar los hombres de todos los tiempos en su lucha por acoger la gracia de la salvación en la libertad de la fe, al enfocar cada suceso de la vida desde la perspectiva de la historia de la salvación.

En este sentido, Nuestra Señora se nos presenta como una mujer “para todos los tiempos” precisamente porque, como Cristo revela el hombre al propio hombre, manifestando el sentido del ser humano<sup>10</sup>, María revela en su propia persona cómo ha de darse la realización plena y perfecta de la vida del hombre en Cristo: ha de ser una vida cristiana verdadera, en el seno de nuestra Madre la Iglesia. Podemos concluir por tanto, que –por querer divino–, la vida cristiana auténtica no puede no ser mariana; habrá de caracterizarse siempre por su espiritualidad mariana. “A Jesús siempre se va y se ‘vuelve’ por María”<sup>11</sup>.

CATHERINE DEAN

10. Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. past. *Gaudium et Spes*, n. 22.

11. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, 1ª ed., Madrid 1934, n. 495.

# Jesús felicita a los discípulos que lloran

*“...para consolar a todos los que lloran,  
para darles diadema en vez de ceniza,  
aceite de gozo en vez de vestido de luto,  
alabanza en vez de espíritu abatido”  
(Is 61, 2c ss.).*

## 1. EL GRUPO DE DISCÍPULOS QUE LLORAN O SUFREN

En el primer evangelio y más concretamente en Mt 5, 5 se proclama: *bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*; y también en el texto de Lc 6, 21b se reitera esta felicitación afirmando: *bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis*.

Este macarismo que aparece con dos formas distintas ha sido traducido con el sentido de: *dichosos los que sufren, porque van a recibir consuelo*.

La categoría que debe centrar, por tanto, nuestro interés se expresa en griego con la forma “*penzountes*”, cuya traducción no es tan fácil. Se pueden encontrar las acepciones siguientes para traducir el vocablo griego: *los que lloran, los que están tristes, los que pasan por una pena, los que se lamentan, los que están de luto*. En todo caso se trata de un dolor o sufrimiento que se ve y percibe desde fuera con claridad. Se trataría de personas que están experimentando un dolor muy vivo.

La palabra griega empleada por el evangelio parece estar traduciendo al término hebreo ‘*abal* cuyo significado es estar afligido por causa de una opresión o estar de duelo por la

muerte de alguien. Este sentido permite a algunos comentaristas traducir la bienaventuranza como "*bienaventurados los oprimidos porque serán consolados o liberados*"<sup>1</sup>.

El evangelio de Lucas tuvo su propia y peculiar comprensión de lo dicho por Jesús e interpretó el macarismo dándole un sentido de actualidad, por eso se proclama: *dichosos los que ahora lloráis porque reiréis*.

Para poder comprender lo que se nos quiere decir, tanto en un texto como en su variante, y para descubrir el tipo de personas que son felicitadas por Jesús debemos hacernos previamente una pregunta: ¿qué es lo que hace llorar al ser humano? Las respuestas que encontremos quizás nos ayudarán a dar una solución satisfactoria y nos permitan describir con claridad al grupo de personas felicitadas por Jesús.

Comenzamos nuestra reflexión acudiendo al evangelio de Lucas, y en él encontramos que lo que hace llorar a las personas es: el dolor de la muerte (Lc 7, 13; Mt 9, 16; 16, 10), la persecución injusta (Lc 19, 4) y el propio pecado (Lc 22, 67; St 4, 8-10; 1 Cor 5, 1-2; 2 Cor 12, 21). En sentido general, podríamos afirmar que lo que hace llorar a la humanidad es el sufrimiento vivido de una manera determinada.

Cuando en la Biblia se emplea el verbo llorar o lamentarse en voz alta se está diciendo que el ser humano siente la necesidad de expresar el dolor y el sufrimiento que ha llegado a su existencia.

Todos sabemos que la experiencia del sufrimiento es una realidad innegable que no podemos suprimirla sin más. También experimentamos que quizás se pueda reducir el sufrimiento, aliviarlo, superarlo, dejarnos vencer por él, rebelarnos, pero no podemos escapar de él.

En el AT las situaciones de aflicción están provocadas principalmente por diversos elementos: la muerte (Gn 23,

1. A. MAGGI, *Las bienaventuranzas. Traducción y comentario de Mt 5, 1-12*, Córdoba 2001, p. 79.

2; Jr 16, 5), el pecado (Esd 9, 6-15; Si 51, 13-30), la destrucción o la devastación (Nm 1, 4; 1M 2, 6-14) y la participación en las desgracias de otros (Sal 34, 13-14; Si 7, 32-36).

Ante esta dura realidad humana del sufrimiento caben dos opciones contrapuestas: rebelarse contra su identidad afirmando su inhumanidad, o aceptar que el sufrir es una realidad humana ante la cual podemos gritar, interrogarnos, indagar, luchar, etc. Se trataría de procurar encontrar una respuesta o un sentido que nos permita convivir con el dolor.

En la mentalidad bíblica, el sufrimiento no es percibido como un destino fatal o una casualidad, sino que es una realidad humana que tiene su explicación en el acontecer histórico, en una decisión libre del ser humano frente a Dios.

El querer ser como Dios, el no aceptar nuestra condición humana que conlleva necesariamente la limitación y la caducidad ha provocado en nosotros rebeldía y el rechazo de una realidad que nos resistimos a aceptar.

La pregunta que Dios hace a la humanidad: ¿qué has hecho de tu hermano?, es un interrogante que nos debe impulsar a encontrar una respuesta al sufrimiento que nos causamos los unos a los otros. El espíritu fratricida es una de las causas que provoca en muchos de nuestros semejantes lágrimas.

Aunque el sufrimiento puede ser provocado por otras personas, también existe en nuestra vida el causado por los defectos de la naturaleza. Aparecen así, en muchos casos, la enfermedad, el dolor y la muerte. Pero estas realidades objetivas están muy mediatizadas por nuestra postura subjetiva ante ellas. La enfermedad tiene un componente objetivo que provoca dolor y malestar, pero tiene también una dimensión subjetiva que es la que nos lleva al sufrimiento.

En el sufrimiento hay además una dimensión profundamente interesante que no podemos olvidar y que debemos

contemplar necesariamente, nos referimos al sufrimiento vivido al compartir la situación de la humanidad sufriente. Para poder entender este aspecto es preciso adentrarse en la experiencia misericordiosa y compasiva de Jesús.

En el NT se nos asegura en múltiples ocasiones que ante el sufrimiento, Jesús, en su ministerio se comportó de dos maneras distintas pero complementarias. Unas veces contribuyó con gestos concretos a suprimir la causa que motivaba la génesis del sufrimiento. Muchos de los milagros de Jesús reciben explicación desde este hecho. El sufrimiento de los parálíticos, leprosos, ciegos y, en general, de todos los necesitados, despierta en Jesús una profunda misericordia entrañable, un verdadero estremecimiento que le impulsa a hacer una acción concreta liberadora y sanadora. Pero en otras circunstancias Jesús, que se ve incapaz de poder hacer un milagro, se tiene que conformar con compartir el dolor de los que sufren con su presencia y compañía. Jesús hace así suyo el sufrimiento de los demás, en silencio o con lágrimas, se hace próximo y se identifica con los que padecen.

La Pasión y muerte de Jesús nos muestra cómo Él vivió también directamente el sufrimiento como el siervo de Dios. No sólo se identificó Jesús con el contenido de la bienaventuranza que nos ocupa e hizo duelo por la situación de otros, sino que también fue tocado por el dolor y el sufrimiento. Una escena estremecedora que ilustra esta afirmación es Getsemaní, allí experimenta la soledad ante el sufrimiento, pero recibe también el consuelo de Dios que siempre acompaña a la humanidad sufriente.

## 2. JESÚS Y EL SUFRIMIENTO DEL PADRE

Que Jesús sufrió es un hecho innegable que es múltiplemente testificado por los textos del NT. También es impactante la afirmación de que Jesús se identificó con el

sufrimiento ajeno. Una muestra de esta afirmación es el episodio de la vocación de Pablo. En el texto de los Hechos de los Apóstoles se asegura que Saulo era perseguidor de los cristianos y que esta persecución la realizaba con saña, cuando en la narración de Hch 9, 4, Jesús se muestra a Saulo, la pregunta que le hace es estremecedora: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Este interrogante muestra como Jesús se identifica con las personas, pero más aún lo hace con los que sufren persecución. Perseguir a los cristianos es como perseguir a Jesús, del mismo modo que amar a los hermanos es muestra del amor a Dios, o lo que hiciste a un necesitado a Dios mismo se lo has hecho.

El sufrimiento de Dios es una afirmación que a muchos creyentes y teólogos repugna. La definición de divinidad supone, para muchos, la ausencia de todo sufrimiento y la descripción de lo divino sólo desde rasgos y atributos de gozo, felicidad, plenitud, poder, etc. Incluso se explica el sufrimiento de Cristo desde el hecho de su naturaleza humana, defendiendo que él sufre sólo en cuanto hombre, pero en su naturaleza divina se afirma que no puede sufrir. En su humanidad, Jesús sufre, pero en su divinidad no puede sufrir.

Este tema es de difícil comprensión y es un verdadero problema cristológico que tiene serias consecuencias a la hora de expresar cómo es y qué siente Dios.

Desde hace algún tiempo se estudia y medita cómo el sufrimiento de Jesús afecta o no a Dios. Y no es extraño encontrar modos de pensar como el siguiente: si en Jesús se manifiesta el modo de ser y de actuar de Dios, entonces si realmente Cristo ha sufrido, esta experiencia de algún modo ha afectado también a Dios. Y comenzará a hablarse del sufrimiento o del dolor de Dios.

Hemos dicho anteriormente cómo Jesús sufría en los evangelios por su identificación con nosotros, propiamente él no sufre directamente un dolor, pero por su relación con nosotros participa de nuestro sufrimiento de una manera

indirecta. Esta experiencia se la podemos atribuir también a Dios. Su Hijo en la cruz experimenta un sacrificio, el dolor y el sufrimiento que su Padre tiene también que padecer de algún modo.

El Padre sufre porque padece su Hijo. Si un ser al que amamos padece no podemos estar indiferentes, nuestra intimidad nos lleva a acompañar ese dolor ajeno padeciendo también nosotros.

La experiencia humana que mejor refleja este hecho es el duelo, uno sufre por la muerte que otro ha padecido, y este dolor será mayor o menor de acuerdo a la proximidad y amor entre el que ha muerto y el que hace el duelo. A mayor amor, más grande es el dolor.

La bienaventuranza estaría pidiendo a los discípulos de Jesús que ellos vivan el dolor y el sufrimiento como el Maestro lo hace. No se pretende crear un mal entendido sentido de resignación ante la vida o un talante masoquista. Por el contrario, se busca que el discípulo, ante el dolor propio o ajeno, dé un sentido de esperanza a su sufrimiento, luchando activamente y esperando que Dios actúe para que se supriman las causas o efectos del dolor.

### 3. LOS ANTECEDENTES BÍBLICOS DE ESTA BIENAVENTURANZA

La mejor forma de comprender el sentido de esta bienaventuranza es acudir a la Escritura y buscar textos que puedan iluminarnos en nuestra reflexión. Para este *macarismo* es especialmente clarificadora la profecía de Isaías y, en concreto, un texto: Is 61, 3. En este versículo se nos equiparan los que lloran, se lamentan, quejan o afligen con los que están de duelo o de luto. Por tanto san Mateo cuando se refiere a los que lloran, está hablando de las personas que están haciendo un duelo.

El contexto donde se sitúa el texto de Isaías nos permite afirmar también que nos hallamos ante una situación de

todo el pueblo de Israel que está padeciendo la opresión y que espera poder ser liberado por el Mesías<sup>2</sup>. Él con su venida acabará con todo el sufrimiento.

En los textos bíblicos, los que hacen luto y comparten las desgracias de los otros, hacen suyos los sufrimientos ajenos compartiéndolos de un modo especial. Llorar es una forma de amor por los otros y además es una muestra del dolor compartido. Esta característica, por tanto, sólo puede ser vivida por aquellas personas que perciben la situación doliente de los demás y se han identificado con ellos. Podríamos afirmar que sólo los compasivos y misericordiosos están capacitados para vivir esta bienaventuranza, pues se precisan personas atentas a las carencias de los individuos y que estén dispuestas por amor a trabajar por solucionar su situación o, en el peor de los casos, a acompañarla.

En el AT, la viuda es un personaje que encarna y refleja muy bien lo que puede ser esta bienaventuranza, pues haciendo duelo y llorando por la muerte de un ser querido, es solidaria de la desgracia del otro, hacia el cual se manifiesta un gran amor. La viuda es una persona pobre que sufre porque se ha identificado con el dolor y sufrimiento del ser querido. Es la mujer que poco puede hacer, salvo acompañar el dolor con el suyo propio.

#### 4.- EL CONSUELO PROMETIDO

Los que se afligen, son los que aman a Dios y al prójimo, y por esa forma de amar son vulnerables. Por eso precisan ser consolados y tienen necesidad de cercanía y de ser confortados. Pero cabe preguntarse, ¿quién debe ser el sujeto que realice esta acción de consolar? El pasivo con sentido de futuro empleado por el texto deja a Dios esta misión para un tiempo escatológico.

2. F. CAMACHO, *La proclama del Reino*, Madrid 1986, p. 125.

Pero la mejor forma de comprender lo que Dios va a realizar con los que lloran, la encontramos en la parábola del pobre Lázaro y el rico narrada en Lc 16, 19-31. La consolación será la superación de la situación dolorosa o de necesidad que se padece, esto es, en este caso la desaparición de la pobreza y la recuperación del bienestar y la prosperidad.

Otro texto muy significativo y de gran riqueza que nos ilumina es 2Co 1, 3.7; y también es muy interesante el llamado libro de la Consolación de Israel (Is 40-56), en él se afirma sin ningún género de duda *“yo soy tu consolador”* (Is 51, 12 a).

La consolación es un don que Dios tiene que regalarnos, y que supone la desaparición de la causa del luto. El valle de lágrimas que es la vida se superará, aunque también es muy importante que el que sufre, acepte la vulnerabilidad y la pobreza de las limitaciones propias del ser humano. El consuelo supone el cambio total y definitivo, esto es, la desaparición de la causa que produce la aflicción.

La consolación de Isaías supone que el profeta en su predicación habla de las acciones de Dios a favor de su pueblo, Él nunca abandona al afligido.

En el libro del Apocalipsis se manifiesta con una gran fuerza poética la consolación de Dios, que en sí misma no supone la ausencia de lágrimas sino su presencia y compañía que conforta. Las palabras de Ap 21, 3-4 poseen una gran fuerza: *“Dios morará con los hombres, acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo y Dios estará con ellos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque lo de antes ha pasado”*.

FR. RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO, O.P.  
Salamanca

# Recuperar la mística cristiana

## 3. OBSTÁCULOS Y DIFICULTADES PARA LA VIDA DEL ESPÍRITU

- a) *“Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar” (Mt 14, 23).*

Es voz común, que nuestra sociedad está dominada por los medios audiovisuales y escritos, y que una buena parte de estos medios acuden a las sensaciones más primarias del ser humano para lograr sus objetivos económicos-comerciales. Desde distintas plataformas se habla de televisión basura, de la manipulación de las noticias, de la morbosidad y agresividad de ciertos reportajes...

Como decíamos en la introducción de nuestra reflexión este clima de oferta fácil y efímera, ha llegado incluso a tocar a una buena parte de gentes religiosas. Esto ha supuesto, sin la menor duda, un menoscabo del tiempo dedicado a la oración, a la soledad, al silencio..., donde especialmente se cultivaba la relación con el Dios trascendente, a la par que se reflexionaba en *la buena noticia* de nuestra filiación divina.

Escuchar o hablar con Dios, debe suponer en el ser humano a la vez que una gran confianza, un mínimo de preparación, de sinceridad y cortesía, dentro de nuestras inevitables limitaciones: *“...para oír la voz de Dios en el fondo de nuestras conciencias y recibir las luces divinas como conviene, se necesita gran recogimiento y atención, y una sencillez y pureza sobrehumanas”*<sup>1</sup>.

1. Id., p. 374.

Quizás esta “*sencillez y pureza sobrehumanas*” sean una expresión demasiado fuerte para nuestra mentalidad de hoy, pues sabemos que Dios escucha hasta el último de nuestros suspiros arrancados en momentos bien confusos de nuestra existencia humana.

No obstante, quisiéramos insistir, en ese mínimo imprescindible de esfuerzo para encontrarse el ser humano consigo mismo y con Dios, porque: “...*Viviendo disipados, sin entrar nunca en sí mismos... ni examinar el estado y disposición de su alma y los movimientos de su corazón, no es maravilla que no conozcan las delicadas insinuaciones del Espíritu Santo. ¿cómo han de conocerlas, si ni siquiera conocen los propios defectos que libremente cometen?*” (Lallemant)<sup>2</sup>.

Ciertamente este vivir de continuo hacia el exterior, puede llevarnos a ignorar las claves y el sentido más profundo de nuestra existencia.

*“Sin la contemplación, observa Lallemant, nunca se adelantará gran cosa en la virtud, ni estará en condición de hacer adelantar a los otros. No acabará uno de librarse de sus flaquezas e imperfecciones, y permanecerá atado a la tierra. Y, no pudiendo remontarse sobre sí mismo, tampoco podrá ofrecer a Dios un servicio perfecto. Mas con ella podrá hacer más para sí y para los otros en un mes de lo que sin ella podría hacer en diez años”<sup>3</sup>.*

b) “*Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición*” (Mt 7, 13)

En los años de formación recuerdo que se nos repetía una especie de *slogan*, que creo era de Juan XXIII: “*sin disciplina no hay hombre, sin penitencia no hay cristiano*”. Y es verdad que de la misma manera que cualquier mujer

2. *Id.*, p. 227.

3. *Id.*, p. 687.

u hombre que se abandona a sus instintos más primarios acaba deshumanizándose, así también el creyente cristiano si abandona el esfuerzo por la virtud acaba perdiendo la fe.

Cierto es que algunas penitencias de santos ascetas de antaño son más para admirar que para imitar, como también es verdad que una respuesta seria a los retos que nos presenta la vida de continuo no es mala penitencia.

Dicho esto, hemos de tener en cuenta la atmósfera de indolencia y de placer fácil y efímero, que de continuo nos presenta la sociedad, especialmente a través de los citados medios de comunicación. Por supuesto que este ambiente de vida fácil y cómoda también ha tocado y herido a un buen número de casas religiosas, donde poco a poco e insensiblemente, han ido desapareciendo palabras como penitencia, mortificación, austeridad...

*“La mayor parte de los religiosos... suelen conducirse según el común sentir de aquellos con quienes viven, y como éstos son imperfectos –aunque no sean malos–... de ahí que nunca lleguen a las sublimes vías del espíritu. Viven como la generalidad” (P. Lallemand)<sup>4</sup>.*

Y aunque también es verdad, que pertenecemos a una sociedad y a una cultura con la que debemos convivir, dialogar, compartir y participar de sus problemas, esto lo debemos hacer con humildad y honradez, conscientes de nuestra propia limitación, y aportando ese *suplemento de alma* que tanto necesita.

*“Poquísimos son los que prescinden por completo de los engañosos juicios y pareceres humanos y renuncian a todos sus propios gustos y apegos para seguir con docilidad las insinuaciones y mociones del Espíritu Santo”<sup>5</sup>.*

4. *Id.*, p. 396.

5. *Id.*, p. 344.

El abandono de una vida ascética y disciplinada que elimine el esfuerzo por superar las limitaciones que acompañan a todo ser humano, repercute en una apatía y rutina en el ejercicio de los actos más específicamente religiosos: *“Para adelantar de veras en la oración y devoción es menester que éstas vayan bien apoyadas en la continua mortificación de nuestros sentidos y pasiones... Por eso dicen todos los santos a una que sin gran aprecio de las austeridades es imposible que haya verdadero espíritu de oración...”*<sup>6</sup>.

c) *“El que quiera venir en pos de mí niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16, 24)*

En una sociedad materialista en que buena parte de ella ha prescindido o roto con el Dios trascendente, crea con cierta facilidad pequeños ídolos a los que adora tales como, riquezas, fama, moda, poder.. Esta tentación o peligro también ha atravesado los recintos religiosos, aunque quizás de una manera más sutil. Por poner algún ejemplo digamos, que en ocasiones defendemos *“nuestros derechos”*, nuestras ideas, nuestro prestigio, nuestro tiempo de trabajo apostólico e incluso de ocio, como algo intocable: *“...La naturaleza en todas las cosas dice: Yo, a mí, para mí, mío; voluntaria o forzosamente búscase a sí misma y persevera en la inmortificación; pero Dios y su gracia siempre excluye este yo, a mí, para mí y mío; de donde nace que el hombre en todas las cosas esté firme, en humilde resignación y mortificación... Así, toda la vida espiritual consiste en saber distinguir las obras de la naturaleza de las de la gracia” (Taulero)*<sup>7</sup>.

No parece que este haya sido el camino que haya recorrido Jesús, que *“se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo haciéndose semejante a los hombres..., y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de*

6. Id., p. 273.

7. Id., p. 444.

*cruz” (Flp 2 7-8), por eso “tanto tendremos de cuerdos cuanto amemos la humillación y la cruz. Es monstruoso ver que aun en la religión hay personas que no gustan sino de lo que les de importancia a los ojos del mundo... Este lastimoso estado merecería llorarse con lágrimas de sangre”<sup>8</sup>.*

Todas las mujeres y hombres de Dios, más pronto o más tarde, han descubierto este camino: *“Para levantar el edificio de una santidad verdadera y sólida, es preciso asentar bien las bases de una profunda y sincera humildad, destruir el pernicioso amor propio, que todo lo corroe y lo vicia, y en todo nos engaña y nos ciega, haciendo que nos tengamos en algo siendo pura nada (Ga 6, 3)”<sup>9</sup>.*

Como síntesis de lo dicho en este último punto podemos decir lo siguiente: *“el gran secreto de la santidad (está en) negarse a sí mismos para hacer en todo y por todo la voluntad divina, tal como a cada uno y en cada caso se le manifieste”<sup>10</sup>.*

## CONCLUSIÓN

Al comienzo de nuestra reflexión nos preguntábamos: *¿Se puede ser místico cristiano en este difícil y problemático mundo secularizado?*

Creemos, que la tradición mística de la vida cristiana que el P. Arintero impulsó y restauró en las primeras décadas del siglo pasado, no sólo es posible en nuestro mundo secularizado, sino que es urgente recuperar cuanto antes el sentido trascendente de la existencia a través de una vida del espíritu que nos haga, a las mujeres y hombres de nuestra generación, más justos, más solidarios, más pacíficos, más compasivos..., en una palabra, más entrañablemente humanos, porque así estaremos también más próximos a

8. ID., p. 339.

9. ID., p. 360.

10. ID., p. 759.

los confines de la divinidad anunciada por Jesucristo en el Evangelio.

Quisiéramos finalizar nuestra reflexión con un apunte del estilo de vida de estas mujeres y hombres espirituales:

*“(El contemplativo) hace todo lo mejor que puede, con una atención tranquila, sin preocuparse del éxito. No se juzga a sí mismo, y no teme ser juzgado. Tendamos a esta amable simplicidad... Cuanto más lejos estemos de ella, tanto más necesitamos buscarla. La mayor parte de los cristianos, lejos de ser sencillos, ni aún siquiera son sinceros... Son disimulados con el prójimo y aún consigo mismos”<sup>11</sup>.*

*“El hombre fervoroso, dice Santa Magdalena de Pazzis, nada quiere, nada conoce y nada desea; pero no queriendo nada, lo quiere todo, y no conociendo nada, todo lo conoce. Toda es para él la tierra, y todo el cielo; encuentra a Dios en todo, y en todo halla un medio de unirse con Él. Todos los hombres le parecen buenos y santos, y los tiene a todos por más justos y más perfectos que él; compadece sus errores; evita cuerdamente sus defectos; ama la soledad, se complace en la muchedumbre cuando está reunida para los santos ejercicios; sufre con paciencia las injurias y suaviza la amargura de ellas con su mansedumbre y bondad”<sup>12</sup>.*

ÁNGEL PÉREZ CASADO, O.P.  
Peña de Francia

11. *Id.*, p. 397.

12. *Id.*, p. 543.

# Historia de un encuentro: Fundación del Monasterio del Sagrado Corazón (II)

Un aspecto digno de consideración es, efectivamente, cómo el P. Arintero, siendo dominico, supo respetar y secundar, sin interferencias, una fundación de clarisas. Ni por un instante se le ocurrió sugerir a Sor María Amparo el realizar una fundación de Dominicas, y en sus muchos consejos, exhortaciones y pláticas jamás desvió a la naciente Comunidad del espíritu franciscano que debía reinar en ella. Eso no obsta para que la falta de conocimiento generara sus críticas al respecto: ¿Clarisas fundadas por un dominico? Sí, clarisas, porque, a pesar de no haber intervenido la Primera Orden Franciscana en la fundación, a pesar de no existir cauces de relación y conocimiento entre los frailes y las monjas –y aun las monjas entre sí–, a pesar de cierto desconocimiento que existía del genuino espíritu franciscano entre las mismas clarisas, la naciente fundación se estableció en él, no por mérito propio, sino porque el Señor la guiaba a través de su santa Fundadora.

Recogemos aquí el siguiente testimonio del Padre Pedro Zubero, franciscano: “A los pocos años de mi trato con ella, me encargó los santos Ejercicios... A pesar de nuestro ya largo trato con la Madre y nuestra intimidad con su confesor y capellán... don Ambrosio Morales, y de los testimonios dados por sus propias hijas, teníamos nuestras dudas y temores de la obra de la Madre Amparo; francamente teníamos miedo; habíamos oído decir muchas veces estas o parecidas expresiones: Convento de clarisas fundado y dirigido por Padres Dominicos, se nos decía y no

sin cierta malicia por parte de muchos; la Madre es todo, absorbe todo. La Madre me leyó el interior como otras muchas [veces] me había pasado, y el cuarto día de los Ejercicios... lo primero que me advirtió fue: «Padre, le pido un favor, quiero con toda libertad que me advierta todos los defectos de régimen y de espíritu franciscano que observe en este Convento». Pero no hubo necesidad de hacer ninguna advertencia; la realidad se encargó de disipar mis dudas y con íntima satisfacción debo declarar que allí encontré el Convento ideal, el mejor gobernado, el más franciscano, con su verdadera observancia espiritual de la Regla y de las Constituciones, el más unido en la caridad, un Convento en donde se supo elevar la vida ordinaria a la más alta perfección, haciendo las cosas pequeñas, como ella solía decir, grandemente; un Convento ideal, una reproducción de San Damián, con su santa Clara y sus primeras hijas...”. Y concluye, en loa del P. Arintero: “Esta declaración que hago, honra mucho al santo director de la Madre Amparo y a sus discípulos”<sup>1</sup>.

Cuando la Casita de la plaza donde había comenzado la fundación (hoy Ayuntamiento de la villa), resultó pequeña para la creciente Comunidad, hubo que pensar en comprar terreno donde construir un monasterio de nueva planta. Una vez escogido el lugar, el P. Arintero animaba a la Madre María Amparo a adquirir todo el terreno que pudieran, pues, además de un gran edificio, quería que contaran con una amplia huerta de, al menos, hectárea y media de extensión. Aunque la Madre se resistía, el Padre le dijo: “No, hija; hay que comprar todo lo que se pueda de terreno; pues este convento está llamado a ser algo muy importante y habrá que ampliarlo con el tiempo. Si ahora parece demasiado, mañana no lo será”<sup>2</sup>. Pero no solo eso, sino

1. *Testimonio del Padre Pedro Zubero, ofm.*

2. A. ALONSO LOBO, *El Padre Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1969, p. 153.

que se preocupó de que el Padre Provincial de su Orden Dominicana enviase a Cantalapiedra, cuando fuese necesario, a sus hermanos dominicos, Padre Zapico y un Hermano lego, entendidos en obras; buscaba los materiales más económicos, revisaba los planos, etc. No cabe duda que su colaboración fue una inestimable ayuda para la Madre María Amparo.

Muchas cosas se podrían relatar de su estrecha relación con la Madre María Amparo y con la Comunidad, pero, sobre este particular, vamos a detenernos solo en su último deseo de ser enterrado en este Monasterio y en que los Padres Dominicos del Convento de San Esteban de Salamanca siguieran siempre cuidando de esta Comunidad. La *Crónica de la Comunidad* recoge así el recuerdo de su última visita (24 de enero de 1928): “[El P. Arintero] dijo que pensaba escribir al Rvdmo. Padre General suplicándole que nos uniera a la Orden Dominicana, para que entre el Convento de San Esteban de Salamanca y nuestra Comunidad hubiera siempre unión de caridad y comunicación de bienes espirituales. De nuevo manifestó, como en otras ocasiones, el deseo de que sus restos descansaran en nuestro Monasterio, si los Superiores lo autorizaban. Al decirle que ordenara él lo trajeran, exclamó: «¡Con qué gusto vendría a enterrarme aquí!... Si fuese voluntad de Dios desearía vivir un par de añitos más para ver terminada esta obra, aunque no dudo que Dios la hará prosperar»... Al despedirse de todas lo hizo más paternal que nunca: «Hijas mías, que Dios me las bendiga y me las haga muy santas. Voy muy contento de todo: del espíritu que reina en la Comunidad, de lo bien que marchan las novicias y de lo adelantadas que van las obras. ¡A ver si Dios quiere que prontito nos traslademos allí!»<sup>3</sup>. Pero no volvió más.

No obstante, en su lecho de muerte no dejaba de recordar a sus hijas de Cantalapiedra. Las noticias acerca de su

3. *Crónica de la Comunidad*, T. I, pp. 99. 100.

estado les llegaban a través del Padre Ángel Serrano: “El Padre se acuerda mucho de ustedes” (9 de febrero). “Sigue con la cabeza despejada y dándose cuenta de todo; se acuerda de Vds. y de lo que sufrirán por él, y les está muy agradecido” (16 de febrero). Y del Padre Sabino Lozano, que recogió los últimos alientos del P. Arintero: “Durante aquella conversación –es el día 19 de febrero, víspera de su muerte–, que se prolongó dos horas, tan cabal el conocimiento y de memoria como siempre, y con el oído parece mejor que nunca, y con el alma rebosante de amor de Dios, dedicó un recuerdo a sus queridas hijas de Cantalapiedra. Me encargó que escribiera al General de la Orden [Dominicana] de su parte, pidiendo que la Orden las tuviera siempre bajo su amparo. «Dígale que el P. Arintero, moribundo, se lo pide. Subraye el moribundo...»”<sup>4</sup>.

Ese lazo de hermandad que él no pudo conseguir en vida –pues la enfermedad y muerte le sobrevino inesperadamente–, se obtuvo al mes de su fallecimiento, al firmar, el 24 de marzo de 1928, el Maestro General de la Orden de Predicadores, Padre Buenaventura Paredes, la Carta de Hermandad entre la Orden Dominicana y el Monasterio del Sagrado Corazón, de Monjas Clarisas, de Cantalapiedra.

El 20 de febrero, hacia la una de la tarde, fallecía el P. Arintero en su Convento de San Esteban de Salamanca. Por entonces no fue enterrado aquí como era su deseo, pero, tras reiteradas peticiones por parte de la Comunidad, sus restos mortales fueron trasladados a nuestra iglesia conventual el 2 de julio de 1941, cuatro días antes del fallecimiento de la Madre María Amparo, que pudo ver, antes de morir, cumplido este deseo del P. Arintero y suyo, y reposar juntos quienes tan íntimamente unidos habían vivido en esta tierra y unidas seguirán sus almas en el Cielo gozando de la presencia del Señor, a quien tanto amaron y por quien tanto trabajaron.

4. *Ibid.*, p. 101.

Asimismo, con el correr del tiempo, habría de abrirse el Proceso de Beatificación de ambos en un día de entrañable gozo para la Comunidad de San Esteban y para esta Comunidad de clarisas. La efemérides tuvo lugar en nuestra iglesia conventual el 20 de febrero de 1977. Los Procesos llevan buen curso en Roma: de Madre María Amparo ha sido firmado el Decreto de virtudes heroicas por el Papa Juan Pablo II el 2 de julio de 1994; solo resta la aprobación de un milagro para su Beatificación. En cambio, la *Positio* del P. Arintero se encuentra todavía en fase de estudio.

Después de exponer la misión del P. Arintero como director de Madre María Amparo y cofundador de este Monasterio, queremos considerar también otro aspecto del P. Arintero: su condición de dirigido de Madre María Amparo. Hasta ahora hemos tenido ocasión de ver su sabiduría y santidad para dirigir a la joven clarisa, su fortaleza y reciedumbre para vencer todos los obstáculos, su esperanza firme para levantar el ánimo de la Madre en tantas dificultades e incertidumbres. Pero estos dones que el Señor le regalaba tan prolijamente para la dirección de las almas, no le eximían de pasar sus propias dificultades, sus dudas y sus noches oscuras, que tan profundamente le acompañaron durante largos años de su vida. Madre María Amparo ha dejado escrito un precioso testimonio sobre él, en el que nos lo ratifica: “No sé qué razones tendría mi bendito P. Arintero –si no era la santísima voluntad de Dios, tan querida por él– para reservarse el secreto de las pruebas que pasaba interiormente. Lo cierto es que los que vivían con él se debían de figurar que disfrutaba de perfecta calma, mientras estaba sufriendo no poco el pobre Padre mío... Era para considerar los medios de que Dios se valió para hacerle sentir su propia miseria y para mejor purificarle... Sentía yo en mi alma una pena muy profunda, viendo a un hombre tan santo, una inteligencia tan grande y tan clara, abatido y como incapaz de comprender las cosas de su alma, y como obligado a caminar en la vida espiritual, que tan admira-

blemente conocía y hacía vivir a los demás, sometido como un niño a los consejos de una pobre hija suya...”<sup>5</sup>.

Pero es interesante conocer algunas de sus dificultades y de sus exigencias. El temor de estar en desgracia de Dios fue quizá lo que más turbaciones interiores le produjo; pero su gran confianza en las palabras de quienes el Señor ponía a su lado para confortar su alma, le hacían recobrar la paz. Pongamos dos ejemplos:

“Hija mía –cuenta la Madre María Amparo–, hace unas noches me vi tan mal, tan violenta fue la tentación que me vi casi perdido. Me pareció que no había consentido y en esta seguridad estuve estos días, pero ahora me entró tanto miedo, que no me atrevo a celebrar la santa Misa. Haga antes oración, hija mía, y dígame qué debo hacer”. Y, en efecto, tras haber orado al Señor, le contestó: “Padre, debe V. celebrar la santa Misa; en ella sentirá la respuesta a esos temores que tiene”<sup>6</sup>. Con confianza ciega en las palabras de su dirigida, celebró la Eucaristía, comentándole después, lleno de gozo, cómo el Señor le había hecho sentir que no había habido pecado en aquella tentación.

“Le parece, hija mía –le dijo en otra ocasión– que me prepare para hacer una confesión general de toda mi vida? ¿Le parece que tengo necesidad de confesar con más cuidado? Apenas empiezo la santa Misa me acometen unos sustos, unas imaginaciones y temores de estar en desgracia de Dios, que me intranquilizan mucho». Como yo guardara silencio unos momentos, parecióle a él que no me atrevía a responder afirmativamente y me dijo con una humildad que me conmovió: «Conteste, hija mía, que estoy dispuesto a todo lo que Dios quiera de mí». Después de haberlo encomendado a Dios, le dije: «No veo necesario ni siquiera conveniente que haga V. confesión general, antes creo que no debe poner atención a esos temores de estar

5. *Testimonio de Madre María Amparo.*

6. *Ibid.*

en desgracia de Dios, que son tentaciones del enemigo para, por lo menos, intranquilizarle y distraerle. Deje el pasado a la misericordia de Dios y sírvale ahora con amor y confianza, como Él desea»<sup>7</sup>.

Y concluye Madre María Amparo: “En medio de estas pruebas se veía brillar en él una gran virtud, puesto que se fiaba y sometía sin replicar y con una humildad sin igual al pobre consejo de un alma tan inferior a la suya en virtud y en todo lo demás”<sup>8</sup>. Y añadimos nosotros: Humildad del director y humildad de la dirigida, convertida, asimismo, en directora de su alma.

En materia de pobreza luchaba por vivir con la mayor austeridad posible, no queriendo tener en su haber nada innecesario, aunque esto, en algunas ocasiones, le costó grandemente. La Madre María Amparo –como buena franciscana– le urgía en la vivencia de este voto.

Reseñamos las siguientes anécdotas, entresacadas del testimonio de Madre María Amparo: “Otra vez me dijo: «Dicen nuestras Reglas que no tengamos más que una capa. Yo tengo esta que traigo puesta y otra muy vieja que uso en la celda para abrigarme, porque está muy vieja; aunque no crea, hija mía, la cosí el otro día y le hice una costura que parece un pliegue y ha quedado bastante bien»... Pero, Padre –le dije–, ¿no ve que aquella capa es viejísima y no sirve para nada? Aquello no puede considerarse como capa, sino como un trozo de tela inservible que hace bien en usar para rechazar el frío.

En otra ocasión me decía: «Tengo escrúpulo, hija mía, de tener tantos libros en la celda; muchos de ellos necesito, pero otros no uso, pero me cuesta desprenderme de ellos porque puedo necesitarlos en alguna ocasión y si los doy, no los encuentro fácilmente de momento. ¿Qué le parece que haga?». Deshacerse de todos los que no necesita, aunque a

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*

otros no sean útiles. V. quédese solo con los precisos para el estudio, y ponga los demás a la disposición del Padre Prior. Me consta que le costó mucho hacer esto”<sup>9</sup>.

En efecto, en la siguiente ocasión en que volvió a ver a la Madre le comentó avergonzado que todavía no había entregado los libros, pues le costaba mucho hacerlo. Pero, ante la insistencia de ésta en que hiciera ese desprendimiento, al fin lo hizo con gran gozo y paz de su alma.

Otro aspecto –el último que vamos a considerar en esta sencilla exposición–, que le hacía sufrir hondamente, era la aridez que sentía en la oración, a la que dedicaba al menos tres horas diarias. Estos ratos de mayor cercanía con el Señor, que podrían servirle de tanto consuelo, los pasaba en suma oscuridad, “como un tronco”, “como si Dios desapareciera”, utilizando sus propias expresiones. Y señala Madre María Amparo: “Me decía que le cansaban los libros de meditación y como mejor se encontraba era en ese vacío interior; aunque le era penoso, en una noticia oscura y confusa de Dios; pero que lo prefería a todos los discursos que pudiera hacer y con los que no conseguía sino mayor oscuridad y desabrimiento”<sup>10</sup>.

Y en el culmen de su humildad y sencillez ante una dirigida suya, le decía: “«Cuando me vea que falto, hija mía, ríñame; la autorizo para que me riña y para que me advierta fuerte que estoy faltando»... «Ayúdeme, hija mía, que no tengo a nadie que me ayude...». En esto se refería a las cosas espirituales e interiores de su alma. Diciéndole yo cómo no manifestaba esas cosas a un Padre de su confianza para que le animara, me respondió: «Hija mía, el Padre S. [Sabino Lozano] por respeto no me dice nada; cuando me confieso me señala la penitencia que tengo que rezar por las cuentas del rosario, y no me dice nada más. Además, hija mía, Dios quiere darme la luz y el consuelo por su medio, y debe

9. *Ibid.*

10. *Ibid.*

decirme todo lo que entienda de mí; primero, porque Dios lo quiere y también para pagarme –decía sonriendo– lo que yo hago por su alma y por la casa. Ya ve cómo también yo he tenido que sufrir alguna humillación y trabajos por la fundación. Pues ayúdeme y Dios se lo pagará»<sup>11</sup>.

Pero, al margen de lo que él juzgara sobre sí mismo, Madre María Amparo, que lo conocía bien, podía afirmar que “el P. Arintero vivía concentrado en Dios por el amor y recogimiento. Dependía del movimiento divino obrando en todo según entendía ser voluntad de Dios, no apartándose ni un ápice del divino querer... ¡Qué admirable es el Señor, manteniendo en humildad y purificando a sus santos!”<sup>12</sup>.

Esta misma afirmación podemos ratificarla hoy nosotros, después de tantos años: ¡Qué admirable se ha mostrado el Señor en la Madre María Amparo del Sagrado Corazón y en el P. Juan González Arintero, a quienes esperamos venerar algún día en la gloria de los altares! Y si Madre María Amparo podía escribir el 25 de septiembre de 1932 a Mons. Sabas Sarasola, dominico, Obispo y Vicario Apostólico de Urubamba y Madre de Dios, en Perú: “Me ha parecido ver a mi santo y nunca olvidado P. Arintero custodiándonos con mucha solicitud... Casi me parece que no ha muerto este querido Padre de mi alma, ¡tan llena de su alma me parece que está esta Casa!”<sup>13</sup>; de igual modo, podemos decir nosotras que la Madre María Amparo y el P. Arintero siguen, desde el Cielo, velando por la Comunidad y llenando el Monasterio con el buen olor de sus virtudes y santa vida.

SOR MARÍA ÁNGEL DE LA EUCARISTÍA, OSC  
*Cantalapiedra*

11. *Ibid.*

12. *Ibid.*

13. *Crónica de la Comunidad*, T. I, p. 103.

# La nostalgia de la vida litúrgica en el templo (Sal 42-43/41-42)

Comúnmente los autores críticos suponen que estas dos composiciones poéticas constituyeron primitivamente un solo Salmo que fue disociado por razones prácticas de distribución del canto litúrgico. Pero el tema, el estilo, el ritmo y el epodo repetido a intervalos regulares<sup>1</sup>, juntamente con la ausencia de título en el encabezamiento del Sal 43, avallan esta presunción. El autor parece ser un levita exiliado forzosamente, que habita en Transjordania, cerca del Hermón, y que siente nostalgia de las manifestaciones litúrgicas solemnes del templo de Jerusalén.

Así, pues, puede dividirse el Salmo (doble) en tres partes: a) Anhelos ardientes de asistir y tomar parte en las solemnidades litúrgicas (vv. 2-6); b) Queja por su triste situación actual en el desierto (vv. 7-12); c) Súplica de liberación para poder volver a Jerusalén y allí poder tomar parte en los actos litúrgicos del templo (43, 1-5). Porque esta deprecación es el complemento lógico de los sentimientos expresados en el Sal 42. No obstante, la división de la composición lírica en dos Salmos es muy antigua, pues aparece en la mayoría de los manuscritos del texto hebreo *masorético*, y en todas las versiones antiguas, incluida la griega de los LXX. Pero por falta de título en el Sal 43, en algunos manuscritos hebreos se han unido los dos Salmos. Por otra parte, la ausencia de título en el Sal 43 prueba que la división de los dos Salmos es posterior a la formación de la colección *elohística*, que comprende los Salmos 42-72. Y como en el

1. Cf. Sal 42, 6.12; 43, 5.

título del Sal 42/41 se adscribe la composición a la colección de los *hijos de Coré*, que era de la familia levítica, el autor parece ser un sacerdote habituado a las manifestaciones litúrgicas del templo jerosolimitano.

Por otra parte, este Salmo tiene muchas analogías con el Sal 84; y algunas expresiones coinciden con las del libro del profeta Joel, y aún con la oración de Jonás, por lo que los autores no convienen a determinar la época de la composición del Salmo. Así, algunos lo ponen en los tiempos anteriores al destierro babilónico<sup>2</sup>, mientras que no pocos lo consideran de la época postexílica<sup>3</sup>. Pero las expresiones reflejan un buen hebreo clásico, y por tanto, la lengua no se opone a un origen anterior al destierro<sup>4</sup>.

La forma métrica está constituida a base de dísticos elegiacos agrupados de dos en dos para formar pequeñas cuartetos, las cuales, a su vez, están reunidas en tres estrofas separadas por un estribillo. Pero hay algunas irregularidades en el ritmo, sin duda debidas a la mala conservación del texto original hebraico. Generalmente, los autores críticos consideran esta composición salmódica como una de las mejores del Salterio, por lo que ha sido calificada como “la perla poética del Antiguo Testamento”. Pero, además, el pensamiento es profundo, las imágenes originales y brillantes, dentro de una “gran sencillez y limpidez de composición y dicción”<sup>5</sup>.

Con este Salmo se abre el *segundo libro*, del Salterio (Sal 42-72), en el que prevalece el nombre de *Elohim* para designar a Dios, frente al *libro primero*, en el que es más usual el nombre de *Yahvé*. Por eso, la nueva colección se llama *elohística*. Es la obra de un compilador que ha recogido y seleccionado salmos de *tres fuentes* diferentes: a) *levítica* o

2. Así, F. DELITSCH.

3. Así, Ewald, Hitzig y Cheyne rebajan la época de la composición a los tiempos de los Macabeos.

4. Cf. E. PODECHARD, *Le Psautier I-III*, Lyon 1940-1954, I, p. 189.

5. Cf. J. CALÈS, *Le livre des Psaumes*, Paris 1956, I, p. 455.

de los “hijos de Coré”; b) *davídica*, es decir, salmos que llevan en el título el nombre de David; c) *asáfica*: de la familia de Asaf. Los cinco primeros Salmos de este segundo libro del Salterio pertenecen a la colección de los *hijos de Coré*, nieto de Leví, que se rebeló contra Moisés y murió trágicamente engullido por la tierra<sup>6</sup>. Descendientes de Coré aparecen en la vida de David<sup>7</sup>, y eran los encargados de guardar las puertas del templo<sup>8</sup>, oficio que volvieron a tener después del retorno del exilio babilónico<sup>9</sup>. En general, los Salmos de la colección *coreita* se caracterizan por su devoción al templo y a las solemnidades litúrgicas<sup>10</sup>, y a la ciudad santa en la que moraba Yahvé<sup>11</sup>. El exilio suele ser expresivo y patético, con un profundo sentido nacional.

#### DESEO ARDIENTE DE PARTICIPAR EN LAS SOLEMNIDADES RELIGIOSAS (VV. 1-6)

1. Al maestro de coro *Maskil* (Salmo) de los hijos de Coré.
2. Como anhela la cierva las corrientes de las aguas,  
así te anhela mi alma, ¡oh Dios!
3. Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo.  
¿Cuándo iré y volveré a ver la faz de Dios?  
Mis lágrimas son día y noche mi pan,  
cuando me dicen cada día: “¿Dónde está tu Dios?”.
4. Lo recuerdo, y mi alma se expansiona,  
pues atravesaba yo por medio de los nobles<sup>12</sup>

6. Cf. Nm c. 16; 26, 11.

7. Cf. 1 Cro 12, 16.

8. Cf. 1 Cro 9, 17s. 26, 16.

9. Cf. Esd 11, 19.

10. Cf. Sal 42-43; 84.

11. Cf. Sal 46-48; 87.

12. El TM hebreo es oscuro e inseguro. La Vulgata siguiendo a la versión griega de los LXX, dice: “quoniam transibo ad locum tabernaculi admirabilis usque ad domum Dei”. La *Bible de Jérusalem*: “Yo voy a la tienda admirable hasta la Casa de Dios entre los gritos de regocijo y de alabanza y la turba jubilosa”.

hacia la Casa de Dios entre los gritos de alegría  
y alabanza en festiva algazara.

5. ¿Por qué te abates alma mía?  
¿Por qué te turbas contra mí?  
Espera en Dios, que aún le alabaré,  
es la salvación de mi faz y mi Dios<sup>13</sup>.

Con una bellísima comparación expresa el salmista sus ardientes anhelos de vivir a la sombra de su Dios. Su alma, es decir su persona, es como una cierva sedienta –poco habituada al calor– en busca de aguas refrescantes. En Joel 1, 20 se habla también de las bestias sedientas buscando agua en tiempos de pertinaces sequías<sup>14</sup>. Y en el Sal 63, 3 encontramos la misma idea: “Sedienta de ti (Dios) está mi alma (mi persona), mi carne (yo mismo) te desea como tierra árida, sedienta, sin agua”. Y el profeta Amós alude también al hambre espiritual en los tiempos mesiánicos, pues los mancebos y doncellas andarán macilentos en busca de la palabra de Dios (Am 8, 11)<sup>15</sup>.

Por su parte, el salmista con su sensibilidad extrema religiosa, cultivada cuidadosamente al pie del santuario de Jerusalén, siente una sed abrasadora de la presencia litúrgica en torno a Yahvé al encontrarse en tierra extranjera. Porque Dios es “la fuente de la vida” (Jer 2, 13), y en ella encuentra sus delicias (Sal 36, 9-10). Porque Yahvé es el *Dios viviente* –en contraposición a los ídolos inertes, que no tienen vida– y por eso sólo a su sombra es posible “vivir” una existencia digna, humana; pero esa “vida” espiritual sólo es posible en el recinto del templo jerosolimitano; por eso el salmista suspira por “ver la faz de Dios”, asistiendo a las ceremonias litúrgicas, en las que el mismo Dios se

13. Literalmente el hebreo dice: “las salvaciones de su faz”. Nuestra traducción sigue la versión griega de los LXX.

14. Cf. Sal 63, 2; Jr 2, 13; 17, 13.

15. Cf. Sal 3, 10; 84, 3; Os 1, 10; Dt 5, 26; 1 S 17, 26.36. 2 R 19, 4.16; Is 37, 4-17; Jr 10, 10; 23.36.

comunicaba de un modo particularmente afectivo a sus fieles devotos<sup>16</sup>.

Pero triste y apesadumbrado el salmista medita en su condición de expatriado, fuera del centro litúrgico, único lugar en que se podía entrar en relaciones íntimas con el mismo Dios. Y por ello, en su soledad y desventura, derrama “lágrimas” sin cesar, por lo que ellas constituyen su “pan” y alimento de cada día. Es justamente la expresión del poeta latino: *cura dolorque animi lacrimaeque alimenta fuere*<sup>17</sup>. Y su dolor se acrecienta con las preguntass irónicas que le dicen los impíos al verle en su situación de expatriado: “¿Dónde está tu Dios?” (v. 4). Porque su actual estado de abandono parece dar la razón a los ateos prácticos y paganos de que su Dios le ha abandonado<sup>18</sup>. Estos sarcasmos de los que no comprenden su situación, avivan su nostalgia de las manifestaciones litúrgicas en el templo de Jerusalén. Pues su alma “se expansiona” y derrite de pena al recordar el pasado dichoso cuando él dirigía la entrada de las peregrinaciones y las procesiones jubilosas en torno al santuario de su Dios, pues un cortejo solemne avanzaba en medio de los gritos de júbilo de los peregrinos, mientras él iba en medio caminando hacia la Casa de Dios<sup>19</sup>.

Pero contra el pesimismo y la nostalgia deprimente reacciona el salmista, preguntándose a sí mismo: “¿Por qué te abates alma mía?, ¿por qué te turbas contra mí?” (v. 6). Porque todavía hay lugar para la esperanza de volver a tomar parte en las manifestaciones religiosas del templo jerosolimitano<sup>20</sup>, porque Dios no le abandonará definitivamente, ya que es la “salvación de su faz”, es decir, de su persona<sup>21</sup>.

16. Cf. Ex 23, 15; 34, 20; Dt 31, 11; Is 1, 12; Sal 11, 8; 17, 16; 63, 3.

17. OVIDIO, *Metamorph.* X, 75.

18. Cf. Sal 79, 10; 115, 3; Jl 2, 17; Mi 7, 10.

19. Cf. Sal 43, 6; 131, 3; 142, 4; Lm 3, 20; Jb 30, 16; Jr 7, 18.

20. Cf. Sal 103, 1; 116, 7.

21. Cf. Dt 7, 10; 2S 17, 11; Pr 7, 15.

## LA AMARGURA DEL DESTERRADO (VV. 7-12)

6. Abatida está mi alma.  
 Por eso me acuerdo de ti desde la tierra del Jordán,  
 desde las cumbres del Hermón y del monto Misar.
7. Un remolino llama a otro remolino,  
 con el rumor de las cascadas<sup>22</sup>.  
 Todas tus ondas y tus olas pasan sobre mí.
8. De día dispensa Yahvé su gracia,  
 y de noche me acompaña su cántico,  
 una oración al Dios de mi vida.
9. Digo a Dios: ¡Oh, Roca mía! ¿Por qué te has olvidado  
 de mí?  
 ¿Por qué he de andar de luto bajo la opresión del ene-  
 migo?
10. Mientras quebrantan mis huesos, mis opresores se  
 burlan de mí, diciéndome continuamente: “¿Dónde está  
 tu Dios?”.
11. ¿Por qué te abates alma mía? ¿Por qué te turbas con-  
 tra mí?  
 Espera en Dios, que aún le alabaré.  
 Él es la salvación de mi rostro, y mi Dios.

De nuevo el salmista se deja vencer por la nostalgia de la patria y del templo jerosolimitano, pues se siente “abatido” en su calidad de desterrado en Transjordania, o en los parajes del norte de Cisjordania junto a las fuentes del Jordán, cerca de la actual Banias (la Cesarea de Filipo de los Evangelios), donde el río Jordán nace de las estribaciones del monte *Hermón*. El *monte Misar* debe ser alguna de las colinas de la cadena montañosa del Antilíbano. Cerca de

22. Literalmente el TM dice: “un *abismo* llama a otro *abismo*”. Es el *tehôm* o depósito de aguas abismales sobre las que se asienta la tierra. No pocos autores creen que el salmista se refiere a Gn 1, 2 y Gn 7, 11, donde se habla del diluvio por haberse abierto las compuertas del cielo que cerraban los depósitos de las aguas superiores. Entonces el salmista aludiría a que las aguas superiores y las inferiores se llaman mutuamente.

Banias hay una localidad con el nombre de *Soara*, que quizá pudiera relacionarse con el *Misar* del Salmo. El salmista parece situarse idealmente sobre las cimas del monte más alto, para, desde allí, dirigir su mirada nostálgica hacia Jerusalén, donde está el santuario de Yahvé meta ideal de sus aspiraciones religiosas.

Apesadumbrado, con negros pensamientos de pesimismo, el poeta se presenta como anegado por un turbión o diluvio en el que los remolinos, las ondas y las olas se suceden ininterrumpidamente, sin dejarle levantar la cabeza. Porque los infortunios se suceden sin cesar. Quizá el símil esté tomado de los *torrentes* que en la época del deshielo bajan impetuosos del *Hermón* (cf. Jon 2, 8). Porque “en esta región en la época de las lluvias y de deshielo de las nieves, los arroyos y torrentes se precipitan en las gargantas profundas de los roquedales de basalto negro, en cascadas imponentes y ruidosas, de forma que parecen llamarse unas a otras. Y su muror, temible y melancólico, recuerda al salmista las calamidades terribles que se abaten sobre él<sup>23</sup>.”

Sin embargo, el salmista reacciona de nuevo, porque sabe que Yahvé no olvida a los suyos, pues constantemente *les dispensa su gracia*. Por ello, de noche le dedica cantos de alabanza (v. 9). Pues sabe que puede liberarle de la triste situación presente, y así le dirige su *oración* al Dios que es el centro de su *vida*. Porque Dios es, en realidad, su *Roca* o refugio inmovible y seguro, desde el que se halla fuera del alcance de sus enemigos<sup>24</sup>. Pero por el momento parece que *se ha olvidado de él*<sup>25</sup>, pues su situación es la de el que lleva *luto*, con continente triste de duelo, a causa de la hostilidad de sus enemigos. Pero no concreta cuál es la razón de la animosidad de estos; aunque, dada su situación de exilado forzoso, parece aludir a los que le obligaron a salir

23. Cf. GALÈS, *o.c.*, I, 454.

24. Cf. Sal 18, 3; 31, 4; 71, 4; 2 Sam 32, 2.

25. Cf. Sal 13, 2; 22, 2; 77, 10; 88, 15; 38, 7; Jb 30, 28.

del territorio bendito de Yahvé, de su pueblo, si bien, por lo que dice a continuación, el salmista piensa también en los que actualmente le rodean y se burlan de su situación, pues le juzgan abandonado de Dios (v. 11). Por lo que sus sufrimientos morales han tenido repercusión en su estado físico, ya que se siente con “los huesos quebrantados”, por efecto del agotamiento y desgase moral. Los “huesos”, en el lenguaje poético hebreo, designan muchas veces el organismo físico en general, porque constituyen el almacén del cuerpo humano. Así, se dice en Lm 3, 4: “He hecho envejecer mi carne y mi piel, *he quebrantado mis huesos*” (cf. Is 38, 13).

No obstante el salmista vuelve de nuevo a expresar su esperanza de rehabilitación corporal y moral, pues cree que podrá de nuevo “alabar” y presentarse ante Yahvé, que es la “salvación” de su “rostro”, es decir, su propio Salvador que le otorga la alegría de volver a reanudar su vida en amistad con Él.

#### SALMO 43.42. SÚPLICA DE AUXILIO DE REPATRIACIÓN (VV. 1-3)

1. Júzgame, ¡oh Dios!, y defiende mi causa,  
líbrame de esta gente sin piedad,  
del hombre pérfido y malvado.
2. Pues que eres tú mi refugio, ¿por qué me rechazas?  
¿Por qué he de andar de luto bajo la opresión del  
enemigo?
3. Manda tu luz y verdad; ellas me guiarán,  
y me llevarán a tu monte santo, a tus tabernáculos.
4. Oh si pudiera acercarme al altar de Dios,  
al Dios de mi alegría, y cantarle a la cítara, oh Dios, Dios  
mío.
5. ¿Por qué te abates alma mía?  
¿Por qué te turbas contra mí?  
Espera en Dios, que aún te alabaré.  
¡Él es la salvación de mi rostro y mi Dios!

Siguiendo el tema del Salmo anterior, ahora concreta más el salmista su condición de perseguido. Por ello encomienda su “causa” judicial al único que le puede ayudar y defender, que es su Dios. Pide que le “juzgue”, porque sabe que en ese caso quedará vindicada su inocencia ante la sociedad, que no le comprende y acusa<sup>26</sup>. Sus enemigos son *gente sin piedad*, pues le han expulsado de su tierra, alejándole del santuario de Yahvé, en el que encontraba sus íntimas alegrías. Con toda *perfidia* le han expulsado los *malvados*. Pero el salmista no explica por qué han tomado esta injusta actitud con él; pero es de suponer que es víctima de gentes materialistas e irreligiosas, que soportan la presencia del que procuraba vivir vinculado espiritualmente a Yahvé. Quizá se deba a intrigas de elementos de la familia levítica, que por intereses creados, le han alejado de la Casa de Yahvé por considerar importuna su presencia en ella, pues con su vida religiosa era una acusación permanente contra su modo de vivir al margen de la ley divina.

Ante esa actitud de hostilidad e incomprensión, el salmista acude a su Dios, que siempre ha sido su *refugio*, pero que ahora le *rechaza* incomprendiblemente (cf. Sal 44, 9.24). Pero al carecer del valor redentivo del dolor con vistas a la retribución de ultratumba, el justo del A.T. no comprende los caminos secretos de la Providencia divina. Tanto la vida del salmista, como su existencia de *luto* es triste, pues está siempre acosado por la *opresión del enemigo*. Y por eso, en el caso actual pide ante todo que se clarifique su causa judicial, y ruega a su Dios que otorgue *luz* y *verdad* sobre su conducta calumniada. Porque la *luz* y la *verdad*, cuando provienen de Yahvé, suponen aprobación y complacencia; y por tanto, son garantía de salvación y de liberación y complacencia; y por tanto, son garantía de salvación y de liberación y complacencia; y por tanto, son garantía de salvación y de liberación en las situaciones comprometidas.

26. Sal 7. 9; 26, 2; 35, 2. 25; Sal 43.

Es justamente lo que desea el salmista exilado: volver a su antigua condición de huésped de Yahvé en el templo, *acercándose a su altar*, al *monte santo*, al *tabernáculo* sagrado. La expresión plural “tabernáculos”, aplicada al templo de Jerusalén, tiene aquí el sentido amplificativo e intensivo, para recalcar la dignidad del Santuario de Yahvé, en el que no faltaban diversos atrios y compartimientos sagrados, santificados por la presencia divina (cf. Sal 26, 9; 46, 5; 84, 2). Porque el salmista ansía ardientemente volver al templo jerosolimitano, asentado en el *monte* santificado por la presencia de Yahvé, para allí darle gracias y alabarle con acompañamiento de la “cítara”.

Ante esta perspectiva, reacciona contra su depresión moral: “¿Por qué te abates, alma mía..?” (v. 5), porque por delante aún queda la *esperanza* de volver a *alabar* y contemplar el rostro salvador de Yahvé, es decir, de gozar de su benevolencia en la intimidad litúrgica del Santuario de Jerusalén.

MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, O.P.  
*Salamanca*

# En el tesoro, el corazón

Sor Isabel Cabeza, O.P.

«DONDE ESTÁ TU TESORO<sup>1</sup> ALLÍ ESTÁ TU CORAZÓN» (Mt 6, 21)



En tiempo de grandes alharacas y clamoroso despliegue de medios de comunicación social parece que lo que no se proclama, lo que no se grita o se canta, lo que ocurre en silencio, no tiene valor alguno, no existe. Pero sigue siendo cierto que lo más importante prefiere acontecer en silencio<sup>2</sup>. Esta es la narración de algo silencioso.

Utilizamos para redactar estas páginas a propósito de sor Isabel, una monja dominica, el pequeño<sup>3</sup> tesoro acumulado con las poquitas cosas que en torno a su existencia se almacenaron. Unas en su vida; otras en el recuerdo de quienes más o menos extensamente convivieron con ella; otras, por fin, en pequeños apuntes que redactó. En estos sobre todo hacemos consistir 'su' tesoro; y en ellos,

1. «Donde era desconocida la economía de capital, había que asegurarse el futuro acumulando dinero y cosas que tuviesen valor real. El verbo Qhsauizw significa *almacenar* algo en un lugar o reunir un tesoro. Algunos textos usan el verbo en sentido positivo»: D. ZELLER, *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, I, Salamanca 1996, p. 1881.

2. «Más vale callar y ser que hablar y no ser. El que de verdad posee la palabra de Jesús, puede también escuchar su silencio, a fin de ser perfecto. De esta manera, según lo que habla, obra; y por lo que calla, es conocido»: IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Efes. XV*, 1-2.

3. 'Pequeño', cuantitativamente. La calidad, lo convierte en muy grande.

o más exactamente en aquello o en Aquel al que ellos remitían, damos por supuesto que tuvo ella alojado su corazón. Hemos añadido algunos párrafos de cartas suyas, y no desdeñamos, porque es lo más cercano a quien esto escribe, lo que reside en nuestra propia memoria. Más aún: esto será lo que sirva de elemento integrador, unificador; hará como de bisagra para la conexión entre todos los demás elementos. A este exiguo conjunto documental habremos de referirnos al tratar de proveer de fundamento y aportar alguna prueba en que se sustente nuestro propio punto de vista sobre esta religiosa.

Con este criterio, desarrollaremos este estudio que pretendemos lo más escueto posible, en torno a sor Isabel conforme al siguiente plan:

- I. *Ella*: Datos biográficos
- II. *De ella*:
  - 1. Hojas sueltas
  - 2. Cuadernos
  - 3. Muestra epistolar.
- III. *Acerca de ella*:
  - 1. Recuerdos de su infancia
  - 2. Testimonios
  - 3. Nuestro punto de vista
- IV. *En una palabra*

## I. ELLA

### *Datos biográficos*

*Nombre*: Felisa<sup>4</sup> CABEZA ROJO.

*Nacida*: en Husillos (PALENCIA) el 24 de noviembre de 1934, como 5<sup>a</sup> y última hija.

*Padres*: D. Aurelio CABEZA y D.<sup>a</sup> Isabel ROJO.

4. Nombre familiar: Suca; en religión: Isabel M<sup>a</sup> del Sagrado Corazón.

*Hermanas:* Gaspara (Ita), Isabel, M<sup>a</sup> Esther (dominica en el Monasterio de santa Catalina de Valladolid), e Inés (dominica en el Monasterio de las Dueñas de Salamanca).

*Religiosa:* A los 17 años: Monasterio de la Consolación (Dueñas), Salamanca. Dominicas.

*Profesión:* Simple: 27 de septiembre de 1953; Solemne: 27 de septiembre de 1956.

*Priora:* de 1977 a 1983.

*En Suráfrica (Senekal):* 29 de mayo de 1985: *Vicaria de la Fundación*<sup>5</sup>.

*Sufre un accidente* de automóvil el 29 de julio de 1987.

*Fallece, como consecuencia,* a las 17:17 del 5 de agosto (vigilia del aniversario de la muerte de santo Domingo).

*Inhumada* el 11 de agosto de 1987, tras el funeral concelebrado por Mons. Hubert Bucher obispo de Bethlehem, Mons. Johannes Brennikmeijer, O.P., obispo de Kroonstad y 27 sacerdotes.

*Bendición de la lápida* de su tumba por el obispo de Bethlehem, el 8 de agosto de 1988.

## II. DE ELLA

Decíamos hace un momento que fue el conjunto de algunos de estos breves escritos (las *Hojas* y los *Cuadernos*) de sor Isabel lo primero en que pensamos cuando decidimos cómo titular estas reflexiones. Esto es lo que fundamentalmente nos pareció “su” tesoro. Tales escritos son de origen muy variado: frases bíblicas del Antiguo o del Nuevo Testamento, de personajes más o menos notables, de diversos momentos de la liturgia, oídas en retiros, entresacadas

5. Community of saint Dominic. P.O. Box 637. Senekal 9600. South Africa. Fundación de la Federación de Monjas Dominicanas, Federación de santo Domingo. Monasterio de santa Catalina, c/ Santo Domingo 6, 47003 Valladolid.

de lecturas, formuladas como peticiones, propósitos, reflexiones... Lo que importa no es tanto la diversidad y heterogeneidad del origen de estos párrafos cuanto el hecho de la convergencia en el interés de sor Isabel. Éste fue el que la llevó a seleccionarlos y coleccionarlos. Después, su vida nos ratificará en la convicción de que fue por ellos sellada, troquelada. Que sedimentaron en su corazón, ahí donde se va acumulando el más íntimo tesoro humano.

Posteriormente añadimos algunos párrafos (de *Cartas*), en los que también nos parecía que se plasmaba su espíritu y que resumaban el mismo tipo de preocupaciones y pensamientos que habíamos encontrado en aquellos otros.

## 1. HOJAS SUELTAS

Son cuatro y aparecen sin fecha.

Indicamos: Número en cursiva: párrafo. Número entre corchetes: página.

(Se indican *HA*, *HB*, *HC*, *HD*, página y número del texto).

(*HA*) Es una estampa de 8 x 11 en cuyo reverso escribe. El anverso, sobre fondo gris y con un pie «DÍA DEL SEMINARIO», va impreso este texto “Señor, haced de mí un instrumento de vuestra paz: donde haya odio, ponga yo amor, donde haya ofensa, ponga yo perdón, donde haya discordia, ponga yo armonía, donde haya error, ponga yo verdad, donde haya duda, ponga yo la fe, donde haya desesperación, ponga yo esperanza, donde haya tinieblas, ponga yo la luz, donde haya tristeza, ponga yo alegría; que no me empeñe tanto en ser consolado, como en consolar; en ser comprendido, como en comprender; en ser amado como en amar, porque dando se recibe, olvidando se encuentra, perdonando se es perdonado, muriendo se resucita a la Vida”.

1. “Señor, te confío estos tres años de priora; quiero que seas tú quien guíe a la Comunidad por el camino que tú quieras que vaya, que yo no haga más que secundar tus deseos, cumpliendo fielmente tu voluntad.

Madre, dame un corazón de madre para amar a estas hermanas como Jesús quiere que las ame. Las pongo a todas en tu regazo maternal. Sé tú, Madre, quien dé a cada una lo que necesite. Que en esta Comunidad reine el amor, la paz y la santidad”.

(HB) Se trata de una sola hoja donde escribe:

**2.** María: tú que conociste profundamente los deseos de Jesús de que todos fuéramos ‘uno’, alcanza a la Iglesia el don de la unidad.

María: tú que esperaste en oración junto con los apóstoles la venida del Espíritu Santo, ruega por nosotras y alcánzanos el don del Espíritu Santo.

María: tú que supiste sintonizar con los sentimientos de Jesús en todas las facetas de su vida, haz que nosotras sepamos ser fieles a la misión que se nos ha confiado.

(HC) y (HD) Son dos hojas de block cuadrulado, de 15,5 x 10,5, en cuyo reverso hay escritos ejercicios de conjugación de verbos en español.

(HC)

**3.** [1] En la noche no se ve nada; en la noche no se oye nada; en la noche no se siente nada, porque es de noche... pero hay que caminar como si fuera de día. Dios está ahí.

**4.** Dios me ama y me sigue llamando desde mis pecados y pobreza...; tengo que creer en el amor de Dios y confiar en Él. Dios se sigue fiando de mí y nada debo temer.

**5.** [2] Mientras que un hombre no se pone voluntariamente en el último lugar, no hay salvación para él (Gandhi).

**6.** Si tuvierais que dar explicaciones para justificaros siempre que interpretan mal vuestras intenciones, la vida sería insoportable. Yo he tomado la norma de no intervenir nunca para rectificar este género de errores... Este principio me ha ahorrado mucho tiempo y muchos sinsabores (Gandhi).

(HD)

## 7. [3] El despojo de sí mismo y la unión con Dios.

### 2. CUADERNOS

Son dos, también sin fecha.

Se indica: pd: páginas derechas; pi: páginas invertidas; número en negrita: párrafo; número entre corchetes: página. Se respeta el subrayado de la autora. Las páginas invertidas llevan número y superíndice (').

(Se indican CA y CB, página y número de texto).

CA: 18 pp. (=11pd + 7pi) 7,5 x 11,5 (Consta de 11 párrafos):

1. [2]El Señor es mi luz y mi salvación ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?... Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra me siento tranquilo... El me protegerá en su tienda el día del peligro; [3]me esconderá en lo escondido de su morada, me alojará sobre la roca (Sal 26, p. 923).

2. Espera en el Señor, sé valiente, ten animo, espera en el Señor (Sal).

3. [4](1ª Semana Adviento. Lunes. Laudes: Lect. breve): Subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob: El nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas... (Ant. Bened.): Levanta tu mirada, Jerusalén, y contempla el poder de tu Rey, mira, tu Salvador viene a librar-te [5]de tus cadenas.

4. Estas lecturas nos invitan a hacer un esfuerzo para salir al encuentro de N. Salvador que viene a liberarnos de todo lo que dificulta nuestro encuentro; hay que subir al monte, hay que elevarse por encima de lo que nos distrae. María, ayúdame.

5. [6]Día de la Inmaculada. Reflexionando sobre la homilía he pensado que nadie debe descansar en su propia inocencia.

Isaías dice: la justicia del hombre es como un paño manchado delante de Dios: nuestro apoyo, nuestra confianza está en la misericordia de Dios, que es infinita. [7]El que está en pié, mire no caiga; el que ha caído, no desespere, la misericordia de Dios es infinita y se abaja para acoger al hombre.

Nosotros, los que esperábamos en Cristo, hemos sido llamados para la alabanza de su gloria (Lect. de sexta).

**6.** [8]Hemos sido llamados para la alabanza de su *gloria*, para engrandecerle a Él, para mirarle a Él no a nosotros, para complacernos en Él, para alegrarnos de nuestra pequeñez y darle gracias por su grandeza. Tú solo santo. Tú solo grande...

**7.** [9]¿Con qué lazos se puede retener a Cristo? No a base de ataduras injustas, ni de sogas anudadas, pero sí con los lazos de la caridad, las riendas de la mente y el afecto del alma.

Si quieres retener a Cristo, búscale y no temas el sufrimiento (S. Ambrosio).

**8.** [10]Decid a los cobardes de corazón: sed fuertes. Mirad que viene el Señor nuestro Dios.

**9.** Tres signos hay de haber alcanzado la sabiduría o prudencia: si eres capaz de confesar tus propias culpas; si sabes dar gracias y [11]tributar alabanzas; si sabes pronunciar palabras de edificación.

*(sigue el cuaderno por el final, invertido)*

**10.** [1']Tenemos que dar muchísimas gracias a Dios porque nos ha llamado a una vida grandiosa: la vida contemplativa y la vida de unión con Jesús, y nos da los medios necesarios para vivirla con plenitud, si queremos, desde que venimos a coro por la mañana hasta que nos acostamos es un continuo derroche de gracia por parte de Dios. Pidamos la gracia de ser conscientes de este don. Comenzamos con el canto de Laudes, el canto de alabanza, no sólo de toda la Iglesia, sino del mismo [2']Jesús. Tenemos que darnos

cuenta de que es Jesús quien alaba al Padre por medio de nosotras. Por eso hemos de avivar la fe para que sea viva.

Después celebramos la Eucaristía, donde Jesús se nos da con plenitud. Aquí es donde tendríamos que poner toda la fuerza y toda la vida para penetrar. [3']Nuestra vida está ordenada [a] para encarnar en nosotras la misma oración de Jesucristo -lo cual exige una ascesis que no exige otro género de vida- tal vez esté en esto nuestro fallo. Si queremos ser monjas y después vivir como cualquier otra persona que no esté [4']llamada a esta vida... tenemos que convencernos (de) que nuestra vocación es especial, tenemos que morir a nosotras mismas para que sea Jesús quien viva quien ore y esto movidas por el Espíritu Santo.

11. [5']Hoy en la clase de S. Escritura hablándonos del origen del pecado, viendo que la raíz de todo mal es el deseo innato que tiene el hombre de hacerse dios, he pensado que así es en mí, yo también tengo una gran soberbia y todos [6']mis males han brotado de esa raíz. Confrontando la conducta de Jesús tan opuesta a la del primer hombre y a la de todos los hombres, he pensado en lo grande que debe ser la humildad a los ojos de Dios.

Jesús, cómo me gustaría empezar a ser humilde de verdad. Madre mía, dame la gracia de ser humilde de corazón, de amar el ser pequeña, el no querer elevarme por encima de nadie; dame la gracia de amar la humildad de corazón. Amén.

ALBERTO ESCALLADA TIJERO, O.P.  
*Salamanca*

## Escuela de vida

# Las vías de conocimiento de Dios de Santa Teresa de Lisieux (IV)

*Las pruebas, el sufrimiento, la lectura, el estudio, el ambiente en que vivió*

### LAS PRUEBAS Y EL SUFRIMIENTO

#### *Las pruebas*

Las pruebas como camino de maduración

“Mi alma ha madurado en el crisol de las pruebas exteriores e interiores” (A, 1895: 1873-1877, p. 28).

“Sí, los tres años de martirio de mi papá me parecen los más preciosos, los más fructíferos de toda nuestra vida. No los cambiaría por todos los éxtasis y revelaciones de los santos (...). Mi deseo de sufrir se vio colmado” (A, 1895: 1888-1889, p. 192). “El día de mis bodas estuve realmente huérfana de padre en la tierra, pero pudiendo mirar con confianza al cielo y decir con toda verdad: ‘Padre nuestro, que estás en el cielo’” (A, 1895: 1888-1890, p. 197).

#### *El sufrimiento*

El sufrimiento como camino de santidad

“Cuando se ofreció ante mis ojos el horizonte de la perfección, comprendí que para ser *santa* había que sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección hay muchos grados, y que cada alma era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por él, en una

palabra, de *escoger* entre los sacrificios que él nos pide. Entonces, como en los días de mi niñez exclamé: “Dios mío, *yo lo escojo todo*. No quiero ser *santa a medias*, no me asusta sufrir por ti, sólo me asusta una cosa: conservar mi *voluntad*. Tómala, ¡pues “*yo escojo todo*” lo que tú quieres...!” (A, 1895: 1873-1877, pp. 42-43).

### La alegría del sacrificio

Quando Paulina ingresó en el convento:

“¿Cómo podré expresar la angustia de mi corazón...? En un instante comprendí lo que era la vida. Hasta entonces no me había parecido tan triste, pero entonces se apareció en todo su realismo, y vi que era más que un puro sufrimiento y una continua separación. Lloré lágrimas amargas, pues aun no comprendía la *alegría* del sacrificio” (A, 1895: 1881-1883, p. 76).

### El sufrimiento como su sueño dorado

“Recuerdo que (María) una vez me habló del sufrimiento, diciéndome que probablemente yo no transitaría por ese camino, sino que Dios me llevaría siempre como a una niña. Al día siguiente, después de comulgar, me volvieron a la memoria las palabras de María. Y sentí nacer en mi corazón un *gran deseo de sufrir*, y, al mismo tiempo, la íntima convicción de que Jesús me tenía reservado un gran número de cruces. Y me sentí inundada de tan *grandes* consuelos, que los considero como una de las *mayores* gracias de la vida. El sufrimiento se convirtió en mi sueño dorado. Tenía un hechizo que me fascinaba, aun sin acabar de conocerlo. Hasta entonces, había sufrido sin *amar* el sufrimiento; a partir de ese día, sentí por él verdadero amor” (A, 1895: 1883-1886, p. 100).

### Santa Teresita no hacía “penitencias”

“Cuando digo mortificada, no es para hacer creer que hiciera penitencias, pues *nunca las he hecho*. Lejos de parecerme a esas almas grandes que desde la niñez practicaron

toda serie de mortificaciones, yo no sentía por ellas el menor atractivo. Esto se debía, sin duda, a mi flojedad” (A, 1895: 1887, p. 179).

Antes que sufrir o morir, desea, ante todo, amar

“Ahora no tengo ningún deseo, a no ser el de *amar* a Jesús con locura... Mis deseos infantiles han desaparecido (...). Tampoco deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte, aunque siga amándolos a los dos. Pero es el *amor* lo único que me atrae...” (A, 1895: 1890-1895, p. 216).

### *La venida de la muerte*

Ante los primeros síntomas de la enfermedad que la llevó a la muerte:

“Yo no sabía lo que era, pero pensé que a lo mejor me iba a morir, y mi alma se sintió inundada de gozo... (...). Estaba íntimamente convencida de que Jesús, en el aniversario de su muerte, quería hacerme oír una primera llamada” (C, 1897: 1896-1897, p. 256).

### *Las tinieblas espirituales*

Ya hemos visto cómo santa Teresita tuvo que pasar los últimos meses de su vida sumida en la “noche de la fe” (C, 1897: 1896-1897, cf. p. 257), lo cual le abrió un nuevo camino de acceso a Dios.

## LA LECTURA Y EL ESTUDIO

### Las estampas

“No te he hablado por mi amor por las estampas y a la lectura... Y sin embargo, a las preciosas estampas que tú - Madre Inés- me dabas como premio debo una de las más dulces alegrías y de las más fuertes impresiones que me han incitado a la práctica de la virtud... Me pasaba las horas muertas mirándolas” (A, 1895: 1883-1886, p. 90).

### La lectura

“No sabía jugar, pero me gustaba mucho la lectura, y me hubiera pasado la vida leyendo. Afortunadamente tenía unos *ángeles* de la tierra que me elegían unos libros que, a la vez que me distraían, alimentaban mi espíritu y mi corazón” (A, 1895: 1883-1886, p. 90).

### El estudio

“Retenía con facilidad el sentido de lo que estudiaba, pero me costaba trabajo aprender de memoria. Por eso, el año que precedió a mi primera comunión, pedía permiso casi todos los días para estudiar el catecismo durante el recreo. Mis esfuerzos se vieron coronados por éxito (...). Me iba muy bien en los estudios y era casi siempre la primera. En lo que más descollaba era en historia y en redacción. Todas mis profesoras me tenían por una alumna muy inteligente. Pero no sucedía lo mismo en casa de mi tío, donde pasaba por ser una pequeña ignorante, buena y dulce, sí, pero poco capaz y torpe...(...). Con bastante frecuencia alababan delante de mí la inteligencia de las demás, pero nunca la mía, por lo que llegué a la conclusión de que no era inteligente, y me resigné a no serlo...” (A, 1895: 1883-1886, pp. 103-104).

“Yo siempre he amado lo grande, lo bello, pero en esta época me entraron unos deseos enormes de *saber* (...). Me dediqué a hacer por mi cuenta estudios extras de *historia* y de *ciencias* (...). Y así, en pocos meses adquirí más conocimientos que durante todos mis años de estudio. ¡Pero eso no era más que vanidad y aflicción de espíritu...! (...). No creo haber ofendido a Dios (aunque reconozco que perdí inútilmente el tiempo), pues sólo le dedicaba un número limitado de horas, que no quería rebasar, a fin de mortificar mi deseo exacerbado de saber...” (A, 1895: 1886-1887, p. 125).

### La Imitación, los evangelios y las charlas del Sr. abate Arminjon

“Desde hacía mucho tiempo yo me había alimentado con la ‘flor de harina’ contenida en la Imitación. Este era el

único libro que me ayudaba, pues no había descubierto todavía los tesoros escondidos en el Evangelio. Me sabía de memoria casi todos los capítulos de mi querida Imitación, y ese librito no me abandonaba casi nunca (...). A mis 14 años, con mis deseos de saber, Dios pensó que era necesario añadir a 'la flor de harina miel y aceite en abundancia'. Esa miel y aceite me los hizo encontrar en las charlas del Sr. abate Arminjon sobre el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura" (A, 1895: 1886-1887, p. 126).

Sólo las lecturas espirituales ayudan a su alma

"¡Cuántas luces he sacado de las obras de nuestro Padre san Juan de la Cruz..! A la edad de 17 y 18 años –1890-1891–, no tenía otro alimento espiritual. Pero más tarde todos los libros me dejaban en la aridez, y aún sigo en este estado (...). En medio de la impotencia, la Sagrada Escritura y la Imitación de Cristo vienen en mi ayuda (...). Pero lo que me sustenta durante la oración es el *Evangelio*. En él encuentro todo lo que necesita mi alma (...). Comprendo y sé muy bien por experiencia que 'el reino de los cielos está dentro de nosotros'. Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. Él, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras..." (A, 1895: 1890-1895, p. 218).

#### EL AMBIENTE EN QUE VIVIÓ

Sobre el ambiente en que vivió santa Teresita se han hecho muchos estudios. Lo que parece más interesante es lo cerrado y dominante que éste era. Santa Teresita lo consideró afectiva y espiritualmente muy valioso para ella.

"Él la hizo –a santa Teresita– nacer en una tierra santa e impregnada toda ella por un *perfume virginal*" (A, 1895: 1873-1877, p. 29). Dios la preservó del "aliento envenenado del mundo" rodeándola, primero de su familia y después de la comunidad del Carmelo (A, 1895: 1873-1877, cf. p. 29).

### *La familia*

La familia le proporcionó un ambiente muy afectivo

“Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de *amor*. Mis primeros recuerdos están impregnados de las más tiernas sonrisas y caricias... Pero si él puso mucho *amor* a mi lado, también lo puso en mi corazón, creándolo cariñoso y sensible. Y así, quería mucho a papá y a mamá, y les demostraba de mil maneras mi cariño, pues era muy efusiva” (A, 1895: 1873-1877, p. 30).

De la familia la daba buen ejemplo

“Como no tenía más que buenos ejemplos a mi alrededor, quería seguirlos como la cosa más natural del mundo” (A, 1895: 1873-1877, p. 39).

La familia le ayuda a superar la muerte de su madre

“Tengo que decirte, Madre –Inés–, que a partir de la muerte de mamá, mi temperamento feliz cambió por completo. Yo, tan vivaracha y efusiva, me hice tímida y callada y extremadamente sensible (...). Sin embargo seguía rodeada de la más delicada *ternura*. El corazón tan tierno de papá había añadido al amor que ya tenía un amor verdaderamente maternal... Y tú, Madre, y María ¿no erais para mí las más tiernas y desinteresadas madres...? No, si Dios no hubiese prodigado a su florecilla esos sus rayos bienhechores, nunca ella hubiera podido aclimatarse a la tierra, pues era todavía demasiado débil para soportar las lluvias y las tormentas, y necesitaba calor, el suave rocío y las brisas de primavera. Nunca faltaron todas esas ayudas, Jesús hizo que las encontrase incluso bajo la nieve del sufrimiento.” (A, 1895: 1877-1881, pp. 49-50).

Sobre Paulina (la Madre Inés):

“A veces me pregunto cómo pudiste educarme con tanto *amor* y delicadeza, y sin mimarme, pues la verdad es que no

me dejabas pasar ni una sola imperfección” (A, 1895: 1877-1881, p. 60).

### Sobre Paulina y María

Ayudaron a santa Teresita a prepararse para la Primera Comunión. (A, 1895: 1883-1886, cf. pp. 93-94).

### La amistad con Celina

“Jesús, que quería hacernos progresar juntas, formó en nuestros corazones unos lazos más fuertes que los de la sangre. Nos hizo *hermanas de alma*” (A, 1895: 1886-1887, p. 127).

### *Su experiencia como alumna en el internado de la Abadía (1881-1886)*

“Los cinco años que pasé en él fueron los más tristes de toda mi vida. Si no hubiera tenido a mi lado a mi querida Celina, no habría aguantado allí ni un mes sin caer enferma... La pobre florecita había sido acostumbrada a hundir sus frágiles raíces en una *tierra selecta*, hecha expresamente para ella. Por eso se le hizo muy duro verse en medio de flores de toda especie, que tenían a menudo raíces muy poco delicadas, y obligada a encontrar en una *tierra común* la savia que necesitaba para vivir...” (A, 1895: 1881-1883, p. 69).

### *El Carmelo (1888-1897)*

“Por fin mis deseos se veían cumplidos. Mi alma sentía una PAZ tan dulce y tan profunda, que no acierto a describirla. Y desde hace siete años y medio esta paz íntima me ha acompañado siempre, y no me ha abandonado ni siquiera en medio de las mayores tribulaciones” (A, 1895: 1888-1890, pp. 182-183).

JULIÁN DE COS, O.P.  
*Salamanca*

## Vivir en plenitud

Qué enorme error sería  
por esta tierra pasar,  
sin entender qué es la vida,  
de donde se viene y va.

Etapa que es un instante,  
vivida sin comprender,  
que es lo necio y lo importante,  
que es lo antes y después.

Lo que vale, lo que cuenta,  
nos llena, tiene valor,  
nos conviene y realiza  
y sí que tiene sabor.

Eso que nos armoniza,  
nos da sentido, razón,  
llena de paz cada día  
y nos sacia el interior.

Lo que es la savia, la esencia,  
y es necesario intentar,  
cogerla, hacerla nuestra,  
y dársela a los demás.

Dejemos lo que es simpleza,  
vacío, y la necesidad,  
pues es sólo brillo fatuo  
que nunca nos va a llenar.

Hemos de vivir conscientes,  
y siempre en la gran verdad,  
tratando sacar provecho  
muy digno hasta el final.

Entendiendo los valores  
que debemos conquistar,  
los que elevan, engrandecen,  
y al partir poder llevar.

BASILIO BENITO SÁNCHEZ  
*Salamanca*

## Bibliografía

FABIO GIARDINI, *La liberazione della paura della morte*, Pontificia Università S. Tommaso d'Aquino, Millenium Romae 2000, 300 pp.

Este libro intenta situar al lector ante el hecho inexorable de la muerte: un hecho cierto, existencial, terminal, universal, tremendo. El ser humano no es solo “*imago Dei*”, “*animal rationale*”, sino que es también finito, caduco, mortal. Si no se logra ser en verdad hombre sin al menos intentar la respuesta a la pregunta por sí mismo, tal respuesta no será la verdadera sino incluye la condición de mortal. La muerte es un hecho, pero un hecho oscuro, porque es límite, privación, punto final de la existencia que decimos terrena. No entendemos bien esta dimensión negativa si solo nos atenemos a la capacidad de comprensión. La inteligencia humana se mueve bien en el horizonte del ser sensible, cuando parte de la experiencia corporal de los sentidos. Pero se despista cuando no hay posible experiencia, como acontece con la muerte. La escasa experiencia que se nos concede de la muerte, es siempre y solo de la muerte ajena. Muere el otro, y cuando ese otro está muy metido en mi vida, como acontece con los padres, los parientes, los amigos, me parece que algo muere en mí. Pero no soy yo quien muere. Por eso hablamos con muchos rodeos de la muerte, del *mysterium mortis*.

La literatura de todos los tiempos se ha ocupado de la muerte tratando, como los judíos en torno a Jericó, de entrar en ella, de dar razón suficiente del hecho. También lo sigue intentando en el nuestro. A poco de ocuparse del tema se advierte una cierta paradoja en el modo de hacerlo hoy. Por un lado se da un ocultamiento cultural del hecho de la muerte y se hacen esfuerzos porque no aparezca ese final de la existencia. En nuestras ciudades se cubre con un tupido velo todo lo que pueda aparecer negativo, y se esconden sobre todo los muertos. Pero al mismo tiempo la filosofía existencialista presume de haber afrontado por vez primera en la historia el problema de la muerte cara a cara, en sí misma, no en sus antecedentes, ni en lo que viene más allá de ese hecho. La muerte pasa a ser un existencial, un componente del ser-en-el-mundo, el cual desde que nace ya es viejo para morir. Este libro del Prof. Giardini sale al paso de la situación actual del problema de la muerte. Es como una ventana que se abre en el inmenso horizonte cultural de la muerte, y desde ella se trata de encontrar un antídoto, un fármaco especial y apropiado, para desterrar el miedo a la muerte, al menos para mitigar el temor y temblor que por instinto el hombre experimenta ante ese hecho fatal.

Esta obra está muy trabajada, y es fruto de largas reflexiones y de muchas lecturas, que han sido asimiladas y han pasado el filtro

de las lecciones en las aulas, de meditaciones en días de retiro, de diálogos con los pensadores. El intento de la obra es terapéutico, preventivo. Se proponen los métodos para liberarse del miedo a la muerte. A partir de ese proyecto la trama de la obra se desarrolla en tres momentos: una introducción (cc. 1-2), en que se presenta el fenómeno: la conciencia actual del miedo a la muerte; una parte primera (cc. 3-5) en que se analizan los “fármacos” que de hecho se utilizan para el alivio o la cura de estos profundos y humanos temores; y una parte segunda (cc.6-10) en la que se recurre al remedio que propone el pensamiento cristiano. En él, a través del misterio pasqual, se da la solución genérica al tremendo problema del mal, que se presenta al hombre muy emparentado con el problema de Dios, y la solución concreta desde el *mysterium passionis et resurrectionis Christi*, que asumió el mal del mundo y nos propuso el camino de la liberación definitiva. La estructura de la obra está lograda en este esquema que parte del fenómeno en toda su amplitud y logra llegar al fundamento.

La obra se sitúa en la amplia tradición de meditaciones ante el hecho de la muerte. Este fenómeno humano es singular. Solo los hombres mueren. Y mueren todos los que han sido concebidos. Ante el fenómeno de la muerte, cualquier palabra resulta inadecuada. Por ello el silencio suele ser la actitud más en consonancia con la vivencia de la muerte del hombre. Pero el silencio, que crea el clima adecuado para el dolor, no basta al ser humano, llamado a dar cuenta y razón de sí mismo, y de cuanto le rodea. Los amigos de Job pueden estar en silencio, pero no siempre ni del todo, tienen que razonar y dialogar. Para los primeros pensadores, en su ingenuidad y en sus intuiciones, la filosofía es necesaria y es una meditación de la muerte. Situado el libro en esa larga cadena de ensayos, sorprende por la riqueza de información y de recurso a la tradición y a las experiencias de los más diversos pensadores. El obrar sigue al ser, y por ello el hombre se refleja en sus obras. El Prof. Giardini es teólogo de profesión y ha cultivado con preferencia la teología espiritual, típica de la escuela de Tomás de Aquino. El teólogo de suyo mira la totalidad de las cosas con los ojos de Dios, desde la atalaya sapiencial que se remonta al origen y destino en Dios de todo cuanto existe. Esa perspectiva incluye con naturalidad todas las demás que ayudan a la conquista de la verdad, de modo especial la filosófica y la cultural. Hay en esta obra una riqueza de información literaria que deleita al lector, y una atención a las ciencias del hombre, a la psicología y a la literatura, no solo por afán de erudición, sino de aportación y de diálogo.

La última palabra en este intento liberador la tiene el teólogo. Solo en Jesucristo tenemos la solución liberadora. Él asumió la condición humana de la mortalidad, él sintió como nadie el dolor en la

pasión, en la cruz, a la hora de la muerte. Con su entrega en las manos del Padre dejó a todos los discípulos la lección liberadora. La conclusión se desprende por su propio peso: “La muerte se transforma así para los cristianos: en vez de ser una horrenda e irreparable destrucción total de la vida humana, como los incrédulos creen que sea, se convierte en ser un paso de la vida terrena, limitada y oprimida por las fatigas, enfermedades y sufrimientos de toda clase, en una vida ultraterrena, perfecta y eternamente feliz” (p. 285-286). La liberación del miedo a la muerte es un hecho desde el momento en que el hombre nuevo se deja llevar por la gracia, las virtudes teológicas y los dones del Espíritu Santo. La muerte es el puente estrecho para el paso a la otra orilla, en la cual la muerte no tiene entrada.

Toda esta obra de Giardini es una adecuada respuesta al problema y es ejemplar en su género, porque está transida de humanismo cristiano y de esperanza.—*Fray A. Lobato, O.P.*

ANDRÉS MOLINA PRIETO, *Perfiles Configurados del Padre José Antonio de Aldama, S.J.*, Edición no comercial para uso de la Congregación, Córdoba 2003, 315 pp.

El presente estudio –como indica su autor– no pretende ser propiamente una biografía histórica o espiritual completa en sentido estricto. Se trata más bien de una semblanza o de una “biografía en esbozo” o de presentar un conjunto de *perfiles configurados*, realizados con motivo del centenario del nacimiento del P. José Antonio de Aldama y Pruaño, S.J., cofundador de las Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada (9-7-1903/23-3-1980). Se trata de una personalidad inabarcable debido a sus múltiples facetas humanas, religiosas, sacerdotales, intelectuales, docentes y apostólicas.

Estamos ante una “biografía de urgencia” pensada sobre todo para las Esclavas del Santísimo Sacramento, para sus familiares y simpatizantes de la Obra, y para el círculo de personas que se beneficiaron del apostolado y magisterio del P. Aldama. La principal fuente de inspiración de estas páginas son los trabajos de gran calado publicados ya por el P. Cándido Pozo, S.J., quien gozó de íntima amistad con el P. Aldama y recibió de él valiosas confidencias.

Los tres apartados que estructuran el libro recogen lo que al autor le ha parecido más sobresaliente o relevante del personaje biografiado. En la primera parte se habla en primer lugar de sus antecedentes familiares, sobre todo de sus padres, ya que ellos constituyen la primera clave interpretativa de la extraordinaria personalidad del P. Aldama; luego de su entrada en la Compañía de Jesús, de su itinerario académico, de su enfermedad y muerte, concluyendo con la presentación de algunos juicios póstumos sobre su persona y su obra. Desde el punto de vista de su relación con el Instituto Religioso de Esclavas del Santísimo Sacramento, fundado por la M. M<sup>a</sup> Rosario

Lucas Burgos, se destaca la labor del P. Aldama en la organización, ayudando a la Madre fundadora a que tomase realidad la idea de un instituto puramente contemplativo con un hondo sentido eucarístico y mariano. Por eso la Congregación lo reconoce como “cofundador”. Por lo que se refiere a su labor teológica, se menciona su proyección internacional, y se le compara con Romano Guardini, H. Urs von Baltasar, Kart Rahner y otros muchos en cuanto a la fama y al prestigio. Fue un dinámico restaurador de la facultad Teológica de la Cartuja, Rector y profesor de la misma, donde actuó eficazmente en los momentos de transición y adaptación después del concilio Vaticano II. Fue igualmente renovador de los planes y métodos teológicos, y una persona profundamente querida y venerada. Ninguna especialidad teológica le fue ajena y en todas ellas destacó. Su presencia en Congresos, Seminarios, Simposios y Actos Académicos avalan su eficacia e indiscutible autoridad teológica, a lo que hay que añadir sus juiciosos criterios doctrinales.

La segunda parte se centra en los tres pilares de su espiritualidad que hizo cristalizar en el carisma de las Esclavas del Santísimo Sacramento: su ideal eucarístico y mariano y su pasión por la Iglesia. Las religiosas de este Instituto deben al P. Aldama toda la estructura teológico-ascética de su espiritualidad. Por lo que se refiere al espíritu eucarístico, les inculcó la necesidad de imitar en su vida interior y exterior la vida que lleva Jesús en el Santísimo Sacramento, y la necesidad de ofrecerse en oblación de amor estrechamente unida a la oblación misma de Jesús. Sus homilías marianas son una exhortación a imitar a la Virgen María, identificándose con sus sentimientos y actitudes. Como miembro de la Iglesia le profesó siempre un palpable afecto filial; su misma misión como teólogo la entendió como un servicio a la comunidad eclesial.

La última parte se adentra “audazmente” en la intimidad del P. Aldama “para aprender, descubrir y valorar los finos entresijos de su alma magnánima, abierta y pudorosa a la vez” (p. 221). Los tres capítulos que configuran esta parte quieren pergeñar tan sólo su retrato recogiendo los rasgos que más han impresionado al autor de este libro o lo que le ha parecido más sobresaliente o relevante. El primero se centra en los valores espirituales de su personalidad; el segundo en la fecundidad de su magisterio teológico-espiritual; y el tercero en su carácter de modelo eclesial para el siglo XXI, porque todavía tiene mucho que decir a nuestra generación actual por su fidelidad insobornable al Magisterio de la Iglesia y a las fuentes de la espiritualidad cristiana.

El libro concluye con varios anexos breves.

Se trata de un libro de lectura amena, escrito con amor hacia la persona biografiada y que nos permite realizar un buen acercamiento a una figura relevante del siglo XX tanto por su santidad como por su ciencia.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

---

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## EDITORIAL

### Los misterios de la vida de Cristo

Para ir al Padre hay que pasar por Jesús, tenemos que contemplar e imitar los misterios de su vida. Sus acciones, sus palabras y sus gestos son verdaderos misterios, son medios de salvación, son fuente de vida eterna. Hay en ellos un significado oculto que no aparece a simple vista; por eso se nos invita a meditarlos una y otra vez. Pero más allá de los misterios, lo que realmente nos interesa es la persona de Cristo: queremos buscarle a él, entrar en comunicación con él; entablar con él una comunión de vida. Ahora bien, durante nuestra existencia terrena sólo podemos alcanzar a Cristo a través de sus misterios, ya sea celebrándolos en la liturgia, especialmente en la eucaristía, o meditándolos en el rezo del Rosario, o imitándolos en nuestra actividad.

La resurrección de Cristo es el fundamento de la teología de los misterios. Ella, junto con el envío del Espíritu Santo, marca el comienzo de una nueva presencia de Cristo en nuestro mundo. La resurrección vino a confirmar la validez de toda su vida, tanto de sus acciones como de su mensaje, haciendo descubrir en ella una profundidad desconocida hasta entonces. La resurrección hizo también descubrir en sus acciones y palabras el modo de obrar y de hablar del Dios hecho hombre; de tal manera que todo lo que Jesús

dijo, hizo y padeció en su carne mortal nos revela algo del comportamiento del Dios trinidad. Por tanto, todos sus misterios pueden contemplarse teniendo en cuenta a la vez el contexto histórico y trinitario al que pertenecen<sup>1</sup>.

Apoyándonos en esta teología de los misterios, vamos a dedicar la parte doctrinal del presente número a reflexionar sobre los misterios dolorosos del Rosario. Para introducirnos en ellos podemos tener presentes las palabras de un franciscano anónimo del siglo XVI que se encuentran en su opúsculo *Indica mihi (Indícame)*, donde se dice: «...Jesús, tu esposo, va a Jerusalén para cumplir la voluntad de su Padre. Mantente lo más cerca posible de él, observa cada una de sus acciones y recoge en tu corazón cada una de sus palabras, porque todas están llenas de suavidad»<sup>2</sup>.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

LES ANUNCIAMOS LOS NUEVOS PRECIOS DE  
LA REVISTA PARA EL AÑO 2005:

ESPAÑA: .....	16 €
EUROPA COMUNITARIA: ...	26 €
OTROS PAÍSES: .....	30 €
Número suelto: .....	4 €

APROVECHAMOS IGUALMENTE LA OCASIÓN  
PARA AGRADECERLES SUS APORTACIONES,  
QUE HACEN POSIBLE EL SOSTENIMIENTO Y LA  
DIFUSIÓN DE NUESTRA REVISTA

1. Cf. W. LOESER, art. "Mystères de la vie du Christ" (I. Étude historique), *Dictionnaire de spiritualité*, t. 10, Paris 1980, cc. 1883-84.

2. Tomamos la cita de: H. J. SIEBEN, art. "Mystères de la vie du Christ" (I. Étude historique), *Dictionnaire de spiritualité*, t. 10, Paris 1980, c. 1876. Esta obra es una colección de meditaciones de carácter afectivo sobre la vida y la pasión de Cristo, escrita originalmente en flamenco.

# El misterio de la agonía de Jesús en Getsemaní

*“La contemplación del drama de la agonía de Jesús en Getsemaní es una ocasión privilegiada para acceder a un doble conocimiento que nos es indispensable: el conocimiento del Dios Amor de la revelación cristiana y el conocimiento de lo que nosotros somos”.*

La narración de la lucha de Jesús con Dios en el huerto de Getsemaní es un episodio evangélico estremecedor que ha impactado a los cristianos de todos los tiempos y que constituye uno de los pasajes más meditados de la espiritualidad cristiana.

Los evangelistas, por medio de este fragmento, nos han mostrado los sentimientos de Jesús y su peculiar relación con Dios. Con el drama y la agonía vivida por Jesús el texto bíblico nos revela la profundidad de su humanidad y su fidelidad a Dios, a pesar del conflicto vivido entre Cristo y el Padre.

Jesús ante el sufrimiento y la muerte no se evadió sino que los aceptó plenamente como elementos necesarios del plan de Dios, y aunque se resistió en un principio a su destino, después de su lucha se identificó absolutamente con el querer de Dios a quien responderá con total fidelidad.

## UN TIEMPO PARA LA AGONÍA

Después de la última Cena con sus discípulos, Jesús se dirige como era su costumbre, mientras permanece en Jerusalén, al monte de los olivos con el fin de hacer oración.

Y antes de su arresto, que inicia formalmente su Pasión, experimenta una profunda soledad y abandono. Es el momento de su noche oscura, en la que toda su persona, después de luchar y de pasar angustia y tristeza, se pone en manos de Dios.

Si Jesús es tocado por la noche oscura del alma, externamente la escena transcurre también en la oscuridad de una noche estando cercana la primera luna llena de la primavera. Y aunque aparentemente es el reinado de la tiniebla, alumbrada en la noche una luz y en esta lucha entre las tinieblas y la luz debe haber un vencedor, que no puede ser otro que el mismo Jesús, luz del mundo.

#### UN LUGAR PARA LA LUCHA

Según Mc 14, 32, Jesús se encuentra en un lugar llamado Getsemaní (Gat Shemaní), es decir, en una “propiedad o terreno” en la que hay un molino o prensa de aceite. El cuarto evangelio, sin embargo, prefiere utilizar la palabra “huerto” que algunos traducen como “jardín” y lo sitúa al otro lado del torrente Cedrón, donde había muchas tumbas.

Según la tradición lucana este emplazamiento hay que colocarlo en el monte de los Olivos, a no más de un cuarto de hora de Jerusalén, donde Jesús solía pasar la noche en oración. Esta costumbre es atestiguada por san Juan quien reconoce que Jesús había estado allí muchas veces con sus discípulos (Jn 18,2).

Y aunque Mc 14, 43 se ha interpretado como que el lugar de la agonía es el del prendimiento de Jesús, lo cierto es que ambos sitios no coinciden. Eusebio de Cesarea, Cirilo de Jerusalén y otros autores de la época patristica distinguen ambos lugares como también acontece en una visita a la Tierra Santa: una es la basílica de Getsemaní y otro espacio es el lugar del prendimiento y la traición. No están muy distantes pero sí son dos sitios distintos. El lugar de la

agonía corresponde al espacio de la oración de Jesús y el del prendimiento al sitio dónde se encontraban los discípulos.

#### VARIOS RELATOS EVANGÉLICOS DE UN MISMO HECHO

En los evangelios Sinópticos este episodio aparece en Mc 14, 32-42; Lc 22, 39-46 y Mt 26, 36-46. También en Hb 5, 7-8 existe una referencia explícita a este hecho de la vida de Jesús y se puede afirmar que el relato de Getsemaní del cuarto evangelio es el episodio de la muerte de Lázaro y los acontecimientos con ella relacionados.

Todos estos pasajes nos sitúan ante la experiencia de soledad vivida por Jesús, que conlleva el abandono por parte de los suyos y el silencio de Dios, que calla y no responde.

Los tres relatos sinópticos, con diversos matices, tienen el mismo significado. Antes de comenzar la Pasión y todas sus pruebas físicas, Jesús sufrió y se angustió. Lo mismo que había sucedido antes de la misión, cuando Jesús fue sometido a la tentación en el desierto para hacernos ver cuál es la misión y su actitud y comportamiento ante ella: ser servidor en debilidad y en obediencia a la Palabra de Dios; así ocurre ahora en Getsemaní. Jesús, de nuevo probado, adelanta cuál va a ser su actitud y comportamiento en su Pasión: continua siendo el siervo débil que obediente al Padre carga sobre sí los males de todos para poder ser salvador.

Getsemaní significa en los sinópticos, el pavor al sufrimiento y a la muerte de Jesús como mesías sufriente, pero también es la muestra de su abandono en manos de Dios Padre. En esta entrega a un Dios que permanece en silencio pero que conforta, Jesús vence al mal y se convierte en salvador de todos los hombres.

La fe que Jesús manifiesta tener en Dios, poniéndose incondicionalmente en las manos del Padre, le convierten en el creyente que con su "sí" supera a Abrahán. Es además el nuevo Adán, que a pesar de su soledad y agonía, acep-

ta el querer de Dios aunque esto suponga dejar a un lado la propia voluntad. La vida de Cristo, su alimento, es hacer lo que Dios quiere. Pero el Dios Padre de Jesús no es ajeno ni indiferente al dolor humano, Él conforta a Jesús (Lc 22,43), no habla pero le acompaña mostrándole siempre lo que desea. Dios en diálogo y en lucha con lo humano, espera la libre adhesión de fe de un “sí”.

El evangelista Lucas introduce sus matices al relato y destaca este fragmento como la última enseñanza de Jesús a todos sus discípulos. Esta enseñanza coincide con la última plegaria del *Padrenuestro* y se trata de un mandato de Jesús en el que recuerda que la oración nos evita caer en los tiempos de la prueba haciendo el mal. Por su parte, Mt y Mc son más coincidentes en sus narraciones y su preocupación se dirige hacia el hecho de la prueba y la tentación. Estos textos sirven para hacernos entrar en el misterio del sufrimiento de Jesús y reiterarnos en el hecho de su humanidad. Por otro lado, el fragmento de Getsemaní es la llave que nos permite entrar adecuadamente y comprender el drama de la Pasión. Además es el momento cumbre en el que se enfrentan los dos grandes actores de la Pasión: Jesús y el Padre.

Y aunque el texto del Huerto reitera la idea de que Jesús está sometido a la tentación, subyacen varios modelos bíblicos: el de Jacob y su enfrentamiento con el ángel de Yahweh (Gn 32, 23-33), el sacrificio de Isaac en el monte Moria (Gn 22, 1-19) y, sobre todo, el cuarto cántico del siervo de Yahweh del profeta Isaías (Is 52, 13-53, 11). De todos estos modelos el que mejor se ajusta a la identidad de Jesús es el del siervo de Yahweh.

Jesús en Getsemaní carga sobre sus hombros todo lo que de lucha, soledad, sufrimiento y angustia afecta a la humanidad. Él es solidario y redentor de todo el género humano.

FR. RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO, O.P.  
*Salamanca*

# La flagelación del Señor

Vamos a dividir esta breve exposición del segundo misterio doloroso del Rosario en dos partes: la primera se centra principalmente en los datos de la Escritura y la segunda recoge casi íntegramente un modelo de meditación espiritual sobre este misterio, tomado de Ana Catalina Emmerich y que recrea ingeniosamente la escena no a partir de ideas teológicas, sino de algunos detalles concretos de este acontecimiento salvífico.

### 1. LOS DATOS DE LA ESCRITURA

La flagelación representa uno de los momentos más humillantes y dolorosos de la pasión de Jesús. Sin embargo, los evangelistas no se han detenido a narrar los detalles externos de este suplicio, que eran suficientemente conocidos por sus primeros lectores, ni tampoco filtran ningún dato relacionado con la vivencia interior que el Señor resucitado pudiera haber comunicado a sus discípulos más íntimos sobre aquella terrible experiencia. No ha faltado la imaginación para suplir este silencio. Así, J. L. Martín Descalzo, con buen criterio, asocia a este momento el recuerdo de las siguientes frases evangélicas pronunciadas por Jesús en mejores circunstancias: *Amad a los que os odian; haced el bien a los que os maldicen; ofreced la mejilla izquierda a quien os abofetea en la derecha; bienaventurados los perseguidos por la justicia; temed a los que pueden hacer daño a vuestra alma, no a quienes puedan herir vuestro cuerpo; tenéis que perdonar no siete veces, sino setenta veces siete; bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados;*

*ésta es mi sangre que se entrega por vosotros*<sup>1</sup>. A juicio de H. Hendrickx, el silencio de los evangelistas muestra que a la Iglesia primitiva no le gustaba considerar las torturas físicas y que prefería insistir en el rechazo del Hijo del hombre como verdadero sufrimiento<sup>2</sup>.

Antes de la pasión Jesús había advertido a sus discípulos que también a ellos los entregarían a los tribunales, los *azotarían* en las sinagogas, los conducirían ante gobernadores y reyes y los perseguirían de ciudad en ciudad por confesar su nombre (cf. Mt 10, 17; 23, 34; Mc 10, 34; Lc 28, 33). La flagelación del Señor forma parte de las predicciones de la pasión. En el evangelio de san Mateo el mismo Jesús la anuncia en estos términos: «Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles para burlarse de él, *azotarle* y crucificarle, y al tercer día resucitará» (Mt 20, 18-19). También en el evangelio de san Lucas encontramos la misma predicción formulada del modo siguiente: «Mirad que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron sobre el Hijo del hombre; pues será entregado a los gentiles, y será objeto de burlas, insultado y escupido; y después de *azotarle* le matarán, y al tercer día resucitará» (Lc 18, 31-33). En el relato de la pasión san Lucas no menciona la flagelación, aunque recoge por dos veces el propósito de Pilato de castigar a Jesús y dejarlo en libertad; también silencia la coronación de espinas y la escena del *Ecce homo* que sólo encontramos en el cuarto evangelio.

Según el derecho romano la flagelación precedía a la crucifixión con el fin de acelerar la muerte en la cruz; aunque se recurría a ella también como un medio de tortura para conseguir la confesión de un reo o simplemente como

1. Cf. *Vida y misterio de Jesús de Nazaret. III La cruz y la gloria*, Salamanca 1988, pp. 280-281.

2. Cf. *Los relatos de la pasión*, Madrid 1986, p. 90.

un castigo o incluso como pena capital. Tanto Mateo como Marcos presentan la flagelación como un preludio de la crucifixión, una vez dictada la sentencia de muerte. Convencido de su inocencia, Pilato había intentado liberar a Jesús. En cada fiesta el procurador romano tenía la costumbre de soltar a un preso; en esta ocasión propuso a los sumos sacerdotes, a los ancianos y al pueblo que eligieran entre Jesús y Barrabás, pensando tal vez que ante una alternativa tan desproporcionada optarían a favor de Jesús; pues Barrabás era un personaje siniestro, amotinador y asesino, mientras que Jesús era claramente inocente. Pero los judíos prefirieron liberar al culpable y condenar al justo.

En este juicio todo parece estar al revés. Mientras Pilato se empeña en liberar al inocente, el pueblo reclama su condena; Barrabás, que significa «Hijo del Padre», lleva el nombre que le corresponde a Jesús; los jefes y Sumos Sacerdotes judíos hacen justamente lo que reprochan a Jesús, es decir, sublevar al pueblo. Hay además una identificación entre los jefes del pueblo, los Sumos Sacerdotes, el pueblo y Barrabás, porque unos y otros han cometido o van a cometer un asesinato; por eso Jesús es condenado no sólo con la pena que justamente merecía Barrabás, sino también con la pena merecida por los Sumos Sacerdotes, los jefes y la multitud del pueblo<sup>3</sup>.

Ante el fracaso de su estrategia, y para no comprometer su carrera política, Pilato cedió a las presiones de los judíos y entregó a Jesús a la muerte, pero no sin antes lavarse las manos (Mt 27, 24), indicando así públicamente su inocencia respecto al derramamiento de esta sangre inocente. Pero este gesto no le excusa, pues él sabe que tiene la autoridad y la última palabra en este asunto, aunque con este gesto quiera eximirse de su responsabilidad.

3. Cf. R. MEYNET, *Passion de notre Seigneur Jésus-Christ selon les évangiles synoptiques*, Paris 1993, pp. 154-155.

A diferencia de Mateo y Marcos, el evangelista san Juan presenta la flagelación de Jesús (19, 1), no como un prelude de la crucifixión sino como una medida arbitraria, aunque Pilato estaba convencido de su inocencia. La flagelación precede aquí a la sentencia final. Pilato pretendía provocar con este castigo la piedad de los judíos y librar a Jesús de la muerte.

Comparativamente la flagelación romana era más cruel que la judía. En el libro del Deuteronomio se dice que «si el culpable merece azotes, el juez le hará echarse en tierra en su presencia y hará que le azoten con un número de golpes proporcionado a su culpa. Podrá infligirle hasta cuarenta azotes, pero no más, no sea que al golpearle más sea excesivo el castigo, y tu hermano quede envilecido a tus ojos» (25, 2-3). No se dice aquí si este castigo debe aplicarse con varas, bastón o látigo. Con el tiempo esta prescripción se hizo más dura, olvidando el espíritu moderado del Deuteronomio. La tradición rabínica recomendaba al verdugo golpear con todas sus fuerzas y no le imponía ningún castigo en el caso de que el reo muriera. Sin embargo, para mantener escrupulosamente el formalismo de la ley se suprimía el último golpe por miedo a sobrepasar la cifra límite de cuarenta azotes.

Entre los romanos no existía un tope al número de golpes. La dureza de este castigo se debía además a los instrumentos utilizados, a la crueldad de los verdugos y a su carácter vergonzante por tratarse de un suplicio degradante propio de esclavos, y que comenzaba por desnudar públicamente al reo y atarlo a un palo o una columna. Con razón la palabra «azote» ha pasado a la historia, en varias lenguas, como símbolo de la máxima calamidad y desgracia. Entre los instrumentos utilizados estaba el *flagrum* o azote compuesto de varias correas o cadenas con bolas o trozos de hueso en las extremidades (*plumbata*); estaba también el *flagellum*, que era semejante al anterior, pero compuesto de un material más delgado; resultaba más doloroso porque

desgarraba la carne más fácilmente. Con los soldados desertores se practicaba el *fustuarium* o apaleamiento con gruesos bastones hasta provocar la muerte; los *lictores*<sup>4</sup> utilizaban las *fasces* (o instrumentos compuestos de un hacha rodeada de un pequeño haz de varas) para azotar a determinados criminales a quienes se remataba con el hacha.

En el misterio de la flagelación descubrimos a Jesús como el Siervo doliente profetizado por Isaías<sup>5</sup>. San Pablo dirá claramente que «tomó la condición de siervo» (Flp 2, 7). La flagelación nos muestra que el Hijo de Dios no sólo se hizo hombre, sino que se hizo incluso servidor. No sabemos con certeza dónde se desarrolló esta escena, pero aunque no lo diga expresamente, el cuarto evangelio nos da a entender que ocurrió en el pretorio<sup>6</sup>. Desconocemos también el instrumento utilizado, el tiempo que duró y el número de golpes administrado. Si se admite la autenticidad de la Sábana Santa de Turín, los estudios realizados sobre ella nos informan que habría sido flagelado desnudo, recibiendo golpes en la espalda, en los glúteos, en las piernas, en el pecho, en el vientre, ... salvo en la parte del pecho que oculta el corazón. Los golpes fueron fuertes, sin recaer dos veces sobre el mismo lugar. Las señales estampadas en la Sábana Santa nos indican que probablemente se utilizó un látigo de tres correas rematados por 6 bolitas de plomo o 6 huesos pequeños. Los latigazos pudieron ser 40. Mientras tanto Jesús permanecía atado a una columna baja, de menos de un metro de altura, con el fin de mantener el cuerpo en una postura curva y administrarle mejor los golpes.

4. Servidor de la justicia entre los romanos.

5. En el libro del profeta Isaías 50, 6 podemos leer lo siguiente: *Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. No oculté mi rostro a los insultos y salivazos.*

6. El pretorio era el palacio o la residencia donde vivía el pretor y administraba justicia. Algunos autores pensaron que Jesús había sufrido dos flagelaciones: una en casa de Caifás y otra en el pretorio de Pilato, pero hoy esta opinión está universalmente descartada. En Jerusalén existe la iglesia de la flagelación situada en el lugar donde se cree que estuvo situado el pretorio.

Algunos testimonios del siglo IV señalan la columna en la que Jesús fue flagelado. San Jerónimo, en una de sus epístolas, le habla de ella a santa Paula. En 1223 el cardenal Juan Colonna la hizo transportar a Roma para colocarla en la iglesia de Santa Práxedes, donde se venera hasta el día de hoy. Esta columna tiene 75 cm. de altura y 45 cm. de diámetro en la base; es de mármol negro con vetas blancas. Tiene la forma de un pedestal y en su parte superior parece haber tenido una argolla.

Después de analizar brevemente los datos de las Escrituras, vamos a cambiar de registro para orientar nuestra atención al relato proporcionado por una mística del siglo XIX cuya próxima beatificación ha sido anunciada recientemente.

## 2. LA FLAGELACIÓN EN LAS VISIONES DE ANA CATALINA EMMERICH SOBRE LA PASIÓN DE CRISTO

El hecho de que algunas secuencias de la película titulada *La pasión*, de Mel Gibson, estén inspiradas en las visiones de Ana Catalina Emmerich ha despertado de nuevo el interés por sus relatos.

Ana Catalina<sup>7</sup> nació en Flamsche (Westfalia), en 1774. A los 16 años se sintió llamada a la vida religiosa, pero sus padres se opusieron. Más tarde, en 1802, aunque sin dote, debido a la mencionada oposición de sus padres, fue admitida por las agustinas de Agnetenberg, cerca de Dülmen. Suprimido el convento por las autoridades civiles, en 1812 se puso al servicio del sacerdote Juan Martín Lambert. Desde el noviciado estuvo frecuentemente enferma; desde marzo de 1813 permaneció postrada en cama, soportando su enfermedad como un medio de participar en los sufri-

7. Tomamos los datos biográficos de W. HÜMPFNER, art. "Emmerich" (Anne Catherine), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 4, Paris 1960, cc. 622-627.

mientos de Cristo. Desde su cama ejerció un intenso apostolado. Tuvo también los estigmas de la pasión. Vivió en la oración y en la caridad, preocupándose especialmente por los pobres. Toda miseria y toda preocupación encontraba en ella una ayuda. Su muerte ocurrió el 9 de febrero de 1824. Su causa de beatificación fue introducida en Roma en 1892.

Desde su infancia gozó de fenómenos de clarividencia natural o sobrenatural, de visiones a distancia, de viajes extáticos, de visiones con carácter histórico, alegórico o simbólico. Podía sumergir su mirada en un pasado lejano y abarcar la historia entera; podía ver también episodios de la vida de sus contemporáneos como si estuviera en el mismo lugar donde ocurrían los hechos.

Sus visiones sobre episodios del evangelio están muy próximas al texto canónico, al que añade, inconscientemente, hechos, discursos y actitudes procedentes más bien de la imaginación o de apócrifos o de comentarios sin gran autoridad o de leyendas hagiográficas. A veces es imposible determinar con seguridad si sus visiones proceden de fenómenos naturales o sobrenaturales. En todo caso, lo que sí parece claro es que su misión no fue la de aportar al mundo nuevos conocimientos, sino la de orar y ayudar a los que sufren.

Sus visiones fueron puestas por escrito principalmente por el famoso poeta convertido Clemente Brentano. En 1833 publicó *La dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según las meditaciones de Ana Catalina Emmerich*. Se trata de las meditaciones de cuaresma de una piadosa religiosa a las que ella misma sólo atribuía un valor humano, en cambio su editor insistía en su carácter histórico.

Aquí nos limitaremos a recoger su meditación sobre la flagelación de Cristo con la convicción de que también hoy puede ayudarnos a comprender mejor este misterio, a pesar de los elementos imaginarios que introduce.

La descripción de la escena comienza así<sup>8</sup>:

«Pilato, ese juez cobarde e irresoluto, había pronunciado varias veces esas palabras tan desatinadas: *No encuentro en él ningún crimen: voy a mandarlo flagelar y luego lo liberaré*. Los judíos, por su parte, continuaban gritando: *Crucifícale, crucifícale*. Pero Pilato intentó de nuevo imponer su voluntad, y mandó flagelar a Jesús al modo de los romanos. Entonces los arqueros, golpeando y empujando a Jesús con sus bastones, lo condujeron al foro en medio de las olas tumultuosas de una población furiosa. Al norte del palacio de Pilato, a poca distancia del cuerpo de guardia, antes de llegar a uno de los pasillos que rodeaban el mercado, se encontraba una columna donde se hacían las flagelaciones. Los ejecutores vinieron con látigos, varas y cuerdas que arrojaron al pie de la columna. Eran seis hombres morenos, más bajos que Jesús, con los cabellos rizados y erizados, con la barba corta y poco fornida. Estaban vestidos únicamente con una cintura alrededor del cuerpo, malas sandalias y una pieza de cuero o de no sé que mala tela abierta por los lados como un escapulario que cubría el pecho y la espalda; llevaban los brazos desnudos. Eran bandidos de las fronteras de Egipto, condenados por sus crímenes a trabajar en los canales y en los edificios públicos; por consiguiente, los más malvados e innobles cumplían las funciones de ejecutores en el pretorio. Estos mismos hombres ya habían atado a esta misma columna y flagelado hasta la muerte a pobres condenados. Asemejaban a bestias salvajes o a demonios, y parecían medio borrachos. Golpeaban al Salvador a puñetazos, lo arrastraban con sus cuerdas y lo ataron brutalmente a la columna. Esta columna estaba totalmente aislada y no sujetaba ningún edificio.

8. Utilizaremos la edición francesa titulada: *La douloureuse Passion de N.-S. Jésus-Christ d'après les méditations d'Anne-Catherine Emmerich, Religieuse Augustine du Couvent d'Agnelenberg, à Dulmen. Morte en 1824*, traducción integral, revisada, corregida y publicada enteramente conforme a las últimas ediciones por M. l'Abbé de Cazalès, Paris 1945<sup>4</sup>.

No era muy elevada, porque un hombre de alta estatura estirando su brazo hubiera podido tocar la parte superior que estaba redondeada y provista de una argolla de hierro. Por detrás, hacia el medio tenía también argollas o ganchos»<sup>9</sup>.

A continuación comienza a describir la flagelación comenzando por la humillación previa de ser despojado de sus vestiduras, humillación a la que estaban sometidos todos los condenados a este tormento:

«No se puede expresar la barbarie con la que esos perros furiosos trataron a Jesús al conducirlo hasta este lugar; le arrancaron el manto irrisorio que le había puesto Herodes, y lo arrojaron casi por tierra. Jesús temblaba y se estremecía ante la columna. Aunque apenas se sostenía en pie, se apresuró a quitar él mismo su ropa con sus manos hinchadas y sangrantes. Mientras ellos le golpeaban y le empujaban, oró de la forma más conmovedora, y giró la cabeza un instante hacia su madre que estaba afligida de dolor en el rincón de una de las salas del mercado y, como tuvo que quitar hasta el paño que ceñía sus riñones, dijo girándose hacia la columna para ocultar su desnudez: *Desviad vuestros ojos de mí*. No sé si pronunció esas palabras o las pronunció interiormente, pero vi que María lo escuchó: porque en ese mismo instante ella cayó sin conocimiento en los brazos de las santas mujeres que la rodeaban. Jesús se abrazó a la columna; los arqueros ataron sus manos alzadas al aire detrás de la argolla de hierro que estaba allí clavada y tendieron de tal modo sus brazos en alto, que sus pies, atados fuertemente a la parte baja de la columna, apenas tocaban la tierra. El Santo de los Santos, en su desnudez humana, fue de este modo extendido con violencia sobre la columna de los malhechores, y dos de esos furiosos, sedientos de su sangre, comenzaron a flagelar su sagrado cuerpo desde la cabeza hasta los pies. Las primeras varas de las que

9. Id., pp. 67-68.

se sirvieron parecían de madera blanca y muy dura; quizás eran nervios de buey o correas fuertes de cuero blanco»<sup>10</sup>.

Jesús no permaneció insensible a los golpes, mostrando así su verdadera humanidad. Ana Catalina ve coincidir la flagelación con los ritos de purificación de los corderos pascuales:

«Nuestro Señor, Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, se estremecía y se retorció como un gusano con los golpes de esos miserables; sus gemidos dulces y claros se escuchaban como una oración afectuosa bajo el silbido de las varas de sus verdugos. De vez en cuando el griterío del pueblo y de los Fariseos llegaba como una oscura nube de tormenta a ahogar y a llevarse esas quejas dolorosas y cargadas de bendiciones; gritaban: *Hacedle morir, crucificadle*, porque Pilato estaba todavía negociando con el pueblo; y cuando quería hacerse oír en medio del tumulto popular, sonaba una trompeta para pedir un instante de silencio. Entonces se escuchaba de nuevo el ruido de los látigos, los sollozos de Jesús, las maldiciones de los arqueos y los balidos de los corderos pascuales, a los que estaban lavando muy cerca de allí, en la piscina de las ovejas. Cuando acabaron de lavarlos los llevaron con la boca envuelta hasta el camino que conducía al Templo para que no se mancharan de nuevo; luego las condujeron al exterior hacia la parte occidental donde eran sometidas todavía a una ablución ritual. Esos balidos tenían algo de particularmente conmovedor. Eran las únicas voces que se unían a los gemidos del Salvador»<sup>11</sup>.

Las actitudes de la gente ante Jesús estaban encontradas: unos se compadecían ante él, otros le insultaban y otros azuzaban a los verdugos para que aumentaran su rigor. El frío de aquella mañana acompañaba este tormento:

10. *Id.*, p. 68-68.

11. *Id.*, p. 69.

«El pueblo judío se mantenía a cierta distancia del lugar de la flagelación. Los soldados romanos estaban situados en diferentes lugares y sobre todo del lado del cuerpo de guardia. Mucha gente del populacho iba y venía, silencioso o insultando; algunos se sentían conmovidos, y parecía que un rayo procedente de Jesús les tocaba. Vi algunos jóvenes infames, casi desnudos, que preparaban varas verdes cerca del cuerpo de guardia; otros iban a buscar ramas de espino. Algunos arqueros de los Príncipes de los Sacerdotes se habían puesto en contacto con los verdugos y les daban dinero. Les trajeron también un cántaro lleno de un espeso brebaje rojo del que bebieron hasta emborracharse. Pasado un cuarto de hora los dos verdugos que flagelaban a Jesús fueron remplazados por otros dos. El cuerpo del Salvador estaba cubierto de manchas negras, azules y rojas, y su sangre corría hasta el suelo; él temblaba y su cuerpo se agitaba con movimientos convulsivos. De todas partes se escuchaban injurias y burlas.

Esta noche había hecho frío; desde la mañana hasta ahora el cielo permanecía cubierto: intermitentemente caía un poco de hielo provocando la extrañeza del pueblo. Hacia mediodía el cielo se despejó y brilló el sol»<sup>12</sup>.

Para agudizar la dureza del tormento, el primer grupo de verdugos fue reemplazado por otro que intervino con más furia y con instrumentos más lacerantes:

«El segundo grupo de verdugos cayó con una furia renovada sobre Jesús; tenían otra especie de varas; eran como bastones de espinas con nudos y puntas. Sus golpes desgarraron todo el cuerpo de Jesús; su sangre salpicaba a cierta distancia, y sus brazos estaban ensangrentados. Jesús gemía, oraba y temblaba. Varios extranjeros pasaron por el foro montados en camello, y miraron con terror y con tristeza cuando el pueblo les explicó lo que pasaba. Algunos de estos viajeros habían recibido el bautismo de Juan o escu-

12. Id., p. 69.

chado los sermones de Jesús sobre la montaña. El tumulto y los gritos no cesaban ante la casa de Pilato.

De nuevo los verdugos azotaban a Jesús con látigos: eran tiras que tenían en los extremos ganchos de hierro que levantaban trozos de carne en cada golpe. ¡Ay!, ¿quién podría expresar ese terrible y doloroso espectáculo? Sin embargo su furia no estaba todavía satisfecha: desataron a Jesús y lo ataron de nuevo con la espalda vuelta a la columna. Como ya no podía tenerse en pie, le ataron con cuerdas por el pecho, por debajo de los brazos y por encima de las rodillas. Todo su cuerpo se contrajo dolorosamente: estaba cubierto de sangre y de heridas. Luego se lanzaron de nuevo sobre él como perros furiosos. Uno de ellos tenía una vara más suelta con la que golpeaba su rostro. Todo el cuerpo del Salvador se convirtió ahora en una herida: (Jesús) miraba a sus verdugos con sus ojos llenos de sangre y parecía pedir clemencia; pero los verdugos redoblaron su rabia, y los gemidos de Jesús eran cada vez más débiles»<sup>13</sup>.

Según cuenta Ana Catalina, la flagelación concluyó gracias a la intervención rápida y atrevida de un extranjero:

«La horrible flagelación había durado más de tres cuartos de hora, cuando un extranjero de la clase inferior, pariente del ciego Ctésifon curado por Jesús, se precipitó por detrás de la columna con un cuchillo en forma de hoz; gritó con voz indignada: *¡Deteneos; no golpeéis a este inocente hasta matarlo!* Los verdugos, que estaban borrachos, se detuvieron extrañados; él cortó rápidamente las cuerdas sujetas detrás de la columna que sujetaban a Jesús, luego huyó y se perdió entre la multitud. Jesús cayó casi sin conocimiento al suelo, al pie de la columna, todo bañado en su sangre. Los ejecutores le dejaron ahí, se fueron a beber y llamaron a los criados, que estaban ocupados en el cuerpo de guardia trenzando la corona de espinas»<sup>14</sup>.

13. Id., pp. 69-70.

14. Id., p. 70.

Pero ni el dolor físico ni el moral se detuvieron. La mirada despectiva de algunas mujeres vino a agravarlo:

«Como Jesús, cubierto de heridas sangrantes, se agitaba convulsivamente al pie de la columna, vi a algunas mujeres públicas, con aire descarado, aproximarse a él agarrándose de las manos. Se detuvieron un momento y le miraron con desprecio. En ese momento el dolor de sus heridas se redobló y levantó hacia ellas su rostro afligido. Ellas se alejaron y los soldados y los arqueros, riéndose, les dirigieron palabras groseras»<sup>15</sup>.

Jesús recibió fuerza de lo alto, pero los verdugos no cesaban de ensañarse con él; por su parte, el pueblo continuaba agitado pidiendo su muerte:

«Durante la flagelación vi varias veces ángeles llorando que rodeaban a Jesús, y escuché la oración de éste por nuestros pecados, que subía constantemente hacia su Padre en medio de la granizada de golpes que caían sobre él. Mientras estaba tendido sobre su sangre al pie de la columna, vi que un ángel le presentó una cosa luminosa que le devolvió las fuerzas. Los arqueros volvieron y le dieron patadas y le golpearon con sus bastones diciéndole que se levantara porque no habían terminado con este rey. Jesús quiso coger el paño para cubrirse, que estaba algo distante; entonces, esos miserables le empujaron dándole patadas por todos los lados, de tal modo que el pobre Jesús fue obligado a arrastrarse penosamente por el suelo, en su desnudez sangrante, como un gusano medio aplastado, para alcanzar su paño y cubrir sus riñones desgarrados. Cuando ellos lo volvieron a poner de pie sobre sus piernas temblorosas no le dejaron tiempo para ponerse su ropa, sino que se la echaron simplemente sobre sus hombros desnudos, y con ella él enjugó la sangre que corría por su rostro, mientras ellos le conducían apresuradamente al cuerpo de guardia, haciéndole dar un rodeo. Podrían haber llegado allí más rápida-

15. Id., p. 70.

mente porque los pasillos y los edificios que había delante del foro estaban abiertos, de forma que se podía ver el lugar bajo el cual los dos ladrones y Barrabás estaban apresados; pero le condujeron por delante del lugar donde se sentaban los Príncipes de los Sacerdotes que gritaban: *¡Que muera! ¡Que muera!*, y desviaron la cara con repugnancia. Luego lo condujeron a la corte interior del cuerpo de guardia. Cuando Jesús entró no había ningún soldado allí, sino esclavos, arqueros, sinvergüenzas, en fin, el desecho de la población.

Como el pueblo estaba muy agitado, Pilato había hecho venir un refuerzo de guarnición romana de la torre Antonia. Sus tropas situadas con mucho orden rodeaban el cuerpo de guardia. Los soldados podían hablar, reír y burlarse de Jesús; pero tenían prohibido abandonar su puesto. Con la presencia de las tropas Pilato quería mantener el respeto del pueblo. Estas tropas estaban compuestas de unos mil hombres»<sup>16</sup>.

María presenciaba todo aquello viviendo interiormente y con un amor indecible todo lo que padecía su hijo; después de la flagelación, junto con la Magdalena, comenzó a recoger la sangre derramada de Jesús:

«Cuando Jesús, después de la flagelación, cayó a los pies de la columna –continúa diciendo Ana Catalina–, vi a Claudia Procla, la mujer de Pilato, enviar a la madre de Dios grandes trozos de tela. No sé si ella creía que Jesús sería liberado y que su madre necesitaría esta tela para vendarle las heridas o si la pagana compasiva conocía el uso que la santa Virgen daría a su regalo. María, vuelta en sí, vio a su hijo completamente desgarrado conducido por los arqueros: él enjugó sus ojos llenos de sangre para mirar a su madre. Ella extendió las manos hacia él y siguió con su mirada las huellas sangrantes de sus pies. Como el pueblo se dirigía a otro lado, pronto vi a María y a María Magdalena

16. Id., pp. 70-71.

acercarse al lugar en el que Jesús había sido flagelado: ocultadas por las otras santas mujeres y por algunas personas bien intencionadas que les rodeaban, se postraron por tierra cerca de la columna, y enjugaron por todas partes la sangre sagrada de Jesús con los paños enviados por Claudia Procla. Juan no estaba en ese momento cerca de las santas mujeres, que eran más o menos veinte [...]. Eran alrededor de las nueve de la mañana cuando concluyó la flagelación»<sup>17</sup>.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

17. *Id.*, p. 72.

# La Coronación de Espinas

LECTURA: SAN JUAN 19, 1-3

Pilato tomó entonces a Jesús y mandó azotarlo. Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de púrpura y, acercándose a él, le decían: “¡Salve, Rey de los judíos!”; y le daban bofetadas.

\* \* \*

La ocasión de expresarme sobre el significado, para mí, del tercer misterio doloroso del Santo Rosario, lo va a ser también para exponer un momento singular y ya lejano, de mi vida, como lo fue el encuentro con la Orden de Predicadores.

En cada misterio del Rosario *puede verse*, entre otras cosas, un determinado tipo de enfoque, de entre los muchos posibles. *Ha de verse* cuando, como ocurre en el caso presente, se trata de proponer el punto de vista de quien escribe. Querría yo presentar lo que me es propio en relación con este misterio como pequeña verificación de algo que, por una parte, me hace recordar cuanto ha venido trayendo, de forma inmediata y muy viva, a mi mente –desde hace bastantes años– la meditación del mismo y en la que se produjo, por cierto, un vuelco total respecto al modo de ver, también mío, en un tiempo anterior (I); y en segundo lugar lo que, creo yo, si bien en dependencia de lo anterior, puede rebasar ampliamente la experiencia estrictamente personal (II).

## I

Siendo de formación, tanto doméstica o familiar como escolar o académica, al estilo de los años 40-50, es decir sobria, austera, y entiendo que hasta cierto punto como consecuencia de la misma, la meditación del tercer misterio doloroso solió llevarme a un terreno muy concreto. Quizá pueda parecer un poco alambicado y extraño, pero era así. La Coronación de Espinas me sugirió durante cierto tiempo el obsequio intelectual, el sacrificio de la mente, ante la religión. Cristo coronado de espinas, venía a personificar y significar la necesidad del sacrificio, hasta el holocausto, de la racionalidad ante los imperativos e imposiciones de la fe. Veía yo a Jesús como ‘encarnando’, y capitalizando para sus seguidores, la oblación de la inteligencia humana en el altar de la religión. Según esto, algo tan frecuente como tener que aceptar el “no entender lo que acontece”, ni “el porqué de ese acontecer” estaría simbolizado, significado, en la cabeza de Cristo coronada de espinas. En un segundo momento, estaría Jesús además, mediante su sufrimiento, redimiendo todo pecado contra esa entrega, contra ese abandono.

Es bien probable que, en aquel entonces, por un natural bastante religioso como me parece que era el mío, encajara yo –al menos con relativa naturalidad también– aquello de Kempis: “Nuestra estimación y nuestro sentido a menudo nos engaña y conoce poco. ¿Qué aprovecha la curiosidad por saber cosas oscuras y ocultas, pues que del no saberlas no seremos en el día del juicio reprehendidos?.. ¿Qué se nos da de los géneros y especies que platican los lógicos? Aquel a quien habla el Verbo eterno, de muchas opiniones es libre... Enójame muchas veces leer y oír muchas cosas: en ti está todo lo que quiero y deseo. Callen todos los doctores, no me hablen las criaturas en tu presencia: tu solo me habla... Toda perfección de esta vida tiene aneja a sí cierta imperfección, y toda nuestra especulación

no carece de alguna oscuridad”<sup>1</sup>. Que lo encajara, digo, y que al mismo tiempo, sustentada en aquella espiritualidad, mi inteligencia de las cosas tuviese en su sitio, acomodadas por lo menos hasta cierto punto y hasta un nivel probablemente no muy hondo, las conexiones entre los diversos ámbitos del pensamiento y entre sus respectivos contenidos, pudiendo considerarlos como pacíficamente poseídos todos ellos. O que así lo creyera yo.

Pero que esa entrega me pareciera bien representada precisamente por la coronación de espinas da pie más que suficiente y de forma inequívoca para pensar que las cosas no ocurrían tan sencillamente en un más íntimo interior. Ha sido muy frecuente establecer relación entre la corona de espinas y, *precisamente, lo acervo* de los dolores causados por ella. “(Cristo)... en... la corona de espinas... se ve sumido en *la mayor ignominia*”<sup>2</sup>. Se interpreta que la corona tuvo como objetivo burlarse de la realeza de Cristo, ofender su dignidad, humillarle, ultrajarle. Incluso lo ha sido el entender que es determinadamente *este aspecto* el que se quiere destacar con la narración evangélica. Por lo demás, me eran conocidas las pinturas de Tiziano, Caravaggio, Correggio, El Bosco, Lucas Cranach, Van Dyck, Bayeu, etc., sobre el tema de la *Coronación de Espinas*, elegido frecuentemente como representación iconográfica del ‘*mayor dolor*’ de Cristo. Nada, por tanto de las referencias más habituales de la corona en la Sagrada Escritura [realeza (Ap 19, 16), amor (Ct 3, 11), victoria (1 Co 9, 24-25) o gloria (Flp 2, 8-10)]. ¿No cabe dudar efectivamente de la posesión *pacífica* antedicha?

A lo largo de los estudios medios y sobre todo en la primera parte de los superiores, yo había crecido, en el terre-

1. TOMÁS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, trat. I, c.3, traducción española de Fr. Luis de Granada según ed. de Sevilla de 1536, Herder, Friburgo de Brisgovia 1937<sup>7</sup>, pp. 6-8. Esta versión me proporcionaba especial placer leer, desde el punto de vista literario.

2. JUAN PABLO II, *Rosarium Virginiae Mariae* (RVM), 22.

no de la formación religiosa ambiental, entre recelos, cautelas, fingidas ignorancias ('ninguneos', decimos hoy), temores y silencios. Por doquier había enemigos y conjuras. Y al mismo tiempo, además, debí soportar la presentación de frecuentes *fórmulas* aperturistas y liberales, frontalmente contradichas por una impuesta *práctica*, rígida y uniformizante. Pero poco a poco, en abierta oposición a algunas formas de espiritualidad que fui conociendo por aquel entonces, y en las antípodas de éstas (estaba viviendo, por la edad, la etapa personal de la gran oposición, de los giros copernicanos, de la freudiana 'muerte del padre'...), iban consolidándose en mí otras convicciones. Contemporáneamente, y desde diversos ámbitos, me iban llegando mensajes convergentes de tendencia bien distinta. Destaco sólo uno: un amigo, muerto prematuramente y a quien jamás olvidaré por la trascendencia en mi vida de su préstamo, me dejó un librito del dominico francés Sertillanges: *La vida intelectual*.

Para mí, entonces, fue un hallazgo encontrar cosas como éstas: "Cada verdad es un fragmento que muestra por todos lados sus vínculos, la Verdad en sí misma es una y la Verdad es Dios. Cada verdad es un reflejo: detrás del reflejo, y dándole valor, está la Luz. Cada ser es un testigo; cada hecho es un secreto divino: más allá hay el objeto revelado, el héroe de la testificación. Todo objeto verdadero se destaca sobre el infinito como sobre un fondo de perspectiva; se entronca con él; le pertenece. Por más que una verdad particular ocupe la escena, las inmensidades están más lejos. Podríamos decir: cada verdad particular no es más que un símbolo; un símbolo real, un sacramento de lo absoluto; es figura y existe, pero no por sí misma; no se basta; vive de prestado y moriría abandonada a su inconsistencia.. Para toda alma perfectamente despierta, toda verdad es, pues, un lugar de encuentro; la soberana Inteligencia convoca allí a la nuestra, ¿dejaremos de acudir a la sublime cita? La vida de lo real no se agota en lo que se ve, en lo que se analiza por la ciencia. Lo real tiene una vida oculta, como Jesús, y

esta vida es también una vida en Dios; es como una vida de Dios. Es una revelación de su sabiduría por las leyes, de su poder por los efectos, de su bondad por las utilidades, de su tendencia a la difusión por los cambios y el crecimiento: es conveniente amar y venerar esta especie de encarnación en contacto directo con Aquel que se encarna... Todo cuanto instruye conduce a Dios por un camino escondido. Toda verdad auténtica es, por sí misma, eterna, y la eternidad que lleva en sí orienta hacia aquélla de la cual es revelación..."<sup>3</sup>.

No creo que lo mío fuese en aquel instante, un pronunciar tácito, valga la contradicción, su misma frase; pero cuando años después leería la reacción de Edith Stein ante ciertos escritos de santa Teresa (aquel famoso: "—Aquí está la verdad"), sentí que entraba en retrospectiva comunión de sentimientos con la filósofa judía. Sentí que eso es lo que yo había experimentado en la lectura de Sertillanges. Poco a poco fui entendiendo, y se me ayudó a comprender, que lo descrito en aquel texto tenía mucho que ver con la vivencia cristiano-dominicana, y concluí que aquel era mi camino.

La obra citada de Sertillanges fue, en mi pequeña historia, la gota que colmó el vaso de mis búsquedas, y me llevó a una decisión. Los carismas en la Iglesia pueden proporcionar senderos particulares para encarnar el seguimiento personal de Jesús<sup>4</sup>, el modo propio de entender su

3. ANTONIN DALMACE SERTILLANGES, *La vida intelectual*, Barcelona 1944, pp. 26-27. Permítaseme añadir unas palabras: "La razón no lo puede todo. Su última gestión, según Pascal, consiste en constatar sus límites. Pero eso no lo hace más que sometiéndose a su primera ley, que no es su propia verdad, considerada como propiedad o como conquista, sino la Verdad impersonal y eterna... El misterio compensa. La fe sustituida por la investigación hace entrar al espíritu en unas latitudes que nunca hubiera conocido por sí mismo, y la iluminación de su propio terreno mejora a medida que los astros lejanos van obligándole a dirigir sus miradas hacia el cielo. La razón no puede tener ambición más que para un mundo; la fe le da la inmensidad", del *Prólogo* del propio autor a la edición de diciembre de 1934. Ver en *La vida intelectual*, Ediciones Encuentro, Madrid 2003, pp. 12-13.

4. La *Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica* enseñará que en las Constituciones se contiene

seguimiento. En lo que se me alcanza, y en cuanto de mi depende, yo no sabría –hoy– ser cristiano si no hubiese ese modo preciso ideado por Domingo, ilustrado por Tomás, seguido por tantos y tantas a lo largo de unos cuantos siglos. No sé si será esto suficiente para ayudar a entender a muchos amigos y compañeros por qué me huelgo tan placenteramente en la exacta y certera expresión del P. Congar “yo me siento ontológicamente dominico”.

“Los misterios de dolor –ha escrito Juan Pablo II– llevan al creyente a revivir la muerte de Jesús poniéndose al pie de la cruz junto a María, para penetrar con ella en la inmensidad del amor de Dios al hombre y sentir toda su fuerza regeneradora”<sup>5</sup> Esa regeneración, que yo había creído necesaria para ser cada uno capaz de arrodillar la razón y redimir su petulancia y su soberbia, ahora la veía más bien puesta en la línea de evitar el forzar la razón, desestimarla, despreciarla, violentarla o abolirla en el obsequio de la fe. Es decir, justamente en el sentido diametralmente opuesto a aquel en el que llegué a aceptar, en otro tiempo, que se presentaba la coronación de espinas.

El dolor de Cristo en la Coronación de espinas vendría a hacer tuyas, como desorden o pecado, y por tanto necesitadas de redención, todas las violencias infligidas a la mente humana. Siempre será legítimo ver en los tormentos de Jesús la doble faceta de un mal nuestro que él asume y nuestro pecado que él redime, según la reiterada enseñanza de Pablo y la bella intuición poética, que se ha expresado así en relación con este misterio:

Coronado estás de espinas  
por coronarme de rosas,  
que siempre fueron tus penas  
instrumentos de mis glorias.

un itinerario de seguimiento caracterizado por un carisma. Ese itinerario contiene una particular interpretación del Evangelio, en orden a vivir concretamente según la Palabra de Dios (cf. *Caminar desde Cristo*, 24).

5. RVM, 22b.

Cantores de la gloria,  
 aplaudid el valor de esta corona,  
*dicid* a la tierra en voz sonora:  
 Esta corona sí que excede a todas,  
 estas espinas sí que vencen rosas<sup>6</sup>.

Violencias, por lo demás, impuestas a veces incluso en nombre de la fe y de la ortodoxia. En Tomás encontraría yo más tarde, que nada más lejos de Dios –sumamente respetuoso con la libertad del ser humano– que imponer lo que pretende lograr como entrega en libertad<sup>7</sup>.

La pasión por la verdad, de la Orden de Predicadores, troquelada en ésta por Domingo; un Tomás de Aquino que no fue dominico por casualidad; un plantel en la Iglesia de personalidades muy diversas, muy distantes y distintas<sup>8</sup>, pero con un sello inconfundible: todos han sido a lo largo de mi vida sucesivos objetos de atención, y no han ido sino, también todos en una misma dirección, remachando el clavo inicial, bajo la perspectiva aquí considerada.

6. *A la corona de espinas*, de SOR VIOLANTE DO CEO, OP (1601-1693), *Parnaso lusitano de divinos e humanos versos, compostos pela madre soror Violante do Ceo, religiosa dominica no convento da Rosa, de Lisboa*, Lisboa MDCXXXIII, t. 2, p. 521. De esta religiosa escribe Menéndez Pelayo: “Abundan en nuestra literatura los ejemplos de monjas escritoras, y no sólo en asuntos místicos, sino en otros seculares y profanos: casi contemporánea de sor Juana [Inés de la Cruz] y quizá la aventaja”. *Historia de la Poesía hispanoamericana*, Santander 1958, p. 53.

7. *In III Sent.*, lib. 3 d. 3 q. 3 a. 1 qc 1 co.: Respondeo dicendum... quod congruum fuit virgini suam conceptionem annuntiari, multis causis... Tertio, quia *Deus non diligit coacta sed voluntaria servitia*, ut qui absequuntur ex ipso ministerio mereantur.

8. El ya citado Domingo, Alberto, Tomás, Catalina, Savonarola, Cano, Vitoria, Las Casas, Montesinos, Chenu, Congar..., por no citar más que a algunos, apresurada y torpemente elegidos a grandes zancadas por la historia.

## II

Sólo una palabra, como dije, con el deseo de ampliar el horizonte. No haré más que apelar a la conciencia del lector, e instarle a reflexionar sobre la vigencia y virulencia actuales del fallo denunciado y sobre la necesidad, por tanto, de la regeneración requerida. En todos los órdenes de la vida: social, político, religioso, en todos los campos, en todas las direcciones dentro de las relaciones interpersonales, en todas partes, se yergue el peligro de padecer la manipulación, la violencia ideológica, la instrumentalización degradante, la sobrenaturalización a ultranza, indebida, gratuita y ubicua, todas las formas, en una palabra, de lesión a la razón humana. Y formas más sutiles y sofisticadas que nunca, hasta acostumbrarnos –por ejemplo– a soportar como propio de las democracias la persistencia e incluso la implantación de las dictaduras.

En la medida en que las cosas sean así y que así las sintamos, abrir el corazón de María y contemplar a Jesús coronado de espinas estará lleno de sentido, al tiempo que se intercede ante Dios, colaborando de todos los modos posibles en la solución de tan generalizados problemas.

ALBERTO ESCALLADA TIJERO, O.P.  
*Salamanca*

## Jesús con la cruz auestas

Queremos presentar el comentario de Bartolomé de Carranza a este misterio del rosario, que nos parece digno de conocerse, por su sobriedad y sencillez. Pero antes creemos oportuno decir algo en relación con el simbolismo de la cruz. Es sabido que en la historia del cristianismo representa una síntesis de la obra redentora de Cristo y, por eso mismo, el emblema característico de esta religión (hoy ya muy diluido entre los innumerables adornos que el mercado ofrece al cliente de cualquier credo y en respuesta a la gran variedad de gustos estéticos).

Es verdad que, al mencionar la cruz, de ordinario nos referimos a la muerte de Cristo en ella, es decir, al momento terminal de su pasión, que condensa toda su vida anterior de amor y de entrega. Sin embargo, el mismo Jesús, en los tres evangelios sinópticos, invita a hacerse discípulo suyo con estas palabras: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, *tome su cruz* y sígame» (Mc 8, 34; cf. Mt 10, 38; 16, 24; Lc 14, 27). El significativo añadido de Lucas (9, 23): «*cada día*», da a entender que se trata de una ley permanente de la vida cristiana y no sólo de su episodio final. Parece que este 'logion' de Jesús, unido a la sucesiva comprensión eclesial del misterio de la cruz, se convirtió en símbolo del discipulado cristiano y dio origen al rito de signarse la frente con la cruz en las celebraciones penitenciales y bautismales.

Dos indicaciones, pues, en este signo: la condición de discípulo de Cristo, concretamente en lo que implica de sufrimiento a ejemplo del Maestro; y la costumbre de subrayar con ese gesto la participación en su triunfo sobre el pecado y la muerte. De ahí que poco a poco la cruz se fuera con-

virtiendo en estímulo para la entrega de la propia vida en este mundo y en garantía de la victoria en la vida futura.

La devoción a la cruz ocupa un puesto importante en la espiritualidad cristiana a partir sobre todo del siglo IV, cuando se produjo el supuesto hallazgo del madero de la cruz de Cristo y se adoptó el cristianismo como religión del imperio. Se trasladan partes de ese leño santo a los países occidentales, originando manifestaciones populares de fe en su poder de librar a los cristianos de cualquier forma de mal, y se desarrolla asimismo una liturgia en honor de la cruz. Pero cuando adquieren mayor fecundidad tanto la doctrina como la devoción de la cruz es en el último período de la Edad Media, impulsadas, de una parte, por la teología monástica y escolástica, y, de otra, por los escritos espirituales que ponen el acento en el elemento humano de los misterios de Cristo. Religiosos y laicos alimentan su vida espiritual y predicán frecuentemente con referencias muy realistas a la pasión del Señor, erigiendo también o imponiendo crucifijos e instituyendo el *Via crucis*, entre otras expresiones de piedad. Esta tendencia se reflejó igualmente en el arte, que acentúa la humanidad doliente de Cristo, sin por ello olvidar la divinidad consustancial del Hijo de Dios encarnado. La espiritualidad de la cruz tuvo además un efecto muy saludable, al hacer más soportable la vida humana en un período difícil de la sociedad occidental.

Es también de notar la contribución de la época posttridentina, y más especialmente de los espirituales españoles, a la corriente ascético-mística que se centra en la humanidad de Cristo y en su pasión. Precisamente a esta época pertenece el comentario de Carranza, que en seguida transcribiremos. Al lado de la cruz, se desarrollan paulatinamente otras devociones con la misma inspiración, incluyendo todos los aspectos del misterio redentor, que ya habían aflorado en parte durante el Medievo: el Sagrado Corazón de Cristo, sus llagas, su preciosa sangre (recuérdense en este punto los escritos de santa Catalina de Siena), su santa faz y la eucaristía. El Rosario recogió también, en

sus misterios dolorosos, elementos de esta rica tradición, proponiéndolos a la piedad de los fieles con su típico estilo oracional: plegaria vocal y meditación.

Hemos aludido hace un momento al *Vía crucis*. Dado su paralelismo innegable con el cuarto misterio doloroso, conviene detenerse unos instantes en esta devoción tan arraigada en la piedad cristiana<sup>1</sup>. Tal como lo conocemos hoy, este ejercicio de piedad no nació hasta el siglo XVII, pero tiene sus precedentes históricos en prácticas devocionales que se remontan al siglo XIII. En esa época se proponía una dramatización de los misterios de Cristo (representaciones sagradas) que se hacía en función de una contemplación y de una catequesis. En ese contexto estaba ya en uso expresar la participación de los fieles en la pasión de Cristo haciendo un recorrido que reprodujera, en cierto modo, la vía dolorosa. «En esta práctica prevalecía la meditación sobre la imitación; sin embargo, la misma meditación se apoyaba en un rico patrimonio de fe y de doctrina análogo al que animaba la práctica de las peregrinaciones. En el siglo XIV ya se había advertido la necesidad de añadir la meditación al camino representativo, pero persistía el gusto por la dramatización, y el Vía crucis se desarrollaba en recorridos diversos y adaptados a las diversas posibilidades de reconstrucción escénica de la pasión. Estas prácticas, aunque se atenían sustancialmente a los relatos evangélicos de la pasión, se vivían con una total apertura a acoger todas las leyendas (caídas, Verónica, etc.) florecidas en torno al tema de la pasión de Cristo»<sup>2</sup>. Hoy, sobre todo aleccionados por las indicaciones del concilio Vaticano II, solemos ser más rigurosos en la manera de incorporar episodios a los actos de piedad, a las vidas de los santos, etc. Y la referencia a los sobrios datos de la Biblia es también costumbre cada vez más generalizada.

1. Cf. E. RUFFINI, v. "Ejercicios de piedad", en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, p. 413.

2. *Ibid.*

Entre los textos que han comentado las escenas del cuarto misterio doloroso, algunos magníficos, hemos escogido el que Carranza inserta en su libro *La forma de rezar el Rosario de Nuestra Señora*<sup>3</sup>. Nos ha parecido una aportación provechosa, dentro de su sencillez, a la meditación de este episodio de la pasión del Señor. Bartolomé Carranza (1503-1576), nacido en Miranda de Arga (Navarra), fue fraile dominico y teólogo en el concilio de Trento. Escribió esta obrita siendo ya arzobispo de Toledo, poco después del año 1560, estando preso en Valladolid, por orden de la Inquisición. Dirige su escrito «a los curas parroquiales de la ciudad y nuestra diócesis de Toledo», con ánimo de proporcionarles unas orientaciones pastorales para que las transmitan a su vez al pueblo cristiano que tienen encomendado. Destaca en su introducción el hecho de que la oración del Rosario es muy común al pueblo cristiano, ya que en ella se contienen dos prácticas (meditación de los misterios de Cristo y rezo del Padrenuestro y del Ave María) que responden a dos imperativos vinculantes para todos los miembros de la Iglesia: «saber los misterios generales y comunes de nuestra redención, a lo menos como están en el Credo, y las oraciones del *Pater noster* y *Ave María*». Y precisamente en la presentación de los misterios dolorosos, antes de comenzar su comentario o ‘declaración’, recuerda sintéticamente el resto de los episodios de la vida del Señor no incluidos en los quince misterios clásicos. Los toma de uno de los autores que se ocuparon de difundir esta devoción con mayor amplitud, Alberto Castellano<sup>4</sup>

3. F. BARTHOLOME CARRANZA DE MIRANDA, *La forma de rezar el Rosario de Nuestra Señora. Con una breve declaración de las oraciones del Pater noster y del Ave María*. Edición crítica e introducción de J. Ignacio Tellechea Idígoras, Fundación Universitaria Española, Universidad Pontificia de Salamanca, Madrid 1999.

4. *Rosario della gloriosa Vergine Maria*, Venecia 1521. Contiene 179 xilografías o viñetas grabadas, que son recurso para ayudar todos, letrados e iletrados, a alimentar su imaginación y su memoria con la contemplación de los misterios divinos.

He aquí el mencionado texto de Carranza, con el título que él mismo le da<sup>5</sup>:

### JESÚS LLEVA LA CRUZ A CUESTAS AL MONTE CALVARIO

#### DECLARACIÓN DEL CUARTO MISTERIO

Escribe san Juan (19, 9 ss) que, viendo Pilatos la dureza de los sacerdotes y del pueblo de los judíos, se apartó otra vez con Jesús en la audiencia y le tornó a examinar de nuevo; y hallándole en este examen, como en los otros, inocente, le quiso dejar libre. Pero entendiéndolo los judíos, dieron voces diciendo: *Si a éste sueltas, no eres amigo del César, porque todo hombre que se hace Rey contradice a César.* Con estas palabras pusieron mucho miedo a Pilatos y así, aunque entendió la inocencia de Jesucristo nuestro Señor, no le osó soltar. Y para purgarse del mal que hacía, dice san Mateo (27, 24) que se sentó en su tribunal; y haciendo traer agua, se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo: *Yo protesto que soy inocente y sin culpa de la sangre y muerte de este justo.* El pueblo ciego y obstinado en su pecado, respondió a voces: *Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* Con esta diligencia el mal juez lo sentenció a muerte de cruz, y a dos ladrones que murieron con él; y se lo dio a los acusadores para que hiciesen de él a su voluntad.

Dada esta sentencia los soldados de la guardia de Pilatos le desnudaron de la púrpura que tenía vestida y, vistiéndole de sus vestiduras, le pusieron la cruz en que había de ser crucificado sobre las espaldas, y comenzaron a caminar para el monte Calvario, por este orden: Delante iba el Centurión con una escuadra de soldados; y después Jesucristo nuestro Señor con su cruz a cuestras, y tras él los dos ladrones, y tras ellos los sacerdotes, escribas y fariseos, muy alegres porque habían alcanzado lo que pretendían; y luego

5. B. CARRANZA, *La forma de rezar...*, pp. 62-65.

mucho pueblo de hombres y mujeres, unos contentos y otros llorando de compasión por ver lo que se hacía con un hombre tan santo. Así lo había escrito Isaías (53, 7): *Sicut oves ad occisionem ducetur* («fue llevado como oveja al matadero»). En este viaje sucedió un hecho digno de considerar, y fue que la Virgen, su madre sagrada, estaba en Jerusalén cuando fue preso su hijo Jesucristo. Pero porque no le pudo ver antes, por no haber podido entrar en las casas de los Pontífices y del presidente Pilatos, le salió al camino con las otras mujeres y le vio llevar a la muerte de la manera que está dicho. Pensad qué golpe tan recio sería éste en su alma, porque éste es el cuchillo de dolor que le anunció Simeón, cuando le dijo (Lc 2, 35): *Y el cuchillo de este niño traspasará tu alma*. Es de considerar cuánto dolor y tristeza padecieron el hijo y la madre en estas vistas.

En este misterio se debe considerar entre otras cosas, que Jesucristo nuestro Señor lleva dos cruces; la una la de madera y la otra la de nuestros pecados que lleva sobre el madero como dice san Pedro (1 Pe 2, 24): *Cristo llevó nuestros pecados sobre su cuerpo, encima del madero de la cruz*. Y aunque la primera fue muy pesada, es cierto que la segunda le fue sin comparación más pesada y áspera; porque la primera pesa como madera, pero el pecado, dice el profeta Zacarías (5, 8), que pesa como plomo. Todo esto dice san Pedro que padeció Cristo, para que nosotros, muertos con la penitencia a los pecados, vivamos a la justicia y con sus llagas sanemos nosotros. Pero los que son tan ingratos al beneficio de la pasión del Hijo de Dios, que no solamente no hacen penitencia de los pecados pesados, sino que perseveran y viven en ellos, éstos, cuanto es de su parte, tornan a cargar a Jesucristo nuestro Señor de la cruz, como hicieron los soldados y ministros de Pilatos y le crucifican de nuevo en ella.

EMILIO GARCÍA, O.P.  
*Salamanca*

## Crucifixión y muerte del Señor

En esta iniciación a la vida, que son los misterios del santo Rosario, llegamos al último de los dolorosos. La pasión de Jesús refleja el extremo al que llega la crueldad humana y al mismo tiempo el extremo de padecimiento al que llega un hombre. No hay humillación ni indignidad que no padeciera en su muerte en la cruz. Esta escena de la crucifixión y muerte se presta a descripciones sobre su brutalidad y los sufrimientos que produce. En la meditación cristiana no se ha escatimado este aspecto, que tiene el interés añadido de sensibilizar sobre el dolor que soportó Jesús y el de todas las víctimas de la historia, pero nuestra atención se dirige, sobre todo, al sentido de ese martirio. No es suficiente recrearse en las descripciones del dolor, sino que el fiel que la medita, debe sentir la liberación y la redención propias de su pasión.

La única expresión de dolor físico en la cruz, que nos confía Jesús, es: «*Tengo sed*» (Jn 19, 28). Esta sed no es un tormento localizado, sino que es la suma total del suplicio de quien ha perdido mucha sangre. Apenas si se ha quejado desde que comenzó su pasión. Alguna protesta ante el que le abofetea. En el camino del calvario seguía con su cruz, aunque le aliviaron con la ayuda del Cireneo. Ahora expresa la realidad del dolor físico y pide un poco de agua para su pavorosa sed desértica. Por eso, acepta la esponja que le ofrecen los soldados empapada con una mezcla de agua y vinagre.

Para adentrarse en lo que Jesús vivió mientras agonizaba, no son suficientes los pretextos insidiosos de los acusadores ni siquiera el motivo público de la condena puesta en la cruz. Éstos pueden aclarar el motivo del conflicto y de

su desenlace, pero en realidad no expresan nada sobre la voluntad de entrega del Señor y de su conciencia redentora. Esto es lo que interesa en esta escena. Centrando nuestra atención en la cruz y en las palabras que fue pronunciando en esa situación hay suficientes indicios y señales para nuestra meditación sobre el sentido de este misterio. Nunca podremos decir que hemos alcanzado el significado total, porque no es fácil descubrir lo que pensó y vivió mientras estuvo agonizando sobre la cruz. Justamente por eso es un misterio que nos otorga luz para la vida, pero que nunca terminamos de comprender. La actuación de Jesús en ese supremo momento tuvo entonces y sigue teniendo en la actualidad un significado relevante e incluso decisivo para toda la historia humana. La Cruz es la cátedra desde la que se imparte una lección que ninguna escuela nos podría enseñar.

#### LA CRUCIFIXIÓN DEL SEÑOR

La comitiva, que seguía expectante el desenlace de los condenados a muerte, se paró ante un pequeño montículo fuera de la ciudad. Era una zona elevada, que tenía la forma de una colina a manera de cabeza o de calavera, que los judíos llamaban Gólgota y nosotros Calvario (Mc 15, 22). Situado a pocos pasos de las murallas de la ciudad era el lugar de la ejecución de los condenados. Pronto los cristianos atribuyen a este lugar significados nuevos, para subrayar la importancia de lo que allí sucedió. Para unos se trataba de un lugar maldito e impuro, para dar más dramatismo a la muerte en soledad de Jesús. Otros decían que estaba enterrada allí la calavera de Adán, sobre la que se derrama la sangre redentora de Cristo, redimiendo así al género humano. Lo cierto es que se trata de un lugar, que hoy recuerda con bastante exactitud la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Crucifixión y muerte son los dos extremos entre los que se enmarca la meditación de la agonía de Jesús en el calvario. Según los evangelios este misterio se desarrolla entre el mediodía y las tres de la tarde. Son realmente las últimas horas de su vida terrena. A los dolores considerados hasta aquí hay que añadir ahora el castigo y el desprecio que la cruz suponía. La humillación de la crucifixión derivaba de la exposición pública del condenado, pues de hecho era aplicada como castigo a gente despreciada por la sociedad: esclavos, ladrones, rebeldes y súbditos peligrosos para la paz. Es suficientemente conocido este tormento, que en realidad era una muerte sangrienta, porque el crucificado iba sujeto por clavos introducidos en sus muñecas y en sus pies. Aquella cruel tortura podía inducir a los otros espectadores a ensañarse con el ajusticiado. Por eso la crucifixión era un símbolo real del sufrimiento de la muerte.

La cruz de Cristo no es la de un condenado cualquiera, sino que fue libremente aceptada para convertirla en principio de retorno al Padre. Como revelador del rostro de Dios, Jesús tiene que recorrer el camino de la pasión y muerte en la cruz, cumpliendo la voluntad del Padre. Hay que dejarse invadir por la generosa oferta de Dios que atraviesa la historia humana con una promesa de salvación. La cruz como criterio para interpretar a Cristo no es resignación ante el sufrimiento humano ni petición de venganza contra los que la levantaron, sino acto de amor que salva. En esta situación se nos propone la cuestión esencial de dar sentido a una vida humana sometida al dolor. A la luz de la vida de Cristo no se puede decir de Dios que no sabe lo que es sufrir. El valor del sufrimiento es una cuestión de la que depende salvar o perder la vida.

Para comprender este misterio tenemos como guía a los evangelios, que interpretaron sus numerosas curaciones como cumplimiento de los oráculos de Isaías: «Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Is 53, 4). Jesús desde la cruz quiere revelar un rostro nuevo y

decisivo de Dios. Está clavado en la cruz para revelar esta verdad. Este hombre atropellado por todos pronuncia en esa situación estas palabras de perdón: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). No se pone en actitud desafiante ante los que lo ejecutan ni increpa a los presentes. No muere como esos que invocan una justicia posterior sobre sus verdugos. Muere pidiendo a su Padre que perdone a todos los que le han atropellado brutalmente. Dios es siempre «un juez justo», que ofrece sin límites su perdón. Aquí sigue proponiendo una oferta infinita, que solamente podemos aclarar si tenemos presente la imagen de Dios que presentó y predicó en su vida.

La expresión, que resume la buena nueva de Jesús sobre Dios, es el hecho de que habla con Él como Padre de un modo único: usa la palabra familiar Abba, penetrada de entrañable confianza. Se puede comprender la importancia de esta palabra, porque en los textos griegos permanece en su transcripción aramea original (Gal 4, 6; Rom 8, 15). Por eso, la comunidad cristiana pensó desde el principio que lo auténtica y específicamente cristiano consiste en una comunicación íntima y personal con Dios, tomando conciencia de que los hombres son sus hijos e hijas. El perdón es la prueba extrema del amor de Dios. Lo que pregona es la verdad infinita e inconmensurable del perdón. Para comprender esto, que nos puede parecer contradictorio, sólo hay una clave. Esa clave es el amor. Jesús perdona así porque ama. Es el redentor que ama a todos los hombres. En su cuerpo desfigurado están los sufrimientos de todos los hombres como totalidad por la que se entrega Él solo.

Mirando a Jesús presentado ante la multitud podemos «esperar contra toda esperanza» (Rom 4, 18). Alguien, aunque invisible a nuestros ojos, nos está siempre ayudando en nuestras cruces. Esta confianza, sin embargo, nunca podrá ser insensibilidad ante el dolor y menos aún olvido de los que sufren. Esta es la lección: solamente seremos capaces de conocer la profundidad del alma humana cuando sepa-

mos sufrir con el que sufre y gozar con el que goza. Negarse a valorar el dolor humano es negar el sentido de la cruz de Cristo. En todo esto lo profundo no es el dolor que se ve en la superficie, sino el amor que lleva a esa situación. El cristiano es el que carga con su propia cruz sin descargarla sobre los demás y, si aún le quedan fuerzas, echa una mano a los demás. Aquí está la verdad de la vida y de la historia humana.

#### LAS ENSEÑANZAS DESDE LA CRUZ

Esta escena se alza en medio del mundo para enseñarnos más que todos los sabios o maestros. Se trata de la hora crucial de su vida cuando se encuentra clavado en medio del mundo para ser el estandarte de las naciones. Los discípulos recogieron algunas palabras de Jesús con gran veneración y se grabaron fuertemente en su memoria. Ahí se condensa la última voluntad sobre su misión querida por Dios y que nunca se debe olvidar. Todas estas palabras transcurren en un diálogo entrañable y filial con el Padre. Son como el testamento que sintetiza la orientación de toda su vida. Como todas sus palabras «el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35).

Sobre la cruz, en la que Jesús está suspendido entre el cielo y la tierra, había una inscripción para hacer sarcasmo de su persona. «Doblando la rodilla delante de Él, le hacían burla diciendo: '¡Salve, Rey de los judíos!'" (Mt 27, 29). Lo mencionan los cuatro evangelios. El motivo regio, que había jugado un papel decisivo en el proceso ante Pilatos, se recoge y desarrolla de nuevo en la crucifixión para subrayar que no es la causa de este final, sino que es un título o un letrero sobre el sentido universal de esta muerte. El mundo entero debe hacerse consciente de que Jesús ha sido condenado y ejecutado como Mesías. Por la inserción de otras lenguas no judías, griego y latín, se subraya que este

crucificado ya no pertenece sólo a un pueblo en exclusiva, sino a la humanidad entera. Es el Mesías de la historia.

Entre los asistentes al drama del calvario se encuentran todo tipo de personas: unos curiosos ante semejantes espectáculos o satisfechos por haber concluido con un personaje incómodo; otros temerosos ante la situación o confiados siempre en su evangelio. Sin duda la presencia más significativa es la de María, su madre. Esta escena la describe el único evangelista que la presencié. Desde el Génesis la voz misteriosa de Dios esboza ya el anuncio de la mujer que creará por encima de todo y que terminará aplastando la cabeza de la serpiente venenosa. Ahora en el momento de la restauración o de la segunda creación, junto al Hijo del hombre, está su madre. «Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a la madre: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*. Luego dice al discípulo: *‘Ahí tienes a tu madre’*» (Jn 19, 26-27).

María queda colocada así en el primer eslabón de los creyentes en su Hijo, es la madre de los creyentes. Así en el calvario queda constituida en madre inseparable de cuantos creen en la salvación permanente de su Hijo. Ahí está el modelo de nuestra vida. En lo alto está Dios presidiendo la redención de los hombres; abajo están los hombres necesitados de redención. Pero al pie de la cruz está María, centro en torno al que se aprieta y cristaliza la primera y pequeña Iglesia. En el primer templo del mundo cristiano, que es el calvario, María aparece como alguien imprescindible. No es una figura sentimental lo que aquí se nos presenta ni algo que substituya a Dios. Es sencillamente la representación de todos los creyentes en la obra salvífica de Dios.

El calvario no fue solamente el lugar donde se crucificó a Jesús, sino que era el lugar habitual de la muerte de otros condenados. Por eso, la cruz de Cristo se encuentra flanqueada por las dos de los ladrones. Pero es importante no mutilar la escena prescindiendo de las cruces de los ladrones o, lo que sería peor, de la cruz de Cristo. El letre-

ro, que se encuentra encima de su cabeza, les sugiere acogerse a una última tabla de salvación. Como sus planes del paraíso terrenal han fracasado, quieren por todos los medios aprovechar la última oportunidad que se les ofrece dirigiéndose al compañero de suplicio. Tanto el buen ladrón, Dimas, como el mal ladrón, Gestas, quieren rehuir su condición sufriente. Ambos quieren rehuir de la muerte, pero uno acepta la última respuesta de Jesús.

Gestas formula una petición tajante de salvación aquí y ahora. Pide que haga de este mundo un paraíso, lo cual puede parecer sensato, pero es irreal. Al final va a encontrarse siempre con el mismo problema sin conseguir la solución radical y definitiva: el mal de la muerte. Dimas, después de reconocer la inocencia de Jesús, se dirige a él para implorar misericordia. Pero recibe una promesa que supera sus expectativas. Frente a la discreta petición de un puesto en un hipotético reino humano, Jesús le promete algo superior e infinito: *«Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso»* (Lc 23, 43). Le asegura un puesto junto a Dios a quien andaba por los caminos robando para hacerse un paraíso en la tierra. Eso es lo que lo salva. Hace un acto de fe, más admirable todavía por lo absurdo de la situación, en el poder salvador de Jesucristo. Cree y espera en la venida gloriosa del salvador y las palabras de Jesús se convierten para él en signo de apertura al futuro de la promesa.

## EL SENTIDO DE LA MUERTE DE JESÚS

En este momento también es importante centrar nuestra atención en su muerte. Algo nuevo está sucediendo cuando la creación tiembla y el velo de la vieja alianza se rompe. Lucas coloca antes de la muerte del Señor los fenómenos del obscurecimiento del sol y del desgarramiento del velo del templo. En los otros relatos se sitúan después. La narración está construida para poner en la cumbre lo más

importante: la muerte de Jesús. La creación entera expresa su anhelo de consumación alterando sus entrañas, porque la sabiduría divina triunfa sobre la de este mundo. Esta expectación es expresada aún con más fuerza aludiendo al desgarramiento del velo del templo. Esta muerte abre a todos el camino que conduce a la salvación, al encuentro con Dios.

El punto más alto de la pasión se alcanza con el grito atormentado con que expresa su desamparo por parte de Dios. Aquí la Iglesia primitiva ha conservado incluso el tono de la lengua aramea: «A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: *Eloí, Eloí, ¿lema sabactani?*, –que quiere decir– ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34; Mt 27, 46). Jesús ha sido dejado solo por los hombres y entregado a la burla de todos. Esta palabra nos pone ante un hombre crucificado que experimentó esa vivencia tan humana del abandono más profundo. Muchas veces, en la soledad de la oración, debió pensar en esta sensación de soledad absoluta, cuando los suyos no lo entendían, cuando los otros se oponían, cuando las multitudes entendían mal lo que había dicho. Ahora esa soledad es mucho más profunda: se siente incluso abandonado de Dios.

Pero Jesús había renovado y mantenido la unidad con el Padre en las horas nocturnas de la oración. De ella ha vivido y por ella ha llevado a término su misión. Pero si Dios se oculta, sólo queda la pura nada. Jesús hace esta pregunta con la oración de su vida. En estas palabras del salmo 22, 2 tenemos una idea del aislamiento de un hombre que no ha dejado de dirigirse a Dios. Él había abrazado la voluntad del Padre con amor y la había convertido en su voluntad. Por eso, cuando se han terminado todas las posibles preguntas aún queda Dios para preguntarle. Quien cultiva la intimidad con Dios en la oración sabe que la salvación no se apoya en las posibilidades humanas. Por eso, saca fuerzas de flaqueza no por propia virtud, sino por la gratuidad del amor infinito de Dios. Quien basa en Dios su esperanza

tiene claro que sólo tiene derecho a esperar lo imposible quien se ha comprometido a fondo en la realización de lo posible. A esta tabla de salvación se puede acudir con gran confianza cuando hemos hecho todo lo que está de nuestra parte. Porque la mayoría de las veces no es Dios el que nos abandona, sino que somos nosotros los que le abandonamos.

No es posible saber con certeza cuál fue la última palabra de Jesús. Las versiones de los evangelistas difieren, lo cual es un síntoma de que este dato preocupó a las comunidades primitivas. Mateo y Marcos recogen la tradición de la angustia por el abandono de Dios. En Juan, pronuncia una palabra majestuosa: «Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: *‘Todo está cumplido’*. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19, 30). Esta muerte no es una improvisación ni una casualidad, que dejara inconclusa su vida. La había anunciado muchas veces durante su ministerio, a pesar de la oposición y escándalo de los discípulos. Tampoco es el desenlace querido por un dios tirano o la inmolación ante el despotismo de un ser superior, que solicita semejante acto de pleitesía. Jesús ha vivido desde el principio con plena conciencia la dirección que tomaba su vida, en la que se veían cada vez más claras las señales dolorosas del abandono y de la muerte violenta.

Hay que tener presente, también aquí, el tipo de hombre que la pronuncia en este momento, para comprender su significado. Para Juan muere como quien ha llevado a término y en obediencia la misión que el Padre le confiara (Jn 14, 31; 17, 4). Es su vida, que había sido hacer la «voluntad del Padre, que lo había enviado», la que ha llegado a su plenitud de sometimiento a Dios. Esta fue su misión de la que nunca declinó hasta llegar a la cruz. Voluntariamente se ofreció para cumplir el proyecto del Padre. Ahora con este grito expresa la satisfacción de haber cumplido su misión. Sigue enseñando que Dios interviene incluso en la misma muerte. Se trata de manifestar ante el Padre y ante

los hombres, solemne y oficialmente, que había cumplido su misión, porque la voluntad del Padre con la que siempre se identificó le había llevado a esta situación. Esta frase viene a resumir esta vida de obediencia a Dios propuesta por Jesús.

Lucas describe esta muerte como la de un varón justo y piadoso. En la tradición se considera como última palabra en la cruz: «Jesús, dando un fuerte grito, dijo: *'Padre, en tus manos pongo mi espíritu'*; y dicho esto, expiró» (Lc 23, 46). Sólo y abandonado, pero consciente de su misión, proclama con esa plástica expresión su última voluntad: acogerse, como hombre obediente y filial, a las manos receptoras de Dios. Se entrega a quien ciertamente recoge gustoso semejante forma de vida. Es, por tanto, la expresión de la suprema confianza en Dios. Sus últimas palabras son para confirmar que es Padre.

Ya en la primera palabra pronunciada en la cruz había usado esta expresión. No surge, por tanto, de modo improvisado y desconectado del resto de su vida. La última palabra, como no podía ser menos en la trayectoria de Jesús, está dirigida a su Padre. Muere rezando el salmo 31, 6 de confianza, que había aprendido de niño. Esta vinculación amorosa con el Padre había sido la tónica y el aire de toda su vida. Las voces que en sus horas de soledad durante su vida le habían sugerido esta realidad no eran un autoengaño. La oración había sido en su vida el modo más adecuado de comunicarse con Dios, y en la hora suprema Jesús mantiene la actitud que le había unido con su Padre.

Es la prueba extrema del amor de Dios. Incluso aquellos momentos de profunda turbación por el fin inminente son la prueba mejor de su inquebrantable voluntad de llegar hasta aquí. Y es que con esa actitud tenía que dar sentido a los dolores y miserias de todos los humanos. Muere sereno, como ejemplo de hombre justo, y sus palabras finales están cargadas de sentido para todos los que se acercan a

Él. Ante esta situación no se desespera; ante el fin trágico de su vida no se aterra, sino que se entrega en manos de Dios, que es su Padre. Y ello significa que no ha sido derrotado por la muerte. Sus últimas palabras no son para maldecir a la muerte, sino para afirmar que también entonces Dios es su Padre. Al final de su pasión nos enseñó a orar. Pero esta oración salida de sus labios moribundos tiene nuevas resonancias al pronunciarla en la hora definitiva como fruto de una vida entregada a Dios.

Con esta escena la muerte pierde su poder aniquilador. Cristo ni la maldice ni la bendice, simplemente anula su poder destructor entregando a Dios, con gran confianza, lo mejor que tiene. Dios no abandona a nadie en esas circunstancias. Morir no es destrucción total, sino coronar una vida que Dios nos ha dado como el mejor don recibido por los hombres. Lo saludable de esta escena, que nos sirve de guía, es que nadie es abandonado por Dios en esas circunstancias tan adversas. Los vivientes son los que se identifican con este hombre doliente. Por eso, ya no está tan claro que las víctimas de la historia humana sean los abandonados de Dios. Al contrario, el dolor más humilde y desconocido tiene sentido para Dios. De ahora en adelante el verdadero mártir es el que mancha la bandera de la humanidad con su propia sangre, nunca con la sangre de los demás. El hombre es invitado a escribir una historia distinta, a dejar de una vez para siempre de echar borrones en la trama de su vida.

Después de asistir a esta escena de la presentación del varón de dolores, no podemos permanecer insensibles ante el dolor humano y menos aún debemos abatirnos ante sus consecuencias. La fe cristiana por encima de cualquier distinción nacional, racial, lingüística o cultural considera a la humanidad formando como un solo cuerpo y su destino forma un todo. Nada de cuanto acontece a los hombres nos es ajeno.

## LA CRUZ SÍMBOLO CRISTIANO

La cruz es el símbolo de la fe cristiana, porque Jesús da la vida por todos cumpliendo hasta el final la voluntad del Padre. La cruz aparece como símbolo por excelencia, sobre todo, porque la llevó Cristo, pero también sus discípulos deben llevar la suya: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mc 8, 34). Muy pronto la tradición cristiana asocia la cruz a los momentos gloriosos del Señor. La idea de la cruz, que precede a Cristo en la ascensión y también le precederá en la segunda venida (parusía), es muy antigua. Sin duda que los primeros cristianos hicieron uso frecuente de la cruz tanto en sus casas como en sus ritos. No se puede vivir la fe en Cristo sin la presencia de la cruz.

Más adelante se desarrollará el tema de la cruz cósmica, que con sus dos brazos es como una fuerza de atracción y cohesión, que mantiene unidos todos los elementos del mundo entero. La cruz es Cristo mismo que abraza el universo, que por sí mismo no se mantendría unido, y por tanto se convierte en su fuerza de cohesión. Con otras palabras, sin este elemento divino, se desintegraría. Para los cristianos, Cristo es esta nueva fuerza de todo el universo. Es una forma sugerente que sirvió al cristianismo primitivo para dar a la redención una dimensión universal.

La cruz de Jesús se compone de dos palos, uno hacia el cielo y otro horizontal. Los dos brazos de la cruz son el resumen de toda esta lección. Mirando hacia el cielo el vertical, y abrazando al mundo el horizontal. Un brazo vertical, que se proyecta a Dios como Padre de todos, y otro horizontal, que se proyecta hacia todos los hombres como hermanos. La cruz que abraza a todos los hombres necesariamente se proyecta a Dios. La cruz, que mantiene a Jesús entre el cielo y la tierra, reconcilia a los hombres con Dios y a los hombres entre sí. Reconciliación con Dios para todos los que reconocen su muerte como la prueba más grande de su

amor por nosotros. Reconciliación entre los hombres, porque Jesús vino a llamar a todos los hombres a entrar en el pueblo de Dios.

La señal de la cruz es el gesto de oración más importante de los cristianos. Su repetición es el modo de practicar y experimentar la fe en el misterio de Dios y, al mismo tiempo, expresar la referencia salvadora de esta imagen divina. Santiguarse con el signo salvador de la cruz se convierte en el símbolo de la Trinidad. Este gesto, juntando dos o tres dedos de la mano, según las tradiciones, y trazando la cruz sobre el propio cuerpo o en el aire, expresa a la vez la condición divina y la condición humana de Cristo. Ambas realidades siguen siendo decisivas para la percepción de la fe cristiana. El orante los está recordando con la señal de la cruz incesantemente repetida. De la cruz viene la salvación y en ella se nos ha impartido la mejor de todas las lecciones de la historia humana.

La cruz de Cristo es el centro de la fe, porque pone de manifiesto que Dios ha penetrado en la precariedad de nuestra existencia. Pero no habría ningún motivo para una meditación sobre la cruz si a la crucifixión no hubiese seguido la resurrección del Crucificado. Por eso, para concluir, hay que señalar la meta a la que conducen estas palabras. La cruz no se puede separar de la resurrección y de la exaltación del Señor Jesús. El evangelio de Juan muestra unidos el levantamiento en la cruz y su exaltación y glorificación a la derecha del Padre (Jn 3, 14; 12, 32). Concentrados en las dificultades del camino, no podemos correr el riesgo de olvidar la alegre satisfacción de la meta alcanzada al término del recorrido.

GREGORIO CELADA LUENGO, O.P.  
*Salamanca*

## LITURGIA

# La fuente bautismal

### INTRODUCCIÓN

Aunque con lógica impronta jurídica, el canon 849 del Código de Derecho Canónico nos ofrece una descripción-definición del Bautismo en cuanto acción sagrada: *“El bautismo, puerta de los Sacramentos, cuya recepción de hecho o al menos de deseo es necesaria para la salvación, por la cual los hombres son liberados de los pecados, reengendrados como hijos de Dios e incorporados a la Iglesia, quedando configurados con Cristo por el carácter indeleble, se confiere válidamente sólo mediante la ablución con agua verdadera acompañada de la debida forma verbal”*.

Si tales son los efectos del Bautismo, parece lógico que el que ha sido agraciado de tal manera vuelva sus ojos con veneración hacia *la fuente* que fue testigo de aquel derroche de gracia. *La fuente bautismal* recibe toda su fuerza significativa no sólo por los efectos de gracia que en ella acontecen, sino también por la cualidad del agua que de ella brota. La larga oración por la que se consagra el agua es índice de la cualidad de la misma.

*La fuente bautismal* se situaría dentro del conjunto de elementos naturales que usa la liturgia, porque elemento natural es el agua que de ella brota y porque elementos naturales son los materiales que para su fábrica se usan. En cuanto *fuente*, guarda conexiones más o menos fuertes con algunas de las diversas acepciones de tal palabra. En cuanto *bautismal*, la referencia al sacramento del Bautismo es clara. *La fuente bautismal* es la construcción en forma de piscina o de pila, que se halla en los templos cristianos para la celebración del Sacramento del Bautismo. Guarda cone-

ción lógica con el Baptisterio, lugar donde está la piscina o la pila.

#### LA CARGA SIGNIFICATIVA DEL ELEMENTO NATURAL AGUA

Las significaciones simbólicas del elemento natural *agua*, ubicado en el ámbito religioso universal, pueden condensarse en tres temas dominantes: el *agua* como *f fuente de vida*, como *medio de purificación* y como *centro de regeneración*.

El *agua* nos lleva a pensar en la *vida*. El sediento que bebe agua, está bebiendo vida. Pasear por un campo regado es percibir el olor de la vida. El hombre de todos los tiempos siempre ha percibido en el agua bendiciones del cielo.

La limpieza del cuerpo con *agua*, en la mayoría de los sistemas religiosos, alude a una *purificación* que pretender alcanzar al mundo interior. Acercarse a la divinidad conlleva una purificación previa, que se realiza mediante abluciones o baños de agua.

El *agua*, en cuanto *centro de regeneración*, alude a aquellas situaciones de la vida en la que se opera un tránsito o pasaje. Quien se pone en contacto con el agua busca un cambio en su estatuto personal, con vocación de permanencia en él.

#### EL ELEMENTO AGUA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Habría que destacar una triple dirección simbólica del *agua* en el Antiguo Testamento: *terror*, *pureza*, *vida*.

Si la sequía era interpretada como ausencia de las bendiciones de Yahvé, la presencia de un *agua* incontrolada y a destiempo causaba *terror* y era indicio de grandes calamidades.

Fueron los profetas quienes se encargaron de orientar bien la práctica de las abluciones de *agua*, buscando la *pureza*. Y lo hicieron en una doble dirección: anunciando la llegada de un agua, lustración escatológica, que purificará al hombre de su pecado; y por otra parte, no dejando de advertir que las abluciones externas para nada valen, si a la par no comportan una purificación interior.

El *agua da vida*: la genera y la sostiene. Pero el agua recibe esta fuerza vivificante del Dios vivo. Abandonar a Yahvé es preferir la charca al torrente; es rechazar la fuente para, neciamente, excavar estanques agrietados.

#### JESUCRISTO Y EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

Si los baños y abluciones con agua eran practicados por casi todos los grupos integrantes de la religión judía, el *bautismo de Juan*, aunque perteneciendo todavía a la economía provisional, aporta como novedad que tal práctica indica una purificación no ya ritual, sino moral; no se repite e implica la iniciación en un género de vida nuevo, mientras se espera la llegada del Mesías. Al recibir Jesús este bautismo de Juan, *consagra para siempre el agua como principio de regeneración espiritual, anticipa el misterio pascual y anuncia el mismo bautismo cristiano*.

Cristo mismo se ofrece como *agua viva*, realidad que, a su vez, es símbolo del Espíritu Santo. Y si en la creación primera el agua y el espíritu jugaron un papel capital, cuando va a realizarse la nueva creación, el Bautismo y el Espíritu aparecerán siempre indisolublemente juntos. El agua viva que ofrece Jesús también guarda relación con la sangre: ambas brotaron del Corazón partido del Redentor.

El *bautismo cristiano*, instituido por Cristo, aunque con antecedentes fuera y dentro de la tradición bíblica, es una acción sagrada eminentemente cristiana. San Pablo ha resumido la eficacia del bautismo cristiano en una sola

frase: “*Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo*” (1Co 6, 11). Para entrar en el Reino hay que volver a nacer del agua y del Espíritu (Cf. Jn 3,3-5). Lo que fue revelación personal a Nicodemo en un diálogo nocturno, se convirtió en un mandato misionero a pleno día: *Id y bautizad* (Cf. Mt 28, 16-20) La enseñanza y la práctica bautismal de las primeras generaciones de discípulos prueban el fiel cumplimiento del mandato misionero.

La *purificación* operada en el bautismo cristiano es esencial y no accidental; llega a la raíz y no se queda en la superficie. Es la purificación de todo pecado. Además el bautismo cristiano conlleva una función *vivificadora*. La virtualidad vivificadora del Bautismo es plural en sus dimensiones. El bautizado pasa a una nueva vida, habiendo experimentado previamente una situación de muerte. El nacimiento a la nueva vida que opera el bautismo conlleva un claro compromiso de exigencias dinámicas. Por otra parte el que es bautizado participa en el mismo Misterio Pascual del Señor. Ello implica llegar a ser *athleta Christi*. Y por último quien es bautizado es *sellado* y queda integrado en la comunidad de los salvados.

#### EL BAUTISMO Y LA FUENTE BAUTISMAL

Considerado desde el principio el bautismo como una acción sagrada indispensable para la salvación, lo empezaron a recibir multitudes, familias e individuos. Se confería con agua natural y sumergiendo más o menos el cuerpo del catecúmeno en el agua corriente de los ríos. Con el paso del tiempo se produjo una lógica evolución en los ritos bautismales. El bautismo fue precedido y sucedido de otros ritos sagrados, tendentes a hacer más expresivo el caudal de riqueza de tal sacramento. En los primeros siglos lo esencial del rito bautismal comprendía el baño del agua y la pro-

fesión de la fe. Y siempre con la pertinente preparación del catecúmeno, que a grandes rasgos comprendía la *Traditio symboli* (catequesis sobre el Credo de la Fe) y la *Traditio orationis dominicae* (catequesis sobre la oración cristiana). La evolución de los ritos bautismales ha incidido en la concepción sobre la *f fuente bautismal*, en el modo de la ablución (*aspersión, inmersión, infusión*) y en el tiempo de realizar la misma.

La *f fuente bautismal*, ya sea en forma de piscina o de pila, ha evolucionado en relación directa al ritual del bautismo. Los primeros baptisterios se han de ubicar en las casas particulares, aprovechando los baños y fuentes que había en las casas romanas. Junto a los *baptisterios domésticos* hay que destacar los *baptisterios de las catacumbas*. Los primeros *baptisterios ad hoc* comenzaron a edificarse cuando en el siglo IV la Iglesia empezó a gozar de entera libertad, tras el Edicto de Milán (313). Dicha libertad y el aumento de los catecúmenos dieron origen a las edificaciones destinadas ex profeso a la administración del bautismo. Son los baptisterios *paleocristianos*. Estos baptisterios, dentro o separados del edificio del templo, guardan relación directa al mismo, dado que el Sacramento del Bautismo es la puerta para el Sacramento de la Eucaristía y para el resto de los Sacramentos, que se celebran en el templo.

La estructuración interna de estos baptisterios guarda relación directa con el ritual del bautismo entonces en vigor. Tres estancias en atención a las tres partes del ritual bautismal: el *catechumenum*, donde se realizaba el exorcismo, la renuncia a Satanás mirando a occidente y la profesión de fe mirando a oriente; el *baptisterium*, donde se ungía con el óleo y se realizaba el bautismo; el *consignatorium*, donde se ungía con el óleo y el crisma y se imponía la vestidura blanca. La *f fuente bautismal*, en forma de piscina, corazón del baptisterio, estaba excavada por debajo del plano del pavimento y a ella se descendía mediante algunas escaleras.

A partir del siglo VII otras iglesias no episcopales empezaron a contar con baptisterios propios. El bautismo por inmersión cede terreno al bautismo por infusión debido al aumento de catecúmenos infantes y por la presencia de la Iglesia en zonas especialmente severas en cuanto al clima. Entonces la *f fuente bautismal* pasa a tener forma de pila. Con el paso del tiempo la decoración de las pilas va ganando en riqueza a la par que va perdiendo en evocación simbólica.

Aunque se vaya generalizando la *f fuente bautismal* en forma de pila, siguen construyéndose baptisterios, aunque la *f fuente bautismal* en ellos tenga más parecido a una pila que a una piscina.

#### CONCLUSIÓN: ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA *FUENTE BAPTISMAL*

Las reflexiones que propongo, a modo de conclusión, podrían ser de orden *antropológico, teológico, pastoral y espiritual*.

*Fuente Bautismal: reflexión antropológica.* Desde el punto de vista *antropológico*, la *f fuente bautismal* adquiere toda su fuerza evocadora para el ser humano, gracias al agua que de ella brota. El elemento agua tiene tal peso y hondura antropológica que su fuerza significativa casi se impone; y por lo mismo, la apertura que provoca hacia el mundo de lo sagrado es bien directa. Por la fuerza evocadora del agua, ya sea para purificar, vivificar o regenerar, el hombre descubre en el agua unas potencialidades y virtualidades que superaran el nivel natural y físico de la limpieza, la vida y el nacimiento. El contacto con el agua en el baño bautismal, respirando un ambiente de ruptura de nivel, hace que el hombre se vea lanzado hacia un plus de pureza, vida y nacimiento. El agua bautismal lanza al hombre hacia un nuevo estatuto vital, que no se opera sin muerte, desgarró y renuncia.

*Fuente Bautismal: reflexión teológica.* Desde el punto de vista *teológico*, la *fuentes bautismal* nos recuerda que el bautizado viene a ser de la familia de los hijos de Dios, porque la misma vida de Dios corre por la venas de su alma. Desde el punto de vista *crisológico*, el bautizado, por la inmersión-emersión, participa en el Misterio Pascual de Cristo, renunciando a una vida de muerte y pecado y prometiendo vivir la vida nueva del Resucitado. Desde el punto de vista *eclesiológico* la *fuentes bautismal* recuerda al bautizado que el bautismo es puerta de acceso a la Iglesia y a toda la vida de la Iglesia. Desde el punto de vista *sacramental*, el bautismo recuerda al bautizado que lo que recibe es verdadero sacramento. El agua derramada, acompañada de la invocación trinitaria, se le ofrece como don gratuito. Por la misma virtud del Sacramento la gracia de Dios se hace presente incondicionalmente, aunque el mayor o menor grado de incidencia en el hombre, depende de las disposiciones del sujeto receptor.

*Fuente Bautismal: reflexión pastoral.* El sacramento del Bautismo no es importante porque sea al primero, sino que es el primero porque es ciertamente fundamental. Si tal es su importancia, hay que cuidar la *fuentes bautismal* porque es en ella donde se opera la misma gracia del sacramento. Tres serían hoy los posibles modelos de realizar el baptisterio, donde colocar luego la *fuentes bautismal*. Construir el baptisterio separado de la fábrica del templo, anexionar el baptisterio al mismo templo o integrarlo totalmente en él. El acento no habría que ponerle en la anexión, sino en la conexión. Si el bautismo guarda relación con la entrada en el templo y con el altar, la *fuentes bautismal* podría colocarse cercana al *Ianua Ecclesiae* o al *Ara Sacrificii*. Tanto una solución como la otra ofrecen ventajas y desventajas y ponen de relieve las inagotables riquezas del Bautismo. De cualquier forma el baptisterio ha de estar ambientado de tal manera que exprese su carácter sagrado; evitando se convierta en un trastero o en un simple mueble de quita y pon.

No conviene olvidar la expresividad misma del agua. Cuanto la expresividad sea más viva a la par que natural tanto mayor será el impacto en la conciencia de los creyentes.

*Fuente Bautismal: reflexión espiritual.* Para entrar en el Reino hay que nacer del agua y del Espíritu. A este nuevo nacimiento coopera la Madre Iglesia. Y este nuevo nacimiento imita al del Redentor, que nació de María por obra del Espíritu Santo. María se convierte así en la primera fuente de nuestra gracia bautismal. La dimensión eclesiológica y mariológica de la *fuentes bautismal* están íntimamente unidas. Pues el parto de María mira hacia los partos de la Iglesia. El bautismo continúa el misterio de Belén. Cada pila bautismal es el seno fecundo de María que da a luz nuevos hijos de Dios, miembros de Cristo Cabeza. Dios ha dado al agua la fuerza que dio a su misma madre. La relación entre el Bautismo y el Misterio de la Encarnación, tan resaltada en la patrística, no fue olvidada en la Edad Media. María está en la *fuentes bautismal*. Y la Iglesia también está allí. Ambas forman la Madre misteriosa que nos ha engendrado. Cantar a la *fuentes bautismal* es cantar a esta Madre misteriosa. Así lo hace San Cirilo de Alejandría: “*Por ti, ¡Oh Madre de Dios!, toda criatura llega al conocimiento de la verdad, por ti los fieles reciben el Santo Bautismo, por ti se fundan Iglesias en todo el universo*” (Homilía 4: PG 77, 992).

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM  
Salamanca

## TESTIGOS

# En el tesoro, el corazón (II)

Sor Isabel Cabeza, O.P.

**CB:** 130 pp. (= 129pd + 1'pi). 7,5 x 10,5 (Consta de 84 párrafos):

1. [1]Dios es amor y el que vive en amor permanece en Dios y Dios en él (Jn 4).

2. [3]Sión decía: Yahvé me ha abandonado, y mi Señor se ha olvidado de mí ¿Puede acaso una mujer olvidarse de su mamoncillo, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ella se olvidara yo no te olvidaría (Is 48-49).

3. [4]Cuando Israel era niño, yo le amé... Cuanto más se les llama, más se alejan... Yo enseñé a andar a Efraim, lo levanté con mis brazos pero no reconoció mis desvelos por curarle. Los atraje con ligaduras humanas, con lazos de amor. Fui para ellos como [5]quien alza una criatura contra su mejilla, y me bajaba hasta ella para darle de comer (Oseas 11, 1-4).

4. Yo siento por Sión un amor extremado y un gran celo (Zacarías 8, 2).

5. [6]Porque tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna, pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo sino para que el mundo sea salvo por Él (Jn 3, 16-17).

6. [7] Antes de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado al mundo, los amó hasta el fin (Jn 13, 1ss.).

7. ...Hijitos míos... un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado (Jn 13-14).

8. [8]Si me amáis guardaréis mis mandamientos y yo rogaré al Padre y os dará otro Abogado que estará con vosotros para siempre (Jn 14, 15-16).

9. El que recibe mis preceptos y los guarda, ese es el que me ama a mí y será amado de mí [9] Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él. Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre le amaré y vendremos a él y en él haremos morada (Jn 14, 21-23).

10. Como el Padre me amó, yo también os he amado, permaneced en mi amor. Si guardareis mis pre-[10]ceptos permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor (Jn 15, 9-10).

11. Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. [11]Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os digo amigos porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer.

No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, [12]y vuestro fruto permanezca, para que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo dé. *Esto os mando que os améis unos a otros* (Jn 15, 15-17).

12. ...Yo en ellos y tú en mí para que sean perfectamente uno (como nosotros) y conozca el mundo que tú [13]me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí. Padre, lo que tú me has dado quiero que donde esté yo estén también conmigo para que vean mi gloria, que tú me has dado porque me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo si el mundo no te ha conocido [14]yo te conocí y estos conocieron que tú me has enviado y yo les di a conocer tu nombre y se lo haré conocer para que el amor

con que tu me has amado esté en ellos y yo en ellos (Jn 17, 22-26).

**13.** Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llama-[15]dos hijos de Dios y lo seamos (I Jn 3, 1).

**14.** Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él porque le veremos tal cual es. Y todo el que tiene esta esperanza [16]se purifica, como puro es Él (I Jn 3,2-3).

**15.** Y su precepto es que creáis en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos mutuamente (Ibid, 23).

**16.** Carísimos, amémonos unos a otros, porque la caridad procede de Dios y todo el que ama es na-[17]cido de Dios y a Dios conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es *amor*.

El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su unigénito Hijo para que nosotros vivamos por Él. En eso está el amor; no en que [18]nosotros hayamos amado a Dios sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados.

Carísimos, si de esta manera nos amó Dios también nosotros debemos amarnos unos a otros.

A Dios nunca le [19]vio nadie; si nosotros nos amamos mutuamente, Dios permanece en nosotros y su amor es en nosotros perfecto.

Conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros en que nos dio de su Espíritu. Y hemos visto y damos de ello testi-[20]monio, que el Padre envió a su Hijo por salvador del mundo.

Quien confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios.

Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor y el que vive en [21]amor permanece en Dios y Dios en él. La perfección del amor en

nosotros se muestra en que tengamos confianza en el día del juicio porque como es Él, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, pues el amor perfecto dese-[22]cha el temor supone castigo y el que teme no es perfecto en el amor.

Cuanto a nosotros amemos a Dios porque Él nos amó primero. Si alguno dijere: Amo a Dios pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no [23]ama a su hermano a quien ve, no es posible ame a Dios, a quien no ve.

Y nosotros tenemos de Él este precepto: que quien ama a Dios ame también a su hermano (I Jn 4).

**17.** [24]Porque toda la ley se resume en este solo precepto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra éstos no hay ley (Ga 14, 23-24).

**18.** [25]Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos [26]y llueve sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa merecéis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles? Sed [27]pues perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial (Mt 5, 43-48).

**19.** ¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? Jesús respondió: El primero es «escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma[28], con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Mayor que éstos no hay mandamiento ninguno (Mt 12, 29-31).

**20.** Pero yo os digo a vosotros que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced[29] bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian. Al que te hiere en una mejilla ofrécele la otra, y a quien te tome el manto no le impidas tomar la túnica; da a todo el que te pida y no reclames de quien toma lo tuyo. [30]Tratad a los hombres de la manera en que vosotros queréis ser tratados. Si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? Porque los pecadores aman también a quienes los aman. Y si hacéis bien a los que os lo hacen, ¿qué [31]gracia tendréis? También los pecadores hacen lo mismo. Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué gracia tendréis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir de ellos igual favor. Pero amad a vuestros enemigos [32] haced bien y prestad sin esperanza de remuneración y será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bondadoso con los ingratos y los malos.

Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. [33]No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; absolved y seréis absueltos. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, colmada, rebosante, será derramada en vuestro regazo.

La medida que con otros usáreis, esa se usará con vosotros (Lc 6, 27-38).

**21.** [34]Ningún discípulo está sobre su maestro; para ser perfecto ha de ser como su maestro. ¿Por qué ves la brizna en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo? (Lc 6, 40-41).

**22.** [35]Si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que trasladase los montes si no tengo caridad, no soy nada. [36]Y si repar-

tiera toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es longánime, es benigna; no es jactanciosa, no se hincha, no es descortés, no busca lo suyo [37]no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. La caridad jamás decae.

Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza, y la [38]caridad: pero la más excelente de ellas es la caridad (1 Co 13,1-8.13).

**23.** [39]Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Él estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. [40]La luz luce en las tinieblas pero las tinieblas no la acogieron... Era la luz verdadera que viniendo a este mundo ilumina a todos los hombres. Estaba en el mundo y por Él fue hecho el mundo pero el mundo no le conoció. Vino a los suyos pero los suyos no [41]le recibieron. Mas a cuantos le recibieron dióles poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre, que no de la sangre ni de la voluntad carnal ni de la voluntad de varón sino de Dios son nacidos. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre [42]nosotros y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad.

Juan da testimonio de Él clamando: Éste es de quien dije: El que viene detrás de mí ha pasado delante de mí porque era primero que yo. [43]Pues de su plenitud recibimos toda gracia sobre gracia.

Porque la ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás. Dios unigénito que está en el seno del Padre, ese le ha dado a conocer (Jn 1).

**24.** Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a Él y Él te daría a ti agua

viva. Quien beba del agua que yo le diera no tendría jamás sed, que el agua que yo le dé se hará en él una fuente que salta hasta la vida eterna.

**25.** [45]A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre para que todo el que creyere en Él tenga la vida eterna.

Porque aquel a quien Dios ha enviado habla palabras de Dios, pues Dios no le dio [46]el espíritu con medida. El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que está sobre él la cólera de Dios (Jn 3, 14.34-36).

**26.** [47]Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo a los que quiere les da la vida. El que no honra al Hijo no honra al Padre que le envió. En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió tiene la vida eterna (Jn 5, 21.24).

**27.** [48]Procuraos no el alimento perecedero sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os da porque Dios Padre le ha sellado con su sello. Dijéronle: Pues, ¿qué haremos para hacer obras de Dios? Respondió Jesús [49]y les dijo: *La obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado.*

Yo soy el pan de vida, el que viene a mí ya no tendrá más hambre y el que cree en mí jamás tendrá sed.

Todo lo que el Padre me da viene a mí [50]y al que viene a mí yo no le echaré fuera porque he bajado del cielo no para hacer mí voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite en el [51]último día. Porque ésta es la voluntad de mi Padre que todo el que ve al Hijo y cree en Él tenga la vida eterna y yo le resucitaré en el último día.

Nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no lo trae y yo le [52] resucitaré en el último día.

El que cree tiene la vida eterna.

Yo soy el pan de vida. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo. [53] En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis mi sangre no tendréis vida en vosotros.

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último día. El que come mi carne y bebe [54] mi sangre está en mí y yo en él.

Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Nadie puede venir a mí si no le es dado de mi Padre.

...Señor, ¿a quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna (Jn 6, 27.29.35.56.63.68).

**28.** [55] Si alguno tiene sed venga a mí y beba. El que cree en mí según dice la Escritura ríos de agua viva correrán de su seno (Jn 7, 37).

**29.** Mujer ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Dijo ella: Nadie, Señor. Jesús dijo: Ni yo te condeno, vete y no peques más (Jn 8, 10-11).

**30.** [56] Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida (Jn 8, 42).

**31.** Yo soy la puerta de las ovejas; todos cuantos han venido eran ladrones y salteadores pero las ovejas no los oyeron.

Yo soy la puerta: el que por mí entrare [57] se salvará y entrará y saldrá y hallará pasto.

El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por sus ovejas, el asalariado, el que no es pastor [58] dueño de las ovejas ve venir al lobo y deja las ovejas y huye y el lobo arrebató y dispersa las ovejas.

Yo soy el buen pastor y conozco a las mías y las mías me conocen a mí como el Padre me conoce y yo conozco al

Padre y pongo mi vida por mis ovejas. [59] Tengo otras ovejas que no son de este aprisco y es preciso que yo las traiga y oirán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor (Jn 10, 7-16).

**32.** Jesús clamando dijo: El que cree en mí no cree en mí, sino en el que me ha enviado, y el que me ve, ve al [60] que me ha enviado.

Yo he venido como luz al mundo para que todo el que cree no permanezca en las tinieblas (Jn 12, 4-46).

**33.** No se turbe vuestro corazón: creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera [61] así, os lo diría porque voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros (Jn 14, 1-3).

**34.** No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros (18). [62] Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no dé fruto, lo podará para que dé más fruto.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto porque sin mí no [63] podéis hacer nada. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiéreis y se os dará. En esto será glorificado mi Padre: en que deis mucho fruto y así seréis discípulos míos (Jn 15, 1-2.4.7-8).

**35.** [64] Acordaos de la palabra que yo os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron a mí también a vosotros os perseguirán (Jn 15, 20).

**36.** [65] Para que el amor que arde en el Corazón de Cristo prenda en nosotros y se cumpla su deseo de que todos seamos uno en Él con el Padre, roguemos al Señor.

**37.** [67] Y levantando sus ojos al cielo añadió: Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifi-

que, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste les dé Él la vida eterna.

Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, [68] y a tu enviado Jesucristo.

Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo (Jn 17, 1-3,24).

**38.** [69] Dios me ha elegido para revelar en mí a Jesucristo.

**39.** Vivid según Cristo Jesús tal como os lo han enseñado. Pues en él habita realmente la plenitud de la divinidad. Uno sólo es vuestro maestro: Cristo.

**40.** [70] Éste es el mensaje que habéis oído desde el principio. Que os améis unos a otros. La ley entera se condensa en un mandamiento, que os améis unos a otros.

**41.** Dios adorna con la victoria a los humildes.

**42.** [71] La moral cristiana como imitación de Cristo desarrolla en primer lugar y ante todo, el sentido del esfuerzo. Esfuerzo que tiene por fin efectuar la ordenación de todo el potencial humano: el cuerpo sometido al espíritu y el espíritu a Dios, a fin de reunir todos los recursos ende-reza-[72]dos a un compromiso total de la persona en la persecución de Dios, siguiendo la invitación del salmo: Buscad a Yahvé y su fuerza sin descanso en la persecución de su faz (Sal 104).

**43.** [73] La voluntad de Jesucristo es intuitiva: llega de pronto al conocimiento y a la aceptación. El alma de Jesucristo posee la gracia santificante (igual que la nuestra) de modo habitual. La gracia en él es capital, se desborda [74] hacia nosotros.

**44.** [75] En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que el nos amó y nos

envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (Jn 4, 10).

**45.** [77] Niégate a ti mismo.

**46.** Sacrifiquemos siempre nuestro primer momento. ¡Si es un momento!

**47.** No quejarse: de unas horas de cansancio; de una noche de insomnio; [78] de un trabajo complicado; de un dolor físico; de una falta de tacto; de un contratiempo de momento; del calor, del frío; de ninguna molestia que ocasione la vida.

**48.** No preguntar: nada agradable [79] pero inútil; nada que pueda satisfacer la curiosidad.

**49.** No hablar: de los propios sufrimientos; de las propias cosas; de las propias dificultades; de aquello, de esto o de lo otro donde vaya la etiqueta del 'yo'.

**50.** [80] Noticias: –no darlas de un acontecimiento interesante; de un hecho que se sale de lo ordinario; dejar para otros el interés que trae consigo todo lo sensacional; si hay que dar alguna procurar hacerlo después de [81] amortiguadas las impresiones.

**51.** No disculparse: ante un reproche injusto; ante una humillación del tipo que sea, mientras no medie la gloria de Dios.

**52.** No pedir: un servicio que haría más fácil un instante [82] la vida; un favor que haría más cómoda la situación del momento.

**53.** Escoger para mí: lo más desagradable; lo más repugnante; lo más difícil: lo más penoso; lo que nadie querría nunca.

**54.** [83] Hablar: sin porfiar jamás; sin sacar sombras a nadie; sin utilizar tonos desabridos; sin fogosidad y vehemencia en las propias ideas.

**55.** Sonreír: ante un movimiento de ira; [84] ante un dolor físico; ante una humillación momentánea; ante un objeto necesario que se extravía; ante la llegada de una persona que violenta.

**56.** Sonreír siempre que sintamos el alma incómoda.

**57.** [85] Oigamos qué piensan los santos. San Pablo: 'El amor es el cumplimiento de la ley. El amor es el vínculo de la perfección. Si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad... ¡nada tengo!'

**58.** [86] San Bernardo: 'El secreto de la santidad está en el amor'.

**59.** Santa Teresa: 'El Señor no mira la grandeza de la obra, sino el amor con que va hecha'.

**60.** San Juan de la Cruz: 'En la tarde de la vida te examinarán en el amor'.

**61.** [87] Santa Margarita: «Sólo una cosa es necesaria: El puro amor divino. Si amáis nada os será difícil».

**62.** San Agustín: «Ama y haz lo que quieras».

**63.** San Juan Evangelista: «Donde esté la caridad y el amor allí está [88] Dios».

**64.** Santa Teresita del N.J.: «El amor puede suplir una larga vida. Dios no mira el tiempo puesto que es eterno. Sólo atiende al amor».

**65.** Sor Isabel de la Trinidad: «En la tarde de la vida todo pasa. Sólo el amor permanece».

**66.** [89] Para que el prójimo se nos haga verdaderamente interior, nada hay como introducirlo en nuestra plegeria. De ese modo lo sumergimos en lo mejor que poseemos: la viviente y vivificadora presencia de Dios. Es imposible hacer mal al prójimo cuando se [90] obra en estado de oración, a condición de que ésta lo sea efectivamente. Y es que en la verdadera oración todo se aclara, todo se

apacigua, todo adquiere sus justas dimensiones. Es imposible acercarse a Dios sin participar de su espíritu, [91] de su mirada, de su indulgencia, de su bondad, de su inalterabilidad, de su caridad, de su voluntad creadora.

Cuando el prójimo nos contraría, nos ofende, nos irrita, cuando ya está a punto de ser para nosotros ‘una cosa’ basta introducirlo [92] en nuestra oración para que vuelva a ser una persona.

¡Hay tantos hombres con los que nos cruzamos en la vida y que nada nos piden y tantos que acuden a nosotros sin que nada podamos hacer por [93] ellos!... No nos queda más que una solución: fundirlos a todos en nuestro afecto entrañable, hacémoslos íntimamente presentes, incorporarlos a nuestra oración y confiarlos a la amante omnipotencia de Dios.

**67.** [95] Descender... Es necesario que Él crezca y yo disminuya.

El que viene de arriba está por encima...

Si siempre acostumbráramos a utilizar nuestro ‘yo’ como lo utilizó Juan, sólo para niveles descendentes y para hacernos [96] rodar cuesta abajo.

Las almas deshechas, las desintegradas, las que calcan en su propia vida ese ‘rostro lleno de vergüenza y confusión’ son las que suben las más altas rampas del amor.

**68.** ¡Cuánto precisamos de estas almas [97] eclipse de vanidad y apagadas a toda resonancia y lucimiento!

Ellas, las de eternas sumisiones, las que mientras no den disgusto a Dios, se dejan vaciar en los moldes de cada gusto, las del perpetuo rincón oscuro... [98] La despersonalización, la desestima, la desherencia, todo ese arenal caliente de místico morir da la cercanía y proximidad del Infinito.

Lleguemos hasta el confín del dejar hueco.

Bajemos hasta el escalón último [99] de la nada... Allí donde nadie se nos acerque quizá.

Sólo quien sabe achicarse es grande. Nunca seríamos totalmente humildes sin humillaciones efectivas.

Son confecciones que nunca se logran acabadas, [100] porque cuando llega la hora fulminante de la desestima, y a los antiguos atractivos y simpatías, suple el menosprecio, el alma no es capaz de resistir este salobre sabor y su humildad queda sin humillar. [101] Las taladas de aniquilamiento..., los estados de imperceptibilidad..., las circunstancias de abyección..., los tonos oscuros... Toda esa escalera de *nadas* son los ascensos del amor.

Busquemos con naturalidad todo [102] lo que sea una rama del depender y del descender. Como el humilde Juan 'es preciso que Él suba y yo baje'.

**69.** 'Un hombre no es ni vale más que lo que mide el juicio que Dios hace acerca de él' (san Francisco de Asís).

**70.** [103] Apostolado de la sonrisa. Basta una leve sonrisa en tus labios: Para levantar el corazón; Mantener el buen humor; Conservar la paz del alma; Ayudar a la salud; Embellecer la cara; Despertar buenos pensamientos.

**71.** Sonríe hasta entibiar tu propio corazón con ese rayo de sol.

**72.** [104] Sonríe a los tristes. Sonríe a los tímidos. Sonríe a los amigos. Sonríe a los jóvenes. Sonríe a los ancianos. Sonríe a tu familia. Sonríe en tus penas. Sonríe por amor a Jesús. Sonríe por amor a María. Y ¡todo en silencio!

**73.** [105] 'Vuestra renovación tiene que ser ante todo espiritual, y ha de consistir en una unión más estrecha con Cristo, en virtud de este amor misterioso e inefable con que nos asedia' (Pablo VI).

**74.** El cuerpo de Cristo da vida a los que participan de él: si los [106] encuentra sujetos a la muerte, aparta la muerte y aleja toda corrupción pues posee en sí mismo el germen que aniquila toda podredumbre (san Cirilo).

**75.** [107] La oración es la luz del alma, el verdadero conocimiento de Dios, la mediadora entre Dios y los hombres. Hace que el alma se eleve hasta el cielo, que abrace a Dios con inefables abrazos apeteciendo, igual que el niño [108] que llora y llama a su madre, la divina leche; expone sus propios deseos y recibe dones mejores que toda la naturaleza visible.

**76.** Cuando quieras reconstruir en ti aquella morada que Dios se edificó en el primer hombre

[109] adórnate con la modestia y la humildad, hazte resplandeciente con la luz de la justicia; adorna tu ser con buenas obras, como con oro acrisolado, y embellecido con la fe y con la grandeza de alma, a manera de muros y piedras [110] y por encima de todo como quien pone la cúspide para coronar un edificio, pon la oración a fin de preparar a Dios una casa perfecta, y poderle recibir como si fuera una mansión regia y espléndida, ya que, por su gracia es como [111] si poseyeras su misma imagen colocada en el templo del alma.

**77.** La voluntad de Dios es la que Cristo realizó y enseñó. Humildad en el trato, firmeza en la fe, pudor en las palabras, justicia en los hechos, misericordia en las [112] obras, disciplina en las costumbres, no saber injuriar a nadie y soportar las injurias que nos hacen, estar siempre en paz con los hermanos y amar a Dios con todo el corazón: amándole porque es nuestro Padre, [113] y temiéndole porque es nuestro Dios, no anteponer nada a Cristo, porque él mismo no antepuso nada a nuestro amor; adherirnos indisolublemente a su amor; unirnos a su cruz con fe y fortaleza; cuando haya que combatir [114] por su nombre y su honor manifestar en nuestras palabras la constancia con que le confesamos; en las pruebas la confianza con que luchamos, y en la muerte, la paciencia por la que somos coronados; [115] en esto consiste el querer ser coherederos de Cristo,

esto es realizar el mandamiento de Dios y cumplir su voluntad (*Sobre el Padrenuestro*, de san Cipriano).

**78.** [117] Mandan con arrogancia, violencia y dureza quienes no corrigen a sus súbditos razonando con serenidad, sino que se apresuran a doblegarlos con duras reprobaciones.

... Pues se esfuerza por inculcar la humildad, que es la [118] maestra y madre de todas las virtudes, enseñándola y sirviéndola, para que sean más bien sus costumbres que sus palabras las que enseñen a los discípulos la verdad... Y cuando el apóstol Pablo dice a su discípulo 'ordena estas cosas y enseña con autoridad' [119] no le recomienda el dominio por el poder sino la autoridad de la vida. Se enseña con autoridad cuando lo que se enseña antes se hace que se dice.

**79.** [120] Comentario a los salmos. San Ambrosio: «Y mi copa rebosa». Pero son dos las copas que has de beber: la del A. Testamento y la del Nuevo: porque en ambas bebes a Cristo. Bebe a Cristo porque es la verdadera vid; bebe a Cristo porque es la piedra de la que brota agua; [121] bebe a Cristo, porque es fuente de vida; bebe a Cristo, porque es la acequia cuyo correr alegra la ciudad; bebe a Cristo, porque de sus entrañas manarán torrentes de agua viva; bebe a Cristo, y así beberás la [122] sangre que te redimió; bebe a Cristo y así asimilarás sus palabras; porque palabra suya es el Antiguo Testamento, palabra suya es también el Nuevo. Realmente llegamos a beber y a comer la Sagrada Escritura si el sentido profun-[123]do de la tercera palabra viene a empapar nuestras almas, como si circulara por nuestras venas y fuera el motor que impulsara toda nuestra actividad.

Bebe, pues, pronto, para que brille para ti una luz [124] grande, no la luz de todos los días, ni la del día, ni la del sol, ni la de la luna, sino la que ahuyenta las sombras de muerte.

**80.** [125] Jesús mío: cuántas vueltas y revueltas, cuánto tiempo perdido en vanidades... cuánto vacío y cuánta nada.

Siento que todo es muy simple. Amar, amar mucho y con toda el alma.

**81.** Sólo un quehacer: amar. [126] Sólo una misión en la vida: amar. No tengo que mirar si gusto o no; si hago esto o lo otro; si estoy con una persona o con otra; siempre he de amar; para eso he sido creada: para amar. [127] He de amar con toda la fuerza a Dios y con ese amor que viene de Dios a todos los hombres y a todas las cosas que han salido de sus manos.

**82.** Amar cuando trabajo o descanso. [128] Amar cuando sufra o goce. Amar a los que me aman y a los que no. Siempre amar.

**83.** Me he de examinar cómo cumplo esto. Amar con el pensamiento. [129] Amar con el corazón. Amar con la mirada. Amar con la boca. Amar con las manos. Amar con los pies. Amar con todo mí ser.

*(sigue el cuaderno por el final, invertido)*

**84.** [1'] Mes de Junio. Esfuerzo en la oración. Acción de gracias de la comunión. Rezar un misterio del Rosario y el rosario del amor. Esfuerzo en el trato con las hermanas. Examen.

ALBERTO ESCALLADA TIJERO, O.P.  
*Salamanca*

## BIBLIOGRAFÍA

ALFREDO TOLÍN, *Escondida en Jesús. Retrato biográfico de María Luisa Zancajo de la Mata. Fundadora de las Misioneras de la Caridad y la Providencia* (Colección «Amigos de orar»), Monte Carmelo, Burgos 2004, 293 pp.

Esta es la primera biografía que sale a luz de la M. María Luisa Zancajo de la Mata, fundadora de las Misioneras de la Caridad y de la Providencia, mujer desconocida hasta la fecha salvo para su congregación y para un gran número de seglares de Madrid, Hellín (Albacete), Zaragoza y Valencia, y para quienes en nuestros días siguen en contacto con la obra que ella legó a la Iglesia como fruto de su amor fecundo hacia Dios.

No se quiere ofrecer aquí una biografía exhaustiva que recoja todos los acontecimientos y circunstancias de su vida. Tampoco quiere ser una biografía hagiográfica. El objetivo del autor es el de ofrecernos un relato bastante lineal de su vida, haciendo una síntesis de su personalidad. Para ello se ha llevado a cabo una selección entre la multitud de rasgos y líneas de su vida, deteniéndose en aquellos que dibujan el perfil fundamental de su existencia. Se trata de un «retrato biográfico» entendido en ese sentido. La motivación de estas páginas reside en la convicción del autor de estar ante una santa mística que, con mucha humildad, anima a todos a ser santos. Ella misma estaba convencida de que cualquier persona puede llegar a ser santa si de verdad se lo propone; lo único necesario para alcanzar este objetivo es amar. En uno de sus escritos titulado *Confidencias*, la M. María Luisa pone en labios de Jesús una enseñanza sobre la mística que coincide con la enseñanza de muchos maestros espirituales. Jesús le revela que la mística, aunque es algo muy elevado y divino, no tiene nada de extraordinario, por eso, cualquier persona que trabaja con decisión en su propia santificación, puede ir ascendiendo con facilidad la escala mística del amor. La mística –sigue diciendo– no tiene nada de milagroso y extraordinario, aunque sí mucho de sobrenatural y divino. La mística está dentro del desarrollo de la gracia. Es un conocimiento claro de la esencia de Dios, una participación de la sabiduría y amor divinos bajo la acción del Espíritu Santo. Jesús le dice también que la mística es y será la que poblará su reino de santos que le amen eternamente.

Este retrato biográfico se basa fundamentalmente en los escritos que ella misma dejó. Su gran devoción a santa Teresa del Niño Jesús imprimió una huella profunda en su personalidad y, por consiguiente, en sus escritos. Así como santa Teresa de Lisieux se preguntaba con

preocupación por su lugar en la Iglesia, así también lo hace la M. María Luisa. Si aquella descubrió que su función era ser el corazón, ésta piensa que su función es la de ser átomo de la Sangre de Cristo: «*Pensé: siendo Átomo de su Sangre le doy todo cuanto soy. Existo. Le amo, y permanezco escondida a las miradas de todos. Me pareció que había encontrado lo que deseaba. Sentí descanso y tranquilidad de corazón. En el Cielo seremos Átomos de la sangre de Jesús...*» (pp. 200-201).

El relato biográfico comienza por sus orígenes geográficos (Sinlabajos-Ávila) y familiares. Hay un hecho que marcó para siempre su vida y que nos mueve a admirar más su persona: desde los cuatro años sufrió una parálisis que dejó sus piernas incapacitadas para caminar, salvo con la ayuda de dos muletas. A partir de entonces fue sometida a numerosas intervenciones quirúrgicas que no tuvieron ningún resultado positivo y le provocaron grandes sufrimientos. A causa de las dificultades económicas de sus padres tuvo que ser internada en un asilo para niñas regentado por religiosas Mercedarias. Allí descubrió su vocación religiosa. Andando el tiempo, junto con un grupo de amigas, fundó una congregación religiosa que no fue reconocida oficialmente hasta varios años después de su muerte. El objetivo fundamental de esta fundación no es otro que el de amar a Jesús y hacer que todos le amen. Como objetivos concretos que caracterizan su tarea o misión hacia el exterior están: la fundación y el trabajo en colegios con niños, las clases nocturnas para jóvenes, los orfanatos y algún asilo u hospital.

Los múltiples fenómenos místicos que experimentó y el hecho de presentar la nueva congregación como expresión del deseo del Señor, revelado a ella personalmente, a lo que se añade su handicap físico, le creó muchas dificultades con el obispado de Madrid. Pero estas adversidades no la desanimaron, aunque no la dejaron insensible.

La M. María Luisa fue una mujer humillada, castigada, rechazada, acosada, reprendida, despreciada y abandonada por algunas personas. Por lo que se refiere a su carácter, fue afable, sensible, cariñosa, cercana, acogedora, detallista y, al mismo tiempo, enérgica. Estos rasgos son —a juicio del autor— la clave para entender correctamente su manera de hablar y expresarse por escrito en muchas ocasiones.

El libro es de lectura amena. En él se intercalan muchos pasajes de los escritos de la M. María Luisa. Consigue con una gran sencillez su objetivo de sacar de su escondite a esta mujer ejemplar.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JOSÉ ESPARZA TOLOSA, *Un matrimonio para la historia*, Edicep, Valencia 2004, 196 pp.

El autor de estas páginas llegó a tener noticia por casualidad del matrimonio de Játiva formado por: don Manuel Casesnoves Soler

(1904-1958) y doña Adela Soldevilla Galiana (1906-1988), y quedó cautivado. Estas páginas son el fruto del asombro ante un testimonio de vida matrimonial y cristiana ejemplar. El mismo autor ya había escrito en 1993 una biografía sobre Adela Soldevilla (*Radiografía de un espíritu*, Salamanca), quien había sido, entre otras cosas, Presidenta de la Fraternidad sebatense de Seglares dominicos.

Después de indagar las raíces familiares de ambos personajes, comienza a narrarnos algunos episodios significativos de sus vidas, comenzando por don Manuel y recogiendo numerosos testimonios. Don Manuel aparece aquí como un hombre profundamente humano y cristiano a la vez. Desde su farmacia ejerció una gran labor caritativa con los pobres y enfermos. Ningún pobre se iba de su farmacia sin la medicina que necesitaba aunque no tuviera dinero. Era tan cercano que todo el mundo tenía confianza para pedirle consejo. Es significativo el hecho de que durante su entierro las voces que más sobresalían entre la multitud que acompañaba el féretro proclamaban: *¡Ha muerto el padre de los pobres! ¡Ha muerto el padre de los pobres!* Según algún testimonio aquí recogido, don Manuel era «hombre parco en palabras y grande en hechos» (p. 99).

Tanto don Manuel como su esposa tenían la caridad como norma de sus vidas, pero mientras la caridad de doña Adela era más silenciosa, la de su esposo, ejercida sobre todo en su farmacia, era más llamativa por su trascendencia social. Ambos participaban en diversas actividades eclesiales y sociales, sin descuidar por ello sus deberes familiares y profesionales. La gente de Játiva supo ver en ellos un ejemplo de bondad plena y una vida cristiana fuera de lo común. En este libro se recogen también algunas poesías compuestas por doña Adela que tratan temas religiosos.

Este valioso testimonio constituye, sin duda, un estímulo para los matrimonios cristianos de nuestros días, porque, aunque el contexto social y eclesial hoy sea diferente, el espíritu humano y caritativo con el que debe afrontarse la vida permanece siendo el mismo.—  
*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

JESÚS URTEAGA, *Sí* (Mundo y cristianismo), Palabra, Madrid 2003, 350 pp.

El autor de este libro es miembro del *Opus Dei*, dirige la colección en la que está publicado, fue también fundador y director de la revista Mundo Cristiano, dirigió varios programas de Televisión española y ha escrito libros para adolescentes, jóvenes y padres. El presente libro se dirige tanto a los jóvenes como a los mayores. En él nos cuenta numerosas historias breves de personajes de ayer y de hoy que han sabido responder con generosidad ante diversas alternativas que se presentaban en su vida. Estas historias quieren estimular al lector a optar por una generosidad similar, aceptando los valores humanos

y cristianos esenciales tales como la fidelidad a Dios, a la vida, la fidelidad conyugal, la reciedumbre, el compromiso con las realidades temporales, la dirección espiritual, la meditación,... Entre los sesenta capítulos breves que estructuran el libro, algunos son una exhortación a decir «no» a algunas alternativas deshumanizadoras como el aborto, el drama de la eutanasia, la gigantesca pornografía, la tacañería, la idea de que es la conciencia la que dictamina lo que es bueno o lo que es malo... En las últimas páginas contamos con un índice de materias.

El estilo claro y sencillo del autor facilita una lectura ágil y reposada. En algunos capítulos recurre a la narración imaginativa, por ejemplo para recrear algunas escenas evangélicas que la Escritura cuenta con mayor austeridad de datos. El contenido de los capítulos es, en general, muy sugerente.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *El día que cambié mi vida* (Mundo y cristianismo), Palabra, Madrid 2003, 326 pp.

En este libro podemos encontrar 79 breves meditaciones; algunas surgieron al hilo de pequeños sucesos vividos por el autor a lo largo del año 2003, otras brotaron a raíz de ciertas lecturas que le dejaron huella, y otras nacieron de un rato de oración personal o al preparar un guión para predicar. Fueron puestas por escrito con el objetivo expreso de ayudar a otras personas a dar un rumbo nuevo a sus vidas, encaminándolas hacia Cristo, o para mover a alguno a acelerar el paso para no quedarse rezagado o perdido «entre los escombros del castillo» del que nos habla santa Teresa de Jesús en una de sus obras célebres.

En el prólogo el autor de estas páginas aconseja al lector que no lea o medite estas páginas apresuradamente, sino de forma atenta y sosegada, aplicando a la lectura más la voluntad que el entendimiento, como aconsejaba en otro tiempo san Pedro de Alcántara en su *Tratado de la oración y de la meditación*.

La primera meditación es como el germen que se va desarrollando a lo largo de los capítulos restantes; en ella se alude, en primer lugar, a los momentos estelares en la vida de personajes famosos, como el filósofo francés Blas Pascal, quien el 23 de noviembre de 1654, hacia las diez y media de la noche, cuando estaba sentado contemplando el fuego de la chimenea, se abrazó a la fe y, desde ese momento, cambió su vida. Otro caso similar es el de Paul Claudel y, con anterioridad, el de Pedro, Juan, Pablo,... Evocando esos momentos el autor concluye que también nuestra alma tiene su historia y sus momentos estelares, momentos llenos de sentido, en los que se da un encuentro con el Maestro y en los que cambia nuestra vida. Incluso podemos convertir en momentos estelares los episodios más sencillos de la vida cotidiana.

Los capítulos del libro están bien escritos. En ellos encontramos historias, anécdotas, cuentos, parábolas, reflexiones evocadoras y llenas de vida.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

ARNALDO PANGRAZZI, *La pérdida de un ser querido. Un viaje dentro de la vida* (Salud y vida 7), San Pablo, Madrid 2004, 152 pp.

A. Pangrazzi aborda en este libro un tema fundamental de la experiencia humana como es el de la pérdida de un ser querido. Se trata de una experiencia frecuente en la vida de toda persona, pero, en general, es muy poco tratada, estudiada o discutida. El autor está convencido de que evitando hablar de esta experiencia no se resuelve el problema.

El libro toma como punto de partida la propia experiencia del autor en la animación de los diversos grupos de ayuda mutua, surgidos para ofrecer ayuda y solidaridad a personas golpeadas por una pérdida. Hay una parte científica que recoge las aportaciones de investigaciones llevadas a cabo por especialistas del sector, procedentes en su mayor parte del mundo anglosajón, donde desde hace varias décadas se está llevando a cabo un trabajo de investigación intenso y articulado sobre el luto. El texto va acompañado de una serie de tablas ilustrativas que proporcionan una rápida panorámica de los contenidos.

Todo el libro se estructura en torno a diez capítulos breves que tratan sobre: la variedad de pérdidas (desde el nacimiento hasta la muerte, pasando por la pérdida de la propia cultura, los bienes materiales, los vínculos afectivos, la identidad personal, los bienes humanos y espirituales, la salud y aquello que nunca se ha tenido), la dinámica del duelo, los factores importantes que entran en juego en el luto, las reacciones normales ante la pérdida, las reacciones atípicas ante el duelo, los objetivos del duelo, el duelo de los niños, el vocabulario de la esperanza y de la misericordia, y sobre las relaciones entre la Iglesia y el luto. El libro termina con una breve conclusión y una bibliografía sobre el tema en cuestión.

Entre los consejos prácticos aquí recogidos por el autor para afrontar la situación de duelo podemos destacar los siguientes: tomar conciencia de las dimensiones del duelo para poder acompañar a quien lo sufre con mayor equilibrio y serenidad; no se trata de quitar el dolor ajeno, sino de acompañarlo; hay que evitar las frases hechas y los consejos fáciles; hay que propiciar los desahogos, saber dar espacio al que sufre, pero nunca buscar el papel de protagonista y, sobre todo, escuchar; hay que valorar la presencia, aunque sea silenciosa, porque aun así transmite cercanía; hay que mantener los contactos en el tiempo posterior; se deben cultivar los recuerdos; hay que estimular a la alegría, respetar la diversidad de reacciones y movilizar los recuerdos comunitarios.

El libro no agota la reflexión sobre este tema tan vital, aunque tampoco es su objetivo; pero sí hace que nos intereseamos por esta realidad tan cercana a todo ser humano, y nos ofrece pautas de comportamiento importantes para afrontarlo, ya estemos del lado del que sufre el duelo o del lado de quien lo acompaña.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

BRUNO GIORDANI, *La formación de las consagradas. Indicaciones psicopedagógicas* (Colección Sígueme 8), San Pablo, Madrid 2004, 247 pp.

Como nos dice su autor, se trata de una presentación, en clave psicológica, de los recursos humanos y espirituales presentes en la mujer, y que la capacitan y disponen para establecer relaciones interpersonales animadas por un sentido profundo de humanidad. El conocimiento de estos recursos ayudará a las animadoras de comunidades religiosas y a las formadoras a realizar su papel con competencia.

La estructura del libro se compone de seis capítulos. En el primero y tercero el autor traza el retrato robot de la animadora, analizando los rasgos característicos de la psique y del espíritu femenino, y siguiendo el proceso evolutivo a lo largo de las diversas fases de la vida. En el capítulo segundo recuerda la necesidad de adquirir una preparación específica para la misión de superiora y de formadora. En el capítulo cuarto nos habla de la tarea de la superiora y formadora de promover los recursos propios de la mujer, como acoger a la persona, guardarla, ocuparse de ella, hacerla crecer y educarla. El capítulo quinto presta particular atención a la vida afectivo-emotiva, tan descuidada con frecuencia y mirada con cierta desconfianza en los ambientes religiosos. Finalmente, el último capítulo propone un método para aprender a acoger, comprender y ayudar a la persona en su camino hacia la madurez humana y la perfección espiritual. Este método, nacido en el ámbito terapéutico e impulsado por Carl Rogers (1902-1987), consiste en el coloquio centrado en la persona.

Desde estas perspectivas el autor del libro propone que la formación de la persona consagrada se inspire en las orientaciones de una sana pedagogía que promueva una auténtica libertad en la decisión de una escala de valores correspondiente al ideal de vida al que la joven se siente orientada. Para ello es importante que las formadoras promuevan en las jóvenes un gradual conocimiento de sí mismas, así como el cultivo de la disposición a la entrega de sí y el espíritu de mantener vivo el cuidado de sí mismas insertándolo en su vocación a la maternidad.

Este estudio presenta a la mujer bajo una luz claramente positiva, como guardiana del hombre y reveladora de la humanidad. Se enraíza en una concepción tridimensional de la persona compuesta por el *soma* (cuerpo), la *psique* (mente) y el *pneuma* (espíritu). Esta

concepción abierta de la persona se inspira en la antropología bíblica y en los documentos del Magisterio relacionados con la mujer y la vida consagrada.

En el capítulo tercero alude al tema del sacerdocio de la mujer. Prescindiendo de los motivos teológicos, históricos y pastorales que condujeron al Magisterio a excluir esta posibilidad, B. Giordani considera que esta reivindicación está inspirada en una mentalidad machista que estima que lo que más vale es la acción, la organización y la eficacia externa. Dada la perspectiva psicológica adoptada considera coherente y sabio lo que dice el teólogo ortodoxo P. Evdokimov a este propósito: “La cuestión del sacerdocio femenino encuentra su correcta solución en el plano inequívoco de los carismas [...]. El ministerio de la mujer no está en sus funciones, sino en su *naturaleza*. El ministerio del orden no está comprendido entre sus carismas y representaría por tanto una traición a su ser” (p. 113).

También hace una crítica de la tendencia a igualar los modelos masculinos y femeninos y a proponer a la mujer modelos alienantes y engañosos.

Se trata de un libro que se fundamenta en la larga experiencia del autor en el ámbito de la psicología religiosa femenina y que será de gran ayuda a las responsables de las comunidades y de la formación. A estos méritos hay que añadir la extensa bibliografía que contiene en las páginas finales.—*Manuel Ángel Martínez, O.P.*

# Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

---

## Editorial

### La Inmaculada, camino de perfección

El 8 de diciembre de este año celebramos el 150 aniversario de la proclamación del dogma de la «Inmaculada concepción» de la Virgen María por el papa Pío IX en la Bula *Ineffabilis Deus*. Con esta proclamación se zanjaba una larga discusión entre teólogos que había durado siglos; y se recogía la conciencia intuitiva y mística del pueblo cristiano respecto a la santidad perfecta y original de María en su misma concepción. La fórmula de la definición reza así: «Para honor de la santa e individua Trinidad, para gloria y ornamento de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y aumento de la fe cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Pedro y Pablo y con la nuestra propia, declaramos, pronunciamos y definimos la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María, en el primer instante de su concepción, por gracia y por privilegio singular de Dios omnipotente y en consideración a los méritos de Jesucristo, Salvador del género

1. Le Bienheureux Père M. KOLBE, *L'Immaculée révèle l'Esprit-Saint. Entretiens spirituels inédits*, Traducidos y presentados por J.-F. VILLEPELÉE, Prefacio de H.-M. MANTEAU-NONAMY, Paris-Lourdes 1974, p.8.

2. Id., p. 9.

humano, fue preservada indemne de toda mancha de pecado original».

La definición subraya la exención de pecado original; esta ausencia de pecado está en la raíz de una santidad excepcional que podemos mirar desde distintas perspectivas: desde la presencia en María del Espíritu Santo, desde la armonía entre su voluntad y la voluntad de Dios, desde la inocencia de vida, desde la libertad auténtica,...

Uno de los autores que han incidido de forma original en la presencia en María del Espíritu Santo fue san Maximiliano María Kolbe, quien se llamaba a sí mismo «el caballero de la Inmaculada». En las palabras que María dijo a Bernardette –«yo soy la Inmaculada Concepción»–, el P. Kolbe encuentra la mejor definición del ser y de la misión de la Madre del Salvador. A la pregunta: «¿quién es la Inmaculada Concepción?», responde en un primer momento señalando los límites de toda respuesta: «no es posible dar una respuesta completa, porque eso supera la inteligencia humana...»<sup>1</sup> Pero luego añade: «La palabra *concepción* indica que no es eterna, porque tiene un comienzo; la palabra *inmaculada* indica que desde el comienzo de su existencia no se ha encontrado en ella el menor alejamiento de la voluntad de Dios»<sup>2</sup>.

Por tratarse de una *concepción* creada se distingue de la *Concepción* del Espíritu Santo. La tercera persona de la divina Trinidad es el fruto del Amor del Padre y del Hijo; en este caso se trata de una *Concepción increada, eterna, infinitamente santa e inmaculada*, prototipo de todo amor y de toda vida del universo<sup>3</sup>. A pesar de esta diferencia infinita, hay una gran afinidad entre María y el Espíritu Santo. Al P. Kolbe le parece insuficiente hablar de María como *esposa* del Espíritu Santo. Para definir su relación dice que «se puede afirmar que la Inmaculada es, en cierto sentido, la «encarnación» del Espíritu Santo» porque en María lo que

3. Cf. ID., p. 10.

amamos es el Espíritu Santo que obra en ella, y porque por medio de ella amamos al Hijo. El P. Kolbe sabía muy bien que la tercera persona de la divina Trinidad nunca se encarnó, pero supo captar perfectamente la acción del Espíritu Santo en María. En ninguna otra persona es tan intensa porque en nadie encuentra la disponibilidad y la ausencia de oposición o resistencia que encontró en ella. Es importante subrayar que la acción del Espíritu en María dejó intacta su libertad. Ella fue la persona más libre del mundo porque nunca se es tan libre como cuando se obra por amor.

Mirando a la Inmaculada podemos descubrir la fuerza y el poder humanizador del Espíritu. Este mismo Espíritu se ha hecho más presente que nunca gracias a que Jesús, con su muerte y resurrección, le ha abierto de par en par las puertas de nuestro mundo. Pero aún encuentra numerosas resistencias en todas partes.

Intentando imitar a la Inmaculada, los cristianos tenemos que liberar al Espíritu, dejarle libre para que realice en nosotros su obra humanizadora, ayudándonos así a llevar a cabo nuestros mejores deseos de plenitud, libertad, inocencia y felicidad.

MANUEL ÁNGEL MARTÍNEZ, O.P.

LES ANUNCIAMOS LOS NUEVOS PRECIOS DE LA REVISTA PARA EL AÑO 2005:

ESPAÑA: .....	16 €
EUROPA COMUNITARIA: .....	26 €
OTROS PAÍSES: .....	30 €
Número suelto: .....	4 €

APROVECHAMOS IGUALMENTE LA OCASIÓN PARA AGRADECERLES SUS APORTACIONES, QUE HACEN POSIBLE EL SOSTENIMIENTO Y LA DIFUSIÓN DE NUESTRA REVISTA

# La «llena de gracia» y el dogma de la Inmaculada Concepción

*En virtud de la riqueza de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido preservada de la herencia del pecado original. De esta manera, desde el primer instante de su concepción, es decir, de su existencia, es de Cristo, participa de la gracia salvífica y santificante y de aquel amor que tiene su inicio en el Amado, el Hijo del eterno Padre, que mediante la Encarnación se ha convertido en su propio Hijo (Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, n° 10).*

La expresión bíblica *kejaritomene* empleada por el ángel en su saludo a María de Lc 1, 28, ha sido leída a lo largo de los siglos por la Iglesia como uno de los fundamentos bíblicos del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. El contenido bíblico de esta expresión, cuya traducción tiene sus dificultades y matices, ha adquirido por la lectura del sentir de los fieles a lo largo de la tradición eclesial un significado muy preciso que ha contribuido a legitimar la declaración de María como Inmaculada.

### 1. LA PROCLAMACIÓN DOGMÁTICA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Con esta declaración del dogma de la Inmaculada la Iglesia expresa su conciencia, largo tiempo manifestada, de que María, totalmente poseída por la gracia de Dios, había sido redimida desde su concepción. Este privilegio de María

es una elección singular de Dios Padre en atención a los méritos de su Hijo y conlleva la bendición y gracia divina que permite que la Virgen permanezca pura de todo pecado personal a lo largo de toda su vida. Con esta proclamación dogmática la Iglesia confiesa que María fue inmune al pecado original.

Las palabras del dogma de la Inmaculada Concepción están referidas directamente a la persona de María como también ocurre con el dogma de la Asunción. Mientras que los dogmas sobre la maternidad divina y sobre la virginidad son más directamente cristológicos.

Las palabras de la declaración dogmática no hablan en primer plano de la santidad de la Virgen María, ni de su preservación de la concupiscencia, sino que directamente se explicita la inmunidad respecto al pecado original. Y este privilegio que se describe como singular, tiene como supuesto que María ha sido redimida por Jesucristo.

Esta definición dogmática tenía el presupuesto de que todos los hombres nacen manchados por la culpa del pecado original, mientras que María, por el contrario, fue concebida inmaculada.

En la fórmula empleada por Pío IX se cita explícitamente a Dios Padre y al Hijo, pero no aparece citado el Espíritu Santo, aunque a él se alude cuando se dice: *por singular gracia*<sup>1</sup>. De este modo podemos afirmar que María es Inmaculada en el proyecto salvífico de la Trinidad.

Antes de proclamar el dogma, Pío IX había constituido el 1 de junio de 1848 una comisión de 19 expertos para estudiar el tema y valorar la conveniencia de efectuar una declaración dogmática. Unos meses más tarde, el 6 de diciembre de 1848, creó con el mismo objetivo otra comisión, pero en este caso de cardenales. El 2 de febrero de 1849, el Papa envía a todos los obispos la encíclica *Ubi primum*

1. Cf. B. FORTE, *María, la mujer icono del misterio*, Salamanca 2001, p. 141

solicitando su opinión y la de los laicos sobre la cuestión de la Inmaculada. La mayoría de los obispos se pronunciaron a favor de la declaración. El 12 de abril de 1850 se nombran nuevos miembros para la comisión y se reanudan los estudios que dan a luz diversos esquemas para la Encíclica, hasta que Pío IX interviene insistiendo en el principio de la lectura eclesial de la Escritura y en el sentir de la Iglesia.

## 2. ACERCAMIENTO A LA HISTORIA DE LA EXPRESIÓN HASTA EL DOGMA

En la Sagrada Escritura no aparece la expresión inmaculada ni mucho menos referida a la concepción ni a la persona de María. Esta fórmula o expresión es fruto de la reflexión teológica de la tradición eclesial y del sentir de los fieles. Desde el punto de vista escriturístico la reflexión e interpretación sobre el texto de Lc 1, 28, *llena de gracia*, es la que da origen a todo el tema de la Inmaculada Concepción. También se suelen citar Lc 1, 42 y el texto de Gn 3, 15 como fundamento veterotestamentario de dicho dogma mariano. Pero hay que reconocer que la Escritura en sí misma no habla de la Inmaculada Concepción; es la lectura que la Tradición ha efectuado de estos dos textos lo que constituye el fundamento de esta declaración. Algunos teólogos ponen en relación con este tema otros textos: Si 24, Pr 8 y Ct 4, 7.

Es la fe de la Iglesia y la guía del Espíritu Santo lo que ha conducido a la comprensión de este plan de Dios sobre María. Y este proceso no fue nada fácil, pues estando unos a favor y otros en contra, se ha tratado y dilucidado este tema hasta que por fin el magisterio se pronunció definitivamente. Por eso se puede afirmar que la proclamación del dogma de la Inmaculada es un acontecimiento para la Iglesia, en la que ha intervenido el dinamismo de la fe de los teólogos, el magisterio y, sobre todo, la fe del pueblo de

Dios. Es el Espíritu Santo el que ha guiado a la Iglesia para que llegue a descubrir la plenitud de la verdad contenida en la revelación.

El Protoevangelio de Santiago, evangelio apócrifo del siglo II, afirma el origen santo y prodigioso de María y se inclina por afirmar su concepción virginal. Esta afirmación no fue aceptada por la Iglesia, pero planteó la cuestión de algo prodigioso en la concepción de la Virgen y el hecho de su santidad.

Los Padres antes de Nicea (325) exaltaban la santidad de María, destacando su perfección y la ausencia de pecado en ella, aunque algunos Padres no estaban seguros de la perfecta santidad y descubrían defectos en la Virgen<sup>2</sup>. En general, tratando de reconocer la importancia de la redención de Cristo, nació dentro de la Iglesia la tendencia contraria a la Inmaculada, que afirmaba la universalidad de la salvación, es decir, la necesidad de que la redención afectase también a la Virgen. Y, por tanto, para salvar los efectos de la redención se negaba la posibilidad de que María quedase libre del pecado original. Mas tarde se perfilaron dos posturas diferentes: una a favor de la Inmaculada Concepción, que se conoció con el nombre de «inmaculatista», y otra contraria, denominada «maculatista».

Santo Tomás de Aquino afirmaba en sus escritos la universalidad de la salvación de Cristo, por lo que no admitía el privilegio de la Inmaculada Concepción. Por el contrario, el franciscano Juan Duns Escoto formuló la idea de que la redención que preserva de caer es más perfecta que la libra después de haber caído. Y esta fórmula la aplicó a María asegurando que ella fue redimida de un modo más perfecto.

En 1476 el Papa Sixto IV escribió la Constitución Apostólica *Cum prae excelsa*, en la que aprueba el culto y la celebración de la fiesta de la Inmaculada, que ya se venía celebrando en Palestina desde el siglo VII. La fe popular en

2. J.C.R. GARCÍA DE PAREDES, *Mariología*, Madrid 1995, p. 255.

la Inmaculada Concepción fue creciendo durante la Edad Media y llegó a su plenitud durante el siglo XVII, afectando incluso a las universidades. La primera que decidió defender la Inmaculada Concepción hasta el derramamiento de sangre fue la universidad de Granada; muchas instituciones se comprometieron a seguir su ejemplo. Durante este período la predicación popular franciscana contribuyó decididamente a extender la fe popular en la Inmaculada. En el siglo XVIII el gran defensor de la Inmaculada Concepción fue San Alfonso M<sup>a</sup> de Ligorio.

Uno de los hechos que han provocado el desarrollo del sentir de los fieles sobre la Inmaculada Concepción fue la celebración de la liturgia. Ya desde el siglo VII en Oriente se celebraba la fiesta de la Concepción Inmaculada de María, que pasó a Italia en el siglo IX.

### 3. LA INTERPRETACIÓN TEOLÓGICA ACTUAL DEL DOGMA

El *XIV Simposio Internacional de Mariología* celebrado en el *Marianum* de Roma del 7-10 de octubre de 2003, trató sobre el dogma de la Inmaculada Concepción y los estudios de los últimos 45 años. El título de este Simposio fue: *El dogma de la Inmaculada Concepción de María. Problemas actuales e intentos de recomprensión*.

La Historia de la interpretación de la Inmaculada Concepción desde 1958 ha pasado por diversas etapas y desarrollos:

a) *En la década de 1958-68*: Se ha insistido en estudiar cómo es la naturaleza del privilegio mariano, es decir, en el hecho de la exención del pecado y en la plenitud de gracia.

b) *Durante el período de 1969-87<sup>3</sup>*: Los progresos teológicos en la doctrina del pecado han fomentado el desarrollo

3. Ponemos como término de este período 1987 porque el 25 de marzo de este año el Papa Juan Pablo II publicó su Encíclica *Redemptoris Mater* con la que se proclamaba el año mariano (1987-88).

de los trabajos de armonización de Inmaculada Concepción con las nuevas teorías sobre el pecado original. La necesidad de reinterpretar la doctrina del pecado original ha afectado a la explicación de la realidad de la Inmaculada. Hay quienes desde posturas radicales niegan la existencia del pecado original y aunque éste es uno de los presupuestos de la Bula *Ineffabilis Deus*, aseguran que nada cambiaría a la realidad de que María sea la *llena de gracia* o la *toda santa* desde el primer instante de su existencia y a lo largo de toda su vida. Se suprimirían las visiones negativas desde el pecado y pervivirían los aspectos positivos del don de Dios derramado sobre María.

c) *Desde 1987*: se produce un giro en el estudio de la mariología en general y de la Inmaculada en particular, ahora los estudios se orientan hacia una perspectiva ecuménica y simbólica. El acercamiento a otras Iglesias cristianas ha situado el dogma en un contexto en el que se busca lo que une a las Iglesias, y principalmente lo que es común, esto es, el tema de la santidad de María.

Las dificultades de los protestantes, aunque Lutero pensaba que María estaba exenta del pecado original<sup>4</sup>, nacen de la falta de pruebas escriturísticas. También les cuesta percibir cómo Jesús es salvador si María está colocada fuera del pecado. Los ortodoxos tienen dificultades con la fórmula de la proclamación dogmática y el sentido de algunas de las expresiones por ella utilizadas.

En la sensibilidad teológica actual se perciben una serie de líneas comunes que es preciso tener en cuenta a la hora de explicar el dogma de la Inmaculada Concepción. Se trata de las ideas siguientes:

1. El contexto en el que se debe explicar el dogma de la Inmaculada Concepción es el de la santidad de María. La expresión *llena de gracia* sitúa a María en el contexto de la santidad y exclusión de toda relación con el pecado. En la

4. C. Pozo, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1990, p. 313.

madre de Dios se descubre una santidad perpetua y esto implica que no puede haber en ella ningún pecado, ni tan siquiera los veniales. Hay que insistir en la positivo de María (ella es la agraciada), más que en lo negativo (ella es la preservada). También es muy importante descubrir que en María hay una perfecta armonía entre vida y gracia.

2. La liturgia cristiana entiende y celebra la Inmaculada Concepción como una peculiar intervención de Dios. El Padre no sólo lucha contra la esencia del pecado, sino que también lo hace contra las consecuencias del mal. Hay que resaltar que la Inmaculada Concepción pertenece al designio salvador de Dios, y se debe colocar en relación con la historia del pueblo de Israel, con la Iglesia y con la humanidad. Unido al tema de la Inmaculada Concepción está el del pecado original.

3. El dogma de la Inmaculada Concepción tiene además un sólido fundamento cristológico. No se puede entender a María sino se parte de Cristo. La Inmaculada Concepción es un sí del Padre a Cristo y una obra y gracia del Espíritu Santo a María. Ella es la hija predilecta, la plenamente redimida, la más plenamente perdonada,... y todo ello en atención al Hijo. Su gracia es una gracia crística

La Inmaculada Concepción está referida a la maternidad de la Virgen y se proyecta en la experiencia de la resurrección, en la experiencia redentora de Cristo. En definitiva, hablar de la Inmaculada Concepción es hablar también de la redención de Jesucristo. Podríamos afirmar que María fue libre de todo pecado para poder seguir más fielmente a Cristo en la obra redentora<sup>5</sup>.

5. Vat II, LG n° 56: *Así María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con El y bajo El, con la gracia de Dios omnipotente.*

4. La intervención del Espíritu Santo en la Inmaculada Concepción de María es decisiva. Él la preparó para que pudiese acoger plenamente el plan salvífico del Padre llegando a ser la madre del Hijo de Dios. También él ha sido el encargado de realizar el don diseñado por el Padre.

#### 4. LA ESPIRITUALIDAD QUE DERIVA DE LA INMACULADA

La espiritualidad inmaculatista se plasma en la vida de santa Beatriz de Silva y en el peculiar carisma de las monjas concepcionistas. El conocimiento de esta santa y de la tradición de esta familia religiosa es un testimonio vivo para todos aquellos que quieran vivir una espiritualidad de la Inmaculada.

Las concepcionistas viven su seguimiento a Cristo teniendo a María Inmaculada como madre, maestra y modelo de vida. Para ellas, la Virgen es la mujer totalmente entregada y consagrada a Dios, quien la ha transformado por la gracia en una criatura plenamente liberada del pecado. Ella es la llena de gracia, dócil al Espíritu Santo, que asociada a su Hijo se dedica al servicio del Reino de Dios.

Además de esta escuela de espiritualidad que celebra el misterio de la Inmaculada Concepción, podemos insistir sobre diversos aspectos que son imprescindibles para profesar esta verdad de fe:

##### 1. *María es modelo y esperanza de nueva humanidad*

La Virgen es la nueva criatura, ella es la tierra nueva y el cielo nuevo que nos descubre la dignidad y grandeza del ser humano redimido por Cristo. La Virgen se ha realizado plenamente como persona al romper, por gracia de Dios, con el pecado original, origen de otros muchos males y pecados. Y en ella se nos manifiesta además el misterio de la elección de Dios, de la santidad, de la plenitud de la gracia y de la fidelidad al querer salvífico de Dios.

En la Virgen María mora y vive el Espíritu Santo y ella es el templo de Dios que sirve de modelo y estímulo de aquellos que quieren ser también templos.

El *privilegio* de su Inmaculada Concepción anima a toda la humanidad a seguir peregrinando hacia la meta donde encontraremos la plenitud en Jesucristo resucitado. María es desde el misterio de la Inmaculada Concepción un germen positivo para el mundo de perdón y gracia para el mundo<sup>6</sup> y una semilla de esperanza para la nueva humanidad.

## 2. *Insistencia sobre la santidad y la integridad moral*

La santidad que brilla en María, su preservación del pecado, es también un estímulo para que la humanidad siga luchando contra el mal. El dogma de la Inmaculada Concepción hemos de verlo como una participación en el misterio de Cristo vencedor del pecado, lo mismo que la Asunción es una participación en el triunfo de Cristo resucitado sobre la muerte.

Este tema de la santidad permanente de María, supone la ausencia de todo pecado personal en toda la vida de María y la entrega plena de su persona a la obra de su Hijo. María es la *toda santa*, el modelo de santidad para la iglesia, la criatura que realiza plenamente el plan salvífico de Dios. Lo más importante no sería la ausencia de pecado sino la plenitud de la gracia.

## 5. MARÍA LA «LLENA DE GRACIA»

Aunque ya hemos indicado las dificultades en la Escritura para fundamentar directamente el misterio de la Inmaculada Concepción, muchos son los estudiosos que han

6. X. PIKAZA, *La madre de Jesús. Introducción a la mariología*, Salamanca 1990, p. 371.

visto veladamente en el llamado protoevangelio de Gn 3, 15 y en saludo del ángel a María de Lc 1, 28, las bases de este misterio cristiano. La expresión griega *kejaritomene* es interpretada por algunos estudiosos como un sinónimo de la Inmaculada.

La expresión griega empleada por san Lucas en Lc 1, 28 es traducida por unos como *agraciada*, acentuando la acción divina, y por otros como *amada de Dios* insistiendo en la relación personal entre ella y Dios. Sin embargo, la tradición de la Vulgata, difundida por la liturgia, la ha traducido como *llena de gracia*, que es la interpretación más habitual. Existen otras traducciones que han sido realizadas por muy diversos autores en épocas distintas. Así hay quien prefiere interpretar el término griego como: *graciosa*, exaltando la belleza de María, también como *contemplada*, porque Dios la mira y la transforma en templo del Espíritu Santo<sup>7</sup>.

El verbo del que proviene la fórmula aparece en el NT en Ef 1, 6 y es difícil establecer su significado. Suelen dar al verbo griego un valor causativo, indicando que se produce gracia en el sujeto sobre el que se actúa. Al estar en voz pasiva se insiste en el efecto de la acción de Dios sobre María y al estar en perfecto se habla de una acción pasada pero cuyas consecuencias permanecen aún en el presente. Este último aspecto nos haría pensar que María es *kejaritomene*, es decir, *que ha sido transformada por la gracia* antes de producirse la Anunciación y que la acción salvífica de Dios, por tanto, es anterior al momento del anuncio del ángel.

El vocablo supone una elección de Dios y otorga a María un nombre nuevo que refleja la peculiar vocación y misión que debe llevar adelante la Virgen. Algunos estudiosos han interpretado que esta expresión es la *indicación de la*

7. M. PONCE CUELLAR, *María, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia*, Barcelona 1996, p. 84.

*perfecta santidad de María*<sup>8</sup>. Con ella se asegura que la Virgen ha sido santificada por la gracia de Dios que libera del pecado. Por eso, aunque el texto bíblico no habla directamente de la preservación del pecado desde el primer momento de la existencia de María, sí que sugiere esa preservación y santificación que la tradición percibió. María fue colmada de gracia por Dios en previsión de su maternidad.

La Bula *Ineffabilis Deus* no utiliza Lc 1, 28 como un argumento de Escritura, sino que lee este texto a la luz del contexto de la Tradición. Pío IX quiere hacernos ver, más allá de la letra, el significado continuo de la lectura que la Iglesia hizo de esta expresión evangélica. La Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, se ha visto enriquecida por la riqueza encerrada en estas palabras y que sale a la luz plenamente y se manifiesta en la fe viva de la Iglesia universal.

FR. RAFAEL GONZÁLEZ BLANCO, O.P.  
*Salamanca*

8. I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza*, Madrid 1993, p. 46.

# María y la misión de la Iglesia

Nuestra mirada se dirige en primer lugar a la *Virgen María*, de la que tomó carne humana el Verbo de Dios, colaborando así para que Dios pudiera dar el salto de la eternidad al tiempo. Pero también nuestra mirada se dirige a la *Iglesia*, que tiene ahora la misión de engendrar a Cristo en todos los pueblos de la tierra. Ambas, *María* y la *Iglesia*, forman como una *Madre Misteriosa*, por cuyo concurso es engendrado el *Cristo Total: Cabeza y Miembros*.

## 1. MARÍA MADRE, TIPO DE LA IGLESIA MADRE

María en su maternidad y la maternidad de la Iglesia están íntimamente relacionadas. Ya desde el tiempo de los Santos Padres tal relación fue calificada de tipológica<sup>1</sup>. *María Madre*, tipo de la *Iglesia Madre*, viene a significar que *la maternidad de la Virgen es un trasunto acabado de la maternidad de la Iglesia*<sup>2</sup>.

Explicitando más esta idea hay que señalar, en primer lugar, que *las dos maternidades reposan igualmente en la animación del Espíritu Santo*<sup>3</sup>. En segundo lugar, la relación entre ambas maternidades *es una relación de origen, pues los alumbramientos de la Iglesia están condicionados por el parto de María. Lo nacido de María vino al mundo como Cabeza de la nueva humanidad. Su parto está ordenado a los alumbramientos de la Iglesia como la Cabeza al Cuerpo*<sup>4</sup>. En

1. Cf. *Lumen Gentium*, nn. 63-65.

2. H. LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 1980, p. 253.

3. H. LUBAC, *o.c.*, p. 258.

4. M. SCHMAUS, *La Virgen María*, Madrid 1963, pp. 281-82.

tercer lugar, María y la Iglesia vienen a ser la Madre Misteriosa que engendra al Cristo Total: *El parto de María y los de la Iglesia forman un todo único. Sólo por su concurso nace el Cristo Total*<sup>5</sup>.

Sintetizando, se podría decir que la maternidad de María es como el sacramento de la maternidad de la Iglesia: ambas conciben por el Espíritu Santo, aquélla a la Cabeza y ésta a los Miembros, y juntas, al Cristo Total.

## 2. MARÍA Y LA OBRA DE SU HIJO

María es esclava del Señor en su obra salvífica<sup>6</sup> y ha sido asociada en cuanto Madre del Salvador a la obra de salvación de su Hijo. A lo largo de toda su vida mantuvo esta actitud de sometimiento a Aquél que iba a salvar al pueblo de sus pecados<sup>7</sup>.

A la hora de definir la misión maternal de María y de calificar bien su cooperación a la obra del Hijo es necesario partir de la verdad según la cual Cristo es el único Mediador que ha reconciliado al hombre con Dios<sup>8</sup>.

Jesús no tenía necesidad de ayuda alguna para salvarnos<sup>9</sup>, no obstante, en su benevolencia y condescendencia, tomó de entre los hombres colaboradores que cooperasen a su obra redentora<sup>10</sup>. Y es que aquí donde hay que situar la especial cooperación de María a la obra de la salvación del Hijo<sup>11</sup>. Tal cooperación de María se ha de explicar de tal manera que no pueda *comprometer la suficiencia y la*

5. M. SCHMAUS, *o.c.*, p. 282.

6. Cf. *Lumen Gentium*, n. 60.

7. Cf. Lc 1, 31; Mt 1, 21. Cf. *Lumen Gentium*, nn. 57-58; *Sacrosanctum Concilium*, n. 103; *Presbyterorum Ordinis*, n. 18; *Apostolicam Actuositatem*, n. 4.

8. Cf. 1Tm 2, 5-6; Rm 5, 15-17; Gal 3, 19ss.; Hb 10, 14. Cf. Denz., n. 1347. n. 1513.

9. Cf. S. AMBROSIO, *Epístola* 63 (P. L. 16, 1218).

10. Cf. M. SCHMAUS, *o.c.*, p. 311. Cf. *Lumen Gentium*, n. 62b.

11. Cf. *Lumen Gentium*, n. 62c.

*abundancia de la Redención por Cristo, o su autonomía redentora, o la unicidad fundamental absoluta del Redentor y de su obra redentora*<sup>12</sup>. De aquí que no sea legítimo considerar a María junto con Cristo como un único principio de salvación. María no es una magnitud que se yuxtapone a Cristo.

Hechas estas precisiones conviene señalar que *la Iglesia no vacila en reconocer la función eficaz, aunque subordinada de María. Esto no constituye una provocación sino un testimonio a la verdad*<sup>13</sup>. La verdad está en reconocer que Dios asoció de manera peculiar a María en la obra propia del Hijo y la subordinación en que *María no distribuye, claro está, su propia gracia, sino la gracia de Cristo, pues no hay otra*<sup>14</sup>.

A modo de síntesis cito el texto del Concilio donde se expresa claramente que Cristo es el único Mediador y que María ha sido llamada a cooperar de especial manera en la obra del Hijo: *Uno sólo es nuestro Mediador, según la palabra del Apóstol... Sin embargo, la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye, en modo alguno, esta mediación única de Cristo, antes bien, sirve para demostrar su poder. Pues todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta*<sup>15</sup>.

12. C. DILLENCHNEIDER, *El Misterio de Nuestra Señora y nuestra devoción mariana*, Salamanca 1965, p. 109.

13. G. PHILIPS, *La Iglesia y su Misterio en el Concilio Vaticano II*, Barcelona 1969, p. 339.

14. G. PHILIPS, *o.c.*, p. 331.

15. *Lumen Gentium*, n. 60.

### 3. MARÍA, MADRE DE LOS CREYENTES

La Constitución Dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, en el n. 61, nos presentan a María como *Socia Christi* en unión teologal con el mismo Cristo<sup>16</sup>, cooperado a la restauración de la vida sobrenatural en los hombres.

La maternidad espiritual de María respecto a los creyentes radica en su maternidad divina. El primer alumbramiento está orientado hacia los otros alumbramientos. En el parto de María acontece el alumbramiento espiritual del género humano a la vida nueva. Por eso María, engendrando y dando a luz al Salvador, *naciones lleva en su seno, naciones da a luz*<sup>17</sup>.

La imagen bíblica de la Iglesia como Cuerpo de Cristo es clave para entender la maternidad espiritual de María respecto a los creyentes. En las cartas de la cautividad es un tema central la consideración de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Es en estas cartas donde aparece Jesucristo como Cabeza. Desde este trasfondo afirmará san León Magno: *La generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano. El día del nacimiento de la Cabeza es igualmente el día del nacimiento del Cuerpo*<sup>18</sup>.

En resumen, María como Madre del Redentor había sido destinada a ser Madre universal de los redimidos. Su maternidad que comenzó en el asentimiento fiel de la Anunciación perdura *hasta la consumación perpetua de todos los elegidos*<sup>19</sup>.

16. Cf. R. LAURENTIN, *María, Prototipo e imagen de la Iglesia*, en MS IV/II, Madrid 1975, p. 327.

17. S. PAULINO DE NOLA, *Carmen* 25, 155-183 (C.S.E.L., 30, p. 59).

18. S. LEÓN MAGNO, *Sermo* 26,2 (PL 54, 213 B).

19. *Lumen Gentium*, n. 62a.

#### 4. MARÍA EN LA FUENTE BAPTISMAL

El Bautismo es el sacramento por antonomasia donde la Iglesia ejerce su maternidad<sup>20</sup>. Y allí también está María. El seno de María con el nacimiento de Jesucristo fue abierto para la regeneración de todos los hombres.

Lo que comenzó en María se va continuando y completando en el Sacramento del Bautismo. La Iglesia va sacando del agua a los hijos que ha concebido por obra del Espíritu Santo. Lo que se opera en el cristiano por el Bautismo tiene su modelo original y primera fuente de energía en el seno de María. Se establece un profundo misterio de conexión entre la Encarnación y la gracia baptismal. Predica san León en una homilía de Navidad: *El mismo modo de nacer que adoptó en el seno de la Virgen, lo pasó a la fuente del bautismo. Puso en el agua lo que dio a la madre. Porque la virtud del Altísimo y la operación del Espíritu Santo, que hicieron que María engendrara al Redentor hacen también que el agua de la regeneración cree a los fieles*<sup>21</sup>.

La Iglesia antigua ha descrito el nacimiento baptismal del cristiano como un complemento del nacimiento del Señor en el seno de la Virgen. La liturgia baptismal de la Vigilia Pascual contiene este bello simbolismo ya desde antiguo: *¿Qué hacéis ahí vosotros, distintos por el origen, la edad, el sexo, la condición, pero que pronto seréis uno? ¡Acudid con presteza a la fuente, al dulce seno de la Madre, siempre Virgen! Aquí está la renovación, aquí la resurrección, aquí la vida eterna; aquí la Madre de todos, que nos reúne, que de todas las razas y de todos los pueblos nos junta y desde ahora hace de nosotros un solo cuerpo*<sup>22</sup>. Son palabras emocionadas de un pastor al ver delante de sí a los catecúmenos.

20. Cf. Liturgia baptismal de la Vigilia Pascual.

21. S. LEÓN MAGNO, *Sermo* 25, 5 (PL 54, 211 C).

22. S. ZENÓN DE VERONA, *Tractatus* 33 (PL 2, 479 A).

## 5. MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

Después de todo lo dicho, el título *Mater Ecclesiae* referido a María expresa una riqueza y una profundidad difícilmente agotables. La Iglesia antigua llamaba a María *Madre de las Iglesias*<sup>23</sup>, *Madre de los vivientes*<sup>24</sup>, *Madre de la unidad*<sup>25</sup>. María viene a ser como la engendradora de la Iglesia<sup>26</sup>. El comienzo de la Iglesia hay que situarlo en el *fiat* de María<sup>27</sup>.

El título *Mater Ecclesiae* encierra una afirmación de trascendencia de María con respecto a la Iglesia<sup>28</sup>. La maternidad de María alcanza a toda la realidad que hay en la Iglesia o con respecto a toda la realidad que es la Iglesia<sup>29</sup>, y desde aquí alcanza a los fieles concretos. Con este título ha de ser invocada María por todo el pueblo cristiano, tanto por los fieles como por los pastores, pues de todos ellos es madre. Así fue proclamada María por el Papa Pablo VI<sup>30</sup>.

### CONCLUSIÓN: LA IGLESIA REZA A MARÍA.

#### MARÍA PIDE POR LA IGLESIA

Después de exponer la relación tan estrecha, existente entre María y la Iglesia, quiero señalar en esta conclusión, que tan relación es una relación viva y vivificante, llena de calor y vigor, porque cada día la Iglesia reza a María y, en todo momento, María pide por la Iglesia. En efecto, *la Iglesia se une a María en su plegaria, María asiste a la Iglesia en sus vicisitudes sobre la tierra*<sup>31</sup>.

23. RUPERTO DE DEUTZ, *In Cant*, 4 (PL 168, 896 B).

24. S. EPIFANIO, *Haer.*, 78, 18 (PG 42, 728s).

25. S. AGUSTÍN, *Serm.*, 192, 2 (PL 38, 1012s).

26. Cf. PS. PEDRO DAMIANO, *Serm.*, 63 (PL 144, 861 AB).

27. Cf. Misal romano, Misa votiva de Santa María Virgen, Madre de la Iglesia.

28. C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, p. 62.

29. C. POZO, *o.c.*, p. 61.

30. PABLO VI, *Allocutio* «*Post duos menses*», AAS 56 (1964) 1015.

31. R. LAURENTIN, *o.c.*, p. 320.

### 1. *La oración de la Iglesia a María*

El Pueblo de Dios mientras peregrina hacia la Patria, en la diaria experiencia de su fragilidad y cansancio, no deja de elevar la plegaria y venerar la memoria *en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo*<sup>32</sup>. La Iglesia venera, como a madre amantísima, con afecto de piedad filial a María miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia<sup>33</sup> y la invoca como Abogada y Auxiliadora. María es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial<sup>34</sup>, que ha de tener como notas características el ser trinitario, cristológico y eclesial.

El culto a María, en el horizonte del Misterio Trinitario, ha de resaltar la indisoluble relación de la Madre con el Hijo, de manera que la misma piedad mariana sea instrumento eficaz para llegar al *pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta alcanzar la medida de la plenitud de Cristo*<sup>35</sup>. El culto a María ha de ser eminentemente eclesial, de modo que los ejercicios de piedad, mediante los cuales los fieles expresan su veneración a la Madre del Señor, pongan más claramente de manifiesto el puesto que ella ocupa en la Iglesia<sup>36</sup>, puesto que es el más alto y más próximo a nosotros después de Cristo<sup>37</sup>.

El Papa Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Marialis Cultus* presenta algunas orientaciones –de carácter bíblico, litúrgico, ecuménico, antropológico– a tener en cuenta a la hora de revisar o crear ejercicios y prácticas de piedad, con el fin de hacer más vivo y más sentido el lazo que nos une a la Madre de Cristo y Madre nuestra en la comunión de los Santos<sup>38</sup>.

32. Misal Romano, en la Plegaria Eucarística I.

33. *Lumen Gentium*, n. 53.

34. *Lumen Gentium*, n. 66.

35. Ef 4, 13.

36. *Marialis Cultus*, n. 28.

37. *Lumen Gentium*, n. 54.

38. *Marialis Cultus*, n. 30.

## 2. *María, modelo de la Iglesia, en el ejercicio del culto*

La ejemplaridad tipológica de María respecto de la Iglesia también alcanza al mismo ejercicio del culto eclesial, porque María es *ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra y vive los divinos misterios*<sup>39</sup>; es decir, de aquella disposición interior con la que la Iglesia Esposa invoca a Cristo Esposo y rinde culto al Padre Eterno<sup>40</sup>.

María es la *Virgen oyente*, que en apertura de fe acoge la Palabra de Dios en su corazón. En esta actitud contemplativa se ve reflejada la Iglesia<sup>41</sup>.

María es la *Virgen orante*, que proclama el canto de los tiempos mesiánicos<sup>42</sup>; que pide con delicada súplica por unos jóvenes novios en apuros, obteniendo un efecto de gracia<sup>43</sup>; que ora junto a la Iglesia naciente por la venida del Espíritu<sup>44</sup> y que, asunta en el cielo, no abandona su misión de intercesión por la Iglesia<sup>45</sup>. La Santa Madre Iglesia es también *Virgen orante*, pidiendo cada día por las necesidades de sus hijos; alabando incesantemente al Señor e intercediendo por la salvación del mundo<sup>46</sup>.

María es la *Virgen Madre*, que *por su fe y obediencia engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, sin contacto con hombre, sino cubierta por la sombra del Espíritu Santo*<sup>47</sup>. Esta prodigiosa maternidad virginal de María la imita y la prolonga la Iglesia en el ejercicio del culto en el cual se convierte ella misma en Madre<sup>48</sup>.

39. *Marialis Cultus*, n. 16.

40. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

41. Cf. *Marialis Cultus*, n. 17.

42. Cf. Lc 1, 46-55.

43. Cf. Jn 2, 1-12.

44. Hch 1, 14.

45. Cf. *Lumen Gentium*, n. 62.

46. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 83.

47. Cf. *Lumen Gentium*, n. 63.

48. *Ibid.*, n. 64.

María es la *Virgen oferente*, que presenta a Jesús en el Templo como *Luz de las Naciones*<sup>49</sup> y en el sacrificio de su Hijo se ofrece a sí misma<sup>50</sup>. María es también en este aspecto luz ejemplar para la Iglesia que cada día ofrece al Padre el Memorial eucarístico del sacrificio de la cruz<sup>51</sup>.

### 3. *La oración de María por la Iglesia*

María ha llegado a su destino y mientras tanto Satanás sigue guerreando contra *los demás de su descendencia*<sup>52</sup>. Pero la Iglesia sabe que cuenta, en este peregrinar en lucha, con la oración de María que asunta a los cielos, con su múltiple intercesión, continúa cuidando de los hermanos de su Hijo.

La Palabra de Dios, ya en el Viejo como en el Nuevo Testamento, está llena de ejemplos de oraciones de intercesión<sup>53</sup>, que en modo alguno son extrañas al espíritu evangélico. María, intercediendo por la Iglesia peregrina, *concreta y personifica en sí misma ante su Hijo a toda la Iglesia orante*<sup>54</sup>. La intercesión de María en el cielo por la Iglesia se ha de explicar *sin que comprometa en lo más mínimo la supremacía de la intercesión de Cristo*<sup>55</sup>.

Cristo es el mediador perfecto y autónomo de la Redención y es también el mediador perfecto y autónomo de la intercesión<sup>56</sup>. Cristo asume la intercesión de la humanidad salvada y en especial la de María. La oración de María

49. Cf. Lc 2, 22-35.

50. Cf. Jn 19, 15.

51. Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 47.

52. H. RAHNER, *María y la Iglesia*, Bilbao 1958, p. 163.

53. Cf. Gn 18, 16-33; 1S 12, 18 y 23; Nm 21, 7-9; Dt 9, 13-29; Jdt 8, 28-31; Jr 29, 1-17; Rm 15, 30; Ef 6, 18-19; Col 4, 3; 2Ts 3, 1; 1Tm 2, 1-3; Flp 1, 19.

54. C. DILLENSCHNEIDER, *o.c.*, p. 210.

55. C. DILLENSCHNEIDER, *o.c.*, p. 217.

56. Cf. Hb 7, 25; 9, 24; Rm 8, 34; 1Jn 2, 1-2.

en el cielo es un caso mayor y único de la comunión de los santos en acción<sup>57</sup>.

Los cristianos, experimentando el amor maternal de María que *se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la Patria bienaventurada*<sup>58</sup>; no dejan de pedir en oración la intercesión de María: *Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita*<sup>59</sup>.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM  
Salamanca

57. Cf. C. DILLENSCHNEIDER, *o.c.*, p. 220.

58. *Lumen Gentium*, n. 62.

59. Antífona «*Sub tuum praesidium*».

# Actitudes cristianas para el Adviento

## Análisis de los textos patrísticos del Oficio de Lectura

La liturgia del Adviento es paradójica. Durante cuatro semanas nos centramos en preparar la venida del Señor. El Señor vino al mundo por su nacimiento en Belén, al fin de los tiempos volverá. Pero nosotros, que no estamos ya en tiempo de Cristo y tampoco todavía en el fin de los tiempos, ¿qué sentido daremos en este Adviento, por ejemplo, a la expresión «preparad el camino del Señor»? ¿Con qué actitudes prepararemos ese camino?

Y, desde esto, ¿podemos hablar de unas actitudes cristianas para el Adviento? Si pensamos brevemente en si existen unas actitudes para el tiempo de Cuaresma, nos encontramos con que sí. Rápidamente nos vienen a la mente, al menos, la conversión y la oración, la penitencia y las obras de caridad. Pensando un poco más, sacaremos algunas otras. Pero, ¿existen esas disposiciones para el Adviento? La primera respuesta que damos es que el Adviento es tiempo de espera y que, por lo tanto, la esperanza es una actitud fundamental en este tiempo. Es cierto, pero ¿hay alguna otra? Difícilmente seríamos capaces de sacar más.

A lo largo de este breve estudio veremos cómo los Padres nos proponen unas actitudes que, sean o no propias del Adviento, debemos tener, o al menos conocer. Porque, según estos textos, sí existen una serie de actitudes para el Adviento, igual que las hay para la Cuaresma.

El campo de nuestro estudio es el tiempo de Adviento, es decir, desde su inicio en el domingo I hasta el día 24 de diciembre. Los textos que hemos encontrado están clasifi-

cados en dos grandes grupos: actitudes hacia Dios y actitudes interiores del cristiano. A su vez, cada uno de estos grupos está subdividido en tres apartados. Para las actitudes hacia Dios: deseo (ansia) de Dios, acogida-escucha y esperanza en Dios. Para las actitudes interiores: humildad, oración y predicación del evangelio.

El método que seguiremos en la presentación de estas actitudes será el siguiente: primero conoceremos los textos y, en base a ellos, en un segundo momento, haremos una reflexión.

## 1. ACTITUDES HACIA DIOS<sup>1</sup>

### 1. *Deseo (ansia) de Dios*

1<sup>2</sup>. Del libro *Proslogion* de san Anselmo, obispo: «Entonces, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu rostro? ¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás? ¿Cuándo llenarás de tu luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo volverás a nosotros?

Míranos, Señor; escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Manifiéstanos de nuevo tu presencia para que todo nos vaya bien [...].

Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca; porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré» (Viernes I, § 6, 7 y 8<sup>3</sup>).

1. Algunos de los textos podrían entrar también en alguna otra categoría, pero ha parecido mejor dejarlos solamente en una para no complicar demasiado el desarrollo del estudio.

2. Estos números al inicio de cada uno de los textos servirán para identificarlos en la reflexión que se realiza posteriormente.

3. Citamos por la edición oficial en castellano.

2. De los sermones de san Pedro Crisólogo, obispo: «La exigencia del amor no atiende a lo que va a ser, o a lo que debe o puede ser. El amor ignora el juicio, carece de razón, no conoce la medida. El amor no se aquieta ante lo imposible, no se remedia con la dificultad.

El amor es capaz de matar al amante si no puede alcanzar lo deseado; va a donde se siente arrastrado, no a donde debe ir.

El amor engendra el deseo, se crece con el ardor y, por el ardor, tiende a lo inalcanzable. ¿Y qué más?

El amor no puede quedarse sin ver lo que ama: por eso los santos tuvieron en poco todos sus padecimientos, si no iban a poder ver a Dios» (Jueves II, § 7, 8, 9 y 10).

3. Del tratado de Guillermo, abad del monasterio de San Teodorico, sobre la contemplación de Dios: «Así es, desde luego. Tú nos amaste primero para que nosotros te amáramos. No es que tengas necesidad de ser amado por nosotros; pero nos habías hecho para algo que no podíamos ser sin amarte» (Lunes III, § 5).

### *Reflexión en torno a los textos:*

Para expresar el *deseo de Dios* pocos textos son tan fuertes y bellos como el de San Anselmo, es más, en este tiempo es el que expresa con mayor intensidad ese deseo (ansia) de Dios. Podría ser leído en cualquier momento del año litúrgico, puesto que es una oración a Dios pidiendo su ayuda y su presencia, pero en el tiempo de Adviento cobra una especial relevancia.

Comentando brevemente la parte estilística, podemos señalar que la mayor fuerza le viene dada por la formulación de preguntas y por la repetición de vocablos como *hasta cuándo y cuándo*. Además, los imperativos ayudan a acrecentar esa fuerza: *míranos, escúchanos, ilumínanos, muéstrate*,... Junto a esto, el paso de la primera persona del plural, en el párrafo 8, a la primera del singular en el 9.

Tenemos, por último el juego de tiempos verbales (gerundio y futuro) y la repetición de verbos en estos dos tiempos con la que termina el texto: *Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré.*

Estos párrafos vienen a ser un grito (sería el mejor calificativo) a Dios para que se haga presente. Pero el autor no es ingenuo: sabe que la mejor forma de encontrar a Dios es buscarle. Y para comenzar esa búsqueda, se pone en sus manos: *no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas.*

La respuesta de Dios a estos requerimientos por parte del hombre la encontramos en el *hoy (hodie)*, palabra muy usada en el tiempo de Navidad. En cada celebración litúrgica entran en juego el presente, el pasado y el futuro, el ayer, el hoy y el mañana. La liturgia repite muchas veces «es hoy». Este *hoy* recapitula en un lugar y en un tiempo determinados el misterio de la salvación. No es el *hoy* efímero del tiempo que pasa, es el *hoy* fecundo del tiempo que se convierte en eternidad. Por eso, hemos de afirmar que la liturgia es siempre y contemporáneamente:

\* *memoria* de los acontecimientos de la historia de la salvación para vivirlos en toda su intensidad. Hace re-vivir.

\* *actualidad* ya que no hace solo revivir el pasado, no sólo es recuerdo, es actualización; celebramos la venida constante de Dios.

\* *promesa*: en tanto que vivido desde la fe, el hoy de la liturgia, al tiempo que nos nutre espiritualmente, reactiva nuestra insatisfacción, nuestros deseos, nuestra espera<sup>4</sup>. La esperanza proclama que nuestra historia no está condenada al fracaso.

El fragmento de Pedro Crisólogo (2) nuevamente nos llama la atención (de manera mucho más pausada, no con tanta urgencia) sobre la necesidad de amar a Dios para

4. F. FAVREAU, *La pastorale liturgica*, en J. GÉLINEAU (dir.), *Assemblée Santa. Manuale di liturgia pastorale*, EDB, Bologna, 1991, p. 23.

desearlo (*el amor engendra el deseo*). Cuando se ama verdadera y profundamente a Dios se olvida todo lo demás (*el amor ignora el juicio, carece de razón, no conoce la medida*). Unido a esto, podemos citar un texto que, a pesar de estar dedicado a Cristo crucificado, expresa, en su primera parte esta misma idea:

No me mueve, mi Dios, para quererte,  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido,  
para dejar por eso de ofenderte<sup>5</sup>.

Es decir, que se ha de amar a Dios no por miedo a un juicio en el que la sentencia puede ser condenatoria, eso no es verdadero amor, el verdadero amor es el que se da sin esperar nada a cambio: *amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande* (Lc 6, 35). Es decir, el amor verdadero es el que da sin que le den. En este caso, el autor propone el amor como medio para llegar a Dios: *amando te hallaré*, pero sólo esto sería buscar el amor con recompensa. Por eso hay una segunda parte: *hallándote te amaré*. Esto significa que, cuando hayamos encontrado a Dios, continuaremos amándole, le amaremos aun cuando ya no exista peligro de condenación, cuando no exista ni necesitemos recompensa.

Junto a esto, tenemos algunos textos que nos ayudarán a entender mejor: *quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mi y por el evangelio la salvará* (Mc 8, 35). San Pablo pone el amor como condición de sentido de la propia vida: *Si no tengo amor soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve. El amor es paciente, afable; no tiene*

5. Es el himno de la Hora intermedia para la Semana Santa.

*envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca* (cf. 1Cor 13, 1-8).

Sin amor, aunque uno dé su vida, no sirve de nada. Jesús le dice a la pecadora que *quedan perdonados sus muchos pecados porque ha mostrado mucho amor* (Lc 7, 47). Amor aquí como condición del perdón.

Guillermo, abad, (3) pone el colofón a esta reflexión: *no es que tengas necesidad de ser amado por nosotros; pero nos habías hecho para algo que no podíamos ser sin amarte*. Es decir, que el hombre sólo se realiza plenamente amando a Dios, sólo es hombre en la medida en que ama a Dios. Y en el Nuevo Testamento, como antes señalábamos, este amor a Dios está unido siempre al amor al prójimo y al amar a Dios en el prójimo (Lc 10, 27).

De todo lo anterior podemos concluir que el *deseo* de Dios, o mejor dicho el *ansia*, pasa por una característica fundamental: el amor. Sin amor no puede haber deseo y viceversa.

Por supuesto, el deseo es algo fundamental en este tiempo. Sin él no se puede celebrar realmente la Navidad. Pero el deseo ha de ser sugerido, ha de nacer del amor. Aunque no aparece en primer término, de esto se puede seguir que es necesario el amor al prójimo, e incluso más, al enemigo (Mt 5, 44-45). Todo esto es lo que implica ese deseo o ansia de Dios.

## 2. Acogida-escucha de Dios

4. De las cartas pastorales de san Carlos Borromeo, obispo: «El tiempo... que la Iglesia celebra solemnemente y que también nosotros debemos vivir en todo momento con fervor, alabando y dando gracias al Padre eterno por la misericordia que en este misterio se nos ha manifestado [...].

La Iglesia desea vivamente hacernos comprender que así como Cristo vino una vez al mundo en la carne, de la misma manera está dispuesto a volver en cualquier momento, para habitar espiritualmente en nuestra alma con la abundancia de sus gracias, si nosotros, por nuestra parte, quitamos todo obstáculo» (Lunes I, § 1 y 3).

5. De los sermones de san Gregorio Nacianceno, obispo: «Y así, siendo Dios, nació con la naturaleza humana que había asumido, y unió en su persona dos cosas entre sí contrarias, a saber, la carne y el espíritu, de las cuales una confirió la divinidad, otra la recibió» (Martes I, § 1).

6. De los sermones de san Bernardo, abad: «Así es como has de cumplir la palabra de Dios, porque son dichosos los que la cumplen. Es como si la palabra de Dios tuviera que pasar a las entrañas de tu alma, a tus afectos y a tu conducta. Haz del bien tu comida, y tu alma disfrutará con este alimento sustancioso. Y no te olvides de comer tu pan, no sea que tu corazón se vuelva árido: por el contrario, que tu alma rebose completamente satisfecha» (Miércoles I, § 4).

7. De los sermones del beato Isaac, abad del monasterio de Stella: «En el tabernáculo del vientre de María habitó Cristo durante nueve meses; hasta el fin del mundo, vivirá en el tabernáculo de la fe de la Iglesia; y, por los siglos de los siglos, morará en el conocimiento y en el amor del alma fiel» (Sábado II, § 8).

8. Del tratado de san Ireneo, obispo, contra las herejías: «Los profetas pues, anunciaban por anticipado que Dios sería visto por los hombres, conforme a lo que dice también el Señor: Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Miércoles III, § 4).

9. Del tratado de san Hipólito, presbítero, contra la herejía de Noeto: «Hay un único Dios, hermanos, que sólo puede ser conocido a través de las Escrituras santas. Por ello debemos esforzarnos por penetrar en todas las cosas que nos anuncian las divinas Escrituras y procurar profundizar en lo que nos enseñan. Debemos conocer al Padre

como él desea ser conocido, debemos glorificar al Hijo como el Padre desea que lo glorifiquemos, debemos recibir al Espíritu Santo como el Padre desea dárnoslo. En todo debemos proceder no según nuestro arbitrio ni según nuestros propios sentimientos ni haciendo violencia a los deseos de Dios sino según los caminos que el mismo Señor nos ha dado a conocer en las santas Escrituras» (23 de diciembre, § 1).

*Reflexión en torno a los textos:*

Con respecto a la *acogida y escucha de Dios*, san Carlos Borromeo (4) da en el clavo en la lectura: en cualquier momento puede venir Cristo para habitar espiritualmente en nuestra alma, pero solamente si nosotros, *por nuestra parte, quitamos todo obstáculo*. Es decir, hay necesidad del *buscando te desearé*, que decía san Anselmo, para el *habitar espiritualmente en nuestra alma* de san Carlos.

San Gregorio Nacianceno (5) profundiza en el tema y nos da la conclusión: *unió en su persona dos cosas entre sí contrarias, a saber, la carne y el espíritu, de las cuales una confirió la divinidad, otra la recibió*. La conclusión de esta acogida de Dios es nuestra propia divinización. Ese es el fruto del Adviento: Dios se hace hombre, y habita entre nosotros para que nosotros podamos habitar con él. Es un profundo cambio que lleva consigo una transformación del hombre a partir de su nacimiento a la vida de Dios.

El beato Isaac (7) afirma que todo cristiano acoge, tiene en sí a Cristo: *por los siglos de los siglos, morará en el conocimiento y en el amor del alma fiel*.

San Ireneo (8) habla del *ver a Dios*, pero pone como característica fundamental de esto el *corazón limpio* ya que son *dichosos porque ellos verán a Dios*. Es decir, la característica para celebrar el Adviento de modo que se llegue verdaderamente a la fiesta de la Navidad es tener el corazón limpio. Sobre el significado de esto, estaría relacionado con

Mc 7, 15 (*lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre*), con Lc 6, 47-48 (*todo el que venga a mí y oiga mis palabras y las ponga en práctica os voy a mostrar a quien es semejante: Es semejante a un hombre que al edificar una casa cavó profundamente y puso los cimientos sobre roca...*) y con Mt 7, 21 (*no todo el que me diga Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial*). De todo esto podemos deducir que acoger a Dios hecho hombre pasa por seguir su palabra y cumplirla.

San Hipólito (9) incide aún más en el acoger la Palabra y cumplirla, porque nos habla de que para conocer a Dios sólo hay un modo: *a través de las Escrituras santas*. Por eso, la acogida de Dios pasa por *penetrar en todas las cosas que nos anuncian las divinas Escrituras y procurar profundizar en lo que nos enseñan*. Es decir, por un conocimiento profundo de la Biblia, porque Jesús es el final de la Antigua Alianza y el inicio de la Nueva. Por eso, tras este conocimiento, hemos de actuar como Dios quiere y no como nosotros deseamos.

Como conclusión del tema de la acogida de Dios, tema fundamental del Adviento, en cuanto preparación a la Navidad podemos señalar lo siguiente:

- Disponibilidad para la acogida por parte del hombre.
- Conclusión o consecuencia de esto es la divinización del hombre.
- Necesidad del *corazón limpio* con todas las implicaciones que de esto se siguen.
- Para una verdadera y profunda acogida hemos de conocer la experiencia del pueblo de Israel en la espera del Salvador.

Todo esto es lo que implica la acogida de Dios, que son disposiciones interiores y exteriores. Sólo así nos habremos preparado realmente para acoger a Dios hecho hombre.

### 3. *Esperanza (espera) de y en Dios*

10. De las catequesis de san Cirilo de Jerusalén, obispo: «No pensamos, pues, tan sólo en la venida pasada; esperamos también la futura» (Domingo I, § 4).

11. Del comentario de san Efrén, diácono, sobre el *Diatésaron*: «Quiso ocultarnos esto para que permanezcamos en vela y para que cada uno de nosotros pueda pensar que ese acontecimiento se producirá durante su vida. Si el tiempo de su venida hubiera sido revelado, vano sería su advenimiento, y las naciones y siglos en que se producirá ya no lo desearían. Ha dicho muy claramente que vendrá, pero sin precisar en qué momento. Así todas las épocas lo esperan ardientemente [...] y todavía: *No os acobardéis*. Por todo ello, nosotros, *encargados de este ministerio, no nos acobardamos*» (Jueves I, § 1 y 4).

12. Del tratado de san Cipriano, obispo y mártir, sobre los bienes de la paciencia: «Hemos de tener paciencia, perseverar, hermanos queridos, para que, después de haber sido admitidos a la esperanza de la verdad y de la libertad, podamos alcanzar la verdad y la libertad mismas. Porque el que seamos cristianos es por la fe y la esperanza; pero es necesaria la paciencia para que esta fe y esta esperanza lleguen a dar su fruto.

Pues no vamos en pos de una gloria presente; buscamos la futura conforme a la advertencia del apóstol Pablo cuando dice: En esperanza fuimos salvados. Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Cómo seguirá esperando uno aquello que se ve? Cuando esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia. Así pues, la esperanza y la paciencia nos son necesarias para completar en nosotros lo que hemos empezado a ser, y para conseguir, por concesión de Dios, lo que creemos y esperamos» (Sábado I, § 2 y 3).

13. De los comentarios de san Agustín, obispo, sobre los salmos: «Poco hubiera sido para Dios haber hecho a su Hijo

manifestador del camino. Por eso, le hizo camino, para que, bajo su guía, pudieras caminar por él» (Miércoles II, § 7).

*Reflexión en torno a los textos:*

Es importante señalar tres características que deben acompañar toda esperanza: la confianza, la paciencia y la fidelidad (está expresado, sobre todo, en la oración colecta del sábado de la semana I). Esta esperanza se funda en esas características, y lo que se aguarda es el cumplimiento de la promesa del Señor, que vendrá. Hemos de seguir las enseñanzas de Cristo y ponerlas en práctica como mejor modo de «cultivar» y acrecentar nuestra esperanza. La espera confiada se refiere a la fe, a la seguridad que nos da la fe en la venida futura de Cristo. Por eso hay que preparar el camino. La espera paciente es condición para la confianza y consecuencia de la fe. La seguridad de esto nos hace trabajar por el Reino sin preocuparnos si esa venida de Cristo al final de los tiempos será hoy o mañana. La esperanza fiel es condición de lo dicho hasta ahora.

El tema de la esperanza en el Adviento nos pone en relación con la esperanza de los cristianos de todos los tiempos. Lo expresa muy bien san Efrén (11): *Si el tiempo de su venida hubiera sido revelado, vano sería su advenimiento, y las naciones y siglos en que se producirá ya no lo desearían. Ha dicho muy claramente que vendrá, pero sin precisar en qué momento. Así todas las épocas lo esperan ardientemente.* Esperamos porque no sabemos ni el día ni la hora, ya que si lo supiéramos, no habría lugar para la esperanza. Eso es lo que nos une a la esperanza de los cristianos de todos los tiempos, ya que si en algún tiempo se supiese «el día y la hora», la esperanza se terminaría.

San Cipriano (12) señala que sin paciencia no existen ni fe ni esperanza. Esto surge del mismo sentido común: el que no tiene paciencia no espera nada, no puede porque esperar va unido a hacerlo con paciencia, de otro modo

llega la desesperación. En relación con esto, está el tema de la fe, que aparece veladamente en otros textos y que se da por supuesto en todos: también es algo de sentido común, puesto que el que no cree no puede esperar, porque no tiene nada que esperar. El mismo texto, más adelante, vuelve al mismo tema de san Efrén (11): *una esperanza que se ve ya no es esperanza*; y podríamos añadir que *una fe que se ve ya no es fe*.

San Agustín (13) cierra este ciclo de referencias a la esperanza con un texto muy bello: poco hubiera sido para Dios que su Hijo nos hubiera mostrado el camino, por eso *le hizo camino, para que, bajo su guía, pudieras caminar por él*. Es decir, se ha hecho camino para que caminemos por él bajo su guía. Este es el fruto de la esperanza.

De todo lo dicho podemos concluir lo siguiente:

- La espera se ha de realizar con confianza, paciencia y fidelidad. Estos son los rasgos de la esperanza. Los tres son muy importantes y los tres aparecen desarrollados en varios textos a lo largo del Adviento.

- Esperamos porque no sabemos ni el día ni la hora.

- La esperanza está unida y basada en la paciencia.

- Importancia del tema de la fe, como base del tema de la esperanza y como condición: sin fe no se espera nada.

- Dios se ha hecho camino: por eso podemos caminar esperanzados por él.

## 2. ACTITUDES INTERIORES

### 1. *Humildad*

14. De los sermones de san Agustín, obispo: «¿Qué quiere decir: *Allanad el camino*, sino: *Suplicad debidamente*? ¿Qué significa: *Allanad el camino*, sino *Pensad con humildad*? Aprended del mismo Juan un ejemplo de humildad. Le tienen por el Mesías y niega serlo; no se le ocurre emplear el error ajeno en beneficio propio» (Domingo III, § 9).

15. De la *Imitación de Cristo*: «Cuando un hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca a los otros y sin dificultad satisface a los que lo odian. Dios defiende y libra al humilde; al humilde ama y consuela; al hombre humilde se inclina; al humilde concede gracia, y después de su abatimiento lo levanta a gran honra.

Al humilde descubre sus secretos y lo atrae dulcemente a sí y lo convida.

El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque está en Dios y no en el mundo.

No pienses haber aprovechado algo si no te estimas por el más inferior a todos» (Martes III, §-8, 9, 10 y 11).

16. Del tratado de san Ireneo, obispo, contra las herejías: «Si el hombre acoge sin vanidad ni jactancia la verdadera gloria procedente de cuanto ha sido creado y de quien lo creó, que no es otro que el poderosísimo Dios que hace que todo exista, y si permanece en el amor, en la sumisión y en la acción de gracias a Dios, recibirá de él aún más gloria, así como un acrecentamiento de su propio ser, hasta hacerse semejante a aquel que murió por él...

Porque hemos de salvarnos, no por nosotros mismos, sino con la ayuda de Dios» (19 de diciembre, § 3 y 6).

17. De la exposición de san Beda el Venerable, presbítero, sobre el evangelio de san Lucas: «Porque quien rechaza la humillación tampoco puede acoger la salvación» (22 de diciembre, § 7).

### *Reflexión en torno a los textos:*

La humildad implica un cambio de vida, como dice la lectura de la Eucaristía: pasar de la *soberbia a esperar en el nombre del Señor*<sup>6</sup>. Podríamos calificar a esto como conversión, aunque esta palabra no se usa, al menos explícitamente en el Adviento. Este cambio de vida significa orien-

6. Primera lectura de la Eucaristía del Martes de la semana III.

tarse hacia los caminos del Señor viviendo la gracia. Esto expresa que solamente se puede acoger a Dios hecho hombre cuando se da muerte a los egoísmos, a la soberbia, al no compartir, y se deja paso a la vida en Cristo, hombre nuevo.

El texto de la *Imitación de Cristo* (15) hace una completa y profunda descripción de cómo actúa la persona humilde; es decir, es un modo de que, al escuchar o leer el texto, cada uno haga un examen personal de actitudes comparándose con el modelo que da el texto: el que es humilde hace esto o lo otro. Con este modo de presentarlo y con el lugar en el que está (Adviento), el autor y los que lo eligieron elevan con este texto la humildad a algo propio del Adviento. Quizá sea algo exagerado llegar a esa conclusión desde un simple texto, pero para justificarla tenemos algunos otros.

Por ejemplo, San Agustín (14) define la expresión *allanad el camino*, actitud característica por excelencia del Adviento, como *suplicad debidamente y pensad con humildad*; y a esto une a Juan Bautista, presentándolo como *ejemplo de humildad*.

La humildad, como san Ireneo (16) expresa en el texto, implica un reconocimiento de las limitaciones del hombre y un ponerse en las manos de Dios, porque *hemos de salvarnos, no por nosotros mismos, sino con la ayuda de Dios*. Además coloca la «humildad» (él no escribe nunca en este texto la palabra *humildad* o *humilde*, pero en el contexto del texto se invita a pensar en esta apertura del hombre a Dios como expresión de un cierto sentimiento de humildad, de sentirse pequeño ante el misterio) como condición para recibir de él *aún más gloria, así como un acrecentamiento de su propio ser, hasta hacerse semejante a aquel que murió por él*.

Hemos de tener en cuenta, para ver el cuadro completo del tema de la humildad, el texto de san Beda (17): *porque quien rechaza la humillación tampoco puede acoger la salvación*. Esta frase recuerda el Magnificat de María: *porque ha mirado la humillación de su sierva* (Lc 1, 48). No sólo

eso, hemos de tener en cuenta lo que Jesús dice en el evangelio: *el que quiera llegar a ser grande entre vosotros sea vuestro servidor* (Mc 11, 43).

De todo esto podemos concluir que la humildad, en este tiempo de Adviento es presentada como condición indispensable para acoger al Salvador. Es decir, el hacerse pobre, pequeño, como único medio de acoger y encontrar a Dios hecho hombre. Sobre todo, lo explicita mucho el texto de la *Imitación de Cristo* (15), que en el contexto del Adviento puede ser interpretado de este modo.

## 2. Oración

18. De las cartas pastorales de san Carlos Borromeo, obispo: «La Iglesia celebra cada año el misterio de este amor tan grande hacia nosotros, exhortándonos a tenerlo siempre presente» (Lunes I, § 2).

19. Del libro *Proslógion* de san Anselmo, obispo: «Ea, hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales; entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta de ti tus inquietudes trabajosas. Dedícate algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma; excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle» (Viernes I, § 1).

20. Del tratado de san Juan de la Cruz, presbítero, *Subida al monte Carmelo*: «Porque le podría responder Dios de esta manera: Si te tengo ya hablado todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra cosa que te pueda revelar o responder que sea más que eso, pon los ojos sólo en él; porque en él te lo tengo puesto todo y dicho y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas» (Lunes II, § 5).

21. De los comentarios de san Agustín, obispo, sobre los salmos: «Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo,

continua también es la oración. No en vano dijo el Apóstol: *Orad sin cesar*. ¿Acaso sin cesar nos arrodillamos, nos prosternamos, elevamos nuestras manos, para que pueda afirmar *Orad sin cesar*? Si decimos que solo podemos orar así, creo que es imposible orar sin cesar. Pero existe otra oración interior y continua, que es el deseo. Cualquier cosa que hagas, si deseas aquel reposo sabático, no interrumpes la oración. Si no quieres dejar de orar no interrumpas el deseo» (Viernes III, § 3).

*Reflexión en torno a los textos:*

La oración, en este tiempo de Adviento, es puesta en relación con el vigilar (*estad en vela orando en todo tiempo*, Lc 21, 36). En el oficio divino en este tiempo a menudo aparece el binomio *velad y orad*. Sobre todo, por lo que puede entenderse, se pone en relación con la segunda venida de Cristo ya que *no sabéis ni el día ni la hora* (Mt 24, 36). Esto llama a la perseverancia (Lc 21, 19) como medio de salvación. Esta afirmación estaría en relación directa con el texto de san Carlos Borromeo (18): *La Iglesia celebra cada año el misterio de este amor tan grande hacia nosotros, exhortándonos a tenerlo siempre presente*. Es decir, se nos invita a tener siempre presente en nosotros el misterio de este amor tan grande de Dios hacia el hombre. Esa es la razón por la que hemos incluido este texto en este punto: porque la expresión *siempre presente* como una forma de oración, quizá influenciado por san Agustín (21) ya que *si el deseo es continuo, continua también es la oración*.

Tenemos un nuevo texto del *Prologion* de san Anselmo (19). Parece una reflexión basada en Mt 6, 5-6, pero sin la comparación que hace Jesús. Pero, aunque sea esa la fuente, el motivo por el que san Anselmo invita a esto es diferente, y responde a una nueva forma de espiritualidad más intimista y de relación más personal con Dios (esta relación, a la que había invitado Jesús, se había ido dejando de

lado a lo largo de los siglos). A este respecto, es importante la última frase: *excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle*, puesto que va más allá de ese intimismo «espiritualoide» que intenta establecer la relación entre Dios y hombre sólo con Dios y hombre, sin contar con el resto del mundo. San Anselmo rompe con esto y en esa magistral frase invita a dejar de lado sólo aquello que puede impedir esa búsqueda pero a tomar todo lo que puede ayudar.

San Juan de la Cruz (20), uno de los mejores y más profundos autores espirituales retorna al tema y nos invita a que pongamos *los ojos sólo en él* (en Cristo). Pero el contexto es diverso del anterior: Dios dice al hombre que en Jesús encuentra toda la expresión de Dios y que mirándole a Él, nos encontraremos con más de lo que hayamos pedido o deseado. Puede parecer un espiritualismo desencarnado, pero es más profundo y al invitarnos a poner los ojos sólo en él nos invita a ponerlos en todo él, es decir, en todo su mensaje, porque *te tengo ya hablado todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra cosa que te pueda revelar o responder que sea más que eso*. Y no hay cosa más unida al hombre que Dios (nos remitimos para hacer esta afirmación al texto 5) y por eso este texto llama a no olvidar lo que san Anselmo afirmaba: no dejes de lado *lo que pueda ayudarte para buscarle*.

De todos estos textos podemos sacar algunas conclusiones:

– *Vigilad y orad*: la oración en el Adviento está unida a la vigilancia.

– Por eso, la oración ha de ser *perpetua* (18).

– La oración debe ser *en el aposento de tu alma* (19), habiendo excluido todo excepto Dios y lo que puede ayudar a buscarlo.

– A la vez que se hace esto, puesto que Dios nos ha hablado todo en su Hijo, *pon los ojos sólo en él* (20), pero no se invita a algo «desencarnado» sino a volver los ojos a un

Dios hecho hombre (estamos en el Adviento), y por eso, si hemos de tener los ojos puestos en él, hemos de tener presente toda su doctrina y todo su mensaje.

Por todo esto, la oración es una de las actitudes características del Adviento, y la oración en el Adviento ha de tener las características que hemos señalado.

### 3. *Predicación del Evangelio*

22. De las catequesis de san Cirilo de Jerusalén, obispo: «Anunciamos la venida de Cristo, pero no una sola, sino también una segunda, mucho más magnífica que la anterior» (Domingo I, § 1).

23. De los comentarios de Eusebio de Cesarea, obispo, sobre el libro de Isaías: «Por este motivo, aquella voz manda preparar un camino para la Palabra de Dios, así como allanar sus obstáculos y asperezas, para que cuando venga nuestro Dios pueda caminar sin dificultad. Preparad el camino al Señor: se trata de la predicación evangélica y de la nueva consolación, con el deseo de que la salvación de Dios llegue a conocimiento de todos los hombres.

¿Y qué es evangelizar? Predicar a todos los hombres, y en primer lugar a las ciudades de Judá, que Cristo ha venido a la tierra» (Domingo II, § 4 y 7).

24. De la constitución dogmática *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II: «Con la esperanza de los bienes futuros, llevamos a cabo la obra que el Padre nos ha confiado en el mundo y trabajamos por nuestra salvación» (Martes II, § 3).

#### *Reflexión en torno a los textos:*

A pesar de un aparente silencio de los textos eucológicos sobre este tema, nos encontramos con que es importante en los escritos patrísticos escogidos para este tiempo. Así, encontramos tres textos que, en cierto modo,

de manera clara o menos clara, nos proponen como actitud del Adviento la predicación del evangelio.

Quizá el texto más claro a este respecto sea el de Eusebio de Cesarea (23). Se habla de aquello en lo que consiste la preparación del camino del Señor. Según el autor, esto es predicar el evangelio. La finalidad de esta predicación es *que la salvación de Dios llegue a conocimiento de todos los hombres*. Lo que se anuncia en esta predicación es *que Cristo ha venido a la tierra y se predica a todos los hombres*. Este es el contenido de la predicación en el Adviento: preparar el camino anunciando a todos los hombres la venida de Cristo. Esto hace referencia sobre todo a la primera venida de Cristo a la tierra, para la cual Israel tenía como misión preparar los caminos (*a las ciudades de Judá*).

San Cirilo (22) insiste en lo mismo: *anunciamos la venida de Cristo*. Pero especifica más: *pero no una sola, sino también una segunda, mucho más magnífica que la anterior*. Aquí entra un tema que subyace en algunos de los textos anteriores: el de la segunda venida de Cristo. Conjugando ambas lecturas se nos invita a anunciar los «dos advientos» de Cristo: el primero y el escatológico. Israel anunciaba el primero; el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, tiene la misión de hacer vivo y tener siempre presente el futuro retorno de Cristo.

El texto del Concilio Vaticano II (24) simplemente nos hace una invitación a cumplir eso para lo que estamos en el mundo: *llevamos a cabo la obra que el Padre nos ha confiado en el mundo y trabajamos por nuestra salvación*. Nuestra misión, al igual que lo fue la del pueblo de Israel es preparar los caminos del Señor.

## CONCLUSIONES

Como hemos ido viendo a lo largo de los diversos puntos, en el tiempo de Adviento hay una insistencia en que el cristiano debe tener unas actitudes claras para, llegado el

momento de la celebración de la Navidad, poder tener otras (y esto se sale de nuestro tema) que lleven y ayuden a la vivencia plena de ese misterio.

Sobre las *actitudes hacia Dios*:

– Amor a Dios y ansia de Dios. Este amor es el que hace nacer el deseo.

– Apertura y disponibilidad para la acogida y necesidad de un actuar con corazón puro con todo lo que va implicado en eso. Esto va unido a un conocimiento de la historia del pueblo de Israel.

– La esperanza tiene una serie de características: la confianza, la paciencia y la fidelidad. El objeto, lo que espera esa esperanza es el cumplimiento de la promesa del Señor, que vendrá.

Sobre las *actitudes interiores*:

– Hacerse pobre, pequeño, como único medio de acoger y encontrar a Dios hecho hombre.

– Oración relacionada con la vigilancia y con la constancia; a la vez es presentada como originada por el deseo; y exige tener los ojos sólo hacia Dios.

– La forma de preparar el camino siempre, y especialmente en el Adviento, es la *predicación del evangelio*.

En este tiempo de Adviento se echan de menos en las lecturas patrísticas las *actitudes hacia el prójimo*, que no aparecen en la lectura directa de los textos sino que están comprendidas en las implicaciones de los textos. Esto aparece en la primera lectura del oficio (Isaías) de modos diversos, pero habría sido necesario incluir en los textos de las segundas lecturas algo al respecto, porque como hemos señalado en el comentario, el amor y la acogida de Dios pasa por el amor y la acogida del prójimo, por eso, una mayor explicitación sería necesaria.

Si intentásemos sacar una conclusión final en pocas palabras o, como dirían los latinos *in uno verbo*, sería esta:

*Despiértate, hombre: Dios se ha hecho hombre por ti.* Entonces habría que analizar el cumplimiento o no de las actitudes señaladas anteriormente. Si no se han vivido, no sirve de nada porque el hombre no se ha despertado; si se han vivido, la acogida del Dios-hombre es plena y consciente, y se ha despertado.

MIGUEL ÁNGEL DEL RÍO, O.P.  
*La Virgen del Camino (León)*

## Testigos

# En el tesoro, el corazón (III)

Sor Isabel Cabeza, O.P.

### 3. MUESTRA EPISTOLAR

Se trata de una breve colección de cartas –10 en total– dirigidas a otra monja dominica. Transcribimos únicamente aquellos párrafos que exteriorizan aspectos de interés sobre la fisonomía espiritual de sor Isabel. Todas son remitidas desde Salamanca, a excepción de la última, que lo es desde Senekal.

Se indica **MA, MB, MC, MD, ME, MF, MG, MH, MI, MJ**, y el número marginal.

#### **MA<sup>1</sup>:**

**1.** ...alguna vez sentí pena al pensar lo cansada que estabas tú, y lo tarde que te acostaste por mi culpa. Espero que ya estés recuperada.

**2.** ¿Qué tal estáis todas, después del trabajo que os dimos tantos días y lo que llevabais trabajando anteriormente?

**3.** ...para ti, que seas cada día más Jesús<sup>2</sup>. Él lo es todo.

#### **MB<sup>3</sup>:**

**4.** ... nosotras a lo nuestro, a vivir nuestra vida cada día más entregadas a Jesús para que sea él quien vive su vida de amor. A mí es lo que me atrae, el amor a Jesús y a las hermanas; quiero tratarlas con sumo amor y sumo respeto; ellas son amadas de él con locura.

1. Agosto 1973.

2. Ver **CB 38**; adviértase que no dice «DE Jesús». No es 'ser propiedad de', sino 'convertirse en' Jesús. Ver también **MC 8, MI 20**.

3. Noviembre 1973.

5. Que este tiempo tan hermoso de Adviento lo pasemos muy junto a la Madre, unidas a su silencio, a su espera... Ella nos dará a Jesús.

**MC<sup>4</sup>:**

6. Me hubiera encantado escribirte el día de tu santo pero me fue imposible; esto fue causa de que pidiera muchísimo por ti y de que te recordara más.

7. Yo suelo dar en los santos y cumpleaños de las monjas café después de comer<sup>5</sup>; pero como en mi caso son dos fechas tan seguidas<sup>6</sup>, lo doy sólo el 24, y siempre el día de santa Isabel hay improperios contra mí..., pero lo pasamos bien<sup>7</sup>.

8. Supongo que estarás fervorosa y contenta después de los Ejercicios; ...ahora a vivirlo cada día más, nuestra vida es maravillosa; estamos llamadas a vivir la misma vida de Jesús; mejor dicho, a ser él mismo...

9. Se acerca la Cuaresma. Vamos a prepararnos de un modo especial para celebrar la Semana Santa y los misterios tan grandes que en ella se realizan. Así que pide mucho; tengo verdaderas ganas de vivir con intensidad la entrega a Dios. Él nos ama con locura y nosotras tenemos que corresponderle y tratar de que tantas almas como viven lejos de Él se acerquen, pues a todos llama y espera.

**MD<sup>8</sup>:**

10. Estuve muy unida a ti pidiendo mucho para que el Señor colme tus deseos que son los de él, ¿verdad? Nada debe preocuparnos fuera de él, y por consiguiente todo

4. Febrero 1974.

5. Cuando escribía esto, sor Isabel era procuradora de su comunidad. Lo fue durante nueve años.

6. Su cumpleaños era el 24 de noviembre, y celebraba como onomástica, el 17 del mismo mes, santa Isabel de Hungría.

7. La alegría, la distensión es una característica importante del espíritu de sor Isabel. Ver **MI 21**.

8. Enero 1975.

nuestro esfuerzo debe estar orientado a amarle con locura, que sea él quien se ame en nosotras.

**ME<sup>9</sup>:**

**11.** Te felicito en tu santo; tienes una gran patrona: que ella te ayude a recorrer el camino del amor. Pediré muchísimo por ti, para que se cumplan tus deseos de ser cada día más de él. Es lo único que merece la pena y lo que verdaderamente hace feliz.

**12.** ...todo está bien cuando es él quien lo dispone; a mí me queda la mitad<sup>10</sup> y ya me despido, pues nueve años ya están bien. Conviene cambiar: el espíritu también se cansa.

**MF<sup>11</sup>:**

**13.** Me alegro muchísimo de que estés disfrutando tanto con los Rosarios de la Aurora, etc. Nosotras también los solemos hacer, y lo mismo la procesión. Pero nos resulta un poco cansado por no tener mucho sitio para caminar, y como hay que dar muchas vueltas por el claustro, algunas prefieren que no se tenga.

**14.** Procuremos estar muy unidas en la oración esta semana pidiendo por la Iglesia y por todo. Se ve una falta de contacto con Dios, aun en personas que tendrían que estar ardiendo... Que nosotras nos unamos lo más posible a su Corazón. Pide mucho en el mes de junio: yo lo llamo el mes del amor.

**MG<sup>12</sup>:**

**15.** Muchas gracias por la tuya. Me dio mucha alegría sobre todo por ver tu recuerdo y verte tan entusiasmada en tu caminar hacia Jesús: es la única dicha y lo que verdaderamente merece la pena; por eso todo el empeño que pongamos en ello es poco.

9. Enero 1976.

10. Se refiere a un período como procuradora de la comunidad.

11. Mayo 1976.

12. Enero 1977.

**16.** Hace unos días leí la carta de un salesiano que decía que había pedido –y ya tenía– la dispensa de votos porque se sentía atraído hacia algo palpable. Créeme que me dio mucha pena. ¡Qué equivocación y cuánto desenfoque de la realidad! Tenemos que pedir mucho<sup>13</sup>, pues la luz sólo viene de Dios, y si Él no la da siempre estaremos en tinieblas.

**MH<sup>14</sup>:**

**17.** Aquí estoy, de hermana mayor de estas hermanas que tanto cariño y confianza han puesto en mí...; yo quedé con una paz grandísima, sin duda de que esa era la voluntad de Dios, y así sigo, tranquila, de la mano de Ellos, pues ya saben que nada puedo. Espero que tu oración no me falte, pues no dejo de comprender que la responsabilidad es grande.

¿Cómo habéis pasado las Navidades? Son unas fiestas tan encantadoras que siempre se pasan bien, ¿verdad?

**18.** Que tu santa patrona te ayude a ser santa, que es lo único para lo que estamos aquí; pediré mucho por ti. Lo único que importa es estar unidas a Jesús<sup>15</sup>; todo pasa, pídelo para mí: ahora necesito mucho poder orientarlo todo hacia Él.

**MI<sup>16</sup>:**

**19.** Que tengas un día muy feliz con tus hermanas, y no digamos con Jesús: que él te dé cuanto necesites para ser más él, que es lo que hemos de intentar ya que es lo que quiere de nosotras. No nos damos cuenta del ideal al que estamos llamadas...; que sepamos abrirnos a la gracia de Dios. No dudo que vives en continua búsqueda, ¿verdad?

**20.** Celebré las bodas<sup>17</sup> el día 1 de octubre... resultó muy bonita la fiesta. Nunca pensé celebrarlo así, pero las mon-

13. Ver **C 66**.

14. 1977.

15. Ver **CB 73, 80**.

16. Enero 1979.

17. A los 25 años de profesión (septiembre de 1978).

jas se empeñaron y no hubo más remedio. Me alegré por mis padres, pues ellos disfrutaron mucho y a su edad cualquier alegría que se les dé vale mucho.

**MJ**<sup>18</sup>:

**21.** Gracias a Dios no tengo problema con el estómago<sup>19</sup>; va respondiendo al tratamiento, y no me preocupo más.

**22.** Ciertamente estamos contentas en medio de la pobreza que supone una fundación en campo de misión: tenemos la paz de Dios que supera todo.

### III. ACERCA DE ELLA

Reunimos en esta tercera parte algunos juicios sobre sor Isabel. «Por sus frutos los conoceréis», «expandir el buen olor de Cristo», «la luz sobre el candelero»...; «sois sal», «sois luz», «sois fermento»... Son diversos tipos de referencia a la manifestación del Reino y de la fuerza del Espíritu en el cristiano. Es (no puede por menos de ser) así.

Van, en primer lugar, algunos recuerdos de su infancia. Después los juicios que acerca de ella han hecho sus hermanas religiosas y algunas otras personas que la conocieron. Por último va nuestra propia opinión.

#### 1. RECUERDOS DE LA INFANCIA DE SOR ISABEL

(Breve relación confeccionada con recuerdos de sus hermanas, Isabel, sor Ester y sor Inés).

De pequeñas, su cama y la de su hermana Isabel estaban en la misma habitación. Recuerda ésta que tendría sor Isabel unos 9 años cuando confeccionó con gran ingenio un altarcito sobre la mesita de noche. De rodillas a los pies de este altar, su hermana la sorprendía con frecuencia a media

18. Enero 1986.

19. Ver **T23b**.

noche rezando. Al encontrarla en esa actitud y a esas horas, le mandaba acostarse. Ella volvía rápidamente a la cama; y en no pocas ocasiones al percibir que su hermana se movía y temiendo verse descubierta, no esperaba su reprimenda sino que con gran agilidad se acostaba antes de llegar a ser corregida.

Ya desde niña, siempre tuvo muy claro que para sí deseaba ser religiosa de vida contemplativa.

Cuando estaba interna en el colegio de religiosas Filipenses, y sobre los catorce o quince años, volviendo a casa en unas vacaciones de Navidad, se presentó con las maletas y el colchón (entonces se exigía llevar colchón) y dijo que no quería volver al internado, ya que lo que deseaba era ir al convento.

Mi padre la riñó y tuvo que volver otra vez con el colchón después de dichas vacaciones. Ese curso lo terminó, y comenzó el siguiente. La pobrecita lo pasó mal, aunque lo superaba con su alegre carácter; pero en una de las vacaciones del curso siguiente se encontró mala una temporada, y entonces le dije a mi padre que Suca estaba triste y que temía que le pasara algo malo por obligarla a estar en el colegio.

Como dos de sus hermanas tenían un piso, salía a comer con ellas los domingos. Inés le peinaba aquellas trenzas tan hermosas que tenía, y le preguntaba por qué no se quedaba de religiosa en las Filipenses que tanto la querían, y cuyo colegio era tan comfortable. Siempre le respondía: —«Quiero dedicar mi vida del todo al Señor y al sacrificio; no me llena otro modo de vida religiosa. No lo entiendo bien».

Sus hermanas pensaban que con el tiempo se convencería, pero ya tenía muy claro lo que quería. Congeniaba muy bien con los primos y amigas, y era alegre como unas castañuelas.

Otra hermana de sor Isabel (sor Inés) nos dice que Suca era una niña como todas las de su edad, con gustos y juegos propios de niñas.

Dice sor Inés: «Desde pequeña era cariñosa; la recuerdo pendiente de todos y pensando en remediar cualquier necesidad que hubiese a su alrededor. Así continuó en el convento, pendiente de cualquier necesidad de las monjas y sufriendo al ver sufrir a las hermanas».

## 2. TESTIMONIOS

De cada testimonio, de diversa procedencia, se extrae lo que parece más directamente descriptivo del interior de sor Isabel. No están, pues, completos los aparecidos en los lugares que en cada caso se indican.

**LU:** «Lazo de Unión»<sup>20</sup>.

**nº E:** número extraordinario: octubre de 1987.

(Se indica: **T** y el número marginal)

**1.** «Ya sabéis la triste noticia de la marcha de sor Isabel de entre nosotros esta semana: después de un accidente en el que parecía haber sufrido solamente ligeras heridas internas, y después de días de sufrimiento llevado pacientemente por ella... Inclinaimos nuestras cabezas ante la misteriosa presencia de Dios en estos acontecimientos imprevisos. Fieles a su total consagración a la voluntad de Dios en sus vidas, nuestras hermanas percibieron inmediatamente estos acontecimientos como prueba de que Dios había aceptado la fundación de Senekal, y que la muerte prematura de sor Isabel era la primicia de los sacrificios que siempre acompañan, tarde o temprano, la fundación de un nuevo monasterio... Dios debe haberla amado particularmente, por haber aceptado esta gravosa tarea en obediencia, no habiendo sido ella de las que se ofrecieron voluntariamente para la nueva fundación en Sudáfrica... Ha sido en todo momento un verdadero placer tratar con ella durante los 26 meses de su presencia entre nosotros...

20. Boletín federal de las Monjas Dominicanas. Provincia de España.

El ver su cuerpo entrar en el suelo de África grabará indeleblemente en nuestras mentes la convicción de que la fundación, literalmente, ha echado raíces, y está destinada a permanecer»<sup>21</sup>.

**2.** «Estoy seguro de que ella le tuvo informado de sus experiencias en estos dos años pasados durante los cuales hemos tenido el privilegio de haberla tenido con nosotros.

Que haya tenido que dejarnos tan repentinamente nos ha llenado a todos de una profunda pena. Tenía tantos dones, y tal discreta valentía y determinación que, sin duda, hubiera logrado mucho en el futuro, de no haber dispuesto el Señor de otro modo. Me ha conmovido la manera incondicional con que las cinco compañeras de la Madre Isabel que han quedado en Senekal han aceptado este giro de los acontecimientos, y lo han interpretado de un modo digno de su vocación como contemplativas: nuestro Padre amoroso del Cielo se ha complacido en aceptar la entrega total de su hija por el nuevo monasterio de Senekal, dándole con ello un fundamento espiritual de incalculable valor»<sup>22</sup>.

**3.** «Y ahora, la muerte repentina de sor Isabel. Todos hemos coincidido en juzgar este suceso como signo de misteriosa pero evidente presencia del Señor. Nuestra Fundación, sellada con la Cruz, echará raíces de fecundidad.

Estamos acostumbradas a hallar frecuentemente en la Sagrada Escritura el sorprendente estilo de Dios para realizar sus obras: del hijo procedente de la esterilidad y destinado al sacrificio, surgió un pueblo numeroso, tanto «como las estrellas del cielo y las arenas de las playas marinas». De la rudeza e infecundidad de una piedra, el arraigo del frondoso árbol de la Iglesia... y del sacrificio de sor Isabel, veremos fluir, sin duda, una explosión de vida abundante y generosa, que afianzará nuestra permanencia y nuestro peculiar carisma contemplativo y dominicano,

21. HUBERT BUCHER, Obispo de Bethlehem, LU, n° E, 9.

22. HUBERT BUCHER, en carta al padre de sor Isabel (16 agosto 1987).

vivido allí donde no existía y la Iglesia desea que se implante, obedeciendo el mandato de Jesús de «ir al mundo entero». Obediencia que nosotras hemos concretado vivir y practicar en el entorno misionero sudafricano.

Será un futuro glorioso para la Federación haber secundado la inspiración del Espíritu Santo, manifestada a través de la solicitud del Sr. Obispo de la Diócesis de Bethlehem, Hubert Bucher, y del P. Alberto, iniciadores de la fundación.

Si el Señor estuvo presente entonces –y lo estuvo, porque la Federación entera se pronunció a favor de su erección, en la consulta previa que se hizo a los monasterios–, es natural que siga presidiendo su obra, a pesar de sus desconcertantes manifestaciones, que nos sorprenden por lo paradójicas, según nuestro modo humano de juzgar»<sup>23</sup>.

**4.** «Sor Isabel, en los últimos meses se lamentaba solamente de una cosa: no amar todavía suficientemente a las hermanas. El Señor le ha ofrecido una ocasión única para redimir esas faltas: «No hay mayor amor que dar la vida por sus hermanos»... El cien por uno de este grano caído en nuestra tierra será, así lo esperamos, una comunidad viva, pujante, en Senekal... Estamos todos de enhorabuena por la generosidad, la santidad de sor Isabel. «No tengáis otras deudas más que las del amor mutuo». Amar, en este caso, quiere decir hacer otro tanto, pagar con la misma moneda»<sup>24</sup>.

**5.** «Sor Isabel: Al saber que habías transpuesto el dintel de la eternidad, se agolpaban en nuestra mente cantidad de recuerdos tuyos, de frases tuyas, de actuaciones tuyas como hermana y como Madre. Pero más que nada, siempre quedaba dominándolo todo, la idea de una sor Isabel hecha 'sí' continuo, disponible siempre, entregada siempre. Ahí está para demostrarlo tu partida para Senekal, donde nunca

23. ?????

24. FR. ALBERTO DOS ANJOS, O.P., LU, n° E, 12.

pensaste ir; donde jamás hubieras ido dejando a tu padre anciano, a tus hermanas de sangre y de Comunidad, tu patria y tantas personas queridas por ti.

Bastó la insinuación de la Madre Federal para que te pusieras en manos de Aquel que te solicitaba una vez más para la bella misión que te llevó allende los mares: extender el fuego que a ti te quemaba implantando la vida contemplativa allí donde aún no ha florecido.

Sí, querida hermana, todavía te vemos decidida, vivaracha, alegre, muy aguda en tus intervenciones, ocurrente siempre, natural siempre. Vemos tu figura pequeña, tu rostro de niña con las mejillas como manzanas sonrosadas, tus manos regordetas y suaves como hechas para acariciar.

Vemos tu serenidad al emprender el vuelo, en el aeropuerto, hace poco más de dos años.. Es bonito, hermana, que hasta tu muerte haya estado en la línea del 'sí'. ¡Qué hermoso morir en la brecha y con tu lámpara bien incandescente! Por eso suenan tan armoniosas tus últimas palabras, aquéllas que dijiste al grupito de monjas –tus monjas– cuando entrabas en el quirófano, del que saldrías prácticamente muerta: «En la vida y en la muerte somos del Señor»... Es bonito que tú, la pequeñaja de la casa, salieras tan precoz. Fuiste la primera, entre tus hermanas religiosas, en consagrarte a Dios y la que te adelantaste a ellas para sumergirte en Él. La primera también de aquel nuestro grupo de veintitrés novicias, que te vas al cielo señalándonos una ruta de luz...

Ayúdanos, ahora que puedes hacerlo, para que sigamos tu ejemplo y no neguemos nada al Señor.. recuerda que siempre quisiste ayudar a tus hermanas y no puedes defraudarnos ahora que te es tan fácil y lo necesitamos tanto»<sup>25</sup>.

25. TUS HERMANAS DEL CONVENTO DE STA. MARÍA DE LAS DUEÑAS, LU, n° E, 14-15. Hemos preferido el plural en la utilización de todos los verbos en el texto transcrito, tal como se usa al final, por cuanto quien firma es una colectividad. Ese plural no aparece siempre en el original.

6. «Siempre encontré a mi hermana distinta de las demás niñas, aunque era normal y juguetona como todas. Siempre estaba alegre pero en ella se notaba algo especial. Era, desde pequeña, muy dada a la oración. Yo la veía retirarse con frecuencia a una habitación de la parte alta de la casa para rezar. Nunca dio un disgusto a mis padres y siempre fue comprensiva y complaciente con todos... Me acuerdo de que nuestros primeros sobrinos de chiquitines lloraban mucho para dormirse, y ella era la que con su santa paciencia pasaba todo el rato con ellos, acunándoles hasta que conseguía dormirlos. Yo procuraba escaparme diciendo: «Que suba Suca»<sup>26</sup>... Ya en el convento, yo la comparaba con santa Teresita. Estoy segura de que nunca negó nada a Jesús. Me consta, además, que sufrió mucho por los problemas anejos al cargo de priora... Como toda criatura humana tenía defectos. Pero sabía luchar, y aunque de temperamento vivo, se reprimía y reflexionaba antes de hablar. Por eso, si alguna vez fallaba, era en detalles pequeños... La vi crecer (espiritualmente) desde pequeña. En ella se vislumbraban los dones del Espíritu Santo... Me ayudó mucho *con su vida*, porque procuraba hablar poco con ella dado que éramos hermanas de sangre e intentábamos no excedernos en las relaciones mutuas... Nunca se quejó de sus dolencias personales ni de las molestias que las demás pudieran ocasionarle. Aseguraba que nunca le habían cansado las monjas... Me siento orgullosa de haber tenido una hermana tan buena, que ha vivido y ha muerto como una santa»<sup>27</sup>.

7. «Tanto durante su tiempo de noviciado como siendo monja fue ejemplar aunque yo la vi mejorar. Al principio, su deseo de observar el silencio la llevó a dejar escapar alguna mirada o palabra algo cortantes, lo que fue corrigiendo,

26. Nombre familiar de sor Isabel.

27. SOR INÉS CABEZA, O.P., hermana de sor Isabel, LU, n° E, 15-16. Su testimonio está presentado en forma de diálogo con sor M<sup>a</sup> Eugenia Maeso, O.P.

dando prioridad a la hermana que se le acercaba, es decir, a la caridad. Acogía con sonrisa y naturalidad. Esta ejemplaridad y fidelidad se la reconocí siempre.

Sor Isabel no fue expresiva en palabras; habló poco pero dijo mucho con su vida. Podría decirse que le sobraban las palabras. Pero esto no significa que no hablara en absoluto. Lo hacía siempre que lo creía necesario y sus intervenciones eran 'redondas', y a veces hasta con cierta 'chispa'. Me gustaba oírla. Tenía una gran inteligencia. Sus opiniones eran certeras, daban seguridad. Era muy equilibrada.

No hablaba de sí misma pero se ocupaba de todas aunque muy discretamente, de forma que era menester 'tener vista' para darse una cuenta de esto. Todo lo hacía sin ostentación, como lo más natural. Esta naturalidad de sor Isabel me encantaba. No 'presumía' de espiritual ni de buena. Jamás una postura o gesto afectado, pero no pudo disimular la llenura de su alma. No había más que verla en la oración: de rodillas, los ojos cerrados... No podía dudarse de que estaba *lejos*, con ALGUIEN que la llamaba y atraía. Pienso que su oración era viva y profunda...

Era servicial y trabajadora. Siendo priora se supo organizar de modo que al hablarle no te mostraba prisa. Era corriente verla con sonrisa y rostro relajado; expresión que comunicaba paz y hablaba de la que ella tenía...

Era muy sensible al dolor ajeno. Tenía un corazón grande y compasivo. Hemos tenido frecuentes pruebas de ello...

No se le *vieron* cosas extraordinarias pero hizo, como otra Teresa de Lisieux, extraordinariamente lo ordinario.

Esto es lo que se vio y vislumbró (y cosas parecidas) en sor Isabel; pero es de creer que lo más importante quedó sepultado, con su silencio, entre Dios y ella»<sup>28</sup>.

**8.** «Madre buena, comprensiva y detallista»<sup>29</sup>.

28. SOR JESÚS M<sup>a</sup> CHICO, O.P., LU, n<sup>o</sup> E, 17-19.

29. SOR M<sup>a</sup> CRUZ SÁNCHEZ, O.P., LU, n<sup>o</sup> E, 20.

9. «Siempre la encontré muy ecuánime, sociable, simpática, y muy espiritual»<sup>30</sup>.

10. «... los médicos, viendo que no había esperanza y que sólo artificialmente latía su corazón (el cerebro estaba muerto) pidieron permiso a Mons. Hubert para retirar aquellos aparatos. Cuando las hermanas cantaron la Salve, Monseñor dio su permiso y sor Isabel dejó de respirar. ¿No es hermoso volar al Padre “desde el permiso de la Iglesia?”»<sup>31</sup>.

11. «Fue una persona dotada de grandes dones, inteligencia exquisita y aguda, que supo asimilar con gran profundidad y apertura de espíritu, por esto se constituyó en servidora de Dios y de las hermanas. Mantenía sus ojos fijos en lo esencial, en los fines fundamentales, e indicaba siempre la dirección a seguir para que la comunidad no se perdiera en pequeñeces, en cosas secundarias y accidentales. Muchas veces, al verla actuar como Priora, pensaba que su mayor preocupación era el crecimiento de la comunidad en el plano espiritual; su misión la apoyaba en Dios; valoraba las actitudes espirituales y humanas de cada hermana y trataba de estimularla.

Una de las cualidades que más admiraba en ella era su heroísmo en lo cotidiano, manifestado en el obrar con naturalidad, dando más ejemplo con su vida que con la palabra; su ecuanimidad asombraba, denotaba no hacer cosas grandes, vivía cada día con una nueva esperanza...

Tenía infinidad de detalles para con las hermanas; a pesar de ser amante de la pobreza y desprendimiento, gustaba de alegrar a las hermanas con pequeños regalos...

En la corrección fraterna era pacificadora, saltaba por encima de antipatías o simpatías, para querer a la otra con sus diferencias. Buscaba amar a las que Dios había puesto a su lado, éramos signo de la presencia de Dios.

30. SOR M<sup>a</sup> PAZ TOYOS, O.P., LU, n<sup>o</sup> E, 20. Fue su Maestra de Novicias.

31. SOR M<sup>a</sup> EUGENIA MAESO, O.P., LU, n<sup>o</sup>E, 20.

Era segura en sus decisiones, esto daba seguridad y brindaba una confianza ilimitada.

Tuve la suerte de recibir de ella la profesión solemne; la víspera fui preparada por ella: me invitó al Tabor. Aquí comprendí de dónde procedía su talante espiritual; día a día diría al Señor: «¡Qué bien se está aquí!». Nadie como ella se dejaba llevar al desierto para que Dios le hablara al corazón; de aquí surgía, como un manantial, su serenidad de espíritu»<sup>32</sup>.

**12.** «Sor Isabel, a mi juicio, era un alma de Dios, vivía muy dentro de él. Tenía una personalidad grande, pero sin presunción; muy humilde, sencilla, daba mucha confianza.

Era alegre, y esa alegría quería comunicarla a todas, para vivirla lo más profundamente en Dios. También era sembradora de paz. Quería dar gusto a todas.

Amaba mucho a la Virgen María.

Sus últimas palabras nos lo dicen todo: “En la vida y en la muerte somos del Señor; que haga Él de mí lo que quiera”»<sup>33</sup>.

**13.** «La desaparición repentina de nuestra querida hermana sor Isabel entraba en el designio de nuestro Padre Dios, y de esta forma se cumplía el deseo que ella, con gracia, a veces expresaba: «¡Ay, yo no quisiera llegar nunca a ser vieja!»... Ella siempre fue joven, con visión de futuro, sin miedos ni encogimientos, con fe fuerte, firme, segura, confiada.

Quienes la juzgaron «adelantada», tenían que haber mirado más profundamente lo que había en su interior; en ella había docilidad y apertura al Espíritu, visión de horizontes tan amplios como la misma Iglesia. Corazón limpio y transparente que manifestaba su pensamiento claramente, sin miedos a cuanto pudieran pensar o decir de ella.

32. SOR GRACIELA DEL CARPIO, O.P., LU, n° E, 21-22.

33. SOR IMELDA, O.P., LU, n° E, 23.

Sus ojos estaban siempre fijos en el corazón de Cristo, y de él aprendió y se contagió del fuego de su amor manifestándolo en los muchísimos detalles que tuvo para con todas y cada una de las hermanas en sus años de procuradora y priora. En ella era costumbre obsequiar a las hermanas en las fiestas más sobresalientes del año con pequeños detalles; gozaba viendo felices a las demás...

Su espíritu de pobreza y desprendimiento eran grandes; jamás retenía nada para sí. No dudó en desprenderse, en varias ocasiones y en favor de las hermanas, de una mantilla eléctrica que usaba por el mucho frío que le hacía pasar una deficiencia circulatoria. Cualquier objeto de su uso que llamase la atención de sus hermanas con deseo de usarlo, se lo entregaba en el acto. Nada gastaba para ella...

Su profunda vida espiritual no se manifestó en palabras sino en su vida entregada; en su paciencia, en su alegría serena, en su equilibrio interior que daba armonía a toda su vida; en su caridad constante, en su profunda humildad, en su corazón sencillo, alegre y transparente, en su perenne sinceridad.

Su clara inteligencia era un don de Dios, que supo poner siempre al servicio de la comunidad. Poseía una luz muy clara a la hora de tomar decisiones.

Tenía un carácter dulce, apacible, sereno. Era acogedora; siempre comprendía y disculpaba. Amiga de alabar las buenas cualidades de los demás y de promocionar y apoyar estas buenas cualidades en favor de la persona y de la comunidad.

Corregía a sus monjas con caridad y a la vez con energía (rasgo éste muy importante de su carácter). A veces corregía de tal forma, que la interesada apenas percibía la corrección. Era frecuente que al corregir, dejase paz en el corazón de la advertida.

Era mujer de pocas palabras para expresar su vida interior. La vida era su forma de hablar. Ante cualquier aconte-

tecimiento alegre o adverso, sus reacciones ponían de manifiesto toda la riqueza espiritual que envolvía su vida...

Confiaba en todas, y así dejaba que sus monjas obrasen con normalidad, sencillez y libertad, sin menoscabo de la ley y la observancia.

Poseía fuerte personalidad. Jamás se dejó seducir ni sobornar por nada ni por nadie»<sup>34</sup>.

**14.** «Tenía una personalidad muy rica. Raramente se encuentran personas con tantos valores espirituales y humanos juntos como se daban en ella... En sor Isabel lo que hablaba, lo que atraía, edificaba y despertaba amor; era su vida, no sus palabras. En éstas era muy parca, y, desde luego, de sí misma rara vez hablaba... Su grandeza se veía en el vivir ordinario de cada día.

Nunca apareció autoritaria, siempre persuasiva, respetuosa con las demás. No era blandengue; si hacía falta, mandaba con energía, pero sin herir. Tenía un modo muy particular de convencer... En una ocasión en que una hermana se resistía a aceptar un oficio, ella le dijo: «-Sor, te necesito. ¿No quieres ayudarme?» Lo dijo con un acento de humildad tal, que la hermana no pudo negarse... Poseía una habilidad muy suya para ocultarse: nunca le oí una palabra de ostentación.

Tenía siempre la solución exacta; a su lado no existían problemas: ¡era una mujer de fe!... De ahí brotaba su aparecer siempre serena, apacible, con tal igualdad de ánimo que no se sabía cuándo sufría o gozaba. Sólo la delataba un poco el tono, del sonrosado al rojo amapola, de su rostro; pero ninguna demostración en sus actuaciones, en sus palabras, ni en sus gestos. Tenía un gran dominio de sí. Tal igualdad de carácter pienso que sólo se da en quien vive unido al Señor; por encima de los vaivenes de la vida...

34. SOR M<sup>a</sup> LUISA RODRÍGUEZ, O.P., SOR M<sup>a</sup> ROSA PISONERO, O.P., LU, n<sup>o</sup> E, 24-26.

Su oración, por lo que se veía, era profunda... me parece verla en actitud de adoración, con los ojos cerrados, las manos juntas y el rostro encendido. Se sentía respeto y admiración al mirarla...

En su reír, en sus miradas, como de niña traviesa, había un no sé qué que nos hacía quererla»<sup>35</sup>.

**15.** «Yo resumiría su vida en lo dicho acerca de santa Teresita: «Nunca negó nada a Dios», y esto con la alegría que la caracterizaba. Nadie se percataba de si le costaba una cosa, o si tenía que sufrir por algo. Ella, siempre tan abierta para todo, sabía ocultar el sufrimiento físico o moral propio; nadie lo advertía.

Cuando la larga y penosa enfermedad de su querida hermana Ita, y siendo ella priora, a pesar del dolor que tenía viéndola tan joven y sufriendo tanto, siempre la vimos alegre...

Tenía un corazón limpio, noble, leal. Lo demostró muchas veces. Si había que decir una verdad, y Dios se lo pedía, no tenía ningún respeto humano.

Ejerció el cargo de procuradora y de priora varios años, y en todo se la veía como una madre pendiente de sus hijas, con su corazón grande y lleno de bondad.

Cuando le propusieron las superiores ir de Vicaria a Sudáfrica, sé que quiso ver la voluntad de Dios a través de los acontecimientos. Le costaba, pero si el Señor quería que –como Abraham– dejara su tierra, su familia y su comunidad para marchar a un país desconocido, estaba dispuesta, como siempre, a lo que Él quisiera.

Un día me decía: «Me cuesta mucho, sobre todo, dar ese disgusto a mi padre –creo que nunca le había dado ninguno–, pero Dios está por encima de todo. Por lo demás, él queda bien cuidado. Esta vida se pasa enseguida, y lo principal es hacer siempre la voluntad de Dios. Confío en Él, que no se deja vencer en generosidad y le ayudará».

35. SOR INMACULADA DEL E. SANTO LLORENTE, O.P., LU, n° E, 27-28.

Nunca me ha pasado con la muerte de nadie, lo que con la de sor Isabel: la siento más cerca que nunca, y, aun en medio del dolor por habernos dejado, hablo con ella con una intimidad y una sencillez que me llenan de paz»<sup>36</sup>.

**16.** «Conocí a sor Isabel cuando contaba tan sólo 12 años, cuando fue interna al colegio de las Filipenses de Palencia. Fue una buena colegiala, estudiaba mucho, y aun estando interna en el colegio se examinaba por libre en el único instituto que por aquellos años había en Palencia. Por su buen comportamiento y amabilidad era objeto de admiración, y todas la queríamos.

Una hermana, en cierta ocasión, le decía: «-Aquí tenemos a la hija pequeña de los señores acaudalados de Husillos». Ella le respondía con profunda humildad: «Sor, no diga eso». Sor Isabel era verdaderamente humilde. Tenía como un halo que la envolvía.

No haría diez años que había hecho su profesión solemne, cuando un día al encontrarnos por un pasillo, me dijo: «-Sor, he notado a Jesucristo»... Sin duda alguna que había recibido del Espíritu Santo alguna moción especial.

Siendo sucesivamente procuradora y priora, su caridad era enorme. Se desvivía por dar gusto a todas y en servir lo mejor que podía»<sup>37</sup>.

**17.** «Tenía acogida maternal para todas las que a ella nos acercábamos, y daba confianza plena para desahogarse con ella. Madre solícita no sólo para sus hermanas sino para todas las que a ella acudíamos. Lo testifico yo que no pertenezco a su Orden, pero que por razón de estancia en Salamanca, mi residencia fue su casa, su amor y su corazón de Madre abnegada.

¡Qué recuerdos tan agradables quedaron en mi alma de las comunicaciones que con ella tuve a solas!

36. SOR M<sup>a</sup> GLORIA GONZÁLEZ, O.P., LU, n<sup>o</sup> E, 29-30.

37. SOR CARIDAD M<sup>a</sup> ORTEGA, O.P., LU, n<sup>o</sup> E, 31-32.

Querida sor Isabel: Estoy segura de tu protección ante Dios Padre. Me ayudaste a superar los problemas físicos y morales que saboreaba mi espíritu en aquellos días. Era suficiente mirarte para encontrar paz en el alma...

Te pido que a todas las almas consagradas a Dios las impregnes de ese espíritu de humildad y comprensión que animaba tu caridad para con cuantas te conocimos»<sup>38</sup>.

**18.** «Cuando llegó la noticia de la muerte de M. Isabel, pensé enseguida dedicarle un testimonio personal, pero desistí de ello cuando por mis manos desfiló todo el material aquí publicado, y tantos otros testimonios de hermanos y hermanas dominicos que nos han llegado a título íntimo.... Hemos hablado de surco, de grano, de trigo, de raíz, de espiga, de fruto...

La fe nos garantiza que la muerte de M. Isabel tiene un trasfondo misterioso, y que se la puede analizar aisladamente, desvinculada del contexto de la Fundación y de la Federación...

¡Fecundidad gestada en la fidelidad y en el dolor! Son los extraños caminos del Señor, que él holló primero con la sabiduría de la Cruz<sup>39</sup>».

**19.** «La primera vez que vi a sor Isabel me dio la impresión de (ser) una persona tímida. Cuando empecé a tratarla, cambié rápidamente de idea, pues descubrí en ella una personalidad espiritual y humana muy rica. La encontré siempre ecuánime, sencilla, prudente y bondadosa... Creció mi estima hacia ella al comprobar que si iba a misiones no era resultado de una inclinación natural, de un deseo que siempre hubiera existido en ella, sino que era única y sencillamente la aceptación de la voluntad de Dios, manifiesta a través de sus superiores.

Porque sé que le costó esta aceptación y sé algo de las dificultades vividas en la Misión, pienso sinceramente que

38. SOR M<sup>a</sup> ÁNGELES DE LA EUCARISTÍA PEÑA, O. PRAEM., LU, n<sup>o</sup> E, 42-43.

39. SOR M<sup>a</sup> LUZ FRANCO, O.P., LU, n<sup>o</sup> E, 46-47.

Isabel estaba madura; y a su muerte inesperada no le encuentro otro sentido que “semilla para nuevas vidas misioneras”<sup>40</sup>».

**20.** «Decirte que no te has ido, sor Isabel, es muy vulgar. Es mejor no decirlo y sentirte a nuestro lado. Oír tu silencio, tu profundidad, tu trascendencia... Hay personas que no ‘viven y mueren’: están. Y una de esas personas eres tú... Has tendido un puente entre aquí y Allá: Enséñanos a pasar por él... Dinos cómo se hace... Ilumina tus pisadas. Supiste muchas cosas, pero sólo te importaron algunas. Nosotros aún seguimos hablando más que haciendo. Ponte delante y guíanos. Estabas con nosotros y no supimos aprovecharte... Perdona que hayamos esperado que te fueras para conocerte a fondo<sup>41</sup>».

**21.** «Como un pequeño hito en estos meses llegó la fiesta de Nuestro Padre Santo Domingo. El Sr. Obispo había dispuesto que se hiciese una lápida para la tumba de sor Isabel, y quiso que el día de N. Padre tuviésemos una ceremonia especial para bendecir la lápida, conmemorando así el primer aniversario de la muerte de sor Isabel junto con la fiesta de N. Padre... En la homilía el Sr. Obispo habló de la M. Isabel y nuestra misión como contemplativas... Dos o tres de los sacerdotes hablaron también un poco sobre lo que ha significado esta fundación, y, en medio de esta historia fundacional, la muerte de sor Isabel como un misterioso sello de Dios<sup>42</sup>».

**22.** «Al día siguiente de nuestra llegada, 11 de noviembre, por la mañana, al terminar el desayuno fuimos al cementerio a ver la tumba de sor Isabel y rezar por ella. Fue un momento muy emotivo. Hay una lápida hincada verticalmente en el suelo y sobre ella hay grabadas 7 espigas, una de las cuales está tronchada y caída en el suelo.

40. M. T. AGUSTINA RECOLETA, LU, n° 44 abril (1988) 34.

41. FR. MIGUEL PRADO, O.P., LU, n° 46 diciembre (1988) 13.

42. SOR MÓNICA DE LA CRUZ, O.P., LU, n°46 diciembre (1988)38-39.

Toda la inscripción está en inglés excepto la última frase. Traducida, dice así: «*Si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos para el Señor morimos; en la vida y en la muerte somos del Señor*». *En memoria de Madre Isabel Cabeza Rojo, O.P. Nacida el 24 de noviembre de 1934. Husillos (Palencia) España. Miembro de la Comunidad de Sta. María de las Dueñas. Salamanca. Septiembre 1953. Priora 1977-1983. 1ª superiora del Monasterio de Sto. Domingo en Senekal. Diócesis de Bethlehem. 5 agosto 1987.* Hay un escudo dominicano y en español pone: “*El testimonio de su vida perdura entre nosotros*”<sup>43</sup>».

**23.** «Los recuerdos que tengo de la Madre Isabel son muy vagos, dado que han pasado tantas cosas desde su muerte. Pero los pocos que tengo de ella intentaré expresarlos en palabras. La Madre Isabel fue una hermana cariñosa, y se hizo una de nosotras desde el principio. (Encajó muy bien en nuestra comunidad y se sintió como en su propia casa). Mostraba interés por cada hermana de la comunidad y era persona de quien se podía uno fiar y con quien se podía hablar con toda confianza. La encontré HUMILDE –nunca hablaba de sí misma<sup>44</sup>– y si alguien le mostraba simpatía, se ruborizaba e intentaba evitarlo (en otras palabras: hacerse nada). Sus ojos se llenaban de lágrimas con frecuencia cuando hablaba de sus HERMANAS de Senekal, y las veces que se la llamaba al teléfono, saltaba con gozo al saber que eran ellas (SUS HERMANAS). Sor Isabel era muy dada a la oración; se la podía encontrar frecuentemente dedicando mucho tiempo a estar a solas con el Señor.

El intento de aprender la lengua (*inglesa*) no fue tarea fácil para Sor Isabel y a veces pude ver cómo le frustraba el no comprender de qué estábamos hablando. Pero, consciente de la importancia de aprender la lengua, de que se

43. S. M<sup>a</sup> LUZ FRANCO - S. ANA M<sup>a</sup> HERRERA - S. FLORA M<sup>a</sup> COLLADO, O.P., *Circular «Desde Senekal»*, 30 noviembre 1999.

44. Ver CB 49.

trataba de una oportunidad única, y del interés de hablarlo sobre todo en su papel de superiora, continuaba día tras día con una sonrisa, sincera y responsablemente, deseando entender lo más que podía.

Nunca olvidaré el día en que le acompañé al zoo. Me llamó la atención, sobre todo, cuando tomando una libreta de apuntes y un lápiz anotó el nombre de todos los animales primero en inglés y a continuación me dijo cómo se llamaban en español. Durante la comida con las hermanas, teníamos muchas oportunidades de reír. El inglés no es fácil de aprender; sobre todo porque puede confundir el uso de una misma palabra cuando se emplea con muy diferentes significados en diversas frases...

Trajimos a sor Isabel a Durban para ver la representación de la Pasión que ella agradeció mucho. Recuerdo, también, el gran sentido del humor que tenía<sup>45</sup>... Durante la muerte de nuestra Superiora Regional encontré un gran apoyo en sor Isabel: fue muy sincera y verdaderamente se compadecía conmigo. Sor Isabel nunca dudó en entrar frecuentemente en la habitación de Madre Erconwald para preguntar cómo se encontraba y mostrarse disponible a escucharla, lo que era muy importante en aquella etapa de su enfermedad»<sup>46</sup>.

**24.** «Mi recuerdo de sor Isabel se refiere a su bondad y su cortesía. Cuando yo llegaba a la casa de Nazareth, siempre me estaba esperando en las escaleras delante de la casa o paseando por la acera mirando las rosas. Tenía un perenne buen humor ante las contrariedades; como, por ejemplo, cuando no logró hablar inglés suficientemente pronto, y el Obispo le aconsejó continuar en su estudio y fomentarlo, a

45. Ver **CB** 70, 71; **MH** 18; **MI** 21; **T** 7a; **T** 12b; **T** 15b; **T** 24a.

46. SOR LORRAINE SHEAVA, SISTER OF NAZARETH, (En carta de 20 dic. 1989, desde Pretoria). Maestra de Novicias en Pretoria (Sudáfrica), donde estuvo sor Isabel de enero a julio de 1987 para aprender inglés. Esta casa es un gran asilo de ancianas, algunas de las cuales daban clase a sor Isabel. Ella convivió mucho con sor Lorraine (Nota de sor Mónica de la Cruz, O.P.). Las palabras que ponemos en mayúsculas están así en el original.

pesar de que estaba pensando en todas vosotras en Senekal, y deseando regresar a vuestro lado, donde le reclamaban sus ocupaciones.

Tuvo gran valentía también, al venirse de España cuando debía hacerse una operación por una obstrucción intestinal<sup>47</sup>. Y no se quejaba de esto, aunque debía ser muy incómodo y pese a no poder comer sino muy frugalmente. Sus pensamientos siempre estaban puestos en vosotras en Senekal, no sólo acerca de cosas prácticas como la edificación, mobiliario y equipamiento, sino también en el bienestar de las hermanas y con la esperanza de que, con la bendición del Señor, prosperase vuestra fundación allá.

Al fin mostró una gran capacidad para el inglés. La lengua le vino casi de repente. Y entonces el Señor se la llevó. Los caminos de Dios no son inteligibles para nosotros, pero sabemos que Él sabe qué es lo mejor y que nos ama tiernamente»<sup>48</sup>.

ALBERTO ESCALLADA TIJERO, O.P.  
*Salamanca*

47. Ver **MJ 22**.

48. SHELAG CLEAR (En carta de 12 feb. 1991, desde Pretoria) Miss Shelag Clear dio clases de inglés a sor Isabel durante los meses que ésta estuvo en Pretoria, en Nazareth House (enero-julio 1987). No residía en el asilo (Nota de sor Mónica de la Cruz, O.P.).

## Escuela de vida

# Las vías de conocimiento de Dios de Santa Teresa de Lisieux (V)

*La contemplación en torno a las personas, las relaciones personales, las instituciones eclesíásticas y sus «experiencias especiales»*

### LA CONTEMPLACIÓN DEL ENTORNO Y LAS PERSONAS

#### LA NATURALEZA

##### *El campo*

«Recuerdo, sobre todo, los paseos del domingo, en los que siempre nos acompañaba mamá... Aún siento en mi interior las profundas y *poéticas* impresiones que nacían en mi alma a la vista de los campos de trigo esmaltados de *acianos* y de flores silvestres. Me gustaban ya los *amplios horizontes*... El espacio y los gigantescos abetos, cuyas ramas tocaban el suelo, dejaban en mi alma una impresión parecida a la que siento yo todavía a la vista de la naturaleza...» (A, 1895: 1873-1877, p. 45).

##### *El mar*

«Nunca olvidaré la impresión que me causó el mar. No me cansaba de mirarlo. Su majestuosidad, el rugido de las olas, todo le hablaba a mi alma de la grandeza y el poder de Dios» (A, 1895: 1877-1881, p. 66).

## LOS NIÑOS

*Los niños jugando*

«Yo era de carácter alegre, pero no sabía jugar a los juegos de las niñas de mi edad. Muchas veces, en el recreo, me apoyaba en un árbol y desde allí contemplaba el *espectáculo* sumida en profundas reflexiones» (A, 1895: 1883-1886, p. 102).

*Las almas de los niños*

«Antes de abandonar el mundo, Dios me dio el consuelo de contemplar de cerca las *almas* de los *niños* –los tres hijos de una pariente de la sirvienta– (...). Era para mí un auténtico placer ver con qué candor creían todo lo que les decía» (A, 1895: 1886-1887, pp. 139-140).

## SU HABITACIÓN

«Realmente esta pobre boardilla era un mundo para mí, y, como el Sr. de Maistre, también yo podría componer un libro titulado “Paseo alrededor de mi cuarto”. En esta habitación me gustaba pasarme horas enteras, estudiando y meditando ante el hermoso panorama que se abría ante mis ojos...» (A, 1895: 1883-1886, p. 115).

## EL VIAJE A ROMA

«¡Qué viaje aquél...! Sólo en él aprendí más que en largos años de estudios, y me hizo ver la vanidad de todo lo pasajero y que todo es aflicción de espíritu bajo el sol...» (A, 1895: 1887, p. 149).

## LAS RELACIONES PERSONALES

*La dificultad que encontraba en entablar amistades le ayudó en su relación con Dios*

«Al ver que Celina se había *encariñado* de una de nuestras profesoras, yo quise imitarla; pero como no sabía *ganarme* la simpatía de las criaturas, no pude conseguirlo. ¡Feliz ignorancia, que me ha librado de tantos males...! ¡Cómo le agradezco a Jesús que no me haya hecho encontrar más que “amargura en las amistades de la tierra”! Con un corazón como el mío, me habría dejado atrapar y cortar las alas, y entonces ¿cómo hubiera podido “volar y encontrar reposo”? ¿Cómo va a poder unirse íntimamente a Dios un corazón entregado al afecto de las criaturas? Pienso que es imposible» (A, 1895: 1883-1886, p. 105).

## LAS INSTITUCIONES ECLESIAÍSTICAS

### LA OBEDIENCIA

«¡De cuantas inquietudes nos libramos, Madre mía, al hacer el voto de obediencia! ¡Qué dichosas son las simples religiosas! Al ser su única brújula la voluntad de los superiores, tienen siempre la seguridad de estar en el buen camino. No tienen por qué temer equivocarse, aun cuando les parezca seguro que los superiores se equivocan» (C, 1897: 1896-1897, p. 266).

### EL SUPERIOR DEL CARMELO, EL OBISPO Y EL PAPA

En 1888 muestra su interés por entrar en el Carmelo. Para conseguirlo tuvo que pasar por su hermana Inés (A, 1895: 1886-1887, cf. pp. 130-132), su padre (A, 1895: 1886-1887, cf. pp. 132-135), su tío (A, 1895: 1886-1887, cf. pp. 135-138) y por todos los escalafones eclesiásticos: el delegado del Obispo –el Superior del Carmelo– (A, 1895: 1886-1887, cf. p.

138), el Obispo de Bayeux (A, 1895: 1886-1887, cf. pp. 144-147) y el Papa León XIII (A, 1895: 1887, cf. pp. 166-169).

#### LAS SUPERIORAS DEL CARMELO

##### *Dios actúa a través de ellas*

«¡Cómo actuaba Dios visiblemente a través de la que estaba en su lugar...! ¿Qué habría sido de mí si, como pensaba la gente del mundo, hubiese sido “el juguete” de la comunidad...? Quizás, en lugar de ver a Nuestro Señor en mis superiores, no me hubiera fijado más que en las personas» (A, 1895: 1888-1890, p. 185).

##### *Madre Genoveva*

«Al domingo siguiente, quise saber qué revelación había tenido la madre Genoveva. Me aseguró que no había tenido *ninguna* y entonces mi admiración subió de punto al comprobar en qué grado eminente Jesús vivía en ella y la hacía hablar y actuar» (A, 1895: 1890-1895, p. 205).

##### *Madre Inés*

«Como siempre te he mirado, Madre querida, como mi *ideal*, deseaba parecerme en todo a ti» (A, 1895: 1890-1895, p. 212).

##### *Madre María de Gonzaga*

«Sé muy bien, Madre querida, que a través de usted me habla Dios» (C, 1897: 1896-1897, p. 250).

#### LOS DIRECTORES ESPIRITUALES

##### *No les necesitaba*

«El camino por el que iba era tan recto y luminoso, que no necesitaba más guía que Jesús... Comparaba a los direc-

tores a espejos fieles que reflejaban a Jesús en las almas, y decía que en mi caso Dios no se servía de intermediarios, sino que actuaba directamente él...» (A, 1895: 1886-1887, p. 130).

## SUS «EXPERIENCIAS ESPECIALES»

### LAS «VISIONES»

#### *Su padre en el jardín*

Cuando santa Teresita tenía seis o siete años (1880) tuvo la visión de un hombre encorvado parecido a su padre que andaba por el jardín. Catorce años más tarde (1894), hablando de ello con su hermana María descubrió el significado:

«Era a *papá* a quien yo había visto, caminando encorvado por la edad... Era él, llevando en su rostro venerable y en su cabeza encanecida el signo de su prueba *gloriosa*...» (A, 1895: 1877-1881, p. 64). «¿Pero por qué Dios me concedió precisamente a mí esta revelación?» (A, 1895: 1877-1881, p. 65).

#### *La sonrisa de la Virgen María*

Durante la enfermedad de 1882-1883, santa Teresita tenía mucho dolor y su hermana María estaba con ella y ambas pedían ayuda a la Virgen María:

«De repente, la Santísima Virgen me pareció *hermosa*, tan *hermosa*, que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la ‘encantadora sonrisa de la Santísima Virgen’. En aquel momento todas mis penas se disiparon». (A, 1895: 1881-1883, p. 86).

## LOS «MILAGROS»

Santa Teresita era muy escrupulosa y lloraba por todo. Entonces en Navidad Dios hizo un milagro: santa Teresita le oyó decir a su padre –sin que supiese que le estaba escuchando– que le fastidiaba la costumbre de los regalos navideños. A ella le sentó muy mal pero supo reponerse y actuar como si nada hubiese escuchado.

«Era necesario que Dios hiciera un pequeño milagro para hacerme *crecer* en un momento, y ese milagro lo hizo el día inolvidable de Navidad» (A, 1895: 1886-1887, p. 120, cf. pp. 135-138 y 177).

## LOS «SUEÑOS»

«Un sábado del mes de mayo, pensando en los sueños misteriosos que a veces concedes a ciertas almas, me decía a mi misma que debía de ser un consuelo muy dulce tener uno de esos sueños; pero no lo pedía». Sin embargo, lo tuvo: «Me sería imposible decir la alegría de mi alma; estas cosas se sienten, pero no se pueden expresar.. Varios meses han pasado desde este dulce sueño; pero el recuerdo que dejó en mi alma no ha perdido nada de su frescor ni de su encanto celestial...» (B, 1896: 1896, pp. 231-232).

## LAS «INTUICIONES»

Santa Teresita adivina que una novicia del Carmelo tiene una pena:

«Estaba segura de no poseer el don de leer en las almas, y por eso me sorprendía más haber dado tan en el clavo. Sentí que Dios estaba allí muy cerca y que, sin darme cuenta, había dicho, como un niño, palabras que no provenían de mí sino de él» (C, 1897: 1896-1897, p. 295).

JULIÁN DE COS, O.P.  
Salamanca

### Sensatez de vida

La vida la recibimos  
al momento de nacer,  
y fugaz se nos escapa,  
sin repetirse otra vez.

Es en sí una aventura  
que hay que saber vivir,  
para ser feliz, y valga,  
cuando marchemos de aquí.

El malgastarla es locura,  
también no vivirla en paz,  
hemos de sacarle el jugo,  
llevarlo a la eternidad.

Ha de ser el trampolín,  
valor, que haga saltar,  
desde esta vida a la otra,  
esa que es ya eternidad.

Cojamos de ella la esencia,  
y démosla con amor,  
tengamos mucha paciencia,  
respeto y comprensión.

Vivamos cada minuto  
con la misma intensidad,  
saboreando con gusto,  
sin dejarlo malograr.

Hay que saber elegir  
lo que vale y lo que no,  
lo que nos cuenta al partir,  
y aquí llena el corazón.

Son siempre valores puros,  
metas dignas, y razón,  
es el darse, proyectarse,  
cuanto más mucho mejor.

BASILIO BENITO SÁNCHEZ  
*Salamanca*

# Índice General del año 2004

## EDITORIAL

MARTÍNEZ, M. A., “ <i>Por encima de todo cuidado guarda tu corazón...</i> ”	3-7
— <i>La felicidad y la fe cristiana</i> . . . . .	81-87
— <i>Solidaridad en el dolor</i> . . . . .	161-163
— <i>Santo Domingo de Guzmán y la cruz de Cristo</i> . . . . .	241-244
— <i>Los misterios de la vida de Cristo</i> . . . . .	321-322
— <i>La Inmaculada, camino de perfección</i> . . . . .	

## DOCTRINA

CELADA LUENGO, G., <i>Crucifixión y muerte del Señor</i> . . . . .	356-368
DEAN, C., <i>La espiritualidad mariana en la vida del cristiano</i> . . . . .	256-267
ESCALLADA TIJERO, A., <i>La Coronación de Espinas</i> . . . . .	342-349
ESPINEL MARCOS, J. L., <i>Los símbolos del más allá en el Nuevo Testamento</i> . . . . .	18-30
FUEYO, B., <i>Esperanza y muerte: Invitación a leer un poema</i> . . . . .	120-136
GALLEGO SALVADORES, J. J., <i>Algunas reflexiones filosóficas sobre el amor</i> . . . . .	31-39
GARCÍA, E. B., <i>Las bienaventuranzas, camino de felicidad</i> . . . . .	113-119
— <i>Jesús con la cruz a cuestas</i> . . . . .	350-355
GONZÁLEZ BLANCO, R., <i>La felicitación de Jesús a los discípulos que han decidido ser pobres de espíritu</i> . . . . .	98-112
— <i>El misterio de la agonía de Jesús en Getsemaní</i> . . . . .	323-326
— <i>Jesús felicita a los discípulos que han decidido ser mansos</i> . . . . .	178-184
— <i>Jesús felicita a los discípulos que lloran</i> . . . . .	268-275
— <i>La “llena de gracia” y el dogma de la Inmaculada Concepción</i> . . . . .	
GORI, N., <i>El camino de la salvación es camino de niños</i> . . . . .	40-50
HERRERO PRIETO, L., <i>Jesús, alegría en el corazón</i> . . . . .	8-17
LÓPEZ DE LAS HERAS, L., <i>Las Bienaventuranzas (I)</i> . . . . .	88-97
— <i>Las Bienaventuranzas (II)</i> . . . . .	164-172
— <i>Las Bienaventuranzas (III)</i> . . . . .	245-255
MARÍA ÁNGEL DE LA ENCARNACIÓN, <i>Historia de un encuentro: Fundación del monasterio del Sagrado Corazón (I)</i> . . . . .	196-205
— <i>Historia de un encuentro: Fundación del monasterio del Sagrado Corazón (I)</i> . . . . .	282-290
MARTÍNEZ, M. A., <i>La flagelación del Señor</i> . . . . .	327-341

MONASTERIO DE LA VISITACIÓN DE VALENCIA, <i>La infancia espiritual en san Francisco de Sales</i> . . . . .	173-177
PÉREZ CASADO, A., <i>Recuperar la mística cristiana (I)</i> . . . . .	185-195
— <i>Recuperar la mística cristiana (II)</i> . . . . .	276-281

## LITURGIA

GARCÍA CORDERO, M., <i>El justo doliente y perseguido: comentario al Salmo 22 (21)</i> . . . . .	51-64
— <i>La nostalgia de la vida litúrgica en el templo (Sal 42-43/41-42)</i> . . . . .	291-300
GONZÁLEZ BLANCO, R., <i>Ecclesia de Eucaristía. Una nueva encíclica de Juan Pablo II</i> . . . . .	206-213
HERRERO PRIETO, L., <i>La fuente bautismal</i> . . . . .	369-376
PASCUAL DÍAZ-AGUILAR, J. A., <i>La oración, el sueño y el trabajo</i> .	137-145

## TESTIGOS

ESCALLADA TIJERO, A., <i>En el tesoro, el corazón. Sor Isabel Cabeza, O.P. (I)</i> . . . . .	301-308
— <i>En el tesoro, el corazón. Sor Isabel Cabeza, O.P. (II)</i> . . . . .	377-393
GARCÍA TORRES, A., <i>La Madre María Ana Alberdi, Concepcionista franciscana</i> . . . . .	146-150
GONZÁLEZ BLANCO, R., <i>Sor María Rosario Lucas de Burgos, fundadora de las Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Inmaculada (Almería 1909-Córdoba 1960)</i> . . . . .	65-72
PÉREZ CASADO, A., <i>Wenceslao Fernández Moro: "Misionero todo terreno"</i> . . . . .	214-227

## ESCUELA DE VIDA

COS, J. DE, <i>Las vías del conocimiento de Dios en santa Teresa de Lisieux. I. Sus cualidades</i> . . . . .	73-77
— <i>Las vías del conocimiento de Dios en santa Teresa de Lisieux. II. El modo de comunicar su experiencia de Dios</i> . .	151-154
— <i>Las vías del conocimiento de Dios en santa Teresa de Lisieux. III. Su relación con el Dios trinitario, la oración, los sacramentos, las devociones, los ejercicios espirituales</i> . . .	228-234
— <i>Las vías del conocimiento de Dios en santa Teresa de Lisieux. IV. Las pruebas, el sufrimiento, la lectura, el estudio, el ambiente en el que vivió</i> . . . . .	309-315

POESÍA

BENITO SÁNCHEZ, B., <i>Dios, nuestra razón de ser y hacer</i> . . . . .	155
— <i>Alma</i> . . . . .	235
— <i>Vivir en plenitud</i> . . . . .	316

BIBLIOGRAFÍA

BERMEJO, J. C. (Ed.), <i>La muerte enseña a vivir. Vivir sacramentalmente el duelo</i> . . . . .	156
CHATELARD, A., <i>Carlos de Foucauld. El camino de Tamanrasset</i>	159-160
ESPARZA TOLOSA, J., <i>Un matrimonio para la historia</i> . . . . .	395-396
FERNÁNDEZ, V. M., <i>La gracia y la vida eterna. Dimensiones de la amistad con Dios</i> . . . . .	78
FERNÁNDEZ-CARVAJAL, F., <i>El día que cambié mi vida</i> . . . . .	397-398
GIORDANI, B., <i>La formación de las consagradas. Indicaciones psicopedagógicas</i> . . . . .	399-400
GONZÁLEZ CHAVES, A. J., <i>Vida del P. Rubio. El Apóstol de Madrid</i>	157-158
GUIARDINI, F., <i>La liberazione della paura della morte</i> . . . . .	317-319
IRIBERTEGUI ERASO, M., <i>El Rosario. I. El misterio de la oración y el método de orar</i> . . . . .	160
MALDONADO, L., <i>La esencia del cristianismo. Vivir en cristiano hoy</i>	79-80
MOLINA PRIETO, A., <i>Perfiles Configuradotes del Padre José Antonio de Aldama S.J.</i> . . . . .	319-320
NOTICIAS CRISTIANAS, <i>Poesías para orar</i> . . . . .	158
PANGRAZZI, A., <i>La pérdida de un ser querido. Un viaje dentro de la vida</i> . . . . .	398-399
SASTRE, J. - NIETO, F., <i>A vueltas con el sexo. Guía para no perderse</i> . . . . .	157
TERESA DE JESÚS, <i>Orar es hablar con Quien nos ama. Experiencias de su oración</i> . . . . .	80
TOLÍN, A., <i>Escondida en Jesús. Retrato biográfico de María Luisa Zancajo de Mata. Fundadora de las Misioneras de la Caridad y la Providencia</i> . . . . .	394-395
URTEAGA, J., <i>Sí</i> . . . . .	396-397

